

DIANA  
GABALDON



y la *Lord John*  
*Mermandad*  
de la *espada*

# Lord John y la Hermandad de la Espada

Diana Gabaldon  
*Lord John, 2*



*Corre el año 1758. En plena guerra de los Siete Años, Gran Bretaña lucha junto a sus aliados en las tierras del Rin. Para lord John Grey y su hermano Hal, el campo de batalla supone una agradable tregua en la complicada situación que vive la familia y que amenaza con arruinar su honor.*

*Diecisiete años atrás, el padre de lord John, el duque de Pardloe, fue hallado muerto con una pistola en la mano. Tras ese supuesto suicidio, corrieron rumores que lo acusaban de ser un traidor jacobita. Ahora, los fantasmas del pasado acosan a los Grey de una forma muy misteriosa: Hal ha recibido una página de uno de los diarios de su difunto padre, pero el muchacho, que tiene sus propios secretos, se niega a seguir indagando y le ruega a su hermano que haga lo mismo.*

*Frustrado, lord John se embarca en una complicada investigación y pide ayuda al hombre que ha sido su prisionero y confidente: el escocés jacobita James Fraser, que revelará la pieza que falta de este asombroso rompecabezas... Atrapado entre su deber y su conciencia, lord John tendrá que decidir si vale la pena arriesgar la vida a cambio del honor de su familia.*

Título Original: *The Brotherhood of the Blade*

Traductor: Laura Fernández Nogales

©2007, Gabaldon, Diana

©2012, Esencia

ISBN: 9788408003588

Generado con: QualityEbook v0.37

DIANA  
GABALDON



y la *Lord John*  
*Mermandad*  
de la *espada*

 esencia

# Agradecimientos



La autora quiere dar las gracias a todas las personas que han tenido la amabilidad de darle información y que la han ayudado a escribir la novela. En particular:

Al señor Richard Jacobs, historiador local de Krefeld, y a su mujer Monika, que recorrió conmigo el campo de batalla de Krefeld (Crefeld es la ortografía antigua del siglo XVIII) y el Land wehr mientras me explicaba la geografía local.

A los trabajadores del pequeño museo de Hückelsmay, donde aún se pueden contemplar balas de cañón de la batalla de Crefeld, por su cordial acogida y su útil información.

A Barbara Schnell y a su familia; sin ellos, probablemente jamás habría oído hablar de Crefeld.

Al señor Howarth Penney por su amable interés y su *Titles and Forms of Address* (publicado por A&C Black, Londres), que me ayudó muchísimo con la nomenclatura aristocrática británica. Cualquier error que pueda encontrarse en la novela al respecto será un error de la autora, o alguna licencia de ficción. A pesar de que intentamos conseguir la mayor precisión histórica posible, no estamos exentos de inventarnos alguna cosa de vez en cuando. (Por cierto, ese «nosotros» no es un plural mayestático; me refiero a mí y a los personajes que viven dentro de mi cabeza.) A pesar de esto, hay que dirigirse a un duque como «su excelencia», y al hijo menor de un duque



como «lord»...

Al señor Horace Walpole, ese incurable y compulsivo escritor de cartas, cuyas ingeniosas y detalladas misivas me abrieron una gran ventana a la sociedad del siglo XVIII.

A Project Gutenberg, por proporcionarme un excelente acceso a toda la correspondencia del señor Walpole.

A Gus, el dachshund, y a Otis Stout, el carlino (también conocido como *Hércules*), que han sido tan generosos al permitir que utilizara sus personalidades. (Sí, ya sé que los dachshunds no se criaban oficialmente en el siglo XVIII, pero estoy segura de que algún inventivo alemán al que le gustaran mucho los perros debió de tener esa idea antes de que se fundara el American Kennel Club. Y los tejones llevan mucho tiempo por aquella zona.)

A Christine Reynolds, asistente del conservador de los archivos de la iglesia parroquial de St. Margaret, por la información extremadamente útil que me facilitó sobre la historia y las estructuras de la iglesia, incluido un útil altillo para el órgano bajo el que poder dar a luz. Y a Catherine MacGregor por sugerirme St. Margaret y por encontrar a la señora Reynolds.

A Patricia Fuller, Paulette Langguth, Pamela Patchet y muchas otras personas cuyos nombres no empiezan por «P» por haberme facilitado tanta información relacionada con las exposiciones de arte del siglo XVIII y la historia de ciertos artistas y sus pinturas.

A Philip Larkin, cuyo remarcable y revelador retrato del duque de Buckingham (que en la actualidad se puede contemplar en la Royal Portrait Gallery de Londres) supuso una de las primeras semillas de inspiración para este libro. (Y ni yo ni el señor Larkin estamos calumniando al duque de Buckingham.)

A Laura Watkins, del Stanford Polo Club, por su experta opinión sobre los mecanismos de salto de los caballos.

A «oorjanie» de las Damas de Lallybroch, que permitió con mucha elegancia que una estrella de burdel compartiera su nombre.

A Karen Watson, nuestra corresponsal en Londres, de Her Majesty's Customs and Exercise, por sus generosas investigaciones sobre la historia y los senderos de su querida ciudad, gracias a lo que las excursiones de lord

John han adquirido una verosimilitud razonable.

A Laura Bailey, por sus conocimientos y consejos relacionados con las costumbres y la forma de vestir del siglo XVIII.

A David Niven, por sus entretenidas y rigurosas autobiografías, La aventura de mi vida y Traigan los caballos vacíos, en las que se incluye una útil visión del funcionamiento social de un regimiento británico (así como mucha información sobre cómo sobrevivir a una larga cena formal). Y también a George MacDonald Fraser por su libro MacAuslan in the Rough, una recopilación de cuentos sobre la vida en un regimiento de las Highlands durante la segunda guerra mundial.

A Isaac Trion. El mapa de la batalla de Crefeld que dibujó con acuarelas en 1758 decora mi pared y sus meticulosos detalles adornan la historia.

A los diferentes caballeros (y damas) que fueron tan amables de leer y comentar las escenas sexuales. Como dato de interés público, permítanme explicar que se hizo una encuesta sobre una escena en particular y dio los siguientes resultados:

Positivo: quiero saber más, 82 por ciento;

Negativo: me hace sentir incómodo, 4 por ciento;

Un poco sorprendidos pero sin sentir rechazo, 10 por ciento;

Neutrales, 4 por ciento.

# **PARTE I**

**La familia se conoce**



# 1. La familia al completo

*Londres, enero de 1758*

*En el Beefsteak, un club de caballeros*

**Por** lo que lord John Grey tenía entendido, las madrastras, según las representa la ficción, solían ser seres venales, malvados, maliciosos, homicidas y, en ocasiones, incluso caníbales. Los padrastros, sin embargo, parecían desdeñables o, como mínimo, completamente inocuos.

—¿Crees que será como Squire Allworthy? —le preguntó a su hermano—. ¿O más bien como Claudio?

Hal estaba de pie junto a un globo terráqueo que hacía girar con inquietud. Tenía un aspecto elegante, fino y completamente indigesto. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y miró a Grey con cara de incompreensión.

—¿Qué?

—Padrastros —explicó él—. Parece haber muy pocos en las páginas de las novelas si los comparamos con la variedad maternal. Me estaba preguntando en qué categoría encajaría la nueva adquisición de mamá, dentro de la gama de personajes que existen.

Hal inspiró con fuerza. Sus lecturas solían limitarse a Tácito y a las más detalladas historias de tipo militar sobre Grecia y Roma. Él consideraba que leer novelas era una forma de debilidad moral. A su madre la excusaba porque a fin de cuentas era una mujer y era comprensible que lo hiciera. No obstante, el hecho de que su hermano compartiera ese vicio con ella le resultaba mucho más inaceptable.

De todos modos, se limitó a responder:

—¿Claudio de *Hamlet*? Estoy seguro de que no, John. A menos, claro

está, que tú sepas algo sobre nuestra madre que a mí se me escape.

Grey estaba bastante convencido de que sabía un buen número de cosas sobre su madre que Hal desconocía, pero aquél no era ni el momento ni el lugar de hablar de ellas.

—¿Se te ocurre algún otro ejemplo? ¿Algún padrastro famoso de la historia, tal vez?

Hal frunció los labios y también un poco el cejo al pensar. Con aire distraído, se llevó la mano al reloj de bolsillo que llevaba sujeto al chaleco.

Grey también tocó su reloj: el peso del oro y el cristal de su máquina del tiempo, idéntica a la de Hal, le resultaba muy tranquilizador.

—Aún no llega tarde.

Su hermano lo miró de reojo, pero no sonrió. El humor de Hal aquella mañana no le permitía tal expresión de júbilo y, sin embargo, en su rostro había cierta diversión.

—Por lo menos ha elegido a un soldado.

Según la experiencia de Grey, ser miembro de la Hermandad de la Espada no significaba necesariamente ser puntual. Su amigo Harry Quarry era coronel y acostumbraba a llegar siempre tarde. Pero asintió de todos modos. Hal ya estaba lo suficientemente nervioso y Grey no quería empezar una discusión absurda que podría empañar la inminente reunión con el futuro tercer marido de su madre.

—Supongo que podría ser peor —comentó su hermano mientras reanudaba su malhumorado examen del globo terráqueo—. Por lo menos, no es un maldito mercader o un comerciante. —Su voz se tiñó de repugnancia ante la idea.

En realidad, el general sir George Stanley era caballero, distinción que se le había concedido por su servicio de armas y no por nacimiento. Su familia se dedicaba al comercio, aunque en las respetables vertientes de la banca y los navíos. Sin embargo, Benedicta Grey era duquesa. O lo había sido.

A pesar de sentirse muy relajado ante el inminente enlace de su madre, a Grey se le hizo un repentino nudo en la garganta. De repente, comprendió que su madre ya no sería una Grey, sino que se iba a convertir en lady Stanley, alguien totalmente desconocido. Claro que también debía admitir

que aquello era ridículo. Justo en ese mismo momento, se dio cuenta de que se sentía muy unido a Hal.

Su reloj de bolsillo empezó a tocar el mediodía. El reloj de Hal sonó medio segundo después y los hermanos se sonrieron el uno al otro con las manos en los bolsillos, súbitamente unidos.

Los relojes eran idénticos. Su padre se los regaló cuando cada uno de ellos cumplió doce años. El duque murió el día después del duodécimo cumpleaños de Grey y esa tragedia revistió aquel pequeño reconocimiento de madurez de una intensidad especial. Inspiró para decir algo, pero el sonido de unas voces que procedían del pasillo le dejó con la palabra en la boca.

—Ahí está. —Hal levantó la cabeza. Aún no había decidido si debía salir a recibir a sir George o quedarse en la biblioteca para recibirlo allí.

—San José —dijo Grey de repente—. Otro padrastro famoso.

—Bastante —contestó su hermano mirándolo de reojo—. ¿Y cuál de nosotros estás sugiriendo...?

La sombra de uno de los sirvientes se proyectó sobre la alfombra turca. Se inclinó ligeramente hacia adelante bajo el marco de la puerta.

—Sir George Stanley, milord. Y compañía.

El general sir George Stanley fue toda una sorpresa. A pesar de que Grey no esperaba ni a Claudio ni a san José, la realidad resultó un poco más... redonda de lo esperado.

Según le habían contado, el primer marido de su madre era un hombre alto y elegante. El segundo, es decir, su padre, era de mediana estatura, piel blanca y poseía la buena forma muscular que habían heredado sus dos hijos. Grey pensó divertido que sir George conseguía que un hombre recuperara la fe en la ley de los promedios.

El general, que era un poco más alto que él y que Hal, además de bastante corpulento, tenía un rostro redondo, alegre y sonrosado, que brillaba sin malicia bajo una peluca bastante vieja. Sus rasgos eran indescriptibles, a excepción de un par de enormes ojos castaños que le daban un aire de vivaz

expectativa, como si no pudiera pensar en nada tan agradable como una reunión con la persona a la que iba a ver.

Hizo una pequeña reverencia para saludarlos, pero luego estrechó la mano de los dos hermanos Grey, provocando en John una impresión de calidez y sinceridad.

—Han sido muy amables invitándome a almorzar —comentó, paseando su sonrisa de un hermano a otro—. No tengo palabras para expresar lo mucho que aprecio que me hayan recibido. Por eso me resulta un poco incómodo empezar con una disculpa, pero me temo que he abusado de su hospitalidad al traer conmigo a mi hijastro. Esta mañana ha llegado inesperadamente del campo justo cuando yo estaba a punto de salir. Y teniendo en cuenta que de alguna forma van a ser ustedes hermanos... Yo, bueno..., he pensado que tal vez disculparían mi atrevimiento al traerlo conmigo para que lo conozcan. — Se rió con torpeza y se sonrojó.

Mientras le devolvía la sonrisa sin mucha convicción, Grey pensó que sonrojarse era algo extrañamente amanerado en un hombre de su edad y su rango. Sin embargo, le resultó bastante entrañable.

—Por supuesto —dijo Hal esforzándose por parecer cordial.

—No hay ningún problema —convino Grey. Él era el que estaba más cerca de sir George y cuando se volvió hacia el general con la mano extendida en señal de saludo, se encontró cara a cara con un alto y esbelto joven de ojos oscuros.

—Milord Melton, lord John —empezó a decir el general con una mano apoyada sobre el hombro del joven—, permítanme que les presente al señor Percival Wainwright.

Hal estaba un poco molesto. Grey podía sentir las vibraciones de desagrado que procedían de su dirección. Su hermano odiaba las sorpresas, en particular las de índole social. Pero en aquel momento a Grey no le quedaba mucha atención que dedicar a las excentricidades de su hermano.

—A su servicio, señor —dijo, al tiempo que le tendía la mano al señor Wainwright con la extraña sensación de que ya se conocían.

El joven también lo percibió. A Grey no le pasó inadvertida la ligera expresión de asombro que se dibujó en su cara. De repente, apareció una

débil arruga entre sus elegantes cejas oscuras; parecía estar preguntándose dónde...

El recuerdo los asaltó a ambos de forma simultánea. Justo cuando Wainwright le estaba estrechando la mano, ambos se pusieron tensos.

—A su servicio, señor —murmuró el joven, y retrocedió tosiendo con suavidad. Luego alargó el brazo para darle la mano también a Hal, pero volvió a mirar brevemente en dirección a Grey. Mientras dejaba que se desvaneciera la sorpresa inicial de aquel reconocimiento mutuo, éste pensó que aunque aquel chico también tuviera los ojos castaños no se parecían nada a los de su padrastro.

Su mirada era más suave y el tono de sus iris era mucho más vivo, como el del jerez, y también mucho más expresivo. En aquel momento, brillaban con entusiasmo ante la situación y parecían rebosantes del mismo interés personal que Grey había visto ya en ellos la primera vez que coincidieron... en la biblioteca del Lavender House.

También en aquella ocasión, Percy Wainwright le dijo su nombre y le estrechó la mano. Pero esa primera vez, Grey era para él un anónimo desconocido y el encuentro había sido necesariamente breve.

Hal estaba expresando una educada bienvenida al recién llegado, pero lo estaba haciendo con una fría valoración que en poco se diferenciaba de la que empleaba para calibrar a cualquier oficial nuevo que quisiera unirse al regimiento.

A Grey le pareció que Wainwright aguantaba muy bien aquel escrutinio; tenía una buena constitución, vestía con gusto y elegancia, su piel era clara y los rasgos, nítidos, y una actitud que dejaba entrever que poseía buen humor e imaginación. Estos últimos rasgos podían resultar muy peligrosos en un oficial, pero a nivel personal...

Wainwright parecía intentar saciar la curiosidad que sentía por Grey lanzando breves miradas en su dirección y demostrando un ligero asombro. Él le sonrió; estaba disfrutando mucho de la sorpresa que le había dado a su nuevo «hermano».

—Se lo agradezco —dijo el joven cuando Hal concluyó con su discurso de bienvenida. Luego, consiguió reprimir su acuciante curiosidad de Grey y

le hizo una reverencia a Hal—. Es usted muy cortés... su excelencia.

En cuanto dijo esas últimas palabras a media voz, se hizo un incómodo silencio. Wainwright se dio cuenta demasiado tarde de lo que había dicho.

Hal se quedó inmóvil un breve instante, pero luego se recompuso e inclinó la cabeza a modo de respuesta.

—En absoluto —dijo con una impecable amabilidad—. ¿Comemos, caballeros?

Hal se volvió en seguida en dirección a la puerta sin mirar atrás. Grey pensó que era un alivio que su hermano ya no estuviera de cara a ellos cuando percibió el rápido intercambio de gestos y miradas entre el general y su hijastro. El primero manifestó una horrorizada irritación, que subrayó poniendo los ojos en blanco y agarrándose brevemente la vieja peluca. El segundo dejó entrever una agónica disculpa; disculpa que hizo extensiva a Grey sin decir ni una palabra, al mirarlo esbozando una mueca.

Él encogió un hombro para quitarle importancia. Hal estaba acostumbrado y, a fin de cuentas, el malentendido era culpa suya.

—Llegan el día justo —dijo. Luego miró a Percy, le tocó la espalda y lo animó suavemente a que se dirigiera hacia la puerta—. Hoy es jueves, el día que el cocinero prepara un excelente ragú de ternera. Con ostras.

Sir George fue lo bastante listo como para no disculparse por la metedura de pata de su hijastro. En lugar de ello, optó por dar mucha conversación a los Grey sobre las campañas militares del otoño anterior. Percy Wainwright primero parecía un poco nervioso, pero recuperó en seguida la compostura y escuchaba la conversación completamente ensimismado.

—¿Ha estado usted en Prusia? —preguntó, al oír que Grey mencionaba maniobras cerca del río Oder—. Pero el cuarenta y seis ha estado en Francia recientemente, ¿o me equivoco?

—No, en absoluto —contestó él—. A mí me trasladaron de forma temporal a un regimiento prusiano en calidad de enlace con las tropas británicas después de lo de Kloster-Zeven. —Arqueó una ceja y miró a

Wainwright—. Parece estar usted muy bien informado.

El joven sonrió.

—Mi padraastro está pensando en conseguirme un puesto en el ejército — admitió con franqueza—. Últimamente, he escuchado muchas conversaciones militares.

—Ya veo. ¿Y ya tiene alguna idea o preferencia?

—Aún no —contestó Wainwright clavando sus vivos ojos en el rostro de Grey. Sonrió—. Hasta hoy.

A él se le aceleró un poco el corazón. Había estado intentando olvidar la última vez que vio a Percy Wainwright: recordaba sus suaves rizos oscuros despeinados y que llevaba el pañuelo desatado. Ahora, su pelo estaba tan bien peinado y empolvado como el de Grey; llevaba un traje de color azul y los dos se comportaban como auténticos caballeros. Pero el aroma del Lavender House parecía seguir entre los dos: un ligero olor a vino y a piel, y el agudo e intenso olor a almizcle del deseo masculino.

—Percy —dijo el general, adoptando un tono ligeramente recriminatorio—. ¡No te precipites, chico! Aún tenemos que hablar con el coronel Bonham y también con Pickering, como bien sabes.

—Ciertamente —intervino Grey con suavidad—. Bueno, espero que me permita enseñarle los cuarteles del cuarenta y seis, cerca de la plaza Cavendish. Si tenemos que competir con algún otro regimiento a cambio del honor de su compañía, deberá permitirnos exhibir nuestros puntos fuertes.

Percy esbozó una amplia sonrisa.

—Le estaría muy agradecido, milord —dijo. Y, al decirlo, hubo un cambio ínfimo y casi imperceptible entre ellos.

La conversación prosiguió, pero ahora como un auténtico minué: preciso y delicado. Y de la misma forma que una pareja que se corteja intercambia palabras de afecto, acompañadas de alguna caricia furtiva, ellos hicieron lo mismo, sin caricias y mediante una muda conversación que fluía con libertad bajo el disfraz de las rutinarias cortesías.

—¿Le gustan los perros, lord John?

—Mucho. Aunque me temo que en la actualidad no poseo ninguno. La verdad es que no paso mucho tiempo en casa.



—Ah... ¿Cuándo está en Inglaterra, vive con su hermano? —Percy miró en dirección a Hal, pero luego volvió a deslizar los ojos hacia Grey. En ellos se adivinaba una pregunta evidente: «¿Lo sabe tu hermano?».

Grey negó con la cabeza, centrando su atención en el panecillo que sostenía entre las manos. La cuestión sobre lo que Hal sabía y lo que no era demasiado compleja como para pensarla en aquel momento. Hal no conocía el Lavender House, ni estaba al corriente de que su hermano estaba relacionado con aquel lugar. Eso era más que suficiente por el momento.

—No —contestó con indiferencia—. Me alojo en la casa que tiene mi madre en la calle Jermyn. —Levantó la vista y se encontró directamente con los ojos de Percy—. Aunque tal vez deba empezar a buscar alojamiento en otra parte, ahora que su organización doméstica va a cambiar.

En los labios del joven se dibujó una suave sonrisa, pero sir George, haciendo una pausa en su propia conversación para masticar un trozo de ternera, había oído la observación y se inclinó sobre la mesa mirando a Grey; en su redonda cara no se reflejaba más que sincera buena voluntad.

—¡Mi querido lord John! ¡No tiene usted que alterar sus planes de ninguna forma! Benedicta desea conservar la casa que tiene en la calle Jermyn, y a mí me apenaría mucho saber que mi presencia la priva de la compañía de sus hijos.

Grey se percató de que su hermano apretaba los labios al darse cuenta de que sir George podría ocupar la casa de la calle Jermyn. Hal lo miró a él fijamente con la advertencia escrita en el rostro.

«¡Oh no, no lo harás! Quiero que te quedes allí y que vigiles a este tipo.»

—Es usted muy amable, señor —replicó Grey a sir George—. Pero no hay ninguna necesidad. A fin de cuentas, pronto volveré con el regimiento.

—Ah, claro. —Sir George pareció interesado en eso y se volvió en dirección a Hal—. ¿Tiene usted órdenes nuevas para la primavera, milord?

Hal asintió con una enorme ostra en el tenedor.

—Sí. Volver a Francia en cuanto el tiempo lo permita. Y sus tropas...

—Oh, a nosotros nos han asignado las Indias occidentales —contestó el hombre, haciendo señas al servicio para que le sirvieran más vino—. Mareos, mosquitos y malaria. Aunque debo decir que, a mi edad, ese panorama me

resulta menos desalentador que el barro y la congelación. Y es mucho menos difícil racionar los víveres, por supuesto.

Hal se relajó un poco cuando supo que sir George no se quedaría mucho tiempo en Inglaterra. El dinero de Benedicta era de ella y en su mayor parte estaba a salvo, o por lo menos tan a salvo como la ley y Hal podían garantizar. Lo que más preocupaba a éste en aquel momento era el bienestar de su madre. Se suponía que ése era el propósito del almuerzo: dejarle muy claro a sir George que los hijos de Benedicta Grey se interesaban mucho por los asuntos de ella, y que pretendían seguir haciéndolo después de que se casara.

«Supongo que no estarás pensando que pueda pegar a nuestra madre — inquirió Grey en silencio y arqueando las cejas—. O que pueda llevar alguna amante a la calle Jermyn.»

Hal adoptó una expresión muy seria que indicaba que su hermano era un inocente desconocedor de las perversas aficiones que tenían los hombres. Afortunadamente, él no era ni de lejos tan confiado.

Grey puso los ojos en blanco un segundo y dejó de mirarlo cuando el camarero llevó un plato de ciruelas calientes para acompañar el cordero.

Sir George y Hal se embarcaron en una intensa discusión sobre los problemas de reclutamiento y de abastecimiento, dejando una vez más a Grey y Percy Wainwright a su aire.

—Lord John. —El joven habló a media voz, con las cejas arqueadas—. ¿Es lord John?

—Sí, lord John —convino él, con un pequeño suspiro.

—Pero... —Percy volvió a mirar a Hal, que había dejado su tenedor y estaba dibujando un complicado esquema de movimientos de tropas sobre la tela del mantel utilizando el lápiz de plata que siempre tenía a mano.

El camarero lo observaba con semblante sombrío.

«Entonces, ¿no es duque?» «Lord» era el tratamiento adecuado para el hijo menor de un duque, mientras que si fuese el hijo menor de un conde, sería sencillamente «el honorable John Grey». Pero si el padre de Grey era duque, entonces...

—Sí —dijo Grey, clavando los ojos en el techo en señal de impotencia.

Por lo visto, sir George no había tenido tiempo de poner a su hijastro al día en aquel asunto. Estaba claro que sólo había podido advertirle que no se dirigiera a Hal como «su excelencia», que en realidad era la forma adecuada de dirigirse a un duque.

Grey hizo un pequeño gesto. No llegó a encogerse de hombros exactamente, pero consiguió darle a entender que ya le explicaría los detalles de la situación en otro momento. Lo más sencillo del asunto, dejó entrever, era que él era tan obstinado como su hermano. Ese pensamiento le proporcionó una oscura sensación de placer.

—Entonces, ¿le gustaría formar parte del cuarenta y seis? —preguntó Grey, mientras mojaba el pan en la salsa de su plato.

—Tal vez. Siempre que estén de acuerdo... todas las partes implicadas —contestó Wainwright mirando a su padrastro y a Hal, y luego otra vez a Grey.

«¿Y a usted le gustaría?»

—A mí me parece ideal —replicó él. Esbozó una sonrisa mientras miraba al joven. Una sonrisa muy lenta—. Así seríamos compañeros de armas, además de hermanos. —Alzó su copa y brindó por la idea, luego bebió un poco de vino y lo dejó resbalar por su boca mientras disfrutaba de la sensación de los ojos de Percy clavados en su rostro.

Percy también bebió; luego se pasó la lengua por los labios. Se veían suaves y carnosos, y los tenía manchados de vino.

—Lord John, dígame, por favor, ¿cómo están nuestros aliados prusianos? ¿Lo asignaron a un regimiento de artillería o de infantería? Debo confesar que no estoy todo lo familiarizado que debería con las disposiciones del frente oriental.

La pregunta de sir George desvió momentáneamente la atención que Grey le estaba dedicando a Percy y la conversación volvió a ser general. Hal se iba relajando poco a poco, pero Grey era muy consciente de que aún estaba lejos de sucumbir por completo a los encantos de sir George.

«Eres un bastardo desconfiado, ¿sabes?», le dijo a su hermano con una mirada, después de aquella pregunta perspicaz.

«Sí, y a mucha honra», contestó la oscura mirada de Hal, antes de posarse sobre Percy Wainwright para renovar con cortesía la invitación de Grey y

animarlo a que visitara los cuarteles del regimiento cuando quisiera.

Sin embargo, cuando llegó el pudín, ya parecía haberse establecido una relación cordial en todos los frentes. Sir George había contestado de forma satisfactoria a todas las preguntas de Hal y no parecía molesto por la naturaleza intrusiva de algunas de ellas. En realidad, Grey tenía la sensación de que al hombre le divertía bastante la actitud de su hermano, aunque había procurado que Hal no se diera cuenta de ello.

Entretanto, él y Percy Wainwright habían descubierto un entusiasmo mutuo por las carreras de caballos, el teatro y los novelistas franceses, y la discusión que entablaron sobre este último tema provocó que su hermano exclamara «¡Dios mío!» en voz baja y pidiera una nueva ronda de brandy.

Fuera, había empezado a nevar. Grey aprovechó una momentánea tregua de la conversación para escuchar el susurro de los copos de nieve al chocar contra las ventanas. Las cortinas estaban cerradas y los protegían del frío invierno; sólo las velas iluminaban la habitación. Al oír el sonido, Grey sintió que un agradable escalofrío le recorría la espalda.

—¿Tiene frío, lord John? —preguntó Wainwright, que se dio perfecta cuenta de que se estremecía.

En realidad no tenía frío. En la chimenea ardía un excelente fuego, continuamente vigilado por los sirvientes que les habían servido el almuerzo. Además, la gran cantidad de comida caliente, vino y brandy aseguraban que tuviera el calor suficiente. Justo en ese momento, entró el camarero para servirles un poco de vino con especias; un caribeño toque de canela perfumaba el ambiente.

—No —contestó, mientras cogía una copa de la bandeja que le ofrecía el camarero—. Pero no hay nada más agradable que estar dentro de casa, caliente y bien alimentado, cuando los elementos muestran su faceta más hostil, ¿no le parece?

—Oh, sí. —A Wainwright le pesaban los párpados y se reclinó en la silla. Su pálida piel brillaba a la luz de las velas—. Muy... agradable. —Se llevó las manos al pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo tocó con sus largos dedos, como si de repente le apretara un poco.

La conciencia flotaba entre ellos, cálida y tan embriagadora como el

aroma de la canela y el vino. Hal y sir George estaban empezando a hacer la clase de ruidos que precedían a la partida y a dedicarse muchas expresiones de agradecimiento mutuo.

Las largas pestañas de Percy descansaron un momento sobre su mejilla; luego levantó los párpados y sus ojos se posaron sobre los de Grey.

—El sábado por la tarde, si está libre, tal vez esté interesado en venir conmigo al salón de lady Jonas; Diderot estará allí.

«Entonces, ¿seremos amantes?»

—Oh, sí —respondió Grey. Luego se acercó la servilleta de hilo a los labios. Podía notar los latidos de su pulso bajo los dedos—. Creo que sí.

«Bueno —pensó—, supongo que en realidad no es incesto.» Luego empujó la silla hacia atrás para levantarse.

Tom Byrd, el asistente de Grey, estaba frotando los dorados del uniforme de su señor con un trozo de pan para sacarles brillo, mientras escuchaba con mucho interés el relato que Grey le estaba brindando sobre el almuerzo con el general Stanley y su hijastro.

—Entonces, ¿el general tiene la intención de instalarse aquí, milord? — Grey se dio cuenta de que Tom estaba pensando en lo que ese cambio significaría para su mundo: evidentemente, sir George llevaría consigo algunos de sus sirvientes, incluido un asistente—. ¿Su hijo también vendrá, ese tal señor Wainwright?

—Oh, no lo creo. —En realidad, Grey ni siquiera había pensado en ello y consideró la idea unos momentos. Percy había dicho que tenía su propio alojamiento en algún lugar de Westminster. Sin embargo, después de haber visto la cordial relación que parecía haber entre sir George y su hijastro, John había asumido que esa circunstancia se debería a que el actual alojamiento del general estaría ya muy lleno, o tal vez al deseo de privacidad de Wainwright.

»No lo sé. Tal vez lo haga. —Era una idea inquietante, aunque no necesariamente desagradable. Sonrió mirando a Tom y se cerró bien la chaqueta, buscando calor. En la chimenea ardía un buen fuego, pero la habitación estaba fría—. Aunque, si viene, no creo que traiga consigo ningún asistente.

—Ya —dijo Byrd pensativo—. ¿Querría usted que me encargara también de él, milord? No me importaría —añadió en seguida—. ¿Diría usted que es un dandi?

Había tanta esperanza en esa última pregunta que Grey se rió.

—Es muy amable por tu parte, Tom. Viste bastante bien, pero no es ningún *macaroni*. Aunque me parece que quiere ingresar en el ejército. Me temo que seguirás peleándote con los uniformes.

Byrd no contestó nada a ese comentario, pero la mirada que dedicó a las botas de Grey, que estaban junto a la chimenea cubiertas de barro, paja y estiércol, resultó muy elocuente. Negó con la cabeza, observó la casaca que tenía entre las manos con los ojos entrecerrados, decidió que ya estaba bien, y se levantó para sacudir las migas de pan en el fuego.

—Muy bien, milord —dijo resignado—. En cualquier caso, usted estará muy elegante para la boda. Y ahora que hablamos del tema, si vamos a volver a Francia en marzo, sería mejor que avisara usted a su sastre esta semana.

—Ah, muy bien. Pues hazme una lista de lo que necesito. Calzones, seguro. —Los dos hombres esbozaron una mueca al recordar al mismo tiempo lo que había pasado con sus calzones cuando estaba en el continente.

—Sí, milord. —Tom se agachó para llenar de brasas el calentador de la cama—. Y unos pantalones de montar.

—¿No tengo ya unos? —preguntó Grey sorprendido.

—Así es —dijo Byrd mientras se ponía de pie—, y sólo Dios sabe dónde se sentó usted la última vez que los llevaba puestos.

Lo miró con cierto reproche. Tom tenía dieciocho años y la cara tan redonda como una tarta, pero sus miradas de reproche no tenían nada que envidiar a las de un viejo de ochenta años.

—He hecho todo lo que he podido con esos pantalones, milord, pero si se los va a volver a poner, tenga usted en cuenta, que no se puede quitar la casaca, porque, si lo hace, todo el mundo creerá que se ha cagado encima.

Grey se rió y se echó a un lado para dejar que Tom pudiera calentarle la cama. Se quitó la chaqueta y las zapatillas y se deslizó entre las sábanas; sus helados pies agradecieron mucho la calidez.

—Tú tienes varios hermanos, ¿verdad, Tom?

—Cinco, milord. No tuve una cama para mí solo hasta que vine a trabajar para usted. —Tom negó con la cabeza, pensando en la suerte que había tenido y luego le sonrió a Grey—. No estará usted suponiendo que tendrá que compartir la cama con ese tal señor Wainwright, ¿verdad?

A Grey lo asaltó una repentina imagen de Percy Wainwright acostado junto a él, y lo recorrió una extraordinaria sensación de calidez, tan intensa como la que procedía del calentador.

—Lo dudo mucho —dijo, recordándose que debía sonreír—. Ya puedes apagar las velas, Tom. Gracias.

—Buenas noches, milord.

La puerta se cerró tras el joven y Grey se quedó observando cómo la luz del fuego que ardía en la chimenea jugueteaba sobre los muebles de la habitación. Él no se sentía especialmente unido a ningún lugar. Lo cierto era que ningún soldado podía estarlo. Y su casa tampoco contenía demasiado de su pasado, porque la condesa la había comprado hacía pocos años. Sin embargo, sintió una peculiar nostalgia, aunque no fue capaz de comprender el motivo.

A pesar de ser una noche tranquila y fría, parecía que reinara en ella cierta inquietud. El temblor del fuego, la excitación que ardía en su piel... Sintió que todo cambiaba y se movía, y tuvo la extraña sensación de que ya nada volvería a ser lo mismo. En seguida pensó que eso era una tontería, porque nunca lo era.

No obstante, se quedó un buen rato sin dormir, deseando que todo durase más tiempo: la noche, la casa y él mismo, quería que todo se quedara tal como estaba sólo un poco más. Al final, el fuego se apagó y él se quedó dormido, consciente, en sus sueños, del creciente viento que soplaba fuera.



## 2. No es un hombre de apuestas

Grey pasó la mañana siguiente en una fría habitación de Whitehall. Tuvo que asistir a una tediosa reunión entre un coronel y su oficial de artillería, puesto que ocupaba un hombre con un tratamiento larguísimo: señor Adams, primer secretario del Departamento de Artillería. Hal, alegando que tenía mucho trabajo, había enviado a Grey en su nombre. Éste reprimió un bostezo de la forma más viril de que fue capaz y pensó que a aquellas horas, Hal seguiría en casa, disfrutando del desayuno, o estaría en White's Chocolate House, deleitándose con sus riquísimos bollos azucarados y los chismorreos, mientras él llevaba horas allí sentado, escuchando una aburridísima conversación sobre el reparto de la pólvora. Era evidente que el rango tenía sus ventajas.

Sin embargo, tampoco pensaba que su situación fuera desagradable. El 46 había recibido grandes provisiones de pólvora; su hermanastro Edgar era dueño de uno de los polvorines más grandes del país, y como Grey estaba por debajo del rango de la mayoría de los oficiales presentes, raras veces tenía que intervenir en la discusión. Eso significaba que gozaba de absoluta libertad para pensar y especular sobre Percy Wainwright.

¿Se habría equivocado al percibir su atracción? No. Aún seguía sintiendo la extraordinaria calidez que brillaba en los ojos del joven, y el calor de su mano cuando se las habían estrechado para despedirse.

La idea de que Percy Wainwright se uniera al regimiento le resultaba atractiva. No obstante, al considerarla a la sobria luz del día, se dio cuenta de que también podría ser peligrosa.

No sabía nada de aquel hombre. El hecho de que fuera el hijastro del general Stanley significaba que por lo menos sería discreto, pero Grey

conocía a más de un granuja muy discreto. Y no debía olvidar que la primera vez que había visto al joven había sido en el Lavender House, un lugar cuyos encerados muebles escondían muchos secretos.

¿Habría estado Wainwright con alguien en aquella ocasión? Grey frunció el cejo intentando recordar la escena, pero en realidad, en aquel momento estaba tan distraído que apenas reparó en muchas de las caras de los allí presentes. Pensó que Percy estaba solo, pero... sí. Debía de estar solo, porque no únicamente se presentó, sino que también besó la mano de Grey.

Se había olvidado de eso y, al recordarlo, cerró el puño de forma involuntaria y un pequeño escalofrío le recorrió el brazo, como si hubiera tocado algo caliente.

—Sí, a mí también me gustaría estrangularlo —murmuró el hombre que tenía a su lado—. Maldito charlatán.

Sorprendido, Gray miró al oficial, un coronel de infantería llamado Jones-Osborn, quien asintió con el cejo fruncido y la vista clavada en el señor Adams, cuya aguda voz había monopolizado la conversación durante un buen rato.

Grey no tenía ni idea de lo que había dicho Adams, pero asintió y frunció también el cejo en señal de acuerdo. Eso provocó al hombre que estaba sentado al otro lado de Grey, quien, animado por esa muestra de apoyo, le señaló una contradicción a Adams y la coronó con un sonoro epíteto.

El secretario, irlandés de nacimiento y al que se le daban muy bien los enfrentamientos, le respondió con energía, y, en pocos momentos, la reunión degeneró hasta convertirse en algo más parecido a una sesión del Parlamento que a las sobrias deliberaciones de un grupo de estrategias militares.

Grey se vio arrastrado a la consiguiente mêlée, seguida de un cordial almuerzo entre Jones-Osborn y el resto de la facción antiAdams, y no volvió a pensar en Percy Wainwright hasta que estuvo en el despacho de su hermano, en los cuarteles generales del regimiento, a media tarde.

—Jesús —dijo Hal riendo cuando Grey le contó lo que había sucedido en

la reunión—. Me alegro de no haber estado. ¿Estaba Twelvetrees?

—No lo conozco.

—Entonces no estaba. —Hal hizo un gesto con la mano—. Si hubiera estado le habrías visto clavar un puñal en la espalda de Jones-Osborn. Es el perro faldero de Adams. ¿Qué te pareció nuestro nuevo hermano? ¿Deberíamos aceptarlo?

Grey ya estaba muy familiarizado con los rápidos métodos de Hal para cambiar de conversación y en seguida comprendió a qué se refería.

—¿Wainwright? Parece un tipo decente —contestó, intentando parecer despreocupado—. ¿Has oído algo sobre él?

—No mucho más de lo que explicó ayer. Le pregunté a Quarry, pero ni él ni Joffrey sabían nada de él.

Eso resultaba muy revelador. Harry Quarry, uno de los dos coroneles del regimiento, y su hermanastro, lord Joffrey, conocían a todas las personas relacionadas con los círculos militar y político.

—¿Te gustó? —preguntó Grey.

Hal frunció un poco el cejo mientras pensaba.

—Sí —respondió lentamente—. Y sería muy extraño que lo rechazáramos en el caso de que quiera unirse a nosotros.

—No tiene experiencia, por supuesto —observó Grey.

Eso no era un impedimento, pero sí algo que tener en cuenta. Los altos puestos del ejército se solían comprar, y muchos oficiales jamás habían visto un soldado ni cogido una arma antes de entrar a formar parte de un regimiento. Por otra parte, la mayoría de los oficiales superiores del 46 eran veteranos y tenían una considerable experiencia en el campo de batalla, por lo que Hal elegía los nuevos con sumo cuidado.

—Es cierto. Tal vez debería sugerirle que empezara como segundo lugarteniente, o incluso como alférez. Así podrá aprender cómo va todo antes de escalar posiciones.

Grey pensó en la sugerencia de su hermano y luego asintió.

—Segundo lugarteniente —dijo—. O incluso primero. Hay una conexión familiar. Creo que no sería correcto que empezara como alférez. —Un alférez era el puesto más bajo en el rango y estaba a las órdenes de todos los demás.

—Tal vez tengas razón —reconoció Hal—. Lo pondremos a las órdenes de Harry, por lo menos para empezar. ¿Estarías dispuesto a guiarlo?

—Claro. —Grey se dio cuenta de que se le aceleraba el corazón y se obligó a tranquilizarse—. Siempre, claro está, que quiera unirse a nuestro regimiento. El general dijo que aún no se había decidido. Y seguro que Bonham le ofrece el título de capitán en el cincuenta y uno, ya lo sabes.

Hal resopló y bajó la vista mientras pensaba que cualquiera preferiría reinar en el infierno que servir en el cielo, pero a regañadientes reconoció que su hermano tenía razón.

—Sí, yo también estaría dispuesto a hacerlo capitán; siempre que demuestre que sirve para el puesto. Pero nos vamos a Francia en menos de tres meses, dudo mucho que tengamos tiempo de entrenarlo como es debido. ¿Crees que sabe manejar la espada?

Wainwright no llevaba espada cuando fue a visitarlos, aunque, por otra parte, era cierto que muchos de los caballeros no relacionados con la milicia no la llevaban.

Grey se encogió de hombros.

—Puedo averiguarlo. ¿Quieres que lo hable con él directamente, o vas a entrar en negociaciones con el general?

Hal tamborileó con los dedos en el escritorio un momento y luego se decidió.

—Pregúntale directamente. Si va a convertirse en un miembro de la familia y del regimiento, creo que debemos tratarlo como tal desde el principio. Y es de una edad mucho más parecida a la tuya. A mí creo que me tiene un poco de miedo. —Frunció el cejo con aire de perplejidad y Grey sonrió. A su hermano le gustaba pensar que era modesto e inofensivo y fingía no saber que, a pesar de que sus tropas lo idolatraban, también las aterrorizaba.

—Entonces hablaré con él.

Grey empezó a levantarse, pero Hal le hizo una señal con la mano para que se volviera a sentar. Seguía frunciendo el cejo.

—Espera. Hay otra cosa.

Cuando percibió la nota de tensión en su voz, Grey lo miró con

brusquedad. Había estado distraído pensando en Percy Wainwright y no había observado a Hal a conciencia. Sólo en ese instante se dio cuenta de la tensión alrededor de sus labios y en sus ojos. Eso significaba problemas.

—¿Qué ocurre?

Su hermano esbozó una mueca, pero antes de que pudiera responder, se oyeron unos pasos que se acercaban por el pasillo. Alguien llamó con timidez al marco de la puerta, que estaba abierta. Grey se volvió y vio a un joven húsar con la cara roja a causa del frío viento que soplaba fuera.

—¿Milord? Un mensaje del ministro. Me ha dado órdenes de esperar respuesta —añadió con torpeza.

Hal miró al mensajero con semblante hosco, pero entonces, con impaciencia, le hizo una señal de que se acercara y cogió el mensaje.

—Espera abajo —dijo, haciéndole una señal con la mano. Rompió el sello y leyó la nota rápidamente, murmuró una blasfemia ininteligible y cogió una pluma para escribir una respuesta al final de la página.

Mientras esperaba, Grey se mecía en su silla. Miró alrededor del despacho y se preguntó qué podría haber sucedido desde el día anterior. Hal no había mostrado indicios de preocupación durante el almuerzo con el general y con Percy.

No podría decir qué fue lo que lo llevó a posar los ojos sobre aquel trozo de papel en particular. El despacho de Hal parecía la guarida de una bestia muy desordenada y, a pesar de que su hermano y su anciano secretario, el señor Beasley, encontraban en seguida todo lo que buscaban, nadie más era capaz de orientarse en aquel caos.

Aquel papel en concreto estaba encima de muchos otros que yacían repartidos sin orden aparente por todo el escritorio, y se distinguía sólo porque tenía rasgado uno de los extremos, como si lo hubieran arrancado de un libro. Grey lo cogió, lo miró por encima y entonces se quedó de piedra, sin poder apartar los ojos.

—No toques mis papeles, John —dijo Hal, finalizando su escrito con un feroz garabato al pie—. Lo vas a desordenar todo. ¿Qué tienes ahí? —Tiró la pluma sobre el escritorio y le quitó el papel de las manos con impaciencia. Hizo el ademán de volver a dejarlo sobre el escritorio, pero entonces vio las

palabras y se quedó a su vez helado.

—Es lo que yo creo, ¿verdad? —preguntó Grey, sintiéndose muy raro—. ¿Es la letra de papá? —Era una pregunta retórica; había reconocido tanto la autoría como el estilo de escritura en seguida. Su hermano no lo escuchaba. Estaba muy pálido mientras leía aquella página de diario, porque eso era exactamente de lo que se trataba, algo que había escrito su padre.

—Lo quemó —susurró Hal. Luego tragó saliva—. Ella dijo que lo había quemado.

—¿Quién? —preguntó Grey, sobresaltado—. ¿Mamá?

Hal lo miró de repente, pero ignoró su pregunta.

—¿De dónde ha salido esto? —exigió saber. Apenas esperó a que Grey se encogiera de hombros para gritar—: ¡Señor Beasley! ¡Lo necesito!

El señor Beasley se levantó inmediatamente de su immaculado santuario, negó cualquier conocimiento de aquella hoja de papel y declaró su completa ignorancia en cuanto a la forma en que aquel documento había llegado al despacho de Hal. Sin embargo, sí fue capaz de dar la útil información de que el papel no estaba en el escritorio por la mañana.

—¿Cómo diablos puede saberlo? —inquirió Grey, observando el escritorio y su contenido con desprecio.

Dos pares de ojos redondos y brillantes se posaron en él. Lo sabían. Grey tosió.

—En ese caso... —Su voz se fue apagando.

Estuvo a punto de preguntarle a Hal quién había entrado allí durante el día, pero entonces se dio cuenta de la dificultad que entrañaba la pregunta. Docenas de personas visitaban aquel despacho todos los días: secretarios, los encargados de las provisiones, oficiales, mensajeros reales, sargentos de artillería, soldados... Un día, al entrar en el despacho de Hal, vio a un hombre con un oso bailarín atado con una correa y un mono sobre el hombro, que había ido a buscar el sueldo que le correspondía por su actuación en las festividades de las tropas, en honor del cumpleaños de la reina.

Sin embargo, supuso que podrían hacer algún esfuerzo.

—¿Cuánto tiempo llevabas aquí antes de que llegara yo? —preguntó.

Hal se frotó la cara con las manos.

—He llegado justo antes que tú. Si no, hubiera visto antes el papel.

—¿Deberíamos llamar al guardia de la puerta y a todos los hombres que hay en el edificio? —sugirió Grey—. ¿Los interrogamos a todos como si cada uno de ellos fuera culpable de haber entrado en el despacho cuando no había nadie?

Su hermano apretó los labios. Había recuperado el control de sí mismo; Grey podía ver cómo su mente volvía al trabajo, y rápido.

—No —contestó, y relajó los hombros a conciencia—. No es importante. —Hizo una pelota con la hoja de papel y la tiró al fuego con aparente tranquilidad—. Eso es todo, señor Beasley.

El secretario hizo una pequeña reverencia y se retiró. El papel brilló y fue consumido por las llamas. Grey apretó los puños involuntariamente: quería salvarlo de la destrucción, pero ya había desaparecido. Lo último que vio fue la tinta en el papel chamuscado, antes de convertirse en ceniza. La inesperada sensación de pérdida que lo asaltó le hizo hablar con más sequedad de la que deseaba.

—¿Por qué has hecho eso?

—No importa. —Hal miró la puerta para asegurarse de que Beasley no podía oírlo, luego, cogió el atizador y removió las brasas, provocando que las chispas se levantaran como un enjambre de fieras abejas; estaba claro que quería asegurarse de que no quedara ni un solo trocito de papel—. Olvídalo.

—No estoy dispuesto a olvidarlo. ¿Qué querías decir antes cuando has dicho que lo había quemado?

Hal volvió a dejar el atizador en su sitio con cuidadosa precisión.

—Que lo olvides no ha sido una sugerencia —dijo con suavidad—. Ha sido una orden, comandante.

Grey apretó los dientes.

—¡Prefiero no obedecer!

Hal se volvió, sorprendido.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que prefieres no...?

—Quiero decir que no pienso hacerlo —le espetó Grey—. Ya lo sabes. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Encadenarme? ¿Dejarme encerrado una semana a base de pan y agua?



—¡No me tientes! —Hal lo fulminó con la mirada, pero a los dos les quedó muy claro que se había dado por vencido. En parte—. Por lo menos, baja la voz.

Se acercó a la puerta y la entornó, pero no la cerró del todo.

A Grey le pareció muy interesante. ¿Acaso Hal creía que si la cerraba el señor Beasley se acercaría sigilosamente para escuchar detrás de la madera?

—Sí, era una página de uno de sus diarios —dijo Hal en voz muy, muy baja—. Del último.

Grey asintió con brevedad; la fecha que había visto en la página era de dos semanas antes de la muerte de su padre. El duque había sido un meticuloso escritor de diarios; en la casa de la calle Jermyn había una pequeña estantería llena, hilera tras hilera, de sus cuadernos, que escribió durante treinta años. Grey los conocía muy bien y le estaba profundamente agradecido por haberlos escrito; gracias a ellos, cuando llegó a la edad adulta, pudo conocerlo un poco mejor como hombre. El último diario que había en la estantería acababa unos tres meses antes de la muerte del duque. Tenía que haber por lo menos uno más, pero Grey nunca lo había visto.

—¿Mamá te dijo que papá los había quemado? ¿Te dijo por qué?

—No, no me lo dijo —respondió Hal escuetamente—. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo cierto es que tampoco se lo pregunté.

Seguía mirando en dirección a la puerta abierta. Grey era incapaz de decidir si estaba sólo en alerta o intentando evitar sus ojos. Su hermano era un buen mentiroso cuando necesitaba serlo, pero Grey lo conocía extremadamente bien y Hal lo conocía a él. Inspiró con fuerza para ordenar sus pensamientos. El olor a papel quemado seguía muy presente en su nariz.

—Es evidente que no lo quemó —dijo Grey lentamente—. Por lo tanto, debemos asumir que: primero, alguien lo robó y, segundo, que quienquiera que se lo llevara, lo ha conservado hasta ahora. ¿Quién y por qué? ¿Y por qué él, quienquiera que sea, decide informarte ahora de que lo tiene? ¿Y por qué mamá...?

—¡Que me cuelguen si lo sé! —Hal lo miró directamente y el enfado de Grey se desvaneció cuando se dio cuenta de que su hermano le estaba diciendo la verdad. Pero entonces vio algo que lo intranquilizó mucho: Hal

tenía miedo.

—¿Existe alguna amenaza de alguna clase? —preguntó, bajando un poco más la voz. No había nada en la página que había leído que sugiriera tal cosa: era un fragmento del relato de una reunión entre su padre y un viejo amigo, y sobre la discusión que mantuvieron sobre astronomía; bastante inocuo. Por consiguiente, el sentido de la página era sólo informar a Hal de la existencia del diario y de todo lo que en él se relataba.

—Dios sabe —contestó Hal—. ¿Qué diablos puede...? Bueno. —Se frotó los labios con el nudillo y miró a Grey—. No hables de esto con mamá. Lo haré yo —añadió, cuando vio que él estaba a punto de protestar.

El sonido de unas botas y de voces que se acercaban por el pasillo evitaron que pudieran seguir con la conversación. Era el capitán Wilmot, con su sargento y un secretario de la compañía. Hal alargó el brazo y cerró la puerta con cuidado. Luego esperaron en silencio hasta que el sonido desapareció.

—¿Conoces a un hombre llamado Melchior Ffoulkes? —preguntó Hal con brusquedad.

—No —replicó Grey, preguntándose si aquello tendría algo que ver con el asunto que estaban tratando o sería uno de los cambios de tema de su hermano—. Estoy razonablemente seguro de que lo recordaría si lo conociera.

El comentario dibujó una débil sonrisa en los labios de Hal.

—Sí, lo recordarías. ¿Y a un soldado llamado Harrison Otway? ¿Del undécimo de infantería?

—Qué nombre tan ridículo. No, ¿quién es?

—¿Y al capitán Michael Bates?

—Bueno, por lo menos he oído hablar de él. De la guardia montada, ¿verdad? ¿Puedo preguntarte cuál es el propósito de este interrogatorio? Siéntate, Hal.

Éste lo hizo y, después de reflexionar un momento, siguió hablando.

—¿Alguna vez has conocido personalmente al capitán Bates?

Grey se estaba empezando a enfadar, pero contestó con calma.

—No, la verdad es que no lo recuerdo. Aunque no puedo jurar que no

haya compartido cama con él en algún tugurio, claro.

Su hermano le apretó el antebrazo con tanta fuerza que lo hizo jadear.

—No bromees con esto —dijo en voz muy baja.

Grey lo miró a los ojos y vio su rostro desencajado. La página del diario lo había sorprendido, pero ya estaba intranquilo antes de que apareciera.

—Suéltame —le dijo él con tranquilidad—. ¿Qué ocurre?

Hal retiró la mano lentamente.

—No lo sé. Todavía no.

—¿Quiénes son todos esos hombres? ¿Tienen algo que ver con...? —  
Miró la chimenea, pero su hermano negó con la cabeza.

—No lo sé. No lo creo. Pero es posible. —El sonido de unos pasos retumbó en el pasillo y Hal se calló en seco. Los pasos eran muy característicos, de un hombre corpulento con una distintiva cojera. Ewart Symington, el segundo coronel del regimiento.

Hal hizo una mueca y Grey asintió con complicidad. Ninguno de los dos quería hablar con Symington en aquel momento. Se quedaron allí en silencio y esperaron. Al final, los pasos se detuvieron y un puño llamó a la puerta. Symington era tan bruto en sus formas como en su apariencia, tenía el aspecto de un jabalí ebrio.

Se oyó otro estruendoso asalto a la puerta, una pequeña pausa y luego Symington dijo una palabrota entre dientes y se marchó cojeando.

—Volverá —susurró Hal mientras cogía su capa del colgador que había junto a la puerta—. Ven conmigo a White's, hablaremos por el camino.

Grey se puso su capote y, unos minutos más tarde, caminaban por la calle, después de que Hal le hubiera dado instrucciones al señor Beasley de que le dijera al coronel Symington que lord Melton se había ido a Bath.

—¿A Bath? —preguntó Grey mientras salían—. ¿En esta época del año?  
—No era mucho más tarde de las tres y media y, sin embargo, el crepúsculo empezaba ya a abrirse paso. La humedad oscurecía el suelo y se adivinaba cierta pesadez en el aire debido al olor de la nieve que se acercaba.

Su hermano hizo una señal con la mano en dirección al carruaje que lo esperaba para indicar que no necesitaba sus servicios y dobló la esquina.

—Si le hubiera dicho que me iba a algún lugar más cerca me habría

seguido hasta allí. Puedes decir todo lo que quieras de ese hombre, pero es increíblemente insistente. —Ese último comentario lo dijo con un reticente respeto. La persistencia era una de las virtudes militares de Symington, y no era una mala cualidad. Sin embargo, en situaciones sociales, resultaba un poco más difícil de llevar.

—¿Qué quiere?

Grey lo preguntó sólo para demorar la conversación que tenían pendiente y no se sorprendió cuando vio que su hermano se limitaba a encogerse de hombros. Hal no parecía mucho más dispuesto a retomar la conversación de lo que lo estaba él y anduvieron medio kilómetro, o tal vez un poco más, en silencio; los dos iban perdidos en sus propios pensamientos.

Los de Grey eran muy confusos, y se debatían entre la expectativa y la curiosidad cuando se centraba, ya fuera en Percy Wainwright, o en la preocupación que le provocaba la evidente inquietud de su hermano. No obstante, en lo que más pensaba era en la imagen de aquel papel que había sostenido brevemente entre los dedos.

Se esforzó por expulsar cualquier otro pensamiento de su mente y se concentró en memorizar las palabras que había leído. Aún seguía sorprendido de que Hal hubiera tirado el papel al fuego y no podía soportar la idea de que unas palabras escritas por su padre, por muy prosaicas que fueran, se hubieran perdido para siempre. Los diarios del duque no eran ningún secreto y, sin embargo, él los había leído en secreto, cogiéndolos de uno en uno y llevándose cada volumen a su habitación para luego devolverlo a la estantería con mucho cuidado de que nadie le viera.

No podía explicar por qué le parecía importante mantener en privado esa relación postmortuoria que mantenía con su padre.

Había conseguido fijar en su memoria el contenido de aquella desaparecida página con más o menos éxito, cuando por fin Hal encorvó los hombros y habló con sequedad.

—Se está hablando sobre conspiraciones.

—¿Y cuándo no se habla de eso? ¿Cuál de esas conspiraciones en particular te preocupa?

—A mí no me preocupa mucho. —Hal se caló un poco más el sombrero y

agachó la cabeza para protegerse del viento—. Y si aún no se ha convertido en un escándalo, estoy seguro de que lo hará, y pronto.

—No lo dudo —observó Grey con aspereza—. No ha habido un escándalo decente desde Navidad. ¿En qué consiste esta vez?

—Se trata de una conspiración de sodomitas con el propósito de acabar con el gobierno mediante el asesinato de ciertos ministros.

A Grey se le encogió el estómago, pero intentó contestar con tranquilidad. No era la primera vez que oía cosas de ese estilo: las asociaciones de sodomitas y las conspiraciones eran un clásico de los pregoneros y los escritoruelos de la calle fleet. Siempre echaban mano de ese tema cuando andaban flojos de noticias.

—¿Y en qué te concierne a ti?

Hal clavó los ojos en los húmedos adoquines.

—A nosotros. Es algo que se decía de... papá. —Esa palabra golpeó a Grey en la boca del estómago como una piedra lanzada desde un tirachinas. No estaba seguro de haber oído a Hal decir la palabra «papá» ni una sola vez en los últimos quince años.

—¿Que él era sodomita? —preguntó Grey, incrédulo.

Su hermano inspiró con fuerza, pero pareció relajarse un poco.

—No. No con tantas palabras. Ni tampoco era, gracias a Dios, un rumor popular. Sólo se hicieron algunas acusaciones aisladas cuando murió; procedían de algunos miembros de la Sociedad. Estas acusaciones eran comunes y se hacían casi contra cualquier hombre que tuviera cierta importancia y que estuviera relacionado de alguna forma con la Compañía del Mar del Sur. El escándalo se atribuyó a las «compañías de sodomitas», aunque Dios sabe que también a cualquier otro grupo, interés o persona que se les ocurriera. Pero por aquel entonces, la Sociedad era muy importante, y estaban particularmente obsesionados con las conspiraciones de sodomitas.

—¿La Sociedad? —repitió Grey sin comprender a qué se refería—. ¿Qué sociedad es ésa?

—Claro, me olvidaba. Por aquel entonces, tú eras muy pequeño y no debiste de oír muchas de las cosas que se decían.

—Muy pocas, sí, ya que estaba en Aberdeen. —Grey no se esforzó por

evitar el resentimiento que teñía su voz, y su hermano lo miró con frialdad.

—Que es precisamente el motivo por el que decidimos enviarte allí —dijo—. En cualquier caso, la sociedad a la que me refiero es la Sociedad para la Reforma Moral; ¿has oído hablar de ellos?

—He oído hablar de ellos, sí. —Enfadado e intranquilo, Grey no se estaba esforzando por esconder sus sentimientos y dejaba que la repugnancia y el desprecio que sentía se reflejaran en su voz—. Son un grupo de mojigatos y puritanos incapaces de reconocer sus instintos primarios, pero que encuentran un gran placer y liberación, no cabe duda, en acusar a otros de corrupción y en empañar el nombre de hombres inocentes. Son unos...

Hal le volvió a poner la mano sobre el brazo para que se contuviera, aunque esta vez no fue más que un breve contacto. Lo hizo para evitar que siguiera hablando, porque justo en ese momento, se acercaban a ellos dos hombres cabalgando al trote, con los rostros ocultos tras el vaho blanco de su aliento.

El frío y la cercanía del crepúsculo hacía que mucha gente se quedara en casa, pero algunos debían salir a ganarse la vida y, a medida que los dos hermanos iban acercándose a la calle St. James, cada vez encontraban más bullicio. Un músico, vendedores de castañas, o las vendedoras de manzanas que gritaban a pleno pulmón las virtudes de sus arrugadas frutas. Grey vio cómo su hermano escrutaba a todas y cada una de las personas que se cruzaban en su camino, como si sospechara de todas ellas.

—Se cree que el capitán Bates está muy involucrado —comentó Hal por fin—. El general me habló de este asunto después de que tú y Wainwright os marcharais ayer. El padre de Bates es el general Ezekial Bates, que hace ya muchos años que se retiró, pero que es un íntimo amigo del general Stanley.

—Ah —dijo Grey—. Ya veo. —Se sentía intranquilo, un poco alarmado, inútilmente enfadado... pero su inteligencia alivió un poco el pesar de su mente. Por lo menos, ahora ya sabía por qué su hermano conocía todo aquel asunto—. ¿Y los otros hombres que has mencionado? ¿Otway y Ffoulkes?

—Otway es un soldado del undécimo de infantería, un don nadie. Ffoulkes es un abogado bastante conocido del Lincoln's Inn.

—¿Y cuál es la conexión entre ellos?

—Bates.

—Según el general Stanley, el capitán Bates y Ffoulkes se conocieron cuando este último se ocupó de un pequeño problema de negocios para la familia del capitán. Al parecer, Otway había conocido a Bates en una taberna, cerca de Temple Stairs, y estableció con él una relación poco sana. Luego le presentaron a Ffoulkes, aunque el general no me explicó en qué circunstancias.

—Ya veo —dijo Grey, pensando en las casas de citas que había cerca de Lincoln's Inn, un lugar muy concurrido, tanto por abogados como por homosexuales—. ¿Esa... asociación es a lo que ellos se refieren como «compañía de sodomitas»? Yo creo que no parece que esté muy bien organizada, ni en cuanto a sus miembros ni en cuanto a sus principios organizativos.

Hal resopló un poco. Grey vio su nube de vaho perdiéndose en el viento del invierno.

—Oh, hay más. Por lo visto, nuestro amigo Ffoulkes tiene una mujer francesa que a su vez tiene dos hermanos. Uno de esos hermanos es un famoso pederasta, famoso incluso para los estándares franceses, mientras que el otro es un coronel del ejército francés.

Grey gruñó sorprendido.

—¿Y hay alguna prueba de... supongo que debe de ser traición?

—Así es. Y sí que la hay. El Departamento de Guerra ha oído rumores y lleva varios meses detrás del asunto. Bates, que por cierto fue edecán del jefe del general Stanley durante algún tiempo antes de unirse a la guardia montada...

—Dios.

—Exacto. Por lo visto, le ha estado pasando materiales secretos a Otway, quien, a su vez, se los pasaba a Ffoulkes. Y de éste, por supuesto...

Grey se llenó los pulmones con el aire de la tarde. Se le congeló hasta el último vestigio de su enfado y se quedó callado. Aquél era un asunto personal, pero no directamente personal. Su hermano estaba preocupado por el general, claro, y por su familia, por miedo a que los viejos rumores se convirtieran en un nuevo escándalo, estimulados por el nuevo enlace



matrimonial de su madre.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó—. No he oído hablar de ello en las calles, ni he leído una sola palabra en los periódicos.

Hal encorvó un poco los hombros. Estaban pasando junto a una verja en la que ardían algunas antorchas y Grey vio proyectada sobre ella la encogida sombra de su hermano, la imagen de un viejo.

—Se ha intentado mantener lo más en secreto posible. Sin embargo, me temo que Bates y Otway fueron arrestados ayer.

—¿Y Ffoulkes?

Hal ladeó la cabeza y soltó una gran bocanada de aliento blanco.

—Ffoulkes se ha suicidado esta mañana.

Grey siguió andando de forma mecánica. Ya no sentía ni el frío ni los adoquines bajo sus pies.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo al fin.

—Y de las nuestras —añadió Hal sin humor.

Hal no podía y no quería decir más y anduvieron el resto del camino en silencio. Grey, que estaba muy preocupado, olvidó sus pensamientos cuando dobló la esquina de la calle St. James.

La acogedora luz de las velas brillaba a través de las ventanas de White's e iluminaba lo que parecía ser el cuerpo de un hombre que yacía sobre la acera, junto a la puerta. Cuando se acercaron al edificio, vio una cabeza que asomaba por la puerta del club, inspeccionaba el cuerpo y luego se volvía a ocultar, sólo para que le sucediera otra cabeza, que repitió el mismo procedimiento.

—¿Lo conoces? —le preguntó Grey a su hermano cuando se acercaron al cuerpo—. ¿Es miembro del club? —Por supuesto, él también era miembro de White's, pero no acostumbraba a ir por allí. Le gustaba más el ambiente acogedor y la excelente comida del Beefsteak.

Hal entrecerró los ojos y miró el cuerpo, luego negó con la cabeza.

—No lo conozco.

El hombre yacía boca abajo. Tenía las piernas abiertas, que sobresalían bajo un capote de buena calidad. Su sombrero también era bueno; se le había caído y había rodado hasta la pared, donde estaba apoyado como un mendigo borracho.

—¿Crees que está muerto?

El hombre tenía la peluca un poco torcida y le tapaba buena parte de la cara. Había empezado a nevar con suavidad y, entre el parpadeo de la luz y los remolinos que dibujaban los copos de nieve al caer, era imposible percibir si estaba respirando o no.

—Déjame echar un vistazo; tal vez... —Hal se agachó para tocar al hombre, pero se lo impidió un grito procedente de la puerta.

—¡No lo toque! ¡Aún no! —Un excitado joven salió del club y cogió a Hal del brazo—. Aún no lo hemos registrado en el libro.

—¿Qué libro? ¿El de apuestas? —preguntó Hal.

—Sí. Rogers dice que está muerto y yo digo que no. ¡Hemos apostado dos guineas! ¿Se une a la apuesta conmigo, Melton?

—¡Está bien muerto, Melton! —oyó gritar a alguien a través de la puerta abierta, presumiblemente Rogers—. ¡Whitbread y Gallagher están conmigo!

—¡Que no está muerto le digo! —El joven dio un golpe al marco de la puerta—. ¡Usted no reconocería un cadáver ni en un cementerio!

—¡Oiga! —Grey vio movimiento con el rabillo del ojo y se dio media vuelta, con la mano en la empuñadura de su espada, pero no fue lo bastante rápido como para coger al harapiento niño que se había colado entre ellos para llevarse el sombrero caído. Un grito de triunfo se abrió paso hasta él a través de la nieve que ya empezaba a cuajar.

—Llama a los guardias, por el amor de Dios. No podemos dejarlo aquí, esté muerto o no —dijo Hal con impaciencia—. Se lo van a robar todo.

Grey bajó la calle en dirección a la taberna Fount of Wisdom, donde encontró a dos miembros de la guardia resguardándose del mal tiempo. A regañadientes, se bebieron de un trago la sidra caliente que estaban tomando, se pusieron las casacas y los sombreros y lo siguieron hasta White's, donde Hal montaba guardia delante del cuerpo, con la espada en la mano.

—Justo a tiempo —dijo su hermano envainando la espada—. ¡Ya están

aquí! —gritó, volviéndose en dirección a la puerta abierta, donde el señor Holmes, el administrador del club, esperaba impaciente.

Éste desapareció inmediatamente y el grito de «¡El libro está cerrado, caballeros!» se oyó claramente por toda la casa.

En seguida, el cuerpo estuvo rodeado de una multitud de entusiastas apostadores que se reunieron bajo la nieve mientras seguían discutiendo entre sí.

—¿Tú qué dices? —le murmuró Grey a Hal. Su hermano olisqueó el aire, pero él era incapaz de detectar ningún rastro de olor a muerte por encima del olor a humo, café y comida que procedía del club—. Diez a uno a que sigue vivo —añadió impulsivamente.

—Ya sabes que yo sólo apuesto a las cartas —respondió Hal. Sin embargo, mantuvo su posición al frente del grupo, con tanta curiosidad como cualquiera de los apostadores, mientras observaban cómo uno de los guardias le quitaba la peluca de la cara a aquel hombre desplomado en el suelo.

Hubo un momento de silencio cuando su cara quedó al descubierto. Tenía la piel gris y floja como la arcilla de un alfarero y los ojos cerrados. El guardia se aproximó un poco más, le acercó un momento la mano a la boca y se puso de pie.

—¡Está vivo! ¡He notado su aliento!

Entonces, el grupo estalló en voces y acción; algunos de los presentes se apresuraron a levantar a la víctima y llevarla dentro, mientras otros pidieron café caliente, un doctor, brandy; ¿tenía el hombre algún papel en la cartera? «¿Dónde está ese doctor, por el amor de Dios?»

Un hombre alto de pelo gris salió de la sala donde se jugaba a cartas, furioso por la interrupción.

—¿Quién necesita un médico?

—Oh, está aquí, Longstreet. Aquí tiene un paciente, doctor. —Hal saludó al médico, al que evidentemente conocía, e hizo un gesto en dirección al hombre del capote, que habían tumbado en un sofá. En ese momento, recibía los tiernos cuidados de los mismos hombres que habían estado apostando sobre su fallecimiento hacía tan sólo unos segundos.

El doctor Longstreet esbozó una mueca, se quitó la casaca y se empezó a

remangar la camisa.

—Muy bien. Yo me ocuparé de él. Usted, apártese. Holmes, ¿sería tan amable de traerme un cuenco de la cocina? —Se sacó una navaja plegable del bolsillo y la abrió con seguridad.

El señor Holmes vaciló.

—No lo irá usted a ensuciar todo, ¿verdad? Acabamos de tapizar el sofá.

Longstreet le dedicó al administrador una sonrisa desprovista de humor.

—Le voy a sangrar, sí, pero intentaré no manchar su sofá. ¡Cuenco!

Grey, que estaba cerca y no era un hombre aprensivo, ayudó a levantar al hombre, que era alto y corpulento, y a quitarle la ropa. Sus párpados se entreabrieron un momento y movió los labios, pero en seguida regresó a su estado de inconsciencia y ni siquiera se inmutó cuando Longstreet le cogió el brazo y le hizo un corte por debajo del codo.

En cuanto la sangre empezó a caer en el cuenco, uno de los hombres que estaban mirando se fue rápidamente fuera; se le oyó vomitar a través de la puerta, que seguía abierta. El señor Holmes miró con desesperación la sangre que salpicaba la alfombra y salió para ayudar al cliente indispuerto.

—Supongo que no llevará usted encima un poco de amoníaco, ¿verdad? —le preguntó Longstreet a Grey, mientras miraba al hombre inconsciente con el cejo fruncido—. Esperaba que el sangrado lo reviviera, pero...

—Mi hermano sí que lleva. Un momento. —Hal había desaparecido en la sala de las cartas, junto con algunos de los miembros del club, que, ahora que ya sabían si habían ganado o no, habían perdido el interés por el objeto de su apuesta. Grey entró y salió de inmediato con la caja de rapé esmaltada de Hal que, al abrirla, resultó no contener rapé, sino una pequeña ampollita con sales, tapada con un corcho.

El doctor Longstreet la cogió y le dio las gracias asintiendo con la cabeza. Luego quitó el corcho y acercó la ampolla a la nariz del hombre.

—¿Por qué su hermano...? Melton es su hermano, supongo. El parecido es increíble; ¿por qué lleva sales?

—Creo que su mujer es muy dada a desmayarse —contestó Grey con indiferencia. En realidad era Hal quien sufría algunos episodios de extraños mareos. Después de desmayarse durante un desfile, un día de mucho calor,

decidió no volver a vivir una situación tan vergonzosa como aquélla nunca más, y había empezado a llevar sales; aunque, según Grey tenía entendido, nunca había tenido que recurrir más a ellas. Estaba completamente convencido de que Hal las llevaba como precaución, para no volver a ponerse en evidencia.

—¡Ah! —exclamó el médico satisfecho, porque la cara del hombre se había convulsionado de repente.

El doctor y Grey estuvieron tan absortos en todo lo que ocurrió a continuación que ya no hablaron más. Gracias a la continua aplicación de sales, paños de agua caliente en los brazos y las piernas y algunas infusiones de brandy que le dieron cuando recuperó un poco la conciencia, el hombre se fue recomponiendo poco a poco, aunque siguió sin poder articular palabra y sólo era capaz de fruncir el cejo cuando se le hablaba.

—Creo que ha sufrido una apoplejía —concluyó Longstreet, reconociendo a su paciente con interés—. Son muy comunes en sujetos de carácter colérico. Observe los capilares rotos de sus mejillas, en particular los que tiene en la nariz.

—Ya veo. —Grey lo observó—. ¿Cree usted que recuperará el habla?

Longstreet se encogió de hombros, pero parecía estar de buen humor. A fin de cuentas, el hombre había sobrevivido. ¿Qué más se le podía pedir a un médico?

—Con los cuidados adecuados es posible. ¿Sabemos quién es?

Grey había registrado los bolsillos del capote del hombre y encontró entre otras cosas una carta abierta dirigida al doctor Henryk Van Humperdinck, en el número 44 de la calle Great Ormond.

El hombre parecía responder positivamente cuando se referían a él con ese nombre, así que mandaron un mensajero a la calle Great Ormond y subieron al paciente a una de las habitaciones del piso de arriba del club, bajo la atenta mirada del sufridor señor Holmes. Se quedaría allí hasta que hubieran conseguido informar a sus parientes o conocidos.

—¿Llevaba dinero? —preguntó el médico con jovialidad, mientras se limpiaba las manos en una toalla—. Espero no haberle perjudicado al salvarle la vida. O a su hermano, claro.

—No —le aseguró Grey—. Yo habría ganado si hubiera llegado a tiempo para hacer la apuesta. Y mi hermano no es un hombre aficionado a las mismas.

—¿No? —Longstreet parecía sorprendido.

—No. Sólo apuesta cuando juega al whist, pero únicamente porque tiene fe en su habilidad, no en su suerte.

El médico lo miró de una forma un tanto extraña.

—¿No es un hombre aficionado a las apuestas? —repitió y se rió con cinismo. Cuando vio la cara de incompreensión de Grey, él también se puso serio y frunció los labios como si estuviera pensando en decir algo.

»¿No ha visto nunca el libro? —preguntó por fin, mirando a Grey de reojo por debajo de sus cejas grises—. ¿De verdad?

Como no recibió respuesta, cruzó la habitación y cogió el libro de apuestas que alguien había dejado en una mesita, después de que el señor Holmes apuntara la apuesta sobre el estado anímico del doctor Humperdinck.

Longstreet pasó algunas páginas con sus largos y veloces dedos hasta que emitió un pequeño sonido de satisfacción al encontrar lo que estaba buscando.

—Aquí. —Le dio el libro a Grey, mientras señalaba una única entrada al principio de una página. El resto estaba completamente en blanco, salvo por las firmas de los testigos de la apuesta que había al margen de la hoja.

*El conde de Melton afirma que el duque de Pardloe no era un traidor. Apuesta veinte mil libras a que eso es completamente cierto. La apuesta queda abierta a todos los participantes.*

Bajo aquel texto estaba la firma informal de Hal, grande y negra. Grey tuvo la sensación de haber olvidado cómo se respiraba.

En la página figuraban otras tres entradas; las dos primeras estaban escritas con una letra pequeña y mesurada, como si alguien hubiera querido marcar un deliberado contraste con la pasión de la apuesta de Hal.

En contra de la misma, firmaba Nathaniel Twelvetrees, capitán de infantería, regimiento 32.

Debajo, había dos nombres más, cuidadosamente escritos.

A favor de la apuesta, Arthur Wilbraham, miembro del Parlamento, y George Longstreet.

Grey movió la lengua, haciendo un esfuerzo por recuperar la saliva necesaria para poder hablar y tomó nota mecánicamente de la fecha anotada: 8 de julio de 1741. Un mes después de la muerte de su padre. No había ninguna indicación de que la apuesta se hubiera resuelto.

—¿De verdad no lo sabía? —Longstreet lo estaba observando con una mezcla de compasión y curiosidad.

—No —dijo Grey cuando consiguió hablar. Se esforzó por cerrar el libro y dejarlo en la mesa—. George Longstreet, ¿es usted?

El médico negó con la cabeza.

—Es mi primo, aunque yo fui testigo de la apuesta. —Torció un poco su enorme boca—. Fue una noche memorable. Su hermano estuvo a punto de batirse en duelo con Twelvetrees, pero el coronel Quarry, que en aquel momento era sólo un lugarteniente, lo disuadió. Por suerte, consiguió convencerlo de que no se podía arriesgar a dejar indefensos a su madre y a su hermano pequeño en caso de que lo mataran. Usted no debía de ser más que un niño por aquel entonces.

Al oír eso las mejillas de Grey enrojecieron. No había bebido nada, pero sintió un extraño calor en las orejas, acompañado de una peculiar sensación de distanciamiento. Cuando bebía demasiado vino, acostumbraba a ocurrirle exactamente lo mismo, como si no fuera responsable de las reacciones de su cuerpo.

—¡Señor Holmes! —gritó con una tranquilidad asombrosa—. Una pluma y un tintero, por favor.

Abrió el libro, cogió la pluma que le trajo a toda prisa el señor Holmes y, junto a él, que lo observaba con cara de preocupación y en absoluto silencio, escribió cuidadosamente bajo la entrada de su hermano:

*Lord John Grey se suma a la apuesta en los mismos términos.*

Él no tenía veinte mil libras, pero ése no era el caso.

—¿Serían tan amables de atestiguar mi apuesta? —Le acercó la pluma manchada de tinta a Longstreet, que la cogió con cara de estar divirtiéndose mucho. Holmes tosió y, cuando Grey se volvió, se dio cuenta de que su hermano estaba en la puerta, observándolo, completamente inexpresivo. De la sala de cartas que tenía a su espalda, se oían sonidos de risas y gritos de consternación.

—¿Cuál es tu maldito problema? —le preguntó Hal muy tranquilamente.

—El mismo que el tuyo —contestó Grey. Cogió su sombrero y su casaca del perchero e hizo una pequeña reverencia—. Buenas noches —saludó educadamente—. Su excelencia.



### 3. Criminal doméstico

**Cuando** llegó a casa, no podía dormir. Después de pasar una inquieta hora dando vueltas en la cama y haciéndose un auténtico lío con las sábanas, se levantó, atizó el fuego y se sentó junto a la ventana, con una manta alrededor de los hombros, mientras observaba caer la nieve.

Los pequeños cristallitos de hielo se iban pegando poco a poco en el cristal de la ventana, parecían cubrirla con un encaje blanco; pero Grey apenas notaba el frío, pues estaba ardiendo. Y esa vez no se debía a ningún ataque de repentina lujuria, sino al deseo que sentía de cruzar la ciudad hasta la casa de su hermano, sacar a Hal de la cama y darle un buen puñetazo.

Suponía que podía entender que Hal nunca le hubiera mencionado aquella apuesta. Debido al escándalo que se originó tras la muerte del duque, decidieron mandar a Grey a Aberdeen con unos parientes lejanos de su madre. Pasó dos deprimentes años en aquella ciudad gris, tiempo durante el cual sólo pudo ver una vez a su hermano.

Y cuando volvió a Inglaterra, Hal se había convertido en un extraño; estaba tan preocupado por reconstruir el regimiento que ya no tenía tiempo ni para sus amigos ni para su familia. Y entonces... bueno, entonces él conoció a Hector y, debido a la avalancha de emociones de ese descubrimiento personal, él tampoco tuvo tiempo de prestarle atención a nadie más.

Los hermanos sólo tuvieron la oportunidad de volver a conocerse cuando Grey se unió al regimiento y descubrió que compartía el gusto y el talento de la familia para ser soldado. Era evidente que Hal no había olvidado la apuesta, pero teniendo en cuenta que jamás se había resuelto, era razonable que no se le hubiera ocurrido hablarle de ello tantos años después.

No, lo que lo atormentaba no era que Hal no le hubiera mencionado la

apuesta, sino el hecho de que su hermano jamás le dijera abiertamente que creía que su padre no había sido un traidor. Grey había vivido siempre con la tácita asunción de que ése era el caso, pero nunca habían hablado del asunto. Sin embargo, cualquier observador fortuito habría sacado una impresión muy distinta al observar el comportamiento de Hal. Cualquiera habría interpretado sus acciones como propias de un hombre tan oprimido por la vergüenza y el escándalo, que incluso estaba dispuesto a repudiar su patrimonio.

Grey admitió para sí mismo que sólo había asumido que Hal compartía la fe que él tenía en su padre porque no podía soportar pensar lo contrario. Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir ahora que si su hermano no le había hablado del asunto, se debía tanto a que él nunca había sacado el tema, como a que Hal siempre había evitado esa conversación. Grey había tenido miedo de escuchar lo que se temía que fuera la verdad: que Hal sabía algo desagradable y certero sobre el duque que él no sabía, pero que su hermano le había ahorrado ese conocimiento por bondad.

A pesar de alegrarse de haber descubierto lo que de verdad pensaba Hal, cualquier sentimiento de alivio que pudiera sentir por el hallazgo quedó oscurecido por el escándalo. El hecho de que supiera a ciencia cierta que éste carecía de base, sólo lo hacía peor.

Pero lo más malo de todo era el desprecio que sentía por sí mismo, la sensación de que había sido injusto con su hermano aunque sólo fuera en sus pensamientos, y la ira que lo embargaba al pensar que en parte lo había traicionado.

Se levantó. Estaba muy intranquilo y empezó a pasear por la habitación intentando no hacer ruido. La habitación de su madre quedaba justo debajo de la suya.

Ni siquiera podía hablar del tema con Hal, porque eso significaría admitir dudas que prefería mantener enterradas, particularmente ahora que habían sido desmentidas. Por lo menos, las que tenía respecto a su hermano habían sido desmentidas. En cuanto a su padre... ¿Qué diablos significaba aquella página del diario desaparecido? ¿Quién la había dejado allí? ¿Y por qué le habría dicho su madre a Hal que el duque había quemado el diario cuando era evidente que no lo había hecho?

Miró el suelo que tenía bajo los pies, deseando poder ir a despertar a su madre para preguntárselo. Pero su hermano quería hablar con ella a solas; Grey suponía que tenía derecho a hacerlo. Sin embargo, si alguno de los dos creía que lo volverían a engatusar otra vez con más evasivas o excusas facilonas... Se dio cuenta de que estaba apretando los puños y los abrió.

—Estáis completamente equivocados —dijo en voz baja, mientras se frotaba las manos contra los muslos—. Los dos.

Había dejado su reloj abierto sobre el escritorio. El sonido de la aguja al pasar sonaba quedamente y lo cogió, acercándolo al fuego para ver qué hora era: las dos y media. Lo volvió a dejar junto al cuaderno que había sobre la mesa, uno de los diarios de su padre. Había cogido un volumen de la estantería al azar y se lo había llevado a la habitación sin motivo aparente. Sintió que necesitaba tocarlo.

Apoyó la mano con suavidad sobre la cubierta, de piel áspera y curtida. Era como todos los demás cuadernos del duque: hecho para soportar los largos viajes y las vicisitudes de las campañas militares.

*...esta mañana, antes del alba, he observado la lluvia de estrellas con V. y John. Nos hemos tumbado en la hierba y contado más de sesenta estrellas fugaces en una hora. Una docena eran muy brillantes y tenían un visible matiz de azul o verde.*

Repitió la frase para sí mismo, asegurándose de que no se le olvidaba ni una sola palabra. Ésa era la única frase de la página que había quemado Hal en la que su padre lo llamaba por su nombre; era un auténtico tesoro.

Hasta que lo leyó, Grey no recordaba aquella noche en absoluto. Ahora en cambio se acordaba de la fría humedad de la hierba que empapaba su ropa y de la excitación que se imponía a la sensación de sueño y al anhelo por volver a su cama caliente. Luego el «¡Ah!» de su padre y de Victor —sí, la V. era de Victor Arbuthnot, uno de los amigos astrónomos de su padre—. Se preguntó si Arbuthnot seguiría vivo. Se acordaba del repentino vuelco que le dio el corazón cuando vio la primera estrella fugaz; aquel breve y silencioso rayo de luz... Tuvo la sensación de que una estrella se hubiera desprendido

de repente de su sitio.

Eso era lo que más recordaba, el silencio. Al principio, los hombres habían hablado un rato; él no había prestado mucha atención, medio dormido como estaba. Pero entonces, la conversación empezó a desvanecerse y los tres se quedaron tumbados sobre la hierba, mirando fijamente el cielo y esperando. Juntos. En silencio.

Los poetas lo llamaban la canción de los cielos, la música de las esferas... Y Dios sabía que era cierto. El silencio de las estrellas palpitaba en el corazón de quien las observaba.

Se paró junto a la ventana y contempló el cielo con los dedos apoyados en el gélido cristal. Aquella noche no había estrellas. Los copos de nieve aparecían de la oscuridad que reinaba en el cielo y caían; parecían infinitos, incontables. También eran silenciosos, pero no como las estrellas. La nieve se contaba secretos a sí misma al caer.

—Y tú eres un soñador idiota —dijo en voz alta, y luego se alejó de la ventana—. Como no tengas cuidado, acabarás escribiendo poesía.

Se obligó a acostarse en la cama y se quedó mirando el techo de yeso. Recordar las sensaciones que había tenido aquella noche en que estuvieron observando las estrellas lo había relajado, aunque seguía pensando que no podría dormir. Tenía demasiados pensamientos dando vueltas en su cerebro, tan infinitos y confusos como los copos de nieve. Diarios desaparecidos, páginas reaparecidas, apuestas antiguas... ¿Tendría aquella apuesta algo que ver con la relación entre su hermano y el coronel Twelvetrees? Y la denominada «conspiración de sodomitas», ¿tendría alguna relación con los asuntos de su familia? Por lo menos, podría intentar encajar los copos de nieve de manera que todo tuviera sentido.

Cuando por fin se le cerraron los ojos, se dio cuenta de que, aunque los copos de nieve no se pueden hacer encajar, sí se acumulan. Uno encima del otro, hasta que forman una poderosa masa sobre la que un hombre puede andar, o puede hundirse.

Tendría que esperar hasta la mañana para descubrir la profundidad que alcanzaban.

Sin embargo, lo que ocurrió por la mañana fue que llegó una carta.

—Geneva Dunsany ha muerto. —Benedicta, condesa viuda de Melton, dejó la carta de bordes negros junto a su plato con sumo cuidado. Estaba muy pálida. El lacayo se quedó quieto en el momento de ir a servirle más tostadas.

Por un instante, esas palabras carecieron de sentido. El té caliente que había en la taza de Grey le calentaba los dedos a través de la fina porcelana y el fragante vapor que se deslizaba por su nariz se mezclaba con el olor de los arenques fritos, el pan caliente y la mermelada. Entonces comprendió lo que había dicho su madre y dejó la taza sobre la mesa.

—Que descanse en paz —dijo. De repente, sintió que tenía los labios insensibles a pesar de lo caliente que estaba el té—. ¿Cómo?

Su madre cerró los ojos un momento y, durante ese breve instante, aparentó la edad que tenía.

—Murió al dar a luz —contestó, suspirando profundamente y abriendo los ojos—. El bebé de momento ha sobrevivido. Dice lady Dunsany que es un niño. —El color estaba empezando a regresar a la cara de la condesa y volvió a coger la carta—. Aquí dice algo extraordinario, aunque terriblemente triste —prosiguió—. Dice que el padre del niño, que debía de ser Ellesmere, el viejo Ludovic, ya sabes, murió el mismo día que su mujer.

—¡Oh, Dios! —Su prima Olivia miró a su tía y las lágrimas empezaron a asomar a sus ojos. Olivia era una mujer muy sensible y, a raíz de su embarazo, aún lo estaba más. Aunque Grey supuso que era normal que la noticia de que Geneva Dunsany hubiese fallecido dando a luz a su hijo tuviera un efecto morboso en una joven que se encontraba en la misma situación.

Grey tosió, intentando distraer a su prima. De momento, estaba consiguiendo mantener a raya sus propios sentimientos.

—Imagino que el conde no murió de pena —comentó—. ¿La impresión al enterarse de la noticia, tal vez?

—¿Cómo sabes que la causa de la muerte no fue que se le rompiera el corazón? —preguntó Olivia con cierto aire de reproche, mientras se secaba

los ojos cuidadosamente con la servilleta—. ¡Si algo le ocurriera a mi querido Malcolm, yo estoy segura de que no sobreviviría a la noticia! —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas al pensar en su marido, que en aquellos momentos estaba sirviendo en América.

La condesa dedicó a su hijo una amarga mirada. Olivia se había ido a vivir con ella después de que Malcolm Stubbs se marchara a Albany, y Grey suponía que la intensa imaginación de su prima, junto con sus abiertas emociones, estaban empezando a agotar a su madre, que era una mujer amable, pero no particularmente paciente.

—Creo que Ellesmere tenía más de cincuenta años más que su mujer —dijo Grey intentando reparar el daño—. Y aunque estoy convencido de que la quería mucho, opino que es mucho más probable que su muerte se deba más a que pudiera haber sufrido una apoplejía o algún ataque al recibir las noticias, que a un exceso de dolor.

—Oh. —Olivia sorbió y se limpió la nariz con la servilleta—. Oh, pero el pobrecito bebé, ¡ya es un huérfano desde el día en que nació! ¿No es terrible?

—Terrible —convino la duquesa distraídamente. Entonces siguió leyendo—. Sin embargo, no fue una apoplejía, ni tampoco un exceso de emoción. Lady Dunsany dice que el conde pereció debido a un trágico accidente.

Olivia palideció.

—¿Un accidente? —repitió y se limpió la nariz antes de dejar la servilleta sobre su regazo—. ¿Qué ocurrió?

—Lady Dunsany no lo explica —informó la condesa frunciendo el cejo mientras miraba la carta—. Qué raro. Por supuesto, están desolados.

—¿Ellesmere tenía familia? —inquirió Grey—. ¿O serán los Dunsany los que se queden con el niño?

—Se lo han quedado ellos. Dadas las circunstancias, lo cuidará Isobel. Estaba muy unida a su hermana, y su dolor... —La condesa dejó la carta sobre la mesa mientras negaba con la cabeza, luego frunció los labios y le dedicó a Grey una calibradora mirada.

»Pregunta si crees que podrás ir a visitarlos pronto, John. Isobel te quiere tanto que lady Dunsany piensa que tal vez tú puedas aliviar su dolor. El funeral, o quizá los funerales... ¿Creéis que los enterrarán juntos? Sea como

sea, está programado para el próximo jueves. Supongo que, de todos modos, tenías planeado ir a Helwater pronto para asegurarte del bienestar de tu criminal doméstico antes de la partida del regimiento, pero...

—¿Tu criminal doméstico? —Olivia, que se había vuelto a concentrar en untar mantequilla en su tostada se quedó inmóvil, con la boca abierta y el cuchillo suspendido en el aire—. ¿Qué...?

—De verdad, madre —dijo Grey con gentileza, esperando que no se notara su intenso dolor de cabeza—. El señor Fraser es...

—Un jacobita, un traidor convicto y un asesino —lo interrumpió su madre secamente—. En serio, John, no puedo comprender por qué tenías que ir tan lejos como para mantener a un hombre como ése en Inglaterra, cuando por ley debería haber sido deportado. ¡En realidad, estoy sorprendida de que no lo ahorcaran!

—Tenía mis motivos —replicó él con tranquilidad—. Y me temo que tendrás que confiar en mi criterio en relación con ese asunto, madre.

Un repentino rubor enrojeció las mejillas de la condesa, pero no dejó de mirarlo a los ojos, apretando los labios.

—Por supuesto —replicó, adoptando un tono de voz que de repente carecía de color como sus mejillas—. Puedes estar seguro. —Seguía con la vista clavada en Grey, pero ya no lo estaba mirando, sino que observaba algo que había detrás de él. Inspiró profundamente y luego se levantó de la mesa con decisión—. Disculpadme, queridos, pero tengo muchas cosas que hacer esta mañana.

—Pero ¡si casi no has tocado el desayuno, tía Bennie! —exclamó Olivia—. ¿Por qué no te comes un arenque, o quizá unos copos de avena?

Pero la condesa ya se había ido agitando su falda.

La joven le dedicó a Grey una recelosa mirada.

—¿De qué iba todo eso?

—No tengo ni idea —respondió él con sinceridad.

—Algo sobre ese desgraciado señor Fraser tuyo la ha molestado —dijo Olivia, observando con el cejo fruncido el pasillo por el que se había marchado la condesa—. ¿Quién es ese hombre?

Dios, ¿cómo se suponía que iba a contestar aquella pregunta? Eligió el

único camino posible, el que se ceñía a los hechos objetivos.

—Como bien ha apuntado mi madre, es un oficial jacobita, un escocés. Estaba entre los prisioneros de Ardsmuir; yo lo conocí allí.

—Pero ¿está en Helwater? ¿Por qué está allí? —insistió su prima, desconcertada.

—La prisión de Ardsmuir cerró y sacaron de allí a los prisioneros —contestó, mientras prestaba una especial atención a su arenque. Le quitó las espinas y las dejó a un lado del plato. Luego se encogió de hombros—. Fraser consiguió la libertad condicional, pero no lo dejaron regresar a Escocia. Ahora trabaja en Helwater como mozo de cuadra.

—Hum. —Olivia parecía satisfecha con la respuesta—. Bueno, espero que le sirva de lección. Pero ¿por qué la tía Bennie dice que es tu criminal doméstico?

—Es una pequeña broma —respondió Grey tranquilamente, pinchando un trozo de arenque con el tenedor—. Como hace mucho tiempo que soy amigo de la familia Dunsany, visito Helwater con regularidad y, como antiguo gobernador de Ardsmuir, es mi deber asegurarme de que Fraser se porta bien y que goza de buena salud.

Olivia asintió mientras masticaba. Se tragó el trozo de tostada que se estaba comiendo, luego miró de reojo al lacayo, se inclinó en dirección a Grey y bajó la voz.

—¿De verdad es un asesino? —susurró.

Eso cogió a Grey desprevenido y se vio obligado a simular un poco de tos.

—Creo que no —dijo por fin, aclarándose la garganta—. Imagino que mi madre hablaba retóricamente. Lo cierto es que tiene muy mala opinión de los jacobitas en general.

La joven asintió con los ojos muy abiertos. Ella no debía tener más de cinco o seis años cuando ocurrieron los Levantamientos jacobitas, pero seguro que había oído hablar de la histeria pública que se adueñó de la gente mientras las fuerzas de Carlos Estuardo se entregaban a lo que en aquel entonces parecía su avance definitivo sobre Londres. Incluso el rey estaba preparado para marcharse y las calles estaban llenas de periódicos que



representaban a los escoceses como viciosos salvajes que mataban a los niños, abusaban y violaban sin piedad y quemaban pueblos enteros.

En cuanto a la animadversión personal que su madre sentía por los jacobitas... Grey no sabía si alguien se lo habría explicado todo a Olivia; probablemente no. Todo aquello había ocurrido mucho antes de que ella naciera y ni su madre ni Hal hablaban nunca de ello, Grey lo sabía por experiencia. En cualquier caso, no le correspondía a él informar a su prima sobre los gloriosos detalles de los escándalos de la familia. Tanto su madre como su hermano estaban dispuestos a dejar que el pasado enterrara a sus muertos, y seguramente...

Dejó de comer. De repente, sintió una gran aprensión que le erizó el vello de la nuca.

No. Seguramente no. Pero había sido la mención de Fraser y la palabra «jacobita» lo que había hecho estremecerse y palidecer a la condesa. Sin embargo, ella estaba al corriente del asunto de Fraser. Grey había ido varias veces a Helwater desde que lo habían llevado allí. Él no había hablado mucho del tema, y tampoco había admitido nunca que Fraser fuera el principal motivo de sus visitas. No, su madre había tenido que pensar algo distinto, algo que no se le había ocurrido antes. ¿Podría ser que de repente hubiera caído en la cuenta de que el motivo que Grey tenía para mantener a Fraser en Inglaterra tuviera que ver con...?

Algo pequeño y frío se arrastró como un gusano por sus entrañas.

Olivia había perdido interés en el prisionero escocés y estaba muy contenta repasando la planificación para el traje que Grey tendría que llevar en la boda.

—Creo que lo mejor será terciopelo amarillo —dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados por encima de la cubretetera—. Creo que quedara precioso y contrastará perfectamente con el azul que llevará la tía Bennie. Realzará tus colores y seguro que también le quedará bien al hijastro del general. Tu madre dice que es moreno, ¿lo has conocido ya?

—Sí lo he conocido y sí que es moreno —contestó Grey, sin poder evitar que se le encogiera automáticamente el estómago y empezara a sentir un aumento de temperatura—. ¿Pretendes que vayamos vestidos igual? ¿De

color amarillo? Olivia, pareceremos un par de canarios. —Lo había dicho muy en serio, pero la observación hizo que la joven estallara en carcajadas, por lo que se le acabó saliendo el té por la nariz. Aquella absurda imagen hizo reír también a Grey.

—Bueno —convino su prima recuperándose—, si pretendes ir al Distrito de los Lagos, supongo que será mejor que vayas cuanto antes para que puedas estar de vuelta a tiempo para la boda. Tanto si es amarillo como si no, tendrás que hacerte un traje nuevo, y las medidas...

Grey ya no la estaba escuchando. Dios, tendría que irse en seguida, si es que pretendía ir. Al margen del funeral y de la necesidad de Isobel Dunsany, la boda era a finales de febrero y si se retrasaba no tendría tiempo de ir y volver antes de que el regimiento partiera para Francia en marzo.

Por primera vez, su reacción ante la perspectiva de visitar Helwater fue acogida por él con cierta consternación. Percy Wainwright... Pero a fin de cuentas, no había ninguna prisa en ese sentido. Sobre todo, si Wainwright se unía al regimiento. Y, además, había quedado con él aquella misma tarde; seguro que podría explicárselo. Tal vez incluso...

Un movimiento en la puerta llamó su atención y levantó la mirada justo a tiempo de ver a su madre apoyada en el marco, con los brazos cruzados.

—Si tienes que ir, ve —dijo ella con brusquedad—. Pero por el amor de Dios, John, ten cuidado.

Entonces se dio la vuelta y volvió a desaparecer. Profundamente inquieto, cogió la taza; se dio cuenta de que el té se había enfriado, pero se lo bebió igualmente.

## 4. Agua nieve

Del cielo caía agua nieve: esa clase de precipitación tan ambigua que no es nieve, pero tampoco es sólo lluvia. Los copos deformes se descolgaban lentamente del cielo y se dispersaban. Dibujaban espirales en el cielo gris y acariciaban el rostro de Grey; minúsculas caricias heladas tan efímeras que ni siquiera le dejaban una sensación de humedad en la piel. Pensó que parecían lágrimas secas. Muy apropiadas para su sensación de luto distante.

Se detuvo antes de entrar en Haymarket y esperó el momento de esquivar el tráfico, los carruajes, los caballos y los carros que empujaban los mozos. Era un paseo muy largo. Tendría que haber ido a caballo, haber pedido una silla, o haber cogido el carruaje de su madre, pero estaba intranquilo, necesitaba aire, movimiento, y estar cerca de personas con las que no tuviera necesidad de hablar. Necesitaba un poco de tiempo para prepararse antes de volver a ver a Percy Wainwright.

Era evidente que estaba consternado. Conocía a Geneva desde que nació. Era una chica preciosa, con unas formas encantadoras y luz en los ojos. Estaba un poco malcriada, pero de un modo que resultaba atractivo e incluso temerario. Era una magnífica amazona. A Grey no lo habría sorprendido nada saber que se había roto el cuello en un accidente de caza, o que había muerto intentando saltar con el caballo por algún peligroso desnivel. La poderosa ordinariez de aquella muerte al dar a luz... parecía ser un error; no era digno de ella.

Aún se acordaba de una vez en que salieron a montar juntos y ella lo desafió a una carrera. Cuando él declinó el desafío, Geneva se quitó tranquilamente el sombrero, se inclinó hacia adelante y golpeó el caballo de Grey con el sombrero. Luego espoleó a su propia montura y salió galopando

a toda prisa. Lo dejó allí, intentando recuperar el control de un animal castrado de más de metro y medio, y luego la tuvo que perseguir a una velocidad suicida por las rocosas laderas de Helwater. Él era un buen jinete, pero no consiguió alcanzarla.

De repente, ese recuerdo pareció empujarlo y se abalanzó hacia la calle. Cruzó la calzada adoquinada agachándose por debajo de las narices de algunos caballos y consiguió llegar al otro lado con el corazón acelerado y los insultos de los conductores todavía en los oídos.

Dobló por St. Martin's Lane sintiendo cómo la sangre le palpitaba en las orejas y en la yema de los dedos. Era consciente de que lo embargaba aquella sensación semivergonzosa que le producía el placer de estar vivo y que acostumbraba a acompañar las noticias de muerte, o cuando veía morir a alguien.

Seguía sin ser capaz de comprender que Geneva hubiera muerto. Tal vez no fuera capaz de hacerse a la idea hasta que llegara a Helwater, estuviera con su familia y pasara por los sitios donde la había conocido. Intentó recordarla, pero se dio cuenta de que su cara había desaparecido de su memoria. Sin embargo, conservaba una intensa sensación de su forma ágil, de su melena color avellana y de aquella velocidad propia de un buen zorro.

De repente, se preguntó si podía recordar la cara de Percy Wainwright. Había pasado todo un almuerzo de dos horas mirando su rostro el día anterior, pero de golpe no estaba muy seguro. Y gran parte de la segunda hora la pasó imaginando la forma en que se escondería bajo aquel pulcro traje azul. Se dio cuenta de que estaba mucho más seguro de eso y su corazón se aceleró ante la expectativa.

Sin embargo, lo que veía en su mente era otra cara, otra forma, tan intensa como una llama entre los húmedos tonos verdes y grises de las laderas. Veía una larga y desconfiada nariz, y unos estrechos ojos, tan hostiles como los de un leopardo; parecía que ese hombre estuviera de pie delante de él, y el agradable palpitante de su sangre cambió de golpe para hacerle sentir algo más profundo y visceral.

Grey se dio cuenta de que esa visión se había abalanzado sobre él de repente, justo en el momento en que su madre había dicho «Geneva Dunsany

ha muerto». De nada servía que la hubiera estado reprimiendo de forma instintiva. Geneva Dunsany significaba Helwater. Y Helwater no sólo significaba sus recuerdos de ella, ni el dolor de sus padres y de su hermana. Para él significaba Jamie Fraser.

—¡Maldita sea! —le dijo entre dientes a aquella visión—. Ahora no. ¡Vete!

Y siguió andando en dirección a su cita, sin pensar en el agua nieve ni en el bullir de su sangre.

Habían acordado encontrarse antes para ir juntos al salón de lady Jonas. A pesar de no estar muy seguro de los medios o del estilo de Wainwright, Grey había elegido el Balboa, una modesta cafetería principalmente frecuentada por mercaderes y comerciantes.

El lugar siempre estaba animado y lleno de gente; jamás faltaban los hombres reunidos en pequeños grupos, trazando estrategias, discutiendo algún contrato, absorbidos por los detalles de los negocios en medio de aquella fragante y vigorizadora atmósfera del café tostado. De vez en cuando, un secretario o algún aprendiz entraba corriendo en busca de alguno de los clientes para que se encargara de alguna emergencia. Pero después del almuerzo, la mayoría de los comerciantes ya habían vuelto a sus oficinas o a sus negocios, y Grey pensó que sería un buen sitio donde poder conversar.

Él era puntual por naturaleza y llegó justo cuando su reloj de bolsillo daba las tres, pero Percy Wainwright ya estaba allí, sentado a una mesa cerca del fondo.

Grey le reconoció en seguida. El rostro de su hermanastro putativo pareció arrancar una sonrisa de la oscuridad, que brilló como si estuviera sentado junto a la llama de una vela y, de repente, la inquietante aparición de Jamie Fraser desapareció de la mente de Grey.

—Eres muy puntual —observó, haciéndole una señal con la mano a Wainwright para que volviera a sentarse mientras él hacía lo propio enfrente—. Espero que no te haya costado mucho llegar.

—Oh, no. Me alojo cerca de aquí, en la calle Audley. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la calle, pero sus ojos se quedaron clavados en Grey. En su mirada se adivinaba amistad, pero también una gran curiosidad.

Él sentía la misma curiosidad, sin embargo, intentó que no pareciera que estaba observando a su compañero con demasiada atención. Pidió café para él. Y aprovechó el momento en que Percy hablaba con el camarero para mirarlo sin que él lo viera. Tenía muy buen estilo, un corte elegante pero cómodo, la ropa se veía un poco usada, pero se adivinaba que era buena. Las telas eran de primera calidad y estaban immaculadas, igual que los largos dedos con los que cogía las pinzas del azúcar mientras arqueaba sus oscuras cejas interrogativamente.

Grey negó con la cabeza.

—No me gusta mucho el azúcar, prefiero la leche.

—Yo también. —Wainwright soltó las pinzas y los dos sonrieron al darse cuenta de que compartían aquella insignificante preferencia; luego sonrieron más y acabaron riéndose a carcajadas de lo absurda que era la situación, ante la falta de algo sensato que decir.

Grey cogió la cafetera y se echó un poco en la taza para que se enfriara mientras pensaba en algo que decir. Tenía muchas ganas de saber más cosas sobre Percy Wainwright, pero no estaba seguro de hasta dónde podía indagar sin resultar ofensivo.

Ya se había enterado de algo sobre su madre: Percy Wainwright era hijo de un clérigo empobrecido que murió joven, dejando al chico y a su madre una pequeña renta. Vivieron en refinada pobreza durante algunos años, pero la señora Wainwright era muy hermosa y acabó casándose con el general Stanley, que también hacía años que era viudo.

—Creo que eran bastante felices —había comentado su madre con imparcialidad—. Pero ella murió pocos meses después de la boda, de tuberculosis, creo.

La condesa se había estado mirando al espejo muy pensativa mientras hablaban, girando la cabeza a un lado y a otro, y entrecerrando los ojos en inquisitiva evaluación.

—Tú también eres muy guapa, mamá —observó él, divertido y

emocionado al creer descubrir en la mujer una actitud de inseguridad poco habitual en ella.

—Bueno, sí —dijo ella con sinceridad apartándose del espejo—. Para mi edad, soy bastante guapa. Pero creo que el general me valora más por mi buena salud que por el hecho de que tenga todos los dientes y una buena piel. Él ya ha enterrado a dos mujeres enfermizas y le resultó muy angustioso.

Su madre también había enterrado dos maridos, pero no lo mencionó ni él tampoco.

Decidió hacerle a Wainwright las preguntas sociales habituales, ¿iba muy a menudo a los salones de lady Jonas? Grey aún no había tenido el placer de ir nunca. ¿Qué pensaba el señor Wainwright de la compañía allí, en comparación con otros lugares de reunión? Y, entretanto, no dejaba de pensar que la fallecida lady Stanley debía de ser una mujer muy guapa, a juzgar por el hijo que tenía.

«Y dudo muchísimo que yo sea el primer hombre que se haya dado cuenta de eso —pensó—. ¿Habrá alguien...?»

Mientras él vacilaba, Percy le miró directamente y se abalanzó sobre la misma cuestión que él tenía en mente.

—¿Va usted mucho por allí? ¿Por Lavender House?

Grey se relajó un poco, porque al haberle preguntado eso él mismo había respondido, por lo menos por lo que a sí mismo concernía. Si Wainwright hubiera sido un cliente habitual del Lavender House, sabría que Grey no iba mucho por allí.

—No —contestó y volvió a sonreír—. El día que lo conocí a usted, hacía muchos años que no iba por allí.

—Aquella fue mi primera y única visita —confesó Percy. Miró su taza de café—. Un amigo pretendía introducirme en aquel ambiente, pensando que quizá allí conociera a personas con las que me entendería.

—¿Y fue así?

Percy Wainwright tenía unas pestañas larguísimas y ligeramente arqueadas; gracias a esa leve curvatura, Grey podía disfrutar con libertad de sus ojos color jerez, cuya calidez aumentaba gracias al brillo de diversión que se adivinaba en ellos.

—Oh, sí —dijo Percy—. ¿Y usted?

Grey sintió que el rubor cubría su rostro y levantó la taza de café para que la calidez del líquido lo disfrazara.

—La búsqueda de personalidades con las que congeniar no era mi propósito —respondió con cuidado mientras bajaba la taza—. Fui allí para interrogar al propietario sobre un asunto privado. Sin embargo —añadió de pronto—, sería absurdo que un hombre despreciara una libra que se encontrara por casualidad a sus pies en plena calle sólo porque no la estaba buscando. —Miró fijamente a Percy, que se rió encantado.

De repente, Grey sintió una oleada de excitación y no pudo soportar seguir allí sentado.

—¿Nos vamos?

El joven se bebió el café de un trago y se levantó alargando el brazo para coger su capa mientras dejaba la taza sobre la mesa con la otra mano.

Las paredes del Balboa estaban forradas de trivialidades para la información de los clientes. La serie completa de cuadros del señor Hogarth, «Casamiento a la moda» ocupaba un lugar preferente en la sala, pero los lienzos estaban rodeados, y en algunos casos oscurecidos, por trozos de periódicos, grandes y pequeños, comunicados personales y noticias de gente a la que se buscaba, anuncios en los que se pedía cualquier cosa, desde seis toneladas de cerdo o un barco lleno de negros, hasta un director de buen nombre y finanzas sólidas que pudiera asumir el liderazgo de una nueva compañía dedicada a la venta de productos para caballeros, que eso significara la venta de cajas de rapé, calcetines o condones ya no quedaba tan claro.

Mientras se encaminaban hacia la puerta del local, Grey iba mirando despreocupadamente la nueva variedad de carteles que decoraban las paredes y entonces leyó un nombre con el rabillo del ojo que le resultó familiar. En el titular de una gran página de periódico, se podía leer en grandes letras: «HALLADO MUERTO».

Grey se quedó de piedra. El nombre «Ffoulkes» destacaba entre las pequeñas letras del artículo.

—¿Qué pasa? —Percy también se había parado y miraba con curiosidad a



Grey y al periódico.

—Nada. He reconocido un nombre. —Su euforia se oscureció un poco, pero estaba demasiado emocionado como para que quedase sofocada por completo—. ¿Conoces a un abogado llamado Ffoulkes? ¿Melchior Ffoulkes? —le preguntó al joven.

Él parecía estar completamente en blanco y negro con la cabeza.

—Me temo que no conozco mucho a nadie —dijo con tono de disculpa—. ¿Debería haber oído hablar del señor Ffoulkes?

—En absoluto. —Grey pronto se olvidaría de Ffoulkes, pero se sintió obligado a saber si algo de lo que le había contado Hal había trascendido ya a la prensa. Le dio medio penique de plata al propietario y cogió aquella hoja de periódico, la dobló y se la metió en el bolsillo. Ya se ocuparía de aquello en otro momento.

Fuera, había dejado de caer agua nieve, pero el día tenía un aspecto oscuro y pesado y reinaba una sensación de quietud en el aire; la tierra esperaba más nieve. Al estar solos y alejados del alboroto de la cafetería, se produjo una repentina sensación de intimidad entre ellos.

—Debo disculparme —anunció Percy mientras volvían a Hyde Park.

—¿Por qué?

—Por mi desafortunada metedura de pata, ayer, con su hermano. El general me había avisado de que no debía dirigirme a él como «su excelencia» bajo ningún concepto, pero no tuvo tiempo de explicarme los motivos en aquel momento.

Grey resopló.

—¿Ya se los ha explicado?

—No con mucho detalle. —Percy lo miró con curiosidad—. Sólo me ha dicho que hubo un escándalo y que, en consecuencia, su hermano decidió renunciar al título.

Grey suspiró. Era inevitable que se enterara. Sin embargo, hubiera preferido que aquella primera reunión fuera sólo para ellos, sin intromisiones ni del pasado ni del presente.

—No fue exactamente así —repuso—. Pero sí algo parecido.

—Pero su padre era duque, ¿verdad? —Wainwright lo miró con cautela.

—Así es. El duque de Pardloe. —Le pareció raro decir el título en voz alta; no lo había dicho en... ¿quince años? Más. Hacía mucho tiempo. Sintió un familiar vacío al pensar en su padre. Pero si tenía que haber algo entre él y Percy Wainwright...

—¿Y su hermano no es el duque de Pardloe ahora?

Grey sonrió sin querer, aunque con un poco de ironía.

—Lo es. Pero no quiere utilizar el título ni lo ha utilizado nunca. De ahí las situaciones embarazosas. —Hizo un pequeño gesto de disculpa—. Mi hermano es un hombre muy obstinado.

Wainwright arqueó una ceja, como queriendo sugerir que Melton podría no ser el único miembro de la familia con ese rasgo de carácter.

—No tiene por qué contármelo —dijo, tocando brevemente el brazo de Grey—. Estoy seguro de que se trata de un asunto doloroso.

—Se enterará usted tarde o temprano y tiene cierto derecho a saberlo, teniendo en cuenta que ahora va a formar parte de la familia. Mi padre se suicidó —explicó Grey con brusquedad.

Percy parpadeó sorprendido.

—Oh —exclamó en voz baja, y volvió a tocarle el brazo con mucha suavidad—. Lo siento mucho.

—Yo también. —Grey se aclaró la garganta—. Hace frío, ¿verdad? —Se puso los guantes y se frotó la nariz con los dedos—. ¿Alguna vez ha oído hablar de los jacobitas? ¿Y de la Compañía del Mar del Sur?

—Sí. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? —preguntó el joven, desconcertado.

Grey hizo una mueca con los labios, pero no fue exactamente una sonrisa.

—Nada, por lo que tengo entendido. Pero las dos cosas tienen algo que ver con el escándalo.

Gerard Grey, conde de Melton, fue un hombre muy inteligente. Procedía de una antigua y honorable familia, con lo que había recibido una buena educación. Era además guapo, rico... y tenía una mente sumamente inquieta y curiosa. También fue muy buen soldado.

—Mi padre heredó el título cuando era muy joven, y no le gustaba mucho encargarse de las propiedades de la familia. Tenía bastante dinero, mi madre

aún le proporcionó más, y cuando el Viejo Pretendiente ordenó su primera invasión en 1715, reunió un regimiento y se marchó a luchar por el rey y por su país.

Los jacobitas estaban muy mal organizados y muy mal equipados; el Viejo Pretendiente, Jacobo Estuardo, ni siquiera consiguió alcanzar la costa con sus tropas debido al mal tiempo. Por lo tanto, la invasión se sofocó con sencillez. Sin embargo, el gallardo joven conde destacó en la batalla de Sheriffmuir, y lo empezaron a ver como un héroe.

Jorge I, que se sentía incómodo en su trono a pesar de la victoria, y deseando demostrar a los nobles de su reino cuáles eran las ventajas de apoyarlo militarmente, le concedió a Gerard Grey el nuevo ducado de Pardloe.

—En realidad, no le dio dinero y en las tierras sólo había uno o dos pueblos, pero sonaba bien —dijo Grey.

—¿Y qué pasó? —preguntó Percy, cuya curiosidad le estaba haciendo olvidar sus impecables formas.

—Bueno... —Grey inspiró con fuerza mientras pensaba por dónde empezar. No quería hablar en seguida de su padre y decidió empezar por la otra parte del asunto.

—Verá, la madre de mi madre era escocesa. Aunque no de las Highlands —se apresuró a añadir—, sino de los Border, que es bastante distinto.

—Sí. Allí hablan inglés, ¿verdad? —Wainwright asintió mientras fruncía el cejo concentrado.

—Supongo que eso es cuestión de opinión —contestó Grey. Cuando lo enviaron allí, tardó varias semanas en acostumbrarse al espantoso acento de sus primos escoceses y entender con facilidad lo que decían... Pero por lo menos no son bárbaros, como los escoceses de las Highlands, y no apoyaron el Levantamiento católico. La mayoría de ellos son protestantes y no sienten una simpatía particular ni por la casa de los Estuardo ni por los clanes de las Highlands de Escocia.

—Sin embargo, me imagino que muchos ingleses no hacen ninguna distinción entre unos escoceses y otros —comentó Percy con delicadeza.

Grey esbozó una pequeña mueca de asentimiento.

—Tampoco ayudó que uno de los tíos de mi madre y sus hijos apoyaran abiertamente la causa de los Estuardo. Y sólo por temas económicos —añadió con ligero desagrado—, no por motivos religiosos.

—¿Y eso es mejor o peor? —preguntó Percy, esbozando una media sonrisa que eliminaba el filo de sus palabras.

—No hay mucho donde elegir —admitió Grey—. Y antes de que todo acabara, muchos más miembros de la familia de mi madre estaban implicados. Aunque no eran auténticos jacobitas, sí estaban influidos por éstos.

—Ya veo. —Wainwright tenía las cejas completamente arqueadas en señal de interés—. Ha mencionado usted que su padre estaba relacionado con la Compañía del Mar del Sur. ¿Debemos asumir que eso tenía algo que ver con su interesado tío abuelo?

Grey lo miró, sorprendido de su rapidez mental.

—Sí —contestó—. El tío abuelo Nicodemo. Nicodemo Patricio Marco Armstrong.

Percy emitió un leve y sofocado sonido.

—Hay un motivo para que me llamaran «John» y para que mis hermanos tengan nombres relativamente comunes, como Paul, Edgar y Harold —dijo Grey con ironía—. Los nombres de la familia de mi madre... —Negó con la cabeza y retomó su relato—: Mi padre invirtió una sustanciosa suma de dinero en cierta compañía, la Compañía del Mar del Sur. Fue mi tío Nick quien lo presionó para que lo hiciera. Debe usted tener en cuenta que esto sucedió algunos años antes de la quiebra. En aquel momento, parecía una operación sólo un poco arriesgada. Y supongo que eso debía de resultarle atractivo a la parte aventurera de mi padre, que tenía bastante desarrollada.

No pudo evitar sonreír al pensar en algunas de aquellas aventuras.

—Era una suma sustanciosa —prosiguió—, pero no comprometía en absoluto sus propiedades. Por lo tanto, no tuvo problema en invertirla y dejar la supervisión del negocio en manos del tío Nick, mientras él se dedicaba a otras actividades que le resultaban más interesantes. Pero entonces, la amenaza jacobita... —Se calló y miró a Percy—. ¿Cuántos años tiene usted, si me permite la indiscreción?

El joven parpadeó ante su pregunta, pero sonrió.

—Veintiséis, ¿por qué?

—Ah, entonces, ¿es usted lo suficientemente mayor como para recordar la atmósfera de desconfianza e histeria que se generó en torno a los jacobitas durante 1715?

Percy negó con la cabeza.

—No —contestó con pesar—. Mi padre era clérigo y veía el mundo y todo lo que en él acontecía como una amenaza para las almas de los devotos. En casa nos enterábamos de muy pocas noticias y no prestábamos demasiada atención a ningún rumor de tipo político, ya que, por lo que a mi padre respectaba, el único rey que tenía alguna importancia era Dios. Pero eso no importa —se apresuró a apuntar—. Continúe, por favor.

—Iba a decir que aquella histeria, por muy grande que fuera, no fue más que un eco de lo que había pasado anteriormente. Por cierto, ¿le parece bien que vayamos caminando? Podríamos coger un carruaje.

El tiempo era cada vez más frío y por los callejones se deslizaba una gélida brisa que calaba hasta los huesos. Percy llevaba muy poca ropa para la temperatura que hacía y, sin embargo, negó con la cabeza.

—No, prefiero andar. Es mucho mejor para hablar, siempre que desee usted seguir haciéndolo —añadió un poco cortado.

Grey no estaba muy seguro de seguir queriendo hablar. La oferta del carruaje se había basado tanto en un repentino deseo de abandonar la conversación como en el de salvaguardar al señor Wainwright de una enfermedad provocada por el frío. Pero lo había dicho en serio: el joven tenía derecho a conocer la historia de la familia y era mejor que se enterara de los detalles por él que por alguien que pudiera tener al duque en menor estima.

—Bueno, supongo que ya sabrá que fundar un regimiento, equiparlo y mantenerlo es un negocio muy caro. Como ya he dicho, mi padre tenía dinero, pero con el propósito de reforzar su regimiento cuando se repitió la amenaza jacobita en 1719, vendió las acciones de la Compañía del Mar del Sur que había comprado. Es importante añadir que lo hizo en contra de los consejos del tío abuelo Nicodemo.

Los cinco años anteriores, el precio de las acciones había aumentado,

primero de diez libras a cien, luego siguió subiendo vertiginosamente de cien a mil en un solo año. Ese enorme aumento fue motivado por los rumores y la avaricia, además de por significativas argucias que inventaban los directores de la compañía. El duque vendió las acciones justo cuando éstas estaban en la cúspide.

—Y una semana después, una sola semana después, empezó la caída. — Pasó casi un año entero para que la total devastación de la crisis fuera evidente. Varias grandes familias se arruinaron por completo y muchos ciudadanos quedaron destruidos. Y la protesta pública contra aquellos a los que se consideraba responsables...

—Ya me imagino. —Percy lo miró. No llevaba sombrero y tenía rojas las puntas de las orejas—. Pero su padre no fue responsable, ¿verdad?

Grey negó con la cabeza.

—Se lo vio como una persona que había obtenido muchos beneficios, mientras que otros habían acabado en bancarrota —respondió con sencillez—. A los ojos de la gente no se necesitaba nada más para condenarlo.

Y en la Cámara de los Comunes, la voz del pueblo se hizo oír.

—Pero él era duque. —Grey observó cómo flotaba su aliento en forma de vaho acompañando aquellas palabras—. Sólo podían juzgarlo sus iguales. Y la Cámara de los Lores se negó a hacerlo.

Aunque el motivo no tuvo nada que ver con la justicia, ya que muchas familias nobles habían sufrido mucho a causa de la crisis y tenían tanta sed de venganza como los plebeyos. Lo cierto era que el duque de Pardloe elegía muy bien a sus amigos, y los cuervos de la muchedumbre volcaron su ira sobre presas más débiles.

—Sin embargo, estas cosas dejan huella. Cuando se gana uno un enemigo, éste perdura en el tiempo. Y resultó muy desafortunado que mi padre fuera buen amigo de Francis Atterbury, el obispo de Rochester —añadió, al ver la confundida mirada de Percy—. En 1722 fue condenado por ser el foco de una conspiración jacobita que pretendía aprovechar el sentir de la gente respecto a la Compañía del Mar del Sur, a favor de la casa Estuardo, que intentaba destronar al rey. El obispo sólo fue desterrado, no lo ejecutaron.

Sus pasos los habían llevado hasta Hyde Park ya que el camino más corto

para llegar al salón de lady Jonas era cruzando el parque. Ya se habían adentrado bastante en él y Grey hizo un gesto en dirección a los amplios espacios que los rodeaban, vacíos y desolados.

—Cuando se extendió el rumor de la conspiración de 1722, su majestad, en pleno ataque de pánico, ordenó la entrada de diez mil soldados en Londres para salvaguardar la ciudad. Se acuartelaron justo aquí, en el parque. Mi padre me lo explicó; me dijo que el humo de sus fuegos era más espeso que la niebla de la mañana, y que el hedor que los rodeaba era indescriptible. De forma muy conveniente, la casa de nuestra familia está junto al parque, justo detrás de esos árboles.

Hizo un gesto en aquella dirección y sonrió al recordarlo. Luego siguió hablando:

—Mi padre sólo jugaba a ajedrez con el obispo; él no tenía ninguna inclinación jacobita. Pero de nuevo...

—La presión popular. —Percy asintió—. Y la familia de su madre. ¿Entonces fue cuando empezaron a considerarlo simpatizante de la causa jacobita? ¿Acaso creían que él se las había arreglado para provocar la crisis con el propósito de facilitar la invasión, a pesar de que eso jamás sucedió así?

Grey asintió y la sensación de vacío empezó a crecer en su corazón. Él nunca le había explicado aquella historia a nadie y estaba sorprendido e inquieto al mismo tiempo al darse cuenta de lo sencillo que le estaba resultando contarle todo aquello a Percy. Sin embargo, estaba llegando a la parte más complicada de la historia y vaciló.

—Una década más tarde, hubo otra tentativa, jacobita, aunque ésta no fue mucho más allá de la dialéctica. El instigador fue lord Cornbury. En realidad, nadie se hubiera dado mucha cuenta, salvo porque él era el heredero del conde de Clarendon. Al final la cosa quedó en nada. Cornbury ni siquiera fue encarcelado, pero le prohibieron seguir relacionado con la política. —Volvió a sonreír, pero sin humor.

Percy se mordía el labio superior y negó lentamente con la cabeza.

—No me diga que Cornbury también era amigo de su padre.

—Ah, no... de mi madre. —Le dedicó al joven una irónica sonrisa—. O mejor dicho, Cornbury había sido amigo del primer marido de mi madre. Ése

es el motivo de que el conde sea el padrino del mayor de mis hermanastros. No era en absoluto una conexión muy cercana, pero era una conexión, y no ayudó nada que en 1740 se empezaran a oír rumores de otro Levantamiento de los Estuardo.

Inspiró y soltó el aire lentamente, observando el vaho que salía de sus labios.

—Había otras influencias jacobitas. La familia de mi madre, como bien apunta usted. Y luego uno de los mejores amigos de mi padre fue arrestado como conspirador. Se lo llevaron a la Torre y lo interrogaron a conciencia. Lo que nadie nos dijo es si eso era un eufemismo de tortura. Pero bajo la presión del interrogatorio, ese hombre dio algunos nombres. Se dijo que se trataba de personas que estaban implicadas en una conspiración para matar al rey y a su familia.

Al decir eso después de la batalla de Culloden, la idea parecía absurda. Aunque pensó que, al principio, a sus padres les debió de parecer igual de ridícula.

—¿Y ese jacobita incriminó a su padre?

Grey asintió. De algún modo, se sentía reconfortado al ver que Percy estaba horrorizado y no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Sí. No hubo pruebas directas, o por lo menos nunca se habló de ninguna. Pero el asunto no llegó a juicio. Se expidió una orden para el arresto de mi padre. Él... murió la noche anterior al día en que debía ser ejecutado.

—Oh, Dios mío —se lamentó Percy en voz muy baja. No tocó a Grey, pero se acercó más a él mientras caminaban lentamente con los hombros casi rozándose.

—Entonces —dijo el joven—, ¿la muerte de su padre se tomó como una admisión de culpa? —Formuló la pregunta con mucha delicadeza, pero la amargura atenazó la garganta de Grey.

—Así fue. Se elevó una petición para retirarle el título, pero nunca llegó a tramitarse. —Sonrió con ironía—. Mi padre tenía tantos enemigos como amigos. Y mucho mejor instinto eligiendo a los padrinos de sus hijos del que tenía el primer marido de mi madre. El padrino de Hal era Robert Walpole.

—¿Qué? ¿El primer ministro? —Percy estaba muerto de curiosidad.



—Bueno, cuando Hal nació aún no lo era, claro. Y cuando estalló el escándalo, veintitantos años después, Walpole ya estaba cerca de la muerte. Sin embargo, seguía siendo un hombre muy poderoso. Y —añadió juiciosamente—, al margen de lo que él pensara de todo aquel asunto, no le habría hecho ningún bien a su reputación que el padre de su ahijado fuera denunciado públicamente como traidor. Por lo menos, no en aquel momento tan delicado para sus asuntos.

»Por lo tanto —concluyó Grey—, la petición fue frenada. Al final nadie pudo demostrar que mi padre fuera un traidor. Sin embargo, hubo las suficientes protestas, tanto de carácter público como privado, como para que Hal declarase que no ostentaría un título manchado; y desde entonces siempre se ha negado a utilizarlo. En realidad, quería renunciar completamente a él, pero no podía hacerlo por ley.

Se rió.

—Así que, ya ve, una historia demasiado larga, me temo. Pero ya llegamos al final, no se preocupe.

Dos o tres años después de la muerte del duque, Carlos Eduardo Estuardo empezó a dar la lata y la histeria jacobita volvió a recorrer el país, alcanzando su punto máximo cuando el Joven Pretendiente llegó a las Highlands.

—Hal recuperó el viejo regimiento de nuestro padre, se gastó una fortuna en reconstruirlo y se fue a las Highlands para ponerse al servicio del rey. Éste no se podía permitir rechazar tal servicio, igual que su padre cuando el mío le ofreció el mismo servicio, treinta años antes.

No dijo nada sobre el enorme esfuerzo que hizo Hal. Por aquel entonces, John sólo tenía quince años y era un niño ignorante, no únicamente de las verdaderas dimensiones del escándalo, sino también de la respuesta de su hermano ante aquel asunto. Sólo en esos momentos, al mirar atrás, podía apreciar la increíble energía y la casi maníaca decisión que había permitido a Hal hacer lo que había hecho.

En un desesperado intento de reconstruir el honor perdido de la familia, se enfrentó a los habitantes de las Highlands y los venció con la ayuda de John Cope en la batalla de Prestonpans. Continuó en su empeño de salvaguardar su honor hasta la menos decisiva batalla de Falkirk, y luego en

Culloden...

A Grey se le secó la boca y dejó de hablar mientras intentaba recuperar la voz.

—¡Una victoria famosa! —comentó Percy con respeto—. Leí sobre ella, por lo menos en los periódicos.

—Espero que nunca vea ninguna batalla como ésta —dijo Grey con brevedad. Apretó el puño de la mano izquierda y sintió el anillo de zafiro de Hector clavándose en la piel del guante. Hector había muerto en la batalla de Culloden, pero no quería hablar de él.

Percy lo miró, sorprendido por el tono con que le había dicho aquello, pero no contestó. Grey inspiró con fuerza y sintió cómo el aire frío y pesado entraba en su pecho. Habían paseado muy despacio, pero ya habían cruzado el parque y desde donde estaban ya se veía el salón de lady Jonas. Veía perfectamente cómo entraban los clientes en parejas o de uno en uno, y cómo el mayordomo los recibía en la puerta.

Sin intercambiar una sola palabra, los dos coincidieron en pararse a cierta distancia. Wainwright se volvió con prudencia para mirarlo. Sus ojos seguían dejando entrever una gran calidez, pero estaba muy serio.

—¿Su madre no se hace llamar duquesa? —preguntó.

Grey negó con la cabeza.

—Cuando falleció mi padre, mi hermano se convirtió en el cabeza de familia y mi madre no hará nunca nada que pueda minar su autoridad. Ella utiliza el título de condesa viuda de Melton.

—Ya veo. —Wainwright observó a Grey con gran curiosidad—. Y, sin embargo, usted sigue llamándose...

—Lord John. Sí.

Eso sorprendió a Wainwright.

—Ya veo que su hermano no es el único obstinado de la familia.

—Lo llevamos en la sangre —replicó Grey—. ¿Entramos?

## 5. Genio y semigenio

Grey notó en seguida que Percy no estaba del todo cómodo.

El chico estaba un poco ruborizado y, mientras le daba la capa al mayordomo con aplomo, miró rápidamente en dirección al salón al que el hombre los estaba acompañando, como si buscara a algún conocido. Luego observó a Grey con incertidumbre. Sin embargo, se le iluminó el rostro al ver a la anfitriona y se apresuró hacia ella mientras Grey lo seguía.

Hizo una reverencia ante lady Jonas y le presentó a Grey; ella los saludó con mucha amabilidad, pero se le veía aquel aire distraído que tienen las anfitrionas cuando están buscando a invitados más distinguidos. Ellos le besaron la mano y se retiraron a la mesa de las bebidas.

—No suele usted hacer estas cosas, ¿verdad? —le murmuró Grey a Percy.

—¿Se nota mucho? —Wainwright le dedicó una mirada preocupada y él se rió.

—En absoluto —le aseguró—. Lo digo porque, desde que hemos entrado, nadie, salvo lady Jonas, ha venido a hablar con usted. ¿De qué conoce a la anfitriona?

Wainwright se encogió levemente de hombros, avergonzado.

—Me pisó en un baile. Fue en casa de Richard Joffrey. El general me había llevado para que conociera al coronel Quarry. Lady Jonas se disculpó con mucha amabilidad, me preguntó mi nombre, ella conocía al general, por supuesto, y acabó invitándome a su salón, diciéndome que podía venir acompañado de cualquier amigo que yo quisiera traer. Añadió —Percy se sonrojó y evitó los ojos de Grey— que los chicos guapos siempre eran bien recibidos.

—Creo que en realidad eso es una regla general para toda la sociedad —

dijo Grey ignorando con mucho tacto tanto el rubor como el implícito cumplido—. Sin importar el sexo. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la honorable Helene Rowbotham, cuyo cuello de cisne y sus ojos de corderita estaban levantando la acostumbrada admiración junto a la ventana donde se había apostado con el fin de aprovechar la débil luz que le brindaba el pálido sol del invierno.

»Por otra parte —continuó con suavidad—, una fiesta en la que todos los invitados sean guapos tiene que resultar muy aburrida, ya que la gente agraciada no sabe hablar más que de sí misma. Una reunión exitosa requiere la presencia de unas cuantas personas menos favorecidas pero inteligentes. Los guapos sólo son adornos, deseables, pero prescindibles.

—Ciertamente —contestó Percy con sequedad—. ¿Y en qué categoría se incluye usted en esta fiesta? ¿Guapo y aburrido, o anodino e inteligente?

—Oh —dijo Grey con suavidad, mientras le tocaba la muñeca—. Yo estaré en la misma categoría que usted... hermano.

El rubor, que había desaparecido, volvió a mostrarse con toda su intensidad. Sin embargo, Wainwright no tuvo oportunidad de contestar antes de que Grey advirtiera que lady Beverley se acercaba a ellos. En seguida se dio cuenta de las intenciones de la dama, que no dejaba de mirar a Percy.

—Fragata ligera a estribor —masculló entre dientes.

El joven frunció el cejo desconcertado, pero entonces vio la dirección de la mirada de Grey.

—¿De verdad? Pues parece una dama de lo más respetable —murmuró.

Era evidente que había pasado el tiempo suficiente con el general Stanley en círculos militares como para saber que cuando alguien decía eso se estaba refiriendo a una mujer ligera de cascos.

—No se meta en una alcoba con ella —murmuró, mientras asentía y sonreía a la dama, que ya se acercaba—. Le habrá metido la mano en los pantalones antes de que pueda decir... ¡Lady Beverley! A su servicio, señora. Permítame que le presente a mi hermanastro, Percival Wainwright.

Al ver la mirada de duda en los ojos del joven, Grey cogió la mano de la mujer y se la besó, señalándole así a Percy que, a pesar de su reputación, la dama estaba casada. Luego le cedió la mano a Percy para que él hiciera lo

mismo.

—Señor Wainwright. —Lady Beverley lo obsequió con una mirada de aprobación y luego vertió la fuerza de su nada despreciable encanto sobre Grey—. ¡Estamos en deuda con usted, lord John! ¡Qué amable ha sido al traer tal adorno para decorar nuestra aburrida sociedad! Venga a tomarse un vaso de ponche conmigo, señor Wainwright, y dígame lo que piensa del nuevo trabajo del señor Garrik. Estoy segura de que lo habrá visto. Por lo que a mí respecta...

Antes de que ninguno de los dos hombres pudiera contestar, ella ya tenía la mano de Percy atrapada entre su codo y su corpiño de seda amarilla y estaba arrastrándolo con determinación en dirección a la mesa de refrigerios sin dejar de hablar.

Wainwright miró a Grey con los ojos como platos y él esbozó un pequeño saludo como respuesta, aguantándose la risa. Por lo menos, le había dado tiempo de avisarlo. Y si conseguía mantener a lady Beverley en un lugar público, seguro que sería una buena compañía. La dama ya lo había introducido en el círculo donde se encontraban los invitados de honor. Avanzó como si abriera las aguas del mar Rojo, y ya le estaba presentando al filósofo francés.

Cuando vio que Percy parecía arreglárselas bastante bien, Grey se relajó un poco y le dio la espalda a propósito. No quería avergonzar a su nuevo conocido sometiéndolo a ningún escrutinio.

—¡Lord John! —Una clara voz lo saludó y él se volvió para encontrarse con su amiga Lucinda, lady Joffrey, que le sonreía, sosteniendo un pequeño libro forrado en piel—. ¿Cómo está, querido?

—Estupendamente bien, gracias. —Hizo el ademán de besarle la mano, pero ella se rió y tiró de él al tiempo que se ponía de puntillas para besarle la mejilla.

—Necesitaría que me hiciera usted un favor, si es tan amable —le susurró al oído. Luego volvió a apoyar los pies en el suelo y se lo quedó mirando mientras esperaba su consentimiento.

—Ya sabe que no puedo negarle nada —contestó Grey sonriendo. Aquella mujer le recordaba a una perdiz; era pequeña, pulcra y ligeramente

regordeta, y tenía unos ojos amables y delicados—. ¿Qué desea lady Joffrey? ¿Una copa de ponche? ¿Una tostada de sardinas? ¿O tal vez lo que tiene en mente tenga algo que ver con los monos, el marfil y los pavos reales?

—También podría tratarse de perlas para los cerdos —respondió ella, marcándosele los hoyuelos al sonreír. Entonces le dio el libro que llevaba en la mano—. Pero la verdad es que conozco a... alguien... que ha escrito unos versos. Estoy segura de que son insignificantes, pero tal vez no estén completamente desprovistos de encanto. Había pensado enseñárselos a *monsieur* Diderot. —Miró en dirección a la ventana, donde el distinguido hombre de letras era el centro de atención. Cuando se volvió de nuevo, un ligero rubor le cubría las mejillas—. Pero no me atrevo.

Grey la miró con patente inquietud. Aquella mujer podía tener una apariencia inofensiva y recatada, pero era tan astuta como una serpiente y tan tenaz como el engrudo.

—De verdad —insistió. Al hacerlo, se le marcaron aún más los hoyuelos y aumentó su rubor. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la escuchaba y acercándose un poco más a Grey, le dijo:— ¿Por casualidad ha oído hablar de una novela titulada *Les Bijoux Indiscrets*?

—Así es, lady Joffrey —dijo él con burlona intensidad—. Y estoy completamente conmocionado de saber que una mujer de su carácter conozca la existencia de tan escandaloso volumen. ¿Lo ha leído? —inquirió, abandonando su teatro.

—Todo el mundo lo ha leído —respondió ella, relajándose—. En realidad, fue su madre quien me lo prestó el año pasado.

—¿Ah, sí?

Grey no estaba sorprendido en absoluto. Su madre leía cualquier libro que cayera en sus manos, además de ser amiga de varias damas que leían indiscriminadamente y con las que mantenía un continuo intercambio de libros. La mayoría de esos libros habrían sorprendido mucho a sus maridos, si dichos encomiables caballeros se hubieran molestado alguna vez en informarse sobre los pasatiempos de sus esposas.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó ella.

Grey negó con la cabeza. *Les Bijoux Indiscrets* era una novela erótica que

había escrito hacía ya algunos años *monsieur* Diderot para Madeleine le Puisieux, su amante de aquel momento. Se publicó en Holanda y, durante un tiempo, hubo una gran fiebre en Inglaterra por hacerse con algún ejemplar. Él había visto el libro, pero se había limitado a hojear una edición ilustrada para ver los dibujos, que no eran precisamente obras de arte. Tal vez el texto fuera mejor.

—Mojigato —dijo lady Joffrey.

—Bastante. Entonces, ¿debo asumir que estos... versos... comparten la tendencia de ese libro en particular? —Grey sopesó el libro en su mano. Era pequeño y estrecho, perfecto para la poesía.

—Creo que fueron inspirados por ciertos eventos que se describen en él —contestó la dama con cautela—. El autor de los versos deseaba enseñárselos a *monsieur* Diderot en reconocimiento de su inspiración, creo. Una especie de homenaje, si prefiere verlo así.

Grey la miró y arqueó una ceja mientras abría la cubierta. «Ciertos versos sobre...»

—Jesús —exclamó sin querer. Cerró el libro y luego lo volvió a abrir inmediatamente, con mucha cautela, como si tuviera miedo de que pudiera escupirle.

«Por un admirador del trabajo de ese genio que es *monsieur* Denis Diderot, que humildemente se hace llamar semigenio.»

—No los habrá escrito usted, ¿verdad? —preguntó, levantando la mirada del libro. Lady Joffrey abrió desmesuradamente la boca y él se rió—. No, claro que no. Discúlpeme.

Hojeó las páginas del libro y se fue parando para leer un poco aquí y allá. Pensó que los poemas eran bastante buenos y que había rimas interesantes. Pero el material...

—Sí —dijo cerrando el volumen y aclarándose la garganta—. Ya veo por qué tiene dudas en darle el libro usted misma. Él es francés, pero según dicen, es bastante fiel a su actual amante. Supongo que no habrá leído usted el contenido de este libro antes de venir aquí.

Ella negó con la cabeza y las plumas de faisán que llevaba en el pelo empolvado le rozaron el hombro.

—No. Él, el conocido de quien le hablo, me lo trajo a principios de semana, pero no he tenido tiempo de leerlo. He mirado algo en el carruaje, mientras venía hacia aquí, y entonces ha sido cuando me he quedado sin saber qué hacer hasta que he tenido la suerte de verlo a usted. —Miró en dirección al grupo que charlaba animadamente junto a la ventana y luego volvió a mirar a Grey—. Prometí entregarlo. ¿Lo hará usted? ¿Por favor?

—No entiendo que su marido no la azote regularmente —comentó él negando con la cabeza—. O por lo menos que la tenga encerrada en casa, bajo llave. ¿Tiene él la menor idea...?

—Sir Richard es un experto diplomático —replicó la dama con satisfacción—. Le resulta muy sencillo evitar saber cosas que es mejor que desconozca.

—Estoy convencido —contestó Grey con sequedad—. Y, por cierto, ¿conozco a ese conocido suyo tan misterioso?

—La verdad es que no sabría decirle; conozco a tanta gente... —respondió ella evasiva—. Por cierto, me han dicho que está usted a punto de tener un nuevo hermano. Por lo que he oído decir, es increíblemente guapo.

Oír que alguien se refería a Percival Wainwright como su hermano le provocó una extraña sensación, como si en realidad estuviera planteándose cometer incesto. Sin embargo, ignoró ese pensamiento e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa.

—Puede juzgarlo usted misma. Está allí mismo.

Wainwright se había alejado de la multitud que rodeaba al filósofo y Grey se alegró de ver que ahora era él quien estaba rodeado de un pequeño grupo de personas en el que había tanto hombres como mujeres, y todos parecían estar interesados en su conversación, especialmente lady Beverley, que lo escuchaba con absoluta atención, sin soltarle el brazo. Wainwright estaba explicando alguna historia con los ojos brillantes, e incluso desde la otra punta de la habitación, Grey podía percibir la calidez de su presencia. Como si pudiera sentir que lo observaba, Percy miró de repente en su dirección y le dedicó una sonrisa tan encantadora que Grey se la devolvió, encantado de ver que se desenvolvía tan bien.

Lucinda Joffrey emitió un sonido de aprobación.



—Oh, sí —dijo—. Y también tiene bastante buen estilo. ¿Lo ha vestido usted? —preguntó.

«No, pero me encantaría desvestirlo.» Carraspeó.

—No, él tiene un excelente gusto por sí mismo.

—¿Y el dinero para permitirselo?

Grey no se sintió ofendido. Los medios de que disponía un hombre despertaban más interés que su rostro, y todo el mundo se preguntaba lo mismo de cualquier recién llegado, aunque no todos se atreverían a preguntar con tanto descaro. Sin embargo, Lucinda tenía muchos conocidos, de los cuales por lo menos la mitad eran mujeres, y consideraba que tenía el deber moral de ayudar a sus hermanas y primas a casarse bien.

—Desafortunadamente, no. Su padre, supongo que ya sabe usted que es el hijastro del general, era clérigo. La familia era pobre como las ratas, me temo. El general le ha asignado una pequeña suma, pero no posee propiedades.

Lucinda volvió a hacer un sonido, pero esta vez con menos aprobación.

—Entonces, estará buscando una esposa rica, ¿no? —dijo con cierto aire de resignación. Ella procedía de una vieja y respetable familia, pero no poseían mucha riqueza.

—Creo que es muy pronto para eso. —A Grey le pareció que había sido muy suave, pero ella lo estaba mirando fijamente.

—Ah —exclamó—. ¿Acaso el señor Wainwright está enamorado de una persona inadecuada?

Grey tuvo la sensación de que acababa de recibir un puñetazo en el pecho. Se había olvidado de lo perspicaz que era aquella mujer. Era cierto que sir Richard Joffrey era un buen diplomático, pero gran parte de su éxito se debía a las conexiones sociales de su esposa y a su habilidad para sonsacar la información que era importante saber.

—Si es así, no me lo ha dicho —contestó Grey, consiguiendo mostrar, según le pareció, una buena dosis de fingida indiferencia—. ¿Conoce usted al gran hombre? ¿Quiere que se lo presente?

—¿A *monsieur* Diderot? —Lucinda se volvió para mirar al invitado de honor—. Lo conocí hace algunos años, en París. Un hombre muy ingenioso,

aunque me temo que no me gustaría estar casada con él.

—¿Porque tiene una amante?

Ella pareció sorprenderse de oír eso, pero luego abrió el abanico en señal de negación.

—Oh, no. El problema con las personas ingeniosas es que sienten la necesidad de exhibir su ingenio todo el rato, y eso resulta muy agotador en la mesa del desayuno. Sir Richard —añadió con satisfacción— no es ingenioso en absoluto.

—Supongo que eso no encajaría con un diplomático —contestó Grey—. ¿Le traigo algo de beber?

Lady Joffrey asintió y él se abrió paso a través de la multitud con el libro que le había dado en la mano. La sala bullía con la conversación y la excitación de un exitoso salón, pero un sonido en particular hizo que centrara su atención en la voz de Diderot: nasal, como la de todos los franceses, pero suntuosa y placentera. Parecía estar hablando de su mujer.

—Verán, por lo visto, ella es de la opinión de que todas las novelas son vulgar basura y quiere que yo le lea únicamente cosas de tipo espiritual, comentarios sobre la Biblia y los trabajos de Burke...

Algunas de las personas que lo estaban escuchando se rieron con él, a pesar de que Edmund Burke era muy popular.

—Así que —la cálida voz siguió hablando, evidentemente divertido— he empezado a leerle las historias más pícaras que puedo conseguir. La validez de la lección es doble, pues ella no se limita a escuchar la historia, ¡sino que, horrorizada, les explica luego cada detalle a sus amigas!

Eso provocó una explosión de carcajadas y, debido al ruido, Grey se vio obligado a señalarle al sirviente lo que quería de la mesa de refrigerios. El hombre asintió al comprender lo que deseaba y le dio una copa de plata llena de ponche y un pequeño plato con los aperitivos que había elegido. Grey consiguió coger las dos cosas sin que se le cayera el libro de poesía, antes de volver por donde había venido. Pero alguien le había llevado algo de beber a Lucinda, y ésta ya tenía nueva compañía; alguien a quien Grey reconoció como un influyente miembro del Parlamento.

Lucinda lo miró por encima del hombro de su acompañante y le hizo un

discreto gesto con el abanico que él interpretó como una señal de que estaba en plena conversación confidencial. Asintió comprendiendo lo que le había querido decir y se retiró hasta el alféizar de una ventana, donde se sentó bajo el refugio de las recogidas cortinas de damasco y se comió con mucho gusto los aperitivos mientras observaba el ir y venir de los presentes.

Hacía bastante tiempo que no se mezclaba con la sociedad londinense, y le resultó muy agradable sentarse y escuchar hablar al mismo tiempo sobre las mayores trivialidades y las más cultivadas ideas filosóficas. Además, aquellas ocasiones eran perfectas para observar el fluir del comercio social: parejas que se formaban y se deshacían, conexiones de negocios que se forjaban o que morían, tráfico de favores... Y política, siempre había política, de la que se hablaba hasta la extenuación entre expresiones de escándalo o aprobación, según la compañía que se tuviera.

Y, sin embargo, era fácil darse cuenta de que allí había auténtico poder, lo podía sentir latiendo bajo las conversaciones y la ropa. Para la mayoría de las personas presentes, aquellos salones eran exactamente lo que parecían: una fuente de entretenimiento en el peor de los casos y, en el mejor, una oportunidad para dejarse ver, tal vez para ser aceptado y convertirse en moda del momento. Pero en las tranquilas esquinas se decían cosas que tenían el poder de cambiar la vida de la gente, tal vez, incluso, de cambiar el curso de la historia.

¿Habría sido en un lugar como aquél donde se habría escrito el destino de sus padres? Él sabía que su madre, una joven viuda, había conocido a su padre en un recital. ¿Por qué habría ido su padre a un recital? Gerard Grey no tenía oído para la música. ¿Habría ido por la política y para encontrar el amor? ¿O habría sido cosa de su madre, ya entonces?

Cuando era niño, le habían contado muchas veces la historia de cuando sus padres se conocieron; fue en casa del hermano de ella. Su madre tenía tres hermanos y una cantidad imprecisa de primos, primos segundos y personas a las que no la unía ningún vínculo sanguíneo, pero que tenían el estatuto de hermanos, porque la familia los había acogido, siguiendo esa peculiar costumbre de la aristocracia escocesa.

Uno de sus tíos había muerto y otro estaba exiliado en Francia. El tercero

se había retirado a su fortaleza de Border para estar lejos de la gente. Algunos de sus primos habían sobrevivido al escándalo y otros no. La política era un juego muy arriesgado y el precio que se pagaba era muy alto, a veces incluso mortal.

De repente, se le puso la piel de gallina y trató de olvidar el asunto bebiéndose el ponche de un solo trago. Hacía muchos años que no pensaba en esas cosas; deliberadamente había evitado hacerlo. Pero era la historia de su familia; tenía que contársela a Percy por su propia seguridad si es que éste quería entrar en sociedad, y era evidente que quería. Si había una conexión pública entre él y Grey... Algunas personas tenían mucha memoria.

Observó las caras que había en aquella sala, pero afortunadamente no vio a nadie contra quien debiera advertir a Percy de momento.

Cuando se levantó de su escondite, casi chocó contra Diderot, que iba en decidida búsqueda de los retretes, que se ocultaban tras un biombo, al fondo de la habitación.

—Disculpe, *monsieur*. —Se habían agarrado el uno al brazo del otro para conservar el equilibrio, sonrieron y hablaron a la vez; entonces se rieron.

La cara del filósofo brillaba a causa del sudor y se limpió sin ningún cuidado con la manga. Grey se sacó el pañuelo del bolsillo para ofrecérselo y entonces sintió que algo caía a sus pies.

—Ah. —Era el libro. Se agachó para recogerlo—. *Permettezmoi, monsieur* —se excusó—. Un *petit cadeau pour madame, voutre épouse*.

Diderot arqueó un poco las cejas al aceptar el pañuelo y el libro. Se empezó a frotar suavemente las mejillas mientras abría el volumen con el pulgar, leía el título y esbozaba la más contagiosa de las sonrisas que, a pesar de que le faltaba un diente, no resultaba menos encantadora.

—A su servicio, señor —dijo—. ¡Mi esposa estará en deuda con usted! —Le hizo un gesto con la mano y se fue con el libro abierto, ya leyéndolo.

Un momento después, Grey oyó las carcajadas que procedían de detrás del biombo.

La gente estaba empezando a mirar a Grey, y se dio cuenta de que también Percy Wainwright se había acercado y lo observaba con curiosidad.

—¿Qué le ha dado?

—Ah... —De repente, se dio cuenta de que, con las prisas por cumplir su encargo, había olvidado informar al señor Diderot de que él no era el autor de los versos que justo entonces estaban provocando un murmullo de diversión que se deslizaba por toda la sala; la gente se reía sin saber muy bien cuál era el motivo.

Y en ese momento no podía ir a buscar al señor Diderot para explicárselo, no con todos los ojos clavados en el otro extremo de la habitación, donde el filósofo recitaba uno de los versos en voz alta, para regocijo de otro hombre cuya cabeza asomaba por encima del biombo. Oleadas de descaradas carcajadas recorrían toda la sala y pudo ver a Lucinda Joffrey con el abanico abierto sobre la boca. Tenía los ojos abiertos como platos y Grey no supo descifrar si su expresión era de satisfacción o de horror. En realidad no quería averiguar de qué emoción se trataba.

—Vámonos. —Cogió a Percy del brazo y se marcharon a toda prisa tras hacerle una escueta reverencia a lady Jonas.

Fuera había empezado a nevar con fuerza. Se detuvieron casi sin aliento para ponerse sus capotes y capas al abrigo de los árboles que crecían a la entrada de Hyde Park.

—No tenía ni idea, lord John. —Percy Wainwright tenía las mejillas enrojecidas a causa del frío y de la risa—. Le tenía por un hombre de ingenio, pero no de letras. Sin embargo, el tema...

—¡No estará pensando que yo he escrito eso! Y, por el amor de Dios, llámame John —añadió.

El joven lo miró. Tenía nieve sobre la cabeza, pues había perdido la mayor parte de los polvos que le cubrían el pelo en el alboroto del salón. Le dedicó una sonrisa de incomparable dulzura.

—John —dijo con suavidad.

Ya era casi de noche. Las luces de las velas brillaban a través de las ventanas de las casas y el aire estaba lleno de misterio y excitación. Los blancos copos caían en silencio y cubrían rápidamente las calles adoquinadas,

los árboles desnudos y la perenne mugre de Londres. A pesar del frío, sintió que una agradable calidez le recorría las venas. Se preguntó si se le notaría.

—Es pronto —observó, mirando hacia abajo mientras limpiaba algunos copos de nieve que habían caído sobre su sombrero—. ¿Te gustaría cenar en el Beefsteak y jugar una o dos manos de cartas? O, si lo prefieres, hay una obra de teatro nueva...

Cuando levantó la cabeza vio cómo Percy dejaba caer la suya.

—Me encantaría poder hacer cualquiera de las dos cosas, pero el general me ha invitado a cenar con el coronel Benham; no me puedo excusar porque es por mi propio interés.

—No, claro que no —se apresuró a decir Grey, irracionalmente decepcionado—. Otro día...

—¿Mañana? —El joven lo miró directamente a los ojos—. ¿Tal vez en mi casa? Me temo que vivo modestamente, pero...

Grey observó cómo se movía su nuez al tragar.

—Es un sitio tranquilo. Podremos hablar sin que nadie nos moleste.

La calidez general que Grey llevaba sintiendo toda la tarde se le concentró de repente en la parte inferior del abdomen.

—Eso sería... ¡oh, maldita sea!

—¿Has recordado otro compromiso? —Percy arqueó una ceja y esbozó media sonrisa—. No debería sorprenderme. Me imagino que eres un hombre muy solicitado socialmente.

—En absoluto —le aseguró él—. No, el problema es que por la mañana debo partir al Distrito de los Lagos. Es el funeral de una amiga. —Mientras lo decía, pensaba en cómo podría retrasar su viaje. Suponía que si llegaba un día más tarde, no tendría mucha importancia. Quizá pudiera ganar el tiempo perdido en la carretera.

Tenía muchas ganas de quedarse. Tuvo la sensación de que podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Percy incluso a pesar del espacio de aire nevado que había entre los dos. Si tuvieran un poco más de tiempo... Aquel hombre no era ningún desconocido, bueno, sí lo era, pero un desconocido que pronto formaría parte de su familia y del que esperaba llegar a ser un buen amigo. No se trataba de un cuerpo atractivo y anónimo al que no volvería a

ver más. Tenía muchas ganas de hacer aquello, pero deseaba hacerlo bien.

—Tengo que ir —repitió de mala gana—. Lo lamento mucho, pero, por supuesto, volveré a tiempo para la boda.

Percy lo observó un momento, luego le dedicó una escueta sonrisa y levantó la mano. Sus dedos tocaron la mejilla de Grey, fríos y ligeros.

—Buen viaje entonces, John —dijo.

Pensó que podría ser peor. El hecho de que Percy Wainwright no estuviera disponible significaba que él tenía toda la noche libre. Y, a su vez, eso quería decir que podía ir a ver a Hal en aquel momento en vez de esperar a la mañana, así no tendría que retrasar su partida hacia Helwater. Aunque, si no dejaba de nevar, tal vez ni siquiera consiguiera salir de Londres.

Se volvió a internar en el parque con la cabeza inclinada contra las ráfagas de nieve. La casa de lady Jonas estaba junto a la plaza de armas, justo después de Grosvenor Gate, mientras que la mansión familiar de los Grey, Argus House, estaba casi en diagonal, al final del parque y junto a los cuarteles. Había casi un kilómetro y medio de trayecto a cielo abierto y sin la protección de los edificios para amortiguar el viento, pero era más rápido que rodear el parque. Y su sangre estaba lo suficientemente caliente a causa del vino y la excitación como para evitar que muriera congelado.

Recordó el placer que había sentido en compañía de Percy Wainwright y las especulaciones sobre su próximo encuentro y casi consiguió olvidar su inminente conversación con Hal, pero los recuerdos no le bastaron.

Revivir los viejos escándalos que precedieron a la muerte de su padre para Percy le había resultado muy doloroso, pero ahora se sentía mejor. Ahora la sensación de alivio lo envolvía por completo. A fin de cuentas, ya no era un niño de doce años al que debían proteger o al que debían mentir por su propio bien. Fuera cual fuese el secreto que guardaba Hal, más le valía ir pensando en revelarlo.

Un repentino olor a humo impregnó el aire; resultaba agradable, al esconder la débil promesa del calor. Sorprendido, buscó el lugar de donde

procedía y distinguió un tenue brillo en la oscuridad que lo rodeaba. En el parque había muy poca gente. La mayoría de los pobres que se buscaban la vida mendigando o robando junto al mismo se habían ido a buscar refugio en los callejones y las tabernas. Cuando hacía mal tiempo, se amontonaban en asquerosos locales llenos de borrachos o, si tenían algún penique, podían alojarse en alguna buhardilla. A los que no tenían dinero no les quedaba más remedio que apiñarse en los porches de las iglesias o contra las tapias. Pero ¿qué individuo mentalmente sano acamparía en el parque en plena tormenta de nieve?

Se desvió un poco de su camino para investigar y vio que el resplandor procedía de un brasero de arcilla que ardía a los pies de un rudimentario cobertizo levantado contra un árbol. Estaba vacío. En realidad, era demasiado pequeño como para cobijar algo más grande que un perro. No tuvo más de un segundo para pensar que aquello era muy extraño cuando su instinto le hizo darse la vuelta y mirar atrás.

Había dos hombres: uno de ellos llevaba un garrote y el otro estaba desarmado. Dos formas achaparradas, negras y con la ropa raída, encorvadas bajo sacos rotos que les cubrían la cabeza y los hombros y les ocultaban el rostro.

—¡La bolsa o la vida! —dijo una áspera voz irlandesa.

—¡O te aplastaremos como a un nabo podrido! —añadió el otro.

Grey no había llevado su espada al salón, aunque sí llevaba su habitual daga escondida bajo el chaleco.

—Largaos de aquí —contestó secamente, desabrochándose el chaleco y sacando la daga. Dibujó pequeños círculos con el acero y el metal brilló tenuemente bajo la poca luz que había.

Una daga no era la mejor arma para enfrentarse a alguien que llevaba un garrote, pero era cuanto tenía. Retrocedió lentamente sin dejar de apuntarlos con el cuchillo. Esperaba poder llegar a la distancia suficiente como para darse la vuelta y salir corriendo antes de que se abalanzaran sobre él.

Para su sorpresa, al oír sus palabras parecieron quedarse de piedra.

—¡Es él! —le susurró el uno al otro—. ¡Es el comandante!

—¿O'Higgins? —preguntó Grey incrédulo—. ¡O'Higgins! —gritó. Pero



los hombres habían desaparecido, murmurando blasfemias irlandesas que flotaban hacia él a través de la nieve.

Guardó la daga y se volvió a abrochar el chaleco con torpeza; le temblaban un poco los dedos, debido a la sorpresa del encuentro.

Los malditos hermanos O'Higgins. Su madre les puso unos nombres muy equivocados. La buena mujer eligió nombres de arcángeles: Raphael y Michael; aunque todo el mundo los conocía como Rafe y Mick. No eran gemelos, pero se parecían tanto que a veces se hacían pasar el uno por el otro para escapar de los problemas. Y esos problemas siempre se los buscaban juntos.

Grey estaba casi seguro de que habían desertado de la brigada irlandesa, pero el sargento encargado del reclutamiento ya les había dado sus chelines y sus uniformes antes de que él tuviera ocasión de ponerles las manos encima. No eran los peores soldados, pero sí los más proclives a demostrar alarmantes variedades de iniciativa propia que la mayoría.

Entrecerró los ojos y observó la oscuridad en la dirección por la que se habían marchado. Estaba convencido de que los cuarteles de Hyde Park se hallaban por allí, aunque estaba tan oscuro que no podía ver los edificios a través de los árboles. Si tuviera que adivinar, diría que los O'Higgins habían ido allí a jugar a los dados y a beber con los amigos que tenían en los cuarteles, o a asistir a algún evento social, como una pelea de gallos, y al darse cuenta de que necesitaban dinero, habían improvisado, según su habitual forma chapucera pero imaginativa de hacer las cosas.

Negó con la cabeza y le dio una patada al brasero. Los trozos de ardiente carbón se esparcieron por el suelo, se pusieron muy rojos, sibilaron y murieron sobre la nieve. Ya se encargaría de los O'Higgins por la mañana.

Cuando llegó al Serpentine, estaba cubierto de nieve, se le había congelado considerablemente la sangre y se estaba empezando a arrepentir de no haber cogido aquel brasero, sin importarle el aspecto que pudiera tener con él. A pesar de llevar guantes, se le habían entumecido los dedos, igual que la cara, y la rigidez que sentía en las mejillas le recordaba al hombre que se habían encontrado desplomado en la acera a la puerta de White's.

Habían sacado los cisnes para el invierno y el lago estaba helado, aunque

la capa de hielo no era lo bastante gruesa como para que Grey pensara que podía confiarle su peso. La nieve que lo cubría ocultaba los lugares donde la capa de hielo era más fina, y lo último que necesitaba era sumergirse en agua helada y plantas podridas. Suspiró y se dirigió a la izquierda, para rodear el lago.

Después de todo lo que le había ocurrido, tal vez aún se acordara de preguntarle a Hal si habían conseguido esclarecer la identidad y el domicilio de aquel hombre, una vez hubiera solucionado el otro asunto. Y mientras se lo estaba preguntando... Lo que había sucedido aquella tarde casi le había hecho olvidar el extraño comportamiento de su madre durante el desayuno. Debido a la conmoción que le había provocado enterarse de la muerte de Geneva, no había pensado en relacionar la reacción que había tenido su madre al oír el nombre de Jamie Fraser, con la aparición de la página del diario en el despacho de Hal, pero en aquel momento se daba cuenta de que esa conexión parecía probable.

¿Habría hablado Hal con ella de lo del diario? Si su hermano había ido a la casa de la calle Jermyn lo habría hecho a escondidas, tanto si había elegido la última hora de la noche como la primera de la mañana. No. No podía haber llegado tan tarde, porque si no Grey lo habría visto por la ventana. Y tampoco podía haber ido a primera hora de la mañana. Su madre había bajado a desayunar en bata, y parpadeaba y bostezaba, como acostumbraba a hacer todas las mañanas; era evidente que se acababa de levantar.

Entonces le asaltó otro pensamiento: tal vez su madre también hubiese recibido una página del diario de su padre. ¿Le habría llegado junto con el correo de la mañana? Redujo el paso. Sus botas crujían sobre la nieve, que estaba empezando a cuajar en el suelo. ¿Habría abierto otra carta después de la de lady Dunsany? Grey no se acordaba, le estaba dedicando toda su atención a Olivia.

La idea de otra página del diario le produjo una simultánea sensación de alarma y excitación. Eso explicaría la repentina inquietud de su madre y la violenta reacción que había mostrado al mencionar a su prisionero jacobita. Y si había llegado aquella mañana, Hal aún no lo sabía.

Una repentina ráfaga de sangre calentó sus heladas mejillas. Se sacudió

los copos de nieve que se le habían posado en la cara y en las pestañas y echó a andar entre la creciente nieve con renovada seguridad.

Cuando el mayordomo de Hal lo recibió en la puerta y le dijo que su hermano se había ido a Bath, se quedó absolutamente desconcertado.

—Se ha ido de verdad —le aseguró su cuñada, apareciendo detrás del mayordomo. Minnie sonrió y Grey pudo ver sus hoyuelos mientras arqueaba las cejas, sorprendido. Luego le hizo un gesto con la mano en dirección al vestíbulo que había tras ella—. Puedes registrar la casa si quieres.

—¿A qué diablos se ha ido a Bath? —preguntó él, irritado—. ¿Con este tiempo?

—No me lo ha dicho —respondió Minnie con calma—. Entra, John. Pareces un muñeco de nieve y debes de estar calado hasta los huesos.

—No, te lo agradezco. Debo...

—Debes entrar y cenar algo —insistió ella con firmeza—. Tus sobrinos echan de menos a su tío John. Y tu estómago está rugiendo; puedo oírlo desde aquí.

Y así era. Le dio su ropa mojada al mayordomo con más gratitud de la que se molestó en demostrar.

Sin embargo, la cena se retrasó un poco debido a la visita que hizo a la habitación de los niños. Benjamin, de seis años, y Adam, de cinco, estaban tan escandalosamente emocionados de ver a su tío que despertaron a Henry, de tres años, y el pequeño no dudó ni un segundo en unirse a la diversión. Jugaron durante media hora a los caballeros y el dragón; permitieron que Grey fuera el dragón, lo cual significaba que tenía derecho a rugir y escupir fuego, pero también estaba obligado a morir sobre la alfombra de la chimenea apuñalado en el corazón con una regla. La aventura lo puso de mucho mejor humor, pero también lo dejó mucho más hambriento.

—Eres un ángel, Minerva —dijo, cerrando los ojos para apreciar mejor el sabroso aroma que procedía del pastel de pescado que tenía delante.

—No te pareceré tan angelical si vuelves a llamarme Minerva —le

amenazó Minnie sirviéndose un trozo para ella—. Tengo un estupendo Rhenish para acompañarlo, o tal vez prefieras un vino francés.

Grey tenía la boca llena de pastel de pescado, pero se esforzó todo lo que pudo para indicarle con las cejas que estaría encantado de beber cualquier cosa que ella eligiera. Su cuñada se rió y le dijo al mayordomo que trajera las dos botellas.

Como era una mujer acostumbrada a complacer las necesidades de los hombres, no lo importunó dándole conversación hasta que él se comió el pastel de pescado, un plato de jamón con cebollas y pepinillos encurtidos, un poco de queso de excelente calidad y una buena ración de pudín de melaza, seguido de café.

—Minnie, me has salvado la vida —confesó, después de beber el primer sorbo de aquella fragante infusión negra—. Estoy a tu más absoluto servicio.

—¿Ah, sí? Oh, muy bien. Pues ahora —dijo, sentándose con una expresión de agradable dominación— ya puedes explicármelo todo.

—¿Todo?

—Todo —repitió ella con firmeza—. Llevo un mes sin salir de casa, tu madre y Olivia están demasiado ocupadas con los preparativos de la boda como para venir a visitarme y tu espantoso hermano nunca me cuenta nada.

—¿No lo hace? —Grey se sorprendió de oír eso. Minnie era la segunda esposa de Hal, con la que se había casado tras una década de viudedad, y a Grey siempre le habían parecido una pareja muy unida.

—Claro que habla conmigo de vez en cuando —admitió con un ligero brillo de diversión en los ojos—, pero es de los que suscriben la peculiar idea de que las mujeres embarazadas no deben ser expuestas a nada que resulte muy estimulante. Hace semanas que no oigo ningún chismorreo decente y tu hermano esconde los periódicos, temiendo, no me cabe duda, que yo pueda leer alguna morbosa confesión de Tyburn Hill y el niño pueda nacer con una nariz en el cuello.

Grey se rió, aunque, debido al tardío recuerdo de la hoja de periódico que guardaba en el bolsillo de su casaca, sintió que su hermano tal vez no estuviera tan equivocado, por lo menos en cuanto a los periódicos se refería. Grey decidió ser atento y le explicó las experiencias que había vivido en el

salón de lady Jonas, incluido el incidente con el libro de versos del semigenio, lo que hizo que Minnie se riera tanto que se atragantó con el café y el mayordomo tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

—No temas —dijo, mientras se secaba los ojos con la servilleta—, me encargaré de sonsacarle el nombre del autor a Lucinda Joffrey la próxima vez que la vea y te lo diré. Y fuiste con el nuevo hermano, ¿verdad? ¿Cómo es?

—Oh... muy agradable. Es bien educado, sabe hablar. ¿Qué opinión tiene Hal de él? —preguntó a su vez con curiosidad.

Minnie frunció los labios mientras reflexionaba. Era una mujer más bonita que guapa, pero el embarazo le sentaba bien; desde que estaba encinta, su melena castaña brillaba mucho más y sus redondas mejillas resplandecían.

—Hum, parece que lo aprueba, pero Melton es Melton. Él prefiere observar detenidamente hasta ver si el nuevo hermano se mete las cucharillas del té en el bolsillo y las empeña para financiarse el opio y poder mantener a sus tres amantes.

—Me parece que Hal ha esperado demasiado para prohibirte leer los periódicos —dijo Grey, contento de saber que su hermano aprobaba a Percy a pesar del pequeño malentendido que había habido entre ellos la primera vez que se reunieron—. Pero debes de haber tenido alguna visita, ¿quién ha venido?

—Mi abuela, dos tías, seis primas y una pequeña mujer bastante amable que pedía dinero para las viudas de los fabricantes de ladrillos. En realidad, esa mujer sí se llevó una de las cucharillas, pero Nortman la descubrió y se la quitó. Fue muy divertido ver la cantidad de cosas que llevaba escondidas en el corpiño. —Le sonrió al mayordomo, que inclinó la cabeza con respeto—. Oh, y esta tarde ha venido la mujer del capitán Bates. Venía a ver a Hal, claro, pero él no estaba y yo estaba tan aburrida que la he invitado a tomar el té.

—¿La mujer del capitán Bates? —repitió Grey, sorprendido—. No sabía que estuviera casado.

—No lo está. Es su amante —le aclaró ella con sinceridad. Luego se rió de la expresión de él—. No me digas que estás escandalizado, John.

Lo estaba, pero no por los motivos que ella suponía.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Me lo dijo ella, más o menos.

—¿Y eso qué quiere decir?

Minnie puso los ojos en blanco exagerando su paciencia.

—Pues significa que estaba tan preocupada que no pudo reprimir el propósito de su deseo de hablar con Melton y me explicó a mí su preocupación por el capitán. Me contó que lo han arrestado, ¿lo sabías?

—Había oído algo sobre el tema. —Dejó su taza de café sobre la mesa y le hizo una señal a Nortman de que se acercara con la cafetera—. Pero...

—Y sé que ella tiene que ser su amante y no su esposa porque ya la había visto con su auténtico marido. —Tomó un recatado sorbo de la taza que Nortman le acababa de servir mientras miraba a Grey a los ojos.

—¿Quién es...? —la animó a seguir él.

—Un tal señor Tomlinson. Muy rico. Es miembro del Parlamento por algún inmundo municipio cuyo nombre he olvidado, en Kent. Sólo lo he visto una vez, en un baile. Está gordo y es incapaz de decir dos palabras juntas con un mínimo de coherencia; no me extraña que su mujer se haya buscado un amante.

—No me extraña —murmuró Grey, mientras pensaba furiosamente. «Tomlinson, Tomlinson...» El nombre no le sonaba de nada. ¿Podría tener algo que ver con la conspiración de la que le había hablado Hal?

—¿Qué era lo que la preocupaba? —preguntó—. ¿Y por qué ha acudido a Hal?

—El capitán fue arrestado el jueves —contestó Minnie—. Como es natural, ella quiere que lo suelten y, evidentemente, Hal es un buen amigo del capitán, aunque a mí nunca me ha comentado nada, claro.

«Tampoco me lo ha mencionado a mí —pensó Grey con cinismo—. Y ¿qué está haciendo nuestro supuesto capitán homosexual con una amante?» Hal no le había hablado de ese detalle a Minnie y las preguntas que él le hizo no le proporcionaron ninguna información útil. La señora Tomlinson estaba preocupada, pero aparte de que el capitán Bates había sido arrestado, no sabía nada más.

—La pobre ni siquiera sabe dónde está. —Una de las anchas cejas de

Minnie se arqueó con lástima—. ¿Crees que podríamos averiguarlo, John? Por lo menos podría mandarle una nota. De forma anónima —añadió—. No creo que a Melton le gustara que la firmase.

—Ésa es una suposición muy razonable. Mañana veré lo que puedo averiguar. Oh, me olvidaba, por la mañana me voy al Distrito de los Lagos, pero intentaré averiguarlo antes de irme.

—¿El Distrito de los Lagos? —Su cuñada lo miró fijamente y luego desvió la vista hacia las cortinas cerradas, donde el cristal vibraba débilmente azotado por el viento que soplaba tras las capas de encaje y terciopelo azul—. ¿Con este tiempo? ¿Esto qué es, alguna clase de demencia familiar? Lo siguiente será que tu madre decida irse a la Tierra del Fuego en pleno huracán.

Grey sonrió y se dio cuenta de que sería muy imprudente mencionarle la muerte de Geneva Dunsany a una mujer embarazada.

—Uno de mis prisioneros de Ardsmuir está destinado allí. Tengo que hablar con él sobre ciertos asuntos administrativos. —La palabra «administrativo» era un valor seguro para acabar con el interés del oyente más curioso—. Y tengo que ir ahora para asegurarme de poder volver a tiempo de asistir a la boda, ya que poco después el regimiento partirá para Francia.

—¿El señor Fraser? Melton me habló de él. Sí, tendrás que darte prisa. —Suspiró y se apoyó una mano en la barriga sin darse cuenta. Hal le había dicho que esperaban que el bebé naciera en otoño; había muchas posibilidades de que naciera antes de que él volviera.

Grey hizo todo lo que pudo por distraer a Minnie de esa inquietante posibilidad contándole su encuentro con los hermanos O'Higgins, en Hyde Park, y consiguió hacerla reír de nuevo.

Cuando por fin se fue, ella se puso de puntillas en la puerta y le dio un beso en la mejilla, y luego lo miró con una extraña seriedad.

—¿Me prometes que tendrás cuidado, John? Mi hija va a necesitar un padrino.

—¿Hija? —Miró involuntariamente su vientre.

—Tiene que ser una niña. No podría soportar tener que preocuparme de

otro hombre que decida irse al fin del mundo para que lo corten en pedacitos o para morir de disentería o peste; sois unas criaturas realmente espantosas. —Seguía sonriendo, pero Grey podía notar el temblor en su voz y le tocó el hombro con suavidad.

—¿Padrino? —dijo.

—No se lo digas a Melton; aún no se lo he comentado.

—Tu secreto está a salvo conmigo —le aseguró.

Minnie recuperó su auténtica sonrisa.

—Bien. Pero ten cuidado, John.

—Lo tendré —dijo mientras se adentraba en el remolino blanco de la noche. Luego se preguntó si sería él o James Fraser quien tenía aquel aire de fatalidad que provocaba que tanto su madre como Minnie le dijeran que tuviera cuidado.

Tenía en mente preguntarle a su madre precisamente eso, entre otras cosas, pero cuando llegó a la calle Jermyn, descubrió que tal vez Minnie había acertado más de lo que creía al pronosticar alguna obsesión familiar por los viajes, porque la condesa también se había ido. Aunque no a la Tierra del Fuego. Sólo a jugar a Drury Lane, irónicamente, el mismo lugar donde él había pensado ir con Percy Wainwright. Y después había decidido pasar la noche en la casa que el general Stanley tenía en la ciudad, debido a la tormenta de nieve.

Sin embargo, el efecto sobre sus propias intenciones fue el mismo y se sintió obligado a escribirle una nota a Hal para informarle de su viaje, de la fecha de su vuelta y de que esperaba que lo mantuviese al corriente de cualquier nuevo descubrimiento de interés sobre el documento, es decir, la página del diario.

Se planteó mencionarle la posibilidad de que su madre hubiera recibido una página similar, pero al final decidió no hacerlo. Hal había dicho que hablaría con ella sobre aquella página, si la mujer había recibido alguna otra página, lo más normal sería que se lo comentara. Y Grey estaba



completamente decidido a hablar con ella en cuanto volviera de Helwater.

Estaba guardando la pluma cuando recordó el asunto de los hermanos O'Higgins y la volvió a coger con un suspiro, para escribirle una breve nota al capitán Wilmot, que era el directo superior de los hermanos. Aunque, en realidad, Grey los consideraba más bien una fuerza de la naturaleza que disciplinadas piezas de un engranaje militar.

—¡Ha dejado de nevar, milord! —La voz de Tom Byrd le llegó con suavidad y él miró a un lado y vio la mitad inferior del cuerpo de su ordenanza sobresaliendo por la ventana abierta. Una fría corriente de aire se deslizó por sus tobillos como un gato fantasma, pero el viento había desaparecido. Era evidente que la tormenta ya había pasado.

Se acercó a Tom, que asomó la cabeza dentro, con las mejillas rojas a causa del frío. Fuera, todo estaba muy tranquilo, puro y apacible, cubierto por un espeso manto blanco. Grey cogió un poco de nieve del alféizar de la ventana con los dedos y se la comió. Disfrutó de la granulosa sensación que notó en la lengua mientras se fundía la nieve y percibió el ligero sabor a hollín y metal que tenían los copos. No había mucho más de tres o cuatro centímetros de grosor sobre el alféizar y en ese momento el cielo estaba despejado; se veía de un profundo tono oscuro de violeta y lo cubría un generoso manto de estrellas.

—Mañana por la mañana brillará el sol, estoy seguro —aseveró Tom con satisfacción—. ¡Las carreteras estarán despejadas en un santiamén!

—Querrás decir que las carreteras estarán llenas de barro en un santiamén —replicó Grey, pero sonrió igualmente. A pesar de la triste naturaleza del propósito de su viaje, compartía la emoción de Tom ante la perspectiva del mismo. Habían pasado encerrados un invierno muy largo.

En cuanto acabó de hacer las maletas, Tom cogió el capote de Grey, la casaca y su chaleco y empezó a darle la vuelta a todos los bolsillos, siguiendo su habitual fórmula metódica. Dejaba las monedas sueltas en el monedero de Grey, tiraba los pañuelos sucios a una pila de ropa para lavar, apartaba los botones sueltos que se tenían que coser y miraba con recelo las demás cosas que se iba encontrando.

—Es un punzón —le explicó Grey con amabilidad, cuando vio que Tom

fruncía el cejo ante aquel pequeño artilugio puntiagudo de metal—. O un trozo de uno. Una cosa que se utiliza para hacer agujeros en las herraduras de los caballos.

—Pues claro que lo es —dijo Tom, dejando el objeto a un lado y mirando a Grey—. ¿Recuerda usted si la persona que se lo dio lo quiere recuperar?

—No lo creo; está roto. —Un punzón acostumbraba a tener unos treinta centímetros de largo, pero el trozo que había sobre su escritorio no medía más de cinco o siete centímetros; se había roto por la punta.

Grey frunció a su vez el cejo mientras intentaba pensar de dónde diablos habría sacado aquel trozo. Tenía la manía de meterse cosas en los bolsillos de forma inconsciente, así como la de coger pequeños objetos y darles vueltas entre los dedos mientras observaba a la gente. Como resultado, era bastante habitual que llegara a casa con la recaudación de esos insignificantes robos involuntarios en sus bolsillos, y luego se veía obligado a devolver los objetos a través de Tom.

Con aire crítico, éste examinó lo que parecía una pequeña piedra, la olisqueó y decidió que era un trozo de azúcar del Balboa. Para no tirarlo, se lo comió mientras cogía otro objeto de entre un montón de papeles arrugados.

—Vaya, esto es de lord Melton —dijo, sosteniendo un anillo masónico—. Se lo he visto puesto. ¿Ha estado con él hoy?

—No, ayer. —Hizo memoria y se acercó para mirar por encima del hombro de Tom—. Tienes razón, es de Melton. Le pediré a algún lacayo que lo lleve a su casa. Oh, y me quedaré esto. Puedes quemar el resto. —Vio la hoja de periódico que había cogido en la cafetería y la rescató de la pila de papeles y basura.

Cuando desdobló la página, percibió un débil aroma a café y lo asaltó una viva imagen de la cara de Percy Wainwright, sonrojada a causa del café que estaba bebiendo. Se deshizo de la delicada sensación de calidez que le produjo esa imagen y centró su atención en el artículo que hablaba sobre Ffoulkes.

La información esencial que aparecía en él era lo que ya le había contado Hal. La mujer del prominente abogado Melchior Ffoulkes lo halla muerto en su despacho, se cree que se ha suicidado... varios comentarios de personas

que conocían al fallecido, sorpresa y consternación general... en espera de la investigación policial... Pero sólo hacía vagas alusiones a lo que podría haber provocado que el hombre se suicidara, y no había ni rastro de traición o conspiraciones de sodomitas, ni ninguna mención al capitán Bates, por no hablar del otro tipo que había mencionado Hal, ¿Otway? «De momento», pensó Grey con cinismo, mientras se guardaba la página de periódico en el bolsillo.

Sin embargo, ese pensamiento le recordó lo que le había explicado Minnie sobre la visita de la amante del capitán Bates. Suponía que no era imposible: había hombres que disfrutaban de los favores tanto de hombres como de mujeres, pero no era muy común, y las personas que él había conocido con esos gustos acostumbraban a demostrar una indiscriminación sexual que no parecía encajar con la idea de una relación tan formal como la que implicaba la palabra «amante».

Bueno, ¿y qué problema había si en realidad el capitán Bates no se sentía atraído por los hombres? Tal como le había dicho a Hal, las conspiraciones de sodomitas eran el recurso habitual de los periódicos que necesitaban noticias. A la gente le encantaba leer sobre depravaciones, y cuando el público empezaba a perder el interés por los arrestos, los juicios o las ejecuciones...

—¿Necesitará algo más, milord? —La voz de Tom lo alejó de sus pensamientos. Miró hacia arriba y vio al chico con los brazos llenos de ropa sucia y los ojos entrecerrados; era evidente que ya tenía muchas ganas de irse a la cama.

—Oh, no, Tom. Gracias. ¡Bueno!, tal vez una cosa... —Cogió el volumen del diario de su padre de encima de su mesa—. ¿Podrías dejar esto en la estantería, de camino?

—Claro, milord. Buenas noches, milord.

El chico reorganizó su carga con habilidad para poder coger el libro y salió de la habitación.

Grey cerró la puerta cuando lo hizo y estiró los brazos, desperezándose; de repente, sentía un intenso deseo de acostarse. Se agachó para apagar la vela y entonces se quedó quieto.

Maldición, había olvidado que le había prometido a Minnie que intentaría descubrir el paradero del capitán Bates. Reprimió un gruñido, destapó el tintero y se volvió a sentar. Pensó que Harry Quarry sería el mejor situado para ayudarlo a descubrir las circunstancias del capitán. Harry conocía a todo el mundo y Minnie le caía muy bien. Y, además, era un amigo lo bastante íntimo como para que pudiera hablarle abiertamente del asunto sin sutilezas ni miramientos.

«Escríbeme para contarme también tus descubrimientos, si eres tan amable», anotó, y añadió la dirección de Helwater.

Cuando apretaba el sello en forma de media luna sobre la cera para cerrar la carta, se dio cuenta de que el anillo masónico de Hal y el punzón roto seguían sobre su mesa. Cogió el anillo y lo hizo rodar entre las palmas de sus manos perezosamente, intentando pensar si tenía algo más que hacer antes de irse a la cama.

Una momentánea necesidad de escribirle a Percy Wainwright parpadeó en su cerebro, sólo una línea para expresar lo mucho que lamentaba tener que ausentarse, un renovado deseo de verlo cuando volviera... Pero las campanas de la iglesia tocaban la medianoche y su mente estaba tan fatigada que dudó de la capacidad que podía tener en aquel momento para plasmar ese sentimiento sobre el papel de una manera coherente.

Sus manos se relajaron y el anillo masónico rodó por encima de la palma de su mano izquierda, chocando contra su propio anillo, el zafiro de Hector.

Hal compartía su misma manía nerviosa de toquetear cosas mientras hablaba, pero era más dado a ponerse y quitarse los anillos; aquélla no era la primera vez que perdía uno. Grey, al contrario, nunca se los quitaba, excepto para lavarse.

Giró la mano cerrada y el zafiro brilló a la luz de la vela, era de un azul suave y muy puro. El color de los ojos de Hector.

«¿Te importa? —pensó de repente—. ¿Lo de Percy?» Fue un impulso. No esperaba respuesta y no recibió ninguna.

De vez en cuando, deseaba ardientemente tener fe en un Dios misericordioso y en una vida después de la muerte, en la que los muertos resucitaran. Jamie Fraser tenía esa fe, ardía con ella de una forma que

provocaba la curiosidad y la envidia de Grey. Pero él era un hombre racional. Aceptaba la existencia de Dios, pero no creía en la naturaleza de ese ser, y no tenía ninguna sensación de que tuviera un interés personal en él.

Se metió el anillo de Hal en el dedo anular y lo dejó resbalar por encima de su nudillo.

Frunció el cejo y miró el anillo un momento. De repente, lo asaltó la oscura sensación de que algo no encajaba, pero no conseguía averiguar qué era. Entonces cerró la mano de golpe.

Su hermano tenía las manos del mismo tamaño que las suyas. No dejaban de intercambiarse los guantes por error. Hal llevaba el anillo en el dedo anular, por lo tanto, aquél no era su anillo.

Grey se lo quitó y le dio la vuelta para observarlo a la luz de la vela, pero no tenía ninguna inscripción, no había ninguna pista de su propietario. Él no pertenecía a la francmasonería, pero tenía muchos amigos que sí; sabía que aquél era una clase de anillo muy popular.

—¿De dónde diablos te he sacado? —le preguntó al anillo en voz alta.

# **PARTE II**

**Helwater**

## 6. Rotura

**Cada** vez que iba, pensaba que sería diferente. Apartado, sumido en el aburrimiento y el terror intermitente de la vida de soldado, alejado de las sencillas cosas cotidianas, del devenir normal de la humanidad... Era comprensible que en esas circunstancias pensara en Jamie Fraser como en algo extraordinario y que utilizara la imagen de ese hombre como talismán, como referente de sus propias emociones.

Pero ¿estaba seguro de que los efectos disminuirían, desaparecerían por completo cuando lo viera? Fraser era escocés, un jacobita, un prisionero en libertad condicional, un mozo de cuadra, no era la clase de hombre que solía llamar su atención, por no hablar de que no tenía nada que ver con la clase de hombre que despertaba en él un sentimiento especial.

Y, sin embargo, cada vez le ocurría lo mismo. ¿Cómo? ¿Por qué?

Cuando se acercara al camino que conducía a Helwater, empezaría a notarse el corazón palpar en las orejas. Saludaría cordialmente a Dunsany y a su familia y hablaría con amabilidad de esto y de aquello, aceptaría algo para beber, admiraría los vestidos de las mujeres, el último cuadro de lady Dunsany... Todo envuelto en una agonizante e impaciente espera, queriendo, necesitando, ir a los establos, a mirar, a ver.

Y luego lo vería en la distancia, ejercitando a algún caballo, arreglando alguna valla, o se lo encontraría inesperadamente cara a cara al salir de algún establo o al bajar la escalera del lugar donde dormía. Y cada vez que eso ocurría, el corazón de Grey daba un vuelco.

El contorno de su cuello y de su espalda, la sólida curva de sus nalgas y sus muslos, la piel morena de su garganta, el pelo de sus brazos dorado por el sol, incluso las pequeñas imperfecciones, las cicatrices que le estropeaban la

mano, la marca de viruela que tenía en la esquina de la boca, y sus ojos almendrados oscurecidos por la hostilidad y la cautela. Tal vez no fuera tan sorprendente que se excitara físicamente al verlo: aquel hombre poseía una belleza muy peligrosa.

Y, sin embargo, esa sensación de excitación disminuía en cuanto estaba en presencia de Fraser. En ese momento, lo embargaba una gran calma, una extraña sensación de bienestar.

En cuanto se miraba en aquellos ojos, en cuanto ellos lo recibían, entonces ya podía volver a la casa, podía volver a pensar en sus cosas, hablar con otras personas. Era como si estuviera nervioso pensando que el mundo podría haber cambiado durante su ausencia, y luego se tranquilizara al ver que no era así, que Jamie Fraser seguía estando en el centro.

¿Le volvería a ocurrir lo mismo? No debería pasarle esta vez. A fin de cuentas ahora Percy Wainwright estaba en su vida para distraer su atención, para captar su interés. Y, no obstante, le hizo un gesto con la cabeza a Tom e hizo girar a su caballo en dirección al serpenteante camino que conducía a Helwater sintiendo un dolor en el pecho, como si el frío aire pudiera pasar a través de él.

«No me debería ocurrir», se repitió en silencio.

Y sin embargo...

La muerte de su hija había dejado muy demacrado a lord Dunsany. Cuando murió su hijo, durante el Levantamiento, envejeció considerablemente, en su rostro aparecieron un montón de infinitas arrugas que le recorrían la piel como valles esculpidos por las lágrimas que no había derramado. No obstante, cuando ocurrió aquella desgracia, el viejo noble aguantó como una roca, se mantuvo fuerte por su mujer y sus hijas.

Pero ahora... Se levantó para recibir a Grey, y éste se alarmó tanto al ver el estado en que se encontraba, que el sombrero se le cayó al suelo de la biblioteca cuando corrió a abrazar a su amigo. Lo impulsaba más el miedo a que Dunsany pudiera tropezar y caerse, que la cantidad del dolor que



compartía con él.

La peluca del anciano le rozó la mejilla, la notó áspera y sin empolvar. Grey estaba seguro de que antes Dunsany era más alto. Sus brazos seguían siendo firmes; abrazó a Grey con una fuerza desesperada y sintió que un escalofrío subterráneo recorría el seco cuerpo que se apretaba contra él.

—John —susurró Dunsany sorprendiéndole, ya que el vizconde jamás se había dirigido a él utilizando su nombre de pila—. Que Dios me perdone, John. Es culpa mía.

—Tonterías, tonterías —murmuró.

No tenía ni idea de lo que podía estar insinuando Dunsany, pero le dio unos suaves golpecitos en la espalda y percibió el polvoroso aroma de la casaca y la débil acidez de la piel sucia. Levantó la vista con discreción. El mayordomo que le había abierto la puerta estaba a cierta distancia, con el sombrero de Grey entre las manos y la angustia por el estado en que se encontraba su señor reflejada en el rostro.

—¿Un poco de brandy, tal vez?

El mayordomo desapareció con rapidez, a pesar de la débil protesta de Dunsany, que apenas fue audible.

—Ya hemos llegado al mediodía de un día terriblemente frío, húmedo y asqueroso —dijo Grey con firmeza mientras acompañaba a su amigo de nuevo hacia el sillón del que se había levantado.

Se aclaró la garganta, porque las lágrimas que no había derramado por Geneva habían aparecido al ver el lamentable estado en que se hallaba su padre. Parpadeó varias veces y se agachó para coger el atizador.

—¿Y a esto lo llama usted fuego?

—La verdad es que sí. —Dunsany estaba haciendo un valiente esfuerzo por reponerse y se las arregló para esbozar una vacilante sonrisa—. ¿Cómo lo llama usted?

—Desastre absoluto.

Era un fuego pequeño, casi mísero. Junto a la chimenea, había una buena cantidad de madera seca y una cesta llena de turba. Llevado por el impulso, Grey removi6 las brasas con energía y luego echó un par de trozos de turba sobre la creciente llama. El olor de la misma se deslizó por la habitación,

almizclado, oscuro y antiguo. Era el olor de Escocia, y un escalofrío que no tenía nada que ver con el día recorrió el cuerpo de Grey.

—Así está mejor. —Cogió otro sillón, lo acercó a la chimenea y se sentó, frotándose las manos con fingida energía, mientras se preguntaba qué podía decir.

Dunsany le ahorró los problemas.

—Me alegro mucho de que haya venido, John. —Hizo otro amago de sonrisa y esa vez le salió mucho mejor. Casi en contra de sí mismo, estiró sus delicadas manos hacia el fuego—. ¿Ha sido un viaje muy pesado? Esta incesante lluvia...

—En absoluto —contestó Grey, a pesar de que las carreteras estaban completamente cubiertas de barro líquido. Y eso en los lugares donde seguía existiendo carretera.

Debido a ese contratiempo, lo que normalmente hubiera sido un viaje de cuatro días le había llevado casi una semana. En ese momento estaba descalzo, porque había dejado sus botas cubiertas de barro en el vestíbulo, junto a su empapada y asquerosa casaca, pero Dunsany no parecía haberse dado cuenta.

—¿Su mujer está...?

Las débiles señales de vida que habían iluminado las mejillas de Dunsany desaparecieron de repente como la llama de una vela que se apaga.

—Ella es una auténtica roca —dijo lentamente, con los ojos clavados en el fuego que había empezado a arder con la característica llama azul de la turba—. Una roca —repetió con más firmeza—. Su fortaleza nos ha sostenido a todos.

«¿Ah, sí?», pensó Grey. Allí había algo que no encajaba. Lady Dunsany nunca había tardado tanto en salir a saludarlo cuando iba de visita, pero en aquel momento no la veía por ninguna parte. Tampoco era una mujer que se alejara del lado de su marido y, sin embargo, mientras hablaban, empezó a darse cuenta de que la desolada sensación que flotaba en la habitación no se debía sólo a la escasez del fuego. Estaba todo limpio y ordenado, pero su habitual encanto y calidez, derivados sobre todo de las cosas que lady Dunsany dejaba por todas partes, había desaparecido.

—Tengo muchas ganas de presentarle mis respetos —dijo Grey con prudencia.

—Oh, ella estará encantada de... ¡oh! —La comprensión de algo sorprendió al anciano y empezó a intentar levantarse de la silla—. Estoy tan despistado hoy, lord John, discúlpeme. ¡He olvidado pedirle a Hanks que la avise de que está usted aquí!

Apenas había conseguido ponerse en pie, cuando Grey oyó voces en el pasillo y también se levantó. Era evidente que Hanks había decidido actuar por su cuenta. El mayordomo abrió la puerta e hizo una reverencia mientras dejaba que lady Dunsany y su hija Isobel entraran en la biblioteca. Luego las siguió con la bandeja de brandy.

—¡Lord John! ¡Lord John!

La aparición de las mujeres tuvo el mismo efecto que las maniobras que había hecho Grey en la chimenea para reavivar el fuego. De repente, la estancia parecía haber recuperado la calidez, y la gélida, rancia y solitaria guarida de Dunsany se disipó, empujada por una oleada de sentimientos y voces estridentes.

A pesar de estar de luto, las mujeres trajeron consigo una sensación de movimiento y animación, como si fueran una pequeña bandada de estorninos.

Isobel estaba llorando, pero Grey pensó que aquel llanto era más producto de la gratitud por su presencia que del dolor. Se apoyó sobre el pecho de él, que la rodeó suavemente con los brazos, sintiéndose complacido de poder proporcionarles el más sencillo de los consuelos. Temía no tener mucho más que ofrecer a los padres de Geneva.

Lady Dunsany le daba unos golpecitos en el brazo y sonreía en señal de bienvenida, a pesar de que se la veía pálida e inexpresiva. Grey en seguida apreció el dolor que escondían sus ojos y, llevado por un impulso, alargó el brazo y la abrazó a ella también.

—Queridas —les murmuró a las dos—. Lo siento tanto...

Grey era terriblemente consciente, igual que debían de serlo ellos, de la triste disminución de la pequeña familia. De repente, lo asaltaron los recuerdos de pasadas reuniones. Cuando Gordon y Geneva estaban entre ellos, sus amigos llenaban la casa y sus visitas eran ocasiones llenas de placer

e incesantes charlas y risas.

Hanks se había tomado la libertad de servir el brandy y había conseguido poner una copa en la mano de lord Dunsany con gentil insistencia. El anciano estaba de pie y miraba la copa sin dejar de parpadear, como si nunca hubiera visto una cosa igual en su vida. No miraba ni a su mujer ni a su hija.

En medio del tumulto, Grey se dio cuenta de que la descripción que lord Dunsany había hecho de su mujer no estaba nublada por la admiración ni por la metáfora: se había limitado a describir un hecho físico. Lady Dunsany era una roca. Aceptó su abrazo, pero no cedió a él.

—¿Entiendo que tiene usted un nieto, no es así lady Dunsany? —dijo Grey, apartándose un poco para poder mirarla—. Espero que el niño esté bien.

—Oh, sí. —Le temblaron un poco los labios, pero consiguió sonreír—. Es un niño muy sano. Es una... alegría.

Grey percibió la breve vacilación. Tenía los ojos secos y no miró a su marido, y eso que él era incapaz de recordar ni una sola vez en que el bienestar de lord Dunsany no fuera la principal preocupación de su mujer. Sí, allí había algo que no iba bien, algo que iba más allá de la muerte de Geneva.

«Todo es culpa mía», le había dicho lord Dunsany.

Grey empezó a entender el papel que le tocaba desempeñar. Él era neutral, estaba en tierra de nadie. O en la de todos.

Isobel no bajó a tomar el té.

—La pobre está destrozada —dijo lady Dunsany con un temblor en los labios—. Estaba tan unida a su hermana, y las circunstancias... Hacía muy mal tiempo y llegamos demasiado tarde. Se quedó muy afectada. Pero seguro que su compañía la ayuda mucho; es muy bueno que haya venido. —Se esforzó por sonreírle, pero no lo consiguió—. Estoy segura de que cuando se haya celebrado el funeral... —Se le apagó la voz y bajó la vista, como si pensar en el funeral la oprimiera físicamente.

A medida que avanzaba la tarde, Grey empezó a tener una extraña

sensación. Los Dunsany siempre habían sido una familia unida y afectuosa, y no estaba sorprendido de que estuvieran tan profundamente afectados por la muerte de Geneva. Ya les había visto pasar por aquel dolor una vez, cuando murió Gordon. Pero en aquella ocasión compartieron su pena, los miembros de la familia se unieron y se apoyaron unos a otros.

Ahora no era así. Estaba sentado entre su anfitrión y su anfitriona, ante la mesa del té, igual que podría haber estado sentado en el ecuador, entre dos polos helados de hielo y nieve. Ambos ancianos le hablaban con amabilidad y cortesía, pero al observar la situación con detenimiento, Grey pensó que la contención entre los dos estaba compuesta de una silenciosa acusación por parte de ella y un claro sentimiento de culpa por parte de él. Pero ¿por qué?

De repente, pensó que tenía frío desde que había llegado. En la chimenea ardía un buen fuego, había té caliente, café, pan tostado... pero la frialdad del día, de la casa y de la compañía le calaba hasta los huesos.

—¡Oh! —exclamó de pronto lady Dunsany como si se hubiera sentado sobre un alfiler—. Me olvidaba, lord John. Hay una carta para usted. Ha llegado esta mañana.

—¿Una carta? —Grey estaba muy sorprendido. Nadie salvo su familia sabía que había ido a Helwater. ¿Qué contratiempo les habría empujado a escribirle con tanta urgencia? El mensajero debía de haberlo adelantado en la carretera.

Su cabeza se llenó de pensamientos sobre Hal, la página del diario y la conspiración. Pero ¿qué podía haber pasado que no pudiera esperar a su regreso? Cogió el papel doblado de entre las manos de lady Dunsany esperando ver la impaciente escritura de Hal o los descuidados garabatos de su madre, no había ni un solo miembro de su familia que escribiera con un poco de gracia, pero aquella letra no le resultaba nada familiar y era redonda y clara.

El sello era sencillo. Lo rompió frunciendo el cejo y entonces sintió una extraordinaria calidez que lo recorrió de pies a cabeza, llegando incluso a los helados dedos de sus pies.

No había ningún saludo. La nota era breve:

*Me hubiera gustado mandarle un soneto, pero no soy poeta, y no quiero tomar prestadas las palabras de nadie, ni siquiera los versos de su amigo el semigenio, por muy llenas de sentimiento que estén.*

*Reciba mis mejores deseos para su viaje de compasión. Espero que lo realice rápido y que consiga recorrer el camino de vuelta a casa en menos tiempo todavía.*

*No puedo dejar de pensar en usted.*

Se quedó mirando el papel completamente estupefacto y sólo volvió a la realidad cuando lord Dunsany se agachó, rugiendo ligeramente para coger algo que se había caído en la alfombra, junto a los pies.

—¿Qué es esto?

Levantó lo que tenía entre los dedos y una ligera sonrisa suavizó la rigidez de su rostro contraído por el dolor. Era una pregunta retórica, ya que era más que evidente que lo que tenía en la mano era un corto rizo de pelo oscuro atado con un hilo rojo.

—Ha caído cuando ha abierto usted la carta —explicó, dándoselo a Grey y mirándolo con cara de pillo—. No sabía que tuviese usted novia, lord John.

—¿Una novia? —Lady Dunsany lo miró con más interés y se inclinó para mirar el rizo que tenía en la mano con más detenimiento—. Una mujer morena, por lo que se puede ver. No será esa tal señorita Pendragon sobre la que escribió su madre, ¿verdad?

—Creo que eso es muy improbable —le aseguró él reprimiendo un pequeño escalofrío al pensar en Elizabeth Pendragon, una heredera galesa de voz estridente y pies enormes—. Sin embargo, me temo que yo comparto su ignorancia, ya que la carta no está firmada.

Le mostró el papel rápidamente sin darle tiempo a leer ni una sola palabra y luego se volvió a meter la carta en el bolsillo.

Lady Dunsany parecía estar divirtiéndose mucho.

—¡Se está ruborizando, lord John!

Y así era, ¡maldición!

Grey rechazó la oferta del mayordomo, que se ofreció a acompañarlo a su habitación después de tomar el té. Conocía muy bien aquella casa. No obstante, su recorrido lo obligó a pasar por delante de la habitación infantil y se sorprendió al ver que la puerta estaba abierta. De la habitación salía una fuerte corriente de aire que azotaba las cortinas de la ventana del otro lado del pasillo.

Miró dentro y, al principio, creyó que estaba vacía. La puerta que daba a una habitación interior, sin duda la estancia donde dormían el niño y su niñera, estaba cerrada. La habitación de fuera seguía revelando la función de escuela que había tenido para los niños de la familia Dunsany. Contra una de las paredes había una larga y vieja mesa, contra la otra, reposaba una estantería llena de raídos y adorados libros y, al lado, colgados detrás de la puerta y agitados por el viento, se podían ver varios mapas del mundo, de Inglaterra, y de sus colonias; todos descoloridos. La ventana que había en el extremo más alejado de la habitación estaba abierta. El viento hinchaba las cortinas blancas y Grey se apresuró a cerrarla.

Una ráfaga hizo volar la tela un instante y pudo ver la delgada figura que se alzaba junto a la ventana. Su pelo y su falda también aleteaban azotadas por el viento.

—¡Isobel! —Grey sintió un ataque momentáneo de pánico azuzado por la idea de que ella quisiera tirarse y la estiró del brazo con tanta fuerza que ella gritó.

»Isobel —dijo con más suavidad—. Apártate. ¡Podrías enfermarse y morir!

—Eso es lo que quiero —contestó, con la voz apagada y negándose a mirarlo mientras dejaba que Grey la arrastrara hacia el interior de la habitación. Tenía la ropa húmeda a causa de la lluvia, el pelo se le había pegado a la cara y tenía la piel muy fría.

Grey miró la chimenea, pero el fuego no estaba encendido. Sin decir nada se quitó la casaca y se la puso a ella sobre los hombros.

—Lo siento mucho, querida —dijo en voz baja y alargó el brazo para cerrar la ventana. El viento dejó de soplar y las cortinas cayeron inertes sobre

los cristales, medio empapadas.

Isobel se quedó allí, completamente inmóvil. Era una figura pequeña y empapada, parecía un ratoncito al que hubiesen rescatado de las garras de un gato. Tal vez demasiado tarde. Grey le tocó el hombro.

—Deja que te acompañe abajo —le ofreció—. Deberías tomar algo caliente y ponerte ropa seca... —Pensó que necesitaba a su madre. Pero era evidente que había decidido esconder allí su dolor para no angustiar aún más a sus padres.

Ella levantó la cabeza de repente; su rostro era una mueca de perpleja consternación.

—Mi hermana ha muerto —se lamentó con un hilo de voz—. ¿Cómo conseguiré vivir?

Grey la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí mientras emitía la clase de sonidos tranquilizadores que se dedica a los perros heridos o a los caballos asustados. En realidad, ella también emitía sonidos muy parecidos a los que hacen los animales cuando están heridos o enfermos: leves gemidos de dolor y, de vez en cuando, un desgarrador suspiro. Si hubiera sido un caballo, Grey habría podido ver el dolor recorriéndole las ijadas. Lo sentía recorriendo su cuerpo en oleadas que chocaban contra él.

Isobel no se parecía en nada a Geneva. Era pequeña y ligeramente redondeada, rubia, como su madre; Geneva en cambio se parecía a lord Dunsany, era alta y esbelta y tenía una espesa cabellera castaña. La cabeza de Isobel encajaba perfectamente bajo la barbilla de Grey.

—Mejorará —le susurró—. Será soportable. El dolor no desaparece nunca, pero será más soportable. Te lo prometo.

Ella se echó hacia atrás, alejándose de sus manos con el rostro contraído.

—Pero ¿qué voy a hacer ahora? ¿Cómo viviré hasta que sea así? —Se atragantó, se secó la nariz con la manga y lo miró con ferocidad en los ojos—. ¿Cómo podré hacerlo? ¿Qué puedo hacer?

Grey vaciló. Estaba desesperado por poder decirle algo útil, pero sabía que no había nada que decir.

—Yo... yo solía romper cosas —sugirió con aire tentador—. Cuando murió mi padre. Me ayudaba un poco.



Isobel parpadeó, estremeciéndose y temblando, y soltó una pequeña risita histérica que sofocó instantáneamente tapándose la boca con la mano. La retiró con lentitud.

—Oh, tengo muchas ganas de romper algo —susurró—. Por favor, por favor. —Aquellos ojos azules, rodeados de pestañas salpicadas de lágrimas, le imploraban que encontrara algo que sirviera.

Nervioso, Grey miró alrededor de la habitación escolar en busca de algo que se pudiera romper y que fuera barato. No podía darle ni el aguamanil ni el lebrillo, el candelero era de estaño... A falta de algo mejor, cogió un candelero de arcilla y lo utilizó para encender la vela que había en la palmatoria. Hubiera apagado la mecha, pero ella le quitó la pequeña vasija de arcilla de las manos antes de que pudiera hacerlo, abrió la ventana y la lanzó con todas sus fuerzas a la oscuridad.

Grey se asomó a la ventana junto a ella y vio cómo se estrellaba contra las tejas de pizarra, provocando una satisfactoria explosión de fragmentos. Se derramó un poco de aceite en el suelo y ardió unos segundos, fue una pequeña lengua de llamas azules que ondeó por un momento bajo la ventosa lluvia y luego desapareció.

La luz más intensa, que procedía de la nueva vela de la palmatoria, le mostró la cara de Isobel. Tenía la clara piel enrojecida, los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta en señal de alivio. Se tambaleó, le fallaron las rodillas y él consiguió cogerla del brazo; la alejó de la ventana.

—Gracias —dijo, e inspiró con fuerza al tiempo que se estremecía—. Me siento mejor. Un poco. Pero no puedo pasarme el día rompiendo cosas, ¿verdad?

Intentó encontrar la inspiración y por fin dio con algo que podía servir.

—Tu padre tiene un par de buenos mosquetones. Tom Byrd y yo saldremos mañana contigo y te enseñaré a disparar contra platos de arcilla. Se rompen muy bien.

Ella se secó la nariz con la mano, igual que una niña pequeña. Él se sacó un pañuelo de la manga y se lo ofreció.

—Mañana no —dijo y se sonó la nariz—. Mañana es el fufuneral. —Cerró los ojos un momento y pareció balancearse—. Creo... creo que si

puedo superar eso, entonces tal vez... —Dejó de hablar, como si de repente le costara mucho esfuerzo continuar.

—Mejorará —le aseguró él con firmeza—. «Tiene que mejorar —pensó—. Si no, ninguno de ellos sobrevivirá.»

Isobel acabó permitiéndole que la acompañara a su habitación, donde una asustada doncella la recibió. Él prosiguió luego hacia su dormitorio, esperando que su sentido del deber le permitiera mandar una nota a la familia diciendo que estaba indispuesto y pudiera cenar allí solo.

Ni siquiera Tom Byrd pudo aliviar la sensación de aprensión que lo atenazaba. Como siempre, su ordenanza resultó una fuente de inquietante información, obtenida durante el rato que había pasado tomando el té con los demás sirvientes.

—No me sorprende oír eso —dijo, cuando Grey le resumió la reacción que había tenido Isobel tras la muerte de su hermana—. Lady Ellesmere estaba casi muerta cuando llegaron y la señora Elspeth dice que la cama estaba empapada de sangre. La alfombra también. Dice que al andar sobre ella hasta se le mancharon los zapatos.

Grey reprimió un pequeño escalofrío al pensarlo.

—Los tapices también estaban cubiertos de sangre, como si fuera una carnicería —continuó Tom. Estaba completamente decidido a facilitarle un informe completo—. También dijo...

—¿Quién es la señora Elspeth? —lo interrumpió Grey, que no tenía ganas de oír más detalles escabrosos—. ¿Estaba allí cuando ocurrió?

—Sí, milord. Es la vieja niñera de lady Ellesmere y de la señorita Isobel. Se fue con lady Ellesmere cuando se casó, pero cuando murió, volvió aquí para cuidar del pequeño. Muy buena mujer.

Tom se puso delante del armario y sopesó las posibilidades.

—¿Va a llevar usted el féretro de la condesa, milord?

—Sí. El traje de color gris oscuro servirá, ¿no te parece? El de terciopelo negro me parece demasiado dramático.

—Oh, no, milord. —Tom negó con la cabeza con decisión—. En Londres tal vez sí, pero estamos en el campo. Esperarán que vaya usted de negro, y cuanto más dramático, mejor.

Grey sonrió brevemente.

—Supongo que tienes razón. Te has convertido en un experto ayuda de cámara, Tom.

Éste asintió con total naturalidad ante el cumplido.

—Así es, milord. Aunque, en realidad, podría usted vestirse de seda roja y ponerse un diamante en la nariz, como el conde de Sandwich. Ni siquiera eso impediría que la gente siguiera hablando de este funeral durante meses.

Grey advirtió el pequeño énfasis que Tom puso en la palabra «este» y lo miró con intensidad.

—¿Lo dices por la trágica naturaleza de la muerte de la condesa?

—Sí, por eso. Pero más bien por la muerte del conde. ¿Sabía usted, milord, que la gente dice que... se suicidó? —Tom lo dijo con mucha delicadeza y evitó mirarlo a los ojos, lo que dejó entrever a Grey lo bien que habrían informado al chico los sirvientes de la casa de la calle Jermyn sobre el escándalo de su familia. Se preguntó cuánto tiempo haría que su asistente sabía lo que había sucedido.

—No lo sabía, no. —Así que eso era lo que se escondía tras la agitación de los Dunsany—. ¿Lo sabe todo el mundo? Me refiero al público en general, no sólo a los sirvientes de la casa.

—¡Oh, sí, señor! Jack, el lacayo, dice que la apuesta es de cinco contra tres a que el vicario se negará a aceptarlo cuando entren el cuerpo en la iglesia. No permitirá que lo entierren en suelo sagrado, ¿verdad?

—El vicario... pero ¿es que van a enterrar al conde mañana también? — Grey se asombró momentáneamente. No podía entender que se le hubiera pasado por alto la muerte del hombre. O tal vez sí podía. Nadie había hablado del difunto conde o de su inoportuno y fortuito fallecimiento. Sólo se hablaba de Geneva; ni una sola persona en la casa de los Dunsany había mencionado al marido de la joven o su funeral, y él había supuesto que ya se habría celebrado.

—Sí, milord. —Tom parecía encantado de ser portador de tan

interesantes noticias—. El viejo conde no tenía parientes y lord Dunsany quería celebrar un funeral discreto para él y enterrarlo bajo la capilla, en Ellesmere, pero lady Dunsany se negó. Ella dijo —bajó la voz de un modo portentoso— que eso sería muy sospechoso.

—Estoy convencido de que lady Dunsany jamás ha dicho nada parecido, pero entiendo lo que quieres decir, Tom. ¿Y entonces?

—Y entonces ella se salió con la suya. Ya sabe que las mujeres suelen salirse siempre con la suya —le informó Tom—. Tenga cuidado con lady Joffrey, milord. Ha puesto los ojos en...

—Sí, ya lo sé. Entonces, ¿lady Dunsany quiere enterrar al conde junto a su mujer?

Celebrar descaradamente un lujoso funeral público y desafiar a cualquiera a afirmar que la muerte del conde no fue un accidente. Él podía garantizarle que no era una mala idea. Por supuesto, eso daría más que hablar en los días inmediatos, pero si conseguían que el vicario enterrara al conde en suelo sagrado, acabaría con los rumores de suicidio, y al final todo el mundo terminaría diciendo que fue una muerte natural y el escándalo no perseguiría a su nieto.

Grey sabía que el juez de instrucción había llegado a un veredicto de accidente. Éste estaba inclinado a simpatizar con los Dunsany, que eran muy populares en aquel distrito. Pero si el vicario decidía montar un escándalo... Ahora entendía que en la familia estuvieran tan alterados.

—Sí, milord. Según el señor Hanks, han estado hablando mucho sobre el tema y no se han decidido hasta esta mañana. Pero el vicario lo debe de saber. Habrán tenido que avisarle ya si quieren que celebre el funeral.

Sí, y no había duda de que el vicario tendría remordimientos durante toda la noche si albergaba dudas sobre el asunto.

Tom vacilaba. Era evidente que quería preguntarle algo, pero no sabía cómo se lo tomaría. Grey arqueó una ceja invitándolo a hablar.

—La gente dice... ¿es verdad, milord, que si un noble se suicida la Corona le puede requisar las propiedades?

A Grey se le encogió el estómago, pero le respondió con mucha tranquilidad. Ése era justo el motivo de que el juez hubiera declarado que la

muerte del conde había sido accidental.

—Sí. El suicidio no sólo es un crimen contra Dios, sino también contra el Estado. Pero no siempre tiene esas consecuencias. El rey puede decidir no confiscar las propiedades, o... se puede declarar que cuando la víctima se suicidó estaba trastornada, lo cual la liberaría de la responsabilidad del crimen. —Inspiró hondo y se dio la vuelta para mirar a su sirviente a los ojos —. Eso es lo que se dijo de mi padre, que estaba loco.

Tom lo miró fijamente, del todo inexpresivo, pero con tal compasión en los ojos que Grey se vio obligado a darse la vuelta de nuevo, fingiendo rebuscar algo en las alforjas que le habían llevado a la habitación.

—Lo siento mucho, milord —dijo el chico al fin en un tono de voz tan bajo que Grey pudo fingir que no lo había oído.

Metió la mano en una de las alforjas, palpó al azar los objetos que había en su interior y cerró el puño alrededor de algo duro. Le daba igual lo que fuera. Cerró los ojos y lo apretó con toda la fuerza que pudo hasta que le crujieron los nudillos.

—Gracias —dijo él también en voz baja.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba solo.

## 7. Penitencia

No podía dormir. Cuando se despidió de Dunsany ya era muy tarde. El anciano había alcanzado un estado de profunda insensibilidad tras tomarse una licorera llena de burdeos después de cenar. Grey había cedido el cuidado del vizconde al ayuda de cámara de éste, que se había ocupado de levantarlo del sillón y de acompañarlo a su cama mientras el anciano arrastraba los pies y murmuraba incoherencias. Luego, Grey se fue en busca de su propia cama con la sensación de que aquel día había durado varios años; necesitaba con urgencia una noche de sueño reparador.

No obstante, el obstinado descanso se negaba a llegar. La malvada hada del insomnio decidió aposentarse a los pies de su cama y no dejaba de recordárselo todo, desde cada uno de los detalles de la descripción que le había facilitado Tom sobre la muerte de Geneva, hasta los embriagados reproches del padre de la pobre chica, que se culpaba repetidamente de todo, desde haber concertado su boda, hasta haberle concedido demasiada libertad a su hija.

La habitación de Grey era la misma que le daban siempre. La llamaban la habitación azul, porque el papel de seda que cubría las paredes representaba escenas de la vida holandesa, imágenes impresas en azul de Delft sobre un fondo color crema. Tenía un aspecto varonil, estaba lujosamente amueblada, el fuego de la chimenea era generoso y era una de las estancias más cómodas de toda la casa. Y, sin embargo, seguía teniendo frío y estaba intranquilo, porque se sentía raro en el entorno.

Estaba exhausto, pero a pesar del vino que había tomado y de lo tarde que era, era incapaz de relajarse en aquel cómodo lecho de plumas. Tom le había dejado una jarra de leche caliente sobre la mesa, envuelta en una toalla.

Sonrió un poco al pensarlo y se conmovió ante la gran consideración de Tom, pero hacía veinte años que no bebía leche caliente y no estaba tan desesperado como para empezar entonces.

Se volvió a acostar de nuevo, pensando que tal vez al hacerlo podría empezar a relajarse gradualmente, pero no apagó la vela. Durante un rato, estuvo observando cómo el brillo del fuego se reflejaba en las escenas del papel pintado de la pared. ¿Cuántas veces habría contemplado aquellos dibujos azules? Grey empezó a visitar Helwater con regularidad cuando entró en el ejército, y Gordon, el hijo de los Dunsany, lo invitó a su casa por primera vez. El joven fue asesinado durante el Levantamiento jacobita, y la familia, destrozada por el dolor, acogió a Grey como a una especie de hijo adoptivo. Ahora también habían perdido a una hija.

¿Cuántos años debía de tener Geneva la primera vez que él fue a aquella casa? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—¿Ves ese dibujo? —susurró como si le hablara a un compañero invisible—. ¿Ese en el que sale un barco de vela? Es mi favorito. Me imagino navegando por los canales holandeses y viendo cómo giran los molinos de viento.

—¿Qué es un molino de viento, señor? —El susurro se oía sólo en su cabeza, pero estiró el brazo y, en su memoria, rodeó los hombros de una niña pequeña que se había colado en su habitación en plena noche, asustada por una pesadilla.

—Es un enorme molino, algo parecido al molino que hay junto al río. El que tiene esa enorme rueda de palas. Pero los molinos de viento no tienen ninguna rueda de palas para que el agua la haga girar. En vez de eso, tienen unas enormes velas, cuatro, como brazos, encima del molino. El viento las hace girar y así es como se muele el maíz. Hay uno en la pared, ¿lo ves?

Pero no obtuvo respuesta; sólo oyó el silencioso susurro de la ardiente turba. Dejó caer el brazo y alisó el cubrecama suavemente con la mano, como si fuera el sedoso pelo despeinado de una niña que necesitaba que alguien se lo volviera a meter en su gorro de dormir.

Se quedó un rato perdido en los recuerdos, mirando las ondeantes formas azules de la pared. Poco a poco, se dio cuenta de que seguía acariciando el

cubrecaja, pero que la imagen que tenía en la cabeza ya no era la del pelo de una niña. Seguía siendo cabello suave, pero mucho más grueso. Rizos elásticos. Oscuros. Y una imaginaria sensación de calidez procedente de la piel que había debajo de ellos.

—Jesús —dijo, al tiempo que cerraba el puño.

Se levantó de la cama y abrió el armario. Tanteó la ropa, buscando en la oscuridad el bolsillo de su casaca, no sintió el crujido del papel y apretó la tela, de repente alarmado antes de ver la carta. Estaba pulcramente doblada junto a sus cepillos del pelo, que reposaban sobre la estantería donde los había dejado Tom.

La cogió con el corazón acelerado e inclinó el papel. El mechón de pelo cayó sobre su mano. Un único rizo oscuro atado con un hilo rojo.

«No puedo dejar de pensar en usted.»

Abrió la carta y releyó aquella línea sólo por el placer de volver a ver las letras escritas. Las observó durante un momento, luego dobló cuidadosamente el papel y lo dejó de nuevo en su sitio.

A decir verdad, aquellas palabras le provocaban más intranquilidad que placer. No esperaba que los pensamientos sobre Percy lo siguieran hasta Helwater y no estaba seguro de sus sentimientos. En realidad, esperaba que éstos le hicieran comprender que había algo entre ellos, pero no tenía ni idea de qué era ni de qué podría llegar a ser. Sin embargo, si tenía que pasar algo se imaginaba que sería en Londres. Aquél era otro mundo; allí, Grey tenía la sensación de ser una persona completamente diferente.

Por otra parte, lo que sí sabía muy bien era la clase de sentimientos que tenía por Jamie Fraser. Y estar en Helwater, a menos de un kilómetro de su presencia física, era más que suficiente para intranquilizarlo. De repente, tuvo la irracional sensación de que sentir tanto placer por la nota de Percy era una forma de traición, pero ¿de qué exactamente, por el amor de Dios?

Empujado por un impulso, descorrió las pesadas cortinas de terciopelo azul que cubrían la ventana. Era una noche nublada y seguía cayendo una espesa lluvia, pero el cielo tenía un tenue brillo plomizo, resplandecía gracias a la difusa luz de una luna escondida. Desde allí podía ver la oscura silueta del techo del establo a través de los pequeños ríos de lluvia que se deslizaban



por el cristal de la ventana.

—Diablos —dijo suavemente.

Se apartó con brusquedad de la ventana y empezó a pasear por la habitación cogiendo objetos al azar y dejándolos de nuevo en su sitio instantes después. Intentó de nuevo recuperar el hilo de sus pensamientos, o dejar de pensar por completo para convencer a su mente de que debía dormir, pero sus esfuerzos fueron inútiles. James Fraser permanecía en el centro de su mente. Grey lo había visto una sola vez desde que había llegado, cuando el joven se llevó su caballo al establo, pero no había tenido la oportunidad de hablar con él.

«Por el amor de Dios, John, ten cuidado.»

Las palabras de su madre resonaron repentinamente en su oído y él sacudió la cabeza, como si quisiera asustar a algún molesto mosquito.

¿Qué habría querido decir su madre con eso? Era evidente que se refería a Fraser. Había sido la mención del hombre y sus conexiones jacobitas lo que la había asustado; sí, se había asustado. ¿Por qué? ¿Qué diablos pensaba que le podría preguntar a Fraser? ¿O qué le podía contar éste?

Algo relacionado con la muerte de su padre. Las palabras brotaron con frialdad de los oscuros confines de su mente. Las alejó. Su padre llevaba muerto casi diecisiete años. Grey pensaba en él de vez en cuando, pero nunca pensaba en su muerte. Y no tenía ninguna intención de empezar a hacerlo en aquel momento.

Sin embargo, esos pensamientos le volvieron a recordar a Geneva. ¿Dónde estaba ella esa noche? No en el sentido espiritual; en ése, tenía la vaga esperanza de que estuviera en el cielo, aunque no tenía una idea concreta de ese lugar. Pero ¿y en el plano físico?

El funeral se celebraría al día siguiente. Su cuerpo... Observó con incomodidad la negra noche que se extendía al otro lado de su ventana como si Geneva pudiera estar flotando allí, mirándolo con su pálido rostro, con su castaña melena pegada a la cabeza a causa de la lluvia.

Cerró las cortinas con firmeza. Estaría en su ataúd, preparada para la procesión hasta la iglesia de la mañana siguiente. ¿Estaría en algún lugar de la casa? Estaba seguro de que no la habrían dejado en una porqueriza o en

algún sombrío cobertizo de los alrededores.

«En la capilla.» Claro. El pensamiento lo asaltó de repente. Grey nunca había estado en la capilla de Helwater. Databa de un siglo mucho más antiguo, de cuando los vizcondes de Wastwater eran católicos, y hacía muchos años que no se utilizaba. Pero sabía muy bien dónde estaba. Había sido precisamente Geneva quien le había enseñado dónde se encontraba, señalándole con despreocupación el pequeño edificio de piedra pegado al ala oeste de la casa.

—Ésa es la vieja capilla —había dicho ella—. ¿Sabías que tenemos un fantasma allí?

—Bueno, eso espero —replicó él en broma—. Todas las familias respetables tienen por lo menos uno, ¿verdad?

Ella lo miró extrañada un momento, pero luego se rió.

—El nuestro es un monje, un joven que se arrodilla y reza todas las noches en la capilla. ¿Qué clase de fantasma hay en tu familia, John?

—Oh, creo que nosotros no somos lo suficientemente respetables como para tener nuestro propio fantasma —aseguró él con seriedad—. Sólo tenemos los clásicos trapos sucios.

Ese comentario hizo que ella se riera a carcajadas. Grey sonrió al pensar lo poco que se imaginaba Geneva la gran verdad que escondían esas palabras. Su sonrisa se desvaneció cuando se dio cuenta de que ya nunca la volvería a oír reír.

De repente, sintió su ausencia profundamente. Había estado tan ocupado con el dolor de la familia, que había sentido la pérdida sólo como algo que les concernía a ellos, algo terrible, pero que estaba experimentando a una distancia segura. Ahora, en la profunda soledad de la noche, empezaba a percibirla también como una pérdida personal. Se quedó de pie un momento, sintiendo un repentino dolor, y se dio cuenta de que se le rompía un poco el alma.

Incapaz de aguantar aquello durante más tiempo, se acercó con decisión al armario, cogió su capa, se la echó por encima de los hombros, metió los pies en unas zapatillas de fieltro y salió al pasillo, cerrando la puerta de su habitación con suavidad. Por lo menos, quería poder despedirse de ella en

privado.

Entrar en un lugar que sólo había visto por fuera era todo un desafío. Helwater, como muchas casas antiguas, había sido construida por partes a medida que las finanzas de los sucesivos vizcondes lo iban permitiendo. Por eso era un lugar tan grande. Lady Dunsany le había dicho en una ocasión que en invierno cerraban toda el ala este.

Sin embargo, él tenía muy buen sentido de la orientación, y sabía que la capilla estaba en la esquina nordeste de la casa. Se adentró por los serpenteantes pasillos siguiendo la misma técnica que utilizaría para entrar en un laberinto. Llevaba la cuenta mental de los giros que iba haciendo, para poder encontrar el camino de vuelta, y se dio cuenta de que ese ejercicio lo ayudaba a mantener sus emociones a raya, aunque sólo fuera por un momento.

La lluvia no había dejado de caer en todo el día, con aquella lúgubre cadencia invernal que oscurece el espíritu a medida que va empapando la tierra. Luego se había levantado un poco de viento y el agua golpeaba las ventanas cerradas en irregulares embestidas, marcando el viaje de Grey por los oscuros pasadizos. Había cogido una vela de su habitación para poder iluminarse un poco el camino. Algo se movió entre las sombras y él se quedó inmóvil.

Unos ojos verdes brillaron un instante y desaparecieron cuando el gato, sólo era un gato, pasó entre sus pies y se desvaneció, tan silencioso como el humo. ¿Era el gato de Geneva? Grey sabía que tenía una gatita. ¿No se la habría llevado a Ellesmere? Tal vez su madre se había traído también al gato. Tal vez... Tal vez estuviera intentando ocupar su mente con pensamientos banales para no tener que pensar en su amiga muerta, incluso a pesar de estar acercándose a su ataúd.

Con el corazón acelerado, se preguntó qué estaba haciendo, pero ya había llegado demasiado lejos. Si decidía volver atrás parecería que la estaba abandonando. Cerró los ojos un instante y recuperó el mapa mental de la casa, luego los volvió a abrir y echó a andar de nuevo con decisión.

Varios giros más lo condujeron a lo que parecía una de las paredes exteriores de la casa. El muro estaba coronado por un dintel en forma de arco,

hecho con piedras color miel.

Era evidente que estaba ante la entrada de la capilla, pues en el arco había grabadas algunas figuras de santos y ángeles. Habían escapado a la mutilación de los vándalos de Cromwell del último siglo. Distinguió la silueta del que debía de ser el arcángel Miguel en el centro del arco, empuñando una flamante espada en el aire. Debajo de él, Adán y Eva se escondían bajo rudimentarias hojas de parra, y Eva tenía las manos cruzadas con modestia sobre sus generosos pechos. A fin de cuentas, ellos no eran santos. En el otro extremo del arco, una serpiente colgaba en forma de tirabuzón entre las ramas de un manzano; parecía muy divertida.

«El bienaventurado Miguel nos defenderá.» Las palabras se perfilaron en su mente de repente, a pesar de que él no era católico, ni siquiera religioso. Pero era un dicho muy común entre los presos escoceses de Ardsuir. Grey lo había oído decir en gaélico muchas veces y había acabado preguntándole a Fraser por su significado una noche que cenaron juntos.

Estaba convencido de que había encontrado el lugar correcto. Una pequeña lámpara de aceite ardía en el pasadizo, dando relieve a la imagen del arcángel; las ondas de la luz de la vela eran visibles a través de la grieta entre las puertas de madera de debajo del arco. Vaciló un momento y se volvió a preguntar qué estaba haciendo allí, pero luego se encogió de hombros y murmuró:

—El bienaventurado Miguel nos defenderá. —Y pasó por debajo del arco.

La capilla era muy pequeña y estaba oscura, salvo por las altas velas blancas que ardían en la cabeza y los pies del ataúd. Éste estaba forrado de seda blanca y brillaba como el agua.

Cuando dio un paso hacia adelante, una enorme figura se movió a sus pies, rodeada por la profunda oscuridad.

—¡Jesús!

Soltó la vela y se llevó la mano al cinturón, donde, recordó, no se había metido la daga.

La oscura figura fue apareciendo inmensa, muy lentamente, levantándose del suelo de piedra de la capilla.

A Grey se le erizó el vello y empezó a notar los latidos de su corazón en los oídos mientras el reconocimiento de la figura intentaba, en vano, superar la sorpresa inicial. La vela se había apagado y sólo podía distinguir la oscura silueta del hombre rodeada por el halo del fuego de las velas que tenía detrás.

Tragó con fuerza intentando calmar los latidos de su corazón y procuró utilizar palabras que no fueran muy blasfemas.

—Por Dios santo —consiguió decir finalmente—, ¿qué diablos está usted haciendo aquí?

—Rezar —contestó una suave voz escocesa. Sin embargo, su suavidad no enmascaraba la sorpresa y tampoco un evidente enfado—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—¿Rezar? —repitió Grey con incredulidad—. ¿Tumbado en el suelo?

No podía ver la cara de Fraser, pero oyó el silbido del aire que escapó de entre sus dientes. Estaban lo suficientemente cerca el uno del otro como para que pudiera sentir el frío que emanaba del cuerpo del escocés, como si estuviera esculpido en hielo. Dios, ¿cuánto tiempo habría estado tendido sobre las gélidas losas? ¿Y por qué? Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que Fraser no llevaba más que su camisa de dormir; su largo cuerpo era una gran sombra y la tenue luz de la vela brillaba a través de la gastada tela.

—Es una costumbre católica —contestó el hombre con un tono de voz tan envarado como la postura de su cuerpo—. En señal de respeto.

—¿Ah, sí? —La sorpresa de su encuentro estaba desapareciendo y a Grey le costaba menos hablar—. Discúlpeme, señor Fraser si encuentro esa práctica un tanto peculiar, así como su presencia aquí. —Ahora era él quien se estaba enfadando. No podía evitar sentirse absurdamente incómodo, aunque la lógica le decía que el escocés se había levantado de la forma en que lo había hecho para evitar que él lo pisara y no con la intención de cogerlo desprevenido.

—Comandante, a mí no me importa lo que usted pueda encontrar peculiar y lo que no —replicó Fraser, que seguía hablando en voz muy baja—. Si prefiere suponer que he decidido dormir en una gélida capilla en compañía de un cadáver en lugar de hacerlo en mi propia cama, es libre de pensar lo que

quiera. —Hizo un movimiento para pasar por su lado, con la evidente intención de abandonar la capilla, pero el pasillo era muy estrecho y Grey no se movía.

—¿Conocía usted bien a la condesa? —La curiosidad se empezaba a imponer a la sorpresa y el enfado.

—La condesa... oh. —Fraser miró involuntariamente por encima de su hombro en dirección al ataúd. Grey se dio cuenta de que suspiraba, al ver la blanca niebla de su aliento flotando por la capilla—. Supongo que lo era, una condesa. Y sí, la conocía bastante bien. Yo era su mozo.

Grey advirtió con interés que se desprendía algo muy peculiar de aquella observación. Había cierto sentimiento en el comentario: «Yo era su mozo». Pero era incapaz de descifrar la clase de sentimiento de que se trataba.

Por un momento, se preguntó si Fraser estaría enamorado de Geneva, y sintió una sorprendente punzada de celos ante la idea. Sabiendo lo que sentía Fraser por su fallecida esposa, él suponía... ¿Y si no, por qué había ido a rezar junto al ataúd de Geneva en plena noche? Pero no. El hombre había dicho aquella última frase con cierta... ¿hostilidad? ¿Resentimiento? No era la respetuosa afirmación de un leal y apenado sirviente, de eso estaba convencido.

Grey se olvidó de su confusión e inspiró el frío aire mezclado con la cera de las velas, imaginándose por un momento que estaba inhalando la insinuación de la corrupción en aquel gélido ambiente.

Fraser se encontraba allí de pie, como un ángel de piedra. No estaba a más de un palmo de él y podía oír con total claridad su respiración, ronca, congestionada. Dios mío, ¿habría estado llorando? Descartó la idea. El mal tiempo era motivo más que suficiente para que cualquiera pudiera coger un catarro, por no hablar de lo que le podía suceder a alguien que estuviera tan loco como para tenderse medio desnudo en el suelo helado.

—Yo era amigo suyo —dijo Grey en voz baja.

Fraser no contestó, pero se quedó entre el ataúd y Grey. Éste lo vio volver la cabeza. La luz de las velas resaltaba el rojo de sus cejas y de su incipiente barba y otorgaba al contorno de su cara tonos dorados. Su larga garganta se movió una vez, tragando. Luego, Fraser se volvió hacia él y su rostro volvió a

desaparecer entre las sombras.

—Entonces, la dejo en sus manos hasta el alba.

Lo dijo en un tono de voz tan bajo que Grey no estaba seguro de haberlo oído bien. Pero entonces sintió que algo le tocaba la mano, tan suave como una fría ráfaga de viento, y Fraser pasó junto a él y desapareció. El único sonido que marcó su partida fue el sordo golpe de la puerta de la capilla al cerrarse.

Grey se volvió para mirarlo con cara de incredulidad, pero ya no había nada que ver. La capilla estaba oscura y silenciosa, salvo por el sonido de la lluvia que golpeaba las tejas del tejado.

¿De verdad había sucedido aquel importante encuentro? Por un instante pensó que podría estar soñando, que se habría quedado dormido en el sofá, junto al fuego, acunado por el sonido de la lluvia. Pero apoyó una mano en uno de los bancos que tenía a su lado y sintió la dura madera fría bajo sus dedos.

Y ante él reposaba el ataúd. Tenía un aspecto austero a la luz de las velas. Las llamas ondeaban, el aire de la capilla se movió y luego se quedó quieto, puro y regular. Alerta.

Como no sabía muy bien qué hacer, se sentó frente al ataúd. Tal vez debería rezar, pero aún no.

¿Qué era lo que había dicho Fraser? «Supongo que lo era, una condesa.»

Lo había sido. Por lo menos durante el poco tiempo que duró su matrimonio. Y ahora ya no quedaba nada de ella ni de su marido, salvo aquel pequeño y enigmático trocito de carne, el noveno conde de Ellesmere.

«La dejo en sus manos hasta el alba.»

¿Acaso Fraser tenía intención de pasarse allí toda la noche postrado ante el ataúd? Era evidente que había sugerido que Grey debía quedarse allí durante las horas que quedaban de oscuridad. Cambió de postura, incómodo sobre la dura madera. De repente, se dio cuenta de que ahora ya no se podía ir de allí.

Se estremeció y se ajustó la capa al cuerpo con resignación. El frío del suelo de piedra se le estaba empezando a colar por las zapatillas y ya tenía los pies entumecidos. Recordó que Fraser sólo llevaba una camisa y se volvió a

estremecer al pensar en tumbarse desnudo sobre aquellas losas.

Respeto, eso es lo que había dicho. A él ese acto tan extraordinario no le parecía muy respetuoso. Se preguntó qué habría pasado si lo hubiera llegado a pisar. Seguía embriagado por la sobrecogedora presencia de Fraser, alto y frío como una piedra y apartó de su mente el fugaz pensamiento de lo que sentiría al tocar aquella carne helada si pudiera posar los dedos sobre ella. Inquieto, se agachó y se inclinó hacia adelante, atraído por el brillante blanco del ataúd como una mariposa de luz.

Pensó que el comportamiento de Fraser parecía algo sacado de la Edad Media y resopló, observando su blanco aliento deslizarse por el oscuro aire de la capilla. Como aquellos tipos católicos que andaban descalzos por París o que se flagelaban hasta acabar sangrando, en señal de penitencia.

En señal de penitencia.

Sintió que las palabras encajaban en su mente como los dientes de una cerradura. Recordó la sensación que había percibido en los Dunsany, aquella profunda preocupación que teñía su dolor.

—Oh, Geneva —dijo con suavidad.

Y volvió a ver la imagen que había visto de ella ante su ventana, pálida, con los ojos abiertos, a la deriva en la noche. Tan fría y sola, con la silueta del establo tras ella. Grey tuvo la sensación de oír el sonido de unos pasos y el lejano llanto de un niño en alguna habitación de la casa.

—Oh, querida. ¿Qué has hecho?



## 8. Suicidio

*«Yo soy la resurrección y la vida, dijo el señor. El que crea en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que esté vivo y crea en mí, nunca morirá.»*

Grey esperaba que eso fuera verdad. No dijo las palabras en voz alta, pero se las repetía mentalmente para reconfortarse. Luego escuchó otro fragmento del Libro de Oración Común, que le susurraba una réplica desde el fondo de la iglesia.

*«... no podrá ser utilizado por aquellos que mueran sin bautismo, o excomulgados, o suicidas.»*

Grey no había asistido al funeral de su padre. No sabía si habían celebrado alguno.

La iglesia estaba llena a pesar del mal tiempo. Los Dunsany se habían ganado la simpatía de sus arrendatarios. Era una familia que se mostraba agradable con la alta burguesía y que se portaba muy bien con sus sirvientes; todo el mundo quería presentarles su respeto y apoyarles en aquellos momentos de dolor. Además, aquello era el campo y había muy pocas cosas con las que entretenerse; nadie quería perderse un buen funeral, incluso aunque tuvieran que atravesar caminos con la nieve hasta la cintura para poder asistir.

Grey miró hacia atrás para ver si la alta figura de Jamie Fraser sobresalía entre los muchos mozos y doncellas que estaban de pie al fondo de la iglesia, pero no había ni rastro del escocés. El hombre tenía prohibido cruzar las fronteras de Helwater, pero seguro que le habían dado permiso para asistir al

funeral junto con los demás sirvientes si así lo deseaba.

Grey seguía sintiendo el frío de su vigilia nocturna en la capilla agarrado a sus huesos, y esa sensación se intensificó cuando oyó el murmullo que recorrió la iglesia y se volvió, igual que todos los demás asistentes, para ver cómo entraban el ataúd de Ludovic, octavo conde de Ellesmere.

No intentó dejar de mirar. Todo el mundo estaba mirando. El vicario había entrado antes y esperaba en el altar, completamente inexpresivo junto al ataúd de Geneva. Grey había ayudado a llevarlo hasta allí, terriblemente consciente del silencioso peso que guardaba en su interior.

Sin embargo, lo que había provocado que se le helaran los huesos había sido ver a Jamie Fraser, alto y sombrío, portando el féretro junto a otros cinco robustos sirvientes.

Alguien le había dejado una casaca y unos pantalones baratos de estambre negro que no eran de su talla. Tenía un aspecto ridículo: sus huesudas muñecas sobresalían de unas mangas que le iban demasiado cortas y parecía que fuera a reventar hasta la última de las costuras. Al verlo, Grey recordó una descripción que había leído en *Demonologie*, un breve y desagradable tratado descubierto en el transcurso de las investigaciones que se llevaron a cabo durante su experiencia con el club Hellfire.

Los hombres dejaron el ataúd y se retiraron a un banco dispuesto bajo la galería. A Grey no lo sorprendió que Fraser se sentara solo en uno de los extremos y que los demás hombres se apiñaran inconscientemente tratando de sentarse lo más lejos posible de él.

El vicario se aclaró la garganta emitiendo un siniestro rugido, la congregación se levantó nerviosa, entre murmullos, y empezó el servicio. Grey no escuchó ni una sola palabra y las respuestas que daba eran completamente mecánicas.

¿Podría ser que hubiera dado en el clavo? No dejaba de darle vueltas al asunto; no estaba seguro. Por una parte la idea que lo había asaltado mientras estaba sentado en la oscuridad de la capilla le parecía increíble. Un completo delirio fruto del dolor, el cansancio y la sorpresa. Por otra parte... ahí estaba el comportamiento de lady Dunsany. Era evidente que la embargaba un profundo dolor, pero ese dolor enmascaraba una poderosa determinación. ¿La

determinación de dejar atrás el pasado y criar a su nieto? ¿O la de engañar para protegerlo?

Y lord Dunsany, el objetivo de sus propios remordimientos y de los de su esposa. Por haber organizado la boda con Ellesmere había dicho, pero también por haberle concedido demasiada libertad a Geneva. ¿Qué diablos había dicho cuando murmuraba, con la boca metida en una copa de vino? Algo sobre su caballo, que pasaba demasiadas horas en el campo, sola con su caballo. «Seguro que no estaba sola. Estaría acompañada de su mozo», dijo una voz cínica desde el fondo de la mente de Grey.

Y luego estaba dicho mozo y aquel increíble encuentro en mitad de la noche. A pesar de que Grey no había dormido ni una hora, seguía teniendo la sensación de haberlo soñado. Se volvió para mirar a Fraser. Pero la cara del escocés no dejaba entrever sentimiento alguno. No había nada que le indicara si lo estaba mirando a él o a algo que estuviera a mil kilómetros de distancia.

Isobel estaba sentada junto a Grey. Había apoyado su pequeña y fría mano cubierta por un guante negro sobre la suya, buscando apoyo. Ya no lloraba. Él pensó que ya no le quedaban más lágrimas.

Ni un solo miembro de la familia Dunsany había mirado a Fraser, a pesar de que la mayor parte de los presentes lo habían observado completamente boquiabiertos. Muchos de ellos seguían dirigiendo su mirada al lugar donde estaba sentado, con una actitud tan erguida y amenazadora como una vela.

Sí, había pruebas. Pero su conocimiento de James Fraser también era una y a Grey le parecía inconcebible que el escocés pudiera haber seducido a una jovencita, no importaba en qué circunstancias. Por no hablar de que se trataba de la hija de su señor.

Sus ojos se posaron en el par de ataúdes que descansaban al frente de la iglesia; eran idénticos bajo sus sudarios blancos. Algo tan trágico... tan sólidamente marital.

«Sí, y también conocías muy bien a Geneva», pensó.

La lluvia se había convertido en nieve. No cuajaría, porque el suelo estaba empapado, pero el viento la hacía chocar contra las ventanas; ráfagas de duras y secas bolitas que golpeaban el cristal como perdigonazos.

Los copos se iban acumulando silenciosamente en una montañita que

parecía real, pero Grey se recordó a sí mismo que también podía ser pura ilusión.

Estaba mareado a causa de la falta de sueño y de la nieve que empezaba a oscurecer las ventanas, sumiendo la iglesia en una lúgubre oscuridad. Había estado sentado en la capilla las horas que precedían al alba, observando el ondear de las llamas de las velas y pensando.

¿Acaso su resistencia a creer aquello era consecuencia de su propio orgullo, de su propia culpa? No sólo porque confiase ciegamente en el honor de Jamie Fraser y se negara a pensar que pudiese estar tan equivocado con aquel hombre, sino la certeza de que si eso fuera verdad, él tendría mucha culpa de lo que había sucedido. Había sido él quien había llevado al escocés a casa de los Dunsany y era su honor el que avalaba el de Fraser.

Aquella mañana no había comido nada, tenía demasiado frío y estaba demasiado cansado como para pensar en la recepción, después de su vigilia en la capilla.

«Desde las profundidades clamé a ti. Señor, escucha mi voz.»

Fraser había cerrado los ojos de repente, como si no pudiera soportar lo que estaba viendo. Grey se preguntó qué estaría viendo. Su rostro seguía estando blanco como el papel, pero Grey podía ver cómo cerraba las manos y apretaba la tela y la carne de sus piernas. Se estaba clavando los dedos con tanta fuerza que debía de estar dejándose cardenales en los muslos.

¿Estaría sufriendo por Geneva o por su fallecida esposa? El problema de los funerales era que recordaban otras pérdidas. Grey no había visto el funeral de su padre y, sin embargo, jamás había asistido a ninguno sin pensar en él. La herida de su pérdida se estaba curando y se iba haciendo menor con el paso de los años, pero siempre se volvía a abrir.

«Y si alguna vez veo a un hombre sangrando internamente...», pensó, mientras miraba a Fraser.

«Concede valor y fe a los acongojados, a fin de que tengan la fortaleza para enfrentarse a los días venideros, en el consuelo de una santa y razonable esperanza, y en la gozosa expectación de la vida eterna con los que aman.»

Bueno, esa expectativa era un gran consuelo. Él no albergaba tal esperanza, sólo sentía algo demasiado vago como para poder llamarlo

esperanza. No obstante, sí tenía una certeza a la que podía agarrarse entre aquella niebla de dolor e indecisión: la de que por lo menos conseguiría una respuesta de Jamie Fraser. Tal vez dos.

Sólo eran las cuatro de la tarde, pero el sol ya se había puesto y únicamente quedaba una fina línea de pálida luz que brillaba sobre las laderas. La temperatura había bajado y la nieve había espesado. Las rocas más altas estaban cubiertas de una ligera capa blanca y los grandes y húmedos copos cubrían la casaca de Grey y se derretían sobre su pelo y sus pestañas mientras se dirigía a los establos.

Desde la ventana, había visto a los otros dos mozos ayudando con los caballos y los arneses de los invitados que habían asistido al funeral y que se marchaban aquel mismo día, pero ni rastro de Fraser. No lo sorprendía. Lord Dunsany prefería que el escocés no saliera cuando tenían compañía. Su tamaño, su aspecto y, en especial, su acento de las Highlands, acostumbraba a poner nerviosas a algunas personas. Grey ya había oído algunos comentarios sobre el alto sirviente pelirrojo que llevaba el ataúd de Ellesmere, pero la mayoría no se habían dado cuenta de que era un sirviente de los Dunsany y no del conde, y, por lo que parecía, muy pocos reparaban en que era escocés, por no hablar de que era un jacobita en libertad condicional.

Tal como esperaba, encontró a Fraser en el establo, preparando la comida para los caballos, y se acercó a él.

—¿Puedo hablar con usted, señor Fraser?

El escocés no se volvió, pero se encogió de hombros.

—No veo ninguna forma de impedirselo, comandante —dijo. A pesar de las palabras que le dedicó, no sonó hostil, sólo receloso.

—Me gustaría hacerle una pregunta.

Observaba meticulosamente el rostro de Fraser a la luz del único quinqué y se dio cuenta de que apretaba ligeramente sus grandes labios. Sin embargo, se limitó a asentir.

—Quiero preguntarle por un caballero muy relacionado con la causa de

los Estuardo —expuso Grey.

Su comentario fue recibido con una repentina mirada de sorpresa, mezclada con una innegable sensación de alivio.

—¿La causa de los Estuardo? —repitió Fraser mientras se volvía hacia él al tiempo que clavaba la horca en el montón de heno—. ¿A qué caballero se refiere, comandante?

Grey era consciente de lo rápido que le latía el corazón y fue especialmente cuidadoso para no perder el control de su voz en aquella delicada maniobra.

—Según tengo entendido, usted era muy amigo de —estuvo a punto de decir «el Joven Pretendiente» pero evitó utilizar ese apelativo y, en su lugar, dijo—: Carlos Estuardo.

—Eso... —Fraser empezó a hablar, pero se detuvo tan pronto como hubo abierto la boca. Con cuidado, depositó la carga de la horca en uno de los comederos y fue en busca de más—. Le conocía —dijo sin emoción alguna en la voz.

—Bastante. Entonces, ¿debo entender que conocía usted los nombres de algunos de los principales partidarios del Pretendiente en Inglaterra?

Fraser lo miró. Su expresión resultaba inescrutable a la luz del quinqué.

—De muchos de ellos —respondió en voz baja. Volvió a mirar la horca que tenía entre las manos y la volvió a dirigir al heno—. ¿Acaso eso importa ahora?

A él seguro que no. Ni tampoco a Hector o a los demás que fallecieron en Culloden. Pero a los que estaban vivos...

—Si alguno de ellos sigue vivo, me imagino que sí que importa —dijo—. Quienes no se descubrieron en su momento no creo que deseen que nadie delate sus conexiones, ni siquiera ahora.

Fraser emitió un sonido de escarnio a través de la nariz.

—Sí, claro. Entonces yo los denunciaré. ¿Así me ganaré el perdón de su rey?

—También es su rey —replicó Grey, puntilloso—. Y sí, es probable. —Era mucho más que probable. La histeria antijacobita de los años posteriores al Levantamiento se había relajado un poco, pero la traición era un crimen

cuya mancha no se desvanecía; Grey lo sabía muy bien.

Fraser se irguió, soltó la horca y lo miró. Tenía los ojos de un azul tan oscuro que a Grey le recordaban a las losas de las catedrales: oscurecidas por el paso de los años y el roce de los pies, casi negras bajo las sombras, pero tan duraderas que sobrevivirían a todos aquellos que las pisaban.

—Si hubiera querido cambiar mi honor por mi vida, o mi libertad, ¿no lo habría hecho ya el día de mi juicio?

—Tal vez no pudiera usted hacerlo en aquel momento porque siguiera estando en peligro por parte de esos jacobitas.

Su intento de incitarlo a hablar fue en vano. El escocés se limitó a mirarlo con la cara de un hombre que observaba una defecación en plena calle.

—O tal vez pensase usted que la información que poseía no tenía valor suficiente como para interesar a nadie —sugirió Grey, que no estaba dispuesto, o se sentía incapaz de olvidar el asunto.

Después de la batalla de Culloden, Fraser pudo conservar la vida a cambio de jurar lealtad al rey Jorge, pero Grey era lo bastante listo como para no apelar a eso.

—No he dicho nada en relación con ese asunto, comandante —replicó Fraser con serenidad—. Si lo que yo sé tiene algún valor para alguien, ese alguien debe de ser usted.

—¿Por qué dice usted eso? —Grey tenía el corazón acelerado, pero se esforzó por imitar el sereno tono de voz de Fraser.

—Hace ya una docena de años que la causa de los Estuardo murió —apuntó el otro—. Y, desde entonces, nunca he sido asediado por un montón de personas deseosas de descubrir lo que sé sobre ese asunto. Es cierto que me lo preguntaron el día en que se celebró mi juicio, pero incluso entonces no demostraron mucho interés por mi respuesta.

Su mirada azul oscura se deslizó por Grey con aire cínico y distante.

—¿Acaso su fortuna salió tan mal parada que intenta arreglarla con los huesos de los muertos?

—¿Con los...? —Tardó un poco en darse cuenta de que Fraser hablaba poética y no literalmente.

—Esto no tiene nada que ver con mi fortuna —respondió—. Pero sí con

los muertos. No me preocupan en absoluto los jacobitas que siguen vivos. Si queda alguno, por mí se pueden ir al diablo, o al Papa, si así lo desean.

Grey se sentía como un chico que había visto una vez en un parque zoológico de París. El niño había metido un palo en el interior de la jaula de un tigre que se había quedado dormido. El animal no se molestó en rugir, ni se había abalanzado contra los barrotes de la jaula. Se limitó a abrir sus rasgados ojos muy lentamente y posarlos sobre el niño de tal forma que el ignorante chiquillo no pudo evitar soltar el palo. Se quedó allí quieto hasta que su madre lo alejó.

—Los muertos —repitió Fraser con los ojos clavados en los suyos de aquella forma tan decidida y desconcertante—. ¿Y qué es lo que quiere usted de los muertos?

—Un nombre. Sólo uno.

—¿Cuál?

A él lo asaltó una sensación de terror que paralizó sus músculos y le secó la boca. Y, sin embargo, tenía que preguntárselo.

—Grey —dijo con la voz ronca—. Gerard Grey. Duque de Pardloe. ¿Era ese hombre...? —Se interrumpió. Intentó tragar, pero no pudo.

Fraser lo miró con atención. Le brillaron los oscuros ojos azules y los entrecerró en la oscuridad.

—Un duque —dijo—. ¿Su padre?

Él sólo fue capaz de asentir, despreciándose a sí mismo por su debilidad.

El otro resopló. Era imposible distinguir si era un gesto de sorpresa o de satisfacción. Reflexionó un momento, con los ojos cerrados, y luego negó con la cabeza.

—No.

—¿No me lo va a decir?

Fraser frunció un poco el cejo, sorprendido. Parecía confuso.

—Quiero decir que la respuesta es no. Jamás he visto ese nombre escrito entre los partidarios del rey Jacobo y tampoco he oído hablar de él.

Grey pensó que lo estaba tratando con mucha consideración. Podía adivinar preguntas tácitas brillando en los ojos del escocés, pero sabía que permanecería en silencio, igual que las preguntas que él mismo se guardaría



sobre Geneva Dunsany.

Lo asaltó una sensación a medias entre el más absoluto alivio y una aplastante decepción. Se había preparado para lo peor y se había encontrado con un muro. Se moría de ganas de presionar a Fraser un poco más, pero sabía que no conseguiría nada. Fuera el hombre lo que fuere, a Grey no le cabía ninguna duda de su sinceridad. Podría haberse negado a contestarle, pero lo había hecho, y él estaba decidido a tomarse su respuesta completamente en serio.

Aunque aquella respuesta seguía dejándole lugar para la duda. Tal vez Fraser no estuviera lo suficientemente conectado con los dirigentes de la causa jacobita como para que le dijeran un nombre tan importante, tal vez el duque hubiera muerto mucho antes de que Fraser se uniera a la misma, o quizá su padre había sido lo bastante listo como para permanecer oculto a ojos de todo el mundo salvo los de los Estuardo.

—La corte de los Estuardo gotea como un colador, comandante. —La voz del escocés se abrió paso desde las sombras. Fraser le había vuelto a dar la espalda y había retomado su trabajo—. Si su padre tenía alguna conexión con los Estuardo y se las arregló para conservar el anonimato, entonces es que era un hombre muy listo.

—Sí —contestó Grey sombríamente—. Sí que lo era. Se lo agradezco, señor Fraser. —No recibió ninguna respuesta salvo el murmullo del heno. Salió del establo, seguido del relinchar de algún caballo y el desafinado silbido de Fraser. Fuera, el mundo se había cubierto de un suave y monótono manto blanco.

El hecho de que Fraser le hubiera contestado reforzaba las sospechas de Grey sobre el asunto de Geneva. Ninguno de los dos mencionó el encuentro en la capilla, pero los dos lo recordaban perfectamente. El honor de Grey no le permitía mencionarlo por si el escocés podía tomárselo como una amenaza, pero la amenaza estaba implícita. De haberla manifestado de forma explícita, el honor y el carácter de Fraser probablemente hubieran salido a flote. Le

habría devuelto el golpe y se hubiera negado obstinadamente a decir ni una sola palabra, desafiándolo a tomar medidas.

Así pues, tenía algo. Ninguna prueba, ni de la relación de Fraser con Geneva ni de la inocencia de su padre, pero sí algo en lo que pensar.

Grey siguió pensando en ello y, aunque no volvió a ver al escocés hasta que se marchó, esos pensamientos lo llevaron hasta el último eslabón de su curiosidad.

—¿Me permitirán mostrarle mis respetos al nuevo conde antes de que me vaya? —preguntó, con la esperanza de que su proposición sonara a broma.

Lady Dunsany pareció quedarse muy sorprendida, pero a Isobel no le pareció que hubiera nada extraño en su petición. Ella asumía que era natural que todo el mundo compartiera la curiosidad que su nuevo sobrino despertaba en sí misma y lo acompañó muy contenta a la habitación del niño.

El sol brillaba. Era un pálido sol de invierno, pero seguía siendo sol. Y la habitación parecía apacible y en calma. Las cortinas colgaban inmóviles en el previo cuarto escolar e Isobel no miró ni una vez en dirección a la ventana en la que él le había enseñado a romper cosas.

El noveno conde de Ellesmere estaba en una cuna. Lo habían cubierto hasta la barbilla con mantas y llevaba un gorrito que le tapaba las orejas. Sin embargo, estaba despierto. Se metió un puño en la boca mientras clavaba en Grey sus redondos ojos, o tal vez mirara el techo, era difícil de asegurar.

—¿Puedo? —Sin esperar a que la niñera le diera permiso, Grey cogió al niño con mucho cuidado. Pesaba bastante. Grey lo dijo en voz alta y eso provocó que tanto Isobel como la niñera se dejaran llevar por un éxtasis acerca de la voracidad del bebé, su capacidad y otros repugnantes detalles que, en opinión de Grey, no eran un tema de conversación adecuado en presencia de un hombre.

No obstante, las dejó hablar con sólo algún ocasional «¿Ah?», a modo de interés, mientras observaba a escondidas la cara del niño. Parecía un trozo de pudín, estaba ligeramente húmedo y brillaba. Era evidente que tenía ojos y a él le pareció que eran azules, pero su prima Olivia le había dicho que todos los bebés tienen los ojos azules cuando nacen. Los demás rasgos de su rostro no le parecieron dignos de mucho interés.

Llevaba el gorrito atado bajo la barbilla con unos cordones y Grey metió el pulgar por debajo del nudo, pensando que tal vez pudiese pasarle los cordones por encima de la barbilla y quitarle un momento el gorrito.

Sin embargo, eso pareció hacer enfadar al pequeño, que contrajo el rostro, se puso rojo y soltó un sonoro grito que hizo que la niñera, Elspeth, se lo quitara con aire protector. Le dio unos golpecitos en la espalda al bebé para tranquilizarle al tiempo que miraba a Grey con evidente desaprobación.

—Sólo me estaba preguntando... ¿tiene pelo? —preguntó desesperado.

Eso alteró mucho a las dos mujeres. Con aire de reproche, se volvieron hacia él con impaciencia y compitieron la una con la otra por quitarle el gorrito al niño y demostrar rápidamente el esplendor de su cuero cabelludo.

Sí que tenía pelo. Una suave mancha oscura que le recorría la parte central de la cabeza como el lomo de un burro español.

—¿Puedo?

La niñera puso una cara que daba a entender que prefería darle el niño a un asesino convicto, pero como Isobel asintió con entusiasmo, tuvo que acabar dejando a la pequeña criatura al dudoso cuidado de Grey a regañadientes una segunda vez.

Él lo cogió con firmeza mientras silbaba con suavidad a través de los dientes; esos sonidos solían funcionar con perros desconocidos. Empezó a pasear por la habitación meciendo al niño suavemente mientras se movía con la máxima discreción posible para ponerlo contra la luz.

Le pareció que su pelo tenía cierto tono pelirrojo, pero no podía afirmarlo con rotundidad.

—¿A que es precioso? —Isobel le acarició la minúscula franja de pelo con dulzura—. Yo creo que se parece a mi hermana. Tiene su pelo, estoy segura de ello.

Con cierta desilusión, Grey se dio cuenta de que era verdad, Geneva tenía el pelo de un oscuro color castaño. Por lo tanto, allí tampoco había ninguna respuesta. Estaba intentando pensar en cómo devolverles el niño a las mujeres sin parecer mal educado, pero el crío resolvió el asunto por sí mismo. Soltó un sonoro eructo y vertió una generosa cantidad de leche sin digerir sobre el hombro de Grey.

—¿No siente unas ganas increíbles de casarse y tener hijos? —preguntó Isobel, dando unos cariñosos golpecitos en la espalda del bebé mientras la niñera limpiaba el desagradable desastre de la ropa de Grey con muy malos modos.

—Estoy impaciente —contestó, y ambas mujeres se echaron a reír como si hubiera hecho una broma muy inteligente.

—¡Oh, mire! —Isobel miró al bebé encantada—. Le está sonriendo, lord John. ¡Usted le gusta!

—Bueno, en realidad... —empezó a decir la niñera, observando la enrojecida cara del niño—. Creo que...

—¡Oh, Dios! —dijo Isobel.

Un extraño hedor, dulce pero fétido, se esparció en el aire.

—Creo que el sentimiento es mutuo —dijo Grey con cortesía y le hizo una reverencia al bebé—. A sus pies, señor.

Hasta que Tom y él estuvieron a medio camino de Londres, no se dio cuenta de que no se le había ocurrido preguntar el nombre del niño.

# **PARTE III**

**Lealtades confusas**

## 9. Actos antinaturales

Grey volvió a Londres un poco alterado a causa del austero silencio del camino.

Tal como Hal había predicho, las imprentas ya se habían hecho eco de las conexiones de la familia francesa de Ffoulkes y sacaron a la luz las alusiones de una desagradable conspiración. La esposa del hombre había abandonado el país y se hallaba, presumiblemente, en Francia. Otro conspirador, un abogado llamado Jeffords, había sido arrestado y estaba pendiente de que lo juzgaran junto al capitán Bates y a Harrison Otway por una gran variedad de cargos que iban desde la conducta lasciva hasta la sodomía, conspiración para cometer actos antinaturales y, para terminar, conspiración para asesinar a varios jueces y ministros, presumiblemente aquellos que se habían mostrado más proclives a denunciar la necesidad de acabar con ese vicio abominable.

—Ya veo que no hay ni rastro de cargos por traición —le comentó Grey a su hermano mientras arrugaba una hoja de periódico en la que se podía apreciar un dibujo que representaba a dos conspiradores dejándose llevar por uno de esos actos antinaturales de los que hablaba el artículo. Luego la tiró al fuego que ardía en la chimenea del despacho de Hal—. Tal como tú sospechabas.

Su hermano se encogió de hombros malhumorado.

—No es necesario consultar a ninguna pitonisa para darse cuenta de que ese Bernard Adams y los suyos prefieren una bonita conspiración de sodomitas para escandalizar al público y mantenerlos distraídos, que informar sobre la alarmante noticia de que una banda de traidores estuvo a punto de cortarle el cuello a Adams y que consiguieron facilitar mucha información perjudicial para su jefe en Francia. Por no hablar de las quince mil libras

desaparecidas, aunque personalmente dudo mucho que todo el dinero haya llegado a Francia.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se ha guardado todo en secreto, pero Bates le mandó una escueta nota a Adams frío como el hielo, pidiéndole que quedara con él en privado en el patio de una taberna, en Lambeth, diciéndole que poseía información confidencial que le podría interesar. El idiota de Adams acudió a la cita y sólo se salvó de que lo mataran porque Bates resbaló en un charco de barro y él pudo aprovechar para huir y pedir ayuda. Sólo salió malherido y Bates escapó, claro, pero acabaron cogiéndolo cuando intentaba llegar a Irlanda.

—Sí, según tengo entendido tiene una amante irlandesa.

Hal lo miró con sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Quién te ha dicho eso?

Grey se dio cuenta de que tal vez no fuera aconsejable revelarle la conversación que había tenido con Minnie, y se limitó a encogerse de hombros como si fuera un rumor generalizado.

—¿Quién te ha contado todo esto? —preguntó a su vez.

—Harry. Creo que se lo contó su hermanastro, Joffrey.

—Es mucho más probable que se lo contara lady Joffrey —observó Grey, y su hermano asintió con una mueca en señal de conformidad.

Un repentino crujido hizo que Grey se diera la vuelta. En la esquina del despacho había un enorme armario de madera. Grey supuso que era otro de los inútiles esfuerzos del señor Beasley de poner un poco de orden en la habitación de trabajo de Hal. Las puertas del armario se abrieron lentamente y revelaron una figura en su interior. Grey se llevó la mano a la daga al tiempo que exclamaba sorprendido.

—No pasa nada —dijo Hal. Seguía estando contrariado, pero en su voz se adivinaba cierta diversión—. Sólo es un autómata.

En ese momento era más que evidente. Se trataba de una figura de tamaño real o, mejor dicho, de la mitad de una figura de tamaño real. Acababa a la altura de la cintura y Grey supuso que la parte inferior del armario contendría el mecanismo, cuyo zumbido era lo que le había llamado la atención. Cuando se acercó para examinarla descubrió que la figura estaba

hecha de cera, madera y metal y pintada con colores vivos para que se pareciera a la imagen popular de un nativo de la India: tenía los ojos y los labios pintados y llevaba un turbante de gasa.

Alargó la mano para tocarlo, pero la retiró cuando la máquina emitió un sonoro sonido metálico. La figura se inclinó hacia él de un modo siniestro, pero Grey se dio cuenta de que sólo estaba introduciendo una de sus rígidas manos en un recipiente que tenía delante. Luego se oyeron más sonidos metálicos y más crujidos. Tras una larga pausa... el autómata volvió a su posición original, balanceando uno de los brazos con tanta fuerza que casi golpeó a Grey en la cara.

—¿Qué diablos?

—Es un adivino —explicó Hal de manera completamente innecesaria. Se estaba divirtiendo mucho.

—Ya lo veo. —Los dedos metálicos de la figura sostenían un trozo de papel doblado que él cogió con cautela; luego lo abrió.

—«El mayor peligro puede ser tu propia estupidez» —leyó en voz alta. Grey volvió a doblar el papel y lo metió de nuevo en el recipiente—. Muy bonito. ¿De dónde diablos has sacado esto?

—El sargento mayor Weems se lo confiscó a los O'Higgins —dijo Hal—. Lo dejó aquí para que estuviera seguro hasta que descubran a quién se lo robaron.

—No creo que sea demasiado difícil encontrar al propietario. —Grey rodeó el armario y lo examinó. Estaba abollado y rayado, pero se notaba que había sido una pieza de buena calidad.

Su hermano se encogió de hombros.

—Ellos dicen que lo ganaron jugando a los dados.

—Sí, claro. —Grey se olvidó del autómata y se volvió a sentar—. ¿Decías que los conspiradores consiguieron llevar cierto material a Francia?

—Adams afirma que lo hicieron. Mientras él se defendía de Bates en el río, Otway y Jeffords entraron en su casa y se llevaron el contenido de su caja fuerte, en la que había aproximadamente cincuenta mil libras. Ese dinero era propiedad de su majestad, y se suponía que debía entregarse al día siguiente a los pagadores de dos regimientos con destino a Francia. En medio de todo



este escándalo, varias oficinas de Whitehall descubrieron que les faltaban algunos documentos importantes, aunque yo sospecho que aprovecharon la oportunidad para culpar de algunas incoherencias en sus libros de contabilidad a los integrantes de la conspiración.

—Parece un plan muy ambicioso para un grupo de sodomitas —observó Grey, fascinado—. Y qué se supone que han estado haciendo con todo ese dinero, ¿organizar orgías para saciar sus asquerosos vicios?

—Sólo Dios lo sabe. El último periódico que leí especulaba con la idea de que se habían propuesto emigrar a Francia utilizando el dinero robado para asegurarse de que serían bien recibidos, allí, por lo visto, el vicio florece sin control en las calles.

—¿Se llegaron a recuperar el dinero y los documentos?

Hal se recostó en su silla.

—No. Ninguno de los conspiradores poseía material sospechoso en el momento de su arresto, y tampoco se encontró nada en casa de Ffoulkes después de su suicidio. Por lo tanto, se supone que están en poder de Luis de Francia. —Esbozó una mueca como si no le hubiera sentado bien el desayuno—. Y hablando de Francia...

Grey levantó la mirada de repente, al darse cuenta de la diferencia en el tono de su hermano.

—¿Sí?

—No vamos a ir.

—¿Qué?

—Han cambiado las órdenes del regimiento. Lee esto. —Hal sacó una carta de entre los papeles que había sobre su escritorio y se la dio a Grey. Era del ministro de la Guerra y, en pocas líneas, ordenaba que el 46 debía unirse a las fuerzas del duque Ferdinand de Brunswick, en Prusia.

—¿Sin ninguna explicación? —Grey arqueó una ceja y miró a su hermano, que le devolvió la mirada.

—No, pero tampoco la necesito. Ya sé que esto es cosa de Twelvetrees.

Twelvetrees. Ese nombre disparó todas las alarmas de Grey y en seguida recordó por qué.

—¿Nathaniel Twelvetrees? —se arriesgó a preguntar—. El hombre con

quien tú...

—Nathaniel Twelvetrees está muerto y también lo está el asunto al que te refieres. —Hal no levantó la voz, pero lo miró con desafío en los ojos—. Éste es su hermano mayor. Es coronel del Regimiento Real de Artillería.

—Entiendo.

Y lo entendía de verdad. Hal había conseguido recuperar parte del honor de la familia gracias a sus esfuerzos militares. Lo había logrado con la ayuda de hombres muy capacitados y dedicados soldados como Harry Quarry, al que había conseguido apartar de los regimientos de infantería prometiéndole un rango superior y mayor libertad y autoridad. Otros regimientos, como la Artillería Real, presumían de tener oficiales con privilegios y familias nobles sin ningún conocimiento militar. A éstos no les importaría nada ni la deshonra de lord Melton ni su regimiento. Por lo tanto, Hal no podía contar con los favores y las conexiones que daban preferencia a cuerpos militares.

Era evidente que el coronel Twelvetrees pensaba que la campaña francesa le ofrecería a Hal más proyección y la oportunidad de ganar más distinción en la batalla. Por eso deseaba privar al 46 de tal oportunidad. Por lo que Grey sabía de la guerra en Prusia, era muy probable que fuera una larga e interminable campaña junto a las tropas del duque de Brunswick, a la que ellos se unirían como aliados con una desventaja numérica importante.

Asimismo, los ingleses suponían una pequeña parte del ejército en el frente de Prusia, por lo que tendrían menos influencia en el manejo de la campaña.

—Bueno —dijo finalmente—. Allí la cerveza será mejor.

El mal humor de Hal remitió un poco y se rió, aunque no porque tuviera muchas ganas.

—Sí, eso ya es algo. Y tú hablas alemán. Necesitaré que estés siempre conmigo, para que no se nos escape nada.

—Percival Wainwright también habla alemán —comentó Grey y, al decirlo, le dio un vuelco el corazón. Se llevó la mano al bolsillo del chaleco donde el mechón de pelo seguía guardado en secreto.

—¿Ah, sí? —Hal estaba interesado—. Bien. ¿Tendrás tiempo de enseñarle de qué va? Ha firmado los papeles para unirse a nosotros esta

mañana. Puedo ponerlo bajo la supervisión de Wilmot o Brabham-Griggs si lo prefieres, pero ya que parecéis llevaros tan bien...

—No, lo haré yo —contestó Grey levantándose de la silla—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo hoy? ¿Está en los cuarteles?

—No. En realidad está en casa de mamá. Le están tomando medidas para el traje de la boda. Yo he conseguido escaparme por poco. Oh, eso me recuerda que Olivia me ha dicho que si aparecías por aquí tenía que enviarte en seguida a la casa para que también te tomen medidas.

—Muy bien. —Eso le iba estupendamente, aunque seguía teniendo dudas acerca del gusto de Olivia—. No seguirá insistiendo en el terciopelo amarillo, ¿verdad?

—No, pero ha mencionado algo sobre chalecos del color de los caquis.

Grey miró a su hermano con recelo, pero Hal le devolvió una mirada de completa inocencia.

—Tú no reconocerías un caqui ni aunque te sentaras sobre él —bromeó Grey—. Y Olivia tampoco.

Estaba a punto de llegar a la puerta, cuando se acordó de algo.

—Aquella página del diario de papá —dijo de repente, dándose la vuelta—. ¿Hablaste con mamá? ¿Sabes algo más sobre el asunto?

Algo brilló en las profundidades de los ojos de su hermano y luego desapareció.

—No —contestó Hal con indiferencia, volviendo a centrar su atención en el montón de papeles que había sobre su escritorio—. Nada en absoluto.

Grey no se fue a casa inmediatamente, a pesar de saber que Percy Wainwright se hallaba allí. En lugar de eso, cruzó el jardín y subió la escalera para ver si Harry Quarry se encontraba en su despacho.

Lo estaba, recostado en su silla; parecía dormido. Había una pluma medio seca, pegada a una página manchada de tinta en un libro que descansaba en el escritorio frente a él.

—¿Practicando tu caligrafía, Harry? —preguntó Grey adoptando un tono

de voz normal.

El otro abrió un ojo soñoliento, alargó el brazo y cerró el libro con la pluma en su interior.

—No grites, chico —dijo, presionándose las sienes con ambas manos; parecía estar intentando que no se le escapara el contenido de la cabeza.

—Una noche larga, ¿no es así? —Grey cogió una silla y se sentó frente al escritorio mientras miraba a su amigo.

—Creo que he comido algo que me ha sentado mal —respondió Quarry con dignidad y reprimió un ilustrativo eructo.

—¿En serio? ¿Cómo se llamaba ella?

Quarry estalló en una violenta tos que le ladeó la peluca y le puso la cara de color púrpura.

—Canalla —soltó con voz ronca, dándose unos suaves golpecitos en el pecho—. ¿Qué diablos quieres, por cierto?

Grey se meció un poco en la silla.

—Ya que lo preguntas... Harry, ¿por casualidad no sabrás cómo murió Nathaniel Twelvetrees?

El otro abrió unos ojos como platos. Suspiró y tosió un poco más. Grey esperó pacientemente. Luego, Quarry arrugó la frente, frunció los labios, suspiró y se dio por vencido.

—Después de un duelo con tu hermano. No es ningún secreto. Lo sabe mucha gente.

—¿Estabas tú allí? —preguntó Grey, percibiendo algo extraño en la voz de su amigo. Éste hizo una mueca.

—Yo fui el padrino de Melton. Sin embargo, Twelvetrees disparó primero. Alcanzó a tu hermano en el muslo, pero no se desplomó. Se tambaleó un poco, consiguió apuntar y le dio a Twelvetrees en el brazo. Ambos protegieron su honor. La cosa debería haber quedado así, pero la herida de Twelvetrees se infectó y murió. —Harry se encogió de hombros—. Mala suerte. No obstante, Twelvetrees insistió en su lecho de muerte en que se trataba de un asunto privado y no hubo consecuencias. Son una familia honorable. Fríos como la muerte —añadió—, pero honorables.

—Supongo que no tengo que preguntarte la causa del duelo. —Grey se

pasó la mano por la cara; de repente se sentía cansado. Necesitaba un afeitado.

—No, creo que no. Me han dicho que has visto el libro de apuestas de White's.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Oh, unas veinte o treinta personas hasta ahora. —Se puso bien la peluca mientras observaba a Grey—. Melton no ha sido una de esas personas.

—Ya me lo imagino. —No se esforzó por ocultar el nerviosismo de su voz—. ¿Por qué retó a Twelvetrees? Es evidente que el duelo ocurrió después de que hicieran la apuesta. El doctor Longstreet me dijo que Hal quería enfrentarse a Twelvetrees y los suyos, pero gente sensata le aconsejó que no lo hiciera. ¿Tal vez fuiste tú quien lo convenció, Harry?

Quarry arqueó sus gruesas cejas.

—¿Cómo sabes que fue él quien retó a Twelvetrees y no al revés? —preguntó su amigo.

Grey se encogió de hombros. El arma tuvo que escogerla Twelvetrees; si pudiera, Hal siempre pelearía con espada.

—Pero ¿por qué lo hizo? ¿Qué le había hecho Twelvetrees?

—Eso —dijo Quarry con firmeza— no es asunto mío. Si quieres saberlo pregúntaselo a tu hermano.

Grey hizo un ruido grosero.

—Tal como está, sería incapaz de sacarle el nombre de su sastre ni con un sacacorchos. Pues entonces dime esto, ¿te habló mi hermano de la página del diario de mi padre?

Quarry abrió mucho los ojos, muy sorprendido.

—¿Sobre qué?

—Oh, no te ha dicho nada. —Grey se sintió oscuramente complacido al saberlo. Por lo menos, no era el único al que Hal excluía de sus confidencias. Se levantó y se sacudió la casaca.

—Muy bien. Me voy a casa. ¿Ya sabes que Percy Wainwright es uno de los nuestros?

—Que Dios se apiade de su alma —contestó Harry bromeando. Alargó el brazo y cogió a Grey del brazo—. John —dijo, con un tono de voz

inesperadamente suave—, olvídate del tema. Hace mucho tiempo que murió tu padre.

—Gracias, Harry —respondió él, y lo dijo de corazón. Se soltó el brazo y dio unos golpecitos en la mano de su amigo—. Pero no pienso hacerlo —susurró. Luego se marchó.

Dejó su caballo en el establo del cuartel y fue caminando a la calle Jermyn, consiguiendo, gracias al ejercicio, deshacerse de los dolores que tenía de tanto montar y despejarse un poco la cabeza. Si Hal creía que podría ahuyentarlo como a un insecto molesto estaba muy equivocado. Sin embargo, su hermano tampoco le había explicado a Harry lo de la página del diario. Eso significaba que él no era el único con quien Hal tenía secretos. Harry no llevaba con el regimiento mucho más de un año, había llegado procedente de la infantería, pero era uno de los amigos más antiguos de Hal.

Grey pensó que por lo menos en Alemania sería él quien tendría ventaja. Estaba encantado con el cambio de órdenes. Había muchas cosas que le gustaban de Alemania, la cerveza por encima de todas, y tenía muchos amigos entre los prusianos y los aliados. Y como Percy Wainwright también hablaba alemán... Pensar en el joven lo volvió a poner de buen humor y empezó a silbar por la calle hasta que llegó a la puerta de su madre.

Encontró a Percy Wainwright en compañía de Olivia, una costurera, la ayudante de la costurera y la doncella de Olivia. Todas las mujeres estaban inmersas en un estado de histeria por culpa de los ajustes del traje de Percy, que no parecían ir del todo bien.

En realidad, lo primero que Grey vio fue el trasero del chico enfundado en unos calzones de lino. Quedó completamente expuesto a la vista cuando Percy se agachó para tocarse los dedos de los pies con intención de indicar la tendencia que tenían las mangas y la casaca sin faldón de estirar de la tela de la espalda.

—¿Lo ven? —estaba diciendo. Las mujeres estallaron en carcajadas cuando vieron a Grey en la puerta.

—Yo sí que lo veo —respondió éste, esforzándose por no echarse a reír él también. Sus intentos de mantener la compostura fracasaron cuando Percy se puso derecho de golpe y se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. Grey hizo una reverencia con la mano en el corazón—. A sus pies, señor.

—Me temo que me ha pillado desprevenido, milord —dijo Percy con fingida dignidad, cogiendo de encima del sofá un par de calzones de seda de color crema sin acabar para taparse.

«Si estuviéramos solos, no hay duda de lo que haría», pensó Grey, mientras dejaba que ese pensamiento se reflejara en su sonrisa. Percy interpretó esa sonrisa y el rubor de sus mejillas se intensificó. Miró a Grey a los ojos una fracción de segundo, y en los suyos brilló la especulación y la aceptación. Luego se unió a la risa general.

—¡Johnny! ¡Qué rápido has venido! No te esperaba hasta la hora del té. —Olivia se acercó a él andando como un pato y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla mientras apretaba su protuberante barriga contra su cuerpo—. Toma, pruébete esta casaca. Tal vez a ti te siente mejor.

Grey sintió que se sonrojaba al pensar que se tenía que desnudar, aunque sólo fuera parcialmente, en presencia de Percy Wainwright. Pero su hermanastro sonrió al percibir su incomodidad y él dejó que le quitaran la casaca del uniforme y el chaleco, aunque se dejó puestos la camisa y los calzones. Mientras se desprendía la ropa, observó al joven. Tenía las piernas desnudas y se estaba poniendo una bata de Grey que, evidentemente, Olivia habría cogido de su habitación.

Él se apresuró a darle la espalda y metió uno de los brazos por lo que esperaba fuera el agujero correcto de la casaca que la costurera le estaba ayudando a ponerse. La tela era un grueso terciopelo de seda de un color azul marino muy oscuro, que seguía irradiando el calor del cuerpo de Percy. Grey se mordió la lengua y saboreó la sangre.

La costurera, que también se había sonrojado y se reía, seguía muy concentrada en lo que estaba haciendo. Caminaba a su alrededor con un trozo de tiza en la mano y lo observaba con atención mientras le pedía que levantara y bajara las manos o se moviera. Cuando se inclinó hacia adelante siguiendo sus órdenes, ya estaba sudando, y recordó demasiado tarde que se

había puesto los calzones de montar manchados.

Los presentes volvieron a estallar en carcajadas, aunque esta vez fueron a su costa. A Grey no le importó. Sólo sintió un poco de momentánea vergüenza cuando la costurera se arrodilló a sus pies para ponerle un alfiler en la costura de la cintura. La mujer se sonrojó un poco y bajó la mirada con modestia. Su tímida sonrisa dio a entender que se había tomado su reacción como un cumplido personal; era una joven muy guapa y era muy probable que ya le hubiera ocurrido antes.

Percy Wainwright sabía muy bien por quién se había avergonzado. Se rió con las chicas y bromeó e hizo comentarios, pero no dejaba de mirar a Grey una y otra vez permitiendo entrever su interés. Se había quitado la peluca y en un momento dado, se pasó la mano por su corto pelo, como para aplacárselo; luego miró a Grey.

«¿Lo recibiste?», decía su ceja arqueada.

Él arqueó también la suya.

Percy le sonrió, pero apartó la mirada demasiado pronto, y cuando Grey lo miraba de vez en cuando, siempre lo veía conversando con Olivia, la doncella o con Tom, que había llegado con retraso y no dejaba de mortificar a Grey con el asunto de sus calzones sucios.

«¿Qué ocurre?», se preguntó. No estaba equivocado en cuanto a la atracción, eso lo tenía muy claro. Y no había tenido la sensación, durante sus anteriores conversaciones, de que Percy fuera ligero de cascos o que flirteara con cualquiera. Se dijo que tal vez sólo fuera precaución, reticencia para evitar que nadie pudiera darse cuenta de lo que ocurría entre ellos.

Cuando por fin se pusieron su ropa y la costurera y su ayudante se fueron cargadas de terciopelo azul, tuvo ocasión de rozar el cuerpo de Percy en la puerta del salón.

—Melton me ha comentado que voy a tener el honor de familiarizarle con los procedimientos del regimiento, sus tareas y esas cosas. ¿Tal vez tenga usted tiempo esta tarde? —Por primera vez, se arrepintió de haber dicho algo así en casa de su madre. Aunque las habitaciones de los soldados en los cuarteles no hubieran sido mucho mejores. ¿Estaría muy lejos la casa de Percy?



—Eso me complacería mucho —replicó el joven—. Pero, lamentablemente, estoy ocupado. —La queja que teñía su voz parecía real, pero Grey se lo tomó igualmente como un rechazo.

—Tal vez mañana... —empezó a decir, pero entonces vio la mueca de disculpa en el rostro de Percy.

—Mi compromiso es en Bath —explicó rápidamente—. No volveré hasta dentro de dos o tres días. En realidad, me tendría que haber ido esta mañana y voy a llegar muy tarde, pero esperaba poder tener la oportunidad de verlo antes de partir —añadió con dulzura. Mientras lo decía, miraba a Grey a los ojos y éste sintió cierto alivio a su decepción, aunque no a sus necesidades más primarias.

«Y una mierda te vas a Bath», pensó. Pero a fin de cuentas el hombre tenía derecho a su intimidad y no tenía por qué decirle la verdad sobre sus asuntos. Percy no le debía nada, aún.

—Cuando vuelva, hágamelo saber, pues —dijo. Le dio un golpecito amistoso en el hombro—. Buen viaje. —Se dio media vuelta y, sin mirar atrás, se fue en busca de su propia intimidad.

## 10. Salle des armes

**Volvió** a casa al atardecer y descubrió que la condesa viuda también había vuelto de su excursión. Se acercó a su gabinete para saludarla y la encontró alegre, aunque un poco pálida del viaje y con algunas arrugas de preocupación alrededor de los ojos. Grey pensó que aquellas marcas debían de ser reflejo de la ambición de Olivia como planificadora de bodas.

Hizo todo lo posible para distraerla contándole la historia de las pruebas de traje de aquella tarde, y sacrificó su propia dignidad para incluir las anécdotas de sus pantalones manchados y los calzones de Percy.

—Oh, Dios, oh, Dios... ¡pobre Tom! —Su madre resoplaba con suavidad—. Él se toma su cometido muy en serio; que Dios ayude al pobre chico. Creo que debes de ser un gran reto para él.

—Sí, en realidad, Tom tenía la esperanza de que Percy Wainwright fuera un *macaroni*. En seguida me di cuenta de que imaginaba chalecos bordados y medias de seda y me vi obligado a acabar con sus esperanzas.

La condesa sonrió al escucharlo, pero su tono de voz continuaba siendo serio.

—¿Te gusta Percy Wainwright?

—Sí —contestó, sorprendido de que le hubiera preguntado aquello—. Sí, la verdad es que nos llevamos bastante bien. Tenemos intereses comunes y cosas así. —Confiaba en que en su rostro no se reflejara la clase de intereses que tenían en común. Carraspeó y añadió—: También me gusta mucho el general, mamá. Mucho.

—¿Ah, sí? —Su rostro se enterneció—. Me alegro de oír eso, John. Es un buen hombre, y muy amable. —Entonces frunció los labios, aunque la diversión se seguía reflejando en su rostro—. No estoy segura de que tu

hermano piense igual que tú. Pero la verdad es que Hal siempre es muy precavido. A veces, tengo la sensación de que sólo confía en ti y en su mujer. Bueno, y en Harry Quarry, claro.

La mención de su hermano refrescó la memoria de Grey. Con la agitación de su regreso de Helwater, los preparativos de la boda y las nuevas órdenes del regimiento se había olvidado momentáneamente. Pero estaba seguro de que Hal ya habría tenido tiempo de hablar con ella.

—Mamá, ¿te habló Hal de la página del diario de papá que encontró en su despacho?

Si al llegar le había parecido que su madre estaba un poco pálida, estaba claro que se había equivocado. Grey ya la había visto palidecer antes de cansancio y de enfado. Sin embargo, en aquel instante la sangre desapareció de su rostro en un segundo y la mirada de miedo en sus ojos resultó inconfundible.

—¿Lo ha hecho? —repitió, intentando sonar despreocupado—. Me preguntaba si tal vez tú también habías recibido alguna, quizá por correo.

Ella posó sus fieros ojos rápidamente sobre él.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El modo en que hablaste de James Fraser cuando me fui a Helwater —contestó con sinceridad—. Algo tuvo que haberte molestado de repente para que hablaras de aquel modo de ese hombre. Hace muchos años que lo conoces, pero lo único que sabes de él es que fue un importante jacobita.

Grey dejó de hablar, pero ella no dijo nada. Sus ojos seguían ardiendo como el carbón, pero ya no lo estaba mirando a él. Donde fuera que lo estuviera haciendo, estaba muy lejos de Grey.

—Sí —dijo por fin la mujer con voz distante. Parpadeó una vez y lo observó con mirada aguda, pero ya sin fuego en los ojos—. Tu padre siempre dijo que tú eras el más listo de los dos. —No lo dijo en forma de elogio—. Y en cuanto a eso de que «fue un importante jacobita»... no hay ningún «fue», John. Créeme. El que fue papista será siempre papista.

Él se abstuvo de apuntar que papista y jacobita no eran necesariamente lo mismo. Cuando la política entraba en una habitación, a menudo los principios saltaban por la ventana. A pesar de que muchos papistas apoyaron la causa de

los Estuardo, hubo bastantes protestantes que se unieron a ellos, ya fuera por oportunismo o porque realmente creían que Jacobo Estuardo era el divino soberano de la Gran Bretaña, sin importar su religión.

—Entonces, tú también recibiste una página del diario —dijo, afirmándolo en lugar de preguntar—. ¿Puedo verla?

—La quemé.

—¿Por qué? —gritó Grey y ella volvió a parpadear sorprendida. Entonces se lo quedó mirando un momento mientras elegía cuidadosamente sus palabras.

—Porque —contestó sin levantar la voz— no tengo ningún interés en guardarla. John, ¿alguna vez has oído la expresión «dejad que los muertos entierren a sus muertos»? Lo pasado pasado está y no me pienso aferrar a sus vestigios.

Él se encogió de hombros, luchando contra el impulso de decir algo de lo que se pudiera arrepentir, pero entonces sus ojos se posaron en la miniatura que ella tenía sobre el tocador. Había estado allí desde el día en que Gerard Grey se la había dado y habían pasado muchos años desde que John había dejado de darse cuenta de que seguía allí. Al observarla en aquel momento se sorprendió al ver lo mucho que aquel retrato se parecía a la imagen que veía él en el espejo. Su padre era más moreno, pero aun así... Aquello era una evidente prueba de que su madre no había olvidado el pasado.

—Mamá —dijo con suavidad—, eres muy mala mentirosa. ¿De qué tienes miedo?

—¿Qué? ¿Qué diablos quieres decir con eso? —exclamó indignada. Ella no acostumbraba a hablar así y, cuando lo hacía, a Grey siempre le parecía divertido; sin embargo, consiguió reprimir la sonrisa.

—Quiero decir —contestó con paciencia mientras hacía un gesto en dirección a la miniatura— que si deseas convencer al mundo de que te has olvidado completamente de mi padre, deberías esconder eso. Y cuando le digas a alguien que has destruido algo —añadió, señalando su secreter con la cabeza—, no debes mirar hacia el lugar donde lo has escondido.

Ella abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir y la volvió a cerrar. Lo miró, entrecerrando los ojos.

—Si tú no quieres la página de ese diario —dijo Grey—, yo sí la quiero.

—No —replicó su madre en seguida.

—¿Acaso contiene algo peligroso? ¿Se la has enseñado a Hal? —Por mucho que se esforzara, no podía evitar que un ligero tinte de furia tiñera sus palabras—. Ya no tengo doce años, mamá.

Ella lo miró durante un largo momento con una extraña expresión de arrepentimiento.

—Y es una lástima —concluyó al fin. Luego dejó caer los hombros, agachó la cabeza y se dio la vuelta, frotándose el cejo con los dedos—. Lo pensaré, John —añadió—. No te puedo prometer más. Ahora, retírate, me duele mucho la cabeza.

—Mentirosa —dijo él de nuevo, pero esta vez sin acalorarse—. Le diré a tu doncella que venga, ¿quieres?

—Por favor.

Salió de la habitación, pero cuando estuvo en el pasillo, se volvió y asomó la cabeza en el dormitorio.

—¿Mamá?

—Sí.

—Si quieres convencer a alguien de que no tienes miedo, míralo a los ojos. Buenas noches.

Por lo visto Percy Wainwright no había tocado una espada en su vida, por no hablar de haberla utilizado con algún propósito violento. Para poner remedio a tan sorprendente carencia, el joven accedió con amabilidad, cuando regresó de Bath, a asistir junto con Grey y Melton a su habitual práctica semanal para así conseguir la instrucción básica.

La *salle des armes* que frecuentaban los Grey estaba en la calle Monmouth y se encontraba en un pequeño y lúgubre edificio apretujado entre la casa de un prestamista y una tienda de textiles, cerca de St. Giles; la dirigía un pequeño hombre siciliano, cuya habilidad con la espada sólo era superada por su peculiar uso del idioma.

—Está gordo, gordo —dijo el *signor* Berculi sin preámbulos, mientras golpeaba con aspereza el, en realidad, plano vientre de Hal—. Algún *pidocchio* le quitará el suyo negocio y le clavará un estoque en su culo gordo.

Hal, que ya estaba muy acostumbrado al *signor* Berculi, ignoró sus comentarios y le presentó al señor Wainwright como nuevo miembro de la familia y del regimiento.

El *signor* rodeó a Percy negando con la cabeza y mordiéndose las uñas con preocupación. El joven parecía un poco inquieto, pero la mirada que le dedicó a Grey reflejaba diversión.

—¡Muy viejo, muy viejo! —se lamentó el *signor* Berculi deteniéndose delante de Percy y golpeándole el brazo. Hizo un gesto con la mano señalando a Grey—. Ése, la espada en la cuna. ¿Usted? ¡Bah! —espetó. Negó con la cabeza con violencia y luego se cruzó de brazos.

—Venga —dijo resignado, mientras agarraba a Percy de la manga—. Veamos su estocada. No clave los pies, ¿entendido?

Mientras el joven era despojado de sus ropas a toda prisa y se quedaba en camisa y calzones, le daba un maltrecho estoque sin punta y él empezaba a practicar la estocada, los Grey se quitaron también la ropa y se prepararon para la acción.

—*En garde*. —Hal adoptó la postura de forma natural: rodilla flexionada, estoque hacia adelante, el costado del cuerpo vuelto hacia su hermano, y la mano izquierda levantada con elegancia detrás de la cabeza.

—*J'ai regardé*. —Grey colocó su espada contra la de Hal con suavidad y la mantuvo allí. El *signor* Berculi rodeándolos y achinando sus redondos y brillantes ojos, gritó—: *Commencez!* —Y ellos empezaron.

Lo hicieron con una exhibición de forma, ninguno de los dos buscaba una ventaja real, sólo alguna pequeña abertura para intentar un *coupé* o un *passe avant* mientras se movían en círculos, muy despacio, para calentar los músculos.

Grey vio que Percy los miraba con interés hasta que el *signor* Berculi le llamó la atención y le gritó para que volviera a practicar la estocada.

Inspiró con fuerza y dejó que las sensaciones lo embargaran: el aroma que desprendía la mezcla de sudores, el sonido metálico de las espadas y el

roce de la empuñadura en la base de su mano. Le encantaba luchar con el estoque; era tan ligero que tenía la sensación de que era una extensión de su cuerpo.

Los dos hermanos se parecían mucho físicamente, eran de la misma altura, tal vez Hal tuviera algunos kilos más de ventaja en cuestión de peso, y Grey quizá tuviera algún centímetro más de envergadura. A pesar de esa evidente igualdad, y del hecho de que Hal era un buen espadachín, Grey sabía que él era mejor.

Rara vez demostraba su superioridad en sus combates de práctica porque sabía muy bien que Hal odiaba perder y que si él dejaba entrever su habilidad, su hermano se pondría de mal humor. Sin embargo, en aquel momento lo estaba presionando un poco más que de costumbre. Le dedicó una fugaz mirada a Percy y sintió un suave hormigueo que le recorrió la piel; entonces se dio cuenta de que ese día quería ganar y de que no le importaban las consecuencias.

—¿Tienes alguna noticia nueva sobre los conspiradores? —preguntó, tanto con la intención de distraer a Hal como para satisfacer su propia curiosidad.

Su hermano encajó su embestida con una intensa réplica, atacó e intentó una estocada en cuarta, que falló.

—Irán a juicio esta semana —contestó secamente.

—No he visto —estocada, estocada hacia atrás, finta en primera, tocó con suavidad el hombro de Hal y sonrió— ninguna mención del tema en los periódicos.

—Ya la verás. —Hal atacó, gruñendo, y Grey casi no consiguió esquivar su golpe a tiempo.

—Ellos —Hal estaba empezando a respirar con dificultad y le salían las palabras a trompicones— han decidido hacer lo que yo dije que harían.

—¿Suprimir los aspectos políticos del caso? —Grey seguía sin tener problemas para respirar—. Di tres tigres triscaban trigo en un trigal.

—¡Tres traperos trocean trescientos malditos trapos! ¡Maldito seas! —Una ráfaga de estocadas y un poderoso ataque que pasó rozando el pecho de Grey, tan cerca, que éste sintió cómo el acero le rozaba la camisa.

—Tres tigres triscaban trigo en un trigal, tres tigres triscaban trigo en un trigal, tres tigres... —Grey se rió. Él también se estaba empezando a quedar sin aliento. Dejó de hablar y se concentró en la pelea.

Estocada, estocada, finta, medio paso atrás para evitar la espada de Hal, que pasó rozándole la cara, otra estocada, Hal se estaba inclinando demasiado hacia adelante... Consiguió aguantar el equilibrio, saltó hacia atrás justo a tiempo, cuando el estoque de su hermano se levantaba. Una estocada en tercera, de nuevo en tercera y levantó el polvo con los pies al saltar sobre el suelo de madera.

Hal se había dado perfecta cuenta de lo que Grey pretendía. Éste podía sentir sus pensamientos como si estuvieran en su propia cabeza, y cómo su irritación se tornaba furia. Entonces, notó que Hal intentaba contenerse, se obligaba a mantener la compostura, a conservar la frialdad y la precaución.

Grey no tenía tanta capacidad de contención. Él estaba contento y no pensaba en nada, sólo quería saciar su sed de pelea. Sentía que su cuerpo estaba bien engrasado, tenso y escurridizo y empezó a tomarse peligrosas libertades, completamente seguro de que eludiría los ataques de su hermano. Vio una abertura, se lanzó al ataque gritando y la punta de su estoque tocó el muslo de Hal, deslizándose por la tela de sus calzones.

—Jesús —dijo su hermano, e intentó darle un golpe en la cabeza.

Grey se agachó riendo y se volvió a levantar como si tuviera un muelle mientras cogía la punta del estoque con una mano. La hoja del mismo se arqueó; luego la soltó y la espada golpeó la de Hal. El metal sonó con fuerza y el estoque saltó de entre las manos de su hermano.

Grey oyó a Berculi maldecir en italiano, pero no podía despistarse. Hal estaba contraatacando con rabia. Golpeaba su estoque con tanta fuerza que parecía que las dos espadas se fueran a romper. Esquivó su ataque y deslizó el brazo por el de él. Lo cogió por sorpresa y acabaron abrazados, con las armas entrelazadas y los cuerpos pegados el uno al otro.

Grey sonrió a Hal y entonces vio cómo saltaba la chispa en los ojos de éste. Sin embargo, él fue más rápido, se soltó y su hermano perdió el equilibrio un momento. Grey se agachó por instinto en un perfecto *passata-sotto* y la punta de su estoque acabó en la garganta de Hal.



—*Touché* —dijo con suavidad.

Retiró el estoque y le hizo una reverencia a su hermano, pero sus ojos estaban clavados en Percy. El joven había dejado de practicar la estocada para mirar y estaba apoyado contra la pared, con los ojos abiertos como platos. En ellos se adivinaba sorpresa y lo que Grey esperaba que fuera admiración.

El *signor* Berculi se había quitado la peluca y la estaba apretujando muy nervioso.

—¡Usted! —dijo, blandiéndola delante de la cara de Grey—. ¡No haga eso! ¡No es adecuado! ¡Insano! Pero bien —añadió, alejándose un poco de él y observándolo como si no lo hubiera visto nunca. Asintió mientras fruncía los labios juiciosamente—. Muy bien.

Hal se estaba frotando la cabeza y el cuello con una toalla. Estaba acalorado, pero parecía más contento que enfadado.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó.

—Estaba presumiendo delante de nuestro nuevo hermano —replicó Grey con indiferencia mientras miraba a Percy con despreocupación. Se pasó la manga por la cara. La tenía empapada, con la camisa y los calzones pegados al cuerpo y le temblaban todos los músculos—. ¿Otra vez?

Hal lo miró con reproche.

—Oh, creo que no —dijo—. Tengo una reunión. —Miró a Percy y le lanzó el estoque—. Tome, ahora tiene una oportunidad, Wainwright. Ya lo he dejado sin energía.

El chico abrió mucho la boca y el *signor* Berculi estalló en carcajadas. Percy le dio la vuelta a la espada lentamente, sin apartar los ojos de Grey.

—¿Puedo?

A él seguía palpitándole el pulso en los oídos y una sensación muy estimulante le recorrió la espalda, como las burbujas del champán en una copa.

—Claro, si le apetece. No se preocupe —añadió haciéndole una gran reverencia, con el estoque extendido—, seré suave.

Una hora más tarde, John Grey y Percy Wainwright se despidieron del *signor* Berculi y de la *salle des armes* y se fueron a Neal's Yard, donde en uno de los mesones favoritos de Grey servían un bistec sangriento con patatas y la especial salsa de champiñones del chef, una atractiva perspectiva para saciar apetitos voraces.

Era plenamente consciente de que el ejercicio había estimulado más de un apetito. El arte de la esgrima obligaba al espadachín a centrar toda su atención en el cuerpo del adversario; era importante leer las intenciones del contrincante en sus cambios de peso y en la forma de mirar, y saber buscar una debilidad de la que se pudiera sacar provecho. Grey había estado pendiente de hasta la última inspiración de Percy Wainwright durante la última hora, y sabía muy bien dónde residía su debilidad... y también la de él.

La sangre galopaba placenteramente por sus venas, y su cuerpo seguía muy caliente a causa del ejercicio. El día era soleado y la gélida brisa del invierno le secaba el sudor y provocaba una agradable sensación en su acalorada piel. La tarde se extendía seductoramente ante ellos, libre de obligaciones. Se suponía que tenía que llevar a Percy a hacer un recorrido por los cuarteles, las despensas, la plaza de armas, e irle presentando a los oficiales y soldados que se fueran encontrando por el camino. «Al diablo con ello», pensó. Tenían tiempo suficiente.

—¿De verdad tenía usted una espada en la cuna? —le preguntó Percy, esbozando una media sonrisa.

—Claro que no. No es bueno coger una espada si no tienes un buen sentido del equilibrio —explicó con gentileza—. Creo que hasta que cumplí los tres años, mi padre no empezó a confiar en que podía aguantarme con solidez sobre mis pies.

Fue gratificado por la mirada de incredulidad que le dedicó Percy, pero alzó la mano en señal de sinceridad.

—En serio. Si llega usted a tener una buena relación con mi... con nuestro hermano —se corrigió con una sonrisa—, pídale que le enseñe la cicatriz que tiene en la pierna izquierda. Hal decidió enseñarle a su hermano

pequeño a utilizar una espada, pero no prestó mucha atención y me dio su estoque para que lo intentara. La espada no estaba abotonada y le alcancé en la pantorrilla. Sangró muchísimo y cojeó durante un mes.

Percy estalló en carcajadas, pero recuperó rápidamente la compostura.

—¿Cree usted que es muy importante? Me refiero a eso de que tenga que aprender a utilizar la espada. El *signor* Berculi parece pensar que carezco de habilidad natural para aprender, y yo debo admitir que estoy de acuerdo con él.

Esa afirmación era cierta, pero Grey no se lo dijo. Se limitó a hacer un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Siempre es recomendable saber manejar armas, especialmente cuando se está cerca de la pelea, pero conozco muchos oficiales que no saben. Es mucho más importante saber actuar como un oficial.

—¿Y eso cómo se hace? —Percy parecía estar sinceramente interesado, lo cual ya era un buen primer paso, y Grey así se lo dijo.

—Deberá usted cuidar de sus hombres, pero también de su determinación. En la batalla, lo mirarán a usted y, a veces, su fuerza de voluntad será lo único que los convenza para pelear. En ese punto, su bienestar físico dejará de ser una preocupación, tanto para ellos como para usted. Lo único que importa es conseguir que se mantengan unidos y conocerlos bien. Y para que lo logre, deben confiar en usted.

Cuando vio la mirada de preocupación que arqueaba las oscuras cejas del joven, decidió cambiar los planes que tenía para aquella tarde.

—Después de comer iremos a la plaza de armas y le explicaré en qué consiste la instrucción. Ése es el motivo de que exista, así como la disciplina; los hombres deben habituarse a seguir sus órdenes en todo momento sin vacilar. Y luego —añadió con un tono de voz muy distinto— tal vez podamos cenar algo. Su casa está convenientemente situada junto a la plaza de armas, creo. Si no le importa... quizá podamos comprar un poco de pan y queso y comer allí.

A Percy se le iluminó la cara y su expresión de preocupación dejó paso a una lenta sonrisa.

—¿De qué le estaba hablando Melton durante su pelea? ¿De una

conspiración de sodomitas? —Había cierto tinte de incredulidad en su voz—. ¿Una conspiración para qué?

—Oh... para provocar escándalo, minar la moralidad pública, seducir niños, sodomizar caballos. —Sonrió de forma insulsa, clavando la mirada en un caballero anciano que pasaba junto a él y que se lo había quedado mirando muy sorprendido al oír lo que decía—. Ya sabe, esa clase de cosas.

Percy resopló y le dio un codazo.

—Claro —contestó sin dejar de resoplar—, no olvide usted que me educó un metodista.

—Creía que los metodistas ni siquiera admitían la existencia de esas cosas.

—En voz alta no, claro —replicó Percy secamente—. Pero ¿por qué está preocupado su hermano por ese asunto en particular?

—Porque —empezó, pero no siguió hablando. Un hombre lo empujó de malas formas y lo hizo tambalearse hasta la pared.

—¿Qué diablos...? — Con indignación, se llevó una mano al hombro dolorido y entonces vio la mirada del hombre y se apartó.

No había visto el cuchillo, pero había oído el ruido que éste hizo cuando se deslizó por la pared de ladrillos en la que Grey estaba apoyado hacía sólo un minuto.

El otro se estaba comenzando a recuperar y se empezaba a dar la vuelta. Grey le dio una patada, esperando alcanzarlo en la rodilla, pero en cambio le dio en la pantorrilla y se hizo daño en el pie. Aun así, el hombre gritó y se apartó. Él cogió a Percy de la manga.

—¡Corra!

El joven lo hizo. Grey lo seguía de cerca. Se lanzaron a toda velocidad por una calle, esquivando puestos de castañas calientes, de naranjas y a un grupo de mujeres que gritaron y se dispersaron cuando ambos hombres pasaron corriendo entre ellas. Detrás oían las pisadas sobre el pavimento; Grey miró por encima de su hombro y vio a dos hombres, corpulentos y decididos, persiguiéndolos.

Se había dejado el estoque en la *salle des armes*, maldita fuera. Sin embargo, tenía su daga. Se desvió hacia un callejón, se abrió el chaleco y

rebuscó desesperadamente para encontrarla. No tuvo más que un segundo antes de que el que lo había atacado se abalanzara sobre él e intentara agarrarlo esbozando una sonrisa desdentada. Cuando su asaltante vio la daga, se apartó. Demasiado tarde. Tenía la punta clavada en el abdomen y le rasgaba la camisa y la piel. Grey vio la sangre y continuó con el ataque, gritando y clavándola más profundamente.

El otro reculó alarmado y gritó:

—¡Jed!

El tal Jed llegó en seguida y se puso detrás de su compañero con un garrote negro. Golpeó a Grey en el antebrazo, dejándoselo entumecido, y luego lo volvió a golpear en la mano. La daga se le cayó encima de un montón de basura, pero Grey no se entretuvo en buscarla.

Esquivó otro golpe y corrió por el callejón, buscando una salida o refugio, sin encontrar ninguna de las dos cosas.

Los dos hombres fueron tras él. Grey no tenía tiempo de preguntarse dónde estaría Percy. Una pared de ladrillo se alzaba delante. Callejón sin salida.

Una puerta. Había una puerta y Grey se abalanzó contra ella, pero ésta no cedió. La golpeó, le dio patadas, gritó pidiendo ayuda. Una mano lo agarró del hombro y él se volvió al tiempo que lanzaba un fuerte puñetazo. Su atacante hizo una mueca y retrocedió para golpearlo.

Jed y su maldito garrote ya estaban de vuelta, resollando a causa de la carrera.

—Dale —ordenó el primer hombre, echándose hacia atrás para dejarle espacio a Jed, que cogió el garrote con las dos manos y lo clavó en las costillas de Grey.

El siguiente golpe le alcanzó en los testículos y el mundo se volvió blanco. Se desplomó como un saco y se hizo un ovillo en el suelo, sin pensar en los húmedos adoquines que tenía debajo de la cara. Era vagamente consciente de que estaba a punto de morir, pero era incapaz de hacer nada al respecto. Sentía patadas y los golpes del garrote sobre el cuerpo, aunque apenas los sentía ya, debido a la profunda agonía que experimentaba.

Entonces se detuvieron y, por un bendito momento de alivio, pensó que

había muerto. Sin embargo, respiró y descubrió que seguía vivo. El dolor se abrió paso a través de su cuerpo, repentino y punzante como la chispa eléctrica de una botella de Leyden.

—¿Es usted? —preguntó una áspera voz escocesa desde arriba—. Ya me lo había parecido. ¿Está muy malherido?

Era incapaz de contestar. Unas enormes manos lo agarraron por debajo de las axilas y lo sentaron contra la pared. Grey intentó gritar, pero sólo pudo emitir un pequeño quejido. Estaba sin aliento y sentía cómo la bilis le trepaba por la garganta.

—Parece que sí, ¿verdad? —dijo la voz con tono de resignación mientras Grey se ponía de lado para vomitar—. Espere, iré a buscar mi silla.

El jovencísimo boticario observó el brazo de Grey con atención y se lo palpó con cautela.

—¿Le duele, verdad? —preguntó con comprensión al oír su resoplido.

—Bueno, no estoy precisamente bien —dijo él, esforzándose por dejar de apretar los dientes—. Pero dudo mucho que lo tenga roto. —Hizo girar la muñeca muy despacio, tensándose ante la posibilidad de oír el crujido de algún hueso, pero todo se movió como debía. Dolía pero se movía.

—Ya te he dicho que no eran más que golpes. —Rab MacNab cambió de postura, descruzó los brazos y se apartó de la pared donde estaba apoyado—. Agnes no quería, pero le hemos traído un doctor de todos modos. Ella decía que era un desperdicio de dinero.

A pesar de sus palabras, el enorme sillero miró con cariño a su diminuta mujer. Ella lo miró con desdén.

—No quería que un aristócrata muriera en mi establecimiento —comunicó la mujer con brío—. Es malo para el negocio. —Apartó al boticario y se inclinó para observar con atención el rostro de Grey. Unos brillantes ojos castaños se deslizaron por sus maltrechos rasgos. Luego sonrió y se le arrugó toda la cara.

—¿Ha disfrutado del viaje?

—Le estoy muy agradecido a su marido, señora —dijo.

A pesar de estar naturalmente aliviado de haber sido descubierto y rescatado por un conocido, que lo metieran en la silla de mano de MacNab y lo llevaran al trote durante casi dos kilómetros, había resultado casi tan insoportable como lo que le estaban haciendo aquellos dos sinvergüenzas.

—Los felicito por su nuevo establecimiento —añadió, deseando cambiar de tema. Intentó sentarse y descolgó las piernas por el diván, obligando al joven boticario, un chico que no podía tener más de quince años, a soltarle el brazo.

—Muchísimas gracias —dijo Nessie, agradecida.

Grey no podía evitar pensar en ella como Nessie, ya que ése era el nombre con el que la había conocido antes de su transformación de prostituta a madam y luego a esposa. Se tocó el respetable peinado que llevaba y paseó la mirada por el diminuto salón, muy contenta. Había unos cuantos muebles destartados, todos ellos con signos de estar muy usados, pero todo estaba escrupulosamente limpio y una buena vela de cera ardía sobre una palmatoria de latón.

—Es pequeño, pero es un buen sitio. Tenemos tres chicas, todas muy limpias y complacientes. Espero que nos recomiende ante sus conocidos. Aunque podríamos acomodar a su amigo gratis —añadió, dirigiéndose con elegancia hacia Percy—. Quizá quiera pasar un buen rato mientras lord Grey se recupera. Janie estará libre en seguida.

Percy había estado oyendo los ruidos que procedían del otro lado de la pared, presumiblemente relacionados con Janie, dado que el caballero que estaba con ella no dejaba de jadear su nombre. Le hizo un gesto con la mano con decoro.

—Le agradezco mucho la oferta, señora, pero no deseo agotar demasiado a la muchacha. Me imagino que tendrá que descansar.

—Oh, no. Janie puede seguir todo el día y toda la noche —le aseguró MacNab con orgullo. Aunque pareció aliviado al oír la educada excusa de Percy.

»Entonces, me voy —dijo el sillero mientras se levantaba—. Pero ¿quiere usted que vuelva luego? ¿Para llevar a su señoría a casa cuando se recupere?

—No, no —contestó Grey rápidamente—. Creo que estoy bastante recuperado. El señor Wainwright y yo nos iremos paseando.

Percy arqueó las cejas y todas las personas que había en la habitación miraron a Grey con recelo. Esa reacción le hizo pensar que los golpes que tenía en la cara debían de ser peores de lo que pensaba.

—Debería usted dejar que le sangrara, milord —dijo el boticario con seriedad—. Podría ser peligroso que saliera a la calle, con el frío que hace, sin haberlo hecho antes, y está usted herido. Tiene una presión muy fuerte en el hígado. Podría coger un resfriado. Y los moretones que tiene en la cara... debería usted dejar que le pusiéramos alguna sanguijuela.

Grey odiaba que lo sangraran y odiaba aún más a las sanguijuelas.

—No, le aseguro que estoy bastante bien. —Se puso de pie y, al levantarse, no pudo evitar balancearse un poco. En las comisuras de los ojos veía algunos puntos de luz brillantes. Un coro de consternadas exclamaciones le informaron de que se estaba cayendo y pudo apoyarse justo a tiempo de sostenerse; entonces se volvió a dejar caer sobre el diván.

Unas preocupadas manos lo cogieron de los hombros y lo ayudaron a tumbarse. Tenía la frente cubierta de una fina capa de sudor frío y una suave mano se lo secó con un paño mientras él recuperaba la visión.

Para su sorpresa, cuando abrió los ojos descubrió que aquella mano era de Percy y no de Nessie.

—Quédese aquí y deje que lo sangren como un buen chico —dijo Percy con firmeza, reprimiendo una sonrisa—. Yo iré a buscar un carruaje que nos lleve a casa. —Se incorporó y les hizo una reverencia a Nessie y MacNab.

—Estoy en deuda con ustedes por su ayuda y su hospitalidad. Por favor, permítanme que me ocupe de la factura del caballero. —Mientras se dirigía al boticario, se llevaba la mano al monedero.

—No, no. —Grey buscó su casaca. Alguien la había doblado pulcramente y se la había puesto debajo de la cabeza—. Ya lo pago yo.

—¿Ah, sí? —MacNab arqueó sus gruesas cejas, sorprendido—. Estaba convencido de que aquellos dos maleantes le habrían quitado el monedero.

—No, lo tengo aquí. —Y era cierto. Por lo que recordaba, seguía llevando en los bolsillos todo lo que tenía antes.



—Hum. —El boticario se había puesto rojo y miraba a Nessie con desesperación—. No se preocupen, caballeros. Quiero decir, mis honorarios... eso...

Un grito de éxtasis se oyó al otro lado de la pared, junto al oído de Grey.

—Le he prometido una hora con Susan —explicó Nessie muy contenta—. Pero si a su señoría no le importa pagar los honorarios de la chica...

—Claro. —Grey abrió el monedero y sacó unas cuantas monedas.

—Ehh...

Miró al joven boticario, cuyo rostro había adquirido un tono más bien escarlata.

—En lugar de Susan, ¿podría quedarme con Janie?

Grey suspiró y añadió otro florín a las monedas que descansaban sobre la mano de Nessie.

No empezó a hacerse preguntas hasta que se tumbó en el diván y dejó que el boticario le subiera la manga. Él también había asumido que el motivo del ataque había sido el robo. Pero aquellos dos granujas seguro que tuvieron muy claro que era incapaz de moverse después del segundo golpe y, sin embargo, no le vaciaron los bolsillos y salieron corriendo. Siguieron golpeándolo hasta que apareció MacNab y los asustó.

¿Tendrían la intención de asesinarlo? Ese pensamiento era tan frío como la hoja de acero que tenía sobre el brazo. Hizo una mueca al notar la punzada de la cuchilla y cerró los ojos.

«No —pensó de repente—. Tenían un cuchillo.» El primer intento lo habían hecho con esa arma; el sonido que había oído deslizarse sobre los ladrillos era inconfundible. Si hubieran querido matarlo, habrían podido hacerlo sin problemas. Y no había sido así.

Experimentó una sensación de calidez al notar cómo brotaba la sangre de la herida y se deslizaba por su brazo; resultaba casi relajante.

Pero si la intención de sus asaltantes sólo era golpearlo... ¿por qué? Él no les conocía. Si la intención era avisarlo... ¿de qué?

## 11. Advertencias

**Entre** unas cosas y otras, Grey no se había preguntado cómo reaccionaría su madre cuando se enterara de lo sucedido. De haberlo hecho, habría esperado que lo consolara, que le ofreciera algo fuerte para beber y que lo dejara descansar. Jamás hubiera esperado que se pusiera tan blanca como una sábana. No hubiese imaginado que temería tanto por su bienestar ni que se enfadaría tanto.

—¡Esos bastardos! —dijo su madre, en un tono de voz que apenas superaba el susurro, lo cual en ella era una señal de absoluta furia—. ¿Cómo se han atrevido?

—Pues les ha resultado muy fácil, me temo.

Grey estaba sentado, con cautela, ante el tocador de su madre y se miraba en el esmaltado espejo de mano que había sobre el mismo. El boticario tenía razón respecto a las sanguijuelas. A pesar de que seguía teniendo la mandíbula dolorida, la hinchazón se había reducido mucho y ya sólo le quedaba un poco de moretón azul que le rodeaba un ojo y se le extendía hasta la sien. Sin embargo, se había hecho un corte en la mejilla y un reguero de sangre se le había deslizado por la mejilla, manchándole el pañuelo que llevaba anudado al cuello y la camisa. Se había roto la casaca y no quería ni pensar en lo sucia que tendría la ropa después de haberse revolcado en aquel callejón; Tom también se iba a poner hecho una furia.

—¿Los reconociste? —La condesa llevaba un rato apretando el respaldo de una silla. Una vez pasada la sorpresa inicial, seguía doblando los dedos compulsivamente, como si quisiera estrangular a alguien. Hal había heredado su carácter.

—No —contestó, dejando el espejo—. Eran granujas corrientes. No pasa

nada, mamá. Ni siquiera me robaron. —Se estiró de la manga de la casaca para esconderse la mano derecha, que, tras sufrir el asedio de las sanguijuelas, tenía mucho peor aspecto que su cara.

La mujer apretó los labios e inspiró con fuerza. Con la clásica tendencia incapaz de atacar a los malvados que habían lastimado a su vástago, estaba empezando a volcar su furia sobre dicho vástago.

—¿Qué diablos estabas haciendo en Seven Dials, John?

Él empezó a arquear una ceja, pero le dolió y dejó de hacerlo.

—Hal y yo hemos llevado a Percy Wainwright a la *salle des armes*. Éste y yo íbamos a comer algo.

—Oh, ¿Percy Wainwright estaba contigo? ¿Está herido? —Su madre arrugó la frente, preocupada.

—No.

—Debo admitir que me sentiré mucho más aliviada cuando estéis todos en Alemania —dijo con aspereza—. Seguro que me preocupo mucho menos por vosotros cuando estéis frente a los cañones y cargando contra reductos llenos de granadas.

Grey se rió al oír eso, aunque intentó hacerlo con cuidado, para que no le dolieran las costillas. Luego se levantó con cautela. Al hacerlo, sintió el peso de un pequeño y duro objeto que llevaba en el bolsillo y, de repente, se acordó de algo.

—Papá pertenecía a la francmasonería, ¿verdad?

—Sí —contestó ella con una renovada incomodidad brillando en los ojos—. ¿Por qué?

—Me estaba preguntando... ¿podría ser que esto le perteneciera? —Sacó el anillo del bolsillo y se lo dio. Tal vez lo hubiera cogido de la biblioteca sin querer. En ella había una bandeja con unas cuantas cosas del duque. Las conservaban allí a modo de memorial, aunque Grey no recordaba haber visto ningún anillo entre aquellos objetos.

Vio que su madre, antes de coger el anillo, desviaba la vista hacia el pequeño secreter con incrustaciones que tenía en una de las esquinas de la habitación. Ese ínfimo gesto le dejó muy claro a Grey que su padre sí tenía un anillo como aquél, y que ella lo conservaba. Volvió a pensar con cinismo

que no le parecía una buena forma de querer enterrar el pasado.

La condesa se puso el anillo en la mano izquierda. Le bailaba como un aro en un palo y ella negó con la cabeza, volviéndolo a dejar sobre la palma de la mano de él.

—No, es demasiado grande. ¿De dónde lo has sacado? ¿Y por qué piensas que podría ser de tu padre?

—Por ningún motivo en especial —contestó encogiéndose de hombros—. No me acuerdo de dónde lo cogí.

—Déjame verlo otra vez.

Perplejo, le dio el anillo y la observó mientras ella lo hacía girar de delante a atrás y lo acercaba a la vela para poder ver el interior. Finalmente, volvió a negar con la cabeza y se lo devolvió.

—No, no lo sé. Pero..., John, si recuerdas de dónde lo cogiste, ¿me lo dirás?

—Claro —respondió con ligereza—. Buenas noches, mamá. —Sin mediar una palabra más le dio un beso en la mejilla y la dejó haciéndose mil preguntas.

Grey rechazó la oferta de Tom, que le había ofrecido un poco de pan y un vaso de leche. Prefirió tomarse una buena copa de whisky, o dos, junto a la chimenea de la biblioteca. Ya había adquirido un buen estado de reconciliación con el universo cuando Brunton entró para decirle que tenía una visita.

—No voy a entrar. —Percy Wainwright le sonrió desde las sombras del porche—. No estoy en condiciones de estar dentro. Sólo he venido a traerle esto.

«Esto» resultó ser su daga, que Percy depositó con suavidad en sus manos. El joven no había exagerado al decir que no estaba en condiciones de entrar; tenía la ropa extremadamente sucia, con muchas manchas y desprendía el particular hedor de los callejones y la basura.

—Volví a buscarla —explicó—. Por desgracia, estaba bajo una montaña de coles podridas; siento lo del olor. Pensé que podría usted necesitarla —concluyó, bastante avergonzado.

Grey lo habría besado sin importarle el dolor que el beso le hubiese

dejado en los labios, pero se lo impidió la acechante presencia de Brunton en el vestíbulo. Lo único que pudo hacer fue estrecharle la mano en señal de gratitud.

—Gracias. ¿Le veré mañana?

La sonrisa de Percy brilló en la oscuridad.

—Oh, sí. O tal vez debería decir sí, señor. Por lo poco que sé, ahora es usted mi oficial superior, ¿verdad?

Él se rió al oírlo. En aquel momento, los moretones, la sangre y el extraño comportamiento de su madre le parecieron absolutamente intrascendentes.

—Supongo que sí. Mañana por la mañana redactaré una mención de honor para usted.

## 12. Oficiales y caballeros

—Nosotros no somos como los rusos —le dijo Quarry a Percy con amabilidad—. Los malditos oficiales nunca se acercan a sus tropas, por no hablar de entrar en combate.

—¿Ah, no? —Percy parecía cauteloso, como si pensara que aquélla podía ser una buena idea.

Había pasado toda la semana recibiendo enseñanzas sobre las obligaciones de un alférez y un segundo lugarteniente, que consistían en asistir a desfiles, instrucciones, pasar lista, organizar las guardias y hacer listas exactas de provisiones. El capital Wilmot se había quejado de su caligrafía antes de regañarlo por perder doce docenas de botas y enviar al sitio equivocado diez barriles de pólvora. También debía ocuparse de supervisar los cuidados que los enfermos recibían en el hospital, de los cuales, por suerte, había muy pocos en aquella época, y encargarse de acomodar a los soldados.

—Tenga usted cuidado con las facciones —añadió Quarry—. Tenemos dos batallones, uno de ellos lucha en el extranjero mientras que el otro se reequipa y recupera fuerzas. Pero no somos tan numerosos como otros, y muchos de nuestros soldados son veteranos que se llevan muy bien entre ellos. Sin embargo, habrá un flujo de hombres nuevos durante el siguiente mes que suelen ser absorbidos por un grupo u otro. Usted no puede permitir eso. Le estarán observando debido a la conexión familiar y no puede notarse ningún favoritismo hacia ningún grupo en concreto, salvo, claro está, las compañías que estén directamente bajo su mando. Tendrá usted cuatro de ellas, ¿le ha quedado todo claro?

—Oh, sí, señor —respondió Percy apresuradamente, haciendo sonreír a

Quarry.

—Buen chico. Ahora vaya a buscar al sargento Keeble y aprenda en qué agujero del mosquete tiene que meter la bala.

—Keeble está en la plaza, con una compañía —lo interrumpió Grey, que se había parado a dejar unos papeles en el despacho de Harry—. Ahora tengo un momento, ya me ocupo yo de la instrucción con el mosquete.

—Muy bien. ¿Qué es todo esto? —Quarry cogió sus anteojos y miró los papeles. Abrió los ojos como platos y se quitó los anteojos como si fuera incapaz de creer lo que estaba viendo—. ¿Qué? —gritó.

Grey tiró de la manga de Percy.

—Puede usted retirarse —susurró—. Vamos.

El joven lanzó una última e inquieta mirada a Quarry, que se había puesto rojo de rabia y estaba ojeando los papeles, soltando maldiciones. Quarry no lo miraba, pero Percy saludó con energía y se dio media vuelta para seguir a Grey.

—¿De qué iba todo eso, si se me permite saberlo? —preguntó, cuando estuvieron fuera del despacho.

—Nada. —Grey se encogió de hombros—. Instrucciones del Ministerio de la Guerra que contradicen las últimas órdenes que dieron. Ocurre una vez a la semana más o menos. ¿Cómo se está adaptando usted a todo? —Al estar tan ocupado con sus asuntos, apenas había podido ver a Percy durante la semana.

—Bastante bien, o por lo menos eso espero —contestó Percy con cautela—. La gente me grita mucho.

Grey se rió.

—Una de sus principales obligaciones es aguantar que le griten —le aseguró.

—A usted nadie le grita.

—Yo soy comandante —respondió él con suficiencia—. Nadie puede permitirse el lujo de gritarme; dentro del regimiento, claro. A excepción de Harry, el coronel Symington, y mi hermano. No me preocupo mucho por Harry, intento mantenerme alejado de la vista de Symington y soy extremadamente cuidadoso cuando estoy con Melton. Le recomiendo que

haga lo mismo. ¿Ha inspeccionado los cuarteles esta mañana?

—Ayer. ¿Hay algo a lo que deba prestar especial atención para evitar problemas?

Grey había estado con él durante la primera ronda de esas inspecciones, pero en aquel momento aprovechó para explicarle algunos detalles.

—Cuando pase revista a los soldados que se alojan en los cuarteles, debe buscar señales de ebriedad, lo cual no es difícil de observar, se lo aseguro. También deberá usted estar atento a los que muestren indicios de jugar en exceso o de abusar de la prostitución. Para los que están alojados en la ciudad...

—¿Cómo se sabe lo que se considera excesivo?

—Si a algún hombre le faltan partes importantes del uniforme, eso quiere decir que está jugando en exceso. Si le faltan partes importantes de su anatomía, como resultado de la sífilis, o si encuentra usted alguna prostituta en su cama, que está por encima de los límites. No importa que tengan sífilis o gonorrea siempre que puedan seguir teniéndose en pie.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Alguna vez ha padecido alguna de esas enfermedades?

—No —contestó Grey ladeando la cabeza para mirar a Percy—. ¿Y usted?

—Una vez, cuando era más joven. —Se estremeció—. Fue la única vez que me acosté con una mujer. Si por aquel entonces no hubiera sabido ya lo que era eso, me habría bastado para aclarar el asunto.

—¿Era una prostituta? —inquirió Grey con simpatía.

Él se había acostado con algunas a lo largo de aquellos años; en parte por necesidad y en parte, al principio, por curiosidad de pensar que tal vez la experiencia pudiera disparar algún deseo latente por las mujeres.

—No —respondió Percy—. En realidad, era una dama bastante conocida, con una gran reputación de beata. Era mucho mayor que yo —añadió con delicadeza.

—¿Está muerta? —preguntó Grey con interés—. ¿La conozco?

—Sí, sí la conoce, y no, no está muerta. Cambiando de tema, ¿qué se supone que tengo que observar cuando el coronel Quarry dice que tengo que



fijarme en el aspecto de los soldados?

—Oh. —Grey hizo un gesto con la mano hacia el distante patio de desfiles, donde algunos cabos gritones obligaban a un montón de nuevos reclutas a formar extrañas filas—. Debe usted fijarse en si parecen más delgados o más pálidos de lo normal. Si tienen un aspecto extraño.

—¿Y cómo voy a saber eso? —protestó Percy—. ¡A muchos de ellos sólo los he visto una vez!

—Bueno, a partir de ahora los visitará una vez por semana, o más a menudo si cree que hay algún indicio de problemas —le explicó Grey con paciencia—. Para finales de la segunda semana, tendrá usted que haberse aprendido sus nombres y, para la tercera, ya debería saber el nombre de sus madres, sus hermanas y sus novias.

—Después de la cual, tal vez ya haya aprendido las obligaciones de un alférez y haya ascendido a segundo lugarteniente y pueda olvidarme de todos.

—No los olvidará —dijo Grey con seguridad—. Un oficial jamás olvida a sus hombres. No se preocupe, yo tengo mucha fe en usted.

—Me alegro de oír eso —replicó Percy, con un tono de voz de extrema duda mientras lo seguía hasta la armería—. Y esto son mosquetes, ¿no?

A pesar de las protestas de Percy en cuanto a su supuesta ignorancia e ineptitud, resultó ser un buen tirador. Grey lo había acompañado a las afueras de Londres, a un descampado, para que probara su puntería sin testigos y se había llevado una agradable sorpresa.

—Y esto son mosquetes, ¿no? —Grey imitó lo que había dicho Percy, mientras metía el dedo en uno de sus blancos, cuya tela estaba atravesada por múltiples disparos.

El joven sonrió con descaro.

—Nunca he dicho que no hubiera cogido una arma.

—No, no lo hizo. —Subió el blanco—. ¿Qué clase de arma?

—Pistolas, básicamente. Y de vez en cuando algún mosquete. —Percy no entró en detalle, quitándole importancia a los elogios de Grey con modestia—. Eso que ha dicho el coronel Quarry sobre las conexiones familiares... —Vaciló, sin estar seguro de cómo expresar su pregunta.

—Bueno, podría haber un poco de celos entre los demás oficiales — explicó Grey con toda naturalidad—. Se ven como rivales unos a otros y, evidentemente, sospecharán que goza usted de trato preferente. Aunque usted no puede hacer gran cosa al respecto, excepto hacer bien su trabajo.

Percy se pasó un pañuelo por la cara para limpiarse las manchas de pólvora.

—Eso pretendo —afirmó con decisión—. ¿Qué otras habilidades debería poseer, según usted?

—Bueno —respondió Grey, observando la elegante figura de Percy—. Debería usted saber bailar. ¿Sabe bailar?

El joven lo miró con incredulidad.

—¿Bailar?

Él lo miró también con incredulidad, pero no se estaba burlando. Dada la facilidad con que Percy se desenvolvía en sociedad, Grey acostumbraba a olvidar que no se había criado en aquel mundo, sino en una familia de estrictos metodistas. No sabía nada de los metodistas, pero imaginaba que pensaban que bailar era un pecado.

—Bailar —repitió Grey con firmeza—. Es algo muy necesario para cualquier hombre de buena educación, y mucho más para un oficial. Según una gran autoridad en la materia, la esgrima proporciona velocidad y fuerza, mientras que el baile confiere elegancia y dignidad, tanto al porte como a los movimientos.

—En ese caso, estoy condenado.

—Bueno, bailar no es tan difícil —dijo Grey frotándose la parte inferior de la nariz con el dedo, para no reírse—. Venga conmigo.

—¿Adónde vamos? —Percy recogió el mosquete, los cartuchos, el cebador, la polvorera y demás utensilios de tiro.

—A casa de mi hermano. Mi cuñada ha contratado un buen profesor de baile para sus hijos y estoy seguro de que nos ayudará. Seguro que le puede dar algunas clases para que aprenda de una forma discreta.

Minnie se mostró encantada con Percy, al que aún no conocía, y más encantada todavía de que le pidieran ayuda. Grey ya había observado esa paradoja femenina en otras ocasiones: las mujeres que se derretían por

hombres poderosos que pudieran protegerlas se mostraban encantadas de recibir peticiones de ayuda por parte de cualquier hombre que estuviera en su ámbito de influencia.

Dejó a Percy con Minnie que, a pesar de su embarazo, le estaba enseñando pasos y figuras con considerable habilidad, y se fue a la biblioteca.

Hal poseía una buena colección de libros de historia, tácticas militares y teoría, así que aprovechó para abastecerse sin ningún reparo de aquellos volúmenes que pensaba que podían ser de mucha ayuda en la instrucción militar de Percy.

Le pareció que el *Epitoma Rei Militaris que flavius Vegetius Renatus*, más conocido como «Vegetius» por los más cercanos, había escrito entre los años 385 y 450 a. J.C. era un buen comienzo. También era uno de los libros favoritos de Hal.

—Pocos hombres nacen siendo valientes, muchos se convierten en tales mediante el entrenamiento y la fuerza de la disciplina —murmuró, metiéndose el libro debajo del brazo.

También estaban los tres volúmenes de *Historie de la dernière Guerre de Bohème*, de Mauvillon. Era un libro muy popular y bastante reciente; sólo hacía dos años que se había publicado en Áms terdam. Únicamente encontró los volúmenes I y II. Hal debía de estar leyendo el tercero. Decidió llevarse el primero.

Dudó entre Marco Aurelio, Tácit y Vauban, pero acabó sintiendo el impulso de añadir la *Eneida* de Virgilio, para que Percy pudiera leer algo un poco menos pesado. Aquello sería suficiente por el momento. A fin de cuentas, el joven no disponía de mucho tiempo aquellos días; por lo menos, no más del que tenía Grey.

Oyó el sonido de unas pisadas y dejó de mirar las estanterías para darse la vuelta. Su hermano había vuelto a casa.

—¿Otra vez robando mis libros? —le preguntó Hal, esbozando una sonrisa.

—Recuperando los que son míos. —Grey dio un golpecito sobre la *Eneida* que, en efecto, era suyo—. Y tomando prestado el Vegetius para Percy Wainwright, si no te importa.

—En absoluto. Quarry dice que se está adaptando bien —apuntó Hal—. Por lo que veo, o más bien por lo que puedo oír, Minnie le está enseñando a bailar. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al salón de donde procedía el sonido de unas risas y de voces que contaban pasos. Aquello, sin duda, indicaba el satisfactorio progreso de la primera lección.

—Sí, creo que le vendrá bien —comentó Grey, contento de escuchar la buena opinión de Hal.

—Estupendo. Mañana lo voy a poner al mando de una compañía que deberá ir a Sussex para recuperar un cargamento de pólvora.

Grey sintió un inmediato impulso de protestar, pero consiguió acallarlo a tiempo. Su oposición a aquella sugerencia tenía más que ver con el hecho de que él y Percy habían acordado verse en privado al día siguiente que porque tuviera ninguna duda sobre la capacidad del joven para llevar a cabo con éxito esa misión, o con lo que sabía sobre los peligros inherentes a cualquier expedición en la que estuvieran implicados barriles de pólvora negra y soldados sin experiencia.

—Oh, estupendo —contestó con tono despreocupado.

Igual que Percy, estaba empezando a sentir que estaba condenado. Por lo menos al celibato.

—¿Dónde has estado? —preguntó con curiosidad cuando se dio cuenta de que Hal no llevaba el uniforme bajo la capa.

Su hermano pareció ligeramente desconcertado y Grey en seguida se dio cuenta con interés de que se estaba planteando si debía decirle la verdad o no.

—En Bath —respondió con sólo un instante de retraso.

—¿Otra vez? ¿Qué diablos hay en Bath?

—No es de tu incumbencia.

De repente, y sin previo aviso, Grey se enfadó. Soltó los libros sobre el escritorio haciendo ruido sobre la madera.

—¡No me digas lo que me incumbe y lo que no!

Si Hal se mostró sorprendido sólo fue un instante.

—¿Tengo que recordarte que yo soy el cabeza de familia? —preguntó bajando la voz, mientras miraba en dirección a la puerta.

—Y yo formo parte de esta maldita familia. No me puedes engatusar

diciéndome que las cosas no son de mi incumbencia. ¡No puedes mandarme a Aberdeen para evitar que haga preguntas!

Hal tenía aspecto de querer hacer precisamente eso, pero hizo un evidente esfuerzo por controlarse.

—Ése no es el motivo por el que decidimos enviarte a Aberdeen.

Grey se abalanzó sobre ese comentario.

—Entonces, ¿por qué?

Su hermano lo fulminó con la mirada.

—Prefiero no decírtelo.

Hacía muchos años que Grey no le pegaba a Hal, y la última vez que lo había intentado perdió la pelea. Lo miró de una forma que sugería que en esa ocasión no perdería. Su hermano le devolvió la mirada y cambió de postura, indicando que aceptaría de buen grado la oportunidad de aliviar sus sentimientos mediante un poco de violencia. Aquello era interesante; Hal estaba más enfadado de lo que parecía.

Grey le sostuvo la mirada y dejó de apretar el puño para apoyar la mano sobre el escritorio.

—No es mi intención insultar tu inteligencia al indicarte que ya soy un hombre adulto —dijo con educación.

—Me alegro —respondió Hal muy secamente—. Entonces yo tampoco insultaré la tuya explicándote que es precisamente el hecho de que seas un hombre adulto lo que me impide darte más explicaciones. Ven a la plaza mañana a las diez.

Salió de la habitación sin mirar atrás, pero había cierta tensión en sus hombros que sugería que se había dado cuenta de que Grey podría arrojarle algún objeto.

Si hubiera tenido algo a mano que le hubiera ido bien, tal vez lo habría hecho. Él se quedó en la biblioteca, escuchando el palpitante de su pulso en los oídos y apretando los puños.

Una ráfaga de órdenes contradictorias procedente de tres oficinas distintas de

Whitehall, un brote de fiebre en los cuarteles y el repentino hundimiento (en el puerto) de uno de los buques de carga que debían llevarlos a Alemania, mantuvo a Grey demasiado ocupado durante toda la semana como para que pudiera preocuparse de lo que estaría sucediendo en Sussex. Ni siquiera pudo prestar atención a las noticias que decían que los conspiradores sodomitas habían sido condenados a muerte.

Estaba sentado en su pequeño despacho, a última hora del día, mirando la pared e intentando decidir si valía la pena ponerse la casaca y acercarse al Beefsteak para cenar o si sería mejor que se limitara a mandar al guardia de la puerta a la calle para que le trajera una empanada de carne. Y justo entonces, apareció el guardia de la puerta y le preguntó si quería recibir una visita, una tal señora Tomlinson.

Bueno, aquello resolvía su dilema. Tendría que ponerse la casaca para recibir a aquella mujer, quienquiera que fuese.

Tal vez fuera la esposa de algún soldado que quisiera pedirle que la ayudara a sacar a su marido de algún apuro o a solicitar un adelanto de su paga. Tomlinson, Tomlinson... Repasó mentalmente la lista de sus soldados, pero no recordaba ningún Tomlinson. Sin embargo, siempre había nuevos reclutas... Oh, no. Ahora se acordaba. Aquella Tomlinson era la conocida de Minnie, la amante del capitán Bates, que acababa de ser condenado a muerte.

—Dígale que pase —dijo, poniéndose bien las solapas y limpiándose las migas que se le habían quedado sobre la camisa durante la comida.

Cuando vio a la señora Tomlinson, Grey recordó a su caballo favorito, pero no de una forma desagradable. Igual que *Karolus*, tenía una recia mandíbula, unos ojos amables y una pálida melena que llevaba recogida con trenzas, como si estuviera en un desfile. La mujer le hizo una enorme reverencia, cogiéndose la falda con las manos, como si Grey fuera el rey. Él la cogió de la mano para levantarla, aprovechando su gesto para albergar pensamientos poco caritativos sobre su cuñada.

Sin embargo, ninguno de esos pensamientos se reflejó en su voz cuando le pidió que se sentara y mandó a Tom a por vino y galletas.

—Ah, no, señor —dijo ella rápidamente—. No me voy a quedar mucho rato. Sólo vengo a agradecerle a su señoría que descubriera el paradero del

capitán Bates y para pedirle un último favor. —Sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor, pero no dejó de mirarlo con sus ojos color avellana; su mirada era nítida y directa—. He dudado mucho antes de acudir a usted. ¿Será tan amable de comprender que sólo me empuja la desesperación?

—Claro —respondió él con la mayor cordialidad de la que fue capaz, dadas las circunstancias—. ¿Qué tengo el placer de poder hacer por usted, señora?

—¿Podría usted ir a verle?

Grey se la quedó mirando fijamente, sin comprender nada.

—Al capitán Bates —le aclaró ella—. ¿Podría ir a verle?

—¿Qué? —preguntó con cierta estupidez—. ¿A Newgate?

Una vaga sonrisa se dibujó en el largo y sólido rostro de aquella mujer.

—Estoy convencida de que él lo esperará allí —dijo ella con mucho respeto—. Estoy segura de que le gustaría. —Tenía cierto acento irlandés muy agradable.

—Estoy seguro de que sí —respondió Grey con sequedad, cuando se hubo recuperado de la sorpresa inicial—. Pero ¿por qué debería ir a verle? Además, por supuesto, de que usted me lo ha pedido.

—Creo que eso tendrá que explicárselo él mismo, señor.

Grey se frotó la barbilla, reflexionando.

—¿Quiere usted que le dé algún mensaje? —se arriesgó a preguntar. Los amables ojos de la mujer se abrieron como platos.

—Ah, no, milord. No lo necesito. Yo le veo cada día.

—¿Ah, sí? —No era imposible. Hasta el más depravado de los delincuentes recibía visitas. Pero...—. ¿Y su marido no le pone objeciones? —preguntó, con la mayor delicadeza de que fue capaz.

La mujer no se ruborizó ni apartó la mirada.

—No se lo he consultado, milord.

Grey pensó preguntarle dónde estaba su marido, pero decidió que no era asunto suyo.

Estaba convencido de que Hal le advertiría que no fuera, pero Grey sentía demasiada curiosidad. Aquélla podría ser la única oportunidad que tenía de enterarse de algún detalle de todo aquel asunto. Entre la acalorada versión de

los hechos que reflejaban los periódicos, y la fría y cínica versión de su hermano, existía un vacío sustancioso. A Grey le encantaría saber exactamente la verdad, y si no conseguía descubrirla, por lo menos escucharía otra versión de todo aquello.

¿Para qué diablos querría verlo Bates? Vaciló un rato más, inmovilizado por aquellos ojos color avellana, pero al final se decidió. No le haría daño oír lo que fuera que el capitán tuviera que decirle.

—Muy bien, acepto. ¿Cuándo?

—Mañana, milord, si puede usted. Como sabrá, ya no queda mucho tiempo. El ahor... la ejecución está programada para el miércoles al mediodía. —Sólo perdió la compostura al intentar decir la palabra «ahorcamiento». Palideció un poco y se llevó la mano al cuello de forma inconsciente, aunque la apartó en seguida.

—Estupendo —exclamó Grey muy despacio—. ¿Puedo...?

Pero ella le cogió la mano, hincó una rodilla en el suelo y le besó los nudillos apasionadamente.

—Gracias —dijo, estrechándole la mano con fuerza. Y entonces se fue, sacudiendo sus enaguas.



## 13. Una visita a Newgate

**Entrar** en una cárcel nunca es una experiencia agradable, incluso aunque la visita se haga por propia voluntad y no bajo arresto. Grey había sido gobernador de la prisión de Ardsmuir más de un año y jamás había entrado allí, ni siquiera cuando se dirigía a su propio despacho, sin inspirar antes con fuerza y sentir un escalofrío. Y tampoco le había gustado nunca visitar la prisión de fleet en busca de reclutas que estuvieran dispuestos a unirse al ejército a cambio de salir de la cárcel. Tampoco le apetecía nada ir a ninguna de las demás cárceles menores a las que había tenido que ir en busca de soldados descarriados. Sin embargo, Newgate era especial, incluso para un entendido como él, y pasó bajo los rastrillos de la entrada principal con una sensación de aprensión.

Henry Fielding había descrito aquel lugar en una de sus últimas novelas como un «prototipo del infierno», y a Grey le daba la sensación de que la descripción era admirablemente precisa.

La sala a la que lo condujeron era lúgubre. En ella sólo había una mesa, dos sillas y una chimenea vacía rodeada de paredes de piedra descolorida en la que se veían grabados muchos nombres. Asimismo se adivinaban unos cuantos arañazos muy inquietantes que sugerían que más de un infeliz desesperado había intentado huir de allí escarbando. No obstante, fuera de aquella habitación, la cárcel parecía un lugar al que iban a parar los despojos de cualquier carnicero, pues estaba llena de gusanos.

Grey había llevado consigo un frasco lleno de trementina y no dejaba de aplicar un poco del líquido sobre su pañuelo. Gracias a ello, podía entumecer su sentido del olfato, lo cual era una bendición, y conseguía alejar la pestilencia de sus sentidos. Sin embargo aquel remedio no evitaba que oyera

los sonidos de la prisión: continuos gemidos, maldiciones, risas maníacas y toda clase de ruidos que recordaban más bien a los pacientes del hospital psiquiátrico de Bedlam. Tampoco evitaba que viese cuanto sucedía a su alrededor.

A través de los barrotes de la ventana podía ver lo que sucedía al otro lado de un estrecho patio. En el otro extremo había una gran ventana también cerrada con barrotes, que aparentemente proporcionaba luz y aire a una celda subterránea. Una mujer se había subido al alféizar por la parte de dentro y con una mano se agarraba a los barrotes mientras con la otra se levantaba las enaguas por encima de la cintura.

Tenía sus partes íntimas apretadas contra los barrotes para comodidad de un guardia que estaba colgado de los mismos como un mono por la parte de fuera. La parte trasera de la chaqueta era lo suficientemente larga como para taparle las nalgas, pero los pantalones caídos y los rítmicos movimientos de sus caderas resultaban absolutamente explícitos.

Los prisioneros que caminaban por el patio ignoraban la escena y pasaban junto a ellos sin levantar la vista del suelo. Había otros guardias que también los ignoraban, aunque un hombre se paró a decir algo, evidentemente una pregunta, porque la mujer volvió la cabeza e hizo lascivos gestos con la lengua en su dirección. Luego se soltó la falda para pasar el brazo a través de los barrotes y lo llamó con la mano.

El sonido de la puerta tras él al abrirse hizo que Grey apartase su fascinada mirada de aquel espectáculo.

Bates vestía un uniforme limpio y decente, pero estaba encadenado. Avanzó como pudo por la habitación y se dejó caer sobre una de las sillas sin esperar a que lo anunciaran o que lo invitaran a pasar.

—Gracias a Dios —dijo, suspirando profundamente—. Hacía semanas que no me sentaba en una silla decente. Me duele muchísimo la espalda. —Se estiró, rugiendo intensamente. Luego paró y miró a Grey.

Tenía los ojos de un azul muy claro e iba muy bien afeitado. Grey lo observó a conciencia y se dio cuenta de que iba impecable, con una peluca bien sujeta y de que incluso se había hecho la manicura.

—No sabía que se pudiesen tener los servicios de un ordenanza aquí

dentro —comentó Grey, a falta de una adecuada presentación.

Bates se encogió de hombros.

—Me imagino que esto es como cualquier otro sitio. Uno puede conseguir casi cualquier cosa siempre que pueda pagarla.

—Y usted puede. —No fue una pregunta y el capitán sonrió un poco. Era muy guapo y se le adivinaba un buen cuerpo; era evidente que no estaba pasando hambre.

—No tengo muchas más cosas en las que gastar mi dinero, ¿verdad? Y nadie se puede llevar el dinero al otro barrio, o por lo menos eso dice ese pastor tan pesado. ¿Sabía usted que no sólo nos obligan a ir a la iglesia los domingos sino que, además, debe uno sentarse junto a su ataúd delante de todo el mundo?

—He oído hablar de ello, sí. La idea es fomentar el arrepentimiento, ¿no? —Grey era incapaz de imaginar a un arrepentido más extraño que el capitán.

—La verdad es que soy incapaz de saber cuál es el propósito —contestó Bates juiciosamente—. Para mí es increíblemente aburrido y un auténtico grano en el culo, literal y metafóricamente. Ni siquiera tienen unos bancos adecuados; sólo disponen de algunos sucios y sin respaldo. —Presionó la espalda contra el de la silla, como si estuviera decidido a sacar el máximo placer que pudiera de las presentes circunstancias.

Grey se sentó en la otra silla.

—Por lo demás ¿lo tratan bien? —Sin esperar a que respondiera, sacó la petaca de brandy que había llevado, la destapó y se la acercó.

Bates resopló y la aceptó.

—Los indeseables que creen que soy un sodomita ya son lo bastante terribles, pero los indeseables que además son sodomitas son muchísimo peores. —Se rió brevemente, bebió un buen trago de brandy e inspiró lenta y profundamente un momento—. Oh, Dios, ¿me podría mandar más brandy de éste para el día del ahorcamiento? Aquí te dan si lo pagas, pero es una porquería. Prefiero morir sobrio.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Grey—. ¿Qué quiere decir con eso de que los sodomitas son peores?

El capitán lo recorrió con la mirada con aire sarcástico.

—Los sodomitas me han emparejado con un decorador de Brighton llamado Keyes. Un día me despertó en plena noche y pegó su verga a mi culo como si fuera un maldito pájaro carpintero. He intentado partirle la boca, pero no he conseguido que me deje en paz. Eso significa que tiene carta blanca con mis partes siempre que le da la gana. —Parecía tan ofendido como entusiasmado y Grey empezó a pensar que la opinión de Minnie era correcta.

—Ya entiendo lo que quiere decir —dedujo con sequedad—. Usted no es sodomita.

—Exacto —exclamó Bates, reclinándose en la silla—. Sólo soy un traidor normal. Pero ése no es el crimen por el que me van a colgar. —Por primera vez, un ligero tinte de amargura le teñía la voz.

Grey bajó la cabeza. Era evidente que el capitán daba por hecho que él sabía toda la verdad sobre el asunto. Se preguntó cómo lo sabría, pero su mente le dio la respuesta al instante. Había sido Minnie, por supuesto, ella y su simpática relación con la señora Tomlinson. Así que Hal sí había hablado con ella...

—Sin embargo, ha elegido no hacerlo público —observó Grey—. Hay muchos periodistas que estarían encantados de escucharle. —Había tenido que pasar entre una muchedumbre de éstos, que aguardaban delante de la puerta principal de la prisión. Todos ellos esperaban tener una oportunidad de conseguir una entrevista en exclusiva con uno o con varios de los infames conspiradores.

—Tan sólo me escucharían si les digo lo que quieren escuchar —observó el capitán con tono mordaz—. La gente ya ha decidido lo que quiere creer. Y hoy en día hay muchas voces procedentes de Whitehall que susurran a los oídos de la calle fleet. Mi voz no se oiría más allá de estos muros. A fin de cuentas, soy un conspirador sodomita convicto. Es evidente que no diré nada.

Grey dejó correr el asunto. Era evidente que Bates estaba en lo cierto.

—Usted me pidió que viniera —dijo.

—Así es y le agradezco mucho que lo haya hecho. —Alzó la petaca ceremoniosamente en su dirección y bebió, luego echó la cabeza hacia atrás y estudió a Grey con interés.

—¿Por qué? —preguntó él pasados unos momentos.

—Usted es un oficial y un caballero, ¿no es cierto? ¿Qué más puede ser...?

—¿Qué quiere decir con eso? —Mantuvo un tono de voz relajado, pero el corazón le empezó a latir descontrolado.

Bates lo observó un largo momento con una media sonrisa en los labios.

—Nadie podría adivinarlo sólo mirándolo —añadió en tono despreocupado.

—Me temo que no entiendo lo que quiere usted decir —contestó él con educación.

—Sí que lo entiende. —Bates hizo un gesto con la mano para que dejara correr el asunto y dio un nuevo trago a la petaca—. No se preocupe, no diré ni una palabra. Y si lo hiciera, nadie me creería. —Hablabas sin rencor—. Me imagino que conoce usted a un hombre llamado Richard Caswell; yo también lo conozco.

—¿En calidad de qué, si me permite preguntarle? —inquirió Grey, más por curiosidad personal que por obligación.

Caswell era el propietario del Lavender House, un club exclusivo para caballeros que preferían a los caballeros. Pero era evidente que Bates tenía otras cosas en mente. Y si el soborno era una de ellas...

—De prestamista —dijo el capitán con franqueza—. Verá, a mí me gusta jugar. Eso es precisamente lo que me ha traído a este lugar, la necesidad de dinero. Mi vieja abuela solía decirme que las cartas eran las herramientas del diablo, y que ellas me llevarían derechito al infierno. Me pregunto si pronto podré verla y le podré decir que tenía toda la razón. Aunque si eso es así, entonces ella también estará en el infierno.

Grey desechó esa distracción.

—¿Y Richard Caswell le mencionó mi nombre? ¿En qué contexto? —Estaba muy sorprendido de saber que Caswell había hablado de él y, en realidad, lo dudaba mucho. Dickie Caswell habría muerto hacía muchos años si él hubiera sido igual de descuidado con los secretos que sabía sobre ese hombre.

Bates le dedicó una larga y perspicaz mirada, luego negó con la cabeza y se rió.

—¿Usted juega a cartas, comandante?

—No muy a menudo.

—Pues debería. Por lo que veo, no resulta fácil engañarle. —Cambió los pies de posición y las cadenas repicaron—. No, Caswell nunca mencionó su nombre. Le dio uno de esos terribles ataques de tos que tiene y tuvo que ir corriendo a su habitación en busca de su medicina. Yo aproveché la oportunidad para husmear en su escritorio. Es un hombre muy astuto, porque había escrito en código todo su libro de contabilidad, pero en uno de los márgenes de la página se leía lord John Grey. Yo no sabía quién era usted, pero, por casualidad, aquella noche jugué a cartas con Melton y él habló de su hermano John. Susannah conocía a su cuñada, y había oído hablar sobre la historia de su título, y... *voilà*. —Le sonrió con camaradería.

Grey fue sintiendo cómo se deshacía el nudo que se le había hecho en la garganta, pero volvió al punto de partida cuando oyó las siguientes palabras del capitán.

—Y luego, el ayudante del señor Bowles lo mencionó a usted en mi presencia algún tiempo después.

La palabra «Bowles» lo recorrió como una corriente eléctrica. Seguida de una sensación un poco más débil gracias a la palabra «ayudante».

—¿Neil Stapleton? —preguntó, sorprendido de lo relajada que sonaba su voz.

—No sé su nombre. Un chico muy guapo, tiene una cara muy bonita, parece una chica.

Grey consiguió asentir.

—¿Se encontraba usted con el señor Bowles en aquel momento? —preguntó.

Dickie Caswell hacía negocio con los secretos. Hubert Bowles, con las vidas. En teoría a favor del gobierno.

—Eso resultaría muy revelador, ¿verdad? —Bates echó la cabeza hacia atrás y apuró todo el brandy—. ¡Dios, qué bueno está!

—Yo no sé nada de los cargos que hay contra usted —dijo Grey con cautela—. El material que le pasó a Melchior Ffoulkes... ¿procedía del señor Bowles? —Y si era así, ¿a qué clase de juego estaba jugando Bowles?

El capitán ocultó un eructo tras su puño y lo miró.

—Tal vez yo sea un tahúr, un traidor y un sinvergüenza en general, Grey, pero eso no significa que no tenga sentido del honor. Jamás traicionaría a ninguno de mis socios. Créame, nadie duda de mi palabra.

Le dio la vuelta a la petaca vacía y una gota cayó sobre la mesa. La cálida acritud del licor resultó un agradable descanso para el frío olor de la trementina. Bates apoyó el dedo sobre la gota y se lo chupó a conciencia.

—¿Cómo es eso que dicen? «Vive por la espada muere por la espada.» Supongo que conoce ese dicho, ¿no?

—Lo conozco, sí. —La mente de Grey estaba trabajando como un minero galés en una mina de carbón y sentía cómo los grandes trozos oscuros de suposiciones se amontonaban a sus pies, formando una sucia montaña. Intentó hacer un par de preguntas más sobre Bowles y Stapleton, pero lo único que consiguió fue que Bates se encogiera de hombros. Le había facilitado el nombre de Bowles, pero no iría más allá. Grey se preguntó si ése era su único propósito.

—Usted me ha pedido que viniera —le recordó Grey—. Tiene que haber algo que me quiera decir.

—No. Hay algo que le quiero pedir. Un favor. Tal vez dos. —El capitán lo observó con seriedad, como si estuviera evaluando una mano de cartas arriesgada que tal vez pudiera jugar de todos modos.

—¿Pedirme qué?

—Susannah —dijo de repente.

—¿La señora Tomlinson?

—La misma, y la desgracia de su marido, como le gusta decir a Susie. —Esbozó una leve sonrisa, pero ésta desapareció en seguida—. Cuando se casó con él, ella era muy joven y él es un absoluto bastardo.

—Mi cuñada dice que es un hombre muy aburrido.

—Lo es, pero eso no excluye necesariamente sus demás características. Le pega, o lo hacía antes de que ella me conociera. Yo lo amenacé. Ojalá hubiera matado a ese maldito pedazo de mierda cuando tuve ocasión. —Meditó unos segundos sobre las oportunidades perdidas, pero luego se olvidó de sus arrepentimientos.

»Bueno, resumiendo, cuando yo me haya ido, ella volverá a estar a su merced, si no lo está ya.

—¿Y quiere usted que yo ocupe su lugar y amenace al señor Tomlinson con maltratarlo físicamente si continúa pegándole a su mujer? Me gustaría mucho poder hacerlo, pero me temo que...

—No, lo que quiero es que la aleje de él —lo interrumpió Bates—. Susie tiene un hermano en Irlanda, en Kilkenny. Si pudiera llegar hasta allí, él podría protegerla. Pero ella no tiene dinero y yo no estoy en disposición de poder darle nada.

Grey lo miró con severidad.

—Una bonita elección de palabras —observó—. Podría haber dicho que ya no tiene usted dinero.

Bates le devolvió la mirada.

—Limitémonos a decir que si tuviera fondos disponibles se los daría todos a usted en este preciso momento para que los utilizara en beneficio de esa mujer y lo dejamos así, ¿de acuerdo?

Grey asintió y pasó por alto ese comentario sobre la montañita que tenía a sus pies para pensar en ello un poco más tarde.

—¿Y el segundo favor que ha mencionado?

—Ah. Bueno, supongo que según se mire, también tiene que ver con Susannah. Ella insiste en presenciar mi ahorcamiento.

Por primera vez, el capitán pareció experimentar alguna clase de perturbación al pensar en su muerte.

—No quiero que esté aquí, Grey —dijo—. Usted ya sabe cómo son estas cosas.

—Sí, ya lo sé —convino él en voz baja—. Es normal que no quiera usted que ella lo vea. ¿Quiere que vaya a visitarla? ¿Que le explique con la mayor delicadeza posible que...?

—Ya se lo he explicado yo, y no he sido precisamente delicado —lo interrumpió Bates. Luego hizo una mueca—. Pero sólo conseguí que insistiera más. Dice que no puede soportar pensar que voy a morir solo, en medio de una multitud de gente que está convencida de que soy un asqueroso perverso. Dice... —Le falló la voz momentáneamente y se detuvo para



toser con fuerza sobre su pañuelo, para cubrir el silencio—. Dice —continuó con más firmeza— que quiere que haya alguien presente que sepa el verdadero motivo por el que estoy muriendo y quién soy realmente. Alguien a quien yo pueda mirar desde la horca y a quien conozca. —Lo miró con una débil sonrisa en los labios—. Yo no sé lo que es usted, Grey, y no me importa. Pero usted sí que sabe quién soy yo y el verdadero motivo por el que voy a morir. Usted servirá.

Él se sintió como si de repente alguien le hubiera quitado la silla en la que estaba sentado.

—¿Quiere que asista a su ahorcamiento?

Su tono de voz debió de revelar parte de su incredulidad, porque el capitán lo miró con impaciencia.

—Le habría enviado una invitación formal si hubiera tenido tiempo —repuso.

Grey deseó haber llevado otra petaca de brandy para él mismo. Se frotó la nariz con un nudillo, muy lentamente.

—Y usted espera que yo acceda a todas estas, y disculpe mi atrevimiento, peculiares peticiones, ¿por qué?

Bates sonrió con chulería.

—Pongámoslo de este modo. Usted me jura que se encargará de la seguridad de Susie, llevándola con su hermano a Irlanda, y de que yo me vaya seguro a donde quiera que vaya a irme... y yo me comprometo a que Hubert Bowles jamás vea su nombre escrito de mi puño y letra.

Grey parpadeó.

—¿Explicándole qué exactamente?

El capitán arqueó una ceja.

—¿Acaso importa?

Grey sólo tardó un segundo en llegar a una conclusión, teniendo en cuenta las posibilidades.

—No, no importa. Hecho. —Hizo una breve pausa—. ¿Confía usted en mi palabra?

—Oficial y caballero —repitió Bates con cierta tristeza—. Además, tampoco tengo otra elección, ¿verdad?

Después de aquello, no parecía que quedara nada más que decir. Grey asintió, pensó en ofrecerle la mano a Bates en señal de despedida, pero luego lo pensó mejor. Entonces cayó en la cuenta de una cosa.

—Una última pregunta, capitán, si me hace el favor...

Bates hizo un gesto afirmativo.

—Tengo todo el tiempo del mundo, comandante. Bueno, hasta el miércoles, claro.

—Respeto su determinación de salvaguardar los nombres de sus socios, pero tal vez quiera contestarme esto: ¿alguno de ellos es jacobita?

La sorpresa que se reflejó en el rostro del hombre fue tan evidente que bajo otras circunstancias hubiera sido incluso graciosa.

—¿Jacobitas? Dios, no. ¿Por qué piensa eso?

—Los franceses están implicados —apuntó Grey.

El capitán se encogió de hombros.

—Bueno, sí, pero la religión no siempre está ligada a los *franchutes*, no importa lo que el viejo Luis le diga al Papa; y la causa de los Estuardo está más muerta de lo que yo lo estaré el miércoles. En el fondo, Luis es un comerciante y no está dispuesto a tirar el dinero. Además, él nunca ha querido que Jacobo Estuardo ocupara el trono de Inglaterra, y jamás esperó que éste lo aceptara. Lo único que le interesaba era la distracción, mientras él iba metiéndose a Bruselas poco a poco en el bolsillo.

—Sabe usted muchas cosas sobre los deseos del rey Luis.

Bates asintió lentamente.

—Y usted sabe lo que deseo yo, comandante. Hemos hecho un trato. Pero si el señor Bowles quisiera conseguir uno para él... —Arqueó una ceja y se vio cómo apretaba los dientes—. Aún le quedan cuatro días. —Pero lo dijo sin esperanza.

Grey hizo una reverencia y se puso el sombrero.

—Le veré el miércoles.

Ya casi había llegado a la puerta cuando se detuvo y se volvió un momento.

—Le mandaré el brandy el martes por la noche.

Percy Wainwright tenía que regresar de su misión el miércoles. Grey pensó en hacerle llegar una nota para pedir su compañía, pero no lo hizo. Sabía bien cómo eran aquellas cosas.

## 14. Ejecución

A Grey siempre le había parecido que el rugido de una multitud era el peor de los sonidos imaginables. Peor que el aullido de un huracán o que el estallido del trueno que sigue a la aparición de un rayo. Y también creía que la propia multitud era tan aleatoria y letal como cualquier fuerza de la naturaleza. Pensó que la única diferencia era que nadie podría afirmar que una multitud fuera obra de Dios.

Separó un poco los pies para no perder el equilibrio entre las oleadas de gente que se agolpaba en los montículos de Tyburn Hill y puso una mano sobre la empuñadura de su espada y otra sobre su daga. Durante un buen rato, había estado pensando si debía llevar uniforme o no, pero al final había decidido que sí debía. Los soldados no eran ni de lejos universalmente populares, y no sería la primera vez que una multitud enloquecida se volvía contra alguno de ellos. Pero si el motivo de su presencia era tranquilizar a Michael Bates, entonces debía llevar algo que lo hiciera destacar entre toda aquella gente. Con ese propósito, se había puesto uniforme, había elegido un lugar que estuviera lo más cerca posible de la horca y lo había conservado a pesar de la muchedumbre que había acudido después.

Esperaba que el brandy hubiera llegado a Bates a tiempo, pero no tenía forma de saberlo. Grey había ido directamente a Tyburn en lugar de seguir el carro con los condenados desde Newgate, como hacían muchos espectadores. Cuando aparecieron en su campo de visión, los tres prisioneros estaban ya tan cubiertos de barro y suciedad que parecían osos esperando ser acosados en un espectáculo.

Y fue un auténtico acoso.

Cuando los bajaron del carro, el ruido aumentó y de la multitud brotó una

lluvia de piedras y escombros. Gran parte de esos proyectiles cayeron sobre la misma multitud, ya que la distancia impedía que alcanzaran su objetivo. Los gritos de dolor o de protesta eran engullidos por el inmenso rugido del gentío, tan amenazador como el sonido de un avispero.

Grey lo sintió retumbar en sus huesos y, al mismo tiempo, percibió el terror que debían de sentir aquellos que eran el centro de atención.

El pastor que caminaba detrás de los condenados también estaba cubierto de barro, aunque su severo rostro seguía siendo visible por debajo de toda aquella suciedad. Un último bombardeo de piedras lo hizo apartarse de los presos, apretando la Biblia contra su pecho como si ese libro fuera una protección tan literal como espiritual.

—¡Muerte a los monstruos! ¡Muerte a los monstruos! —El cántico procedía de un grupo de prostitutas vestidas con colores chillones, que se habían cogido del brazo para no dejarse llevar por la multitud y que se mecían adelante y atrás al unísono, al ritmo de su cántico. Otro grupo blandía pancartas en las que se podía leer: «¡Maricas!». Grey reconoció a madame Mags, resplandeciente con su vestido de tafetán negro con bordados dorados, que estaba allí con varias de sus chicas. Por suerte, parecían demasiado ocupadas como para darse cuenta de su presencia.

Otros cánticos, cuyo contenido resultaba mucho más ofensivo, se oían entre el alboroto de la multitud. Grey observó que la mayoría de las personas que lanzaban piedras eran mujeres, pero no prostitutas, sino esposas, camareras, doncellas... El odio que sentían afeaba el semblante que escondían bajo sus respetables sombreros.

Algunos hombres ayudaban a los prisioneros a bajar del carro; al mismo tiempo, se ocupaban de alejar a la multitud con ayuda de sus bastones y alabardas. Los prisioneros se apresuraron en dirección a los escalones del patíbulo, como si la horca fuera un santuario. No había duda de que lo era.

Y en ese momento pudo distinguir a Bates. Era la achaparrada figura del centro, con los hombros echados hacia atrás y la cabeza alta. El uniforme de la Guardia Montada apenas se distinguía, bajo la capa de suciedad que lo cubría.

El esbelto joven de la derecha también vestía uniforme; debía de ser

Otway. Y no cabía duda de que el pequeño tipo encorvado, vestido con ropa de civil, era Jeffords. Una piedra golpeó a Bates en el pecho y lo hizo tambalearse un poco hacia atrás. Consiguió recuperar la compostura y dio un paso adelante con determinación, al tiempo que enseñaba los dientes a la multitud en lo que podía ser una sonrisa o tal vez un gruñido. Como respuesta, recibió una nueva lluvia de estiércol y una oleada de gritos salvajes. Algunos de los criminales que acababan sus días en Tyburn morían acompañados de violines y flores, pero no era el caso de los sodomitas.

Grey se dio cuenta de que había dos chicos que estaban intentando ponerse delante de él y tuvo que darle un codazo a uno de ellos con tanta fuerza que el chico gritó y se volvió hacia él maldiciendo. Luego, vio que el capitán recorría la multitud con los ojos y, desdeñando toda sensatez, empezó a agitar los brazos y a gritar:

—¡Bates!

El hombre lo oyó de milagro. Grey vio cómo fijaba sus agudos ojos en él y que esbozaba algo parecido a una sonrisa por debajo del barro y la inmundicia.

Sintió una sigilosa mano deslizándose en su bolsillo y la agarró: era una mano pequeña. El aspirante a carterista, un niño de siete u ocho años, se escapó en seguida perdiéndose entre la multitud. Consiguió impedir por los pelos que el cómplice del niño huyese con su daga mientras estaba distraído, y cuando pudo volver a centrar la atención en el patíbulo, el verdugo ya estaba situando a los hombres bajo las horcas.

Otway gritó. Fue un agudo y débil sonido que apenas resultó audible por encima de las voces de la multitud. Aun así, la gente lo oyó y volvió a aumentar el volumen del griterío. Los presentes se burlaron de él gimiendo melodramáticamente y abucheándolo. Mientras, Otway se resistía y pateaba aterrorizado, con los ojos desmesuradamente abiertos, como un poni asustado.

Grey se dio cuenta de que estaba apretando los puños alrededor de las empuñaduras de la espada y de la daga. «¡Por Dios santo! —pensó con agónica impaciencia—. ¿Es que no puedes morir como un hombre, por lo menos?»

El verdugo cubrió las cabezas de los prisioneros con delgados sacos de tela blanca. El pastor se puso detrás de ellos y empezó a leer pasajes de su Biblia en voz tan alta que se podían oír desde donde estaba Grey. Todo parecía moverse con la aterradora lentitud de un sueño y él tuvo la sensación de que, de repente, se había olvidado de cómo respirar.

Entonces se abrieron las trampillas y los cuerpos cayeron con un tirón espantoso. Se oyeron vítores y gritos procedentes de la multitud. Otway colgaba completamente lacio, era evidente que se le había roto el cuello al caer. Los otros dos pataleaban, agitando las piernas en el aire en busca de algún punto de apoyo.

Grey buscó desesperado a los rompecuellos, aquellos hombres que a cambio de dinero, se encargaban de agarrar las piernas de los ahorcados y tiraban de ellos hacia abajo para acelerar su muerte. Él habría pagado para que alguien lo hubiera hecho por Bates de haber sabido que sería necesario. Pero nadie corría hacia el patíbulo para encargarse de ello. Vio que los guardias de Newgate observaban la escena con desdén y escupían mientras el capitán se retorció y se agitaba, colgando de su cuerda.

Grey no lo pensó. Se abrió camino entre las personas que tenía delante. Los guardias, sorprendidos, vieron su uniforme y lo dejaron pasar.

Uno de los pies de Bates le golpeó en la oreja y el otro en el pecho. Grey saltó, se agarró a aquellos frenéticos y musculosos muslos con los brazos y se colgó del hombre. Su peso tiraba de él hacia abajo. La rotura de los huesos del cuello de Bates vibró por todo su cuerpo como el crujido de una cuerda al estirarse.

Grey cayó al suelo y se llenó del barro que había bajo el patíbulo.

## 15. Una misión delicada

En la puerta de la casa de su madre, se despidió y les dio las gracias a los capitanes MacNeill y MacLachlan, dos oficiales que lo habían rescatado del barro de Tyburn.

—No pongo en duda que su intención era buena —dijo MacNeill, tal vez por cuarta vez—. Pero ¿arriesgar la vida para mandar a un marica al infierno unos segundos antes? ¡Cielos!

MacLahan, un severo hombre de pocas palabras, asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—De todo modos, no me importaría darles su merecido a esos granujas —prosiguió MacNeill con lúgubre entusiasmo—. Ya les enseñaría yo bien.

Grey no estaba seguro de a qué granujas se refería MacNeill, si a los maricas o a los bárbaros de la multitud que habían intentado ahogarlo en un charco. No parecía que tuviera mucho sentido pedirle que se lo aclarara. Intentó ofrecerles un poco de dinero para que se tomaran una copa, pero le dijeron que los dos eran presbiterianos y abstemios, así que les dio las gracias una vez más y entró cojeando en casa.

Su prima Olivia, cuyo embarazo estaba ya muy adelantado, estaba bajando la escalera en ese momento. Cuando lo vio se quedó de piedra y se tapó la boca con la mano, al tiempo que abría unos ojos como platos, horrorizada.

—¡John! ¿Qué te ha pasado?

Él abrió la boca para explicárselo, pero luego lo pensó mejor.

—Yo, hum... Me ha atropellado un carruaje. —Se apoyó en la pared para dejarla pasar, dándose cuenta demasiado tarde de que estaba ensuciando el papel pintado.



Olivia le observó con preocupación y luego llamó al mayordomo.

—¡Brunton, ve a buscar a un médico!

—¡No, no! Estoy bien, estoy bien. Sólo necesito darme un baño e irme a la cama. —Estaba a punto de escapar escaleras arriba cuando se abrió la puerta del salón y apareció Percy Wainwright.

Arqueó las cejas al verlo, pero no dijo nada; se limitó a darse media vuelta, volver al salón y reaparecer casi inmediatamente con una copa de vino que puso en la mano de él.

—He venido a hablar con usted y con Melton sobre el regimiento — anunció, mientras lo observaba con una preocupación tan intensa como la de Olivia—. Pero ya volveré otro día.

Grey negó con la cabeza, con la boca llena de vino y luego se lo tragó.

—No, quédese —le pidió con la voz ronca—. ¿Va a venir Hal?

Entonces se abrió la puerta principal y su hermano entró en la casa. Cuando lo vio se quedó atónito.

—Sí, ya lo sé —dijo él con cansancio—. Ve con Wainwright, ¿quieres? Yo bajaré en un momento.

Hal ignoró su comentario y se le acercó con el cejo fruncido.

—¿Qué diablos te ha pasado?

—¡Lo ha atropellado un carruaje! —se adelantó a contestar Olivia, indignada por el bienestar de su primo—. ¿Acaso ni se han parado para ver cómo estabas, Johnny?

—¿Te ha atropellado un carruaje? —La condesa, atraída por el alboroto, apareció en el rellano superior de la escalera muy alarmada—. ¡John! ¿Estás bien?

Grey se frotó la frente. Pensó que aquélla era una estupenda recompensa a cambio de sus buenas intenciones.

—Estoy bastante bien —dijo, hablando con cuidado. Tenía el labio inferior partido y la mandíbula hinchada. Se notaba uno de los dientes del lado izquierdo un poco flojo, pero probablemente estaba bien—. No, no se han parado. Dudo mucho que el conductor me viera. Era un carruaje de correo —añadió, en un momento de inspiración.

Vio que las arrugas que habían aparecido entre las cejas de su madre se

relajaban un poco, aunque seguía pareciendo preocupada.

En aquel momento, la condesa ya estaba a su lado, y lo estaba examinando a conciencia. Él, a pesar sentirse conmovido por su atención, no había nada que deseara más en aquel momento que un buen trago y un baño, y así lo expresó.

—Sí, un baño —dijo su madre arrugando la nariz—. ¡Y quema esa ropa!

El sentimiento fue refrendado por votación popular. Entre tanto, Brunton, que había estado prestando atención a lo que decían, apareció silenciosamente detrás de Grey, le quitó la copa de vino de la mano, y se la sustituyó por un vaso de whisky escocés, un líquido cuyas cualidades restauradoras Grey había aprendido a apreciar cuando estaba en Ardsmuir. Se volvió a apoyar en la pared, ¿qué importaban unas cuantas manchas más, después de todo? Bebió un buen trago e inhaló el aroma mientras cerraba los ojos, sintiéndose agradecido.

Mientras, la atención se centró en Hal, que estaba explicando que no podía quedarse porque lo esperaban en una reunión en Whitehall, pero que había parado de camino para darle a Percy Wainwright los papeles de su comisión, que ya estaban refrendados y sellados con el sello real. Se los entregó haciendo una floritura que provocó el aplauso general.

Grey se divirtió al ver cómo Percy se sonrojaba como una peonía y hacía una reverencia a los presentes con los documentos apretados contra el pecho.

—Se lo agradezco mucho, milord —le dijo a Hal—. Y estoy seguro de que los dejaré en buen lugar, a usted y al regimiento.

—Oh, seguro que lo hará —contestó Hal sonriendo—. Siempre que no lo maten.

Todos se rieron al ver la cara de alarma del joven, luego, su preocupación se convirtió en una interrogativa sonrisa.

—Cree que estoy bromeando, ¿verdad? —preguntó Hal sin dejar de sonreír—. Pregúntele a mi hermano. En cualquier caso, ¡felicidades y bienvenido a la compañía! —Le hizo una rápida inclinación y, agitando la mano en señal de despedida, se fue en busca del carruaje que lo estaba esperando.

—Lo vas a poner todo perdido de barro, John —le advirtió la condesa,

volviendo a centrar su reprochadora mirada en el estado de su hijo—. Pasa al salón y quítate la ropa. Ahora le diré a Tom que venga a ocuparse de ti.

—Yo me quedaré con usted. —Percy guardó los papeles de su comisión en su casaca y le abrió la puerta a Grey, que entró cojeando, con el vaso de whisky en la mano. Entre unas cosas y otras, la lujuria era lo último que tenía en mente, pero estaba contento de poder estar a solas con Percy aunque fuera sólo un momento.

—¿Sabe? —comentó éste mientras cerraba la puerta y se volvía para mirarle—, estoy empezando a pensar que hace usted estas cosas a propósito para evitar mi compañía.

Grey se apoyó en la repisa de la chimenea emitiendo un débil gemido. Se sentía incapaz de sentarse en ningún sitio.

—Créame —repuso—, preferiría la compañía del mono de un organillero, por no hablar de la suya, antes que la de las personas con las que he tenido que pasar la tarde.

—¿De verdad lo ha atropellado un carruaje? —preguntó Wainwright, observándole con curiosidad.

—¿Por qué lo pregunta? —respondió él a la defensiva.

—Porque yo he visto personas atropelladas por carruajes alguna vez —replicó el joven con sinceridad—. Si sólo le hubieran dado un golpe y hubiera caído en el arroyo, tendría moretones y estaría usted sucio. Pero parece que lo hayan golpeado. Si disculpa mi atrevimiento. —Antes de proseguir, sonrió para indicarle que no pretendía ofenderlo—. Y si de verdad lo hubiera atropellado un carruaje de correo, estaría usted muerto o casi muerto. En cualquier caso, tendría algún hueso roto. Por no hablar de las marcas de rueda que debería haber en su ropa.

Grey se rió sin querer. La verdad era que no tenía por qué ocultarle la verdad a Percy. Y se estaba empezando a dar cuenta de que, en realidad, había muchos aspectos de aquella situación que no podía explicarle a su hermano pero que sí podía compartir con Wainwright.

—Tiene usted razón —dijo y procedió a facilitarle una abreviada pero veraz versión de lo que había hecho aquella tarde. Percy lo escuchaba con gran atención y sincera comprensión mientras rellenaba el vaso de Grey cada

vez que se vaciaba.

—Entonces, ¿fue golpeado por una muchedumbre que se oponía a que ayudara a un caballero que creían que era un sodomita, pero que en realidad no lo era? —observó el joven cuando él llegó al final de su relato—. Es bastante irónico, ¿no le parece?

—Bates era un hombre muy valiente y ha muerto de una forma terrible —repuso Grey secamente—. No me parece que sea una situación graciosa.

Wainwright se puso serio de golpe.

—Tiene usted razón; le ruego que me disculpe. No pretendía ofenderle, ni a usted ni al capitán Bates.

—Ya lo sé. —Grey suavizó el tono de voz—. Y, para ser justos, debo decir que no tengo ninguna duda de que el capitán también apreció la ironía de la situación. Era la clase de hombre que se da cuenta de esas cosas.

—Le caía bien —observó Wainwright sin sorprenderse.

—Sí. —Grey vaciló. Aún no conocía mucho a Percy, aunque fuera a convertirse en un miembro de la familia. Y, sin embargo...—. ¿Alguna vez ha estado usted en Irlanda? —preguntó de repente.

Wainwright parpadeó sorprendido.

—Una vez. Hace algunos años.

Él lo pensó un poco más, pero decidió que a fin de cuentas su hermanastro era muy libre de decirle que no.

—El capitán me confió una misión especial, un encargo de mucha importancia y gran delicadeza. Le he prometido que me encargaría de que se llevara a cabo. Bueno, deje que se lo cuente.

Cuando hubo acabado de explicárselo todo, la cara de Wainwright era un poema; en ella se reflejaba sorpresa, comprensión, curiosidad y, sin lugar a dudas, muchas ganas de reír.

—Tiene usted un gran talento para involucrarse en las situaciones más insólitas —comentó, mientras esbozaba una leve sonrisa—. ¿Tiene idea del motivo por el que el capitán pudo haberlo elegido a usted para esa misión tan particular?

Grey volvió a vacilar, pero le contestó con sinceridad.

—Sí. Creía que me podía chantajear.

Cualquier rastro de humor desapareció del rostro de Wainwright. A pesar de que estaban completamente solos, bajó el tono de voz.

—¿Le ha chantajeado? ¿Corre usted el peligro de que lo descubran si no lleva a cabo el encargo?

—No, no, en absoluto —respondió Grey en seguida—. Él no sabía... no. —No quería pronunciar el nombre de Hubert Bowles, incluso aunque hubiese alguna posibilidad de explicar cómo había llegado a conocer a ese hombre, que no la había.

»No tenía nada que ver con... eso —aclaró—. Es otro asunto del que no tengo libertad para hablar. Pero lo importante es que accedí a hacer lo que el capitán me pedía. Me caía bien —añadió, medio disculpándose—. Y, sin embargo, yo ahora no puedo abandonar Londres. Tengo obligaciones que atender con el regimiento y si pidiera unos días de permiso llamaría demasiado la atención. Debo encontrar a la persona adecuada, un hombre discreto que pueda acompañar a la señora Tomlinson a Irlanda y que lo haga rápido, antes de que su marido pueda descubrir el plan o tenga la oportunidad de hacerle más daño.

Meditabundo, Wainwright se pasó un dedo por debajo del labio y miró a Grey.

—¿Confiaría en mí para que lo hiciera? Ya estoy comisionado, pero mi servicio no será efectivo con el regimiento hasta dentro de diez días; supongo que podría darme permiso.

Grey sintió un profundo alivio, pero protestó de todos modos.

—No puedo pedirle que haga una cosa como ésta. El peligro...

—Oh, no puede esperar que me resista a una oportunidad así —lo interrumpió Percy esbozando una enorme sonrisa—. ¡A fin de cuentas, si hay algo que jamás pensé que haría en toda mi vida sería fugarme con la mujer de otro hombre!

Su carcajada fue contagiosa y Grey no pudo evitar sonreír, aunque se le volvió a abrir la herida del labio. Antes de que pudiera sacar su pañuelo para limpiarse la sangre, el joven había encontrado el suyo y se la limpiaba él mismo. Había dejado de reírse, pero seguía sonriendo mientras deslizaba sus cálidos dedos por los labios de Grey.

—Me ocuparé de su misión con mucho gusto, John —dijo—. Aunque le agradecería mucho que intentara usted que no le volvieran a dar una paliza antes de que vuelva.

Él hubiera replicado, pero justo en ese momento alguien llamó con discreción a la puerta, que se abrió para dar paso a Tom Byrd. Llevaba una bata y una toalla sobre el brazo. Le hizo un gesto a Wainwright con la cabeza y luego miró a Grey con aire amenazante.

—Será mejor que se desnude, milord. Su baño se está enfriando.

## 16. Y se rompió el compromiso

A pesar de sus heridas, Grey durmió como un tronco y se despertó muy tarde. Estaba disfrutando de un relajado y solitario desayuno en bata y zapatillas cuando Tom Byrd apareció en la puerta del comedor. En su rostro se adivinaba tal alarma que se le cayó una tostada con mantequilla al suelo y se levantó a toda prisa.

—¿Qué? —preguntó bruscamente.

—Es el general, milord.

—¿Qué general? ¿Te refieres a sir George?

—Sí, milord. —Tom se volvió un momento para mirar atrás y cerró la puerta del salón.

—¿Qué diablos...?

—Brunton no sabe qué hacer, milord —lo interrumpió Tom, susurrando con la voz ronca—. No se atreve a dejarlo pasar, pero tampoco tiene valor para decirle que se marche. Le ha pedido que espere un momento y me ha dicho que tenía que venir a buscarle.

—¿Y por qué diablos no lo deja pasar Brunton? —Grey ya se estaba dirigiendo a la puerta mientras se limpiaba las migas de pan que se le habían quedado en las mangas.

—Creo que la condesa le ha pedido que no lo deje entrar —respondió Tom con amabilidad.

Grey se quedó de piedra. No se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué? ¿Y por qué haría la condesa una cosa así?

El chico se mordió el labio.

—Ella... ha roto el compromiso, milord. Y sir George dice que quiere saber por qué.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así, lord John? —Sir George, al que Grey había rescatado de la entrada de la casa, estaba muy agitado. Llevaba la peluca torcida y el chaleco mal abrochado—. ¡No me ha dado ningún motivo, ninguno en absoluto!

—¿Ella le escribió para romper el compromiso?

—Sí, sí, me ha hecho llegar una nota esta mañana.

El hombre rebuscó en sus bolsillos y por fin sacó un trozo de papel arrugado en el que la condesa sólo decía que lamentaba comunicarle que su matrimonio era imposible.

—No soy un hombre guapo —comentó sir George observándose de un modo bastante patético en el espejo que había sobre el aparador, mientras hacía un vano intento por ponerse bien la peluca—. Ya sé que no soy digno de los ojos de una mujer. Tengo dinero, pero es evidente que ella no lo necesita. En su momento, pensé que rechazaría mi proposición, pero una vez había aceptado... Le juro, lord John, que no he hecho nada, nada, que se pueda considerar reprochable. Y si hay algo que haya podido ofenderla, estaré encantado de poder disculparme en persona, pero ¿cómo se supone que voy a hacer tal cosa si no sé lo que he hecho y ella se niega a verme?

Grey se dio cuenta de que sentía una gran empatía hacia sir George y estaba desconcertado por el comportamiento de su madre.

—¿Me permite, señor? —Le dio la vuelta al general con suavidad y le desabrochó el chaleco para volvérselo a abrochar correctamente—. Dicen que las mujeres tienen un humor muy cambiante, que son dadas a un comportamiento un tanto irracional.

—Bueno, sí, es cierto —convino sir George un poco más calmado—. Yo he conocido muchas mujeres que son exactamente así. Si alguna de ellas me hubiera hecho llegar una nota como ésta me habría limitado a esperar un día o dos para darle tiempo a recuperarse y luego habría ido a visitarla con un ramo de flores, convencido de que todo saldría bien. —Sonrió sombríamente—. Pero su madre no es así. En absoluto —dijo, negando con la cabeza, completamente confuso—. Es la mujer más lógica que he conocido en toda mi vida. Hasta tal punto, que algunas personas podrían considerarla incluso poco femenina. Pero yo no —añadió en seguida para que Grey no pudiera



pensar que la estaba insultando—. ¡En absoluto!

Aquello era cierto. Su madre era una mujer lógica y sincera. Y Grey volvió a sentirse desconcertado.

—¿Ha ocurrido algo últimamente? —preguntó—. Es la única circunstancia en que podría comprender que hubiera tomado una decisión como ésta.

Sir George se concentró en sus pensamientos mientras se mordía el labio superior con los dientes, pero acabó negando con la cabeza.

—¡No hay nada! —exclamó con impotencia—. No me he visto envuelto en ningún escándalo. Ningún *affaire*, ningún duelo. No me he dejado ver borracho en público. ¡Ni siquiera he publicado ninguna carta controvertida en el periódico!

—Bueno, pues entonces no queda más remedio que pedirle una explicación —propuso Grey—. Creo que tiene usted todo el derecho a hacerlo.

—Yo también lo creo —respondió sir George con una repentina inseguridad—. Por eso he venido. Pero me temo que el mayordomo tenía órdenes... No deseo mostrar una conducta ofensiva.

—¿Qué tiene usted que perder? —preguntó Grey con rotundidad.

Se volvió hacia Tom, que había estado intentando pasar desapercibido junto a la puerta, con la intención de decirle que le pidiera a la doncella de la condesa que bajara. Sin embargo, en ese momento, alguien abrió la puerta.

—¡Vaya, sir George! —A Olivia se le iluminó la cara al ver al general—. ¡Qué alegría verle! ¿Sabe la tía Bennie que está usted aquí?

Grey pensó que estaba seguro de que lo sabía. Al margen de lo que estuviera pasando por la cabeza de su madre en aquellos momentos, sabía a ciencia cierta que la mujer seguía conservando la lógica suficiente como para haber deducido el efecto que tendría aquella nota, y seguramente había visto que el carruaje de sir George estaba frente a la puerta. Era un carruaje antiguo pero muy sólido, de tamaño suficiente como para acomodar a varios pasajeros y a una pequeña orquesta para entretener a éstos durante el camino.

Lo más probable era que su madre ya hubiera decidido lo que haría cuando el general apareciera. Y teniendo en cuenta que había dado órdenes

de que no lo dejaran entrar, las posibilidades de que Grey pudiera convencerla para que saliera de su gabinete y hablara con sir George sin tener que utilizar un ariete y unos grilletes eran muy escasas.

Mientras él estaba llegando a aquellas desafortunadas conclusiones, Olivia había conseguido que el general le contara el propósito de su visita, lo cual había suscitado las consecuentes exclamaciones de consternación.

—Pero ¿qué puede haberla llevado a tomar una decisión tan incomprensible? —Olivia se dirigió a Grey. Estaba más nerviosa que sir George—. ¡Ya hemos mandado las invitaciones! ¡La boda es la semana que viene! ¡Toda la ropa, los obsequios, la decoración! ¡Los preparativos para el almuerzo! ¡Todo está listo!

—Todo excepto la novia, por lo visto —observó Grey—. Supongo que no habrá tenido un repentino ataque de nervios, ¿verdad?

Su prima arrugó la frente mientras deslizaba las manos por encima de su protuberante vientre de una forma que hizo que el general se alejara de ella con educación. Aprovechó para volver a examinar la posición de su peluca en el espejo.

—Estaba un poco rara en la cena anoche —explicó Olivia muy despacio—. Muy callada. Yo pensé que estaría cansada. Habíamos pasado todo el día ultimando los retoques de su vestido. Pero no le di ninguna importancia... —Negó con la cabeza frunciendo los labios—. ¡No me puede hacer esto! —exclamó luego, y volviéndose, se dirigió hacia la escalera, con la misma decisión con que un escalador afrontaría la ascensión del Hindu Kush.

Sir George, que tenía la boca desmesuradamente abierta, miró a Grey, que se encogió de hombros. De todos ellos, Olivia era la única que podría entrar en la habitación de su madre. Y, tal como Grey le había dicho ya al general, no había nada que perder.

Sir George, aliviado por la descarada y fecunda presencia de Olivia, había dejado de mirarse al espejo y paseaba por la habitación cogiendo objetos con aire ensimismado y volviéndolos a dejar en su sitio.

—¿Supongo que esto no será alguna prueba para saber el amor que siento por ella? —preguntó esperanzado—. Algo como lo de Leandro cruzando el Helesponto y esas cosas.

—Supongo que si hubiera querido que le trajera usted un huevo de Roc o algo por el estilo se lo habría hecho saber —contestó Grey con toda la amabilidad de que fue capaz.

Olivia había dejado la puerta entreabierta y se podían oír voces acaloradas procedentes del piso de arriba, pero no se entendía lo que estaban diciendo. El general había abandonado su errante paseo por la habitación y estaba observando una planta de un modo un tanto mórbido. Alargó una mano en dirección a la repisa de la chimenea para tocar uno de los adornos favoritos de Benedicta, una figurita de la *commedia dell'arte* que representaba una mujer con un delantal a rayas. Grey se sintió conmovido al ver que le temblaba un poco la mano.

—¿Está usted completamente seguro de que no ha ocurrido nada? —preguntó, más como excusa para distraer al hombre que porque tuviera alguna esperanza real de aclarar nada—. Si ha ocurrido algo, tiene que haber sido bastante reciente, porque ayer se estaba arreglando el vestido de novia y no lo habría hecho en el caso de que...

El general se volvió hacia él, agradecido por la distracción, pero seguía sin ser capaz de encontrar la respuesta.

—No —repitió negando con la cabeza, desconcertado—. Por lo que yo sé, lo único remarcable que ha acontecido entre las personas que yo conozco durante las últimas veinticuatro horas es la aventura que protagonizó usted ayer en Tyburn. —Sus ojos se centraron repentinamente en Grey—. Por cierto, ¿ya está usted recuperado? Le ruego que me disculpe. Debería habérselo preguntado antes, pero...

—Bastante —le aseguró él, avergonzado. Podía ver su reflejo en el cristal por encima del hombro de sir George, y a pesar de que el sueño de la noche había mejorado mucho su aspecto, seguía teniendo un buen número de marcas visibles, por no hablar de que llevaba una barba de tres días—. ¿Cómo...?

—Lo mencionó el capitán MacLachlan cuando lo vi en el club ayer por la noche. Él... estaba muy impresionado por su valentía. —Imprimió un delicado tono de pregunta a su última afirmación, que invitaba a que Grey explicase su comportamiento, pero sin obligarlo a ello.

—El capitán y su amigo fueron de gran ayuda para mí —confesó él, y luego tosió.

El general empezó a observarlo con atención y, por un momento, la curiosidad le hizo olvidar la preocupación.

—Fue un asunto muy desafortunado —manifestó—. Yo conocía bien al capitán Bates, fue mi ayudante de campo hace algunos años. Doy por sentado que usted también lo conocía. ¿De algún club, tal vez? —Le hizo la pregunta con gran delicadeza. Era evidente que no quería que pareciera que estaba relacionándolo con un sodomita convicto.

—Coincidí brevemente con él en una ocasión —explicó Grey, mientras se preguntaba si el general estaría al corriente de la trama política que había tras el juicio y la condena de Bates—. Un hombre muy interesante.

—Sí que lo era —convino sir George con sequedad—. Y también un buen soldado. Es una lástima que haya acabado de esa forma. Me temo que se trataba de un asunto muy sórdido. Sin embargo, me alegra que no esté usted malherido —añadió—. La multitud de Tyburn es muy peligrosa. Yo he visto asesinar hombres allí, y por provocaciones mucho menores que la que protagonizó usted.

—¿Tyburn? —dijo una sorprendida voz detrás de Grey. Éste se dio media vuelta y se encontró a Olivia mirándolo fijamente, con la boca abierta—. ¿Ayer estuviste en Tyburn? —Levantó la voz—. ¿Fuiste tú quien se colgó de las piernas de aquella espantosa bestia y luego fue atacado por la multitud?

—¿Qué? —Tom, que se había retirado con discreción al pasillo, apareció por detrás de Olivia con los ojos como platos—. ¿Fue usted, milord?

—¿Cómo os habéis enterado de eso? —preguntó él intentando esconder su incomodidad, mientras miraba con aire acusador a su prima y a su ordenanza.

—A mí me lo explicó mi doncella —replicó Olivia rápidamente—. Hay un periódico circulando con un dibujo tuyo, aunque gracias a Dios no saben tu nombre, en el que se te retrata ahogado en el barro de la perversión. ¿En qué diablos estabas pensando para hacer una cosa como...?

—Entonces, ¡eso es lo que le ocurrió a su uniforme! —exclamó Tom, ofendido.

—¿Y qué hacías en Tyburn para empezar? —preguntó su prima.

—No tengo por qué daros explicaciones —comenzó a decir Grey con considerable severidad, cuando de repente una nueva figura se unió a ellos en la puerta.

—¿Qué diablos has estado haciendo, John? —dijo su madre secamente.

No podía hacer nada. Ya tenía suficiente trabajo intentando tranquilizar los sentimientos de las mujeres de su vida, que no dejaban de mirarlo como si fuera un auténtico lunático.

La condesa escuchó su breve exposición de los hechos, en la cual Grey omitió cuidadosamente a la señora Tomlinson y su visita a Newgate, y luego, la mujer se dejó caer en una silla, apoyó los codos sobre la mesa, entre las cosas del desayuno, y la cabeza en las manos.

—No me lo puedo creer —dijo, con la voz levemente entrecortada. Sus hombros empezaron a temblar.

Sir George intercambió una preocupada mirada con Grey, luego dio un indeciso paso hacia ella, pero se detuvo. Era evidente que no sabía si recibiría con agrado sus intentos de consolarla. Pero Olivia no tenía tantos reparos.

—¡Tía Bennie! No tienes por qué preocuparte, Johnny está bien. Vamos, vamos...

Se quedó junto a su tía un momento, dándole unos suaves golpecitos en el hombro. Luego se acercó más a ella y su mirada de tierna preocupación desapareció de inmediato.

—¡Tía Bennie! —exclamó en tono de reproche.

Benedicta, condesa viuda de Melton, se enderezó, cogió una servilleta y se limpió lo que era evidente que eran lágrimas de risa.

—John, me vas a matar —se lamentó, sorbiendo y limpiándose los ojos—. ¿Qué diablos estabas haciendo en Tyburn?

—Pasaba por allí —contestó él con frialdad—, y me paré a ver qué sucedía.

Ella le dedicó una mirada de profunda incredulidad, pero no dio

importancia a su respuesta. En vez de eso, se volvió hacia sir George, que no había dejado de mirarla ni un momento desde que había aparecido.

—Le debo una disculpa, sir George —dijo. Inspiró con fuerza—. Y supongo que también una explicación.

—Oh, no, querida —dijo el general con suavidad—. No me debe nada. Eso jamás. —La miraba con una absoluta ternura y la condesa se levantó corriendo para acercarse a él y cogerle la mano.

—Lo siento —se disculpó ella en voz baja pero con mucha claridad—. ¿Sigue queriendo casarse conmigo, George?

—Oh, sí —respondió él. Y sin apartar la mirada de su cara, levantó su mano y se la besó.

—Me alegro mucho de oír eso —confesó ella—. Pero no se lo tendré en cuenta si decide usted cambiar de opinión después de lo que le voy a contar.

—Benedicta, me casaría con usted aunque estuviera en bancarrota —comentó sonriendo.

Su madre le devolvió la sonrisa y Grey se aclaró la garganta.

—¿Decirnos qué exactamente? —inquirió.

—No des por supuestas mis buenas intenciones —dijo la mujer, dándose la vuelta y mirándolo con los ojos entrecerrados—. Parte de esto es culpa tuya, por decir esa absurda mentira sobre el atropello. Yo pensé que estabas intentando que nadie se diera cuenta de que te habían vuelto a atacar. Sin causa alguna, quiero decir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él en tono provocador—. ¿Que ser atacado por una multitud asesina está bien, pero ser atacado por un sinvergüenza cualquiera no?

—Eso depende de si el ataque que sufristeis tú y Percival Wainwright fue fruto del azar —respondió la condesa—. ¿Nos quedamos aquí, en medio de este olor a tostadas y espinas de arenques, o vamos a un lugar más civilizado?

Una vez estuvieron instalados en el salón y les hubieron servido café, la condesa se sentó junto a sir George en el sofá, apoyó la mano sobre su brazo

y miró a Grey.

—Cuando murió tu padre —expuso—, me fui a Francia una temporada. Un mes después de mi regreso a Inglaterra, recibí tres proposiciones de matrimonio. Procedían de tres caballeros de los cuales tenía motivos para sospechar que estaban involucrados en el escándalo que se llevó la vida de mi marido. Las rechacé todas, por supuesto.

El general se había puesto tenso al escuchar aquello y la felicidad que sentía debido a su renovado compromiso empezó a desvanecerse.

—¿Quiénes fueron esos hombres que te propusieron matrimonio? —preguntó Grey antes de que pudiera hacerlo sir George.

Su madre lo miró.

—Prefiero no decírtelo —contestó, escueta.

—¿También prefiere no decírmelo a mí, Benedicta? —El tono de voz del general dejaba entrever un sentimiento que se debatía entre la indignación y la súplica.

—Así es —dijo la condesa, enfadada—. Es mi vida privada y no quiero que vosotros dos, o tres, porque estoy segura de que se lo diréis a Melton y hurgaréis en asuntos que debieron quedar enterrados hace mucho tiempo. Tampoco creo que importe, por lo menos, eso espero. Sin embargo, si tuviera alguna trascendencia, no quiero que empeore.

Sir George parecía dispuesto a discutir con ella, pero Grey consiguió llamar su atención y el general se tranquilizó, aunque tenía una expresión que indicaba que esa reacción era momentánea.

—¿Las páginas de los diarios tenían algo que ver con esos hombres? —preguntó Grey—. Alguien dejó una página de un diario de mi padre en el despacho de mi hermano. —Les explicó al general y a Olivia—. Y yo estoy convencido de que tú recibiste otra, ¿verdad, madre?

—Tal como tú mismo dedujiste de una forma tan brillante, sí, así es —respondió ella, aún enfadada—. Pero ninguna de esas páginas tenía nada que ver con esos tres hombres. Tu padre hablaba conmigo de vez en cuando sobre ciertos asuntos y yo sabía que sospechaba de por lo menos dos de ellos. Existe la posibilidad de que él hubiera escrito sobre eso en su diario. Tal vez dejó constancia de las dudas que albergaba.

—Porque el diario desapareció después de su muerte —planteó Grey asintiendo—. ¿Sabes cuándo se lo llevaron?

La condesa negó con la cabeza. Vestía un sencillo vestido de algodón, pero aún no la habían peinado, por lo que llevaba también un gorrito de lino. Tenía las mejillas sonrosadas y Grey pensó que no le extrañaba que el general estuviera tan enamorado; estaba cansada y tensa, pero era innegable que era una mujer muy guapa para la edad que tenía.

—Jamás me planteé comprobarlo. Eso ocurrió poco antes de que me sintiera capaz de leer cualquiera de los volúmenes de los diarios de Pardloe. Incluso entonces, pensé que lo más lógico era que tú o Melton lo hubierais cogido. ¿Quién más podría quererlo, a fin de cuentas?

—Un hombre que pensara que podría ser mencionado en él y que dicha mención pudiese dejarlo en mal lugar —respondió Grey—. ¿Y por qué diablos está repartiendo páginas del diario a estas alturas?

—Para indicarnos que lo tiene —contestó su madre en seguida—. En cuanto al motivo... Asumo que lo que ha precipitado todo el asunto es el anuncio de mi compromiso con sir George.

Éste se sobresaltó como si alguien le hubiera clavado una aguja en la pierna.

—¿Qué? —dijo con incredulidad—. ¿Por qué?

El delicado rostro de la condesa mostraba señales de lo que probablemente había sido toda una noche sin dormir, pero un resplandor de irónico humor brilló en sus labios.

—Tal vez usted esté dispuesto a casarse conmigo aunque esté en bancarrota, querido, pero yo nunca pensé que las proposiciones de matrimonio que recibí estuvieran basadas sólo en mi persona. Lo más normal es que estuvieran motivadas por dos cosas: mi dinero y mi posición. O tal vez en la posibilidad de que yo pudiera significar alguna amenaza para esos caballeros, debido a lo que ellos suponían que yo sabía.

Grey se frotó la barbilla con los nudillos. El dinero y la posición de la condesa eran considerables. Sus conexiones escocesas no eran tan poderosas como lo fueron en el pasado, a comienzos del escándalo del Mar del Sur y los fracasados Levantamientos, pero los Armstrong seguían siendo una fuerza



digna de tenerse en cuenta.

—¿Estaba alguno de esos caballeros en una posición en la que se pudiera sentir tentado por tu dinero? —preguntó Grey.

—Hay pocos hombres que no se sientan tentados por eso —intervino Olivia con sorprendente cinismo—. Nunca he conocido un hombre rico que no piense que necesita más dinero.

La chica era joven, pero no estúpida. Y a pesar de que no parecía afectada por un prematuro y fracasado compromiso con un comerciante de Cornualles llamado Trevelyan, era evidente que el asunto le había enseñado algunas cosas sobre el funcionamiento del mundo.

Benedicta asintió con aire de aprobación al escuchar sus palabras.

—Muy cierto, querida. Pero mientras uno de los caballeros en cuestión podría haber hecho buen uso de ese dinero y de las influencias, los otros dos estaban muy bien situados y podrían haber encontrado alternativas mucho mejores que una viuda que ya no podía darles hijos.

—Entonces, asumió que su motivo era descubrir si era usted realmente una amenaza para su seguridad y poder prevenirlo en caso de ser así —dijo sir George muy despacio.

Ella asintió, alargó el brazo para coger su taza de café y, cuando se dio cuenta de que éste estaba frío, la volvió a dejar sobre la mesa mientras arrugaba la nariz.

—Así es. Pero tal como ya he dicho, los rechacé y seguí viviendo tranquilamente. Uno de ellos volvió a insistir, pero al final se olvidó del asunto, igual que los demás.

Por lo que Grey sabía, su madre jamás se había planteado volver a casarse hasta que había conocido a sir George.

—Ahora entiendo por qué te están preocupando las páginas de ese diario, tía Bennie —dijo Olivia arrugando la frente—. Pero ¿qué propósito podrían tener?

Benedicta miró al general.

—Al principio no estaba segura. Pero entonces, John fue atacado y golpeado en plena calle sin ningún propósito aparente y eso me alarmó mucho. —Sus preocupados ojos se posaron en el rostro de su hijo—. Y

cuando ayer pensé que había vuelto a suceder... Me convencí de que era un aviso para evitar mi boda.

Grey se quedó de piedra.

—¿Qué? ¿Pensaste...?

—Sí, y no gracias a ti. —La mirada de preocupación de su madre había desaparecido para dejar paso al enfado—. No quería que te mataran la próxima vez, así que decidí romper el compromiso y hacerlo público. Si no había más avisos, sabría que había tomado la decisión correcta y podría seguir, basándome en esa suposición.

—Mientras que si rompías el compromiso y yo acababa siendo asesinado en la calle, entonces te verías obligada a reformular tu hipótesis. Estupendo. —El calor se apoderó del rostro de Grey—. ¡Por el amor de Dios, madre! ¿Cuándo pensabas decirme todo esto, si es que pensabas decírmelo en algún momento?

—Te lo estoy diciendo ahora —repuso ella, exagerando su paciencia—. Si hubiera ocurrido sólo una vez, podría haber sido una coincidencia, y los riesgos que correría al decírtelo no justificaban que te lo dijera. Pero dos veces ya es otra cosa.

»En cuanto a no hablarte del tema después del primer incidente... Si no existía ninguna amenaza real, no quería que tú o tu hermano hicierais alguna tontería. Y sigo sin querer que la hagáis. Sin embargo, si creía que estabais en peligro, entonces tendría que hablar. Pero teniendo en cuenta que el segundo ataque fue, en realidad, fruto de tus propias acciones, no existe conexión alguna, por lo que tenemos que volver a suponer que sólo se trata de una coincidencia.

»Si hubiera sabido lo de tu aventura en Tyburn —y los ojos de su madre se posaron sobre él; en ellos brillaba una profunda sospecha, porque sabía muy bien que su hijo no se lo estaba diciendo todo, igual que ella no se lo estaba contando todo a él—, no me habría visto obligada a romper el compromiso. Tienes que disculparte con sir George por las molestias que le hayas causado, John.

La impaciencia del general había ido en aumento a medida que iba escuchando todas aquellas explicaciones, y en aquel momento explotó.

—¡Benedicta! Si cualquiera, ¡cualquiera!, osara amenazar con violencia a usted o a sus hijos, deberá responder ante mí. ¡Espero que esté convencida de eso!

La condesa lo contempló con una especie de cariño exasperado.

—Eso es muy galante, sir George, pero lo cierto es que prefiero que mis hijos sigan con vida antes que ser vengada. Aunque no dudo que fuera usted a hacer un excelente trabajo vengándose, en caso de ser necesario —añadió, con intención de que le sirviera de paliativo.

Grey cada vez estaba más enfadado por el tono de aquellos discursos, y les puso fin dejando su taza de café en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Por qué querría nadie evitar tu boda?

Fue sir George quien contestó a eso sin vacilar:

—He dicho que protegería a su madre y todo cuanto le pertenece, y le aseguro que soy muy capaz de hacerlo. Si Benedicta sabe algo que pueda amenazar a alguno de esos hombres, podría denunciarlos abiertamente una vez casada conmigo.

Grey estaba muy ofendido ante la flagrante asunción de que Hal y él no serían capaces de proteger a la condesa, pero consiguió el suficiente autocontrol como para no decirlo. Aunque lo que sí admitía era que, mirándolo objetivamente, el general disponía de más recursos para conseguir tal fin, y que posiblemente podría estar en mejor posición para ejercer cierta forma de persuasión, o incluso controlar el comportamiento de la condesa, cosa que resultaba completamente imposible para él y para Hal. Vio que el general estaba empezando a comprender hasta dónde llegaban los límites de su propia influencia.

—Doy por hecho que, en realidad, usted no sabe nada que pueda resultar peligroso para ninguno de esos hombres, ¿verdad? —le preguntó el general a la condesa con cierta duda.

—Si sabe algo no se lo va a decir —le informó Grey, adelantándose a la respuesta—. Una pregunta, madre, si eres tan amable. ¿Es alguno de los hombres en cuestión miembro del regimiento?

Ella pareció muy sorprendida ante la idea y espetó:

—¡Dios no! —Lo negó con tanto énfasis que a Grey le pareció evidente que decía la verdad.

—Excelente. En ese caso, y teniendo en cuenta que Melton y yo nos embarcaremos con el regimiento en menos de un mes, supongo que podremos arreglárnoslas para que nadie nos asesine antes de irnos, en el caso de que en realidad exista una amenaza real. Y una vez estemos en Alemania, deberíamos estar a salvo de los ataques. —Miró a su prima, que había estado escuchando todo aquello con la boca medio abierta y moviendo los ojos de un orador a otro, como si fueran el péndulo de un reloj—. ¿Crees que Olivia también puede correr peligro?

—No lo creo —dijo su madre muy despacio—. No creo que ninguno de ellos sepa siquiera que se ha venido a vivir aquí mientras Malcom Stubbs está en América.

—Entonces, sólo nos tenemos que preocupar por tu seguridad, madre —apuntó Grey—. Usted se va a las Indias occidentales, ¿verdad, sir George? Si mi madre se fuera con usted, supongo que allí podría protegerla de cualquier malintencionado.

El rostro del general se tiñó de una absoluta ferocidad.

—Me encantaría ver cómo lo intentan —respondió. Se volvió hacia la condesa muy animado—. ¿Lo hará, Bennie? ¿Se vendrá conmigo?

—¿Cómo? ¿Y dejar sola a Olivia?

La joven se incorporó.

—¡Oh, no! Yo me podría ir con Minnie. Me lo ha pedido muchas veces. Nos lo pasaríamos muy bien juntas. ¡Oh, hazlo, tía Bennie, vete con él!

La condesa observó a su sobrina un momento para asegurarse de la sinceridad de sus palabras y luego se volvió hacia sir George.

—Creo que allí estaré en más peligro a causa de la peste, los mareos y las víboras que en Londres. Pero está bien, iré.

Aún no era ni mediodía, pero tocaron la campana, pidieron jerez y brindaron por el renovado compromiso. Hasta que no subió a vestirse, Grey no recordó las palabras de su madre acerca de las probabilidades.

A él no se le había ocurrido relacionar su encuentro con los hermanos O'Higgins en Hyde Park con el ataque de Jed y su compañero en Seven

Dials. Como era habitual, los hermanos O'Higgins habían negado con mucha indignación haber estado ni siquiera cerca de los alrededores del parque y habían encontrado por lo menos dieciséis testigos para testificar que estaban en una fiesta que se había organizado en un cobertizo detrás de los barracones en el momento del incidente. Y a pesar de que Grey estaba completamente seguro de su identidad, no había nada que decir; en realidad, en cuanto lo reconocieron salieron corriendo. Pero aun así...

Su madre había dicho que un ataque podía ser una coincidencia, pero que dos ya era otra cosa.

Al día siguiente, Grey le contó a Hal la ruptura y el restablecimiento del compromiso de la condesa, con las consecuentes revelaciones.

—Me han contado lo que ocurrió en Tyburn —comentó su hermano mientras lo miraba—. ¿Me quieres decir de qué iba todo eso? Porque no me creo ni por un momento que estuvieras allí por casualidad.

Grey se sintió tentado de contarle la conversación que había mantenido con el capitán Bates en Newgate, pero no había forma de explicar que lo conociera sin tener que nombrar a Hubert Bowles, y eso seguro que provocaría preguntas que ninguno de los dos deseaba formular ni contestar.

—No —dijo con sencillez—. Ahora no.

Hal lo aceptó sin hacer ningún otro comentario. Su hermano podía ser implacable cuando se trataba de proteger cualquier cosa que él creyera que le concernía, pero de igual modo, siempre estaba dispuesto a dejar que los demás se ocuparan de sus asuntos.

—¿Mamá no dio ninguna pista de la identidad de esos hombres?

El armario del autómatas seguía estando en la esquina del despacho, pero Hal tenía el recipiente con los lemas y las frases de la fortuna sobre su escritorio. Cogía una al azar, la leía y la volvía a dejar.

—No. ¿Crees que existen de verdad?

Esa idea se le había ocurrido a Grey durante la noche. Pensó que la condesa podría haberse inventado aquellas nebulosas figuras. Aunque, en ese

caso, no podía explicar el motivo por el que había roto el compromiso.

—Oh, sí. Creo que yo podría mencionar los nombres de dos de ellos. — Hal leyó una nueva frase—. «Aquel que tira barro, pierde terreno» —leyó—. ¿Crees que los hermanos O'Higgins habrán escrito estas frases?

—¿Eh? ¿Quiénes? —Intentó mantener un tono de voz despreocupado, pero no pudo evitar que se le acelerara el pulso—. La verdad, dudo mucho que los hermanos O'Higgins sepan escribir.

—Tienes razón. —Hal volvió a dejar el papelito en el recipiente y removi6 el contenido—. Capitán Rigby, Gilbert Rigby, y lord Creemore. Yo estaba en Inglaterra cuando mamá volvió de Francia y sabía que iban a visitarla casi cada día. Tenía muchos pretendientes, pero yo solía tropezarme con esos dos con más frecuencia que con otros y cuando lo hacía estaban a solas con ella.

Grey metió la mano en el recipiente para esconder la pequeña punzada de resentimiento que sintió al oír que su hermano hacía referencia a una época en la que él estuvo excluido de los asuntos de su familia.

—«Quien sabe reírse de sí mismo, nunca deja de tener cosas de las que reírse» —leyó y sonrió sin ganas—. Tengo un vago recuerdo del capitán Rigby de antes de que muriera papá, creo que una vez trajo a su perro. Pero me parece que no conozco a lord Creemore.

—Tal vez no lo conozcas por el título. Su nombre es George Longstreet —puntualizó Hal secamente. Cogió otro papelito de la fortuna, lo leyó y lo volvió a lanzar con los demás, negando con la cabeza.

—¿Por qué me estás hablando de ellos ahora? —preguntó Grey con curiosidad—. La última vez que pregunté por las circunstancias que siguieron a la muerte de papá, tú te negaste a contestar mis preguntas.

—«No se debería confundir la tentación con la oportunidad.» —Leyó otro papel, lo tiró y se reclinó en su silla mientras miraba a su hermano—. No quería decírtelo porque sabía que, si lo hacía, empezarías a meter palos en avisperos y no tenía ningún sentido que nos pusiéramos a remover cosas que llevaban enterradas tantos años. Pero ahora... —Lo observó, contemplando los restos de moretones que quedaban en su rostro y negó con la cabeza—. Si hay algo de cierto en la teoría de mamá y es verdad que te atacaron para

advertirle que guardara silencio, existe la posibilidad de que vuelva a suceder. Si eso es así, creo que cuanto más sepas, mejor; por tu propia seguridad.

—Estoy conmovido por tu preocupación —respondió él secamente. Pero era cierto que lo estaba—. Dado que el regimiento partirá dentro de pocas semanas, dudo mucho que tenga tiempo de hurgar en muchos avisperos.

—Sí, claro, eso es cierto —admitió Hal con cordialidad—. No pienso dejarte tiempo ni para dormir, así que dudo mucho que te quede ni un solo segundo para deambular por Londres, levantando piedras en busca de jacobitas escondidos.

—Pero sí tienes intención de contarme todo lo que sabes sobre los antiguos pretendientes de mamá. —Cogió otro papelito y lo desdobló.

Hal se mordió el interior de la mejilla mientras pensaba y luego suspiró.

—Exacto. Tengo sospechas sobre Rigby, pero sé a ciencia cierta que Longstreet, que era el nombre que utilizaba entonces, sí le propuso matrimonio a mamá, porque lo sorprendí justo cuando lo estaba haciendo.

—¿Ah, sí? —dijo Grey, fascinado—. ¿Y detuviste la cosa?

Hal lo miró sorprendido y luego tosió.

—Indirectamente —contestó, y se apresuró a proseguir—: Por aquel entonces, Rigby era secretario de Walpole. Éste vino a visitar a mamá tras la muerte de nuestro padre. Fue muy amable por su parte, porque hubiera sido mucho peor si él no hubiera mostrado su interés. A partir de entonces, enviaba frecuentemente a su secretario y a sus ayudantes a la casa, porque su estado de salud no le permitía salir. Y creo que así fue como Rigby conoció a mamá.

—¿Y Longstreet?

—No te preocupes de él —dijo Hal escueto—. Me ocuparé yo personalmente.

—Ese aviso sobre los avisperos...

—Exacto. Mantente alejado de él.

Era evidente que aquello era todo cuanto iba a escuchar sobre Longstreet, por lo menos, de momento. Dejó que su hermano se olvidara del asunto y se volvió a centrar en lo principal.

—¿A ti te parece plausible? —le preguntó—. Esta teoría de mamá.

Hal vaciló y luego asintió.

—Sí —contestó—, pero sólo si ella de verdad sabe algo que pueda resultar peligroso para alguien.

—O si ese alguien cree que sabe algo. Pero ¿qué podría saber que pueda ser tan peligroso como para justificar todo este rompecabezas? —añadió Grey.

Hal negó con la cabeza.

—No sé cómo puede tener pruebas de nada en concreto. Seguro que si las hubiera tenido, lo habría dicho cuando estalló el escándalo. Lo único que podría saber sería la identidad de alguien que no sólo fuera un jacobita por aquel entonces, sino que además tuviera una buena posición y probablemente siga teniéndola.

Eso tenía mucho sentido. El sentimiento antijacobita había muerto hacía ya algunos años, tras la derrota del ejército de Carlos Estuardo. Pero acusar a alguien de jacobita seguía resultando muy eficaz y por lo tanto muy utilizado, tanto por los políticos como por la prensa.

—Longstreet era tan vulnerable a la amenaza de quedar al descubierto como lo es ahora —planteó Grey—. ¿Qué hay del capitán Rigby?

Hal sonrió.

—Supongo que también —contestó—. Actualmente, es presidente del Hospital Foundling. —Leyó otra frase, se rió y la leyó en voz alta—: «Una conclusión no es otra cosa que el punto en que uno se cansa de pensar».

Grey sonrió y se levantó.

—Pues entonces, creo que por ahora hemos llegado a una conclusión. ¿Me contarás lo que descubras sobre Longstreet?

De repente, brilló algo en los ojos de su hermano, pero desapareció antes de que Grey pudiera interpretarlo.

—Te diré todo lo que necesites saber —le aseguró Hal—. Entretanto, ¿no tienes nada que hacer?

—Así es —dijo él y se fue. Escondido en la mano, llevaba el último papel que había cogido del recipiente del autómeta. Decía: «La persona que amas está más cerca de lo que imaginas».

Quedaban seis días para la boda. Cuatro días, tal vez cinco, para que



Percy Wainwright volviera de Irlanda.

Hal no bromeaba cuando le había dicho que no pensaba dejarle tiempo ni para dormir. Grey podía sentir cómo el regimiento se empezaba a levantar de los cuarteles de invierno y se preparaba para la guerra, igual que un oso que se despereza después de haber hibernado y empieza a darse cuenta del hambre que tiene. Y los hombres, igual que los osos, debían alimentarse.

Pero al contrario que esos animales, también necesitan ropa, un techo, armas, entrenamiento, disciplina y trasladarse de un lado a otro. Y luego, por supuesto, estaba también la jerarquía militar, una hidra de muchas cabezas con voraces apetitos propios.

Los días de Grey eran una nebulosa de actividad y no paraba de ir de las oficinas de Whitehall a las oficinas de navegación. Mantenía reuniones diarias con las demás oficinas, recibía y revisaba informes diarios de los capitanes, escribía informes diarios para los coroneles, leía órdenes, redactaba órdenes, se ponía el uniforme a toda prisa y salía corriendo para subirse a un caballo, justo a tiempo de ocupar su puesto al frente de una columna, para marchar a través de las calles de Londres en procesión, entre los vítores de una multitud, luego le daba las riendas a un mozo y se sacudía los pelos de caballo del uniforme mientras, en un carruaje iba de camino a la casa de Richard Joffrey, donde debía bailar con las damas y hablar en las esquinas de la sala con los caballeros, los ministros que dirigían la maquinaria de la guerra y los comerciantes que engrasaban sus motores.

El único aspecto positivo de esas ocasiones era que siempre servían comida, y solía ser la única oportunidad que Grey tenía para comer, después del desayuno.

En una de esas reuniones, Hal se le acercó y le dijo en voz baja:

—Lord Creemore está enfermo.

Grey tenía tanta hambre y tantas preocupaciones que al principio no recordó quién era lord Creemore y se limitó a decir:

—Oh, qué lástima. —Sin apartar la vista de las sardinas que había sobre

la tostada que había cogido de la bandeja que le ofreció un camarero.

Su hermano lo miró con impaciencia y repitió con un poco más de énfasis:

—Lord Creemore está enfermo. Muy enfermo, según tengo entendido. Hace dos meses que no sale de casa.

—¡Ah! —exclamó Grey, cuando por fin se dio cuenta—. George Longstreet. —Se comió la tostada con sardinas en dos bocados y se la tragó con ayuda de un sorbo de champán—. Entonces, no parece que esté en condiciones de contratar matones y repartir documentos, ¿no crees?

—Me parece que no. Ahí viene ese pesado de Adams. Habla tú con él. Si lo hago yo, acabaré estrangulándolo. —Hal inclinó levemente la cabeza, pasó de largo junto al ministro de Artillería y se abrió camino entre la multitud.

Grey suspiró, se acabó el contenido de su copa de champán, la dejó sobre la bandeja de uno de los camareros que pasaba y cogió otra llena.

—Señor Adams —saludó—. A sus pies, señor.

—¿No era ése lord Melton? —Bernard Adams, que era corto de vista, entrecerró los ojos con recelo hacia donde Hal se había ido—. Quería hablar con él sobre su extravagante petición de...

Grey se acabó el contenido de otra copa, oyó cómo el reloj de la esquina tocaba la medianoche y pensó en lo agradable que sería convertirse en calabaza y quedar inerte a los pies de Adams, inmune al parloteo de aquel hombre.

Sin embargo, clavó la vista en el lunar que el ministro tenía en la comisura de los labios mientras asentía y hacía muecas periódicamente. Entretanto, aprovechó para beberse tres copas más de champán y comerse un plato de tartaletas de beicon.

Cuando por fin se pudo dejar caer en la cama, tres horas después, perdido en una niebla de fatiga y alcohol, consiguió mantenerse despierto algunos segundos, durante los cuales se preguntó si reconocería a Percy Wainwright cuando volviera de Irlanda, y, sobre todo, si recordaría lo que quería hacer con él.

## 17. En el que se celebra una boda y ocurren otras cosas

El 27 de febrero se celebró la boda entre el general sir George Stanley y Benedicta, condesa viuda de Melton, en la iglesia de Santa Margarita, la parroquia de la abadía de Westminster.

No fue una boda muy concurrida, pero sí fue una boda organizada con el más refinado de los gustos, según observó Horace Walpole, uno de los invitados. Olivia había pedido que decoraran la iglesia con ramitas de hojas verdes atadas con lazos dorados, y el olor a pino y cedro revestía de un fresco aroma aquella atmósfera a cera vieja y cuerpos que llevan demasiado tiempo encerrados. La congregación, compuesta a partes iguales por dignatarios militares, políticos e integrantes de la buena sociedad, brillaba casi con tanta intensidad como las cuatrocientas velas; aunque el resplandor de los presentes se debía a los bordados de oro y a los diamantes.

—Con mis bienes terrenales os doto y con mi cuerpo os honro...

Grey, que estaba en el primer banco, junto a Percy Wainwright, se hallaba lo suficientemente cerca como para ver la expresión en la cara del general, que lo tenía sorprendido debido a su dulce intensidad. Aunque aún se sorprendió más, e incluso se sintió desconcertado, cuando vio un destello de respuesta en los ojos de la condesa.

Como a cualquier otro hijo, se le puso la carne de gallina al pensar que su madre no sólo se había dejado llevar por algún acto carnal que había dado como resultado su propia existencia, sino que, además, era capaz de volverlo a hacer en el presente.

Miró a Percy para ver si él también compartía su escalofrío de horror, pero en su rostro sólo pudo ver una expresión de contenida melancolía. Era

evidente que para él no podía ser lo mismo, porque el general no era su verdadero padre. Él no tendría ningún impedimento en imaginar... Grey cortó de raíz ese pensamiento, mirando al joven para evitar observar a la pareja.

La luz que se colaba por una de las vidrieras de colores iluminó algunos pelos oscuros que Percy habría olvidado afeitarse por debajo del labio inferior. La imagen proyectada brilló a través de sus ojos color ámbar y le bañó la piel de tonos rosados y dorados.

Grey esperaba sinceramente que su nuevo hermano no estuviera pensando... De repente, Percy se volvió y se encontró con sus ojos. Grey inspiró con fuerza y apartó la vista que posó sobre una vidriera que ilustraba el martirio de san Lorenzo, que fue quemado en una parrilla.

Estaban muy juntos y las faldas de sus casacas se rozaban. Grey notó cómo se movía el terciopelo azul y, entonces, la mano de Percy rozó la suya.

Sólo fue una breve caricia, pero Grey inspiró con fuerza y la vergüenza que sintió se convirtió en conciencia.

Aquella noche.

Habían hecho un pacto solemne. Los dos. Después del almuerzo de la boda, se irían y pasarían el resto del día y de la noche juntos. Y ni el mismísimo infierno se podría interponer en su camino.

Grey enredó uno de sus dedos con uno de los de Percy muy brevemente y luego lo soltó. Se dio cuenta de que sus pensamientos habían traspasado los límites adecuados para una iglesia e intentó volver a centrar la atención en el solemne acto que se estaba celebrando frente a él. Aunque no entendía por qué la iglesia tenía que incluir cosas como «con el cuerpo os honro» en el servicio religioso.

Entonces vio a Olivia situada con discreción detrás de uno de los esbeltos pilares de piedra, demasiado esbelto para esconder sus actuales enormes proporciones. Grey sonrió, pero luego se dio cuenta de que estaba pálida y que tenía el cejo fruncido. Pensó, comprensivo, que debía de estar recordando su propia boda y echando de menos a Malcolm.

Podían faltar incluso dos años para que el galante capitán Stubbs regresara, y para entonces, su primer hijo ya...

La mueca del rostro de Olivia se hizo más intensa y la cara se le puso de color violeta. Grey apretó el respaldo del banco con repentina preocupación y Percy lo miró con curiosidad. Él alzó la barbilla, intentando indicarle el alarmante comportamiento de su prima, pero la visión de Percy estaba bloqueada por el pilar y un biombo tallado en madera. Frunció el cejo mirando a Grey muy confundido y él se inclinó un poco hacia adelante, intentando ver si... Pero Olivia había desaparecido.

El obispo estaba hablando sobre la honorable institución del matrimonio y parecía dispuesto a continuar con su parlamento durante un buen rato. Grey intentó por todos los medios llamar la atención de una de las mujeres que estaban al otro lado del pasillo haciendo muecas y leves indicaciones con la cabeza, pero sólo consiguió que las ancianas hermanas Havisham lo miraran desconcertadas, con el cejo fruncido, y que lady Sheridan flirteara con él por detrás de su abanico.

—¿Qué pasa? —susurró Percy.

—No lo sé. —Olivia no podía haberse desmayado sin que nadie se hubiera dado cuenta. Tal vez había salido de la iglesia a tomar un poco el aire.

—Quizá no sea nada. Quédese aquí —le susurró. Se deslizó junto a él y abandonó el banco con la mayor discreción que pudo, para dirigirse rápidamente a la nave lateral con la cabeza gacha y tapándose la boca con la mano, como si estuviera indispuerto.

Llegó al vestíbulo y abrió la pesada puerta de la iglesia provocando un prematuro «¡Hurra!» y un choque de espadas de la guardia de honor, que estaba esperando fuera, que en seguida se dispusieron en formación e hicieron un pasillo con las espadas para que pasara la feliz pareja.

Al oír un coro de disgustados juramentos, Grey hizo una mueca que esperaba que se recibiera como una disculpa a los indignados espadachines, mientras cerraba la puerta a toda prisa.

Él también profirió algunos juramentos. Luego, volvió a entrar en la iglesia y se deslizó por la nave derecha donde estaba la pila bautismal y algunas capillas. ¡Por el amor de Dios, una enorme mujer embarazada no podía haberse desvanecido en una iglesia llena de gente!

Metió la cabeza en una solitaria capilla lateral, pero no vio a nadie. Ante la estatua que se alzaba sobre el altar de la misma, una figura con el rostro bastante blanco y las manos extendidas, ardía una única vela. Si no recordaba mal, Olivia le había dicho que era el Cristo redentor. Llegados a ese punto, estaba dispuesto a pedirle ayuda a quien fuera.

—Ah... tal vez pudiese usted echarme una mano —susurró en dirección a la estatua. No sabía qué plegaria se suponía que debía pronunciar para aquello—. Por favor —añadió, luego asintió con educación, se retiró y siguió buscando, esta vez recorriendo la nave en dirección a la puerta. ¿Y si su prima había intentado salir, pero se había desmayado antes de llegar a la puerta?

Observó detenidamente los bancos mientras iba avanzando, por si acaso Olivia sólo había ido a sentarse con alguna amiga, pero sólo recibió las curiosas miradas de los ocupantes. Llegó de nuevo a la puerta de la iglesia y vaciló; no estaba seguro de dónde más podía buscar. Ya fuera por intervención divina o por suerte, justo en ese momento vio una pequeña portezuela de madera entre las sombras, bajo la galería del órgano.

Se dirigió hacia allá y, cuando se dio cuenta de que no estaba cerrada, la empujó. Sólo se abrió hasta la mitad. Estaba a punto de darle un empujón cuando vio un pie detrás, enfundado en un zapato de color amarillo limón.

—¡Olivia! —Metió la cabeza por la abertura y vio a su prima sentada en el último escalón de una pequeña escalera. Parecía una desordenada pila de ropa para lavar de color amarillo limón. Cuando lo vio, apartó el pie para que pudiera abrir la puerta lo suficiente como para entrar.

—¡Olivia! ¿Te encuentras bien?

—¡No! —susurró—. ¡Por el amor de Dios, baja la voz, John!

—¿Quieres que avise a alguien? —preguntó en voz queda mientras se agachaba para mirarla. Allí no había mucha luz, sólo la que se filtraba por la escalera, procedente del piso superior; los rayos se descolgaban por la escalera y se fragmentaban en los más delicados tonos de rosa, azul y oro pastel; pareciera como si Olivia estuviera sentada a los pies de un arcoíris.

—No, no —dijo—. Sólo estaba cansada y me quería sentar un momento.

Él observó a su alrededor con escepticismo.

—Y has decidido venir a sentarte aquí, en lugar de hacerlo en un banco. ¿Quieres que te traiga un poco de agua? —El agua más cercana debía de ser la de la pila bautismal, y el único recipiente en que podría transportarla, su sombrero, que se había llevado con él sin darse cuenta. Sin embargo...

—No necesito... —A ella se le quebró la voz y arqueó un poco la espalda mientras apretaba los labios y los ojos. Se puso una mano en los riñones y se presionó con ella la parte inferior de la espalda. A pesar de la falta de luz, Grey se dio cuenta de que se le había vuelto a poner la cara púrpura.

Estuvo tentado de regresar a la iglesia y volver en seguida con una mujer, pero tenía miedo de abandonarla en pleno espasmo. Grey había estado relativamente cerca de mujeres que daban a luz, mujeres de soldados y prostitutas, pero jamás había asistido a un parto. Sin embargo, tenía la impresión de que éstos siempre conllevaban una gran cantidad de gritos. Olivia no gritaba. Aún.

La vio suspirar a través de los labios apretados, relajarse y abrir los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas... así? —Hizo un delicado gesto en dirección a su protuberante vientre. Tampoco era que la respuesta fuera a ayudar mucho. Grey no tenía ni idea del tiempo que se tardaba en dar a luz.

—Sólo desde esta mañana —contestó ella y volvió a presionarse la parte inferior de la espalda con la mano mientras hacía otra mueca. Grey hubiera preferido que no lo hiciera; parecía una de las gárgolas esculpidas en la fachada exterior de la iglesia—. No te preocupes, todo el mundo dice que los primeros bebés tardan mucho en nacer. A veces, incluso días —añadió, soltando el aire que estaba conteniendo, al tiempo que jadeaba.

—Teniendo en cuenta tu estado, a mí eso no me parecería un pensamiento nada esperanzador en este momento. —Se volvió, apoyando la mano en la puerta—. Iré a buscar a alguien.

—¡No! —Olivia se puso de pie, sorprendiendo muchísimo a Grey, que no pensaba que pudiera moverse y mucho menos tan de prisa. Se agarró con ferocidad a su brazo—. Nada va a interferir en esta boda, ¿me oyes? ¡Nada!

—Pero tú...

—¡No! —La cara de su prima estaba sólo a un centímetro de la suya. Abría mucho los ojos y lo observaba con una imperativa mirada que nada

tenía que envidiar a la de un comandante dirigiendo una instrucción en la plaza—. ¡Llevo seis meses organizándolo todo y no pienso arruinarlo ahora! ¡Ni se te ocurra salir de aquí!

Grey se quedó de piedra. Hablaba completamente en serio. Y estaba claro que tampoco pensaba soltarle la manga. Suspiró y cedió, de momento.

—Está bien, pero siéntate, por el amor de Dios.

En lugar de sentarse, Olivia apretó los dientes y se apoyó con fuerza contra la puerta. Su vientre se había endurecido de una forma muy extraña y parecía haber crecido un poco más, si es que eso era posible. Había tan poco espacio allí que su enorme hinchazón rozaba a Grey. La minúscula estancia olía a sudor y a algo levemente animal que se percibía por encima de los suaves aromas del polvo para el pelo y el agua de colonia.

Su prima estaba apretando los puños además de los dientes y Grey se dio cuenta de que él estaba haciendo exactamente lo mismo. Y también contenía la respiración.

Cuando ella se relajó y soltó el aire, él hizo lo mismo.

—¡Por el amor de Dios, Olivia!

Estaba apoyada contra la puerta, con los pies separados, agarrándose la enorme tripa con las manos y seguía con los ojos cerrados y respirando. Abrió un solo ojo y lo miró.

—Tú cállate —ordenó. Y lo volvió a cerrar.

Grey observó su volumen. No podía salir para pedir ayuda si ella seguía apoyada en la puerta. En circunstancias normales, no le habría costado nada apartarla de allí, pero las circunstancias distaban mucho de ser normales. Olivia se había apostado allí con firmeza y a él no le parecía conveniente ponerse a forcejear en ese momento con ella.

Además, estaba jadeando como un fuelle. Qué pasaría si tenía otro de esos espasmos justo cuando él estuviera arrastrándola... Un escalofrío de gélido aire le recorrió la nuca y Grey miró hacia arriba sobresaltado.

Arriba. Volvió a mirar a su prima, cuyos ojos seguían cerrados mientras esbozaba una feroz mueca de determinación. Entonces se dio media vuelta y subió la escalera a toda prisa, antes de que ella pudiera detenerlo.

Apareció junto al niño que estaba accionando los fuelles del órgano. El



pequeño se asustó y dejó de hacer su trabajo. El organista le siseó y el niño volvió a accionarlos, pero sin dejar de mirar a Grey. El músico, que tenía las manos y los pies posados sobre las teclas y los pedales, lo ignoró por completo, mientras miraba un pequeño espejo que había sobre el órgano y que le permitía observar lo que ocurría en el altar del piso de abajo.

Grey se acercó a la barandilla justo a tiempo de ver cómo el general Stanley rodeaba a su madre con los brazos y la estrechaba con tal efusividad y evidente afecto que la congregación rompió en aplausos. Desesperado, se metió las manos en los bolsillos en busca de algo, y encontró uno de los caramelos que le había comprado a Percy, que era muy goloso.

¿A quién? «A cualquiera», pensó. Por lo menos, a cualquier mujer. Todas las cabezas estaban giradas en dirección al altar, donde el obispo estaba alzando las manos para dar a la pareja una última bendición. Inspirando con fuerza y encomendándose a Dios, Grey lanzó un caramelo a la congregación. Había apuntado para alcanzar el banco que había junto a lady Anthony, una de las amigas más cercanas de su madre, que estaba sentada cerca del fondo. Pero en lugar de darle a la mujer, alcanzó a su marido, sir Paul, justo en la nuca. El aristócrata se sobresaltó y se llevó la mano a la cabeza como si le hubiera picado una avispa.

Sir Paul, furioso, miró a su alrededor, pero no se le ocurrió mirar hacia arriba. Grey cogió otro caramelo, y estaba buscando un blanco mejor, cuando oyó un leve ruido en la parte delantera. Miró en aquella dirección y vio que Percy Wainwright se había levantado del banco y se estaba encaminando al fondo de la iglesia mientras las cabezas cercanas se volvían con curiosidad para seguir sus pasos.

Grey abandonó su estrategia, pasó corriendo junto al organista y bajó la escalera. Cuando llegó abajo, vio que Olivia había vuelto a desplomarse al pie de los escalones. Sintió pánico al pensar que la ayuda se le podía escapar y, apoyando las manos en las estrechas paredes, saltó por encima de ella, aterrizando al pie de la escalera. Consiguió abrir la puerta justo a tiempo de encontrarse con Percy al otro lado, con cara de asombro.

Se asomó fuera, lo cogió de la manga y lo metió con él en aquel reducido espacio.

—¡Ayúdeme a sacarla de aquí!

—¿Qué? ¡Dios mío! Muy bien. ¿Adónde la llevamos? —Percy estaba merodeando por los pies de Olivia, intentando decidir por dónde agarrarla. Un peculiar borboteo lo hizo retroceder.

—¡Oh, Jesús! —exclamó Grey, mirando con horror el líquido que corría a sus pies—. Olivia, ¿estás bien?

—No es sangre —dijo Percy con recelo, intentando alejarse del charco sin mucho éxito.

—¡Mi vestido nuevo! —lloriqueó la joven.

—Te compraré otro —le prometió Grey—. Dos. Olivia, tienes que ponerte de pie. ¿Puedes ponerte de pie?

—¿Voy a buscar a alguien? ¿A un médico? —Percy hizo un indeciso movimiento en dirección a la puerta, pero fue bloqueado por la chica, que se agarró a la falda de su casaca.

—No... espere —respondió, sentándose y jadeando—. No pasa nada. No... —Se puso pálida de repente y entonces hizo un gesto de total concentración. Su mano se deslizó por la falda de la casaca de Percy y se dirigió a su propio vientre. Abrió los ojos como platos y la boca también.

Su grito fue sofocado por una ráfaga de música procedente del órgano.

—Oh, Dios. —Grey estaba de rodillas y rebuscaba entre la interminable masa de seda amarilla. Ahora sí que había sangre, aunque no mucha—. Oh, Dios. ¿Estás bien, Olivia?

—No lo creo, John. —Percy gritaba para que se lo oyera por encima de la música. Se puso como pudo en el escalón al lado de la joven e intentó desesperadamente apartarle el pelo de la cara y limpiarle el sudor al mismo tiempo—. Está a punto de... —Sus palabras se perdieron cuando el organista pisó los pedales, los grandes diapasones se abrieron sobre sus cabezas y la escalera tembló a causa del sonido.

Grey había conseguido encontrar una pierna debajo de toda aquella seda. La otra tenía que estar en algún... justo allí. Cogió a su prima de las rodillas de una forma que esperaba que le resultara tranquilizadora e intentó no mirar lo que sucedía entre ellas.

De repente, Olivia se deslizó hacia abajo y presionó la espalda con fuerza

sobre Percy y gritó tan fuerte que Grey pudo oír su rugido por encima de la música. Percy la cogió de los hombros y le apoyó la despeinada cabeza en su pecho. Grey notó una especie de escalofrío recorriendo el cuerpo de su prima; se parecía bastante a las ondas de sonido que los recorrían a todos y miró hacia abajo sin darse cuenta.

Oyeron un chirrido cuando alguien abrió la puerta principal de la iglesia y justo cuando les llegaba el sonido del entrecuchar de las espadas y los vítores de los soldados, un largo objeto violeta se deslizó entre las manos de Grey, acompañado de un chorro de fluidos que no le hizo precisamente bien a sus pantalones color crema.

—Tenéis que ser padrinos los dos —les dijo Olivia, acostada en su cama de la calle Jermyn. Miró con cariño al bebé que tenía pegado al pecho.

Grey miró a Percy, que observaba radiante a madre e hijo, como si fuera un artista del Renacimiento especializado en la pintura de éstos.

—Será un honor —le contestó a su prima, sonriendo—. Y ahora creo que debemos descansar. Y también deberíamos ir a los baños turcos. ¿Os dais cuenta de que éste es el segundo conjunto de ropa que quemaré este mes?

Olivia ignoró el comentario, perdida en la contemplación del pequeño niño que tenía entre los brazos.

—¿Qué os parece? ¿John Percival Malcolm Stubbs? ¿O Malcolm John Percival?

—Llámele Oliver —sugirió Percy, limpiándose las manos con los restos de un pañuelo muy manchado.

—¿Oliver? —La joven parecía sorprendida—. ¿Por qué Oliver?

—Por Cromwell —explicó Grey, que había comprendido en seguida lo que pretendía decir Percy—. Tiene la cabeza más redonda que he visto en mi vida.

Olivia lo miró con enfado y entonces lo entendió.

—¡Oh, Cromwell! —Pero en lugar de reírse, observó atentamente al niño—. ¿Cromwell Stubbs? ¡Me gusta bastante!

## 18. Por fin

El dormitorio era pequeño y estaba limpio, pero tenía pocas cosas, aparte de la cama, un aguamanil y un lebrillo. En cualquier caso, había una cama y eso era lo único que importaba en aquel momento.

Grey la vio por encima del hombro de Percy cuando su nuevo hermanastro abrió la puerta, que por suerte tenía cerrojo, y cruzó la estrecha habitación para descorrer las cortinas. La fría y gris luz de la nieve inundó la estancia y la piel de Percy brilló a pesar de lo oscura que estaba la habitación.

—¡Maldito frío! —exclamó, volviéndose hacia él con una mueca de disculpa—. Encenderé el fuego... ¿de acuerdo? —Se acercó a la minúscula chimenea para hacerlo, pero se detuvo con la mano en la caja de la yesca. Miró a Grey fijamente a los ojos.

Él notó cómo se le aceleraba dolorosamente el pulso a través de sus heladas manos. Se peleó un poco con sus guantes hasta que consiguió desprenderse de ellos y los tiró al suelo. Luego se quitó el capote y la casaca al mismo tiempo y los dejó caer asimismo al suelo. Cruzó la pequeña habitación en dos zancadas y rodeó a Percy con los brazos, deslizando las manos por debajo de su capa, siguió por debajo de la casaca y le sacó la camisa de la cintura de los pantalones. Entonces hundió los helados dedos en su cálida piel.

Percy se sobresaltó al notar el frío contacto de su caricia, se rió y le dio un golpecito en el muslo con la rodilla. Luego lo echó hacia atrás y, con una mano, empezó a desabrocharle la camisa mientras con la otra se desabrochaba la suya propia. Grey lo interrumpió y tiró a toda prisa de sus botones haciendo saltar uno. Estaba ansioso por retomar el reconocimiento de aquella suave y cálida piel.

Las blancas nubes de sus alientos se entremezclaban. Acarició los hombros de Percy y se dio cuenta de que tenía la piel de gallina. Grey sintió un soplo de aire frío deslizándose por sus costillas y, medio vestido, arrastró a Percy, con los pantalones bajados a la altura de las rodillas, hasta la helada cama.

—¿Qué? —protestó Percy, riendo y retorciéndose. Pateó furiosamente la ropa de la cama mientras intentaba quitarse los pantalones—. ¿Es que eres una bestia? ¿No me vas a dar ni un beso antes de...?

Grey acalló sus palabras con sus labios y se dejó llevar por la rugosa sensación de la barba de Percy, de sus diminutos pelos, mientras mordía su suave y generoso labio inferior, que sabía a vino.

—Todos los que quieras —jadeó, dejando de besarlo un momento para tomar aire—. Y sí, soy una bestia. Tómalo como quieras. —Luego volvió a la lucha. Peleó por acercarse más a él; estaba desesperado por notar el calor de su cuerpo.

La gélida mano de Percy se deslizó entre los dos y lo agarró. A pesar del frío que hacía, Grey tuvo la sensación de que ardía. Sintió cómo se le abría la costura de los pantalones cuando Percy se los bajó con brusquedad y por un momento se preguntó cómo se lo explicaría a Tom. Entonces, la verga de Percy se frotó con fuerza contra la suya, dura, caliente, y dejó de pensar.

Ninguno de los dos había pensado en echar el cerrojo. Ése fue el primer pensamiento consciente que penetró en la mente de Grey y la alarma lo hizo levantarse. La casa estaba muy tranquila y en la habitación reinaba un absoluto silencio, salvo por el susurro de la nieve contra la ventana y el reconfortante sonido de la respiración de Percy. Sin embargo, se alejó de la agradable calidez de la cama y, cogiendo la capa de Percy del suelo, se la puso alrededor del cuerpo desnudo para ir temblando a cerrar la puerta.

El ruido de la llave despertó a Percy, que se dio la vuelta en la cama y emitió un soñoliento rugido.

—Vuelve —susurró.

—Encenderé el fuego —murmuró Grey.

Los esfuerzos de ambos habían caldeado un poco el gélido ambiente, pero

la habitación seguía estando dolorosamente fría. El luminoso brillo que se colaba por la ventana daba la luz suficiente como para que Grey pudiera intuir la oscura silueta de la cesta que contenía las astillas y el escaso suministro de madera de Percy. Empezó a buscar a tientas y le dio un golpe a la pequeña y fría caja de la yesca. La caja cayó dentro de la chimenea y, cuando la recogió, estaba cubierta de cenizas y polvo. Hacía varios días que nadie limpiaba aquella habitación, y suponía que los medios de Percy no le permitían contratar a una mujer para que lo hiciera, aunque la ropa de cama estaba limpia.

Mientras preparaba el fuego, era plenamente consciente de la presencia de Percy. Seguía guardando pequeños recuerdos de su cuerpo en su boca y en sus manos, y no conseguía manipular bien los utensilios para encender el fuego. Sintió los ojos de Percy en la espalda y oyó el leve sonido del edredón mientras su ligero cuerpo desnudo se movía en la cama.

El sabor de Percy seguía en su boca. Cada persona tiene el suyo propio. Pensó que Percy sabía muy ligeramente a champiñones, a colmenillas; tal vez a trufas. Algo poco corriente, procedente del profundo interior de la tierra.

Consiguió que salieran algunas chispas, brillaron un momento, pero no prendieron. Grey se había probado a sí mismo en una ocasión por curiosidad; tenía un sabor ligeramente salado, tan insulso como la clara de huevo. Tal vez Percy no pensara lo mismo.

Entonces, una de las chispas prendió. El rojo corazón del fuego empezó a hincharse y Grey le acercó una brizna de paja. Lo había conseguido. El fuego se agarró a la punta y ardió, dibujando una nube amarilla en toda su longitud. La soltó con cuidado y la puso encima de la montañita de paja y papel que había construido. Luego, alargó el brazo en busca de la leña que convertiría aquella pequeña llama en un buen fuego.

A continuación se levantó y estiró las piernas mientras esperaba, para asegurarse de que el fuego no se apagara. Oyó cómo Percy inspiraba detrás de él como si fuera a decir algo, pero luego no lo hizo.

Grey también quería hablar sobre lo que habían compartido, pero de repente se sentía inexplicablemente tímido y, en vez de decir nada se volvió hacia la ventana y observó los techos cubiertos de nieve de Londres,

agazapados como bestias dormidas, silenciosos bajo la nieve.

Los vestigios de su aliento entremezclado y de su sudor se deslizaban en forma de pequeños ríos por la ventana.

El cielo se había cubierto de un sobrenatural tono gris rosado, bañado por la luna escondida. Su luz brillaba como el cristal en las gotas de humedad. Grey tocó una con el dedo y desapareció, dejando un pequeño círculo húmedo. Entonces, muy lentamente, dibujó un corazón y se apartó un poco para que Percy pudiera verlo. Luego escribió dentro sus iniciales y debajo las de él. Oyó una suave carcajada procedente de la cama y la calidez pareció volver a deslizarse entre los dos.

Había poseído a Percy dos veces y había disfrutado de cada segundo, desde las primeras tentativas hasta la desgarradora sensación de conquista y absoluta posesión. Había sido tan increíble, que lo hubiera prolongado indefinidamente, de no ser por la irresistible avalancha que lo vació por completo; en ese instante, se olvidó de sí mismo y de Percy.

El fuego había agarrado bien. Se agachó y colocó un buen tronco encima y después un segundo.

Grey era reacio a ofrecerse a sus amantes, y lo hacía muy pocas veces, porque no le gustaba la sensación de ser dominado por otro hombre.

Había sido violado una vez, hacía muchos años, y se las había arreglado para almacenar ese recuerdo como una pequeña desgracia. Pero desde entonces, siempre había un momento, un instante parecido al pánico, que lo atenazaba cada vez que sentía que su carne debía ceder a tan repentina demanda. Hector, por supuesto... pero Hector había venido antes.

Sabía que Percy lo estaba esperando, pero él estaba retrasando el momento. Se debatía entre el deseo y la necesidad de esperar, para que, cuando ese deseo fuera complacido, la sensación resultara mucho más gratificante.

La calidez del cuerpo de Percy lo llamaba y también el recuerdo de aquella larga y sedosa verga. Era más larga que la suya, pero no mucho más. Aún no la había visto. Se preguntó cómo sería a la luz del día.

Pero la luz del día era algo que aún estaba muy lejos. Le llegó el amortiguado eco de la campana de una iglesia y esperó, contando. Estaban en

plena noche, aún les quedaban muchas horas de oscuridad por delante. De privacidad.

La ropa de cama se volvió a agitar, con impaciencia.

¿Debería ofrecerse? Pensó que Percy no insistiría. Pero tal vez por simple decencia... Esbozó una mueca sin acabar de sonreír, ante la ironía de tal pensamiento en una situación que ninguna persona normal relacionaría con la decencia.

Oyó de nuevo la ropa de cama y el aliento de Percy. ¿Se estaba acercando a él? No, se había parado. Pensó que tenía miedo de atreverse, que le daba vergüenza imponer un deseo que podría no ser bienvenido. Entonces se dio media vuelta y lo miró.

Su alegre rostro estaba serio y en sus ojos ya no había calidez, sino un ardor tan intenso como el de las chispas del fuego que quemaba a su espalda. El calor le abrazaba las piernas y le acariciaba las nalgas. Dejó caer la capa y se quedó allí de pie, desnudo, mientras el vello se le erizaba al contacto con el aire frío.

Grey llevaba el pelo largo despeinado, pero lo seguía teniendo atado. Percy llevaba el cabello corto, para poder ponerse peluca, y en esos momentos lo tenía revuelto y de punta, como unos cuernos de diablo. Muy lentamente, Grey se llevó la mano a la nuca y se quitó la cinta con que se había recogido el pelo.

—¿Me deseas? —preguntó en voz baja. Parecía temer que alguien pudiera oírlo bajo los durmientes techos que se veían por la ventana.

—Ya sabes que sí —respondió Percy en voz aún más baja y su mirada ardiendo sobre el cuerpo de Grey.

Éste inspiró con fuerza, se dio la vuelta, apoyó las manos en la repisa de la chimenea y agachó la cabeza. Abrió las piernas y sintió la arenilla bajo la planta de los pies.

—Pues venga —dijo. Y esperó con los ojos cerrados, sintiendo el calor del fuego en sus testículos.

—¿Te puedo contar un gran secreto? —La voz de Percy se mezclaba con el suave y cálido aliento que le humedecía la oreja.

Grey deslizó una mano sobre las sábanas y la paseó por encima de una de



las redondas nalgas de Percy, que aún seguía caliente.

—Por favor —susurró.

—No me llamo Percival.

Grey dejó la mano donde la tenía, y volvió a mirarlo. Percy tenía la cabeza girada hacia el otro lado, medio enterrada en las blancas montañas de la almohada.

—¿De verdad? —preguntó lentamente sin estar seguro de si lo decía en broma o... si no era una broma, ¿por qué lo diría?—. Entonces, ¿cómo te llamas? ¿Me estás confesando que en realidad eres el Bandolero Polla-boba? ¿O un hermano pequeño del Pretendiente? Porque si es así...

Percy se volvió de repente entre las sábanas y le dio un golpe en el brazo.

—¡Ay! —se quejó Grey. Volvió a rebuscar entre las sábanas hasta posar la mano en el muslo de Percy. Se lo estrechó en señal de disculpa y esperó.

Podía oír su aliento, que era profundo e irregular. Entonces percibió la tensión que agarrotaba la pierna que tenía bajo la mano.

—Ya te expliqué que mi padre era pastor de una particular secta de metodistas —dijo Percy por fin.

—Así es —admitió Grey con cautela.

—Supongo que no conoces a muchos metodistas, John.

—Creo que a ninguno, que yo sepa. —¿Adónde diablos quería ir a parar? Lo único de lo que estaba seguro era de que aquello no era broma. El lugar del brazo donde Percy le había pegado palpitaba; por la mañana tendría un moretón.

El joven hizo un sonido, pero no fue exactamente una carcajada.

—No me sorprende. Los metodistas son muy severos en sus opiniones; en particular los que pertenecen a la secta de mi padre. Seguro que considerarían que tú y tu familia sois frívolos e impíos.

—¿Ah, sí? —preguntó Grey con un poco de frialdad.

Podía admitir que mostraba una dejadez acusada en cuanto a sus visitas a la iglesia: eran su madre y su prima las que atendían a esas cosas, pero ¿frívolo? ¿Él?

—A mi padre le hubiera parecido frívolo incluso el arzobispo de Canterbury, John —señaló Percy percibiendo su ofensa. Se rió con cierta

inseguridad, inspiró con fuerza y se recostó tapándose el pecho con la sábana —. Mi nombre es Perseverance —añadió a toda prisa.

—Per... —Grey se quedó completamente quieto, conteniendo la respiración mientras evitaba reírse.

—Puedes reírte —dijo Percy desde la oscuridad con voz seca—. No me importa.

—Claro que te importa —repuso él, pero fue incapaz de acallar la burbuja de alegría que empezó a trepar por su garganta y que, al quedar atrapada, le salió por la nariz, haciendo un extraño sonido.

Para evitar ofenderlo más, dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¿Cuál es tu segundo nombre?

Percy se rió. Ahora que ya se había confesado, parecía estar un poco más relajado.

—Los segundos nombres son una ostentación inútil, un ornamento arrogante, una marca de la condenación que caerá sobre aquellos que se regodean en su orgullo. Un único nombre cristiano es más que suficiente para una alma que teme a Dios —contestó con fingida severidad—. Imagino que tú tendrás dos o tres nombres, ¿verdad?

—No, sólo uno —le aseguró Grey mientras se ponía de lado para poder verlo—. Y no tiene nada que ver con esos nombres pecaminosamente exóticos como Aquiles u Osvaldo; me temo que es un común William. Jesús —exclamó, al asaltarle un repentino pensamiento—, ¿cómo se supone que debo llamarte ahora? Ya no te puedo llamar Percy, no sin por lo menos sonreír. —Entonces se le ocurrió otra cosa—. ¿Lo sabe el general?

—No, no lo sabe —respondió el joven con seguridad—. Desde que murió mi hermano, no lo sabe nadie más que yo.

—¿Tu madre no se lo dijo?

—No —negó Percy con voz queda—. Ella sabía cómo... Ella lo sabía. Jamás me llamó por otro nombre que no fuera Percy.

Grey se preguntó por un momento si Percy se estaría refiriendo a que su madre sabía... pero seguro que no. Incluso, aunque así fuera, ése era un tema de conversación para otra ocasión. En aquel momento, se estaba dando cuenta de la magnitud del regalo que le había hecho Percy.

Él era el único que lo sabía. Tenía razón; era un gran secreto, y John sintió el peso de la cálida confianza de su amante en su corazón.

Buscó a tientas su mano y la encontró. Estaba un poco fría. Se quedaron allí, tumbados en silencio durante un rato, pegados el uno al otro, cogiéndose de la mano, dándose calor mutuamente.

La campana de una iglesia empezó a sonar. Grey contó las largas y lentas campanadas y sintió que Percy hacía lo mismo junto a él. Medianoche. Aún quedaba mucho rato hasta el alba.

La campana se detuvo y el aire se estremeció y ondeó, cayendo en silencio sobre los dos como el agua de una cascada.

—¿Te cuento un gran secreto? —susurró Grey al cabo de un buen rato. La habitación estaba oscura, pero en aquel momento sus ojos ya se habían acostumbrado. Las vigas blancas se deslizaban tan cerca de su cabeza que si se sentaba podría llegar a tocar una.

—Por favor. —La mano de Percy se tensó dentro de la suya.

—Mi padre fue asesinado.

—Yo le encontré. —Las palabras brotaron de sus labios con una sorprendente facilidad, como si hubiera contado aquella historia muchas veces. Y suponía que así era, pero a sí mismo.

»Estaba en el invernadero. Éste tenía unas puertas que daban al jardín. Esas puertas eran la mejor forma de entrar y salir de la casa sin que nadie te viera; yo las utilizaba constantemente.

En realidad, aquella vez las había utilizado para una excursión ilícita al río con el hijo de un cazador. Había dejado la puerta del invernadero atrancada para asegurarse de que podría pasar desapercibido cuando volviera al alba. Cuando regresó, a la suave luz gris de la mañana, empapado hasta las rodillas, con los bolsillos llenos de piedras interesantes y cangrejos de río muertos, y una cría de conejo viva bajo la camiseta, la puerta parecía estar tal como la había dejado. Después de una prudente ojeada por los jardines por si acaso los jardineros habían empezado a trabajar más temprano que de costumbre, se coló en el interior del invernadero con el corazón agitado.

—Estaba todo muy tranquilo —explicó.

En su memoria se empezaron a proyectar las imágenes de aquella

mañana. Los paneles de cristal del techo empezaban a iluminarse, pero la enorme habitación que había debajo seguía en sombras. Todo estaba gris y oscuro, parecía un sueño.

—Aún no se había hecho de día. No se oía ni un solo ruido procedente de la casa. Todos los helechos, las parras y los árboles estaban inmóviles. Y, sin embargo, ¿sabes esa forma en que las plantas parecen respirar? Pues estaban haciendo eso. No lo vi. Quiero decir que al principio no vi el cuerpo. Golpeé la pistola con el pie. Estaba justo delante de la puerta y salió disparada haciendo un ruido terrible.

Se quedó paralizado y se escondió detrás de una hilera de acacias, por si acaso alguien había oído el ruido. No parecía haber nadie y Grey espió cuidadosamente desde su refugio.

—Él estaba... estaba debajo del melocotonero. Un melocotón maduro se había caído del árbol y se había aplastado en el suelo a su lado. Podía olerlo desde mi escondite.

Volvía a percibir aquel olor, suntuoso y dulce, por encima de la jungla de plantas, mezclado con el otro más intenso de la sangre y las entrañas. Ésa fue la primera vez que olió la muerte. Aquello nunca le había supuesto ningún problema en los campos de batalla, pero era incapaz de comer melocotones.

—¿A cuánta distancia...? La pistola... —Percy se dirigía a él con gran delicadeza.

Grey le estrechó los dedos para darle a entender que apreciaba su tacto.

—No, no se le podía haber caído a él. Estaba por lo menos a seis metros del cadáver, y en medio había un banco y varias enormes macetas con plantas.

En seguida supo que se trataba de su padre. El duque llevaba su chaqueta favorita, una vieja prenda de lana a cuadros que no se podía poner para mucho más que para trabajar en el jardín.

—En cuanto lo vi, supe que estaba muerto —dijo, con los ojos clavados en el vacío blanquecino que flotaba sobre su cabeza—. Pero aun así corrí hacia él.

Le resultaba imposible describir los sentimientos que lo habían asaltado en aquel momento, porque no sintió nada. El mundo sencillamente se acabó

y, con él, todos sus conocimientos de cómo se hacían las cosas. Era incapaz de comprender cómo podría continuar la vida. La primera lección de la edad adulta era que, por muy terrible que eso pudiera parecer, después de la muerte la vida debía continuar.

—Le habían disparado en el corazón, aunque no podía verlo. Sólo veía el charco de sangre que había en el suelo, debajo de su cuerpo. Sin embargo, su rostro estaba bien. —Su voz parecía proceder de algún lugar muy lejano—. No tuve tiempo de mirar nada más. Justo en ese momento, se abrió la puerta de la casa.

Un poderoso instinto, más que alguna forma de pensamiento, lo impulsó a esconderse de nuevo detrás de las acacias y se quedó allí, inmóvil, como los conejos que había estado cazando aquella noche.

—Era mi madre —explicó.

Llevaba puesta una bata; aún no se había vestido y su trenza le colgaba a la espalda. Grey vio cómo el primer rayo de luz que atravesó los paneles de cristal la iluminaba; brilló sobre su cabello rubio y su cauteloso rostro.

—¿Gerry? —dijo ella con un hilo de voz.

La cría de conejo que John llevaba escondido bajo la camisa se despertó al darse cuenta de que se había quedado quieto. Pero él estaba demasiado conmocionado como para hacer nada al respecto, demasiado asustado como para llamar a su madre.

Ella miró a su alrededor y llamó de nuevo a su marido. Entonces lo vio. Y el poco color que había dado a sus mejillas la creciente luz se desvaneció en un instante.

—Fue corriendo hacia él, claro. Cayó de rodillas junto al cuerpo, lo tocó, gritó su nombre en una especie de susurro desesperado.

—Ella esperaba encontrarlo allí —dijo Percy muy atento—. Y estaba conmocionada de que estuviera muerto, pero... ¿no estaba también sorprendida?

—Muy listo. —Grey se frotó las costillas, recordando los arañazos de las afiladas garras del conejo; un dolor que entonces ignoró por completo—. No, ella no estaba sorprendida. Yo sí que lo estaba.

Su madre permaneció algunos minutos inclinada sobre el cuerpo de su

marido, meciéndose adelante y atrás en una agonía de silencioso dolor. Luego se sentó sobre los talones y se rodeó a sí misma con los brazos. Tenía la cara inexpresiva, como de piedra, y no vertía ni una lágrima.

El conejo seguía arañando a Grey y le hizo sangre. Él apretó los dientes para aguantar el dolor. En silencio, se abrió la camisa como pudo y la pequeña criatura cayó al suelo de piedra del invernadero. Primero se quedó inmóvil un momento y luego salió corriendo de detrás de las acacias en dirección a la puerta.

Su madre refuló al oír aquel repentino movimiento y se tapó la boca con la mano. Entonces vio al conejo temblando bajo un pequeño charco de luz temprana y se estremeció.

—Oh, Dios —exclamó en voz baja—. Oh, Dios mío.

Se levantó con la falda de la bata manchada de sangre y cruzó el invernadero. Se mantuvo a cierta distancia del conejo y abrió un poco la puerta con una mano. Luego se apartó y aguardó mientras observaba, profundamente absorta, mientras el animal esperaba un larguísimo segundo y por fin se decidía a correr hacia la libertad.

—Tendría que haberme ido en ese momento —dijo Grey. Luego inspiró con fuerza—. Pero justo entonces, mi madre vio la pistola. Yo aún no sabía que era una pistola. Sólo sabía que mi pie había golpeado algo. Pero cuando ella la cogió, entonces vi lo que era. Una pistola de duelo; era una de las de mi padre. Tenía dos, chapadas en plata, muy bonitas.

A él lo había dejado disparar con una de ellas en una ocasión. Cuando Grey vio brillar la plata del cañón en el momento en que su madre la cogió del suelo, volvió a sentir el golpe del retroceso en su brazo, oyó el sordo estallido y se le revolvió el estómago, ahogándolo con el sabor a bilis.

—Se quedó allí un momento, observándola. Entonces, su expresión... cambió. Miró el cuerpo de mi padre, a la pistola y supe que había tomado una decisión.

»Luego, como una sonámbula, cruzó la distancia que la separaba del cadáver, se agachó y colocó el arma en la mano de su marido. Entonces, con mucha suavidad, le acarició el pelo. A continuación, se levantó rápidamente y salió del invernadero, cerrando la puerta tras de sí.

John también se levantó. El repentino movimiento le provocó un ligero mareo y se tambaleó hasta la puerta del invernadero. La abrió y, dejándola medio entornada, cruzó corriendo el jardín, saltó la verja y siguió corriendo por los campos. Corrió sin pensar, sin tener un destino claro, simplemente corrió hasta que tropezó y cayó al suelo.

—Cerca de allí había un pajar. Trepé a él y me metí dentro. Al cabo de un rato me quedé dormido.

—Supongo que esperabas que nada de aquello fuera real cuando despertaras —aventuró Percy con suavidad. En algún momento de aquella historia, lo había rodeado con los brazos y ahora lo abrazaba, muy pegado a su cuerpo. La cabeza de Grey descansaba en el hueco del hombro de Percy y el rizado vello del pecho de éste le rozaba los labios al hablar.

—Pero lo era. El granjero me encontró cuando quedaba muy poco para la puesta de sol. Había dormido casi todo el día y todo el mundo estaba muerto de miedo buscándome.

Percy le apartó el pelo de la cara con delicadeza.

—Supongo que tu madre pensaría que quien fuera que había matado a tu padre te había secuestrado.

—Sí, eso pensaba.

Por primera vez desde que había empezado a hablar, se le hizo un nudo en la garganta al recordar la cara de su madre cuando lo vio, sucio, llenando la alfombra turca de heno y barro.

—Ésa fue la única vez que la vi llorar.

Percy lo abrazó con más fuerza. Podía oír los latidos de su corazón, un sonido apagado y constante bajo su oído.

—¿Y tú? —preguntó Percy muy despacio—. ¿Lloraste por tu padre?

—Jamás lo hice —dijo, y cerró los ojos.

## 19. Cuadros en una exposición

Grey disfrutó de un precioso día de permiso después de la boda. Se sintió muy tentado de pasarlo en la cama con Percy, pero era su única oportunidad de ir a ver a Gilbert Rigby, antiguo soldado y pretendiente de viudas, y en la actualidad responsable del hospital Foundling, de los huérfanos de Londres. Y, además, tenía que tener en cuenta que la carne tenía sus límites.

Percy y él habían alcanzado esos límites dos veces más, despertándose en plena noche con los brazos y las piernas entrelazados. El recuerdo de sus cálidas y húmedas bocas en la oscuridad y el sabor del vino y las colmenillas habían sido acicate más que suficiente para que se levantara de la cama al alba, cuando vio a Percy, desnudo, lavándose la cara en el aguamanil, para atacarlo por detrás.

Se habría sentido un poco culpable de sus rudos modales, pero Percy le había dejado claro que estaba más que satisfecho con ellos.

—No te preocupes —le había susurrado cuando él intentó decirle algo después, una disculpa, tal vez. Percy tenía la cara contra su hombro, pero Grey pudo sentir cómo sonreía contra su piel—. Ya te tocará a ti.

En ese momento no se había dado cuenta de lo que significaba eso, pero en seguida le quedó claro. El lento y tierno abuso al que lo sometió Percy fue concienzudo y duró mucho tiempo. Eso volvió a llevarlo al límite, lo dejó temblando, jadeando y gimoteando, y finalmente lo arrastró al borde de un precipicio que jamás había sospechado que estuviera allí. Cuando volvió en sí estaba bañado en sudor y tan destrozado que le costaba enfocar la vista con precisión. Entonces se dio cuenta de que Percy aún lo poseía, seguía dentro de él. Grey hizo algún pequeño ruido y Percy se rió.

Ahora, Percy se estaba riendo a carcajadas y ese sonido, profundo y



contagioso, lo excitó inmediatamente. La sangre recorrió sus venas como una tormenta de primavera salada que brotara por todos los poros de su piel.

—¡Mira eso!

Se volvió para mirar lo que le estaba señalando Percy y vio un pequeño perro carlino trotando entre la multitud con la cola hacia arriba como un muelle. Todos los que lo miraban también se estaban riendo. El animal llevaba una chaqueta de terciopelo negro con botones de plata y mariposas amarillas de seda bordadas, y un pequeño sombrero atado a la cabeza con un cordel que se lo sujetaba.

El perro estaba llamando mucho más la atención que los cuadros que se exponían. Estaban en el patio interior del hospital Foundling, donde se podía visitar una exposición para recaudar fondos a favor de la institución. Grey pensó que no tendría una oportunidad mejor de poder ver al doctor Rigby mientras seguía disfrutando de la compañía de Percy.

Las mujeres estaban particularmente encantadas con el perro y, por lo que pudo deducir de sus comentarios, Grey comprendió que el propietario del carlino, un hombre alto y delgado de un aire majestuoso, era el director del centro. La actuación de Rigby como anfitrión era espléndida, se desplazaba lentamente por la multitud, saludaba a la gente y se paraba para hablar un momento con los conocidos.

Grey se dio cuenta de que iba a llegar donde estaban ellos en pocos momentos, así que se volvió para examinar los cuadros que tenía más cerca. La sociedad Dilettante había organizado una exhibición itinerante, convirtiendo el hospital en la primera galería de Londres. Los pintores de la ciudad habían cedido un gran número de sus lienzos, así como también lo habían hecho algunos de los más ricos gobernadores y nobles patrocinadores de la institución. Entre las pinturas modernas de Reynolds, Hogarth, Casali y Rybrack, había una rareza, un retrato de un siglo antiguo.

—Mira esto —dijo, dándole un codazo a Percy.

Era el famoso retrato que Larkin había hecho de George Villiers, el primer duque de Buckingham. Éste, tan delgado como una sílfide, llevaba unas medias de seda blanca, e iba tan enjoyado como la empuñadura de una daga. Los miraba con una sonrisa de ligera y frenética alegría por debajo de

un par de ojos cómplices.

Al cabo de un rato, Percy se volvió hacia él e hizo un gesto en dirección al retrato.

—¿A ti qué te parece?

—Yo creo que no hay ninguna duda.

Observaron el retrato juntos; estaban muy cerca el uno del otro. Grey podía sentir el calor del brazo de Percy rozando el suyo.

—Es extraño ver cómo se nota en algunos hombres y sin embargo en otros... —Percy negó con la cabeza y luego lo miró esbozando una sonrisa—. No es tu caso, John.

—Ni el tuyo.

En realidad, la mayoría de los hombres que había conocido y que compartían su «abominable perversión» no dejaban entrever ni la más mínima indicación de sus apetitos en su apariencia física. A los que sí se les notaba solían ser muy afeminados y eran la clase de tipos que tenían ojos de corderito. Eran muy guapos cuando eran jóvenes, pero envejecían mal.

Grey miró hacia atrás mientras avanzaban por la exposición. George Villiers no había tenido la oportunidad de envejecer, ni mal ni bien. No sólo había sido noble, sino que además era el favorito del rey y, por lo tanto, inmune a la persecución. Al final, lo asesinó un oficial naval a la edad de treinta y seis años; no debido a su comportamiento privado, que era conocido por todos, sino a causa de su incompetencia militar. Grey se preguntó qué habría pensado de eso el capitán Bates y, durante una fracción de segundo, deseó que estuviera allí con él.

El doctor Rigby se estaba acercando a ellos con una afable cordialidad estampada en sus melancólicas facciones.

—¡Buenos días, caballeros! —saludó, llegando a su lado—. Supongo que están disfrutando de la exposición. Es muy amable por su parte haber venido. Permítanme decirles que apreciamos enormemente su apoyo.

—A sus pies, señor. —Grey hizo una inclinación, incapaz de reprimir el impulso de devolver la sonrisa de Rigby, que parecía de una genuina calidez y sinceridad. Estaba seguro de que aquel hombre llevaba con aquella sonrisa sin pausa durante la última hora.

—Nos sentimos honrados de poder ser de alguna ayuda —declaró Percy con un sentimiento tan profundo que Grey se sorprendió un poco. El joven hizo también una inclinación y luego le mostró los nudillos al perro para dejar que lo olisqueara—. A sus pies, señor —le dijo al animal con seriedad.

Rigby se rió.

—Da las gracias a los caballeros, *Hércules* —ordenó.

El perro adelantó una de las patas y ejecutó una graciosa reverencia; luego lamió la mano de Percy mientras se contoneaba con entusiasmo.

Rigby no había dado ninguna señal de conocer a Grey. Por su parte, éste podría o no haber reconocido al antiguo capitán Rigby como director del hospital; lo había visto algunas veces en casa de sus padres, pero en aquellas ocasiones el hombre llevaba uniforme y no había prestado ninguna atención a un niño de diez años.

—Mi madre me ha pedido que lo salude de su parte, señor —le comentó—. La condesa viuda de Melton.

Rigby frunció el cejo como si no fuera capaz de ubicar el nombre y Grey añadió a toda prisa:

—Aunque creo que usted la conocía como la duquesa de Pardloe.

El rostro del antiguo capitán palideció por un momento. Luego recuperó la compostura y le cogió a Grey la mano.

—¡Mi querido señor! —exclamó, estrechándosela—. ¡Le ruego que me disculpe! Debería haberle reconocido en seguida. Se parece usted muchísimo a su padre, ahora que me doy cuenta. Claro que sí, hace muchos años que lo conocí. —Trataba de encontrar las palabras adecuadas y se había sonrojado de vergüenza—. Bueno... no deseo recordarle una situación tan... ¿Cómo está su querida madre?

—Muy bien —respondió Grey, sonriendo—. Aunque en realidad ya no es la condesa de Melton. Ayer se casó con sir George Stanley.

Rigby parecía absolutamente sorprendido por la noticia. O no tenía ni idea del enlace o era un actor espléndido.

—Por favor, transmítale mis más sinceras felicitaciones —le rogó, estrechando aún la mano de Grey con calidez—. ¿Sabe usted que una vez le pedí que se casara conmigo?

—¿De verdad?

—Oh sí. —El hombre se rió. Las arrugas de su rostro se contrajeron de tal forma que destruyeron cualquier ilusión de solemnidad—. Pero ella fue muy sabia al rechazarme. Me dijo que no creía que yo tuviera madera de casado.

Grey tosió.

—Ah... me temo que mi madre, a veces...

—Oh, estaba completamente en lo cierto —le aseguró el doctor—. Ella percibió correctamente, mucho tiempo antes de que lo hiciera yo, que soy soltero por naturaleza. Y que me gusta demasiado estar solo como para acomodarme a los cambios que requiere el matrimonio. ¿Usted está casado?

El rubor que se apoderó de su rostro ante la pregunta le cogió completamente desprevenido.

—Ah... no, señor. Me temo que no. —Miró discretamente a un lado, en busca de Percy, pero éste se había ido hacia una de las ventanas y estaba observando algo que ocurría fuera—. Ni tampoco lo está mi hermanastro —añadió, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Percy—, el hijo del general Stanley, Perc... Percival Wainwright.

—Aún tienen tiempo, señor, aún tienen tiempo. —Rigby sonrió con indulgencia. Luego se dio cuenta de que había varias damas a su alrededor, esperando su turno para conocer a *Hércules*. El perrito se removía y jadeaba en dirección a las damas de una forma amigable.

—Debo irme —anunció el doctor Rigby estrechándole la mano una vez más—. Estoy muy contento de haberle conocido, lord John; es lord John, ¿verdad? ¿Y su hermano se llama Harold? Sí, exacto, ya me acuerdo. Permítame decirle que, a pesar de que su madre hizo muy bien en rechazarme, para mí hubiese sido un gran orgullo ser su padrastro, y le doy mi más sincera enhorabuena a sir George por ir a desempeñar esa función.

Su partida dejó a Grey con la sensación de que le acababan de quitar la cálida manta que lo protegía del frío. Se sentía un poco desconcertado, pero extrañamente conmovido por aquel encuentro. Se acercó a Percy, que seguía junto a la ventana.

En el patio abierto había un gran número de niños con abrigos y mantones para protegerse del frío. Corrían de un lado a otro, siguiendo las reglas de

alguna clase de juego supervisado por un par de enfermeras.

—¿Te gustan los niños? —inquirió, al ver que Percy les prestaba tanta atención.

—No, no particularmente. —Despertado de su breve estado de ensoñación, se dio la vuelta y le sonrió con cierta tristeza—. Sólo me estaba preguntando cómo sería su vida aquí.

Miró a su alrededor y observó las altas paredes de ladrillo y piedra gris. El lugar estaba limpio y era evidente que era elegante, pero «hogareño» no era el adjetivo que uno elegiría para describirlo.

—Supongo que será mejor de lo que lo hubiera sido de no estar aquí —apuntó Grey.

Algunos de los niños que vivían en el hospital eran huérfanos y otros eran hijos de madres que los habían llevado allí porque no podían alimentarlos.

—¿Tú crees? —Percy esbozó una media sonrisa—. Mi madre intentó que me admitieran aquí cuando lo abrieron. Pero era demasiado mayor. No admiten niños mayores de dos años.

Grey lo miró, completamente horrorizado.

—Oh, Dios —exclamó con suavidad—. Perseverance querido.

—No pasa nada —dijo Percy, sonriendo con más ganas—. Nunca se lo tuve en cuenta. Mi padre había muerto hacía un año y estaba desesperada. Pero dime, ¿qué has averiguado del buen doctor? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Rigby, que ahora estaba a cierta distancia y se podía apreciar que su cordialidad era tan infatigable como la graciosa cola de *Hércules*.

Grey habría seguido con el tema, pero Percy parecía reacio a hablar más de su pasado, así que se centró en la impresión que le había causado el doctor Rigby.

—No creo que tenga nada que ver con el asunto —concluyó—. Mi aparición lo ha cogido completamente desprevenido y, a menos que sea un gran mentiroso, no tenía ni idea de la boda de mi madre.

Entonces apareció una nueva oleada de gente que evitó que pudieran seguir hablando en privado y empezaron a recorrer lentamente la galería, dejándose llevar por la multitud. Llegaron a una sala especial en la que estaba

la exposición permanente de las pinturas de William Hogarth, uno de los principales benefactores del hospital. Así que los dos se quedaron a solas con sus propios pensamientos.

Luego volvieron a la galería principal, pero el doctor Rigby y *Hércules* habían desaparecido.

—¿Alguna vez deseas...? —empezó a decir Percy. Pero se detuvo arrugando un poco las cejas. Unas cejas espesas y sedosas que Grey se moría de ganas de acariciar.

—¿Alguna vez deseo? —lo animó a seguir y sonrió—. Muchas cosas. —Dejó que su voz dejara entrever algunas de las cosas que deseaba y Percy le devolvió la sonrisa. Pero las arrugas de su frente no desaparecieron del todo.

—¿Alguna vez desearías no ser como eres?

La pregunta lo cogió por sorpresa. Y lo que más lo sorprendió fue que se dio cuenta de que no necesitaba pensar en la respuesta.

—No —dijo. Vaciló un momento, pero el hecho de que Percy le hubiera hecho la pregunta era suficiente—. ¿Y tú?

El joven volvió a mirar el retrato de Villiers, luego bajó la vista y sus largas pestañas escondieron sus ojos.

—Tienes que admitir que, a veces, las cosas serían más sencillas.

Grey miró pensativo a una pareja que tenía cerca; era evidente que estaban coqueteando. La joven flirteaba con habilidad por detrás de su abanico y se reía porque su acompañante hacía muecas imitando la cara de rana que tenía el protagonista de uno de los retratos.

—Tal vez. Sin embargo, creo que depende mucho de la posición que uno ocupe en la vida. Por ejemplo, si yo fuera el heredero de mi padre, tendría que sufrir la presión de casarme y reproducirme y es probable que tuviera que acceder a ello. En ese sentido, mi hermano ha cumplido bien con sus obligaciones y, por lo tanto, ahora le es completamente indiferente que yo pueda casarme o no algún día.

Se encogió de hombros dando el tema por zanjado, pero Percy no estaba dispuesto a abandonar tan rápido la conversación.

—Tal vez sea indiferente para ti —dijo, esbozando una media sonrisa—. Pero no para las mujeres.

Grey lo miró divertido.

—Te olvidas del consentimiento. Yo dudo mucho que alguien me secuestre y me obligue a casarme a la fuerza.

—Oh, te aseguro que lady Joffrey sería capaz de hacer algo así. —Percy puso los ojos en blanco de un modo muy expresivo. Había conocido a Lucinda Joffrey en el salón de lady Jonas y se había quedado muy impresionado por el ímpetu de su carácter, que era considerable—. Nunca debes darle la espalda. Te golpeará en la cabeza y se te llevará envuelto en una alfombra. Cuando te despiertes, serás un hombre casado, residente en Gretna Green.

Grey se rió al escucharlo, pero le dio toda la razón.

—Sí que lo haría. Está claro que corres tanto peligro como yo. ¡Lady Joffrey tiene ocho primas y sobrinas en edad casadera! —Entonces se dio cuenta de la sonrisa irónica en los labios de Percy y comprendió a qué se refería al decir que ciertas cosas serían más sencillas.

»Oh, ya te ha buscado pareja, ¿verdad? —preguntó, intentando no reírse—. ¿Con cuál de ellas te ha emparejado?

—Con Melisande Roberts —respondió Percy, con expresión de ligera repugnancia.

—Oh, ¿Melly? —Grey bajó la mirada para esconder su sonrisa. Conocía a Melisande de toda la vida. Cuando eran niños, jugaban juntos—. Bueno, tiene muy buen carácter. Y es la bondad personificada. Posee una modesta renta.

—¡Es del tamaño de un barril de cerveza y tiene casi la misma forma!

—Muy cierto —convino Grey—. Sin embargo, aunque ella fuera una gran belleza, a ti te resultaría indiferente, ¿verdad?

Percy, que hasta ese momento parecía malhumorado, esbozó una sonrisa.

—Bueno... sí. Si nos referimos a... sí. Pero ¡no me gustaría llevar una mujer cualquiera colgada del brazo, como si no pudiera conseguir una mejor!

—Entonces, debería sentirme halagado —dijo Grey—. Porque está claro que no tienes ningún problema en dejarte ver en público en mi compañía.

Percy lo miró y se rió.

—Oh, querido, tú serías una gran presa, aunque estuvieras en bancarrota

o fueras tan común como el barro... o como yo.

—Me siento completamente halagado —confesó él con educación, cogiendo el brazo de Percy y apretándoselo con fuerza—. ¿Nos vamos?

Percy inspiró con fuerza, pero asintió y se marcharon andando en un silencio de pensamientos no compartidos, por la calle High Holbourn. Habían planeado ir a la representación de Mecklin de Shylock en *El Mercader de Venecia*, y luego cenar en el Beefsteak. Grey estaba pensando en lo que les deparaba la tarde y la noche que vendría después, pero los pensamientos de Percy seguían centrados en la conversación que habían tenido.

—¿Crees que es verdad? —preguntó de repente, en voz baja—. ¿Eso de que estamos condenados?

Grey no era un hombre muy filosófico y jamás se había preocupado por los principios religiosos. Había oído muchas veces las opiniones de su padre sobre un rey anterior, Enrique, y los efectos que podía tener su merecida enfermedad sexual y las ambiciones dinásticas sobre la Iglesia de Roma.

Sin embargo, en la mirada de Percy se adivinaba mucha preocupación. A Grey le habría gustado poder hacer algo para borrarla.

—No lo creo —dijo con la mayor alegría de que fue capaz—. Según tengo entendido, Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Nosotros nos diferenciamos de los animales por tener razón. Por lo tanto, la razón tiene que ser una característica básica del Altísimo, *quod erat demonstrandum*. ¿Es razonable entonces crear hombres cuya naturaleza, claramente construida y definida por Él mismo, sea hostil a sus propias leyes y por lo tanto se dirijan inevitablemente a la destrucción? ¿Qué sentido tendría algo así? ¿No te parece completamente absurdo? Por no hablar de la completa pérdida de tiempo que significaría.

Era evidente que Percy jamás había pensado que Dios pudiese ser razonable y ahorrativo. Se rió, su cara se iluminó, y ya no volvieron a hablar del asunto.

No obstante, Percy volvió a sacar el tema algunos días después. Grey pensó



que no cabía duda de que aquella preocupación suya era consecuencia de haberse criado en un entorno religioso. O tal vez lo único que ocurría era que Percy jamás había estado con un hombre que estuviera dispuesto a hablar de filosofía en la cama. A Grey no le había ocurrido nunca y la novedad le parecía muy divertida.

Habían salido de los cuarteles por separado, con intención de encontrarse en la habitación de Percy para pasar algunas horas. Después de satisfacer los iniciales apetitos de la carne, Grey había apoyado la cabeza en el estómago de Percy y escuchaba cómo éste leía una recopilación de opiniones legales publicadas hacía uno o dos años:

«Si hay algún delito que merezca ser castigado de una forma ejemplar es éste. Otros delitos son perjudiciales para la sociedad, pero éste atenta contra la naturaleza del ser humano, porque no se sabe de ninguna persona culpable de alterar las facultades de su género de una forma tan antinatural, que pueda sentir después una adecuada atracción por las mujeres. Y debido a esa indiferencia, tan remarcable entre los hombres de estos depravados apetitos, es lógico concluir que están condenados a ser insensibles al mayor placer que la naturaleza humana es capaz de ofrecer. Parece un castigo muy justo que dichos miserables se vean desprovistos de toda capacidad para gozar de un placer al que no le dieron el valor que merece. Y es importante prevenir la continuación de una disposición tan impía, que podría ser transmitida a sus hijos, en caso de que tuvieran alguno».

—Entonces —concluyó Grey—, debemos ser exterminados porque nuestros placeres no son lo suficientemente extáticos.

El cejo de Percy se relajó un poco y cerró el libro.

—Por si acaso legamos esta deplorable insuficiencia a nuestros hijos, que es muy improbable que tengamos, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Bueno, en ese sentido, yo conozco a más de un caballero que no encuentra placer en la cama de su mujer, pero que acude a ella para cumplir con su deber.

—Sí, eso es cierto. —Percy seguía frunciendo el cejo, aunque ahora parecía pensativo en lugar de inquieto—. ¿Crees que es diferente? ¿Entre un hombre y una mujer? No me refiero sólo a la parte mecánica, sino en cuanto a

los sentimientos.

Grey había visto tantos matrimonios de conveniencia entre la nobleza y los ricos, que sabía muy bien que las emociones y la atracción mutua de las personas implicadas se acostumbraba a considerar irrelevante, si es que alguna vez se tenían en cuenta. Mientras que las relaciones esporádicas que mantenía él no estaban basadas en nada más que en eso, y estaban bastante alejadas de requisitos sociales. Sin embargo, pensó un momento en el tema, disfrutando del apacible movimiento de la respiración de Percy bajo su mejilla.

—Yo creo que un caballero debe llevar sus asuntos con bondad y honor —dijo por fin—. Si lo hace así, que el receptor sea un hombre o una mujer, ¿de verdad importa tanto?

Percy se rió.

—¿Bondad y honor? Eso está muy bien... pero ¿qué pasa con el amor?

Grey valoraba el amor, y lo temía demasiado como para frivolar.

—No se puede imponer—contestó finalmente—, ni someterlo a la voluntad. Y todavía menos —añadió con pesar— se puede ignorar. —Se sentó y miró a Percy, que estaba con la cabeza gacha, dibujando formas en el cubrecama con el dedo—. No estarás enamorado de mí, ¿verdad?

Percy sonrió un poco sin levantar la vista. No lo negó.

—No se puede ignorar —repitió—. ¿Quién era él? ¿O quién es él?

—Es. —A Grey se le encogió el corazón al pronunciar la palabra. Una emoción alegre y terrible a un mismo tiempo; la admisión era irrevocable.

En esos momentos, Percy lo estaba mirando con los ojos brillantes de interés.

—Es... Quiero decir que él... No tienes por qué preocuparte. Es imposible que haya nada entre nosotros —concluyó y se mordió la lengua al sentir el repentino impulso de contarle todo, sólo para sentir el momentáneo éxtasis de hablar de Jamie Fraser. Sin embargo, era un hombre listo y consiguió reprimir sus palabras.

—Oh, ¿él no es...? —La mirada de Percy se deslizó un momento por su desnudez y finalmente se posó en su rostro.

—No.

Ya era tarde. La luz se colaba en la habitación a través de las altas ventanas e incidía en la oscura masa de pelo rizado de Percy. Los claroscuros se reflejaban en su rostro, pero su cuerpo seguía envuelto en las sombras.

—¿No tienes suficiente con una amistad y una sincera atracción? —Grey fue muy cuidadoso. Evitó que el mal humor o la acusación tiñeran su voz y conseguir que la pregunta sonara sólo como una sincera indagación.

Percy le sonrió al tiempo que hacía una mueca, pero contestó con sinceridad:

—No. —Estiró la mano y la deslizó por el brazo desnudo de Grey. Siguió por la curva de su hombro y la dejó resbalar por su pecho. Luego abrió la palma sobre su pezón y se lo agarró de repente, hundiendo los dedos en sus músculos—. Aunque si añades esto —dijo con suavidad—, creo que será suficiente.

Los días siguientes se vieron muy poco. Grey estaba muy ocupado con los preparativos de la partida y Percy consumido por los rigores de su propio entrenamiento y las necesidades de las cuatro compañías que estaban a su cargo. Sin embargo, por las tardes podían estar juntos en público y hacer las cosas que haría cualquier pareja de amigos: cenaban juntos, iban al teatro o pasaban el rato en algún club de juego. Y si se iban juntos de esos lugares no generaban ninguna clase de comentarios.

En la calle Jermyn nadie cuestionaba las ocasionales ausencias de Grey por la noche, porque a menudo solía dormir en los cuarteles si se había quedado hasta tarde solucionando algún asunto relacionado con el regimiento, o en el Beefsteak si se le hacía tarde después de pasar una velada con los amigos. Sin embargo, salir juntos cada noche habría generado habladurías y las noches que Grey pasaba en la habitación de Percy eran doblemente valiosas: por lo escasas que eran y porque se daban cuenta de que estaban llegando a su fin.

—Tenemos que ser extremadamente cautelosos —le dijo Grey un día—. Durante las campañas hay muy poca intimidad.

—Claro —convino Percy, aunque, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo en aquel momento, Grey pensó que no debía de estar prestando mucha atención. Lo cogió con más fuerza del pelo, pero no le pidió que

parara. Ya tendría tiempo de repetirle la advertencia y a él tampoco le apetecía pensar en nada que interrumpiera su intimidad en aquel momento.

Una intimidad que iba más allá del plano físico, aunque Dios sabía que ésta era muy íntima.

Percy había tomado su cuerpo cuando él se lo ofreció la primera noche y lo repitió la mañana siguiente. Lo había poseído con una gran delicadeza, una actitud que lo desconcertaba; aquel hombre conseguía llevarlo al borde de las lágrimas.

Después de eso, Grey no le había vuelto a hacer esa oferta en particular, porque la experiencia lo había trastornado un poco debido a la violación que sufrió en el pasado; sin embargo, debía admitir que con Percy había sido muy distinto y mucho más placentero. El joven nunca lo presionaba, nunca se lo pedía; se limitaba a dejarle claro que si él quería... Y tal vez quisiera. Pero aún no.

La inesperada intimidad intelectual entre los dos era tan embriagadora, y a veces tan inquietante, como la carnal.

Después de la primera noche que pasaron juntos, Percy no había hecho ninguna referencia directa a lo que Grey le había explicado sobre el asesinato del duque. No obstante, él sabía que habría pensado en ello y no se sorprendió cuando le mencionó el asunto, unos días después. No se alegró especialmente. No se arrepentía de haberle contado la verdad a Percy, pero estaba sorprendido de haberlo hecho, después de haber guardado el secreto durante tanto tiempo, y sintió una punzada de extraña incomodidad al comprender que ahora compartía con otra persona ese secreto tan bien guardado. Tampoco lo sorprendía que Percy volviera a sacar el tema.

—¿Qué pasó después? —le preguntó—. ¿Qué hiciste? ¿No se lo dijiste a nadie? ¿A tu madre?

Grey sintió una punzada de furia, pero se dio cuenta a tiempo de que la causa no eran sus preguntas sino el recuerdo de su propia impotencia.

—Tenía doce años —dijo. Percy lo miró y se retiró un poco, advirtiendo el cambio en su tono de voz a pesar de estar calmado—. No dije nada.

El jardinero fue quien encontró el cuerpo del duque aquella mañana. Se llamó al juez de instrucción a toda prisa y éste certificó que la muerte se

había producido cuando la víctima no estaba en buen uso de sus capacidades mentales. Dos días después, mandaron a Grey al norte, para que se quedara con unos primos lejanos de su madre en Aberdeen. La duquesa, con una prudencia que él no supo apreciar hasta algunos años después, se fue a vivir a Francia durante algunos años.

—¿Y no te podía llevar con ella? —preguntó Percy, poniendo voz a la angustiada y secreta duda que atenazó a Grey por aquel entonces.

—Creo —contestó con cautela— que pensaba que tal vez su vida corría peligro.

Él creía, aunque en realidad muy *ex post facto*, que en realidad ella se había expuesto a ese peligro. Al comentárselo a Percy, la reacción de éste fue de asombro.

—¿Expuesto? —exclamó sorprendido—. ¿Qué quieres decir con eso?

Él suspiró mientras se frotaba la frente con los dedos. Sentía un inesperado alivio, incluso placer, al poder hablar, por fin, de todo aquello. Pero al mismo tiempo experimentaba una inesperada intranquilidad al revivir lo que pasó.

—Aberdeen es un lugar muy gris. —Grey estaba sentado en la cama, rodeándose las rodillas con los brazos, y observaba cómo los últimos vestigios de la noche desaparecían de los tejados de la ciudad—. Piedra. Lluvia. Y escoceses. Los malditos escoceses. —Negó con la cabeza ante el recuerdo. El sonido de su habla era como el rugido de las ruedas de los carruajes sobre la grava.

»Allí no me enteré de muchas cosas. De escándalos en Londres... —Se encogió de hombros—. En Aberdeen no interesaban. Y supongo que ése era el objetivo, alejarme de las habladurías. Los primos de mi madre eran buena gente, pero se mostraban muy distantes. Sin embargo oí algo.

La duquesa —o la condesa, que era como había comenzado a hacerse llamar—, había empezado a ser muy notable en Francia, algo que sus relaciones escocesas no aprobaban. No era joven, pero seguía siendo una mujer muy guapa y muy rica.

—Corrieron rumores de que tenía algo que ver con algunos jacobitas franceses. Y si hay algo de lo que estoy seguro es de que mi madre no

albergaba, ni alberga, ninguna simpatía por esa causa.

—¿Crees que estaba buscando al hombre que mató a tu padre?

Grey asintió sin dejar de mirar por la ventana, aunque no estaba viendo el luminoso cielo sobre Londres, sino las nubes grises sobre Aberdeen.

—No sé si lo encontró —dijo en voz baja—. Al cabo de un tiempo, yo me convencí de que lo había conseguido y que lo había matado o había contribuido de alguna forma a su destrucción.

Percy arqueó una ceja con incredulidad.

—¿Piensas, o pensaste, que tu madre había matado al asesino?

—¿Crees que las mujeres no son capaces de hacer esas cosas? —Grey no llegó a reírse, pero volvió la cabeza para que Percy pudiera ver la media sonrisa que se dibujaba en su rostro.

—No, en general no. Mi madre seguro que no podría... —Se quedó callado al tiempo que fruncía el cejo. Era evidente que estaba intentando visualizar a Benedicta Grey asesinando a alguien—. ¿Cómo? ¿Con veneno?

—No lo sé. Mi madre es bastante directa. Creo que sería más probable que lo apuñalara en el corazón. Pero en realidad no creo que llegara a encontrar al responsable, si es que estaba buscándolo. Fue sólo algo que yo quise creer que ella estaba haciendo. —Se encogió de hombros e intentó apartar ese recuerdo—. ¿Qué le pasó a tu padre? —preguntó con curiosidad.

Percy negó con la cabeza, pero aceptó el cambio de tema con expresión irónica.

—Lo creas o no, lo atropelló un carruaje.

—¡Imbécil!

—No, de verdad, fue así. —Percy se encogió de hombros con impotencia—. Estaba frente a un bar de Cheltenham predicando a voz en cuello y sin prestar atención a su alrededor. No oyó cómo se acercaba el carruaje...

—¿Y tú estabas allí?

—Claro. Siempre me llevaba con él para que repartiera folletos o para que pasara el sombrero cuando él predicaba en público. Le tiré del abrigo, porque yo sí había visto el carruaje y lo rápido que se estaba acercando, pero él me apartó como si estuviera espantando una mosca. Estaba demasiado absorto en su visión del cielo como para darse cuenta de lo que estaba

pasando en la tierra. Dio un paso adelante para alejarse de mí y entonces el vehículo ya estaba encima de nosotros. Yo salté y me aparté, pero él no lo consiguió a tiempo.

—Lo siento —dijo Grey.

Percy lo miró esbozando una media sonrisa.

—Yo no lo sentí. Era un bastardo mojigato y severo. Mi madre tampoco lo sintió, aunque su muerte le puso las cosas muy difíciles. —Hizo un gesto con la mano para indicar que no quería seguir hablando de ese tema—. Volviendo a tu mucho más llorado padre, he estado pensando en lo que me dijiste. ¿Te importa?

—No —contestó él con prudencia—. ¿Qué has estado pensando?

Percy se aclaró la garganta.

—Te lo diré, pero ya que has mencionado la investigación, ¿estás completamente seguro de que tu padre no era...?

—No, no lo era, y sí, estoy completamente seguro. —Grey advirtió la severidad en su voz e hizo un pequeño gesto en señal de disculpa—. Lo siento. Nunca había hablado de esto. Es...

—Doloroso —concluyó Percy con suavidad.

Grey levantó la vista y observó tal cálida comprensión en sus ojos que se vio obligado a mirar hacia otro lado al empezar a sentir el escozor de las lágrimas.

—Sí —dijo.

Percy le apretó la pierna para tranquilizarlo, pero no volvió a hablar de sus sentimientos, sino que retornó a sus propios pensamientos sobre el asunto.

—Muy bien. Teniendo en cuenta que ése es el caso, está claro que sabemos algo muy importante, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que el asesino no intentó disfrazar la muerte de suicidio. Fue tu madre quien lo hizo. ¿Sabes por qué, por cierto? Supongo que nunca se lo preguntaste.

Grey esbozó una irónica sonrisa al escuchar la pregunta.

—¿Tú le habrías preguntado a tu madre algo así?

Percy frunció el cejo. Parecía estar pensándolo, pero él no esperó a que contestara.

—No, yo jamás hablé con mi madre del tema. Y tampoco lo hizo Hal.

Percy arqueó una de sus oscuras y suaves cejas.

—Increíble. ¿Me estás diciendo que ninguno de los dos sabe que tú sabes que la muerte de tu padre no fue un suicidio?

—Supongo que no. —Se sorprendió al preguntarse por primera vez si Hal sabría la verdad sobre la muerte de su padre. Siempre había supuesto que sí, que su madre se lo habría dicho, y le dolía mucho pensar que a él no se lo había contado debido a su juventud. Pero ¿y si tampoco se lo había contado a Hal?

Ese pensamiento era demasiado intenso como para contemplarlo en aquel momento. Se olvidó de él y volvió a centrarse en la pregunta de Percy.

—Estoy razonablemente seguro del motivo por el que lo hizo. Temía alguna clase de peligro, tanto por ella como por Hal o por mí, y ese temor debía de ser importante, ya que prefirió permitir que el nombre de mi padre quedara mancillado en lugar de enfrentarse a lo que fuera.

Percy advirtió la subyacente nota de amargura de su comentario.

—Bueno, ella es tu madre —dijo con suavidad—. Supongo que una mujer debe ser excusada por valorar la vida de sus hijos por encima del honor de su padre. Sin embargo, el objetivo al que yo quería llegar es éste: el asesino no mató a tu padre con la intención de desviar la intención de sí mismo haciendo que él pareciera un traidor. Entonces, ¿por qué lo hizo?

Miró a Grey expectante.

—Para evitar que mi padre pudiera revelar su identidad como traidor jacobita —contestó Grey, y se encogió de hombros—. O, por lo menos, eso es lo que siempre he supuesto. ¿Por qué iba a hacerlo si no?

—Yo también he pensado lo mismo. —Percy se inclinó un poco hacia adelante—. ¿Y no crees que quienquiera que lo asesinara es la misma persona que se llevó el diario de tu padre?

—Sí —respondió Grey muy despacio—. Supongo que sí. Aunque en aquel momento no sabía que alguien se había llevado el diario, claro. —Y como no lo sabía, era algo en lo que jamás había pensado durante todas



aquellas largas horas grises de meditación en Aberdeen—. Tú crees que... oh, Dios. —Su mente se saltó la pregunta evidente: ¿habría escrito el duque sobre sus sospechas en el diario? Y entonces comprendió adónde quería ir a parar Percy.

—¿Acostumbraba a escribir su diario en el invernadero? —Percy estaba leyendo el progreso de sus pensamientos en su rostro. Y el suyo propio estaba iluminado de cautelosa excitación.

—No, nunca. —Grey se detuvo un momento para respirar—. El invernadero no estaba iluminado. Él siempre escribía en la biblioteca, antes de irse a dormir, y luego volvía a dejar el diario en la estantería. Está claro que también lo escribía cuando estaba en campaña. Jamás lo vi con su diario en ningún otro sitio.

Lo que quería decir dos cosas: quienquiera que le disparara lo conocía lo bastante bien como para saber que escribía un diario y dónde lo guardaba. Y quienquiera que lo hubiese hecho era lo suficientemente conocido por el servicio de la casa como para que pudiera entrar en la biblioteca y llevarse el diario.

—¿Crees que lo cogió antes? —preguntó Percy—. ¿No crees que ése podría haber sido el motivo? Que el asesino leyera el diario, viera que estaba en peligro y entonces...

Grey se pasó la mano por la cara y sintió cómo los pelos de su incipiente barba le rozaban la piel; negó con la cabeza.

—Incluso aunque asumiéramos que mi padre era tan estúpido como para escribir esas sospechas en lenguaje habitual, y te aseguro que no lo era, ¿cómo podía haberlo leído alguien? Nadie leía sus diarios; ni siquiera mi madre. Ella le gastaba bromas con eso y él no los dejaba por la casa.

Intranquilo, se levantó de la cama y se acercó a la ventana, intentando recordar. Trataba de reconstruir la biblioteca que tenían en la casa de campo. La llamaban «la biblioteca» más bien en broma, porque era un cuarto minúsculo, con un armario lleno de libros, donde ni siquiera había chimenea y donde apenas quedaba espacio para un sillón y un pequeño escritorio. No era la clase de lugar donde su padre hubiera recibido a las visitas.

—Estoy de acuerdo en que es más probable que el asesino se llevara el

diario después de matarlo. —Percy se frotó los hombros, fríos a pesar de la bata de lana—. ¿Tal vez se lo llevara un visitante que fue a presentar sus condolencias? ¿No podría haber tenido la oportunidad de cogerlo entonces?

Grey meditó sobre esa posibilidad. No tenía ningunas ganas de recordar los horribles días que siguieron a la muerte de su padre, pero se obligó a hacerlo. Los silenciosos y acelerados preparativos, las conversaciones a media voz, que siempre se interrumpían cuando aparecía él.

Habían recibido algunas visitas, amigos que fueron a apoyar a la duquesa en aquellos momentos tan dolorosos, y también algunos amigos de Hal. Recordaba la visita de Harry Quarry. ¿Quién más? Robert Walpole, claro. Recordaba al primer ministro con aspecto gris y grave, acercándose lentamente por el camino, apoyándose en su secretario para que lo ayudara, con la sombra de su inminente propia muerte reflejada en el rostro.

Cerró los ojos y se apretó los párpados con los dedos, intentando pensar. Por su mente pasaron muchas caras. Algunas con nombres, otras, extrañas, todas demudadas por la conmoción. Aparte de Harry y Walpole, las únicas personas que podía recordar con claridad de aquella terrible semana eran...

Dejó caer la mano y abrió los ojos.

—Tal vez no fuera un visitante —aventuró lentamente.

Percy parpadeó y frunció los labios.

—¿Un sirviente? —preguntó, sorprendido ante esa idea—. Oh, no.

Grey tuvo la sensación de que se le helaba el corazón al pensarlo. Los sirvientes llevaban muchos años trabajando para sus padres y éstos confiaban ciegamente en ellos. Pensar que alguno de ellos, alguien que había compartido la casa con la familia, las intimidades de su día a día, pudiera haber...

Negó con la cabeza y desechó la idea.

—No puedo pensar más en esto —dijo—. No puedo. —Se notaba el cansancio en los hombros y le dolía el cuello; sentía el peso del dolor y la furia en las cervicales. Le ardían los ojos y apoyó la frente contra el cristal de la ventana, agradecido por el frío en su rostro. El alba estaba asomando por el este y el cristal brillaba con una pálida luz amarilla.

Oyó un sonido en la cama y a continuación sintió las manos de Percy,

cálidas sobre sus hombros. Se resistió un momento, pero luego dejó que lo alejara de la ventana y lo abrazara con fuerza.

—No te arrepientas de habérmelo contado —le susurró en voz muy baja al oído—. Por favor.

—No —murmuró él sin estar seguro de si se arrepentía o no.

En aquel momento, deseaba que guardara silencio, porque hablar del tema significaba tener que volver a pensar en ello. Había tenido aquel secreto enterrado durante tanto tiempo que no se había dado cuenta de que lo había escondido en su propia carne además de en su mente. Le dolían las articulaciones, parecía como si lo estuvieran despedazando lentamente.

—Tienes frío. Te vas a poner enfermo. Ven, acuéstate.

Dejó que Percy lo llevara a la cama y lo tapara con las mantas hasta la barbilla. Cerró los ojos obedientemente cuando le dijo que lo hiciera y escuchó los sonidos que hacía Percy cuando se acercó a la chimenea para atizar el fuego y añadirle un poco más de madera. Los volvió a abrir al oír que Percy rompía la capa de hielo que se había formado en la superficie del agua del aguamanil y luego vertía un poco en el recipiente que utilizaba para calentar aquella con la que se afeitaba.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Percy se volvió y le sonrió con la cara oscurecida por la incipiente barba.

—Algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida, querido —dijo—. Y sé de buena tinta que me licenciarán, me quedaré sin blanca, o incluso me colgaran de los pulgares y me azotarán, si no estoy en la plaza con mis compañías perfectamente alineadas antes de las nueve en punto.

—Es verdad. ¿No soy yo quien tiene que pasar revista a tus compañías a las nueve en punto? —Grey se sentó, pero Percy le hizo una señal para que se volviera a tumbar.

—Teniendo en cuenta que las campanas acaban de tocar las seis y media, y que tú no tienes nada más que hacer que afeitarte, vestirte y pasear elegantemente hasta la plaza de instrucción, creo que te puedes quedar acostado un poco más. —Cogió la taza en la que tenía sus utensilios de afeitado y se inclinó para mirarse en el pequeño espejo. Abrió un poco la boca y se concentró mientras se aplicaba la espuma.

Grey se tumbó y lo observó mientras se afeitaba y se vestía con pulcritud y rapidez. Una parte del calor de Percy seguía estando entre las sábanas y lo fue calentando poco a poco, sintiendo que una gran lasitud se apoderaba de él. Tenía la mente saturada y tierna como una fruta madura.

La habitación aún estaba oscura y al alba todavía le quedaba un poco de camino por recorrer. Cuando Percy se agachó para ponerse las botas, su aliento empañó los botones de su casaca.

Una vez se hubo puesto la peluca, se acercó a la cama y lo miró.

—¿Crees que ella lo sabía? ¿Quién había sido?

—Estoy seguro de que no —contestó Grey con toda la firmeza de que fue capaz.

Percy asintió, se agachó y le dio un beso en la frente.

—Intenta dormir —dijo—. Mañana las campanas te despertarán.

Se fue y cerró la puerta suavemente tras de sí.

Grey sentía que la calidez lo envolvía como si estuviera en el interior de un acogedor bolsillo, aunque tenía la punta de la nariz tan fría que parecía que siguiera teniéndola contra el cristal de la ventana. Le pesaban mucho las piernas como consecuencia de un duro día y una noche en vela, pero sabía que no iba a dormir, con campanas o sin ellas.

Tendría que volver a hablar con Jamie Fraser.

# **PARTE IV**

**El regimiento se levanta**

## 20. Los jacobitas por su nombre

*Helwater*

*Distrito de los Lagos*

Grey pasó en compañía de los Dunsany el menor tiempo posible que requerían los buenos modales antes de decirles que se había dejado en las alforjas algo que necesitaba.

—No, no, yo lo cogeré. Sólo será un momento. —Detuvo a lady Dunsany, que ya tenía la mano en el cordón de la campana para llamar a algún sirviente y salió de la biblioteca antes de que pudiera protestar.

A medida que se iba acercando a los establos, se dio cuenta de que su corazón le latía cada vez más de prisa, pero, excepcionalmente, no tenía nada que ver con la presencia física de Jamie Fraser.

Acababan de echarles de comer a los animales y en el establo se oían sonidos de masticación y se percibía el aroma del heno fresco. Uno o dos caballos levantaron la cabeza para mirarlo y Grey vio las briznas de paja como les salían del hocico, pero en seguida lo ignoraron y volvieron a hundir el morro en los comederos.

Fraser estaba al fondo de las cuadras limpiando una. Había dejado la enorme puerta entreabierta y su silueta se recortaba contra la pálida luz del blanquecino cielo de la primavera. Grey estaba seguro de que había oído sus pasos sobre el suelo de piedra, pero el escocés no alteró su ritmo de trabajo.

Sin embargo, se detuvo y se irguió cuando llegó hasta él. Allí hacía frío, pero Fraser tenía la piel húmeda y la camisa pegada a los hombros. Olía a sudor limpio.

—Gotea —dijo Grey de repente—. Usted dijo «gotea».

Fraser dejó la horca en su sitio, se limpió la cara con la manga y lo miró con aire burlón.

—No recuerdo haber hecho tal cosa, comandante, pero supongo que es posible. Conozco esa palabra.

—Cuando me habló de la corte de los Estuardo la última vez que nos vimos —le aclaró él—, usted dijo, y cito: «La corte de los Estuardo gotea como un colador». Estoy convencido de que conoce lo bastante bien el idioma como para saber que utilizó usted el tiempo presente.

Fraser arqueó una de sus espesas cejas rojas, pero en su rostro no se reflejó ni rastro de preocupación. Grey suspiró.

—Gotea como un colador —repitió—. ¿Cómo sabe usted que es así a menos que siga en contacto con alguno de ellos?

El escocés se frotó la nariz con el dedo mientras lo observaba y luego volvió a su trabajo, negando con la cabeza.

—Le va a estallar el cerebro, comandante. No debería pensar tanto —dijo sin mala fe. Clavó la horca en una montaña de paja y lanzó la hierba al otro lado de la puerta—. Sabe usted perfectamente que los términos de mi libertad condicional no permitirían tal cosa.

Eso era muy cierto. Grey había escrito esos términos y Fraser los había firmado. Recordaba muy bien la ocasión. Fue la primera vez, aunque no la última, en que se dio cuenta de que lo único que evitaba que el prisionero le rompiera el cuello era la presencia de hombres armados.

Teniendo en cuenta la irónica expresión que se reflejaba en la cara del escocés, era evidente que él también se acordaba del momento.

—Y si yo no hubiera sido lo bastante honorable como para acatar esos términos, comandante —añadió sin levantar la voz—, me habría fugado a Francia una semana después de haber puesto los pies aquí.

Grey se abstuvo de decirle que estaba seguro de que alguien con su increíble apariencia no podría pasar inadvertido en las carreteras. Tampoco mencionó que no creía muy probable que un hombre pudiera recorrer ochenta kilómetros a pie sin capa, comida o refugio; aunque pensó que tal vez aquel hombre sí fuera capaz de conseguirlo.

—Jamás sugeriría que usted ha incurrido en incumplimiento de su

palabra, señor Fraser —le espetó, y estaba ligeramente sorprendido al pensar que era cierto—. Le pido que me disculpe si mi sugerencia ha podido implicar tal cosa.

El otro parpadeó.

—Disculpas aceptadas, comandante —convino con cierta brusquedad. Hizo una pausa y luego cogió la horca, como si fuera a reanudar el trabajo, pero entonces los músculos de sus hombros se relajaron.

»Dije que la corte de los Estuardo gotea como un colador, comandante, porque tanto el rey Jacobo como su hijo siguen vivos y rodeados de los mismos hombres. Y lo digo por lo que me permite saber mi posición actual —añadió con un ligero tinte de humor amargo en la voz.

—¿No cree que ya habrán abandonado? —preguntó Grey con curiosidad. Optó por no reprender al escocés por haber dicho «rey Jacobo»—. No creo que sigan albergando esperanzas...

—No, no tienen ninguna esperanza, y no, no han abandonado —lo interrumpió Fraser acentuando el tono seco de su voz—. Son escoceses y viven su vida bajo la sombra de san Pedro. Dejarán de conspirar cuando estén muertos.

—Ya veo.

Y así era. Grey había sido gobernador de Ardsmuir durante dieciocho meses, tiempo más que suficiente para que consiguiera hacerse una idea de los principales rasgos del carácter escocés. El emperador Adriano sabía bien a lo que se enfrentaba. Era una lástima que los siguientes gobernantes de Inglaterra hubieran sido menos prudentes.

Con esa idea en mente, eligió sus palabras con mucho cuidado.

—¿Le puedo preguntar una cosa, señor Fraser?

—No parece que tenga ninguna forma de impedirlo, comandante. —A pesar de sus palabras, no había rencor en su voz y la luz que brillaba en sus ojos era la misma que aparecía en ellos cuando jugaban al ajedrez. En su mirada se adivinaba cautela, interés... y buena disposición.

—Si yo estuviera dispuesto a liberarlo de las disposiciones de su libertad condicional y me comprometiera a enviar cualquier carta que quisiera mandar a cualquier lugar adonde usted quisiera enviarla, ¿podría ponerse en contacto



con alguien que supiera los nombres de jacobitas destacados en Inglaterra? Tendría que ser alguien que estuviera activo en 1741.

Jamás había visto a Fraser quedarse con la boca abierta antes, pero el escocés se mostró tan desconcertado que parecía que Grey le acabara de dar un beso en los labios.

—Eso... —empezó, luego se detuvo y negó con la cabeza—. Usted... — Se calló de nuevo. Estaba tan consternado por aquella sugerencia que le fallaban las palabras.

—¿Que si sé lo que le estoy pidiendo? Sí, lo sé. Y lo lamento mucho.

Por un momento, se hizo el silencio entre los dos. Sólo se oía el lento masticar de los caballos y el canto de una alondra temprana, que sobrevolaba la pradera que se extendía por detrás del establo.

—Por favor, créame cuando le digo que no lo utilizaría de esta manera si tuviera alguna otra alternativa —dijo Grey en voz baja.

Fraser se lo quedó mirando un instante y luego hundió la horca en la montaña de paja empapada, se dio la vuelta y se fue. Se adentró en la creciente oscuridad del corral, dándole la espalda a Grey. Se agarró a la barandilla, como si intentara seguir en contacto con la realidad.

Grey no lo culpaba. Él también se sentía en una situación absolutamente irreal.

—¿Por qué? —preguntó Fraser sin rodeos, dándose por fin la vuelta.

—Por el honor de mi padre.

El escocés se quedó en silencio un momento.

—¿Usted describiría mi situación presente como honorable, señor?

—¿Qué?

Fraser le dedicó una furibunda mirada.

—Derrotado. Sí, eso puede ser honorable. Pero yo no estoy sólo vencido, ni encarcelado por derecho de conquista. Estoy exiliado, convertido en esclavo de un lord inglés y forzado a cumplir la voluntad de mis captores.

»Cada día me levanto pensando en mis hermanos fallecidos, en los hombres que arrancaron de mi cuidado y dejaron a merced de los mares y los salvajes. Cada noche me voy a dormir sabiendo que yo me salvé de la muerte sólo por accidente, porque resulta que mi cuerpo despierta su pecaminosa

lujuria.

A Grey se le quedó el rostro entumecido. No podía sentir cómo se le movían los labios y, sin embargo, se sorprendió al oír que sus palabras brotaban claras de sus labios:

—Jamás tuve intención de causarle deshonor.

Podía ver cómo Fraser intentaba controlar su creciente furia recurriendo a una gran fuerza de voluntad.

—No, supongo que ésa no era su intención —replicó sin levantar la voz.

—No deseará usted matarme, ¿no? —preguntó Grey con toda la suavidad de que fue capaz—. Eso solucionaría mi actual dilema. Y si aborrece usted su vida tanto como parece, también lo liberaría a usted de esa carga. Mataría dos pájaros de un tiro, y nunca mejor dicho.

Fraser se agachó a toda velocidad para coger una piedra. Luego la arrojó tan de prisa que Grey apenas tuvo tiempo de ver lo que hacía. Se oyó un escalofriante sonido y, cuando se volvió, Grey vio un conejo que sacudía espasmódicamente las piernas bajo un arbusto.

Fraser se acercó al animal sin prisa, lo cogió y le rompió el cuello con un rápido movimiento. Cuando volvió, lo dejó caer a los pies de Grey.

—Un muerto es un muerto, comandante —dijo en voz baja—. No es una idea romántica. Y cualesquiera que sean mis sentimientos sobre este asunto, mi familia no preferiría mi muerte a mi deshonor. Mientras siga vivo alguien que pueda necesitar mi protección, mi vida no me pertenece.

Entonces se marchó. Se perdió en el gélido crepúsculo y no miró atrás.

Se marchó de Helwater al día siguiente. No volvió a ver a Fraser. Tampoco había planeado hacerlo, pero sí que le dejó una nota en el establo a media mañana. Estaba desierto, la mayoría de los caballos no estaban allí y Grey esperaba que los tres mozos se hubieran ido con ellos.

Le había costado mucho escribir aquella nota para que fuera lo más formal y desapasionada posible. En ella, informaba al escocés de la conversación que había mantenido con lord Dunsany. Había acordado con

éste que si Fraser decidía escribirle una carta a quienquiera que fuese (esta frase subrayada; ya sabía que escribía a su familia de las Highlands siempre que podía), debían proporcionarle papel y tinta y enviar las misivas con el sello de los Dunsany sin hacer preguntas. Luego añadió que dichas cartas sólo serían leídas por sus destinatarios.

Había pensado dejar la nota clavada en alguna verja o en el interior de alguna cuadra, donde sería fácil que Fraser la encontrara. Pero lo pensó mejor; no sabía si los demás mozos sabían leer o si el respeto que pudieran tenerle al escocés bastaría para reprimir su curiosidad. Y ni él ni Fraser deseaban que nadie hablara de aquel asunto.

¿Sería mejor que le diera la nota a Dunsany para que se la entregara personalmente? Ésa le parecía una maniobra delicada. No quería que Fraser se sintiera presionado por las expectativas de Dunsany, «sólo por las suyas», pensó en tono grave. Vaciló un instante, pero entonces subió la escalera hasta la buhardilla donde dormía Fraser con el corazón acelerado.

La buhardilla estaba oscura, pero incluso con aquella poca luz, en seguida le resultó evidente dónde dormía el escocés. Vio tres cutíes a modo de colchones en el suelo. Junto a cada uno de ellos, había unos estantes de madera además de una caja para la ropa y los efectos personales. Dos de los estantes se veían llenos de pipas, tabaco, botones extraviados, pañuelos sucios, jarras de cerveza vacías y cosas por el estilo. Pero el que quedaba a la izquierda, a cierta distancia de los otros dos, estaba completamente vacío, salvo por la minúscula figura de madera de la Virgen y una vela, que en aquel momento estaba apagada.

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y se obligó a caminar con normalidad, mientras oía el eco de sus pies sobre los tablones de madera.

Sobre el cutí había una sola manta bien estirada, aunque salpicada de paja. Los colchones estaban rodeados de paja y parecían nidos; los mozos debían de cubrirse de paja por las noches para darse un poco más de calor. De la boca de Grey salía vaho y el frío de aquel lugar le había entumecido los dedos.

El impulso de levantar la tapa de la caja y ver lo que había dentro era casi

irresistible. Pero él ya le había hecho suficiente daño a Jamie Fraser. Sería imperdonable que además curioseara en su pequeño bastión de intimidad.

Al darse cuenta de eso, comprendió otra cosa: no saldría bien. Aunque dejara la nota en su estante o discretamente bajo la manta, lo que había sido su primera intención, Fraser sabría que Grey había estado allí. Y estaba seguro de que el escocés lo interpretaría como una violación de su espacio personal.

—¡Maldita sea! —murmuró para sí mismo.

Luego, bajó la escalera, buscó un cubo sobre el que poder subirse y clavó la nota en el dintel del cuarto de los arreos. El papel estaba a plena vista, pero a una altura donde sólo Fraser podría alcanzarla con facilidad.

Cuando salió del establo, escrutó las laderas en busca de algún jinete, pero lo único que vio fueron ráfagas de niebla sin rumbo.

## 21. Cobardía

El embarque se había retrasado dos semanas, porque aún no había llegado la comida y el equipamiento necesario. Grey entró en la habitación de Percy al anochecer. Estaba calado hasta los huesos. Había pasado todo el día en los muelles, temblando bajo la lluvia mientras negociaba los términos bajo los cuales el maldito comerciante de Liverpool debía entregarle de una vez los barriles de carne de cerdo que le habían comprado, y luego con la tripulación del barco, contratada para cargar dichos barriles, para que metieran los malditos barriles en la maldita bodega del maldito barco y reforzaran después las malditas escotillas.

Percy lo secó, le dio ropa limpia, lo hizo acostarse en la cama, escuchó sus quejas y le sirvió un brandy, gracias al cual empezó a pensar que tal vez aún no se iba a morir.

—¿Crees que combatir resultará más sencillo que la lucha que hay que librar para llegar al campo de batalla? —preguntó Percy.

—Sí —contestó Grey con convicción, y estornudó—. Mucho más fácil.

Percy se rió y bajó a buscar algo para cenar en la taberna de la esquina. Volvió con pan, queso, cerveza y un recipiente que contenía algo que se suponía que era estofado de ostras y que por lo menos estaba caliente.

Grey empezó a resucitar de su estado de empapada miseria, por lo menos lo suficiente como para hablar un poco y mirar alrededor. Para su sorpresa, vio que Percy había estado dibujando. Al llegar él había dejado a un lado una libreta de dibujo barata y un poco de carbón, y en la primera página se podía ver la vista que se distinguía por la ventana, plasmada con una habilidad considerable y mucha delicadeza.

—Esto es muy bueno —opinó, cogiendo la libreta—. No sabía que

dibujaras tan bien.

Percy se encogió de hombros con indiferencia, pero claramente contento de recibir sus elogios.

—Uno de los amigos de mi madre era artista. Me enseñó algunas cosas, aunque también me advirtió de que convertirse en artista era una forma segura de morir de hambre.

Grey se rió y, relajado por el fuego, la comida caliente y la cerveza, no protestó cuando Percy buscó una hoja limpia y empezó a bosquejar sus rasgos.

—Puedes hablar —murmuró Percy—. Ya te diré si necesito que te quedes quieto.

—¿Para qué quieres un dibujo mío?

El joven levantó la vista de su trabajo y lo observó con seriedad en sus ojos castaños que brillaban a la luz de las velas.

—Quiero poder conservar algo de ti —contestó—. Por si acaso.

Él se quedó quieto un momento y luego dejó la taza sobre la mesa.

—No pretendo dejarte —dijo en voz baja—. ¿Crees que lo haría?

Percy lo miró a los ojos con una débil sonrisa en los labios.

—No —respondió con suavidad—. Pero eres un soldado, John, y nos vamos a la guerra. ¿Nunca piensas que te podrían matar?

Grey se frotó la boca con los nudillos, algo desconcertado.

—Bueno, supongo que sí. Pero si debo ser sincero tengo que admitir que no acostumbro a pensar en eso. A fin de cuentas, me podrían atropellar por la calle, o podría coger un resfriado y morir de una pleuritis. —Estiró un dedo y levantó la empapada camisa que había dejado colgada en un taburete para que se secase delante del fuego.

—Sí, así es —convino Percy escueto, retomando su trabajo—. El cirujano del regimiento me dijo que la disentería y la peste provocan diez veces más muertes que el enemigo. Pero no hay motivo para pensar que no pudieras ser uno de ellos, ¿no?

Grey abrió la boca para replicar, pero no se le ocurrió ninguna buena respuesta.

—Lo sé —dijo Percy con la cabeza inclinada sobre el papel—. Tampoco

piensas en eso.

Grey suspiró y se movió un poco.

—No —admitió—. ¿Estás preocupado?

Percy se mordía el labio inferior y sus dedos trazaban cortas y rápidas líneas sobre el papel. Al cabo de un momento levantó la vista y habló de repente:

—No quiero que pienses que soy un cobarde.

Oh, así que era eso. Debería haberlo imaginado.

Estuvo tentado de tranquilizarlo un poco, pero cambió de idea. Él también había formulado la misma pregunta, o una muy parecida, en una ocasión. Y Hector, su primer amante, cuatro años mayor y un soldado experimentado, no le había dado la tranquilidad que buscaba, sino la sinceridad que necesitaba. Él no podía ofrecerle menos a Percy.

—A veces no es tan malo —señaló lentamente—, y a veces es terrible. Y la verdad es que jamás sabrás cómo será, y que nunca sabrás lo que debes hacer.

Percy lo miró con los ojos brillando de interés.

—¿Has retrocedido alguna vez?

—Claro, por supuesto. Cumplir con tu deber no significa que debas quedarte delante de un pelotón para que te fusilen. Tienes que intentar salvar a tus hombres por encima de todo —añadió—. Si eso significa que debes retirarte, entonces lo haces; a menos que te ordenen que te quedes. Aunque si alguna vez tienes que escapar, no te dejes el arma. Para empezar, lo más probable es que la necesites y, además, debes saber que te descontarán su precio de la paga.

Percy abrió su libreta y dejó el carboncillo sobre la página mientras fruncía el cejo con intensidad.

—Espera, deja que lo apunte. *Primum*: salvar... hombres. *Secundo*: no... perder... arma. *Tertio*: ¿cuál es el tercer punto de la lista?

—Chúpame la polla —contestó Grey con grosería—. Imbécil.

Percy se apresuró a cerrar la libreta y acercarse a él con un insistente brillo en los ojos.

—¡Espera! ¡No lo decía en serio!

—Sólo estoy cumpliendo sus órdenes —murmuró Percy, apoyando una rodilla sobre el muslo de Grey para inmovilizarlo sobre la cama y posando la mano sobre su bragueta—, señor.

La breve e indecorosa batalla que siguió a continuación, rebosante de sordas acusaciones de insubordinación, prepotencia, desobediencia, arrogancia, contumacia, despotismo, amotinamiento y tiranía, acabó finalmente con una tregua que dejó a las respectivas partes en el suelo, jadeando, sonrojadas, despeinadas, resollando y evidentemente satisfechas con los términos de la rendición.

Grey, cansado pero tranquilo, se levantó del suelo y se metió en la cama, donde se quedó medio dormido mientras Percy limpiaba los restos de la cena.

—¿Eres valiente, John? —Percy lo tapó con una manta y le besó la frente.

—No —contestó él sin dudar—. La única vez que actué con lo que yo pensaba que era valor acabó en desastre.

Estaba estupefacto de oírse decir eso.

Cuando ocurrió, no le quedó más remedio que contarle toda la historia a Hal, aunque habría preferido que lo hubieran fusilado por desertor o que lo hubieran azotado antes que hacer tal cosa. Aún se acordaba de la cara de su hermano mientras él lo escuchaba: alivio, consternación, furia, risa, renovada furia, y, maldita fuera, compasión; todas esas emociones fueron pasando una a una por su rostro como el ondear del agua bañando las rocas. Y Grey era incapaz de olvidar las profundas arrugas y los vestigios de cansancio que se veían en el rostro de Hal, todos esos indicios de la noche que su hermano había pasado en vela, buscándolo.

Jamás se lo había contado a nadie más y, por un momento, se sintió como si estuviera en un trineo, a punto de deslizarse por una ladera nevada con un helado abismo a sus pies. Pero el peso de Percy hizo que el colchón se hundiera a su lado y su mano se posó con calidez sobre su espalda.

—Era mi primera campaña —dijo, inspirando con fuerza—. El Levantamiento de los Estuardo. Aún no había conseguido mi comisión, pero Hal me llevó con el regimiento a Escocia para que supiera lo que era ser soldado.

Y Grey se precipitó cual pato al agua ante el ofrecimiento. Le había



encantado la dura vida de campo, las rutinas y la instrucción, el embriagador aroma del acero y la pólvora. La excitante sensación de peligro mientras marchaban, avanzando hacia los inhóspitos peñascos y los oscuros pinos de las Highlands. A medida que se acercaban, cada vez eran más cautelosos, mientras la civilización desaparecía a sus espaldas. Lo que más le gustó fue el sencillo placer de la compañía de otros hombres y sentirse parte de ellos.

Grey era rápido, entusiasta y se sentía cómodo con las armas. Le habían enseñado a utilizar la espada casi desde que pudo ponerse en pie y también a cazar con pistola y con arco. Pronto se hizo un sitio como forrajeador y explorador y la precavida acogida de los hombres que lo consideraban el hermano pequeño del coronel acabó tornándose en respeto por él como soldado. Para un chico de dieciséis años en su primera campaña, eso resultaba más embriagador que la ginebra.

Solía salir regularmente con los demás exploradores para asegurarse de que no había ningún peligro que pudiera acecharlos mientras acampaban.

—Normalmente, salíamos por parejas. Aquella noche, había salido con un soldado llamado Jenks. Un tipo simpático, pero terco como una mula. Se cansaba en seguida y no le gustaba mucho trepar por las escarpadas montañas. —Por eso, cuando Grey creyó ver humo a medio kilómetro por delante de ellos, en el paso de Carryarick, Jenks se empeñó en asegurar que él no había visto nada.

»Podría haber tenido razón. Aún había un poco de luz y yo no estaba completamente seguro de lo que había visto. Así que volvimos al campamento. Pero aquello me dejó inquieto. ¿Y si era cierto que había visto algo?

Así que decidió escabullirse después de cenar. Debería habérselo dicho a alguien, pero no lo hizo. No tenía miedo de perderse. Y si al final no era nada, no quería que luego le tomaran el pelo por haber montado tanto alboroto sólo porque había visto unas sombras. Tendría que habérselo explicado a Hector, pero éste había ido a la otra punta del campamento a llevarle un mensaje al capitán del Regimiento Real de Artillería, que viajaba con ellos transportando las balas para el general Cope.

Y sí vio sombras. Casi un kilómetro más lejos, en uno de los peñascos

escoceses, el viento le trajo el olor del humo. Arrastrándose a través de la maleza y los helechos, sigiloso como un zorro en la creciente oscuridad, por fin vio el resplandor de un pequeño fuego y el baile de unas sombras entre los árboles que rodeaban un claro.

—Y entonces oí una voz. La voz de una mujer, de una mujer inglesa.

—¿Qué? ¿En una montaña de las Highlands? —El tono de Percy reflejaba su incredulidad.

Incluso entonces, más de una década después del Levantamiento, después de que los clanes de bárbaros fueran eliminados, las Highlands de Escocia seguían siendo un entorno hostil. Nadie en sus cabales iría allí, salvo los soldados, que no tenían otro remedio que cumplir con su deber. Pero ¿una mujer? ¿Por aquel entonces?

Grey se acercó un poco más. Estaba convencido de que sus oídos tenían que haberlo traicionado.

—Pensé que era imposible que se tratara de tropas jacobitas. Sólo había un minúsculo fuego. Y cuando estuve lo bastante cerca para ver...

El corazón le dio tal vuelco que casi se quedó sin respiración. En el claro había un hombre tranquilamente sentado sobre un tronco.

Recordaba muy bien la primera vez que vio a Jamie Fraser y la ferocidad de las emociones que lo asaltaron en aquel momento: alarma, pánico, embriagadora excitación... Su pelo, claro, lo primero que vio fue su pelo. Lo llevaba recogido en una cola; no era naranja sino intensamente rojo, tan rojo como la piel de un ciervo, un rojo que brilló a la luz del fuego cuando el hombre se acercó a echar otro tronco a las llamas.

Era muy corpulento y una sensación de poder emanaba de él. Era evidente que era escocés, lo delataban su manera de vestir y su forma de hablar. Grey ya había oído historias sobre Jamie Fraser *el Rojo*; era imposible que hubiera dos como él. Pero ¿sería él de verdad?

Cuando empezó a ver puntitos bailando ante sus ojos, se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Y entonces, mientras intentaba respirar en silencio, vio a la mujer, que aparecía en su campo de visión al otro lado del fuego.

Se dio cuenta en seguida de que era una mujer inglesa. Más que eso, era

una dama. Una mujer alta, que vestía de un modo vulgar, pero tenía la piel, el porte y los refinados rasgos de una mujer noble. Y, evidentemente, la voz. Se estaba dirigiendo al hombre y parecía enfadada; el escocés se rió.

Lo llamó por su nombre, ¡por Dios, era Jamie Fraser! Y a través de la nube de pánico y excitación que lo envolvía, entendió la respuesta del hombre, dándose cuenta, con horror, de que le estaba haciendo indecentes insinuaciones a la mujer; le había dejado muy clara su intención de llevarla a su cama. Era evidente que la había secuestrado y la había arrastrado hasta aquel alejado lugar con ánimo de deshonorarla sin que nadie tuviera la posibilidad de rescatarla o interferir.

El primer impulso de Grey fue retirarse silenciosamente a través de la maleza, bajar la montaña lo más rápidamente posible y correr hasta el campamento para avisar a algunos hombres que pudieran ir a capturar a Fraser. Pero la presencia de la mujer inglesa lo alteró todo. No quería dejarla en manos de aquel escocés. Grey ya había estado en un burdel y sabía lo rápidas que podían ser las transacciones inmorales. Cuando él volviera con ayuda, ya sería demasiado tarde.

Estaba seguro de que los latidos de su corazón se podían oír desde la lejanía, de tan fuerte como le palpitaban en los oídos.

—Evidentemente, había salido armado. —Tenía los ojos clavados en el techo, como si los dibujos de las molduras explicaran alguna apasionante historia—. Llevaba una pistola y una daga en el cinturón.

Pero no había cargado la pistola. Maldiciéndose a sí mismo en silencio, pensó un momento en el problema: debía arriesgarse a la demora que pudiera suponer cargar la pistola, el sonido del disparo, además de la posibilidad de fallar, ¿o mejor utilizar la daga?

—¿No pensaste en hacerlo prisionero? —preguntó Percy con curiosidad—. ¿Antes de intentar matarlo?

—Sí lo pensé —respondió él con cierta irritación en la voz—. Pero estaba bastante seguro de que sus hombres no podían andar muy lejos. Era muy conocido como uno de los caudillos escoceses. De no ser porque estaba con una mujer, seguro que no habría estado solo.

»Y además estaba oscuro y el claro estaba completamente rodeado de

bosque. Tú nunca has visto un bosque escocés: dos pasos entre los árboles y cualquier hombre desaparece de la vista. Si intentaba cogerlo, podría gritar pidiendo ayuda y, evidentemente, yo no podría hacer frente a todo un clan de escoceses. O, sencillamente, podía internarse en el bosque y desaparecer. Lo que nos dejaría a la mujer y a mí completamente indefensos; sus hombres nos habrían alcanzado antes de que pudiera sacarla de aquella maldita montaña. Pero pensé que si conseguía matarlo en silencio, entonces podría ponerla a salvo antes de que nadie se diera cuenta. Así que desenfundé mi daga.

—Así que es a eso a lo que te referías cuando hablabas del valor. —Percy le apretó el hombro con más fuerza—. ¡Dios mío, yo no hubiera tenido agallas ni de pensar en hacer algo así!

—Entonces hubieras sido mucho más inteligente de lo que lo fui yo —repuso Grey secamente.

Sentía un gran calor en la cara. Se había sonrojado al recordar cómo la sangre recorrió sus venas a toda velocidad ante la perspectiva de su primer muerto.

Calculó la distancia cuidadosamente: tres pasos. Tenía que coger al hombre de la cabeza, echársela hacia atrás y deslizar la daga por su garganta. Eso era lo que les había enseñado el sargento O'Connell cuando les explicó lo que debían hacer para pillar a un enemigo por sorpresa. Luego habían practicado; él y varios soldados jóvenes se turnaron para hacer el papel de la víctima o el atacante. Sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—Así que lo hice —dijo suspirando—. Pasé el brazo alrededor de su cabeza... y él ya no estaba allí. Lo siguiente que recuerdo es que yo estaba dando una voltereta en el aire.

La daga salió despedida de sus sudorosos dedos. Se golpeó con fuerza sobre la tierra y algo cayó sobre él. Grey peleó de forma instintiva. Estaba mareado y no tenía aliento, pero sabía que luchaba por su vida. Dio patadas, puñetazos, arañazos, mordiscos y la mayoría de las veces sólo encontraba el vacío.

Entonces sintió un fuerte golpe en las costillas que acabó de dejarlo sin aire. Alargó el brazo a ciegas y alguien se lo cogió y se lo retorció a la espalda. Intentó levantarse, presa del pánico, y oyó cómo su brazo crujía

como una ramita.

—Bueno... lo más gracioso de toda la historia es que la mujer inglesa resultó ser la esposa de Fraser. Y yo acabé atado a un árbol, donde mis compañeros me encontraron a la mañana siguiente.

—¡Jesús! ¿Te pasaste allí toda la noche? ¿Con el brazo roto? ¡Debiste de pasar un auténtico tormento!

—La verdad es que sí —admitió a regañadientes—. Aunque lo peor fueron las picadas de los mosquitos y la imperiosa necesidad de orinar. Lo cierto es que no pensé mucho en el brazo. —No mencionó el abrasador dolor que sintió en el contorno de la mandíbula, por donde Fraser había pasado la cálida cuchilla de su estilete, ni el infinito escozor de la espalda, que casi se le había despellejado al intentar liberarse. Sin embargo, ninguno de esos espantosos inconvenientes le pareció tan importante comparado con la agonía mental que le ocasionó conocer la repercusión de la traición que le habían obligado a cometer.

—Entretanto. —Se aclaró la garganta para acabar de contar la historia—. Entretanto, Fraser y sus hombres rodearon el campamento, se deslizaron hasta el parque de artillería, les quitaron las ruedas a los cañones y las quemaron. Y todo gracias a la información que yo les había facilitado.

Percy lo estaba mirando solidario. Al oír esa última confesión, se quedó boquiabierto. Por un instante, Grey pudo ver la conmoción en sus ojos. Luego, alargó el brazo y cogió el de él con las dos manos; se lo palpó suavemente por encima de la camisa. El hueso estaba ligeramente abultado por donde se le había soldado.

—¿Qué te hizo? —preguntó en voz baja—. ¿Ese Fraser?

—Eso no importa —respondió Grey con cierta aspereza—. Tendría que haber dejado que me matara. —En realidad, estaba convencido de que el escocés tenía la intención de hacerlo, y no había hablado. La verdad... bueno, se la había contado a Hal. Cerró los ojos, pero no apartó el brazo. Sentía cómo Percy se lo acariciaba con sus cálidos pulgares.

»Fue la mujer —continuó, resignado a la completa humillación—. Él amenazó con matarla. Y yo, idiota de mí, hablé para salvarla.

—Bueno, ¿qué más podías hacer? —planteó Percy con un tono de voz tan

razonable que Grey abrió los ojos y lo miró.

Percy sonrió un poco.

—Es normal que protegieras a una mujer —añadió—. Tú proteges a todo el mundo, John. Supongo que no puedes evitarlo.

Asombrado, él abrió la boca para rebatir a aquella absurda afirmación, pero no pudo hacerlo, porque Percy se acercó a él y lo besó con suavidad.

—Eres el hombre más valiente que conozco —dijo, con su cálido aliento en la mejilla de Grey—. Y no me convencerás de lo contrario. Sin embargo...

—Se volvió a sentar como estaba y lo observó con interés—. Admito que estoy sorprendido de que te convirtieras en soldado, después de esa experiencia.

—Mi padre era soldado y Hal también. Jamás pensé ser otra cosa —respondió con sinceridad. Consiguió esbozar una media sonrisa—. Y, además, ser soldado te da oportunidad de ver mundo.

A Percy se le iluminó el semblante al oírlo.

—Yo jamás he salido de las islas Británicas. Siempre he querido ver Italia; es una lástima que no haya guerra allí. ¿Crees que me gustará Alemania?

Grey se dio cuenta de que Percy estaba intentando dejar atrás el tema de su humillación y lo miró dándosele a entender, pero lo aceptó de todos modos.

—Probablemente. Siempre que no contraigas disentería. La cerveza es muy buena. En cuanto a Italia... tal vez vayamos algún día. En invierno, cuando acabe la campaña. Me gustaría mucho enseñarte Roma.

—¡Oh, me encantaría! Tú has estado allí... ¿qué es lo que recuerdas?

Grey parpadeó. La verdad era que sus recuerdos de Roma eran una enorme mezcla de piedras antiguas: las oscuras losas de la vía Appia, el mármol de las termas de Caracalla, las oscuras fosas con olor a humedad de las catacumbas, cuyos montones de polvorientas calaveras parecían formar parte de la cueva.

—Las gaviotas del Tíber —dijo de repente—. En Roma chillan toda la noche. Se oyen sus gritos resonando en las piedras de la calle. Es extrañamente conmovedor.

—¿Gaviotas? —Percy parecía incrédulo—. También hay gaviotas en el Támesis, por el amor de Dios.

Grey miró la ventana, que en esos momentos estaba oscura y salpicada de lluvia.

—Sí. Pero en Roma es distinto. Ya lo verás —dijo. Luego se apoyó sobre los codos y le devolvió el beso a Percy.

## 22. Vergüenza

La vida, tal como suele ocurrir, se complicó. Después de su improvisada cena, Grey no volvió a ver a Percy durante casi una semana, salvo por breves encuentros en el patio de instrucción o un rápido intercambio de sonrisas cuando se cruzaban por los pasillos. Grey no tenía tiempo para desear más. La presión de los acontecimientos crecía día a día y tenía la sensación de que la responsabilidad era una enredadera que le estrangulaba la columna vertebral y presionaba su cráneo con sus ansiosos dedos.

Hacía tres días que no pasaba por casa y se alimentaba exclusivamente de café, empanadas de carne y algún ocasional trago de brandy. Pensó que al final algo acabaría por explotar. Esperaba que sólo fuera su mal humor y no sobre el cuello de alguien.

La tensión no lo afectaba sólo a él, y tampoco se limitaba a los oficiales. Entre la tropa se manifestaba en forma de expectativas y exuberancia, y entre los hombres reinaba también cierto nerviosismo que provocaba peleas y conflictos a causa de alguna pieza de equipamiento extraviado o los favores de alguna prostituta. La mayor parte de esos conflictos se olvidaban rápidamente, los solucionaba algún sargento o se arreglaban en privado por parte de los implicados. Pero en algunos casos era inevitable que se convirtieran en asunto público.

Dos días después, iniciaron la marcha en dirección a Gravesend para embarcar. Cuatro compañías fueron llamadas a la plaza para presenciar un castigo. Delito: un robo. Sentencia: cien latigazos. La sentencia fue reducida a cincuenta latigazos por el oficial de turno, que según alegó quería asegurarse de que el hombre estaba en condiciones de partir junto a sus compañeros.



Percy Wainwright era el lugarteniente al cargo, el oficial de turno, aunque el castigo fue presenciado, como era habitual, por varios oficiales superiores, con Grey entre ellos.

A éste no le gustaba el procedimiento, pero entendía su necesidad. Normalmente, siempre permanecía allí de pie, con el semblante impassible y la vista fija en algún punto más allá de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, esa vez observó a Percy.

Todo transcurría sin complicaciones. Percy parecía controlar perfectamente a sus hombres, la situación y a sí mismo. Y el hecho de que estuviera pálido como una sábana y no dejara de sudar no era nada extraordinario en un joven oficial que se encargaba de aquello por primera vez.

Tenía los ojos clavados en el proceso y Grey, en contra de sus deseos, acabó mirando en la misma dirección. El castigo no estaba siendo muy severo, que era lo normal en aquella clase de castigos, pero después de doce latigazos la espalda del hombre ya estaba completamente cubierta de sangre. Grey observó el rítmico balanceo del látigo, escuchó la cuenta que seguía el sargento y, con una repentina desorientación, empezó a sentir el impacto de cada golpe en la boca del estómago.

Luchó contra el impulso de cerrar los ojos.

Empezó a encontrarse mal. Los restos del café que se había tomado para desayunar empezaron a agitarse en su estómago y a trepar por su garganta. Estaba sudando y se debatía con la repentina ilusión de que era lluvia lo que le bañaba la cara y el cuello.

Sus ojos seguían abiertos, pero lo que veía ya no era el balanceo del látigo ni al achaparrado soldado que rugía y se retorció después de cada golpe. De repente, estaba en el patio de piedra gris de la prisión de Ardsmuir y veía cómo la lluvia caía sobre unos hombros encogidos, cómo resbalaba el agua mezclada con la sangre de los profundos surcos de la espalda de Jamie Fraser.

Se tragó la bilis que trepaba por su garganta y se miró las botas. Se quedó ahí en silencio, respirando, hasta que se acabó.

Los amigos del soldado lo ayudaron y se lo llevaron a la enfermería para

que lo curaran. Las compañías se disolvieron y se fueron de manera ordenada, en silencio, como acostumbraban a hacerlo siempre después de presenciar un castigo. Pero cuando Grey se volvió para mirar a Percy, éste había desaparecido.

Supuso que había necesitado un momento en privado, porque también tenía aspecto de estar a punto de vomitar, y volvió a centrarse en su trabajo, pensando que volvería más tarde para preguntar por él, y ofrecerle algo de beber o algún consejo, según lo que necesitara.

No lo encontró en ninguno de los sitios en los que debería estar un segundo lugarteniente. Era imposible que se hubiera ido a su casa. Grey pensó que no podía haberlo hecho sin decírselo a nadie, y nadie recordaba haberlo visto después del castigo.

Le llevó un buen rato. Paseó buscándolo aquí y allá hasta que por fin lo encontró en uno de los cobertizos que estaba detrás del patio, donde se guardaba todo tipo de equipamiento.

—¿Estás bien? —le preguntó al verlo sentado en unos cajones de madera. Era un día muy luminoso; los rayos de sol se colaban a través de los tablones de madera y proyectaba rayas rojas sobre su uniforme.

—Sí. Sólo estaba pensando. —Las sombras le ocultaban parcialmente el rostro, mientras hablaba muy calmado.

—Ah, entonces no te quiero molestar. —Grey se volvió hacia la puerta, pero se sorprendió cuando Percy se levantó.

—No, no te vayas. Has hecho bien en venir a buscarme. —Lo rodeó un momento con los brazos y su mejilla rozó la suya.

Grey, sorprendido y medio alarmado, se tensó un instante, pero fuera estaba todo muy tranquilo. El patio estaba vacío; todo el mundo andaba con prisas de acá para allá para acabar con los preparativos del viaje. Le devolvió el abrazo, agradecido por el contacto y la excitación que le había provocado la sensación de peligro, pero luego se apartó.

—¿Estás seguro de que estás bien? —Percy había dejado de sudar y ya no estaba pálido, pero era evidente que algo lo preocupaba. Sin embargo, asintió.

—Eso de reducir la sentencia... ¿ha sido correcto?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, sí. —Grey se detuvo con la

mano en el pomo de la puerta—. ¿Necesitas estar un momento a solas?

Percy se encogió de hombros y empezó a pasear intranquilo por el fondo del cobertizo, dando suaves patadas a todo lo que iba encontrando.

—Esto... ¿cómo se llama?

—Es un molino. —Era una jaula cilíndrica hecha de tablillas, con una puerta en uno de los extremos. Se utilizaba para castigos menores, llegar tarde o perder equipo—. Se mete un hombre dentro y dos hombres lo hacen girar.

—¿Y usamos estas cosas a menudo? —Percy le dio un golpecito con la barbilla a un potro de tortura.

—Depende. —Grey lo observó y se dio cuenta de lo inquieto que estaba. Había perdido la habitual elegancia de movimientos que lo caracterizaba y se lo veía nervioso, parecía incapaz de relajarse. Percibió el eco de esa sensación en su propia piel y tosió tratando de hacerla desaparecer—. Algunos oficiales utilizan mucho el castigo; otros no tanto. A veces no queda más remedio.

Percy asintió, pero no lo miraba. Se quedó quieto un momento, observando las estanterías que cubrían la pared y sobre las que había varias piezas de equipamiento. En un par de bolsas se guardaban los látigos.

—¿Alguna vez te has preguntado lo que se debe sentir? —preguntó de repente—. ¿Al recibir un latigazo?

A Grey se le encogió el estómago, pero contestó con sinceridad:

—Sí, de vez en cuando. —Por lo menos una vez.

Percy había estado toqueteando las bolsas rojas que contenían los látigos como un gato que se estuviese afilando las uñas. Luego dejó caer una al suelo y cogió uno de los látigos, uno de mango corto con varias tiras de piel en el otro extremo.

—¿Quieres averiguarlo? —preguntó en voz baja.

—¿Qué? —Una sensación extraordinaria recorrió el cuerpo de Grey, que se debatía entre el miedo y la excitación.

—Quítate la casaca —ordenó Percy, hablando en voz muy baja.

Grey, en un estado muy parecido a la conmoción, se dio cuenta de que se llevaba los dedos a los botones del chaleco. Tenía la sensación de estar sonámbulo y no se creía que aquello estuviera sucediendo; ni que Percy

hubiera hecho tal sugerencia, ni que él estuviera aceptando. Se quitó la camisa y se le puso la carne de gallina.

—Date la vuelta.

Y él lo hizo. Se colocó frente al potro de tortura.

Las tiras de piel impactaron contra su espalda como la picadura de una medusa y sintió un dolor agudo y repentino. Apretó la madera del potro con fuerza.

—Otra vez —dijo casi sin aliento.

Oyó cómo Percy cambiaba el peso de pierna y también notó cómo variaba su propio interés, había pasado de experimentar una sensación de excitación nerviosa a otra cosa distinta.

—¿Estás seguro? —preguntó el joven con suavidad.

Grey se inclinó un poco hacia adelante y abrió los brazos para agarrarse de nuevo al potro, de tal forma que toda su espalda quedara bien expuesta. El latigazo lo alcanzó justo por debajo de los omóplatos con una fuerza que lo dejó sin aliento y el dolor le recorrió el cuerpo hasta la punta de los dedos.

—¿Más? —La palabra no fue más que un susurro. Podía sentir el cálido aliento de Percy en su nuca, lo sentía cerca, su mano sobre la piel desnuda de su cintura.

«¡Dios, no me toques!», pensó. Y sintió cómo se le revolvía el estómago y le daban náuseas. Pero lo que dijo con voz ronca y muy baja fue:

—Otra vez, no te pares.

Tres latigazos más y Percy se detuvo. Grey se dio la vuelta y lo vio agarrar el látigo con las dos manos; estaba completamente pálido.

—Te he cortado. Lo siento.

Podía sentir el lugar exacto donde tenía la herida, un intenso corte que nacía en su omóplato y se deslizaba por el centro de su espalda. Parecía que alguien le hubiera marcado la piel con un acero candente.

—No lo sientas —dijo—. Yo te lo he pedido.

—Sí, pero... —Percy había cogido su camisa y se la había puesto sobre los hombros desnudos—. No debería haber empezado. No pretendía... Lo siento.

—No lo sientas —repitió Grey—. Tú querías saber. Y yo también.

Grey soñó con aquello la noche anterior a que partieran.

Experimentó la sensación de estar atado y sintió el miedo a la vergüenza. Dolor, desfiguración, pero básicamente vergüenza. De que un caballero como él se encontrara en una situación como aquélla, tan expuesto.

Los hombres estaban alineados en la plaza y miraban hacia adelante. Pero él se dio cuenta poco a poco de que no lo miraban a él. De alguna forma, se separó de aquella imagen y se sintió aliviado de no ser él.

Y, sin embargo, sintió los latigazos y rugió como una bestia al notar cada uno de ellos.

Cuando todo acabó, vio cómo dos soldados se llevaban al hombre cogiéndolo de los hombros y arrastrándolo y cómo se tambaleaba como si estuviera borracho. Vio un rostro exhausto, unos ojos cerrados y la lluvia corriendo, cayendo, el rostro brillando bajo ella, su pelo, casi negro de tan saturado como estaba de sudor y lluvia.

Aplicó unguento sobre la cortada piel, vio sus dedos recubiertos de pomada. De la espalda del hombre emanaba un calor feroz a pesar de que tenía los brazos fríos y húmedos a causa del sudor seco. Cogió una toalla para secar el sudor del cuello del hombre, le quitó la cuerda con la que se sujetaba el pelo empapado y empezó a secárselo.

Oyó un tarareo que salía de su propia garganta y de su pecho y sintió una gran felicidad mientras trabajaba. El hombre no decía nada; no se lo esperaba. Deslizó los dedos por los mechones de pelo medio seco y le secó las orejas, que le recordaban a las de un niño pequeño y hacerlo lo conmovió.

Entonces se dio cuenta de que estaba sentado a horcajadas sobre el hombre y que los dos estaban desnudos. Las nalgas del otro se alzaron debajo de él, suaves, redondas y poderosas, perfectas en contraste con su sangrienta espalda. Y cálidas. Muy cálidas.

Se despertó con una intensa sensación de vergüenza, pesándole en el vientre. Y con el sonido del agua en sus oídos.

El sonido de la lluvia. El goteo del sudor, la sangre y el semen. No había

lágrimas. El hombre no derramó ni una lágrima, ni siquiera en una situación tan extrema.

Y, sin embargo, su almohada estaba húmeda. Las lágrimas eran suyas.

Durante el resto del día, mientras marchaba al frente de la columna, mientras recorría las calles de Londres en dirección al puerto donde embarcarían, se pasaba los dedos por debajo de la nariz y, cada vez que lo hacía, deseaba poder oler el aroma de aquel bálsamo.

## 23. Las tierras del Rin

**Tom** Byrd estaba en su salsa. Rodeó a Grey como un buitre sobrevolando un apetecible trozo de carroña, con evidente satisfacción.

—Le queda muy bien, milord —señaló con aprobación, mientras alargaba los brazos para eliminar algún pliegue de las solapas del mejor uniforme de Grey, para estirarle los puños de quince centímetros o para ponerle bien los cordones de las hombreras—. ¿No cree usted que le queda bien, señor? —Apeló a Percy, apoyado contra la pared, observando la apoteosis de Grey.

—Estoy cegado por su belleza —le aseguró a Tom con seriedad—. Le dejaré en muy buen lugar, estoy seguro.

—No, no lo hará —dijo Tom, echándose hacia atrás al tiempo que suspiraba—. Antes de que acabe la noche, se habrá manchado los volantes de salsa. Y si no le ocurre eso, aceptará alguna apuesta y saltará un muro montando un enorme caballo con los brazos cruzados y se caerá en una ciénaga. Otra vez. O...

—Yo no me caí —lo interrumpió Grey, ofendido—. El caballo resbaló cuando aterrizamos y me arrastró con él.

—Bueno, en cualquier caso no fue muy bueno para su ropa, milord —repuso el chico con seriedad.

Se inclinó sobre él, le echó el aliento en un botón de plata y le sacó brillo con la manga de forma obsesiva.

Grey estaba espléndido. Se levantó con despreocupación. Llevaba el pelo bien trenzado y empolvado. Sus botas, los botones y su espada brillaban, y su gorjal de oficial estaba tan pulido que resplandecía; era un auténtico modelo de soldado británico. Sin embargo, era un esfuerzo inútil. Nadie miraría dos veces a un oficial inglés en una habitación llena de prusianos y

hannoverianos, cuyos oficiales, incluso aunque no fueran miembros de la realeza o la nobleza, solían llevar numerosos encajes, bordados y plumas. Se puso derecho y apenas se atrevía a respirar mientras Tom paseaba por la habitación en busca de algo que no estuviera bien.

—¡Oh, yo también quiero ir al baile! —dijo Percy, tomándole el pelo.

—No, no quieres ir —le aseguró Grey—. La mitad de la noche consistirá en pomposos discursos y una interminable procesión de pavos reales asados con sus plumas, truchas y otras cosas incomedibles.

En realidad, él preferiría gozar de una cena a base de huevos y judías en su tienda, en compañía de Tom y Percy. Normalmente, a un simple comandante no solían invitarlo a la cena que se ofrecía para celebrar la unión del nuevo ejército hannoveriano bajo el mando de su excelencia, el duque Ferdinand de Brunswick.

Hal tenía que ir, claro, no sólo como conde sino también como coronel de su propio regimiento. Aunque los condes ingleses eran poca cosa en comparación con los margraves, landgraves, electores y príncipes que acudirían a esa cena. Grey había sido invitado porque era el hermano de Melton, pero también porque era el lugarteniente en funciones del regimiento, en ausencia del oficial que normalmente ocupaba ese puesto, que había sufrido una intoxicación alimentaria cuando cruzaban el canal. No era bueno que Hal apareciera solo en una celebración de tal magnitud y Ewart Symington había alegado que estaba indispuesto. Symington no hablaba alemán y odiaba las reuniones sociales, y ése era el motivo de que Grey y su mejor uniforme hubiesen tenido que saltar a la palestra.

—¿Estás preparado? —Hal asomó su empolvada cabeza en la habitación.

—Más que nunca —dijo Grey, poniéndose derecho—. Tom, no te olvidarás de las botellas, ¿verdad?

—Oh, no, milord —le aseguró el chico—. Puede usted contar conmigo.

—Muy bien. —Se paró ante su hermano y le hizo una ligera reverencia—. ¿Bailamos?

—Imbécil —le espetó Hal, divertido.

La cena, que se celebraba en el antiguo ayuntamiento, fue exactamente como había predicho Grey: larga y aburrida. Fueron sirviendo plato tras plato



de cerdo asado, ternera hervida, capón en salsa, faisanes asados, jamón en lonchas, codornices braseadas, pescado gratinado, huevos con gelatina, tarta de huevos, sopa de marisco, pastel de marisco, marisco en su concha, además de pastelitos variados y fruta, todos servidos en una bandeja de plata tan grande que ella sola bastaría para comprar un pequeño país. Todo ello bañado con litros y litros de vino, que bebían después de brindar por todo el mundo, desde Frederick, rey de Prusia, el rey Jorge de Inglaterra y el duque Ferdinand, hasta los brindis que Grey estaba seguro que acabarían dedicando al gato de la cocina, aunque en aquel momento de la fiesta ya nadie prestaba la suficiente atención como para estar seguro.

Los oficiales alemanes también estaban espléndidos. Grey se fijó en un alto hannoveriano rubio, cuyo uniforme era el mismo que solía llevar su amigo Von Namtzen, aunque fue incapaz de encontrar a éste por ningún lado. Grey consiguió dar su discurso como joven lugarteniente antes de la cena, y no dejó de preguntarse ni un momento cómo diablos habrían acabado los hombres prestándose a hacer aquellas cosas. Entretanto pudo averiguar que el joven se llamaba Weber y que estaba allí en calidad de guardia de un oficial de grado superior de la infantería hannoveriana imperial de Von Namtzen. Por lo visto, alguna plaga había afectado al regimiento y muchos oficiales superiores estaban temporalmente de baja.

—¿El capitán Von Namtzen también está afectado? —preguntó Grey aprovechando para admirar el rostro del joven sin que nadie se diera cuenta.

Weber, con sus profundos ojos azules y sus sensuales labios, parecía un ángel con pensamientos lascivos. El chico negó con la cabeza. Arrugó la frente y arruinó por un momento la perfección de sus rasgos.

—¡Cielo santo, no!

—¿Cielo santo? —repitió Grey, sorprendido.

—El capitán sufrió un accidente a finales de otoño —explicó Weber—. No fue más que un arañazo que se hizo cazando, pero le salió una llaga y se le infectó el *Blut* y los doctores tuvieron que quitárselo.

—¿Quitarle el qué?

—Oh, *Entschuldigung*, no estoy siendo claro. —Inclinó la cabeza en señal de disculpa y Grey percibió el olor de su colonia, un aroma picante y

cálido—. Perdió el brazo. El izquierdo —añadió, intentando ser preciso.

Grey tragó saliva, conmocionado.

—Siento oír eso —dijo—. ¿Se está recuperando?

—*Oj, ja* —le aseguró Weber, volviendo un poco la cabeza cuando sonó el gong que indicaba a los caballeros que debían tomar asiento—. Está en su casa. Tal vez se haya recuperado lo suficiente como para poder unirse a la campaña dentro de un mes. Eso esperamos. —Sus ojos se posaron en Grey con aire amigable—. Espero que nos volvamos a ver pronto.

Él asintió y fue en busca de Hal sintiéndose un poco intranquilo por las noticias sobre Stephan von Namtzen, pero contento de saber que por lo menos se estaba recuperando. Justo entonces, en la puerta del ayuntamiento, una falange de trompetistas alzaron sus cornetas y tocaron un saludo que hizo volar los estandartes que colgaban del techo, para anunciar la ceremoniosa llegada del duque Ferdinand.

—Bueno, allá vamos —murmuró Hal, observando cómo un sirviente le llenaba la copa para que se preparara para el primer brindis.

—¡Por nuestra gloriosa victoria! —exclamó el hombre que estaba junto a él, en un alemán radiante.

—Y por nosotros, para que podamos salir de aquí sin la ayuda de nadie —replicó Hal en inglés, sonriendo con cordialidad.

El principal resultado que se esperaba de aquel evento era que los comandantes se conocieran entre sí, conseguir crear una sensación de esplendorosa unidad y transmitir el sentimiento de que eran invencibles. El resultado secundario era el que cabía esperar después de tres horas de continuos brindis, durante las cuales era impensable que nadie fuera tan descortés como para abandonar la mesa.

Grey estaba empezando a sentirse muy incómodo y a convencerse de que, al final, Tom se habría olvidado de lo que le había pedido. Pero entonces se dio cuenta de que el sirviente que tenía detrás de la silla se inclinaba un momento y luego se volvía a poner de pie. Grey movió el pie con suavidad y encontró la botella vacía que le había dejado junto a la silla.

—Gracias —le dijo John, con sincero alivio. Luego le sonrió a Hal, que, aunque estaba empezando a parecer tenso, conseguía conservar un aspecto

noble—. ¿Podría hacer lo mismo por mi hermano?

Pasada la medianoche, acabó la cena y los comandantes y oficiales superiores del aliado ejército hannoveriano se tambalearon hacia afuera. La mayoría de ellos corrían en busca de la pared o árbol más cercano.

Los hermanos Grey, que no tenían esa necesidad, paseaban con petulante despreocupación a través de las oscuras calles, en dirección a la posada donde estaban acuartelados, mientras charlaban sobre la historia, habilidad y esperada eficacia del mencionado ejército.

Grey estaba inmerso en la sensación de bienestar provocada por la ingesta de dos o tres litros de vino y alcohol, además de tener grandes expectativas sobre la inminente campaña. Ciertamente que Percy y él no tendrían la clase de intimidad de la que habían disfrutado en Londres, pero estarían juntos compartiendo la aventura y la camaradería del espíritu. En cuanto a la del cuerpo... bueno, tendrían alguna oportunidad de vez en cuando. Y, en el peor de los casos, siempre podían esperar al invierno y la libertad de que gozarían en Roma.

Animado por esos agradables pensamientos y la brillante luz de la luna llena, pasó algún rato antes de que se diera cuenta de que Hal no compartía su euforia, sino que caminaba a su lado un tanto cabizbajo. Era evidente que estaba preocupado por algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Hemos sido víctimas de algún desprecio del que no me haya dado cuenta?

—¿Qué? —Su hermano lo miró sorprendido—. Oh, no, claro que no. Sólo estaba pensando que hubiera preferido ir a Francia.

—Bueno, Francia tiene sus ventajas —repuso Grey juiciosamente—, aparte, claro está, del hecho de que está llena de franceses. Pero creo que nos irá muy bien aquí.

—Imbécil —volvió a decirle Hal sin acritud—. No tiene nada que ver con la campaña; tal vez aquí estemos en minoría, pero creo que tendremos bastante más autonomía bajo las órdenes de Ferdinand que bajo las de Frederick. No —continuó frunciendo el cejo mientras observaba los adoquines de la calle—, yo quería ir a Francia porque es allí donde están exiliados los jacobitas.

—¿Oh? —La palabra «jacobita» alejó a John de su ensoñación ética y consiguió levantar la mano justo a tiempo de apartarse la rama de un árbol—. ¿Por qué?

No le había explicado nada sobre sus pesquisas con Jamie Fraser; no había ninguna necesidad de contárselo a menos que llegaran a algún puerto. Se habían ocupado de que sir George y lady Stanley se fueran a salvo a La Habana una semana antes de que ellos embarcaran, y con los frenéticos preparativos del viaje, Grey no había pensado ni una sola vez en los misterios que rodearon la muerte de su padre. No habían aparecido más páginas del diario y nadie había sufrido ningún otro ataque. Todo el asunto parecía haberse desvanecido tan de prisa como había empezado.

—Porque tengo uno o dos nombres. Me los dieron en Bath.

—¿Bath? —repitió Grey, tambaleándose un poco—. ¿Qué diablos hay en Bath?

Hal lo miró y luego hizo un pequeño gesto de resignación.

—Victor Arbuthnot —dijo.

Por un momento, Grey no pudo ubicar el nombre, pero entonces ató cabos.

—¿El viejo amigo de papá? ¿Aquel con el que practicaba astronomía?

Hal resopló.

—Tal vez se dedicaran juntos a la astronomía, pero su amistad es cuestionable. Él fue quien, presumiblemente, denunció a papá como conspirador jacobita.

—¿Qué? —Grey se detuvo de repente y se lo quedó mirando fijamente. La luna brillaba con tanta intensidad que le permitía ver perfectamente la cara de su hermano. Podía ver que éste estaba por lo menos tan borracho como él, pero aún era capaz de caminar y hablar—. ¿Lo encontraste y lo dejaste vivir?

Hal movió una mano con impaciencia, casi perdió el equilibrio al hacerlo, y se agarró a un árbol.

—Arbuthnot asegura que no fue él. Es cierto que hizo una declaración y se arrepiente amargamente de ella. Yo tal vez también lo hubiera hecho si me hubieran sometido a lo mismo que a él. —Hal apretó los dientes y tragó saliva—. Admitió ser un jacobita, haber conspirado con católicos de Italia y

de Irlanda, y pensó que era seguro dar sus nombres, pero jura que no dio el de ningún hombre que estuviera en Inglaterra; de nadie a quien pudieran apresar e interrogar. Y definitivamente no nombró a papá.

Grey no se molestó en preguntar por qué Hal creía en la palabra de Arbuthnot. Era evidente que le creía, y su hermano no era ningún tonto.

—Entonces ¿cómo explica...?

—No lo sabe. Él no escribió esa declaración; no podía. —Hal hizo una mueca—. Sólo la firmó; según dijo, fue un hombre llamado Bowles quien le guió la mano.

—Bowles —repitió Grey muy lentamente. Se le había encogido el estómago al oír ese nombre y tragó saliva varias veces para asegurarse de que el contenido de su estómago se quedaba en su sitio—. ¿Tú conoces al tal Bowles?

Hal negó con la cabeza.

—Harry sí. Dice que es un pequeño sádico con cara de pudín. Un hombre inteligente. ¿Tú lo conoces?

—Lo vi una vez —dijo él, e inspiró con fuerza al sentir la necesidad de tomar aire—. Sólo una vez.

—Sí, bueno, no sé a lo que se dedica ahora y Arbuthnot no sabe a qué se dedicaba entonces; según dijo, le pareció que era una clase de asistente. Envié al señor Beasley a buscar la declaración original —añadió Hal con brusquedad—, pero le resultó imposible encontrarla.

—¿Destruída?

—No lo sé. Ni siquiera pudo encontrar a alguien que admitiera haberla visto nunca.

Y, sin embargo, aquella declaración era la base que iban a utilizar para emitir la orden judicial para arrestar a Gerard Grey, duque de Pardloe. La orden judicial que nunca se llegó a expedir.

—Jesús. —Se habían parado y, al dejar de notar el aire en la cara, Grey empezó a sentir náuseas—. Creo que voy a vomitar.

Lo hizo y se quedó agachado durante un minuto, con las manos apoyadas en los muslos y respirando con dificultad. No obstante, hacerlo parecía haberle venido bien. Cuando se incorporó estaba un poco mareado, pero notó

que tenía la cabeza más despejada.

—Has dicho que no mencionó a papá. ¿Tú crees, o, mejor dicho, que papá era un jacobita pero que Arbuthnot no lo denunció? ¿O que no era jacobita?

—Naturalmente que no era ningún jacobita —replicó Hal, enfadado—. ¿Qué intentas decir?

—Bueno, si no lo era, y tú estás convencido de ello, ¿por qué quieres hablar con los jacobitas que hay en Francia? —Miró a su hermano. Se lo veía muy pálido a la luz de la luna y sus ojos parecían dos agujeros negros.

—No lo era —repitió Hal con obstinación—. Yo sólo... yo sólo... Espera un momento.

Grey vio cómo tragaba y se dio cuenta de que tenía la frente sudada.

Él asintió y se sentó, apoyando la espalda en un pequeño muro. Intentó no escuchar los sonidos guturales que procedían de su hermano. Su estómago aún no se había asentado y se notaba pálido y sudoroso.

Hal apareció de entre las sombras algunos minutos después y se sentó a su lado.

—Malditas ostras —exclamó—. Todo el mundo sabe que no se deben comer en los meses sin «R».

Grey asintió, pasando por alto el hecho de que estaban en marzo. Se quedaron allí sentados un buen rato y la fría brisa les secó el sudor que les cubría la cara.

—Podrías habérmelo dicho, Hal —replicó en voz baja. Estaban sentados en el muro de un cementerio y la iglesia proyectaba su sombra sobre sus cabezas. Ya no podía ver a su hermano con claridad, sólo una masa borrosa, pero podía sentirlo y oírlo respirar.

Hal no contestó en seguida, pero finalmente dijo:

—¿Decirte qué?

—Decirme que papá fue asesinado. —Tragó y le vino a la boca el sabor del vino, mezclado con la bilis—. Me hubiera gustado poder hablar de ello contigo.

Advirtió que su hermano se volvía hacia él.

—¿Qué acabas de decir? —susurró.

—He dicho que cómo es posible que no me lo dijeras. Oh, Jesús. —Se sintió desfallecer al darse cuenta, un poco tarde, del horror que se escondía tras la pregunta de su hermano—. Dios, Hal. ¿No lo sabías?

Su hermano se quedó en absoluto silencio.

—No lo sabías —dijo Grey con voz temblorosa, respondiendo su propia pregunta. Se volvió hacia Hal, preguntándose de dónde habían salido sus palabras, porque no percibía su aliento—. Creías que se suicidó. Pensaba que lo sabías. Pensaba que siempre lo habías sabido.

Oyó cómo su hermano suspiraba lentamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hal con calma.

—Yo estaba allí.

Sin apenas poder oír lo que estaba diciendo debido al incesante zumbido en sus oídos, le contó la historia de aquel amanecer de verano en el invernadero y el olor del melocotón aplastado. Percibió el eco de la primera vez que había contado esa historia y la calidez de la presencia de Percy junto a él.

En algún momento se dio cuenta de que las lágrimas habían humedecido el rostro de Hal. No se dio cuenta de que también él estaba llorando hasta que su hermano rebuscó en el interior de su manga, sacó un pañuelo y se lo ofreció.

Grey se limpió la cara sin ser muy consciente de lo que estaba haciendo.

—Pensé... Estaba convencido de que mamá te lo habría dicho. Y que luego vosotros dos habríais decidido que era mejor que yo no lo supiera. Me mandasteis a Aberdeen.

Hal asentía como un autómata. Grey no podía verlo bien, pero notaba sus movimientos. Se limpió la nariz con la manga, descuidadamente. De repente, Grey pensó que no había visto llorar a su hermano desde que murió su primera mujer.

—Esa astuta... oh, Dios. Esa maldita mujer. ¿Cómo pudo hacer algo así? Y sola, ¡todo estos años sola! —Su hermano se tapó la cara con las manos.

—¿Por qué? —Grey sintió que empezaba a recuperar el aliento—. ¿Por qué decidiría no decírtelo? Puedo entender que no quisiera que yo supiese la verdad debido a mi edad, pero tú...

Hal estaba empezando a recuperar el control. Sin embargo, hablaba con voz entrecortada en la que se reflejaba una infinita variedad de emociones: alivio, seguido de consternación, horror y, por fin, dolor que se iba transformando en furia.

—Porque sabía que yo iría tras ese bastardo. Y, maldita sea, pensó que me mataría a mí también. —Dio un puñetazo en el muro sin hacer ruido—. ¡Maldita sea!

—Entonces tú crees que ella sabe quién fue. —Tras decirlo en voz alta, esas palabras quedaron flotando en el aire entre los dos.

—Por lo menos, seguro que sabe quién pudo ser —contestó Hal al fin. Se levantó y cogió su sombrero—. Vámonos.

Los hermanos anduvieron el resto del camino en absoluto silencio.



## 24. Refriega

**Grey** era uno de los dos comandantes del batallón y, por lo tanto responsable de casi cuatrocientos soldados. Cuando el ejército estaba en movimiento, era su deber asegurarse de que todo el mundo se hallaba en su sitio más o menos al mismo tiempo, listo y equipado para hacer aquello que los hubieran enviado a hacer. Como lugarteniente-coronel de Hal, también era su deber ser activo en el campo de batalla cuando el regimiento estuviera en plena lucha, encargándose de la logística de la batalla, dirigiendo los movimientos de unas veintiséis compañías, y de llevar a cabo, lo mejor que pudiera, las estrategias y tácticas que le permitieran cumplir las órdenes que recibía.

Durante todo el mes de abril, las fuerzas del duque Ferdinand y sus aliados ingleses habían estado en movimiento, pero no habían llegado a entrar en batalla. Eso había permitido que las cobardes y poco dispuestas tropas francesas y austríacas del duque de Richelieu mantuvieran su posición y plantaran cara.

Como consecuencia, el ejército se había movido arriba, abajo y a los lados del valle del Rin durante semanas, obligando a los franceses a irse retirando gradualmente hacia su frontera, pero sin llegar a luchar.

Por consiguiente, las ocupaciones diarias de Grey consistían, generalmente, en pasar dieciséis horas con los cantineros prusianos, conductores hannoverianos e intendentes ingleses, asistir a interminables reuniones, inspeccionar y aprobar, o no, cada nuevo lugar de campamento, ultimar detalles de hospedaje y culinarios, lidiar con algún brote de disentería o sífilis, dictar órdenes y escuchar las excusas para no seguir dichas órdenes de veintiséis comandantes de distintas compañías a causa del comportamiento, equipamiento y disposición de sus hombres.

Grey intentaba conseguir un poco de alivio ocasional a aquella tediosa rutina saliendo con algunas tropas. El aparente y en realidad verdadero propósito de dicho ejercicio era valorar la disposición de las compañías y la competencia de sus oficiales. Por lo que a él respectaba, el principal beneficio de las salidas era evitar que perdiera la paciencia o la cabeza.

Debía ser riguroso y conseguir que no pareciera que tenía algún favoritismo, por eso acostumbraba a elegir con qué compañía saldría lanzando un dardo a una lista que tenía colgada en la pared de su tienda. Sin embargo, el caprichoso azar no quiso que el dardo cayera en ninguna de las compañías del lugarteniente Wainwright hasta finales de abril.

Solía ver a Percy muy a menudo —cenaban juntos muchas noches, ya fuera con los demás oficiales o en la privacidad de la tienda de Grey—, y, por supuesto, se preguntaban por sus compañías de la manera más formal, aunque la mayor parte de sus conversaciones era de tipo personal. Aún no había visto a Percy trabajando con sus hombres, salvo en la instrucción, por eso, cuando llegó el 24 de abril, se debatía entre la dicha y la aprensión.

Montaba un caballo llamado *Grendel*, de afable temperamento, y el tiempo atmosférico mostraba una disposición similar al tranquilo carácter de su montura. El día era soleado y cálido y los hombres estaban muy contentos de estar al aire libre y activos. Percy parecía algo nervioso, pero lo escondía razonablemente bien, y todo transcurrió de un modo muy relajado durante la mayor parte del día. A primera hora de la tarde, la compañía se encontraba a diez kilómetros del campamento, avanzando por el borde de un acantilado sobre el río.

Hasta entonces, el terreno había sido muy arbolado, pero el acantilado estaba rodeado de una vasta extensión de hierba. Una agradable brisa procedía de la plateada cinta del Rin, lo que suponía un agradable alivio para los hombres, que habían trepado hasta el acantilado con el uniforme y el equipo completo. Entonces el viento cambió y *Grendel* levantó la cabeza con las narices abiertas y echó las orejas hacia adelante para escuchar.

Grey cogió las riendas en seguida. Ensign Tarleton vio su movimiento y dio el alto a la compañía. Los soldados se detuvieron entre tropiezos y quejas, murmurando y casi pisándose unos a otros. Percy se volvió para mirarlos con

el cejo fruncido en señal de reprimenda.

—Ordena a tus hombres que se preparen para abrir fuego; hay algo que no me gusta —dijo Grey en voz baja, mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección a un bosquecillo que crecía a unos cien metros de allí. El viento procedía de aquella dirección.

Los caballos de los demás oficiales empezaban también a levantar la cabeza y a relinchar con incertidumbre. Percy no hizo preguntas; se limitó a levantarse sobre los estribos y a gritar las órdenes. La sensación de alarma se extendió como el fuego por la paja. Todas las quejas y el desorden se desvanecieron en un momento y los hombres formaron en dos hileras mientras su cabo los dirigía.

De repente, se oyó una ráfaga de fuego de mosquetes procedente del bosquecillo. Grey vio la hilera de brillantes fogonazos que explotaban entre los árboles y percibió el intenso olor a pólvora que impregnó la brisa.

Los soldados se mantuvieron firmes. Percy echó una rápida ojeada a las hileras.

—No han alcanzado a nadie —dijo, con una voz que parecía completamente desprovista de aliento—. ¡Están demasiado lejos!

Grey echó una ojeada rápida. Ante ellos se abría una buena extensión de terreno hasta el bosquecillo. Éste era pequeño. Un regimiento entero no se podía esconder allí y, además, no disponían de artillería. Si hubieran tenido un cañón, lo habrían utilizado. ¿Retirada o avance? El camino por el que habían llegado hasta allí era empinado y rocoso, a uno de los lados tenían una acusada caída hasta el río y al otro lado crecían matorrales. La infantería podría acabar con ellos disparando desde la entrada del camino.

—Se acercarán. Que carguen antes de que les dé tiempo a recargar. — Mientras hablaba, Grey había cogido las riendas con fuerza con una mano y se estaba preparando para desenvainar la espada.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Percy le lanzó las riendas de su caballo, se deslizó hasta el suelo y, gritando «¡Carguen!» con todas sus fuerzas, se lanzó corriendo en dirección al bosquecillo, a pie y empuñando la espada.

Los soldados, que estaban recargando sus armas cuando oyeron el grito,

dejaron que el viento se llevara el orden y la precaución, abandonaron a su cabo, que se quedó boquiabierto, y galoparon tras su lugarteniente mientras rugían con entusiasmo.

—¡Dios santo! —exclamó Grey—. Señor Tarleton, levántese, rápido.

Le dio las riendas al asombrado alférez, se bajó del caballo y corrió también, pero no tras la compañía, sino hacia uno de los lados. Su intención era rodear el bosquecillo.

Se deslizó entre los árboles con la pistola en la mano, intentando mirar a todas partes a la vez. Su peor miedo, que hubiera una enorme compañía oculta en aquel bosquecillo, se desvaneció en seguida. Vio algunos uniformes blancos, pero no demasiados. En realidad, parecía tratarse de un grupo de rastreadores. Grey rodeó un arbusto y casi se tropezó con el grupo de burros cuyo olor había intranquilizado a los caballos; las pequeñas bestias iban muy cargadas de hierba.

Uno de los burros, sorprendido, echó las orejas hacia atrás, rebuznó con fuerza y cerró sus enormes dientes amarillos a escasos centímetros de su brazo. Grey le golpeó en el morro y atravesó los arbustos maldiciendo su propia idiotez y la del comandante francés, quienquiera que fuera el maldito franchute.

¿En qué estaban pensando para dispararles desde aquella distancia? Lo más sensato hubiera sido que se hubieran quedado en silencio o que se hubieran retirado discretamente entre los árboles. ¿Y por qué le habría dicho a Percy que los franceses los estaban siguiendo? Lo más probable era que éstos hubieran acabado dándose cuenta de su locura y que estuvieran a punto de retirarse, considerando que eran muchos menos y que no estaban bien armados.

En cuanto a la idiotez de Percy... Podía oír a su hermanastro gritando en alguna parte, con la voz entrecortada y salvajemente eufórico. Grey sentía el poderosísimo impulso de golpear al lugarteniente Wainwright y esperaba que ningún francés lo privara de ese placer matándolo antes de que él pudiera ponerle las manos encima.

Entonces oyó un grito a su derecha y se echó a un lado justo cuando alguien cargaba contra él. Algo le estiró de la casaca y le hizo perder el

equilibrio. Se tambaleó, se agarró a la rama de un árbol para evitar caerse y disparó por reflejo al que acababa de intentar clavarle una bayoneta.

El soldado francés se convulsionó. Grey lo había alcanzado en un costado. Antes de caer, el joven se quedó mirándolo con incredulidad. Grey maldijo en silencio y apretó los dientes mientras recargaba el arma. El muchacho llevaba una insignia. Era muy posible que aquel memo de no más de catorce años fuera el comandante de aquella partida de rastreadores.

Se enfundó la pistola cargada en el cinturón y cogió el mosquete que se le había caído a aquel chico. Éste seguía respirando; Grey podía ver cómo su pecho subía y bajaba. Tenía los ojos cerrados, pero su rostro estaba contraído por el dolor. Grey se quedó de pie un momento, con la mano en la pistola, pero entonces negó con la cabeza y se volvió de nuevo hacia donde había oído la voz de Percy.

La táctica de éste había sido extremadamente poco ortodoxa, por no hablar de que contravenía cualquier principio conocido del orden y la instrucción, pero estaba dando muy buenos resultados. Los estupefactos soldados franceses habían sido cogidos completamente por sorpresa, y se habían dispersado como ocas asustadas. La mayoría de ellos habían huido, y los demás estaban siendo masacrados por las tropas de Percy, eufóricas ante la facilidad de su primera victoria.

Aquello era una locura. Los franceses deberían rendirse mientras les quedara algo que salvar, aunque él había disparado a su comandante y probablemente no quedaba nadie que pudiera ordenar la rendición o que pudiera pedirla.

Justo cuando estaba pensando eso, alguien gritó. La voz de Percy, afónica de tanto gritar, estaba chillando:

—¡Ríndete, maldita sea! ¡Os hemos vencido, por el amor de Dios, déjalo ya! —Lo decía en inglés, claro.

Grey apartó una rama y llegó justo a tiempo de ver cómo Percy mataba a su primer hombre.

Un alto soldado francés fintó con destreza a un lado de él con su bayoneta y luego se incorporó con intenciones asesinas. Percy se agachó al mismo tiempo, dibujando un perfecto *passata-sotto*, sin duda por accidente, ya que

jamás había sido capaz de hacerlo cuando practicaba con la espada. Pareció quedarse completamente asombrado cuando la bayoneta le pasó silbando junto a la oreja y la punta de su espada atravesó limpiamente el cuerpo del francés. Éste pareció quedarse aún más sorprendido.

Percy soltó la espada y el otro dio tres pasos atrás, casi con delicadeza, antes de sentarse con un ruido sordo y morir con cara de sorpresa.

Percy se alejó un poco y vomitó en un arbusto. Grey lo estaba observando, por lo que casi no oyó el sonido de movimiento a su lado. Se volvió por instinto con el mosquete aún agarrado por el cañón. El golpe impactó en el francés, pues, en efecto, era un francés, le dio en la espalda y lo hizo caer sobre el costado. Su arma se disparó, soltando una gran nube de humo negro.

Grey atravesó el humo y golpeó al hombre en el hombro, cayó con él y rodaron juntos por el suelo. Se levantó jadeando, dando golpes y gritando. Por accidente, dio en la cara del hombre y sintió que algo crujía bajo su mano; la conmoción le recorrió los huesos del brazo paralizándolo un instante. El francés le cogió la cara e intentó hundirle un ojo con los dedos. Cuando Grey se echó hacia atrás, el hombre giró debajo de él, lo asió del brazo y lo tiró al suelo.

Se golpeó en el suelo con la cadera y el codo. Le lloraban los ojos, buscó su daga con una mano y, a ciegas, la lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas. La tela le rozó la mano; percibió el calor de aquel hombre y el hedor de su sudor. Entonces empujó con todas sus fuerzas a través de la ropa rota, con la esperanza de encontrar carne y temiendo dar con algún hueso.

El hombre soltó un grito gutural y se tambaleó hacia atrás. Grey se tapó el ojo con una mano y pudo ver al francés a través de las lágrimas: estaba doblado hacia adelante y tenía una mancha oscura en la entrepierna que se extendía por debajo de sus manos cerradas. Detrás de él, pudo ver a Percy con la boca abierta y la pistola en la mano.

—¡Dispárale a este maldito bastardo! —gritó Grey.

Como un autómatas, Percy lo hizo. Parpadeó al oír el disparo y luego se quedó allí, con los ojos abiertos como platos, observando mientras el hombre se caía hacia adelante sin dejar de agarrarse la entrepierna y se enroscaba

sobre sí mismo como una hoja seca.

—Gracias —dijo Grey, y cerró los ojos apretándose la base de la mano sobre el ojo que el otro había atacado. Veía puntitos de colores por detrás del párpado, pero ya no le dolía tanto.

Al cabo de un rato, se lo destapó y apoyó las manos y las rodillas en el suelo. Se quedó un momento en esa postura para recuperarse antes de intentar levantarse.

—Bien —le dijo a Percy cuando por fin lo consiguió. Estornudó y se aclaró la garganta—. Ha estado bien.

—¿Ah, sí? —preguntó el joven débilmente.

A Grey le lloraban los dos ojos, y el que el francés había intentado arrancarle no podía abrirlo del todo, pero podía ver lo suficiente como para reunir a los hombres y hacer balance. Los franceses habían huido dejando atrás seis muertos. Los heridos, incluidos el joven cabo, o se los habían llevado hasta el bosque, o se los habían llevado sus compañeros. Grey no estaba dispuesto a perder ni un segundo buscándolos. Le pidió a Brett que hiciera un rápido recuento: no había ningún herido, salvo el soldado Johnston, que tenía un pequeño rasguño en el muslo y cojeaba con alegría mientras registraba los bolsillos de los soldados franceses.

Grey dio ásperas órdenes para que se retiraran. Era imposible saber lo lejos que estaba aquella partida de rastreadores de la compañía principal, ni lo rápido que mandarían refuerzos. Así que cogieron sus armas y volvieron al campamento.

Cuando Grey entró en su tienda, casi había oscurecido. Nada más llegar al campamento, había enviado una partida de exploración, recibido los informes de los capitanes de regimiento, esperado el informe de la partida de exploración, consultado a Ewart Symington, mandado al alférez Brett con severos comentarios al intendente acerca de un barril que debía ser de carne ahumada, pero que en realidad parecía contener los restos de un caballo muy viejo, escrito su propio informe para Hal y las órdenes para el día siguiente;

todo eso con una bola de algodón húmedo sobre el ojo que tenía herido. Le palpitaba la cabeza, le dolía la mano y estaba hambriento, pero aun así se sentía contento.

La misma sensación de ilusión y excitación que anidaba en su pecho reinaba a su alrededor. Se podía percibir en el sonido de las piedras de afilar, en el entrecocar metálico de los calderos y en los cánticos. Los soldados casi siempre cantaban en el campamento, salvo cuando estaban completamente exhaustos o bajos de moral, pero lo que cantaban variaba y era una buena indicación de su estado de ánimo. Las baladas sentimentales y pequeños trozos de canciones de auditorio eran el repertorio clásico. Las canciones de marcha las reservaban para cuando iban de camino.

Pero cuando tenían ilusión por la batalla, las canciones tenían cierta tendencia hacia lo cómico y a ser más subidas de tono, y los fragmentos que Grey oía en ese momento, mientras se movía por el campamento, habrían sonrojado incluso a un marinero. La noticia se había extendido como la pólvora. Los franceses estaban cerca y los hombres podían oler la sangre. Grey silbaba mientras caminaba.

En su tienda, encontró a Tom Byrd y a Percy conversando amigablemente. Los dos se levantaron a la vez cuando lo vieron y armaron cierto alboroto: Percy se preocupó por el estado de su ojo y Tom por el estado de su uniforme. A pesar de que su ordenanza se puso muy contento al saber que no le habían sacado el ojo, parecía más preocupado por el gran desgarrón que llevaba en la falda de la casaca que le acababa de arreglar.

—¡Mire! —Metió tres dedos en el desgarrón y los movió mientras lo miraba con aire acusador—. Justo en el forro. ¿Cómo se ha hecho esto, milord? ¿Con una espada?

—No me acuerdo. Ah, sí, ha sido una bayoneta.

El chico inspiró como si estuviera a punto de decir algo, pero al final se reprimió y dejó la casaca a un lado.

—Siéntese, milord —dijo resignado—. Le traeré un cuenco de agua de



cebada para su ojo.

Grey se dejó caer sobre un taburete, feliz de poder sentarse al fin. Su estómago rugió al percibir el apetitoso aroma a estofado y pan caliente que llegaba hasta la tienda. No había comido nada desde el alba. Esperaba que Tom le trajera la cena; el ojo podía esperar un poco más.

—Tus hombres —empezó a decir, pero el resoplido de Percy lo detuvo.

—Han comido, bebido, se han acicalado y adornado poniéndose lacitos en las colitas, e incluso te diré que se han emborrachado junto al fuego. Les he pedido una ración extra de cerveza, ¿he hecho bien? Otros estarán entre los arbustos, con las prostitutas locales, pero ya han comido. ¿Creías que me habría olvidado de ellos?

Percy se dirigió a él con cierta dureza, pero en tono suave, y Grey sonrió ladeando la cabeza para poder verlo con el ojo bueno.

—Estoy seguro de que no pasarías por alto ningún detalle de su bienestar. Iba a decir que hoy lo habían hecho muy bien. Su buena actuación te honra a ti.

El joven se sonrojó al oír eso, pero se limitó a contestar con aire informal:

—Sí, bueno, son excelentes soldados —Se aclaró la garganta. Seguía estando afónico—. Por lo menos, ninguno de ellos ha salido muy malherido.

—No. ¿Y tú?

Percy lo miró rápidamente y luego desvió la vista.

—No puedo dejar de temblar —reconoció en voz baja—. ¿Se nota mucho?

—No. —Grey se abstuvo de añadir que, considerando su presente estado de visión, lo más probable era que no se hubiera dado cuenta aunque se hubiera estado meciendo como un flan de huevo en un tornado. Alargó la mano y se la apoyó en el brazo, que parecía estar completamente firme.

»No —repitió con más convicción—. En absoluto. A simple vista no se nota nada.

Percy suspiró.

—Bueno, entonces sólo es por dentro. Bien. ¿Qué ha dicho Melton?

Grey no tenía ningunas ganas de repetir las observaciones de Hal y, en cualquier caso, su hermano le podría transmitir sus opiniones a Percy por la

mañana. Entonces, Hal estaría mucho más tranquilo y Percy tal vez ya habría dejado de temblar.

—No demasiado —contestó—. Cuatro banalidades. No te preocupes.

No hablaron de nada en particular. No tenían mucho interés en la conversación, pero estaban contentos de tener la compañía del otro. Hasta que Tom volvió con una botella de brandy y un cuenco que contenía un líquido turbio; dijo que era cebada con agua caliente y sal, el remedio perfecto para los ojos.

Se lo dio a Percy y volvió a desaparecer en busca de la cena.

Grey se inclinó sobre el cuenco y olió su contenido.

—¿Crees que me lo tengo que beber? ¿O vertérmelo por encima de la cabeza?

—No importa lo que hagas con esto, pero te sugiero que no te echés el brandy en el ojo. Creo que te escocería bastante. Además, lo necesito. — Echó una generosa ración del licor en una taza y se la deslizó a Grey por encima de la mesa. No se molestó en ir a buscar otra taza para él y bebió directamente de la botella, dándole a Grey una idea más precisa de lo mucho que temblaba por dentro.

Él bebió un trago de brandy. No era muy bueno, pero le produjo una agradable sensación de calidez y alivió un poco el dolor que sentía en el ojo. Aunque aún debía hacer algo con el agua con cebada; Tom se ofendería si no. Buscó el pañuelo que llevaba en la manga, lo inspeccionó con ojo crítico y decidió que serviría.

—Lo dijiste en serio, ¿verdad? —preguntó Percy en voz baja, al tiempo que dejaba la botella.

—¿El qué?

—Cuando dijiste que eras una bestia. —Percy lo estaba mirando con una expresión a medias entre la intimidación y una ligera repugnancia.

A Grey no le importó ninguna de las dos cosas.

—Todos los soldados lo son —respondió escuetamente—. En realidad, todos los hombres lo son. Será mejor que te acostumbres a eso.

El joven hizo un pequeño sonido que podía parecer de diversión.

—No tienes por qué recordarme eso, querido —dijo secamente. Se

levantó, le cogió el pañuelo de la mano y lo hundió en el cuenco—. Echa la cabeza hacia atrás.

Él sintió la calidez de su mano en el cuello y la delicadeza de su caricia.

—¿Puedes abrir el ojo?

Grey lo intentó y consiguió abrirlo un poco. Pudo ver el rostro de Percy tras una nube de lágrimas, sombrío y decidido.

—No está tan mal —murmuró—. Vamos, relájate. —Le abrió el párpado con los dedos y vertió el líquido en su interior.

Grey se encogió un poco, pero al darse cuenta de que no le había dolido mucho, se relajó.

—Lo que quiero decir es que tú eres bastante más sincero al respecto que la mayoría.

—No creo que eso sea ninguna virtud. —Entonces se le ocurrió un tardío pensamiento—. ¿Te estás preguntando si eres lo bastante duro? Me refiero a si estás pensando si te desenvuelves lo suficientemente bien. La respuesta es sí. Te lo tendría que haber dicho.

—Ya lo has hecho.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿No te acuerdas?

—No —contestó Grey con sinceridad—. Estaba muy ocupado.

Percy se rió y volvió a meter el pañuelo en el cuenco.

—Por lo menos, soy lo bastante sincero como para reconocer mi inexperiencia. Tenías razón cuando decías que uno no sabía cómo reaccionaría en una batalla. Si no me hubieras gritado para que le disparara a aquel tipo, me habría quedado allí con la boca abierta, hasta que te hubieras levantado y lo hubieras matado tú mismo.

Él abrió la boca para protestar, pero Percy se inclinó y le dio un rápido beso en los labios, dejando que su cálido aliento se deslizara por la mejilla de Grey.

—No busco reafirmación, querido. No la necesito. —Se incorporó y volvió a aplicar el pañuelo húmedo sobre sus ojos—. No me he deshonrado por completo, y tal vez lo haga mejor la próxima vez. Sólo quería decir que entiendo lo que me dijiste. Y que, al final —retiró el pañuelo y Grey

parpadeó—, lo único que importa es que los dos estamos vivos.

»Eso —prosiguió con tono ligero mientras volvía a hundir el pañuelo otra vez en el cuenco—, y que estoy orgulloso de ti.

Alarmado y agitado por el beso, avergonzado por el cumplido, y no poco sorprendido de que Percy no entendiera instintivamente la verdad de todo el asunto, Grey fue a decir lo evidente, que sólo era su deber. Pero entonces, Tom Byrd entró con la cena y tuvo que contentarse con un débil gracias.

## 25. Traición

A principios de mayo, el duque de Richelieu volvió a Francia y lo sustituyó el conde de Clermont. Éste, reacio a hacer entrar a sus tropas en combate a pesar de su superioridad numérica, siguió jugando al escondite por el valle del Rin. Brunswick, que entendía muy bien esas tácticas, siguió contestándolas con paciencia, flanqueando los laterales de Clermont, bloqueando un avance por aquí, apretando por allí, obligando poco a poco a que el ejército del conde tuviera que retroceder hasta la frontera francesa.

A finales de mayo, era evidente que los franceses ya no tenían ningún sitio adonde ir. En cuestión de semanas, tal vez días, deberían elegir entre darse la vuelta y luchar, o retirarse a Francia, con Brunswick pisándole los talones. Era evidente que Clermont pelearía.

Teniendo eso en cuenta, el duque Ferdinand eligió sabiamente y se tomó el tiempo que necesitaba para preparar a sus tropas y abrillantar sus cañones. Deseaba afrontar el ataque, ocurriera cuando ocurriese, con la mayor preparación posible.

En aquel tiempo, Grey se pasaba la mayor parte del día cabalgando de un lado a otro, inspeccionando las compañías, llevando los informes de los comandantes, discutiendo con los intendentes, dando órdenes para el reabastecimiento, también para el rearmamiento cuando era necesario, para la obtención de más mulas de carga (que estaban muy buscadas y por lo tanto eran escasas y caras), y ocupándose de otros diez mil detalles más que formaban parte de las responsabilidades diarias de un comandante.

Mientras se dirigía al pequeño pueblo donde estaban acuartelados en aquel momento, pensó que lo único bueno que había en todo aquel proceso era que sólo disponía de noventa segundos desde que su cabeza tocaba la

almohada hasta que se dormía, lo que le impedía pensar en la frustración sexual que estaba experimentando. Esos noventa segundos, los empleaba en administrarse algún paliativo. Eso si no se dormía sólo en tres segundos.

Destapó su cantimplora y bebió con ganas. Era un cálido día de finales de primavera y el agua parecía saber no sólo a la lata y la madera de haya de la cantimplora, sino también a savia, medio dulce y medio picante. El Drachenfels se alzaba ante él, la roca del dragón, la rocosa cima a orillas del Rin, donde se contaba que Sigfrido había degollado al dragón. Estaba románticamente coronada por la niebla del río y su base rodeada por un montón de verdes viñedos.

La temperatura de la primavera estaba afectando a todo el mundo; los soldados se recostaban sobre algún muro mientras estaban de guardia, dejaban sus mosquetes y se los olvidaban en el campo, se escaqueaban y los encontraban dormidos bajo un seto o en algún almiar, a menudo acurrucados con alguna mujer.

A Grey podía haberle parecido injusto que él no pudiera hacer lo mismo. Pero recordó su primera campaña, cuando Hector y él se escapaban en busca de la soledad y la dulzura y la encontraban en nidos de hierba primaveral, bajo cielos salpicados de estrellas. El calor de sus jóvenes cuerpos compensaba con creces el frío de las noches. El rango tenía sus privilegios, pero también sus inconvenientes. Por lo menos, le quedaba el consuelo de poder disfrutar de la compañía de Percy muchas noches, aunque no pudiera gozar de la libertad de disfrutar de esa compañía por completo.

Suspiró, tapó la cantimplora y buscó a Richard Brett, el alférez que lo acompañaba. Era el más joven de los alféreces, pues sólo tenía quince años; normalmente era brillante y diligente, pero ahora estaba acusando particularmente los efectos de la primavera. Grey suponía que debido a su juventud.

En aquel momento, no veía al chico por ningún lado, aunque su caballo pacía con satisfacción en el exuberante arcén verde de la carretera, con las riendas colgando a uno de los lados. Grey dirigió su montura en aquella dirección y descubrió una verja abierta en el muro de una casa. En el patio vio al señor Brett, con los codos apoyados en el brocal de un pozo, mirando

con adoración a una joven que estaba sacando un cubo lleno de agua mientras le sonreía.

El hecho de que Brett no hablara alemán y la chica no hablara ni una palabra de inglés no suponía ningún impedimento para el intercambio de sentimientos: el cuerpo tiene su propio lenguaje.

Resignado, pero de talante generoso, Grey desmontó y dejó que su caballo paciera junto al del joven.

—Diez minutos, señor Brett —le gritó. Luego se dirigió a una zona un poco apartada de la carretera, donde encontró un lugar con mucha hierba sobre la que poder tumbarse un rato tapándose los ojos con el sombrero.

El suelo estaba caliente y el sol brillaba con fuerza, y Grey sintió cómo se le fundían los huesos y los músculos y cómo se relajaba su mente. Intentó seguir pendiente de la docena de cosas que no debía olvidar, pero al final cedió. Era primavera.

Cuando llegó la noche, seguía siendo primavera y Grey volvió al pueblo pensando en cerrojos. En uno en particular. Tom le había conseguido una pequeña habitación en el piso superior del *Gasthof* local. Era una habitación pequeña, pero tenía una puerta; algo muy poco habitual.

Aunque, a decir verdad, lo mejor era que la puerta tenía además un cerrojo. Aún no habían encontrado la llave, pero le aseguraron a Grey que existía y que seguro que aparecía en cualquier momento.

Entretanto, el pomo, hecho de porcelana fina y pulido como un huevo, como si quisiera compensar la pérdida de la llave, se empeñaba en girar sobre su eje en un ejercicio absolutamente inútil, o bien en encallarse. Ambas situaciones evitaban que la puerta se pudiera abrir desde fuera. En más de una ocasión, Tom se había visto obligado a salir por la ventana de la buhardilla y arrastrarse por el tejado de la casa para poder colarse por la ventana de la habitación de Grey y abrir la puerta desde dentro.

Aquella noche, se celebraba en el pueblo vecino una especie de concierto acompañado de danzas locales. La mayoría de los hombres y todos los oficiales de la zona estarían allí, aprovechando el buen tiempo y su libertad temporal. Teniendo en cuenta la servicial naturaleza del pomo de su puerta,

Grey pensaba que tal vez él y Percy también pudiesen aprovechar la ocasión. Una breve aparición en las festividades y luego, en la oscuridad, cuando todo el mundo estuviera bien servido de vino, nadie se daría cuenta de si se marchaban, por separado, para ser más discretos, y se metían en la posada.

El sol se había empezado a poner, dejando la vieja posada y su huerto envueltos en una niebla color de melocotón y albaricoque. Grey entró al trote en el pavimentado patio. Su caballo estaba ansioso por hallar aposento y un poco de heno.

Él también se sentía ansioso y no le hizo particular gracia encontrarse con el capitán Custis, de la novena, que lo saludó cuando desmontaba.

—¡Grey!

—Custis. —Le hizo un gesto con la cabeza al mozo de cuadra y se volvió para ver qué quería el capitán—. ¿Me buscaba?

—No es nada importante —contestó Custis con alegría—. El coronel Jeffreys dice que le prometió usted dejarle su ejemplar de Virgilio, y le he dicho que yo se lo llevaría, ya que tenía que venir aquí para hacer un encargo. Sin embargo, mientras lo esperaba he estado hablando con Herr Hansen. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a un pequeño y pulcro capitán prusiano de infantería, quien efectuó una inclinación al tiempo que hacía chocar los talones—. Me ha sorprendido mucho saber que se celebra una fiesta en el pueblo vecino esta noche.

—¡Imagínese! —respondió Grey, incapaz de reprimir una sonrisa. Observó el brillante horizonte, donde los tonos melocotón se estaban dejando arrastrar por otros color coral y lavanda—. Y, por supuesto, será demasiado tarde para que pueda volver al campamento esta noche; tendrá usted que quedarse. Qué lástima.

—Pues sí. ¿Usted va a ir al pueblo?

—Oh, sí. Aunque un poco más tarde. Primero tengo órdenes que redactar.

—Hansen y yo le guardaremos un poco de vino. Pero no debo olvidar el libro del coronel.

—Claro, se lo daré.

Custis y Hansen lo siguieron por la estrecha escalera hablando animadamente sobre las virtudes de los viñedos locales que se encontraban a



los pies del Drachenfels.

—*Federweisser*, así es como llaman al nuevo vino. Pluma-blanca, y es muy, blanco, muy suave, pero ¡Dios mío! Tres copas y está usted debajo de la mesa.

—Lo estará usted, debajo de la mesa —dijo Grey, riendo—. Hable por sí mismo.

—Es bastante fuerte —intervino Hansen—. Pero debe beber el *Federweisser* con el *Zwiebelkuchen* que hacen también en esta zona. De este modo, no sufrirá...

Grey cogió el pomo de porcelana, que por una vez giró adecuadamente, y abrió la puerta. Entonces se quedó paralizado un instante antes de cerrarla de nuevo.

Sin embargo, no lo hizo lo suficientemente rápido. No lo bastante rápido como para evitar que Custis y Hansen pudieran ver lo que ocurría en el interior de la habitación por encima de su hombro. No lo bastante rápido como para poder borrar la imagen que registraron sus ojos y que se grabó a fuego en su cerebro: Percy desnudo en la cama boca abajo mientras un oficial alemán rubio, que también estaba desnudo y cuyas nalgas se veían tensas por el esfuerzo, lo partía en dos como si fuera un bollo con mantequilla.

Alguien había gritado, presa de la conmoción; Grey era incapaz de decir si había sido Custis, Hansen, o él mismo. Tal vez fuera Percy. El otro hombre seguro que no había sido, pues era evidente que estaba demasiado absorto en lo que estaba haciendo, con los ojos cerrados y el rostro contraído por el éxtasis del clímax.

«Weber.» El nombre atravesó la mente de Grey como un eco y desapareció dejándola completamente vacía.

Todo lo que ocurrió después, pareció transcurrir con una increíble lentitud. Sus pensamientos eran precisos como un reloj: saltaban de uno a otro con desapasionada lógica. Entretanto, todos los presentes, incluido él, parecían moverse con pesadez; se miraban unos a otros lentamente y desviaban la

mirada despacio. Intercambiaban expresiones de sorpresa, desconcierto y horror, que flotaban como gélida melaza sobre sus rostros, que de repente parecían todos iguales.

«Tú eres el oficial superior presente —dijo la pequeña y fría voz que anidaba en su cabeza y tomaba nota de la confusión—. Tienes que hacer algo.»

De repente, todo recuperó su velocidad normal. Grey se dio cuenta de que el grito y el portazo habían atraído numerosas voces y pisadas. Caras sorprendidas, murmullos interrogativos, excitados susurros, ingleses y alemanes. Dio un paso adelante y llamó a la puerta una sola vez, con aspereza, y las voces que había tras él se callaron de golpe. Al otro lado de la puerta reinaba un clamoroso silencio.

—Vístanse, por favor —ordenó con mucha tranquilidad a través de la madera—. Preséntense en el patio dentro de cinco minutos. —Dio un paso atrás, observó la multitud que se había reunido tras él y eligió a uno de los alféreces presentes.

—Busque dos guardias, señor Brett. Al patio. Paso ligero.

Entonces, fue vagamente consciente de que alguien le posaba una mano en el hombro y se volvió parpadeando para mirar a Custis.

—Yo lo haré —se ofreció éste en voz baja—. No tiene usted por qué hacerlo. No debería, Grey. No con su propio hermano.

La horrorizada compasión que brillaba en sus ojos era como la punta de una aguja que lo arrancara de su letargo.

—No —contestó con una voz que se le antojaba ajena—. No, tengo que...

—No debería —repitió Custis con urgencia. Lo empujó un poco y le hizo darse la vuelta—. Váyase. Por el amor de Dios, váyase. Lo único que conseguirá será empeorar las cosas si se queda.

Tragó saliva y entonces fue consciente de las caras que se alineaban en la escalera y lo miraban fijamente. Comprendió lo terribles que serían las habladorías, la nota extra de escándalo, el escalofrío de horror, el regocijo por la desgracia ajena cuando corriera la voz de que había tenido que arrestar a su propio hermano por incurrir en delito de sodomía.

—Sí —dijo. Volvió a tragar y susurró—: Gracias. —Y se marchó, bajando la escalera, contando los escalones de madera a medida que pasaban por debajo de sus botas: uno, dos, tres, cuatro...

Siguió contando sus pasos, que de repente resonaban sobre las losas del patio: uno, dos, tres, cuatro... El sonido enmudeció cuando cruzó la valla y siguió caminando por encima del heno mojado. Vio a Brett y a los guardias que venían hacia él, levantó una mano a modo de saludo pero no se detuvo; uno, dos, tres, cuatro...

Se dirigió directamente a la calle principal del pueblo, haciendo caso omiso del barro, de los excrementos de caballo, de los gritos de los niños y de los ladridos de los perros. Clavó los ojos en el peñasco de Drachenfels que se alzaba a lo lejos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

## 26. Bebiendo con Dachshunds

**Ambos** hombres fueron enviados ante los oficiales que estaban al mando de sus respectivos regimientos. Hal estaba en los cuarteles generales, con el duque Ferdinand; en su ausencia, Percy quedó bajo la custodia de Ewart Symington. El lugarteniente Weber, el oficial hannoveriano, fue enviado ante el representante de Graf von Namtzen.

Symington, haciendo gala de un tacto que Grey jamás le hubiera supuesto, no le mencionó a Percy ni una sola vez, y era evidente que también había dado órdenes de que no lo hiciera nadie. Sin embargo, el hecho de que nadie le hablara de Percy, no significaba que nadie hablara de Percy. El ejército no tenía nada que hacer y esperaba nuevas órdenes de Brunswick. Y cuando no había mucho que hacer, las habladurías aumentaban y Grey tuvo que enfrentarse a conversaciones que cesaban de repente en cuanto él aparecía, a miradas, ya fueran de simpatía o de disgusto, y a otras que se desviaban ante su presencia, tanto por parte de los soldados como de los oficiales. Todo eso se le antojaba tan inquietante que empezó a pasar los días solo en su tienda, lo cual a veces le resultaba agobiante y otras un alivio. Desde aquel día, ya no volvió a la posada.

Si hubiera estado al mando, habría tenido a los hombres en continuo movimiento, marchando del punto A al punto B, con instrucción diaria de ser necesario, pero en movimiento. Los soldados se acostumbraban a la pereza como los cerdos al barro y, mientras, la inactividad beneficiaba al comercio, cosa que les venía muy bien a los taberneros locales y las prostitutas, pero también fomentaba el vicio, las enfermedades, el desorden y la violencia entre las tropas.

Pero Grey no estaba al mando, y las tropas inglesas permanecían quietas

bajo el sol, viendo cómo los días eran cada vez más largos a medida que se acercaban a la mitad del verano. Los hombres jugaban a los dados, bebían, pasaban el rato con prostitutas y chismorreaban.

Grey no tenía más compañía que Tom y sus propios pensamientos, que era incapaz de alejar del círculo vicioso en que se habían metido y por lo tanto pasaba el día sintiendo rabia, luego miedo, seguía por la culpabilidad y volvía a empezar. Al final, se quedó sin vida social, salvo alguna ocasional partida de ajedrez con Symington, que era un jugador regular.

Incapaz de seguir soportando la sensación de estar enterrado en el barro hasta las caderas, desesperado, le pidió a Symington un permiso. Stephan von Namtzen, conde de Erdberg, era amigo de Grey. Había sido segundo en el regimiento del conde el año anterior en calidad de oficial inglés de enlace. El regimiento de Von Namtzen estaba con las tropas de Brunswick, pero el conde aún no había aparecido por el campo de batalla. Grey suponía que se estaría recuperando en su finca de caza, un lugar llamado Waldesruh. Sólo estaba a un día a caballo del actual campamento inglés.

Grey no estaba seguro de si su petición de permiso tenía más que ver con su necesidad de escapar de la ciénaga de silenciosa acusación y especulación que lo rodeaba, con la necesidad de distraerse de sus propios pensamientos, o si se trataba de una básica y celosa necesidad de descubrir más sobre el compañero de delito de Percy y su destino. Pero Stephan von Namtzen era un buen amigo, y por encima de cualquier otra cosa, en aquel momento, Grey necesitaba un buen amigo.

Symington accedió a su petición sin vacilar y con el leal Tom a remolque, Grey partió en dirección a Waldesruh.

Waldesruh era un pabellón de caza, lo que, según el criterio hannoveriano probablemente significaba que empleaba a menos de cien sirvientes. La casa estaba rodeada de kilómetros y kilómetros de oscuro bosque y, a pesar del continuo peso que sentía en la cabeza y en el corazón, Grey se sintió aliviado cuando Tom y él emergieron por fin de las sombras del bosque y empezaron

a recorrer las soleadas y cuidadas tierras de Waldesruh.

—¡Vaya! —exclamó el chico en señal de aprobación. La casa, tres pisos contruidos con la piedra local de color marrón, mezclada con toques de ladrillo en tonos rojos y verdes, se extendía ante ellos, elegante y colorida como un faisán—. No le va mal al capitán para ser un *Hun*<sup>1</sup>¿Cree usted que la princesa también estará aquí? —preguntó esperanzado.

—Es probable —contestó Grey—. Aquí, en su casa, debes referirte a él como Graf von Erdberg, Tom. Capitán es su título militar para el campo de batalla. Si tienes que hablar directamente con él, llámale Herr Graf, por el amor de Dios...

—Sí, no le llamaré Hun cuando me pueda oír. —El chico no llegó a poner los ojos en blanco, pero asumió cierto aire de mártir—. ¿Y qué significa Graf?

—Es un terrateniente. Conde sería nuestra palabra equivalente.

Tiró un poco de las riendas de su caballo y empezaron a avanzar lentamente por el serpenteante camino que conducía a la casa.

Grey esperaba que la princesa Luisa, ahora la condesa, no estuviera en casa a pesar del evidente entusiasmo de Tom, que quería retomar el contacto con su doncella personal, Ilse. Desconocía la naturaleza del matrimonio de Von Namtzen, pero le resultaría mucho más sencillo hablar con Stephan sin el necesario parloteo social que conllevaría necesariamente la presencia de la princesa.

Sin embargo, si ésta era una esposa devota, pensaría que era su deber estar junto a su esposo herido y poder proporcionarle en persona los cuidados necesarios para su pronta recuperación. Grey intentó imaginarse a la princesa Luisa von Lowenstein preocupándose por esos menesteres, no lo consiguió y decidió olvidarse del tema. Dios, si estaba allí, esperaba que por lo menos no hubiera traído con ella a su indescriptible suegra.

Una pequeña y mugrienta cara asomó de entre el follaje, justo delante de ellos, parpadeó sorprendida y luego se volvió a esconder. Gritos y excitados susurros anunciaron su llegada y un mozo ya se estaba apresurando en dirección a la casa para ocuparse de Tom y de los caballos para cuando llegaran allí.

Wilhelm, el mayordomo de Stephan, saludó a Grey en la puerta, con su largo rostro brillando de placer. Un gran número de perros aparecieron junto a él ladrando y moviendo la cola con entusiasmo mientras olisqueaban aquel nuevo e interesante objeto.

—¡Lord John! *Willkommen, willkommen!* ¿Se quedará a comer con nosotros?

—Sí —contestó Grey, sonriendo, mientras acariciaba la cabeza peluda que encontró más a mano—. Estoy hambriento. Aunque tal vez primero sea mejor que me presente ante su señor, ¿no cree? O ante su señora, si se encuentra en casa —añadió, intentando ser cortés a pesar de que la presencia de los perros le dejaba muy claro que la princesa no estaba allí.

Una dolida expresión apareció en el rostro de Wilhelm al mencionar a sus señores.

—La princesa Luisa está en el castillo Lowenstein. Y el Graf... sí, en seguida avisaré al Graf. Claro —dijo con una especie de duda que hizo que Grey le mirara fijamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Es que sigue estando mal? ¿No está en condiciones de recibir compañía?

—Oh, él está... bastante bien —replicó el mayordomo. Aunque lo hizo con un tono de voz tan inseguro que Grey se alarmó un poco. También se dio cuenta de que Wilhelm no había contestado su segunda pregunta; se había limitado a hacerle un gesto para que le siguiera.

Si hubiera tenido alguna duda sobre la presencia de la princesa, habría desaparecido en cuanto puso el primer pie en la casa. Ésta estaba inmaculadamente limpia, pero seguía teniendo el agradable aroma de la residencia de un soltero: perros, tabaco y brandy.

A través de una de las puertas del vestíbulo, se podían ver un par de botas recubiertas de barro, tiradas de cualquier forma ante la chimenea. Grey pensó que aquello era buena señal. Stephan tenía que estar completamente recuperado si ya montaba a caballo. Y en una bandeja de plata, que en principio servía para que los visitantes dejaran allí sus tarjetas, había un pequeño montón de piedras, trozos de papel, puntas de lápiz, botones, mugrientos trozos de pan, monedas y otras porquerías, que parecían el

contenido de los bolsillos de un hombre.

Y hablando de visitantes...

—¿El Graf ha tenido muchas visitas desde que tuvo el desafortunado accidente? —inquirió.

Wilhelm echó una inquietante mirada por encima de su hombro y negó con la cabeza, pero no le dio más explicaciones.

Aquello no era buena señal. Normalmente, Stephan era muy sociable.

El mayordomo se detuvo al pie de la escalera; parecía estar decidiéndose a decir algo.

—¿Está usted cansado del viaje, señor? Puedo acompañarlo a su habitación —se ofreció Wilhelm sin hacer ningún movimiento con esa intención.

—En absoluto —contestó Grey a toda prisa—. ¿Tendría usted la amabilidad de llevarme ante el Graf? Me gustaría poder mostrarle mis respetos en seguida.

—¡Oh, sí señor! —Un palpable alivio se reflejó en el semblante de Wilhelm, haciendo que Grey se volviera a preguntar qué diablos estaría haciendo Von Namtzen.

Sin embargo, no tuvo que seguir preguntárselo mucho más. El mayordomo encerró a los perros en la cocina y luego lo acompañó, casi al trote, por la casa hasta la puerta de atrás, por donde salieron al bosque y recorrieron un agradable y sombreado camino. Grey podía oír gritos a lo lejos. Reconoció la voz de Stephan von Namtzen, que chillaba descontento; su voz se sumaba a un notable estrépito de cascos y... ¿ruedas?

—*Was ist...?* —empezó a decir Grey, pero Wilhelm negó con la cabeza con decisión y le hizo señales para que se acercara.

Grey lo siguió por la siguiente curva del camino. De pronto, se encontró en el borde de un enorme claro lleno de arena. Y, abalanzándose directamente hacia él, gritando como una águila y con los ojos tan abiertos como los de sus caballos, vio lo que parecía un antiguo dios de la guerra alemán, conduciendo una cuadriga tirada por cuatro galopantes caballos oscuros que echaban espuma por la boca.

Grey se lanzó a un lado, arrastrando consigo al mayordomo y la cuadriga



pasó a muy pocos centímetros de distancia de ellos, seguida de una ráfaga de monstruosos cascos que los cubrieron de arena y de gotas de saliva.

—¡Jesús!

La cuadriga, porque por Dios que era una cuadriga de verdad, siguió su camino. Los cuatro caballos corrían en una columna de a cuatro y amenazaban con volcar el vehículo, que iba rebotando como una piedrecita, conducido por un maníaco manco que llevaba las riendas. Junto a él había un aterrorizado mozo con un látigo, que se aferraba con una mano a la cuadriga y con la otra al Graf von Namtzen.

Grey se puso de pie muy despacio y observó la escena con los ojos abiertos como platos mientras se quitaba la arena de la cara. No iban a conseguir girar.

—¡Aminoren! —gritó. Pero aunque lo hubieran oído por encima del ruido, era demasiado tarde. La rueda izquierda de la cuadriga se levantó, volvió a caer sobre la arena, se levantó de nuevo y, en medio de un coro de gritos y alaridos, se despegó completamente del suelo. Los caballos tropezaron y se metieron los unos en el camino de los otros mientras intentaban girar hacia la izquierda descontrolados.

La cuadriga se volcó y sus pasajeros cayeron al suelo. Los caballos arrastraron las riendas y galoparon algunos pasos más antes de detenerse de golpe con los fragmentos de la destrozada cuadriga a sus espaldas.

—¡Jesús! —exclamó Grey, incapaz de encontrar una palabra mejor. Las dos figuras intentaban ponerse en pie en la arena. El hombre manco perdió el equilibrio y se cayó. El mozo intentó cogerlo del otro brazo para ayudarlo y recibió una regañina.

Wilhelm, que estaba junto a Grey, se santiguó.

—Estamos muy contentos de que haya venido, señor —dijo con voz temblorosa—. No sabíamos qué hacer.

«¿Y crees que yo sí lo sé?», pensó Grey. Habían recuperado al mozo con un brazo roto y mandaron llamar a un médico. Luego reunieron los caballos, que afortunadamente no estaban malheridos, y los llevaron al establo. El conductor de la cuadriga no dio ninguna importancia a su ojo hinchado y al golpe que tenía en la rodilla y saludó a Grey con una gran calidez. Lo abrazó

y lo besó en las dos mejillas. Luego entró cojeando en la casa y pidió que le trajeran comida y bebida mientras posaba su único brazo sobre los hombros de Grey.

Los dos amigos se dejaron caer en unos sillones delante del fuego, mientras esperaban la cena rodeados de una gran jauría de jadeantes perros y entretenían el estómago con un plato de pastitas y un decantador lleno de un brandy realmente excelente. Se percibía una inmensa sensación de paz, pero Grey no se engañaba.

—¿Acaso has perdido la cabeza, Stephan? —le preguntó.

Von Namtzen pareció meditar su pregunta mientras inhalaba el aroma de su brandy.

—No —contestó suavemente mientras exhalaba—. ¿Por qué lo preguntas?

—Para empezar, tus sirvientes están aterrorizados. Podrías haber matado a ese mozo, y lo sabes. Por no hablar de que podrías haberte roto el cuello.

Von Namtzen lo contempló por encima del vaso, con una leve sonrisa.

—Es evidente que tú nunca te has caído del caballo. ¿Y cómo está mi querido amigo *Karolus*, por cierto?

Grey hizo un sonido de reacia diversión.

—Rebosante de salud. ¿Y cómo está la princesa Luisa? Oh, lo siento —añadió al ver que a su amigo le cambiaba la cara—. Por favor, olvida que lo he preguntado.

El otro le hizo una señal con la mano para indicarle que no pasaba nada y alargó el brazo en busca del decantador.

—Ella también está rebosante —dijo irónicamente—, y embarazada.

—¡Mi querido amigo! —Grey estaba sinceramente contento y le hubiera estrechado la mano a Stephan para felicitarlo si la hubiera tenido libre. Al no ser así, se conformó en levantar la copa en señal de saludo—. ¡Por tu buena fortuna y la buena salud de tu familia!

Von Namtzen alzó también la copa con un aspecto ligeramente avergonzado, pero contento.

—Tiene el tamaño de un tonel de ron —añadió con pudor.

—Excelente —dijo Grey, esperando que fuera una respuesta adecuada

mientras rellenaba ambas copas.

Eso explicaba la ausencia de la princesa y de los niños. Probablemente, Luisa habría preferido quedarse con la princesa viuda Von Lowenstein, la madre de su primer marido. Aunque sólo Dios podía saber por qué.

Sobre la mesa, reposaba un cuenco lleno de flores. Crisantemos chinos de color teja. Brillaban bajo el sol del ocaso. Era algo muy extraño de ver en un pabellón de caza, pero a Von Namtzen le encantaban las flores, o por lo menos antes le gustaban mucho. Sin embargo, en aquel momento apartó el cuenco con poco cuidado, vertiendo un poco de agua sobre la mesa. La ignoró y cogió uno de los decantadores que había sobre la bandeja. Se le movió el hombro izquierdo. Era evidentemente que su mano inexistente había ido en busca de la copa de forma instintiva y un espasmo de irritación le contrajo el rostro.

Grey se inclinó hacia adelante rápidamente, cogió la copa y la sujetó para que su amigo pudiera llenarla. El aroma del brandy se deslizó hacia su nariz, dulce y punzante, un interesante contraste con el limpio y amargo olor de las flores. Le acercó la copa a Von Namtzen y después de murmurar un “*Salut!*», bebió un buen trago.

Observó el nivel del brandy del decantador y pensó que por cómo pintaban las cosas, era bastante probable que lo necesitaran antes de que acabara la velada. En apariencia, Von Namtzen seguía siendo un hombre corpulento y atractivo. La amputación no lo había hecho empequeñecer, aunque estaba más delgado y tenía más arrugas. Pero Grey era muy consciente de que algo sí había cambiado; su habitual imperturbable tranquilidad, su meticulosidad y su formalidad habían desaparecido, dejando atrás a un arrugado extraño, cuya agitación interior se percibía a simple vista; un hombre cordial e irritable a un mismo tiempo.

—No molestes —le dijo el conde con sequedad a su mayordomo, que había entrado e intentaba limpiarle la suciedad de la ropa—. Vete. Y llévate los perros.

Wilhelm miró a Grey con una sufrida mirada que decía: «¿Lo ve?». Luego chasqueó la lengua para que los perros lo siguieran otra vez hasta la cocina. Sin embargo, uno de ellos se quedó atrás repanchingado sobre la

alfombra que había ante la chimenea. Wilhelm intentó que también lo siguiera, pero Von Namtzen le hizo un gesto con la mano para que lo dejara.

—*Gustav* se puede quedar.

El mayordomo puso los ojos en blanco y murmurando algo desagradable, que incluía el nombre de *Gustav*, se fue con los demás perros pisándole los talones.

Al oír su nombre, el animal levantó la cabeza y bostezó sacando una larga lengua rosa. El perro de caza —a Grey le pareció que lo era por las orejas y el hocico— se levantó y se acercó a su amo moviendo suavemente la cola.

—¿Qué diablos es esto? —Grey se rió encantado y la tensa atmósfera se relajó un poco.

Pensó que no era más ridículo que el carlino del doctor Rigby, y por lo menos aquel perro no llevaba traje. Sin embargo, era imposible mirarlo y no reírse.

Era alguna clase de perro cazador. Negro con un cuerpo desproporcionadamente largo y las patas tan cortas que parecía que se las hubieran amputado. Parecía una salchicha extremadamente simpática, con unos enormes ojos llorosos y una robusta cola en constante movimiento.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó, inclinándose y ofreciéndole los nudillos al perro, que los husmeó y empezó a mover la cola un poco más rápido.

—Lo he criado yo mismo, el mejor que he obtenido hasta ahora.

Von Namtzen hablaba con evidente orgullo y Grey evitó preguntarle el aspecto que tenían los demás intentos que había hecho hasta entonces.

—Es increíblemente robusto.

Su amigo sonrió al oír su apreciación. Olvidó su mal humor y cogió al perro con su única mano. Se lo sentó encima para mostrarle a Grey su gran tripa calva y su increíble pecho, redondeado y musculoso.

—Esta criado para cavar, ¿lo ves? —Le cogió una de las cortas patas delanteras. Era ancha y tenía unas afiladas garras, y Von Namtzen la movió de delante a atrás para ilustrar a lo que se refería.

—Ya veo. ¿Para cavar en busca de qué? ¿Gusanos?

Ambos hombres se miraron el uno al otro con cariño, ignorando lo que

había dicho Grey. Entonces, el perro empezó a retorcerse y Von Namtzen lo dejó con suavidad en el suelo.

—Es maravilloso —dijo Stephan—. Nunca tiene miedo y es extremadamente fiero en la batalla. Aunque, como puedes ver, también es muy tranquilo.

—¿Batalla?

Grey se agachó para observar al perro más de cerca. *Gustav* se volvió en seguida hacia él, movió la cola, le dio un repentino empujón y acabó subiéndole las patas a las rodillas para olisquearle la cara con interés con su largo morro. Grey se rió y lo acarició; entonces advirtió las cicatrices que tenía sobre sus anchos hombros.

—¿Contra qué diablos ha estado luchando? ¿Contra gallos?

—*Dachse* —contestó Von Namtzen con inmensa satisfacción—. Tejones. Está creado básicamente para cazar tejones.

*Gustav* intentó apoyarse sobre las patas traseras, pero se desplomó en el suelo y se tumbó de espaldas, presentando una enorme tripa rosa para que se la rascaran sin dejar de mover la cola. Grey accedió a los deseos del perro arqueando una ceja. El animal parecía tan afable que podía dar incluso la sensación de ser un poco débil.

—Tejones. ¿Alguna vez ha matado alguno?

—Más de una docena. Mañana te enseñaré las pieles.

—¿En serio? —Grey estaba impresionado. Él había tenido algún encontronazo con algún tejón a lo largo de su vida y no sabía de nadie, incluidos seres humanos, que estuviera dispuesto a pelearse con uno. La feroz reputación de los tejones era bien merecida.

—En serio. —Stephan se rellenó la copa, se paró un momento a oler el aroma del brandy, y luego se lo bebió de un trago; un gesto muy poco adecuado, teniendo en cuenta la calidad de la bebida que estaban degustando. Se lo tragó, tosió, y se vio obligado a dejar la copa en la mesa para darse unos golpes en el pecho—. Está criado para avanzar pegado al suelo —explicó resollando, con los ojos llenos de lágrimas, mientras miraba al perro—. Va directo a la madriguera de los tejones y se pelea con ellos allí, en su propia casa.

—Los tejesones se deben de quedar muy sorprendidos.

Eso hizo reír mucho a su amigo. Por un instante, la tensión desapareció de su rostro y, por primera vez desde que había llegado, Grey pudo entrever su verdadera cara.

Animado por eso, le llenó la copa de nuevo. Pensó sugerirle una partida de cartas después de la cena —Grey había aprendido que las cartas solían aliviar las mentes llenas de problemas, siempre que uno no jugara por dinero—, pero lo pensó mejor y se abstuvo. Sabía que Stephan jugaba muy bien a las cartas, pero los gestos que requería el juego podían acentuar su discapacidad. Intentaba no mirar la manga vacía que colgaba y se mecía cada vez que Von Namtzen se movía. Se dio cuenta de que el hombro y la curva de la parte superior del brazo seguían intactas. Por lo visto, le habían amputado el brazo en algún punto por encima del codo.

Al observar cómo Stephan se iba relajando durante su plácida cena a base de huevos, *Wurst* y *Brötchen* tostado, Grey se dio cuenta de que era reacio a explicarle el verdadero motivo de su visita. Era evidente que Wilhelm tenía motivos para estar preocupado por su señor, pero él no sabía si el problema era la pérdida del brazo o algo que tuviera que ver con la princesa Luisa, porque se había dado cuenta de que su amigo apenas la mencionaba, aunque sí hablaba de sus hijos con gran afecto.

Sin embargo, y a pesar de lo que fuera que estuviera preocupando a Stephan, en algún momento tendría que hablarle de lo que lo había llevado hasta su puerta, y tenía poco tiempo. Se preguntó si sería mejor esperar hasta el día siguiente o si debía hablarle entonces mismo, aprovechando la calidez del reencuentro y la intimidad de la noche para que amortiguaran el golpe. La gran cantidad de alcohol que habían ingerido también le sería de mucha ayuda. Habían compartido una botella de vino blanco durante la cena y apenas quedaban cinco centímetros de brandy en el decantador.

Decidió esperar un poco sin saber si su decisión era resultado de la prudencia o de la cobardía. Sirvió lo poco que quedaba de aquel excelente brandy, asegurándose de que no llenaba más de la mitad de su copa. Mantuvieron una conversación ligera sobre los perros y la caza, comentaron noticias menores relacionadas con la última carta de su prima Olivia y

divertidas historias del campo de batalla. Grey sintió que la crudeza de sus propias emociones empezaba a adormecerse y sus pensamientos sobre Percy retrocedían a una distancia tolerable y decidió que lo que lo había hecho esperar había sido la prudencia.

Ya estaban a mediados de verano y los días eran mucho más largos. A través de un creciente estado de embriaguez, Grey oyó cómo el reloj daba las diez. Wilhelm había entrado poco antes a encender las velas y rellenar el decantador, pero aún podía ver la cara de Von Namtzen gracias a la tenue luz que entraba por la ventana.

Ahora, sus rasgos estaban más relajados, a pesar de que unas profundas arrugas, que iban de la nariz a la boca y que no estaban allí el año anterior, se le veían muy marcadas. La boca de su amigo había abandonado su dulce firmeza habitual para convertirse en una línea recta cuya severidad sólo desaparecía cuando Grey conseguía hacerlo reír. Sintió el repentino impulso de alargar el brazo, coger la mejilla de su amigo con la mano e intentar borrarle aquellas arrugas con el pulgar. Consiguió resistir el impulso y dejó que Stephan le rellenara la copa. Pronto. Tendría que empezar a hablar muy pronto, cuando aún fuera capaz de hablar.

—Hay casi luna nueva —observó Stephan, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la ventana, donde la tenue hoz brillaba sobre un cielo lavanda que se extendía por encima del bosque—. Los tejones suelen salir de sus madrigueras cuando hay luna nueva. Tal vez saquemos a *Gustav* mañana por la noche. ¿Te quedarás unos días, *ja*?

Grey negó con la cabeza y se preparó.

—Sólo puedo quedarme uno o dos días. En realidad, me temo que he venido con un desagradable encargo.

En ese momento, los grises ojos de Stephan estaban ligeramente desenfocados, pero levantó la cabeza, dejó de mirar la copa que se acababa de servir y lo miró con curiosidad y simpatía.

—¿*Ah, ja? Was denn?*

—Sobre el lugarteniente Weber —contestó Grey, esperando que su voz sonara despreocupada—. Michael Weber.

Se sintió muy raro al decir el nombre; se notó una sorprendente

resistencia en la lengua y luchó por evitar las desagradables imágenes que lo asaltaban al escuchar o decir el nombre de Weber: la imagen de sus musculosas, pálidas y tensas nalgas, los arrugados calzones de color beis en el suelo, y el habitual escalofrío de ira que acompañaba a esa imagen.

—Me gustaría hablar con él, si no tienes inconveniente.

Von Namtzen frunció el cejo. Negó con la cabeza mientras tragaba y esbozó una mueca, como si el licor le estuviera haciendo daño en la garganta.

—¿Tienes alguna objeción? —Grey arqueó una ceja.

Stephan volvió a negar con la cabeza, dejó la copa y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Está muerto. —Lo dijo con voz ronca. Luego negó de nuevo con la cabeza y se aclaró la garganta para repetir de un modo más claro—: *Er ist tot.*

Grey ya lo había oído la primera vez.

—¿Qué ocurrió? —preguntó. Se le había parado el corazón al oír las palabras de Von Namtzen, y le empezó a latir de nuevo provocándole una dolorosa sacudida.

Stephan alargó el brazo para coger el decantador, a pesar de que su copa estaba casi llena.

—Yo le disparé —explicó muy tranquilo.

—¿Tú...? —Grey ahogó una exclamación e inspiró con fuerza—. ¿Cómo? —preguntó con toda la tranquilidad de que fue capaz—. Quiero decir... ¿tú lo ejecutaste? ¿Personalmente?

—No. —No hacía demasiado calor en la habitación, pero en el rostro de Stephan se había formado una capa de sudor. Grey lo vio brillar cuando él volvió la cabeza, intentando coger el decantador.

»Tienes que comprenderlo. Habría sido ejecutado; si hubieran llegado a juzgarlo le habrían colgado. Eso habría destrozado a la familia y tienen otros hijos en el ejército. Su reputación hubiera quedado destruida. Hace muchos años que conozco a la familia. Su padre es amigo mío. Michael... —Se frotó los labios con fuerza con la mano—. Yo conocía a ese chico. Lo conocía desde el día en que nació.

*Gustav*, al notar que su dueño estaba intranquilo, se acercó y se sentó a sus pies, intentando ofrecerle consuelo. Por un momento, Grey deseó poder



actuar de aquella forma tan franca, pero lo mejor que podía hacer por el momento era guardar silencio.

Von Namtzen lo miró directamente a los ojos por primera vez. El alcance de su pena brillaba en su mirada inyectada en sangre y se reflejaba en sus oscuras ojeras.

—No podía dejar que algo así le sucediera a él, a su familia. —Inspiró con fuerza y agarró la copa con rabia, como si eso pudiera darle apoyo—. Así que lo saqué del calabozo en el que estaba diciendo que yo me encargaría de llevarlo a su pueblo. Por el camino, nos encontramos con una compañía de forajidos franceses. Yo sabía dónde estaban, mis exploradores me lo habían dicho. Hubo una refriega. Le había vuelto a dar a Michael su espada y su pistola. Le ordené que cogiera a sus hombres y fuera tras el enemigo.

Stephan se quedó en silencio. Era evidente que estaba recordando el suceso.

—¿Crees que él lo sabía? —preguntó Grey en voz baja—. ¿Lo que pretendías?

Su amigo asintió muy lentamente.

—Sabía que iba a morir. Pude ver el pensamiento bailando en sus ojos mientras cabalgábamos. Se agarró a ese pensamiento y dejó que lo consumiera por dentro. Yo mismo vi cuándo lo asaltó. Es algo que sabes. ¿Conoces ese momento en que un hombre se olvida de todo y no le queda nada salvo el *Kriegswahn*?

No era un término con un equivalente exacto en otros idiomas; tal vez se pudiera denominar como «la locura de la batalla». No esperó a que Grey asintiera y siguió hablando:

—Los hombres también lo sabían. Lo habían tratado con desdén, pero cuando recibieron su orden, se pusieron todos tras él; eran la viva imagen de la lealtad. Michael siempre fue un buen soldado. Muy valiente. Pero esto... Levantó la espada y cargó contra los franceses, de pie sobre los estribos, gritando, con todos sus hombres apoyándolo. Jamás había visto antes tal ferocidad, tal coraje, y yo he visto muchas cosas. *Er war... ein Prachtkerl.*

Bajó tanto la voz que Grey apenas pudo oír la última palabra.

Significaba «glorioso, radiante, precioso». Y con la sensación de

intimidad que aparece con la embriaguez, a Grey le pareció, por un instante que podía ver a aquel hombre tal como lo había visto su amigo, glorioso en su viaje hacia la destrucción, hacia su final de guerrero y, por debajo de aquello, la personal percepción de Stephan de su belleza como hombre; mortal, efímero.

Esa sensación le provocó una profunda punzada en el pecho, la afilada punzada de sus propios celos estimulados por aquella imagen final del hermoso chico, aquel Weber cuya cara de ángel caído había visto tan brevemente, aceptando el noble regalo que le había hecho su superior, la posibilidad de una muerte noble.

Von Namtzen dejó la copa de brandy y se agachó con torpeza para acariciar al perro, que gimió y lamió la mano de su dueño.

—Pero no lo mataron —continuó sombrío con su cabeza rubia agachada sobre el perro—. Ni siquiera lo hirieron.

Levantó la cabeza, pero no miró a Grey. Sus ojos se posaron sobre el cuenco de crisantemos, que entre las sombras de la habitación ya no tenían el color de la sangre seca.

—Dirigió muy bien a sus hombres, mató a tres franceses él solo y luego hizo que los demás huyeran en desbandada. Entonces se quedó solo un instante en la linde del bosque; todos sus hombres habían ido tras los franceses. Él se volvió para mirarme.

Lo hizo con una expresión tal de terror y desesperación, que Von Namtzen acabó rebuscando a toda prisa su pistola mientras espoleaba a su caballo hacia Michael. Actuó casi por impulso; la necesidad que sentía de responder a aquel grito mudo era tan intensa que no pudo hacer otra cosa.

—Pasé a tan sólo algunos centímetros de él y le disparé justo en el corazón. Nadie lo vio. Entonces me bajé del caballo y le cogí entre mis brazos. Tenía la ropa húmeda y su cuerpo seguía caliente de la batalla.

Stephan cerró los ojos. Soltó un profundo suspiro que le salió de dentro y pareció deshincharlo. Toda su robusta figura se desplomó.

—Luego lo tumbé sobre la silla de su caballo y se lo llevé a su madre —continuó con rotundidad—. Un héroe muerto para que lo honraran y celebraran. No un desgraciado sodomita cuyo nombre jamás podría volver a

pronunciarse en su familia.

Entonces se hizo un silencio que sólo quebró el sonido de una asustada becada que graznaba en el bosque. Luego ululó un búho cerca de allí y su silenciosa sombra pasó volando por la ventana; empezaba la reunión nocturna.

Grey quería hablar, pero la furia, el brandy y el dolor por Weber, por Percy, por Von Namtzen, y también por sí mismo, anidaron en su garganta, tan amargos como el olor de los crisantemos.

—*Er war ein Prachtkerl* —murmuró Stephan de nuevo en voz muy baja y sofocada. Echó el sillón hacia atrás, se puso en pie y se desplazó con torpeza por la habitación. Su manga vacía casi golpeó al perro cuando se puso de pie.

*Gustav* resopló, sorprendido, y se levantó moviendo lentamente la cola mientras vacilaba, sin estar seguro de hacia adónde debía seguirlo.

—Toma —dijo Grey al darse cuenta de la perplejidad del perro. Su voz era áspera y se aclaró la garganta para repetir—: *Hier, Gustav*. —Y le enseñó un trocito de Wurst frío—. Ya verás cómo te gusta. La verdad es que tú mismo te pareces mucho a una salchicha, ¿sabes? —añadió, e inmediatamente se sintió mal por haberlo insultado.

»*Entschuldigung* —murmuró, disculpándose.

Pero *Gustav* no se había ofendido y aceptó el pedacito de carne con elegancia mientras movía la cola de un lado a otro.

Grey contempló el movimiento un instante y luego cerró los ojos al sentirse un poco mareado. Debería llamar a Wilhelm. Debería irse a la cama. Debería... El pensamiento se desvaneció antes de formarse en su mente. Cruzó los brazos sobre la mesa que tenía delante y apoyó la cabeza en ellos.

Había bebido mucho y sólo era medio consciente de su cuerpo. Sin embargo, notaba perfectamente cómo le ardían los ojos y le dolían las articulaciones, como si se hubiera puesto enfermo. De repente, pensó que le gustaría encontrar alivio en el llanto, pero después de todo lo que había bebido, se sentía reseco, con la garganta pegajosa, y tuvo la oscura sensación de que no se merecía tal alivio.

Un peso suave se apoyó en su pierna y el aliento del perro le calentó la

carne. Alargó una mano a ciegas y acarició la sedosa cabeza del animal una y otra vez mientras inhalaba su intenso aroma almizclado. El movimiento consiguió mantener sus pensamientos bajo control, la fatiga pudo con ese ejercicio y su cuerpo se relajó. Apenas podía notar la madera de la mesa bajo su mejilla; volvió a oír al búho ululando en la oscuridad.

Cuando Tom Byrd fue a buscarlo, estaba profundamente dormido. *Gustav* el Dachshund estaba tumbado en el suelo, junto a él, con su largo y atento hocico descansando sobre su bota.

El guardabosques les aseguró que la madriguera de los tejones estaba a un kilómetro y medio de la casa, así que se metieron en el bosque, disfrutando de la suavidad de la temperatura. Era verano y el sol seguía brillando en el cielo pasadas las nueve de la noche, por lo que la caza de tejones transcurría bajo una tenue y brillante luz que hizo sentir a Grey como si estuvieran en una expedición para capturar elfos o hadas en lugar de aquellos pequeños y feroces animales.

Von Namtzen y él no se habían dicho nada durante el día, pero la sensación de que aún les quedaban cosas pendientes seguía flotando entre los dos.

El guardabosques y su hijo caminaban cerca de ellos y vigilaban a *Gustav*, que trotaba con solidez, dirigiendo su larga nariz hacia los aromas del aire de la noche. La conversación se centraba en pequeños temas impersonales.

Grey no se había planteado qué debía esperar de una caza de tejones. Cuando llegaron a la madriguera, que estaba en la ladera de un cerro, el guardabosques excavó un poco; cuando se retiró, se podía ver la boca de un oscuro túnel. *Gustav* empezó a agitarse con emoción cuando el viento cambió de sentido y les llegó un olor tan intenso que incluso el débil olfato de Grey pudo distinguirlo.

Al perro se le erizó el pelo de la espalda y empezó a aullar con entusiasmo. Luego ladró como si estuviera retando a los tejones. Sin

embargo, si había alguno en la madriguera no salió, y a la señal de Von Namtzen el guardabosques soltó al perro, que corrió hacia la entrada del túnel, se detuvo un momento para excavar como un loco, haciendo volar la tierra con sus robustas patas, y luego metió sus anchos hombros por el agujero y desapareció de la vista moviendo la cola con entusiasmo.

De dentro procedían sonidos de resoplidos y arañazos y Grey vivió una momentánea pesadilla imaginando lo que sería avanzar en la oscuridad, encerrado, atrapado, tragado por la tierra, sabiendo que lo esperaban unos dientes y una furia invisibles en algún lugar allí delante.

Le comentó algo de eso a Stephan y su amigo se rió.

—Afortunadamente, los perros no tienen problemas con la imaginación—respondió—. Ellos viven el momento. No temen el futuro.

Esa posibilidad tenía un evidente encanto, pero Grey advirtió que parte de su ventaja dependía de lo que estuviera ocurriendo en aquel momento en particular. Justo en ese instante, *Gustav* parecía estar viéndoselas con un furioso tejón, y Von Namtzen, también presa de la imaginación, pareció temerse lo peor mientras se agarraba al brazo de Grey con su única mano sin dejar de maldecir y rezar en alemán.

Alguno de esos conjuros debió de surtir efecto, porque al cabo de un angustioso momento de silencio, algo se movió en la entrada del túnel y *Gustav* hizo su aparición lentamente desde las entrañas de la tierra, arrastrando en las fauces el cuerpo de su enemigo.

Dejaron que el perro destripara a su presa y que jugara con los gloriosos restos. Luego, el guardabosques se llevó al triunfante vencedor a que le curaran una oreja y dejaron que Grey y Von Namtzen los siguieran a su paso.

El sol por fin se había puesto tras los árboles, pero el último de sus tenues rayos seguía brillando en el cielo, llenándolo de una luz dorada. Ya quedaba muy poco para que se volviera gris, pero durante unos pocos segundos, las ramas de los árboles quedaron recortadas contra aquel cielo de oro, cada ramita, cada hoja, nítida y preciosa.

Los dos hombres permanecieron mirando el paisaje un momento, ambos perdidos en sus pensamientos. Grey oyó suspirar a Stephan cuando la luz empezaba a desaparecer.

—Éste es mi momento favorito del día —dijo su amigo.

—¿En serio? ¿No te resulta demasiado melancólico?

—No, en absoluto. Todo está en silencio. Me siento... solo.

—*Allein?* —preguntó Grey en alemán—. *Allein oder einsam?* —Solo en el sentido de solitario, o en paz.

—*Allein. In Ruhe* —contestó Von Namtzen sonriendo un poco—. Durante el día siempre estoy ocupado, y por la tarde siempre hay eventos, banquetes, entretenimientos. Pero nadie me pide que haga nunca nada cuando se pone el sol. ¿No te gusta?

Hizo un gesto con la cabeza hacia el espectáculo que tenían delante. Habían salido del bosque por la cima de una pequeña colina, no estaban muy lejos de la casa. Waldesruh y su establo quedaban un poco por debajo de ellos. Las sólidas formas de la casa se habían suavizado a la luz del crepúsculo y la hacienda parecía estar a punto de desvanecerse bajo tierra. Daba la sensación de que los árboles que flotaban oscuros y silenciosos en la ladera de detrás fueran a cubrirla por completo.

A Grey le pareció un poco desalentadora la idea de que todo se pudiera desvanecer de su vista y que podrían quedarse solos para enfrentarse a la noche en el bosque. Sin embargo, en ese momento, entendió el sentimiento de Stephan y lo compartió. Estar solo, poder dejar las cargas personales al pie de los árboles y olvidarlas, aunque sólo fuera por un momento, en las profundas sombras del bosque.

—*Ja* —dijo—. *Wunderschön.* —«Maravilloso.»

Se quedaron allí, algunos minutos, sin hablar. Observando cómo desaparecía el último vestigio de color del cielo, cómo empezaban a borrarse los contornos de las ramas y a mezclarse con la oscuridad, a medida que la noche caía irremediabilmente sobre la tierra.

—¿Y bien? —preguntó Stephan al cabo de un rato con naturalidad—. ¿De qué se trata?

Grey inspiró con fuerza el frío aire del bosque y le explicó el asunto con la mayor concisión posible.

—¡Oh, qué angustioso para tu familia! Mi querido amigo, lo siento mucho. —La voz de Von Namtzen estaba llena de compasión—. ¿Qué crees

que le ocurrirá a él?

—No lo sé. Supongo que lo juzgarán. Y lo más seguro es que lo declaren culpable. Pero la sentencia... —Se le apagó la voz. El recuerdo de Otway, de cómo lo arrastraron, de cómo gritó hasta llegar al patíbulo... Esa imagen lo angustiaba a diario, pero pensó con cierta superstición que hablar de la posibilidad en voz alta significaba invocarla—. No lo sé —insistió.

—Lo declararán culpable —repitió Stephan frunciendo el cejo—. ¿Había más testigos, además del capitán Hansen?

—Sí. Un oficial llamado Custis y yo.

Von Namtzen se quedó de piedra y soltó el saco en el que llevaba el tejón para cogerlo a él del brazo.

—*Großer Gott!*

—Sí, creo que eso resume muy bien todo el asunto.

—¿Tendrás que hablar, testificar sobre el caso?

—A menos que me las arregle para que alguien me asesine antes de que se celebre el juicio, sí.

Su amigo hizo un sonido de profunda preocupación y negó con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al cabo de un rato.

—Vivir el momento —respondió Grey, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al sangriento saco—. Y esperar que, cuando llegue mi hora, yo también pueda emerger de las entrañas de la tierra y volver a mirar el cielo.

Stephgan no llegó a reírse, pero resopló por la nariz. Luego lo guió hacia un camino flanqueado por árboles floridos que iban soltando pequeños pétalos blancos sobre ellos, como copos de nieve.

—Me alegré mucho al saber que el regimiento de tu hermano se uniría a las tropas del duque Ferdinand —dijo, intentando retomar una conversación superficial—. No sólo por su valiosa ayuda, sino porque tenía la esperanza de recuperar nuestra amistad.

—Yo también —admitió Grey con sinceridad—. Lo único que lamento es que no nos podamos ver sólo como amigos, libres de estas desagradables consideraciones como la que hemos compartido.

Von Namtzen se encogió de hombros.

—Somos soldados —dijo con sencillez—. Jamás nos veremos libres de

esa clase de cosas. Y eso también forma parte de nuestra amistad, ¿no crees?

Grey no estaba seguro de si se referiría a la profesión que compartían o al hecho de que los dos estuvieran implicados en recurrentes situaciones desagradables, pero en cualquier caso era cierto y se rió con pesar.

—Sea como sea —continuó Von Namtzen frunciendo sus pobladas cejas—. Es muy desafortunado.

—Sí, lo es.

—No sólo el suceso. —Stephan hizo un breve gesto con su brazo desaparecido que le hizo perder el equilibrio y tambalearse, pero se recuperó y murmuró—: *Scheisse!* —luego continuó—: Es desafortunado que implicara tanto a tropas inglesas como a tropas prusianas. Si se hubiera tratado de nuestros hombres, y sólo lo hubieran presenciado nuestros oficiales, se podría haber resuelto con más discreción.

Grey lo miró. Ese aspecto de la situación no se le había pasado por alto. La comandancia inglesa no se podía permitir tratar aquel asunto con ligereza por temor de perder prestigio ante sus aliados alemanes. No había pensado mucho en la otra parte, pero suponía que para los alemanes sería exactamente lo mismo.

—¿Habrías hecho lo que hiciste en caso de no existir la certeza de un juicio seguido de una ejecución pública?

—¿Matar a mi lugarteniente? —Von Namtzen no pensaba aceptar ningún paliativo de la realidad—. No lo sé. Si los dos hombres hubieran sido alemanes, es posible que sólo los hubieran expulsado del ejército; tal vez los habrían encarcelado durante un tiempo; o los hubieran desterrado. Creo que no habría ningún juicio.

—Así que fue mi presencia, en parte, lo que provocó todo esto. Lo siento muchísimo. —Sólo Dios sabía cuánto.

Entonces su amigo volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa sorprendentemente tierna.

—Jamás lamentaría tu presencia, John. Las circunstancias no importan. —Jamás había utilizado el nombre de Grey sin emplear el «lord», a pesar de que él le había invitado a hacerlo en numerosas ocasiones. Y en ese momento lo dijo con cierta timidez, como si no estuviera seguro de tener permiso para



tratarlo con tanta familiaridad.

Stephan tosió; parecía avergonzado de su confesión y se apresuró a continuar:

—Por supuesto, ni que decir tiene lo que había que hacer en cualquier caso. Por una parte, nosotros, el ejército, no toleramos tales perversiones. Las penas son severas. Por otra parte... —observó su manga vacía y esbozó media sonrisa—, está Federico.

—Fede... ¿quién, el rey?

—Sí. ¿No conoces la historia? —le preguntó su amigo.

—¿Cuál? —quiso saber Grey—. Ese hombre siempre está en boca de todo el mundo, y me imagino que alguna de las historias que se cuentan serán ciertas.

Von Namtzen se rió al oír eso.

—Ésta es cierta —le aseguró—. Mi padre estaba presente en la ejecución.

—¿La ejecución? —repitió Grey sorprendido—. ¿La de quién?

—La del amante de Federico. —Había dejado de reírse, pero seguía sonriendo—. Cuando era un jovencito, su padre, el viejo rey, ¿sabes?, lo obligó a unirse al ejército a pesar de que él lo aborrecía terriblemente. Según decían, le parecía un espantoso derramamiento de sangre. Pero inició una intensa relación con otro soldado joven y los dos decidieron fugarse juntos del país.

—Los cogieron, claro —dijo Grey, sintiendo un repentino vacío en el pecho.

—Por supuesto. —Stephan asintió—. Los trajeron de vuelta. Los dos fueron acusados de desertores y de traición, y el viejo rey hizo que decapitaran al amante de Federico en el patio. Y a él lo obligó a mirar desde uno de los balcones. Mi padre me dijo que se desmayó antes de que cayera la cuchilla.

Grey sintió un repentino frío en la cara y las gotas de sudor que le perlaban la frente. Tragó saliva con fuerza intentando aliviar una sensación de repentino mareo.

—Hubo cierto debate —prosiguió Von Namtzen con naturalidad— sobre si Federico debía afrontar el mismo destino, fuera o no fuese el hijo del rey.

Pero al final...

—Se rindió a lo inevitable, y no sólo se convirtió en soldado, sino en un gran soldado.

Stephan soltó una carcajada.

—No, pero lo que sí hizo, después de pasar un año en prisión, fue acceder a casarse. Ignoró a su esposa; cosa que sigue haciendo. Y no tienen hijos —añadió con tono desaprobador—. Pero ahí está ella. —Se encogió de hombros—. Su padre le legó el castillo de Rheinsberg y pasó muchos años allí, rodeado de músicos y actores, pero entonces... —se volvió a encoger de hombros—, el viejo rey murió.

Y Federico, repentinamente consciente de que su herencia consistía en varios sabrosos pedazos de desconectadas y vulnerables tierras, la mayoría de ellas supervisadas por los Habsburgo de Austria, se apresuró a convertirse en soldado. Con lo cual unificó sus territorios, robó las tierras de Silesia de los austríacos y dos años antes decidió invadir Sajonia, convirtiéndose en enemigo no sólo de los austríacos y los sajones, sino también de Rusia, Suecia y Francia.

»Y aquí estamos —concluyó Von Namtzen.

—No es un caballero dado a las medias tintas.

—No, no lo es. Ni tampoco es ningún tonto. Sea cual sea la naturaleza de sus afectos, ahora los mantiene en privado. —Stephan hablaba con gravedad. Entonces sacudió la cabeza como un perro que se sacude el agua—. Vamos. Pronto oscurecerá.

Ya había oscurecido. El aire que soplaba entre los árboles se había espesado y el bosque se había encerrado en sí mismo. El camino que tenían delante aún se veía, pero cuando volvieron a pasar bajo los árboles, el suelo bajo sus pies parecía poco sólido y las rocas y las matas de hierba apenas eran visibles.

Tenían que esforzarse mucho para caminar sin caerse y tuvieron que hacerlo sin conversar. Grey aprovechó para reflexionar sobre la historia del rey de Prusia y su amante, y sobre la ironía de que éste no hubiera sido ejecutado por crímenes de la carne ni por seducir a su príncipe, sino por traición. Mientras que el capitán Bates... Tuvo la sensación de que sus

sardónicos ojos le observaban desde el bosque y aceleró el paso, sintiendo que la oscuridad le pisaba los talones.

Aunque él no era el único que tenía miedo. Podía sentir la inquietud de Stephan, verla en la extraña postura de sus anchos hombros tensos como si temiera algún peligro.

En pocos momentos alcanzaron el borde del claro donde estaba la casa y emergieron con una compartida sensación de alivio, envueltos en una suave niebla color lavanda. El claro parecía un estanque de luz que hubiese quedado atrapado en las manos del bosque.

Se detuvieron un momento mientras recuperaban la compostura. Von Namtzen en seguida retomó el paso en dirección a la casa, pero Grey le detuvo apoyándole la mano sobre el brazo.

—Enséñamelo, Stephan —le pidió de repente, sorprendiéndolos a ambos. Su amigo palideció.

—*Deinen Arm* —añadió, como si su petición fuera absolutamente lógica.

Stephan lo miró sin expresión en el rostro y luego desvió la vista. Grey ya se estaba regañando a sí mismo por su torpeza, cuando la mano de Stephan se posó sobre el alfiler que sujetaba la manga suelta al pecho de su abrigo.

Se quitó éste sin dificultad. Seguía sin mirar a Grey, pero cuando tenía la mano sobre la tela del pañuelo que llevaba anudado al cuello, se detuvo.

—*Hilf mir* —dijo con suavidad.

Grey se acercó a él y, pasándole los brazos por detrás de la cabeza, le deshizo el nudo del pañuelo. Notó su piel muy cálida y el pañuelo húmedo. Éste se soltó de repente y lo dejó caer al suelo.

—Me parece que no sería un buen ayuda de cámara —comentó, intentando hacer un chiste mientras se agachaba para recoger el pañuelo. Con el rabillo del ojo, vio la garganta de Stephan, larga y poderosa, y observó la marca roja que el pañuelo le había dejado sobre la piel. Lo vio tragar saliva y de pronto supo lo que tenía que hacer.

Le quitó la camisa con suavidad y sin más torpezas. Estaba preparado y la visión no lo impresionó, aunque cuando pensó que el sólido brazo de su amigo y su ancha mano ya no estaban, se entristeció. El muñón era muy limpio. La amputación había sido hecha justo por encima del codo. Las

heridas se habían cosido muy bien y ya habían cicatrizado, pese a que seguían siendo de un rojo muy intenso.

Los músculos de Stephan se tensaron inmediatamente cuando Grey lo tocó, y éste silbó suavemente entre los dientes, como si su amigo fuera un caballo nervioso. Eso hizo que Stephan resoplara un poco, con un sonido que no era exactamente una risa. Grey le deslizó una tranquilizadora mano por la curva del hombro y, con su pulgar, resiguió la hendidura que había entre los músculos de la parte superior de su brazo.

Grey pensó que Von Namtzen tenía una piel preciosa. En el pecho sólo se le veían algunos pelos dorados. No tenía poros abiertos, era suave y desprendía una claridad que atraía tanto la mano como el ojo.

«Parece que estés hecho de porcelana —pensó. Pero no lo dijo—. Y te rompes con la misma facilidad, ¿verdad?»

Levantó el sumiso brazo y le dio un suave beso al final del muñón.

—*Schon gut* —dijo.

Vio cómo los músculos del vientre de Stephan se tensaban bajo su piel. El aire de la noche era suave, pero podía oler el repentino sudor de su amigo, salado y almizclado, y él también se tensó de pies a cabeza. Pero aquél no era el momento ni el lugar, ni el hombre. Si permitiera que Stephan reconociera sus verdaderos deseos en aquel preciso instante, lo destruiría, y Grey no podría soportar ser el responsable de esa destrucción. Tampoco se hacía ilusiones sobre su propia fragilidad.

Aunque tal vez había una cosa que sí pudiese darle a Stephan. Tal vez no lo ayudara —a Percy no lo había ayudado—, pero era cuanto tenía.

—Te quiero, hermano —dijo, poniéndose derecho y mirándolo a los ojos—. Así que deja ya de intentar matarte, ja?

Cogió la camisa y la hizo rodar por sus manos para que quedara bien estirada cuando la pasó por encima de la cabeza de Stephan. Lo ayudó a pasar los brazos por las mangas y se agachó para coger el abrigo.

—Creo que serías un gran ayuda de cámara —observó Von Namtzen. Luego se sonrojó con tanta intensidad que Grey se dio cuenta incluso a pesar de la falta de luz—. *Entschuldigung!* No pretendía insultarte.

—Creo que es un gran cumplido —aseguró él con solemnidad—. Tengo

hambre. ¿Nos vamos a casa y cenamos?

## 27. Lo más honorable

**Cuando** volvió al campamento, Grey estaba mucho más tranquilo, e hizo frente a todas las preguntas y expresiones de compasión con una distante e impecable cortesía que consiguió mantener a cuantos lo cuestionaban, así como a sus propios sentimientos, a una distancia segura. Sin embargo, esa técnica le resultó completamente ineficaz con Hal.

Ya habían pasado varios días desde su regreso cuando por fin vio a su hermano. Éste había estado con el duque Ferdinand y apareció en su tienda después de cenar, sin que nadie lo anunciara y se sentó, sin que nadie lo invitara a hacerlo, al otro extremo de la mesa en la que Grey estaba escribiendo órdenes.

—¿Tienes un poco de brandy? —le preguntó sin más preámbulos.

Grey alargó el brazo por debajo de la mesa sin hacer ningún comentario y cogió una botella de excelente licor que le había dado Von Namtzen. Ya estaba medio vacía, pero seguía quedando una buena cantidad.

Hal asintió a modo de agradecimiento, cogió la botella con las dos manos y bebió. Luego la dejó y se estremeció un poco. Colocó los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Se rascó despacio la cabeza por debajo de la peluca y finalmente levantó la vista. Tenía los ojos inyectados en sangre a causa de la fatiga del viaje y en ellos se reflejaba un cansancio que iba mucho más allá de la fatiga corporal.

—¿Has visto a Wainwright desde que has vuelto?

Grey negó con la cabeza sin decir una sola palabra. Sabía muy bien dónde estaba Percy: en un pequeño calabozo de un pueblo cercano. Se había encargado de hacer las averiguaciones mínimas para asegurarse de que estuviese bien alimentado; aparte de eso, había tratado de no pensar mucho

en él. Sin éxito, pero lo intentaba.

—Supongo que la noticia ya está en boca de todos —dijo. Su voz sonaba ronca; hacía mucho rato que no hablaba con nadie y se aclaró la garganta—. ¿Lo sabe el duque?

Hal hizo una mueca y bebió otro trago.

—Lo sabe todo el mundo, aunque el asunto aún no se ha tratado de un modo oficial.

—Supongo que habrá un consejo de guerra.

—La opinión general entre los altos mandos es que sería mucho mejor que no se celebrara.

Grey se quedó mirándolo fijamente.

—¿A qué diablos te refieres con eso?

Hal se frotó la cara con la mano.

—Si fuera un soldado raso, no importaría —contestó con la voz amortiguada. Luego se apartó la mano de la cara y negó con la cabeza—. Se le haría un consejo de guerra, lo colgarían o lo encarcelarían y asunto resuelto. Pero no lo es. Es un maldito miembro de la familia. No se puede hacer de un modo discreto.

Grey estaba empezando a sentir una desagradable opresión en el pecho.

—¿Y qué es lo que creen que sí se puede hacer de un modo discreto? ¿Juzgarlo y condenarlo por algún otro motivo?

—No. —La voz de Hal carecía de toda emoción—. Eso se podría hacer si nadie supiera lo que ha pasado realmente. Pero las circunstancias... —Bebió otro trago de brandy, tosió y luego siguió tosiendo, con la cara roja—. Desafortunadamente —continuó, con la voz quebrada—. Eso es lo que no dejaba de repetir Brunswick de esa forma tan peculiar que tiene: muy desafortunado.

Ferdinand estaba mucho peor situado que el rey Federico. Éste era el comandante absoluto de su ejército, mientras que Ferdinand dirigía algunos contingentes de fuerzas aliadas y debía responder ante un buen número de príncipes por las tropas que le habían facilitado.

—Algunos de esos príncipes son estrictos luteranos y tienen una visión bastante rígida de determinados asuntos. Ferdinand tiene la sensación de que

no se puede arriesgar a ganarse sus antipatías; por lo menos no por nosotros —añadió con amargura.

Grey se quedó mirando la mesa y empezó a frotar la superficie con los dedos con suavidad.

—¿Y qué pretende hacer? ¿Ejecutar a Wainwright directamente, sin juicio?

—Eso le encantaría —contestó Hal, recostándose en la silla y suspirando—. Pero provocaría aún más revuelo y escándalo. Y, por supuesto —añadió, alargando el brazo para volver a coger el brandy—, yo le he informado de que me vería obligado a retirar mis tropas y a presentar una queja oficial ante el rey, o ante los reyes, el nuestro y Federico, en caso de que se atreva a tratar a un soldado inglés de esa forma.

El nudo que se le había hecho a Grey en la garganta se aflojó un poco. La partida del regimiento de Hal no destruiría el ejército de Ferdinand, pero sería un duro golpe, y el alboroto resultante podría provocar la fragmentación de sus demás aliados.

—Entonces, ¿qué proponen que hagamos? ¿O qué propones tú? —preguntó—. ¿Dejarlo encerrado con la esperanza de que se ponga enfermo y muera para que así podamos olvidarnos de esta incómoda situación? —Lo había dicho con ironía, pero Hal lo miró de una forma un tanto extraña y tosió de nuevo.

Sin decir una sola palabra, cogió el zurrón que había dejado en el suelo junto a la mesa y sacó una pistola. Era antigua, una arma alemana.

—Quiero que vayas a verle —dijo.

—¿Qué? —preguntó Grey con incredulidad.

—¿Sabes lo que le ocurrió al... —su hermano buscó la palabra adecuada— acompañante de Wainwright?

—Sí. Von Namtzen me lo explicó. ¿Estás pidiéndome seriamente que vaya a visitar a Percy y lo asesine en el calabozo?

—No. Estoy sugiriendo que vayas a visitarlo, le des esta pistola, y... lo animes a hacer lo más honorable. Será lo mejor para todos —añadió Hal en voz baja, agachando la cabeza para mirar la superficie de la mesa—. Incluido él.



Grey se levantó violentamente y casi tiró la mesa al hacerlo, luego salió de la tienda. De repente, tuvo la sensación de que iba a explotar en mil pedazos si no se movía.

Anduvo a ciegas por el campamento, recorriendo el camino principal con tiendas a ambos lados. Era consciente de que los hombres lo miraban. Algunos lo saludaban o lo llamaban, pero él no contestaba y entonces se callaban y lo miraban con asombro.

«Lo mejor para todos.»

«Lo mejor para todos. Incluido él.»

—Incluido él —susurró para sí mismo. Llegó al final del camino, se dio media vuelta y volvió andando por donde había venido. Esa vez nadie lo saludó; sólo lo miraban fascinados, como si estuvieran viendo una procesión. Llegó a su tienda, levantó la lona y entró. Hal seguía sentado a la mesa, frente a la botella de brandy y la pistola.

Grey sintió que las palabras se agolpaban en su garganta como trozos de grava y las masticó con fuerza, sintiendo cómo crujían entre sus dientes.

«¡Tú eres el maldito cabeza de familia! ¡Tú eres su coronel, su comandante! Y también su maldito hermano tanto como yo.»

Podría haber escupido cualquiera de esas palabras o todas ellas. Pero vio el rostro de Hal. La profunda fatiga que se reflejaba en él, la presión del combate y, de nuevo, del escándalo y los rumores. La eterna e inexorable lucha por mantenerlo todo bajo control.

No dijo nada. Se limitó a coger la pistola y la metió en su zurrón.

«Tú proteges a todo el mundo, John —dijo la voz de Percy con comprensión—. Supongo que no puedes evitarlo.»

Se apartó de la mesa, abrió un pequeño arcón que contenía sus utensilios y sacó dos tazas de estaño.

—Seamos civilizados —dijo con tranquilidad, mientras dejaba las tazas sobre la mesa.

Percy estaba sentado en el banco de madera que le servía de asiento, cama y

mesa. Miró hacia arriba cuando se abrió la puerta, pero no se movió. Sus ojos se clavaron en el rostro de Grey, cautelosos.

La pequeña habitación blanca en la que estaba retenido parecía bastante limpia, pero el hedor golpeó a Grey como un puñetazo. No había ventana y el aire estaba enrarecido y húmedo; olía a piel y ropa sucia. Era evidente que aquel lugar era una antigua despensa, pues del techo seguían colgando hileras de cebollas y negras filas de morcillas. El olor de la comida batallaba contra el que desprendía un cubo lleno de excrementos que había en una de las esquinas, sin tapa y sin vaciar. Una protesta ante esa pequeña afrenta brotó hasta sus labios, pero los apretó y se la tragó, haciendo una señal con la cabeza en dirección al guardia. Teniendo en cuenta su encargo, ¿qué importancia tenían esas cosas?

Había unas estrechas rendijas bajo los aleros, en el techo de la habitación, pero ésta permanecía en sombras, quebradas por el movimiento de las hojas del árbol que colgaba sobre el edificio. Grey se movió bajo la tenue y fragmentada luz con la sensación de que lo estaba haciendo bajo el agua, cada uno de sus pensamientos y sus movimientos parecían ralentizados.

La puerta se cerró tras él. Los pasos se alejaron y se quedaron solos, sin peligro de que nadie pudiera oírlos. Se percibían ruidos lejanos: botas que se arrastraban, el grito de algunas órdenes distantes en la plaza y el sonido de los bulliciosos camaradas en la taberna de al lado.

—¿Te están tratando bien? —Sus palabras eran secas, desprovistas de emoción. Grey sabía muy bien la clase de actitud que mostraban los guardias con los prisioneros acusados de practicar la sodomía.

Percy desvió la vista, torciendo un poco la boca.

—Yo... sí.

Grey dejó en el suelo el taburete que le había dado el guardia y se sentó. Había imaginado aquel momento cientos de veces desde que Hal le dio la pistola; insomne, sudoroso, enfermo... en vano. Era incapaz de encontrar una sola palabra con la que empezar a hablar.

—Me alegro de verte, John —dijo Percy en voz baja.

—No te alegres.

El joven abrió un poco los ojos, pero hizo un débil esfuerzo por sonreír.

Grey se dio cuenta de que le habían dejado afeitarse, pues tenía las mejillas suaves.

—Siempre me alegraré de verte. No me importa lo que hayas venido a decirme. Y, por el aspecto que tienes, no creo que sea nada agradable. — Vaciló—. ¿Sabes si me juzgarán aquí? ¿O si me mandarán a Inglaterra?

—Eso... no lo sé. Yo...

Abandonó sus intentos por hablar. Se sacó la pistola del bolsillo y la cogió con cautela, como si fuera una serpiente venenosa, antes de dejarla sobre el banco. Estaba cargada y a punto. Sólo había que apretar el gatillo.

Percy se quedó allí sentado un momento, mirando el arma inexpresivo.

—¿Te han pedido que la trajeras? —preguntó—. ¿El duque? ¿Melton?

Grey asintió brevemente con la garganta demasiado apretada como para poder hablar. Los ojos de Percy buscaron su rostro, rápidos y oscuros.

—Por lo menos no ha sido idea tuya —señaló—. Es un alivio.

Entonces se levantó de golpe y se dio la vuelta, alargando ambas manos como si quisiera agarrarse al alféizar de una ventana que no estaba allí. Las apoyó en los blancos ladrillos, agachó la cabeza y posó la frente sobre éstos, ocultando su rostro.

—Tengo que decirte algo —anunció, y su voz sonó queda, pero clara y controlada—. Llevo mucho tiempo esperando que vengas para poder decírtelo. Pensarás que lo hago para excusarme de acciones que no tienen excusa posible, pero no puedo evitarlo. Sólo escúchame, te lo suplico.

Esperó. Grey estaba sentado y miraba la pistola, cargada y preparada. La había cargado él mismo.

—Adelante —dijo al fin.

Vio cómo la espalda de Percy se hinchaba al tomar aire y observó las desnudas líneas que se dibujaban por debajo de la tela, esbeltas, perfectas.

—La primera vez que me acosté con un hombre fue por dinero —explicó Percy en voz baja—. Tenía catorce años. Ni yo ni mi madre habíamos comido nada en dos días. Yo paseaba por los callejones, buscando algo que se pudiera vender. Allí me encontré con un hombre. Se llamaba Henry; nunca supe cómo se apellidaba. Iba bien vestido y era bastante corpulento. Me dijo que era abogado y tal vez fuera cierto. Me llevó a su habitación y, cuando

acabó, me dio tres chelines. Una fortuna. —Hablaba sin ironía.

—Así que... ¿continuaste viéndolo? —Grey se esforzó por mantener un tono de voz inexpresivo.

Percy apartó la cara de los ladrillos y se dio la vuelta, con un aire oscuro y sombrío.

—Sí —respondió con sencillez—. A él y a otros. Aquello marcaba la diferencia entre la pobreza y el hambre. Y descubrí que mis preferencias iban por ese lado. —Miró a Grey a los ojos—. No siempre lo hacía por dinero.

Él sintió algo en su interior y no supo discernir si se trataba de pesar o de alivio.

—Cuando me di cuenta de que podía haber algo entre nosotros... Supongo que te diste cuenta de que no me entregué en seguida a ti, ¿verdad?

«Oh, sí.»

—Había un hombre. No te diré su nombre, no es importante. Llamémoslo señor A. Él era...

—¿Tu protector? —Grey le dio a la palabra una desagradable entonación y se alegró de ver que Percy apretaba los dientes.

—Si quieres llamarlo así —contestó lacónicamente y lo miró a los ojos—. No quería verme contigo hasta que hubiera acabado mi relación con él. No quería que hubiera ninguna complicación.

—¿Ah, no?

—Michael, el hombre con quien me viste... —Grey se dio cuenta de que pronunciaba el nombre en alemán: «Meechayel»—. Ya lo conocía de antes. Nos habíamos conocido en Londres hace un año.

—¿Dinero? —preguntó Grey con brutalidad—. ¿O...?

Percy inspiró con fuerza y apartó la vista.

—O —repitió y se mordió el labio inferior—. Le dije que no quería... que había alguien. No le revelé tu nombre —añadió en seguida, mirándolo.

—Gracias —dijo él. Sentía una extraña rigidez en los labios.

Percy tragó saliva, pero esta vez no apartó la vista.

—Insistió. Una vez, dijo. ¿Qué daño podría hacer? Pero yo no quería. Y entonces dijo algo. No fue una amenaza, pero quedó lo suficientemente claro. Me preguntó qué pasaría si la gente empezaba a hablar. Si comenzaba a haber

rumores entre los oficiales alemanes, entre los nuestros. Sobre mí.

Grey pensó que estaba muy claro. ¿Sería verdad? ¿Acaso importaba?

—No te lo digo como excusa —repitió Percy y lo miró fijamente sin siquiera parpadear.

—Entonces, ¿por qué me lo explicas?

—Porque yo te quería —contestó con suavidad—. Desde que empezamos, no toqué a nadie más. Ni siquiera pensé en ello. Quería que lo supieras.

Grey pensó con cinismo que, teniendo en cuenta la historia que le había contado, eso era una considerable muestra de afecto.

—Tú no puedes decir lo mismo, ¿verdad? —Percy seguía mirándolo.

Grey abrió la boca para negarlo, pero entonces se percató de a qué se refería Percy. Él tampoco había tocado a otro hombre, pero sí había otro. ¿Y dónde estaba exactamente la frontera entre la carne y el sentimiento? Decidió no abrir la boca.

—No me digas que te he roto el corazón, porque sé que no es cierto.

El rostro de Percy estaba pálido, pero le habían empezado a aparecer algunas manchas rojas en las mejillas, como si Grey le hubiera pegado. De repente, se dio media vuelta y empezó a golpear la pared blanca con el puño, lentamente y en silencio.

—Sé que no es cierto —repitió en voz baja y con amargura.

«Si estás intentando culparme a mí de este desastre...» Grey se tragó esas palabras. No tenía ninguna intención de defenderse ni de iniciar una absurda guerra de acusaciones.

—*Perseverance* —dijo con mucha suavidad.

Percy se detuvo de golpe. Un momento después, se pasó la mano por la cara, una vez, dos, luego se volvió para mirarlo.

—¿Qué?

—¿Qué quieres de mí?

Percy se lo quedó mirando un momento sin decir una sola palabra. Luego negó con la cabeza con una de las comisuras de los labios ligeramente curvada hacia arriba, esbozando algo que no era exactamente una sonrisa.

—Lo que quería no me lo podías dar, ¿verdad? Ni siquiera podías mentir

sobre ello porque eres un maldito honorable y sincero bastardo. ¿Puedes mentirme ahora? ¿Puedes decirme que me querías?

«Podría decírtelo —pensó—. Y sería cierto. Pero no lo suficientemente cierto.» No sabía si Percy hablaba movido por el pánico o por la ira; o si se trataba de un planeado intento de apelar a su culpabilidad, y por lo tanto a su ayuda. En realidad tampoco importaba.

El aire de la pequeña habitación era espeso, silencioso.

Percy hizo un pequeño sonido despectivo. Grey siguió mirándose las manos.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó al fin en voz muy baja.

Percy se meció un poco hacia atrás con los ojos entrecerrados.

—No —contestó muy despacio—. No, no es eso lo que quiero. Es un poco tarde para hablar de amor, ¿no crees?

—Muy tarde.

Podía sentir los ojos de Percy sobre él, evaluándolo. Levantó la cabeza y vio la mirada de un hombre que estaba a punto de lanzar los dados por la apuesta más alta. De repente, se dio cuenta con sorpresa que reconocía aquella mirada, porque él era jugador. No se había percatado antes, pero no tenía tiempo de pensar en aquella revelación.

—Lo que quiero —continuó Percy haciendo una pausa antes de cada palabra—, es mi vida.

Tuvo que ver la incertidumbre atravesar el rostro de Grey barajando las posibilidades: la cárcel, la deportación... Además de considerando lo que esas posibilidades podrían significar, no sólo para Percy, sino para Hal, para el regimiento, para la familia...

—Y mi libertad.

Una repentina y absurda rabia se abrió paso en su interior, tan fuerte que apretó los puños contra sus muslos para evitar ponerse de pie y pegarle a Percy.

—Por el amor de Dios —exclamó con la voz ronca por el esfuerzo que tenía que hacer para seguir hablando en voz baja—. Has sido tú quien ha hecho todo esto, quien ha provocado todo este terrible desastre, ¿por qué no me lo dijiste? Yo me podría haber asegurado de que Michael no suponía

ninguna amenaza para ti. Y, por cierto, ¿cómo puedes ser tan débil y estúpido como para ceder ante una amenaza tan frágil como ésta? A menos que quisieras aprovecharte y lo hayas tomado como excusa; no, no digas nada. ¡Ni una jodida palabra!

Se golpeó la rodilla con fuerza.

—Al hacer lo que has hecho —continuó, con voz temblorosa—, no sólo te has destruido a ti mismo, nos has destruido a todos.

—¿Todos, te refieres a ti, a tu hermano y a vuestro maldito honor familiar...?

—Sí, ¡a nuestro maldito honor familiar! Y al honor del regimiento del cual, permíteme recordarte, eres oficial. ¿Cómo te atreves siquiera a pronunciar la palabra «honor»? Sin embargo, te atreves, y, además, esperas que no sólo consiga hacer algún milagro para salvarte la vida, sino que quieres que te salve de todas las consecuencias de tu estupidez.

La pistola seguía sobre el banco frente a él, cargada y preparada; sólo había que disparar. Por un momento, pensó en lo fácil que resultaría cogerla y meterle una bala a Percy entre los ojos. Nadie haría preguntas.

—Yo no he dicho eso.

Tenía la voz entrecortada. Grey no podía mirarlo a la cara, pero vio cómo apretaba sus largas manos, las relajaba y las volvía a apretar. Se hizo el silencio entre los dos, la clase de silencio que reina cuando no se dicen las palabras que deberían decirse.

Les llegaban ruidos de algún lugar del edificio. Voces, risas. ¿Cómo era posible que la vida continuara con normalidad en alguna parte? Oyó suspirar a Percy.

—Me dijiste que no me podías dar amor, pero sí bondad y honor —susurró Percy.

Grey levantó la vista y vio que las manchas rojas habían desaparecido de las mejillas de Percy y que su luminosa piel volvía a ser pálida.

—A mí ya no me queda honor. —Le temblaron los labios y los apretó unos segundos—. Si queda alguna bondad entre nosotros, John, te lo suplico, sálvame.

No podía. No podía soportar los recuerdos: la calidez de Percy en la cama, a Percy en aquella fétida celda y, evidentemente, a Percy en aquella habitación de la buhardilla, con Weber. No podía pensar en la situación en que se encontraban, no podía decidir qué hacer, ni siquiera cómo sentirse. En consecuencia, realizaba los actos necesarios de cada día como un autómata. Moviéndose, hablando, incluso sonriendo cuando era necesario, pero siempre consciente del paso del tiempo y de su incapacidad para escapar a las limitaciones que le habían impuesto.

Además de hacer una escueta indagación para saber si Percy estaba bien alimentado y en un lugar decente, Hal no preguntó por los resultados de su visita. Sólo tuvo que mirar a Grey cuando éste regresó para saber que había fracasado en su propósito. La vieja pistola seguía en su zurrón.

La nota llegó una semana más tarde. Sin dirección. La había entregado un soldado alemán, pero Grey sabía muy bien de dónde procedía.

Debería haberla tirado al fuego. Hizo una mueca, deslizó un dedo por debajo del sello y la abrió. No había ningún encabezamiento. Se preguntó si sería una precaución de Percy para que nadie pudiera incriminar a Grey en caso de que la nota fuera interceptada, o si lo habría hecho porque ya no sabía cómo dirigirse a él. La duda se evaporó de su mente en cuanto empezó a leer.

*Dejaré que imagines, si así lo deseas, lo mucho que me ha costado escribir esta carta, ya que ese esfuerzo se debe a ti. Hace muchos días que me siento inquieto y no sabía si debía escribirla, y ahora, ahora que ya lo he hecho, no dejo de pensar en si debería mandarla. Sin embargo, me he dado cuenta de que el final de mis indagaciones es el punto donde empecé: sé que hablar podría costarme la vida, pero si no hablo, podría costarte la tuya. Si estás leyendo estas palabras, sabrás cuál ha sido mi elección.*

Grey se frotó la cara con la mano, sacudió la cabeza con violencia para aclararla y leyó el resto.



*Ya sabes parte de mi historia incluidas mis relaciones con el señor al que llamé A. Un día, cuando estaba en su casa, vino a visitarle otro caballero. Me dijo que me fuera al piso de arriba, porque se trataba de un asunto privado. Estaba mirando por la ventana cuando vi acercarse el carruaje de dicho caballero. Era un coche muy elegante. Era evidente que no era alquilado, aunque no tenía escudo de armas ni emblemas. Después de un breve lapso de tiempo, el caballero salió de la casa y se marchó. No pude ver más que un trozo de su sombrero cuando pasó por debajo del porche, aunque sí lo oí intercambiar algunas palabras de despedida con el señor A.*

*Volví a bajar cuando éste me hizo llamar y me dijo que ese visitante había oído decir que tu madre se iba a casar, por lo que estaba al corriente de mis relaciones putativas con tu familia. Quería saber si ya os había conocido, a ti o a tu hermano, y cuándo nos volveríamos a ver. El señor A le había hablado a su visitante de mi almuerzo contigo y con Melton y añadió que yo te había invitado al salón de lady Jonas. El hombre le dio al señor A una bolsa de dinero que debía entregarme a cambio de que yo te llevara hasta el final de Hyde Park cuando saliéramos del salón y te dejara cerca de Grosvenor Gate, porque quería hacerte llegar un mensaje justo en ese lugar.*

*Como todo sonaba bastante inocente, hice lo que me pidieron. Como tú no hablaste del asunto durante nuestra siguiente cita, supuse que se trataba de algo confidencial o de poca importancia, y por eso no te pregunté sobre ello. No supe nada de tu encuentro con los dos soldados en el parque hasta que me lo contaste más adelante. Yo me sorprendí al oírlo, pero no relacioné el incidente con el visitante del señor A.*

*Entonces nos atacaron en Seven Dials y me di cuenta de que tú eras su objetivo. Eso hizo que me acordara del visitante del señor A y del encargo que me hizo y me pregunté si ese hombre estaría detrás de los dos ataques. Sin embargo, fui incapaz de encontrar un motivo lógico para explicarlo y me tranquilicé. Aunque decidí vigilarte de cerca.*

*Entonces fue cuando me explicaste la historia de la muerte de tu padre y luego los demás extraños eventos relacionados, como lo del descubrimiento de la página de su diario en el despacho de tu hermano. En ese momento fue cuando empecé a sospechar que todo estaba relacionado, pero sigo sin*

*comprenderlo. No obstante, como el regimiento iba a partir al cabo de tan poco, parecía que eso te alejaría del peligro.*

*Como ya he dicho, llevo algún tiempo pensando en si debía o no escribirte esta carta contándote todo lo que sé. El asunto empezó a ser urgente a principios de esta semana. Oí una voz en el pasillo fuera de mi celda y me pareció reconocer la voz como la del visitante del señor A. Me costó un buen rato llamar la atención de uno de los guardias. Cuando por fin conseguí hablar con uno de ellos, le pregunté quién era aquel inglés. Él no lo sabía y tampoco lo había visto, pero logré persuadirlo para que hiciera algunas preguntas. Al día siguiente, volvió para decirme que era un cirujano del ejército que había venido a hacer un experimento con uno de los prisioneros que tenía una terrible herida en la pierna.*

*No puedo jurar que se trate del mismo hombre y, si lo es, sigo sin comprender por qué quiere hacerte daño, pero supongo que tiene algo que ver con la muerte de tu padre. Sin embargo, si la conexión que sospecho es cierta, entonces hay motivos para pensar que tanto tú como tu hermano corréis un peligro mortal.*

*No dudes que siempre estaré a tu servicio,  
P. Wainwright (segundo lugarteniente)*

Grey blasfemó entre dientes y tiró la carta a la mesa.

Visitantes misteriosos y cirujanos del ejército sin nombre. Percy no había sido capaz de descubrir quién era el hombre y tampoco si el visitante del señor A era el mismo o si siquiera existía. También era posible que existiera y Percy supiera su nombre, pero deseara forzar a Grey a verlo de nuevo con el propósito de descubrirlo. En su carta no mencionaba que tuviera la intención de negociar con más información que pudiera ayudar a Grey, pero se entendía muy clara.

—¿Está usted bien, milord? —Tom Byrd lo estaba observando con los ojos entrecerrados—. Parece descompuesto, como dice mi madre. Tal vez necesite que le sangren.

Grey se sentía completamente descompuesto, pero dudaba mucho que le ayudara en absoluto que alguien lo sangrara. Por otra parte...

—Sí —contestó de repente—. Ve a preguntarle al doctor Protheroe si puede venir cuanto antes.

Tom, que no estaba acostumbrado a que Grey aceptara sus sugerencias médicas, se quedó sorprendido un momento, pero luego reaccionó.

—¡En seguida, milord! —Dejó a toda prisa la camisa que estaba cosiendo en el arcón, se puso su abrigo y se detuvo un momento en la puerta para darle otro consejo.

—Si tiene la sensación de que le va a salir sangre por la nariz antes de que llegue el doctor, lo que tiene que hacer es ponerse una llave en la nuca, milord.

—¿Una llave? ¿Para qué?

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé. Es lo que hacía mi madre cuando a alguien le sangraba la nariz.

—Intentaré tenerlo en cuenta —convino Grey—. ¡Ve!

Cuando Tom se fue, se levantó y se quedó de pie en medio de la tienda. Quería hacer algo violento, pero se lo impidió el hecho de no encontrar nada que pudiera romper, salvo un espejo, que se resistía a perder.

No estaba seguro de a qué debía atribuir su enfado en mayor medida, si se debía a la evidente deslealtad de Percy, que se empeñaba en ocultarle información, o a los descubrimientos que había hecho su hermanastro. Aunque no cabía duda de que la sangre le latía con fuerza en la cabeza. Acabó palpándose la nariz, pero no percibió ningún indicio de que le fuera a salir sangre.

—¿Qué estás haciendo? —Hal apareció en la tienda. Sujetaba la lona de la puerta con una mano y lo miraba con asombro.

—Nada. Lee esto. —Le lanzó la carta a su hermano.

Hal la leyó dos veces. Grey observaba muy interesado cómo se intensificaba el color de su rostro y le empezaba a latir una vena en la frente.

—¡Ese mierdecilla! —Arrojó las páginas—. ¿Sabe el nombre del cirujano?

—No lo sé. Posiblemente, no. Pero puedes ir a preguntárselo, si quieres. Yo no pienso hacerlo.

Hal rugió y volvió a mirar las páginas.

—¿Crees que hay algo más?

—Oh, sí —contestó Grey en tono grave—. Tal vez esté ocultando el nombre, pero no veo ningún motivo para inventarse la historia. ¿Qué beneficio podría sacar de todo esto?

Hal frunció el cejo, pensativo.

—Sólo que vayamos a verlo, supongo. Tal vez tenga la esperanza de que su petición de ayuda sea más eficaz si la hace en persona que si escribe una carta.

—Pero nosotros no podemos ayudarle, ¿verdad? —Grey no estaba seguro de que quisiera saber si había alguna posibilidad, pero no podía negar la pequeña esperanza que nació en él al preguntarlo.

—No mucho. —Su hermano se frotó el nudillo por debajo del labio inferior—. Si lo condenan, tal vez exista alguna posibilidad de ejercer un poco de influencia y conseguir que le conmuten la pena de muerte por el encarcelamiento o la deportación. Quizá pueda decirle que podría intentarlo —añadió mirando brevemente a Grey—. Lo haría por su padrastro.

—Si lo condenan —repitió Grey—. ¿Sinceramente crees que hay alguna posibilidad de que no sea así?

—Hay tantas posibilidades como de que se congele el infierno —contestó Hal con rotundidad—. Debemos estar preparados para... ¿qué es esto?

Era Tom, que volvía con el doctor Protheroe, el cirujano del regimiento. El médico dejó su bolsa en el suelo y miró primero a Melton, luego a Grey y otra vez a Melton.

—Hum... su ordenanza me comenta que está usted descompuesto —dijo con cierta desconfianza. Protheroe era un hombre bajito, moreno y atractivo. Era un gran cirujano, pero bastante joven, cosa que inquietaba un poco a Hal.

—Bueno, no exactamente —empezó a decir Grey, echando una ojeada a la carta que había sobre el escritorio.

Pero Hal lo cortó con rapidez.

—Sí, mi hermano se siente un poco indispuerto. ¿Le importaría examinarlo? —Le dedicó a él una mirada amenazante, prohibiéndole contradecirlo y, antes de que pudiera pensar en alguna excusa decente, Grey

se encontró sentado en un taburete, obligado a sacar la lengua, y dejar que el doctor le observara los ojos, le palpara el hígado, y contestando algunas preguntas humillantes sobre los procesos más íntimos de su cuerpo.

Entretanto, Hal entabló una conversación sin aparente importancia con Protheroe sobre su experiencia en Prusia, lo que pensaba de la comida, cómo estaban los hombres... Grey observaba a su hermano por encima de la cabeza del médico Protheroe, que estaba pegada a su pecho y le decía:

—Respire.

—¿Tiene mucho contacto con sus colegas? —le preguntó Hal por fin con un tono de voz muy agradable—. ¿Con los cirujanos de los demás regimientos?

—Oh, sí. —Protheroe estaba buscando algo en su bolsa. Grey hizo una mueca. Sabía que estaba a punto de sangrarlo—. Uno o dos de mis colegas alemanes son bastante conocidos, y el duque tiene un cirujano italiano que dispone del más maravilloso instrumental. Me lo enseñó en una ocasión; ¡jamás había visto nada igual!

—Qué bien —exclamó Hal y volvió a mirar la carta—. ¿Sabe usted cuántos cirujanos ingleses hay?

Protheroe siguió rebuscando en su bolsa.

—Oh, cinco o seis —contestó con imprecisión—. Veamos, lord John, me parece...

—¿Sabe cómo se llaman? —le preguntó Grey groseramente.

Protheroe parpadeó y Hal puso los ojos en blanco desesperado.

—Pues sí, claro, Simmonds, qua está con el cuarenta. Creo, milord, que lo mejor serán las sanguijuelas. Su ordenanza dice que últimamente ha sufrido usted dolores de cabeza...

—Así es —respondió él mirando el tarro tapado que el médico sacaba de su bolsa—. Pero la verdad es que...

—Simmonds —lo interrumpió Hal—. ¿Quién más?

—Oh. —Protheroe se rascó reflexivamente la barbilla—. Entwidge. Es muy buen hombre —añadió con gesto magnánimo—. Aunque demasiado joven. —Grey pensó que Protheroe no podía tener más de veinticuatro años.

—Y luego está Danner... —Hizo una mueca con los labios y confesó que

le parecía un charlatán—. ¿Tiene un poco de leche a mano, milord?

—¡Aquí mismo, señor! —Tom, que había estado esperando la petición, dio un paso adelante con la botella en la mano—. Será mejor que se quite la camisa, milord —le aconsejó entonces a Grey con aires de importancia—. No creo que quiera ir por ahí oliendo a leche agria si se mancha.

—La verdad es que no —admitió él, mirando a su hermano con repugnancia. Hal parecía encontrar muy divertida aquella situación.

Resignado, Grey se quitó la camisa y dejó que el médico le untara la piel del cuello y las sienes con leche.

—La leche las anima a morder con mucho más entusiasmo —explicó Protheroe aplicándosela.

—Ya lo sé —masculló Grey.

Cerró los ojos involuntariamente mientras el médico sacaba un oscuro pegote del tarro. En realidad, ya sabía que las mordeduras de las sanguijuelas no dolían. Esas criaturas llevaban una sustancia en la saliva que atenuaba la sensación. Pero el pegajoso y húmedo tacto de aquella cosa sobre su piel le revolvió el estómago. Y saber que la sanguijuela se estaba alimentando placenteramente de su sangre le daba tanto asco que acababa mareándose.

Sabía que era indoloro, incluso beneficioso. Sin embargo, su estómago ignoró esos conocimientos científicos y se empezó a revolver.

Protheroe y Tom discutían sobre qué número de viles criaturas sería el más indicado. El médico opinaba que con media docena bastaría, pero el chico lo animaba a poner más, alegando que si media cucharada de algo era buena, tres eran mucho mejor.

—Con las que dice el doctor será suficiente, Tom. Muchas gracias.

Grey se incorporó en el taburete con la barbilla levantada, para evitar más contacto del necesario con las sanguijuelas, que en aquel momento se estaban dando un festín en su cuello. El médico le limpió el sudor que le cubrió la frente, mientras buscaba otro buen sitio donde ponerle otra de aquellas repugnantes criaturas.

—Con esto habrá suficiente —observó satisfecho, retirándose un poco para observar a Grey como si fuera una obra de arte—. Excelente. Ahora, milord, si hace usted el favor de estarse quieto mientras ellas hacen su trabajo, todo irá bien. Estoy seguro de que notará mejoría en seguida.

El único alivio de Grey fue darse cuenta de que Hal se había puesto pálido y era evidente que se esforzaba por no mirar hacia donde él estaba. Pensó que al menos era un consuelo que no pudiese ver aquellos malditos bichos.

—Saldré con usted, señor —se apresuró a decir Hal cuando vio que Protheroe cerraba la bolsa y se preparaba para irse.

Grey le dedicó una furiosa mirada, pero su hermano hizo un pequeño gesto en dirección a la carta y se fue tras el médico.

Tom le puso una toalla alrededor de los hombros con ternura.

—No se vaya usted a poner enfermo, milord. —Era mediodía y hacía un calor sofocante, pero Grey estaba demasiado ocupado intentando ignorar la idea de que se estaba quedando sin sangre como para protestar.

—Dame un poco de brandy, ¿quieres, Tom?

El chico parecía tener sus reservas.

—No creo que deba usted beber brandy cuando tiene puestas las sanguijuelas, milord. Podría ser que sus pequeñas amigas se embriagaran y se cayeran antes de acabar.

—Es una excelente idea. Tráeme brandy, Tom. Y tráeme mucho. Ahora.

La intención del joven de discutir con él fue interrumpida por la aparición de Hal, que miró a Grey, se estremeció y cogió la ampollita con sales que llevaba en el bolsillo. Se conmovió al ver que su hermano intentaba aliviarlo de su casi desfallecimiento, pero gritó de indignación cuando vio que se llevaba las sales a su propia nariz.

—¡Dame eso! Yo lo necesito mucho más que tú.

—No, no es cierto. —Hal inspiró con fuerza, se atragantó, y empezó a toser—. Protheroe ha recordado el nombre de otro cirujano —resolló, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué? ¿Quién?

—Longstreet —contestó, volvió a toser y le dio las sales a Grey—.

Arthur Longstreet. Está aquí, con los prusianos.

Grey le quitó el corcho a la ampollita y se acercó el frasco a la nariz.

—Brandy, Tom —ordenó—. Trae la maldita botella.

Más allá del interesante descubrimiento científico de que el brandy sí parecía embriagar a las sanguijuelas, la visita del doctor Protheroe no fue decisiva.

—Con los prusianos —repitió Grey, volviéndose a poner la camisa, con una sensación de profundo alivio—. ¿Dónde exactamente?

—Protheroe no lo sabía —replicó Hal, inclinándose sobre la mesa para observar a una sanguijuela que se estaba estirando de una excéntrica y voluptuosa forma—. Al parecer, hace sólo una semana que lo conoce, pero dice que llevaba uniforme prusiano. Aunque, naturalmente, no se fijó en el regimiento. ¿Crees que esa de ahí está muerta?

Grey dio un golpecito al insensible animal en cuestión y luego lo cogió con cuidado entre el índice y el pulgar.

—Creo que se ha desmayado. —La echó en el tarro y se limpió las manos en los pantalones, con una mueca de asco—. No debería ser muy difícil encontrarlo.

—No —dijo Hal, pensativo—. Pero debemos tener cuidado. Si de verdad quiere hacernos daño, a ti o a mí, no nos beneficiaría nada que supiera lo que sabemos sobre él.

—Pues yo creo que es la mejor manera de asegurarnos de que no intenta hacer nada.

—Hombre prevenido vale por dos, y tengo mucha fe en tu capacidad para defenderte de un simple cirujano —aseveró Hal, esbozando una extraña sonrisa—. Pero no. No queremos alertarlo de antemano porque queremos hablar con él. En privado.



## 28. Hückelsmay

Grey le había reprochado a Percy ser un estúpido e imprudente. Al mismo tiempo, era dolorosamente consciente de que él había sido igual de estúpido e igual de imprudente en muchas ocasiones. Había tenido más suerte, eso era todo. En una ocasión, sólo se salvó de acabar protagonizando el mismo desastre que Percy por escasos segundos. La memoria de ese instante era más que suficiente para que tuviera sudores fríos; y ahora que sabía exactamente lo que le podría haber sucedido, los sudores eran más fríos todavía.

La conmoción inmediata y el dolor de la traición habían desaparecido, dejando tras de sí una especie de opaca pesadumbre. Mantuvo ese sentimiento tan pegado a su cuerpo como un trozo de lona bajo la tormenta, consciente de que si se alejaba de él sentiría dolorosas ráfagas de lástima y terror.

El ejército se había movido y habían dejado a Percy en su celda, con las morcillas y las cebollas. Aquella noche habían acampado cerca de Crefeld, que significaba «campo de cuervos». Era un nombre muy literal, porque los campos estaban en efecto llenos de esos pájaros negros durante el día, con bandadas de cuervos que pasaban graznando por encima de las tierras mientras las tropas pasaban por allí.

Pero en aquel momento, el ejército ya se había asentado y la noche empezaba a extenderse por los campos que rodeaban Crefeld. El aire estaba tranquilo y el humo de las hogueras se mezclaba con la niebla que siempre flotaba en el ambiente. Grey vio esa oscura niebla deslizándose entre las patas de su caballo mientras cabalgaba.

Iba de compañía en compañía mientras caía la noche. Desmontaba junto a cada fuego el tiempo suficiente como para compartir un trago de cerveza, un

bocado de pan o alguna salchicha, y hablaba con los capitanes, los lugartenientes y los cabos. Cruzaba el campamento asintiendo, sonriendo, intercambiando algunas palabras con los hombres que reconocía y evaluando con informalidad el estado de ánimo, la preparación y el equipamiento de las tropas. Con un oído escuchaba las preocupaciones y las conversaciones de los oficiales, y con el otro los sonidos de la invasiva noche. Grey siempre estaba atento, por si de repente oía algo que interrumpiera el canto de los grillos en la oscuridad que se abría paso por el campamento, cualquier nota de alarma que pudiera llegarle por debajo de las conversaciones y las risas de los hombres que se preparaban para cenar y descansar. El enemigo estaba cerca.

—He oído que los *franchutes* están a un día de marcha —dijo Tarleton, uno de los dos alféreces que siempre lo seguían en el campo, preparados para transmitir mensajes, llevar informes, ejecutar órdenes, buscar comida, y, en general, estar a su más absoluto servicio.

—¿Dónde ha oído eso? —preguntó Brett, el más joven, con interés—. Me refiero a que si se lo ha contado uno de los hessianos o alguno de los nuestros. —Parecía nervioso. Era su primera campaña y tenía muchas ganas de entrar en combate.

—Hum, el lugarteniente de los intendentes —contestó Tarleton—. A él se lo dijo uno de los alemanes, pero no quiso decir quién. ¿Cree usted que es cierto, señor? —le preguntó a Grey—. ¿Nos estamos acercando?

Tarleton tenía unos dieciocho años y, ante los quince de Brett, fingía una gran veteranía. Sin embargo, le había cambiado la voz un poco tarde, y en los momentos de estrés, ésta se le acostumbraba a quebrar. La palabra «acercando» sonó peligrosamente aguda, pero Brett fue lo bastante listo como para no reírse, y la tenue luz ocultó la sonrisa que se dibujó en el rostro de Grey.

—Sí, los debemos de tener ya cerca —respondió con paciencia—. Tienen artillería, pero se lo tomarán con calma.

No obstante, se podía decir lo mismo de Ferdinand, de los prusianos de Brunswick, de los hannoverianos y de sus aliados ingleses. Llevaban casi un mes persiguiendo al ejército del conde de Clermont por el valle del Rin.

Estaban sobre buenas tierras de labranza y el suelo era fértil y húmedo.

En realidad, tan húmedo que cuando excavaban las letrinas, éstas se llenaban de agua hasta la mitad en sólo un día. Entre quejas los miembros de la artillería inglesa habían acampado en la parte más seca que quedaba disponible, en dirección al este. *Karolus* levantó la cabeza y relinchó en dirección a los caballos que había en el campamento de la artillería. Grey advirtió que su semental demostraba un repentino interés. Se le erizó la crin y relinchó cuando el húmedo aire le trajo el olor de una yegua.

—Ahora no, maldito salido —masculló él mientras agarraba las riendas con fuerza y le daba un golpe con la bota para que recuperara la dirección.

*Karolus* soltó un descontento bufido, pero obedeció.

—¿Se ha enamorado, señor? —preguntó Tarleton, bromeando.

—Unos testículos llenos hasta los topes meterían en problemas a cualquiera, ¿verdad? —dijo Brett, esforzándose por que pareciera que tenía mucho mundo.

Grey arqueó una ceja y pensó que sería mejor que hablara con ambos alféreces, en privado, para explicarles los problemas que podían tener si se mezclaban con prostitutas, aunque estaba convencido de que no harían ningún caso de sus advertencias. El batallón llevaba acampado allí desde media mañana. Tiempo más que suficiente para que las prostitutas que los seguían los alcanzaran. Se puso de pie sobre los estribos y miró en dirección al río, donde se alineaban algunas sólidas granjas, con las ventanas iluminadas como faros.

Aún no había rastro de humo en el horizonte que indicara la llegada de los pesados carromatos y de los pastores de mulas, la descuidada procesión de lavanderas, cocineros, forajidos, niños y esposas más o menos oficiales, y de las mujeres cuya mala fortuna las había condenado a ganarse la vida siguiendo a las tropas. Pero pronto llegarían. Aún quedaba una hora para que fuera noche cerrada y Grey hubiera apostado sus mejores botas a que la muchedumbre que venía tras ellos estaría allí antes de que la luna brillara en el cielo.

La tierra en aquella zona del valle del Rin era muy monótona, aunque las hileras de setos y los bosques que se alzaban entre los campos eran obstáculos más que suficientes para oscurecer la vista. Desde donde estaba en

aquel momento, podía observar las agujas de una, dos... sí, tres iglesias, que se elevaban hacia un cielo con color de estaño fundido.

Los alféreces habían continuado con sus bromas y se provocaban el uno al otro con comentarios cada vez más explícitos. Grey, que los escuchaba a medias, oyó una frase y volvió la cabeza hacia ellos. Fue un movimiento reflejo de sorpresa, más que una verdadera comprensión de que estaban haciendo una torpe y encubierta referencia a Percy Wainwright, pero el efecto fue inmediato.

Se oyó un breve siseo de Tarleton y Brett se calló de golpe. Grey estaba seguro de que no habían pretendido ofenderle. Ninguno de ellos conocía bien a Percy y lo más normal era que no hubieran pensado en la relación familiar entre el deshonorado lugarteniente y él hasta que fue demasiado tarde.

Se hizo un incómodo silencio, que Grey ignoró durante un momento y luego volvió a tomar las riendas.

—¿Señor Brett? —llamó por encima del hombro.

—¡Señor!

—Vaya a decirle al capitán Wilmot que he olvidado comentarle que se reúna con lord Melton y con el duque después de cenar. Luego, dé el mismo mensaje a todos los demás capitanes. Cuando haya acabado, puede usted retirarse.

No era necesario dar ese mensaje a los capitanes, porque éstos acudirían de todos modos a la reunión, pero cabalgar de nuevo por todo el campamento le llevaría a Brett por lo menos dos horas y le haría que se perdiera la cena. Sin embargo, eso le dio una oportunidad al joven alférez de escapar y él la aprovechó agradecido, al grito de «¡Sí, señor!»; luego desapareció al galope.

—¿Señor Tarleton?

—¿Señor?

Al chico se le quebró la voz. Grey lo ignoró.

—¿Ve la aguja de aquella iglesia? —Elegió una al azar y la señaló—. Acérquese hasta allí e inspeccione el campo.

—Sí, señor, pero señor... Ya será de noche para cuando haya llegado allí, señor.

—Así es —respondió Grey con simpatía—. Supongo que tendrá que

esperar al alba para informar.

—Ah... sí, sí, señor —dijo Tarleton, alicaído—. Desde luego, señor.

—Excelente. Y no se caiga en el *Landwehr*, por favor.

—No, señor. ¿El... eh?

—El canal. Una gran acequia doble llena de agua. La hemos cruzado hace un rato.

—Ah, eso. No, señor. No lo haré.

Grey se quedó donde estaba hasta que Tarleton desapareció en dirección a la lejana iglesia. Luego hizo girar a *Karolus*. Disfrutó de esa oportunidad de estar solo, aunque fuera solamente un rato.

Cogió las riendas con una sola mano, se inclinó sin pensar y apoyó la frente en el cuello del caballo. Luego cerró los ojos y se consoló con la sólida calidez que desprendía el semental. *Karolus* volvió su enorme cabeza y soltó una generosa cantidad de húmedo aliento sobre el cuello de Grey, para que su jinete supiera que lo perdonaba por haberlo privado de conseguir sus deseos.

Él se sobresaltó y se rió un poco.

—Está bien, está bien. —Atento a la cercanía de la yegua invisible desmontó y dejó que el caballo pastara un poco de hierba mientras él buscaba donde orinar.

En aquel campo no había árboles, salvo los que estaban plantados en los huertos de las granjas. Estuvo a punto de elegir una pila de piedras, pero se dio cuenta a tiempo de que era uno de los pequeños altares que había repartidos por los campos como hormigueros, y cambió su objetivo por un pequeño arbusto.

Cuando acabó, se abrochó los pantalones y se metió una mano en el bolsillo casi de forma involuntaria. Seguía estando allí; pudo oír el crujido del papel.

La nota había llegado durante la tarde. Casi la ignoró, pero al reconocer la letra de Symington en la dirección había decidido abrirla. Sin abandonar su estilo, Symington había escrito una nota breve, directa y concisa.

«Custis ha muerto», decía. No había ningún saludo. Sólo un añadido «disentería». En pro de la discreción, había optado por no firmarla.

Grey suponía que debería lamentar esa muerte. Tal vez la lamentara más

adelante, cuando tuviera más tiempo y emociones de sobra. Sin embargo, tenía la sensación de que la muerte del capitán era casi tan importante para él como para el propio Custis.

Todo el mundo sabía lo que había pasado en aquella posada. Pero lo cierto era que sólo Grey, Custis y Hansen lo habían visto. Michael Weber estaba muerto, el capitán Hansen se había ido a Baviera. Ahora, Custis también había desaparecido. Y eso significaba que Grey era el único testigo del delito.

Hal, con su habitual meticulosidad, había leído todos y cada uno de los archivos que pudo encontrar en que se hablara de consejos de guerra por sodomía. Por lo visto se celebraban sorprendentemente pocos, considerando lo muy habitual que era ese delito en los círculos militares. La conclusión era evidente, y era algo que Grey hacía muchos años que sabía. A la jerarquía militar no le gustaban esa clase de escándalos, salvo, claro está, cuando encubrían algo peor. Pero siempre que se pudiera mirar hacia otra parte, se intentaba hacer.

De igual modo, un tribunal militar no estaba dispuesto a condenar a un oficial por el delito de sodomía, salvo en los casos en que dicho oficial fuera una molestia por otros motivos, como había sido el caso de Otway y Bates. Por lo tanto, dado que un consejo de guerra no se regía por las normas de presentación de pruebas que obligaban a abogados y jueces, seguía existiendo una fuerte reticencia a aceptar la declaración de algún testigo que no fuera ocular.

Y Grey era ahora el único testigo ocular.

La noche no era fría en absoluto, pero lo recorrió un repentino escalofrío.

¿Podría presentarse ante el consejo de guerra, jurar decir la verdad y mentir? ¿Cuando todo el mundo sabría, incluidos los jueces, que lo que estaba diciendo era mentira?

Sería la ruina de su carrera y de su reputación. Algunos podrían verlo como un torpe intento de ayudar a su familia; muchos otros lo verían como la prueba de que Grey simpatizaba con las inclinaciones de Percy, o que incluso las compartía. En cualquier caso, los rumores lo seguirían de por vida. Tendría que abandonar el ejército con el hedor de tal escándalo pisándole los

talones, no podía esperar que nadie en la sociedad inglesa lo acogiera, ni siquiera podría retomar el servicio militar en algún país extranjero.

Y, por otra parte..., estaba la vida de Percy. «Si sigue existiendo alguna bondad entre nosotros. Te lo suplico, sálvame.» ¿Podía decir la verdad y ver cómo el joven acababa en el patíbulo, o en la cárcel, o se convertía en un sirviente, y luego volver a su vida sin más?

Por un instante, fantaseó con la posibilidad de conseguir la libertad de Percy, ya fuera con mentiras o con sobornos; entonces se podrían ir al extranjero los dos juntos. Tenía dinero más que suficiente.

Vivir una existencia de absurda ociosidad junto a un hombre en el que no podía confiar. No, no funcionaría.

—Maldito seas, Perseverance —dijo en voz baja—. Ojalá nunca me hubiera acercado a ti. —Suspiró y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Y, sin embargo, se dio cuenta de que no lo decía en serio. Eso era lo que sentía por Jamie Fraser, pero no por Percy. Y entonces se percató, demasiado tarde, de que amaba a Percy Wainwright. Pero ¿lo amaba lo suficiente como para intentar salvarlo a costa de su propio honor y su propia vida, incluso sabiendo que ya no podría haber nada entre ellos?

Y para acabar estaba Hal. Se volvió a llevar la mano al bolsillo, distraído. Si Symington sabía lo de Custis, Hal también lo sabría. Su hermano estaría calculando qué significaba todo aquello y, sin duda, habría llegado a la misma conclusión que él. No obstante, dudaba mucho que Hal contemplara la posibilidad de que Grey pudiera mentir en el consejo de guerra.

Desconocía cuánto sabía o sospechaba su hermano sobre sus inclinaciones; nunca habían hablado del tema y nunca lo hablarían. Pero si le contara sus intenciones de mentir ante el consejo de guerra para salvar la vida de Percy, estaba seguro de que Hal haría cualquier cosa para detenerlo, incluido el dispararle. Aunque, esbozando una irónica sonrisa, supuso que no lo mataría; sólo lo heriría lo suficiente como para asegurarse de que debía quedarse bajo los cuidados de un médico.

En cualquier caso, eso no solucionaba el problema. Percy languidecería en prisión hasta que Grey se hubiera recuperado lo suficiente como para

testificar. No, decidió que Hal se decantaría más bien por golpearlo en la cabeza, envolverlo en una alfombra y meterlo en un mercante con destino a China; después declarararía a Grey perdido en el mar y...

Entonces se dio cuenta de que se estaba riendo como un loco ante esos pensamientos y que le lloraban los ojos.

—Dios, Hal, ojalá lo hicieras —dijo en voz alta.

Y de repente pensó en Aberdeen y por primera vez se dio cuenta de lo mucho que su hermano lo quería.

—Dios, Hal —repitió.

Se pasó la manga por la cara, inspiró el pesado aire y olió el perfume de las flores. Miró hacia abajo y vio un montón de ellas blancas y amarillas, que se habían caído al suelo. Las había tirado con el codo al pasar junto al pequeño altar. Hizo un ramo con ellas y las volvió a dejar en el saliente que tenía delante.

Estaba muy oscuro para poder ver la inscripción de la placa clavada en las piedras, pero explorando con los dedos palpó una numeración romana: II; o eso le pareció. Debía de formar parte del vía crucis del que le había hablado Von Namtzen. La gente iba de un altar a otro en una especie de devoto peregrinaje y meditaba sobre los eventos de la vida de Cristo que lo llevaron a la crucifixión.

Sin embargo, había una amenaza en poder de Percy, algo que Grey era muy consciente de que el joven había tenido la delicadeza de no mencionar. Si tuviera que enfrentarse al patíbulo, podría decidir revelar su relación con él. Grey no creía que pudiera demostrar tal afirmación, nadie los había visto nunca en una situación comprometida, pero teniendo en cuenta las circunstancias, la acusación ya haría daño suficiente.

Sin embargo eso no era algo de lo que pudiera hablar con Hal.

Grey no era religioso, pero estaba lo suficientemente familiarizado con las Escrituras como para haber oído la historia de Getsemaní. «Pase de mí este cáliz.»

Miró a través de los campos en dirección a Hückelsmay; vio las hogueras y pensó que aquéllas eran las estaciones de su propio calvario. Lo único que quería era saber qué habría hecho Cristo de haber estado en su lugar.



Se alojaba junto con otros oficiales británicos en una de las enormes granjas que había cerca del canal, en un lugar llamado Hückelsmay. A pesar del ambiente de contenida tensión, la atmósfera de la casa era acogedora y en el aire flotaba el aroma de las patatas fritas y el cerdo asado. El humo y la convivencia los envolvía a todos de una gran calidez.

Grey se obligó a comer un poco, básicamente para tranquilizar a Tom, y luego fue a sentarse en una esquina, donde pensó que evitaría tener que hablar con nadie.

Estaba cerca de una ventana muy bien cerrada, preparada para la noche, pero seguía sintiendo la corriente de aire que procedía de ella y oía el ocasional gruñido de los cerdos dormidos, que tal vez se intranquilizaran al percibir el olor de alguno de sus hermanos asándose. Todas las casas que había cerca del *Landwehr* estaban rodeadas de pequeñas acequias o fosos. Esos fosos les proporcionaban un fácil acceso al agua, al mismo tiempo que suponían una estupenda diversión para los cerdos, que se quedaban felizmente hundidos en el barro y seguían estando a mano cuando los necesitaban.

Grey suponía que debería subir a dormir un poco, pero tenía la sensación de que aquella noche eso no le resultaría muy sencillo. Era mejor estar en compañía de otra gente que dando vueltas en la oscuridad, solo con sus pensamientos.

De repente, sintió que alguien lo miraba y levantó la vista para encontrarse con los ojos de una pequeña niña que estaba delante de él. Llevaba un limpio delantal, una cofia de tela y un inesperado par de anteojos, que magnificaban mucho el tamaño de sus ojos y por lo tanto intensificaban su mirada. Lo contemplaba frunciendo un poco el cejo, como si no estuviera muy segura de lo que era Grey.

—*Bitte?* —dijo, empleando esa útil palabra alemana que significa tanto «por favor», como «de nada», «disculpe» y «¿qué desea?».

La pequeña hizo una reverencia de repente y lo observó con mayor

concentración.

—Herr Tomas dice que puedo hablar con usted, *mein Herr* —anunció.

—¿Ah, sí? Entonces, estoy seguro de que puede usted hacerlo —respondió con solemnidad—. ¿Cuál es su nombre, *Kleine*?

—Agnes-Maria. Herr Tomas dice que es usted un gran lord. —Frunció un poco más el cejo y en su tono de voz se adivinaba cierta duda, como si sospechara que alguien le había tomado el pelo.

—Ah... algo así —contestó Grey con cautela—. ¿Por qué?

De debajo del delantal, sacó un tintero, una pluma y un cuaderno. Los dejó sobre la mesa junto a él y buscó una página en blanco.

—Verá, tengo que escribir una redacción. —Suspiró ante la enormidad del proyecto y le clavó sus ojos azules con aire de reproche, como si Grey tuviera alguna culpa de la tarea que le habían encomendado—. Una página sobre algún país extranjero. Pero no recuerdo lo que el profesor nos explicó sobre Francia u Holanda. Sin embargo, Herr Tomas dice que usted ha estado en *Schottland* y que lo sabe todo sobre ese lugar. Así que, verá... —Abrió el tintero en la mesa y cogió la pluma con decisión—. Usted me puede decir lo que sabe y yo lo escribiré.

—Muy eficiente —dijo, sonriendo a su pesar—. Muy bien. Déjeme pensar por dónde empezar. Tal vez primero debemos explicar dónde está Escocia. Sí, eso parece lo más adecuado. Escocia está al norte de Inglaterra.

—¿Hace frío allí? —preguntó la niña, mientras escribía con cuidado.

—Mucho frío. Y llueve sin cesar. Deje que le deletree la palabra «cesar»...

La agradable media hora que pasó en Escocia en compañía de Agnes-Maria consiguió, si no relajarlo, por lo menos distraerlo. Se fue a la cama, se quedó dormido y soñó con las frías y altas montañas, y el humo de un fuego en el paso de Carryarick.

## 29. La batalla

Se despertó de repente. Venía de algún lugar que estaba más allá de los sueños. Cuando abrió los ojos, tenía la sobresaltada cara de Tarleton a escasos centímetros de la suya.

—¡Señor! ¡Les hemos encontrado! ¡Está empezando!

Y era cierto. A su alrededor, los oficiales se levantaban de sus camas, se quitaban los papeles rizados del pelo, maldecían y tropezaban descalzos, llamaban a sus ordenanzas, pedían cerveza y orinales.

Tom ya estaba allí. Le quitó a Grey la camisa de dormir con brusquedad y le puso la camisa del uniforme de la misma forma.

—¿Dónde? —le preguntó a Tarleton cuando pudo sacar la cabeza por el agujero del cuello. Estiró de la camisa y se la puso bien mientras Tom se agachaba para ponerle los pantalones.

—Detrás de ese canal, del *Landware*. —Tarleton estaba bailando sobre la punta de los pies con impaciencia—. Nosotros los vimos. Yo y el alférez Brett, que estaba en la aguja de la iglesia. Cuando empezó a haber un poco de luz en el cielo, los vimos; allí estaban, ¡arrastrándose por detrás del canal, como cobardes! —Se le iluminó el semblante salpicado de suaves pelillos rubios.

—Buen trabajo, señor Tarleton. —Grey sonrió mientras se remetía la camisa en los pantalones—. Vaya a afeitarse. Luego vaya a buscar al señor Brett, traigan mi caballo y coman algo. Coman algo los dos. Me reuniré con ustedes en... ¡Ay! —Las manos de Tom se detuvieron un momento ante el enredo de pelo con que acababa de tropezar—. Me reuniré con ustedes en el establo. ¡Vamos! —Le hizo un gesto con la mano y el joven alférez salió de la habitación como una liebre asustada.

—Hablando de afeitarse, milord... —Tom dejó el cepillo del pelo y fue en busca del frasco de jabón para el afeitado y la brocha; empezó a remover la espuma con aroma a lavanda.

Grey se sentó en la cama para trenzarse el pelo a toda prisa y atárselo mientras Tom lo afeitaba. Se preguntó dónde estaría Agnes-Maria. Probablemente trasladándose a toda prisa con su familia a algún lugar tras las líneas inglesas. Si era cierto que el grueso de las tropas de Clermont se estaba apostando tras el *Landwehr*, era muy probable que la artillería francesa tuviera a tiro Hückelsmay; y los franceses no respetaban la propiedad privada.

—Tenga, milord. —Tom le puso una pistola entre las manos y se agachó para abrocharle el cinturón de la espada—. Aún no está cargada. ¿Quiere usted su caja de cartuchos o la llevará alguno de sus chicos?

—La llevaré yo. Polvera, pólvora... —Tocó cada una de las cosas que llevaba sujetas al cinturón para comprobar que todo estaba en su sitio. Luego, metió los brazos en el chaleco de piel que Tom le estaba sujetando, el que llevaba en el campo de batalla en lugar del chaleco habitual.

Era muy consciente de que algunos de los oficiales ingleses más jóvenes consideraban que ese chaleco era una prenda absurda, pero lo cierto era que pocos de ellos habían recibido aún ningún disparo. Grey sí los había recibido; muchas veces. Aquella prenda no lo salvaría si le disparaban de cerca, pero la verdad era que la mayoría de mosquetes franceses tenían un alcance muy corto y muchas de sus balas no conseguían alcanzar su objetivo. A veces, incluso se las podía ver cruzando el aire tan lentamente que parecían abejorros.

Abrigo, charretera, gorguera, sombrero... panecillo. Tom, que siempre estaba preparado, le puso un panecillo alemán en la mano, untado con mantequilla. Grey se comió el último trozo, se sacudió las migas de las solapas y se lo tragó, ayudándose de un poco de café. Alguno de los demás ordenanzas lo había preparado y el aroma resultaba vigorizante.

Tom estaba dando vueltas a su alrededor, con los ojos entrecerrados y muy concentrado para no olvidarse ningún detalle que pudiera resultar de vital importancia. Se adivinaba la inquietud en su redonda y pecosa cara, pero

no dijo nada. Grey le tocó suavemente el hombro y el chico levantó la cabeza.

—¿Milord?

—Gracias, Tom. Me voy a ir ya.

La confusión que se había generado ya casi había desaparecido. Los oficiales se apresuraban bajando la escalera de madera y se gritaban unos a otros, llamaban a sus alféreces, y en el aire flotaba el olor del café, la pólvora, las botas, el aire caliente, las pipas de barro y también un intenso hedor a meados, que procedía tanto de los orinales de las habitaciones como de los trozos de pan viejo empapados en orín que los ordenanzas utilizaban para sacar brillo a los dorados de los uniformes.

Tom tragó saliva y se echó hacia atrás con torpeza.

—Le tendré la cena preparada, milord.

—Gracias —repitió Grey y se dio media vuelta para irse. Ya había llegado a la puerta cuando oyó a Tom gritar tras él:

—¡Milord! ¡Su daga!

Grey se llevó la mano a la cintura y se dio cuenta de que, en efecto, la vaina de la daga estaba vacía. Giró sobre sus talones y se acercó a Tom, que sostenía el arma en la mano. La cogió, asintiendo en señal de agradecimiento, se dio la vuelta y bajó por la escalera metiendo el cuchillo en su funda mientras lo hacía.

Tenía el corazón acelerado. En parte por el natural ambiente de excitación que se creaba cuando estaban a punto de entrar en combate, y en parte al pensar que se podría haber encontrado en el campo de batalla sin su daga. La había llevado consigo desde que tenía dieciséis años y se habría sentido desarmado sin ella; no importaba que llevara también pistola y espada.

Pensó que no era una buena señal que se la hubiera olvidado y volvió a tocar la empuñadura buscando reafirmación.

Fuera, los cerdos seguían roncando. El río y la acequia eran invisibles debido a una niebla tan espesa que Grey se preguntó cómo podrían los exploradores

haber visto a las tropas francesas. Sin embargo, el aire era fresco y caía una suave lluvia intermitente; aquel tiempo no contribuía a levantar el ánimo de los hombres.

Cabalgó lentamente por entre las columnas de soldados en formación, con Brett y Tarleton siguiéndolo excitados. Grey sentía aquella misma inquietud recorriéndole el cuerpo. Y también la percibía en las tropas, que se iban colocando en posición entre ruidos metálicos y maldiciones.

«¿Cómo funciona? —había escrito su padre en su diario de campaña, después de la batalla de Sheriffmuir—. ¿Cómo se transmiten las emociones entre los hombres sin que medie ningún gesto y nadie diga ni una sola palabra? Tanto si se trata de seguridad y alegría, como de desesperación o de la furia del ataque, no hay ninguna prueba de su difusión. Sencillamente, está allí de repente. ¿Cuál debe de ser el mecanismo de esa instantánea comunicación?» Grey no sabía responder a la pregunta, pero lo sentía.

—¡Andrews! —gritó a la espalda de un soldado que corría sin sombrero—. ¡Andrews! ¿Ha perdido algo?

Grey desenvainó la espada y se agachó para coger el maltrecho tricornio justo antes de que lo aplastaran. Cuando lo cogió, el sombrero hizo un sonido metálico. Andrews, como muchos de los soldados de artillería, había reforzado el forro de su sombrero con tiras de hierro; era la mejor forma de evitar un balazo en la cabeza.

Grey tiró de las riendas para hacer girar a *Karolus* por entre la multitud de soldados y depositó el sombrero en la sorprendida cabeza de Andrews, provocando las risas de sus compañeros. Grey hizo un tranquilo gesto aceptando sus saludos y no se esforzó en esconder que él también se estaba divirtiendo. El ambiente que precedía a la batalla era como el vino y todos estaban embriagados de expectativa.

Pensó que tenían buen aspecto. Bastos, en comparación con los pulidos prusianos, pero rebosantes de ánimo y con grandes deseos de entrar en combate.

—¡Cabo Collet! —gritó, y treinta cabezas se volvieron en su dirección. Aquélla era la mayor, y mejor, de las compañías que tenía a su mando. Había conseguido mantener unida la compañía de Collet durante más de dos años.

Estaba tan bien instruida y organizada que funcionaba como una sola entidad. Era un verdadero orgullo para un comandante.

—¡Señor! —respondió Collet colocándose detrás de él.

—Lleve a su compañía al frente, cabo. Formen a la izquierda; usted será el pivote. Giren a la orden del capitán Wilmot.

—¡Señor, sí, señor! —La arrugada cara de Collet se iluminó ante aquel honor y volvió junto a sus hombres gritándoles órdenes. Los soldados vitorearon y corrieron al trote, hombro con hombro, como un rebaño de ovejas particularmente feroces.

Ruido. Completa confusión, pero una confusión ordenada. Cabos dirigiendo a sus compañías para que mantuvieran el orden, lugartenientes y capitanes desplazándose de delante hacia atrás en sus caballos, cuidando de sus divisiones. Y los húsares que hacían las veces de mensajeros deslizándose entre la muchedumbre como pequeños pescaditos nadando entre un enorme banco de peces rojos.

De repente, apareció un cerdo entre la niebla, que galopó presa del pánico a través de una compañía lejana, provocando gritos y aullidos. Uno de los oficiales alemanes le disparó y un pequeño grupo de mujeres se abalanzó en seguida por entre la formación; se lanzaron sobre el cerdo con sus cuchillos y los soldados tuvieron que esquivarlas. Grey suspiró; sabía que en algún momento recibiría una factura por ese cerdo.

Seguidoras de tropas alemanas. Aquellas mujeres, algunas, prostitutas, otras, esposas, y casi todas ellas muy sucias al margen de su estado civil, se pegaban como verrugas al culo del ejército y los seguían de cerca incluso durante la batalla. Siempre estaban preparadas para saquear y robar a la menor oportunidad que se les presentaba. Mientras observaba cómo despedazaban al cerdo, Grey pensó que sólo Dios podría ayudar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

El sonido de la corneta cortó el espeso aire y *Karolus* volvió la cabeza, resoplando. Grey sintió una repentina y aguda punzada; le hubiera encantado compartir aquello con Percy. Pero no había tiempo para lamentarse. El ejército se estaba moviendo.

Era imposible que avanzaran con sigilo. Las fuerzas aliadas del duque Ferdinand superaban los treinta y dos mil soldados, y los franceses y los austríacos eran cuarenta y siete mil. Era un asunto de sencillez (en la medida en que cualquier cosa que hiciera un ejército se pudiese describir de ese modo), de velocidad, fuerza, táctica y voluntad.

Un joven húsar se acercó a Grey lleno de entusiasmo y, con aires de importancia, le dio una nota.

«Suerte», ponía.

Él sonrió y se metió la nota en el bolsillo. Le había enviado una nota idéntica a Hal hacía sólo unos minutos. Era una costumbre que tenían. Siempre que les era posible, se deseaban suerte el uno al otro antes de una batalla. Grey le daba mucho valor a la nota de Hal, porque sabía que su hermano no creía en la suerte.

El plan del duque Ferdinand era novedoso y atrevido: la infantería debía desplazarse y rodear el flanco izquierdo francés, la caballería prusiana aprovecharía la ventaja y la artillería avanzaría para inmovilizar las divisiones del flanco derecho. El 46 debía estar al frente de la maniobra de flancos.

Grey había decidido llevar un sable en lugar del habitual machete de oficial, primero, porque le gustaba su peso, y segundo porque se veía más. Lo levantó y gritó:

—¡Compañía, avancen! ¡Marcha rápida!

Brett y Tarleton repitieron el grito, que en seguida se extendió entre los sargentos y luego a través de las líneas de soldados; las columnas empezaron a moverse a una increíble velocidad, convirtiendo el suelo en un negro barrizal.

La niebla empezó a dispersarse sobre el fangoso terreno, pero no desapareció. A pesar de que la lluvia era intermitente, por todo el terreno se escuchaban gritos de oficiales que advertían en distintos idiomas:

—¡Mantened la pólvora seca!

No era un día especialmente frío, y los soldados, a pesar de estar mojados, seguían contentos.

Cuando estuvo cerca del *Landwehr*, tiró de las riendas para que *Karolus* se situara hacia un lado, mientras observaba cómo desfilaban sus hombres y



escuchaba los sonidos que procedían de las líneas francesas y austríacas que formaban al otro lado del dique. El *Landwehr* era una estupenda barrera: dos acequias llenas de agua, cada una de unos tres metros de ancho, separadas por una zona central de unos cincuenta metros. En aquella zona crecía una espesa masa de árboles y arbustos que bordeaban el canal. Grey no podía ver al enemigo entre la niebla y las hojas, pero podía oírles sin problemas. Le pareció que eran franceses.

Oyó gritos, vítores y un lejano chirriar de ruedas que daban a entender que la artillería se estaba situando. Entonces, esos sonidos quedaron ahogados por el redoblar de los tambores cuando la caballería prusiana de Ferdinand empezó a acercarse por el lado del *Landwehr* donde estaba Grey, conducidos por un caballo de gitano. Se hacían llamar Dragones, siguiendo la clásica afición alemana por el teatro. Sin embargo, era justo reconocer que lo parecían. Todos eran muy altos, se sentaban muy erguidos sobre sus monturas y tenían un aspecto precioso en su gloria; cuando Grey los vio, se le encogió el corazón a su pesar.

*Karolus* también estaba inquieto, resopló e hizo un amago en su dirección, como si quisiera unirse a ellos. En su día él también había formado parte de la caballería, le encantaban los tambores y disfrutaba mucho en los desfiles. Grey tiró de las riendas, pero el semental siguió balanceando la cabeza.

Estaba poniendo nerviosos a los caballos de los alféreces y Grey no estaba seguro de que Brett y Tarleton pudieran mantener sus monturas bajo control. Chasqueó la lengua e hizo girar a *Karolus* para adentrarse un poco entre los árboles que crecían a la orilla del *Landwehr* seguido por sus alféreces.

Se seguían oyendo los tambores de la caballería, pero los caballos se habían tranquilizado un poco al no poder ver a los otros. El de Brett agachó la cabeza; quería beber de la acequia y Grey le hizo una señal con la cabeza al muchacho para que se lo permitiera.

—No mucha —añadió automáticamente.

Su atención estaba dividida entre los sonidos que habían dejado a sus espaldas y los que se estaban empezando a oír a su izquierda, donde los

demás regimientos británicos se estaban colocando para atacar el flanco derecho de los franceses. Las dos acequias del *Landwehr* estaban llenas hasta arriba, alimentadas por las lluvias recientes, y el agua corría fangosa y rápida debajo de él, arrastrando hierba con la corriente.

—¿Qué es eso? —oyó decir a Brett, sorprendido, y miró en la dirección que su alférez le estaba señalando.

Entre los árboles que crecían al otro lado del canal, se distinguían algunas altas figuras. Grey parpadeó y comprendió lo que estaba viendo justo cuando una de esas figuras echó el brazo hacia atrás y lanzó algo en su dirección.

—¡Granadas! —rugió—. ¡Aléjense, aléjense!

La primera aterrizó a pocos metros a su derecha y explotó mandando trocitos de metralla en todas direcciones. Algunos de ellos alcanzaron a *Karolus*, que se asustó, corcoveó y retrocedió. Entretanto, Grey oía cómo aterrizaban nuevas oleadas de granadas en el banco de tierra que había entre las dos acequias. Algunas estallaban y desprendían brillantes luces, otras rodaban como manzanas caídas del árbol y se quedaban completamente inofensivas, atrapadas entre la suciedad, mientras algunas siseaban como serpientes.

Grey cogió las riendas con una mano y con la otra rebuscó hasta encontrar su pistola. Sintió una repentina calidez en la cara y una gota de sangre se le metió en un ojo. Encontró la pistola y disparó a ciegas. Se oían disparos muy cerca de allí y se percibía el olor a pólvora. Brett y Tarleton también disparaban.

Le llegó el sonido de cascos de caballo. La montura de Brett, sin jinete, pasó por delante de él. ¿Dónde? Miró a su alrededor. Allí. Habían alcanzado al chico, que se estaba levantando del suelo cubierto de barro.

—¡Atrás! —gritó Grey haciendo girar a *Karolus*.

Los lanzadores de granadas también se estaban retirando para escapar del alcance de las pistolas, pero un último afortunado lanzamiento aterrizó en la hierba a los pies de Brett, una esfera azul que echaba chispas.

El chico se la quedó mirando completamente paralizado.

En un impulso, Grey espoleó al caballo y cabalgó hacia el chico, lo golpeó y lo tiró al suelo. No había tiempo para pensar, para dar la vuelta.

*Karolus* se volvió de repente, se retorció debajo de él y saltó la acequia. Aterrizó en el banco con una sacudida que hizo que Grey cerrara la mandíbula de golpe. El caballo volvió a flexionar las patas y saltó la segunda acequia, resbalando y luchando por conservar el equilibrio al aterrizar sobre la húmeda hierba, lanzando a su desafortunado jinete contra su cuello.

Una mano agarró a Grey por el brazo y lo arrancó de la silla. Él cayó y peleó, lanzando los codos y las rodillas en todas direcciones. Consiguió soltarse y luego rodó hacia un lado gritando:

—*Lauf, lauf!*

Oyó el aullido de un hombre que intentaba coger la brida de *Karolus* y luego un retumbar de cascos que indicaba que el caballo había desaparecido, galopando entre la niebla. Grey no tenía tiempo de preocuparse por él; el lanzador de granadas que lo había desmontado se estaba agachando con una precavida expresión en el rostro y una daga en la mano. Tres o cuatro hombres más se acercaban por detrás de él, con los ojos abiertos como platos; parecían sorprendidos.

—Ríndete —dijo el lanzador de granadas en francés—. Eres mi prisionero.

A Grey no le quedaba aliento para responder. Había perdido la espada al caer del caballo, pero la tenía en el suelo, a unos centímetros de él. Jadeó, tragó y le hizo un gesto al lanzador de granadas para que tuviera paciencia. Luego se abalanzó a un lado y cogió la espada. Inspiró con fuerza, la hizo girar agarrándola con las dos manos por encima de su cabeza y golpeó el cuello del lanzador de granadas con la clara intención de cortarle la cabeza. Casi lo consiguió y el impacto a punto estuvo de dislocarle los huesos de los brazos.

El lanzador de granadas cayó hacia atrás y ni siquiera la sangre que brotaba de su cuello consiguió borrar su expresión de sorpresa. Grey se tambaleó, apenas tenía fuerzas para seguir agarrando la espada, pero sabía que perderla significaba morir al instante.

Otros dos lanzadores de granadas se pusieron de rodillas e intentaron ayudar a su camarada caído. Uno se estaba retirando con la boca desmesuradamente abierta bajo el bigote, en señal de horrorizada sorpresa. Y

el último, maldito fuera, estaba gritando para pedir ayuda mientras rebuscaba desesperadamente en su zurrón. Grey empezó a retirarse, agarrando la ensangrentada espada con las dos manos.

Los lanzadores de granadas no tenían entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo; normalmente no lo necesitaban. Pero había muchas otras tropas cerca que sí lo tenían, y docenas de ellos llegarían en cuestión de segundos. Grey se limpió la cara con la manga, intentando quitarse la sangre del ojo. Le dolía la cabeza; la metralla de la primera granada debía de haberlo alcanzado.

Entretanto, el lanzador de granadas que gritaba había sacado dos granadas más de su zurrón, esferas del tamaño de dos naranjas llenas de pólvora. Llevaba un carrete de mecha siseante en un tubo de latón sujeto al cinturón; el humo que salía de él oscurecía sus rasgos y tosió, pero no parpadeó.

Con los ojos clavados en Grey, acercó la mecha de las granadas a su cinturón, primero una y luego la otra. El sudor y la sangre resbalaban por el rostro de Grey, haciendo que le escocieran los ojos.

Jesús. Estaba a dos metros. No podía fallar. Vio cómo se movían los labios del hombre: estaba contando.

Grey se dio la vuelta y corrió para salvar la vida. Oyó un rugido de voces tras él y el potente estallido de la granada haciendo explosión. Pequeños objetos se le clavaron en la espalda y en los muslos, algunos se le hundieron en las piernas, pero no pudieron atravesar el chaleco de piel.

En ese momento todos lo perseguían. Podía oír sus pasos y su respiración fatigosa al lanzar las granadas. El terror dio alas a sus pies y zigzagueó frenéticamente a través de los árboles; los estallidos de las explosiones sacudían los arbustos y las rocas y los mirlos gritaban en el cielo.

Resbaló hasta que se detuvo y casi se cayó. Oh, Dios.

Una compañía de infantería francesa volvió sus sorprendidas caras hacia él. Entonces, cuando empezaron a comprender lo que sucedía, algunos de ellos se descolgaron los mosquetes del hombro y empezaron a cargarlos. Era imposible atravesarlos. Tras ellos, había fila tras fila de soldados, una sólida masa de color azul y blanco.

Una tremenda explosión pareció sacudir los árboles y una bala de cañón

se estrelló entre la maleza, al otro lado del canal. No cayó a más de cien metros de donde estaba Grey. La batalla había empezado.

Lord John Grey saludó a la sorprendida infantería, se volvió hacia la derecha y, entre una tardía ráfaga de balas de mosquete y alguna ocasional granada, corrió por el banco y saltó al agua.

No sabía nadar. Tampoco es que importara. El equipo que llevaba pesaba una tonelada y se hundió como una piedra, viendo cómo salían burbujas de entre sus ropas. Llegó al fangoso fondo, flexionó las rodillas presa del pánico y saltó hacia arriba, aunque sólo consiguió elevarse unos centímetros. Volvió a hundirse y sintió cómo las botas se le clavaban en el barro. Se debatió en aquella fangosa agua e intentó quitarse el abrigo con desesperación, entonces se dio cuenta de que aún sujetaba la espada con fuerza y la soltó. Le ardía el pecho, hinchado al extremo a causa del vano e irresistible deseo de respirar.

Consiguió quitarse la mitad del abrigo mientras consumía los últimos vestigios de aire que le quedaba en sus pulmones. Intentó abrirse la hebilla del cinturón, pero no pudo y volvió a pelearse con el abrigo. Ya no pudo contener más la respiración y soltó una bocanada de burbujas.

Seguía decidido a quitarse el maldito abrigo. Se le había trabado a la altura de los hombros y estiró de él con desesperado frenesí, manoteando contra la oscuridad, el barro, el peso del agua, el abrigo, las pesadas botas, la opresión que sentía en el pecho, su maldita caja de cartuchos, cuya correa se le había enredado en el cuello y lo iba a ahogar antes de que... ¡maldición!

Algo le golpeó la mano con fuerza. Terroríficas imágenes de tiburones, peces con muchos dientes, sangre... acudieron a su mente. Se dio la vuelta.

«Idiota —pensó con la poca cordura que le quedaba—. Estás en un maldito canal.»

Y al pensarlo alargó el brazo con tranquilidad y cogió lo que le había golpeado. Era la raíz de un árbol. Con la otra mano encontró una maraña de raíces. Cogió la caja de cartuchos para quitársela por la cabeza, la tiró, se agarró con fuerza de las raíces, consiguió soltar una de las botas del barro del fondo, y empezó a trepar.

Sacó la cara a la superficie y tomó una bocanada de aire tan gloriosa que no le importaba en absoluto que pudiera ser la última.

Se quedó allí agarrado durante varios minutos. Le temblaba todo el cuerpo y el corazón le latía muy de prisa debido al enorme esfuerzo que había hecho. Respiraba. Sólo respiraba. Entonces, cuando se le aclaró la mente, se dio cuenta de que había salido justo debajo de un saliente de tierra cubierto de hierba. Si por casualidad había algún soldado por aquella zona, no importaba: era invisible.

Se oía mucho ruido cerca de él, pero ninguno procedía directamente de encima de su cabeza y, por lo que pudo deducir, ninguno de aquellos sonidos debía preocuparle. Se oían órdenes en francés; la compañía de infantería estaba a punto de irse. Apoyó la frente en el frío barro del banco central y cerró los ojos mientras esperaba. Y respiró.

Lamentaba mucho haber perdido la espada aunque seguía llevando la pistola en el cinturón. ¡Sólo Dios sabía cómo podía seguir allí! Pero estaba mojada y por lo tanto era absolutamente inútil. Eso significaba que la daga era su única arma. Sin embargo, pensó que, teniendo en cuenta su situación, eso no importaba mucho.

Estaba en el lado equivocado del canal, agazapado bajo un arbusto, ya fuera del agua, pero empapado y helado, con varios miles de soldados enemigos a sólo unas docenas de metros. No, la verdad era que no importaba mucho.

Echó un cauteloso vistazo entre los arbustos y esto sumado a lo que podía oír, le dio una idea general de la batalla. La mayor parte de la artillería estaba a su izquierda, en el flanco derecho francés. Los cañones disparaban esporádicamente desde ambos bandos; seguían estimando la distancia. Oía bastante ruido a lo lejos, en dirección a la derecha, y veía cómo se elevaban breves nubes de pólvora cuando disparaban las descargas. No muchas. No había un gran enfrentamiento real todavía. Estaba claro que el farol había funcionado: habían cogido a Clermont por sorpresa. Tambores a lo lejos, un breve espectáculo militar. La caballería seguía moviéndose.

Así que las tropas de Ferdinand se estaban dirigiendo a su objetivo por el flanco izquierdo, tal como estaba planeado, los franceses y los austríacos, pillados por sorpresa, intentaban darse la vuelta para enfrentarse al ataque. Allí era donde tendría que estar él, dirigiendo a sus hombres, en plena batalla.

Miró en dirección a la orilla opuesta con frustración; estaba vacía. Sólo Dios sabía lo que estaría pasando. Brett y Tarleton habrían corrido a decírselo a alguien; se preguntó a quién. Se le heló la sangre al pensar que Ewart Symington pudiese haber tomado el mando de sus tropas. Sólo esperaba que los dos alféreces hubieran encontrado antes a su hermano.

No se preocupó pensando en lo que le haría su hermano Hal. Si conseguía sobrevivir para volver a verlo, ya se preocuparía de eso cuando llegara el momento.

Tenía tres opciones: quedarse allí temblando y esperar que nadie lo encontrara; salir y rendirse ante el oficial francés más cercano, siempre que consiguiera hacerlo sin que lo mataran antes; o intentar llegar al final del canal, donde podría cruzarlo y reunirse de nuevo con sus tropas.

Muy bien. Había tomado una decisión. Vaciló un momento, pensando si debía dejar allí su empapado abrigo rojo, pero al final lo cogió. Sin abrigo, podría acabar recibiendo un disparo de soldados de ambos bandos, en cambio, si lo llevaba, era posible que alguien del lado inglés lo viera y pudiera ayudarlo.

Le seguía doliendo la cabeza y no había dejado de sangrar. Cuando se la tocaba, los dedos se le manchaban de sangre, pero por lo menos, ésta ya no le caía por la cara. Echó un último vistazo para reconocer el terreno y abandonó la protección de su arbusto, arrastrándose sobre el follaje.

Deseaba desesperadamente poder ir hacia la derecha en busca de sus hombres. Pero en aquel momento ya debían de estar a más de medio kilómetro de distancia y, si todo iba bien, ya estarían luchando. Hacia la izquierda no había más de doscientos metros hasta el final más cercano del *Landwehr* y, por lo que podía oír, la lucha allí era básicamente cosa de la artillería. Aquella parte era mucho más segura para un hombre que iba solo y a pie. Si no se acercaba mucho a los franceses, de modo que pudieran dispararle con sus mosquetes, las posibilidades de que lo alcanzara una bala de cañón eran muy escasas.

Salvo por alguna pequeña alarma, hasta el momento su plan estaba saliendo muy bien. Entonces vio el puente que cruzaba el canal al final de éste. Allí había un grupo de mujeres sentadas, que observaban la batalla con

interesada atención.

A juzgar por cómo vestían, eran mujeres de las que seguían al ejército, y pudo oír que hablaban alemán, pero no era capaz de distinguir si su acento era prusiano o austríaco, ¡maldición! Si fueran prusianas, lo más normal sería que no se metieran con un oficial inglés. Sin embargo, si eran austríacas... Recordaba muy bien aquel cerdo y los cuchillos que llevaban aquellas mujeres. Sólo hacía un par de horas que el animal había muerto, pero tenía la sensación de que hiciese mucho más tiempo.

Adoptó una expresión imponente, apoyó la mano en su inútil pistola, y caminó en dirección a las mujeres. Éstas se quedaron en silencio y cinco pares de ojos se clavaron en él, penetrantes y calculadores. Una de ellas sonrió y le hizo una pequeña reverencia, pero sin dejar de mirarlo ni un momento. Entonces notó que una ráfaga de anticipación recorría a las demás.

—*Guten Tag, mein Herr* —dijo la mujer—. ¿Ha estado usted nadando?

Todas se rieron enseñando sus podridos dientes y su peor aliento.

—¿Qué está haciendo aquí, cerdo inglés? —preguntó otra en alemán, al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa—. ¿Acaso es usted un cobarde que huye de la lucha?

Él la miró fijamente y asintió de nuevo. Dos de ellas se movieron de repente, como para dejarle espacio para pasar. No tenían las manos a la vista. Las habían hundido en sus faldas y Grey podía sentir la inquietud que reinaba entre ellas, una especie de fiebre que se contagiaba de una mujer a otra.

Le sonrió a una con simpatía cuando pasaba por delante, luego apartó la mano de la pistola, cerró el puño y se lo estampó en la barbilla. Todas las mujeres gritaron, salvo la que había golpeado, que cayó de espaldas por encima del muro del puente. Grey corrió y, con el rabillo del ojo, vio que su falda flotaba como una flor sobre el agua.

De pronto, escuchó un ruido sordo a sus espaldas y miró hacia atrás por encima del hombro. Una gran pieza de artillería había caído en el centro del puente. La mitad del mismo había desaparecido y también la mayoría de las mujeres. Quedaba una, que lo miraba fijamente desde el canal, con los ojos abiertos como platos debido a la sorpresa, mientras el agua corría bajo sus pies.



Corrió en dirección al lugar desde donde habían destruido el puente, con la esperanza de que su uniforme evitara que le dispararan. Le costaba mucho respirar y le pesaba mucho el cuerpo debido a lo mojada que llevaba la ropa, pero por lo menos ya estaba cerca de sus hombres.

Era una batería pequeña, de tres cañones, uno de los equipos era inglés. Nadie le disparaba, las activas armas del lado francés los tenían muy ocupados. Una bala de cañón le pasó rozando, baja y mortal, y acabó estrellándose en un pequeño árbol que, destrozado, se quedó temblando.

Grey se tambaleaba y apenas podía respirar, pero ya estaba muy cerca. Muy cerca. Se detuvo y se agachó, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Cerca de él, los hombres disparaban y él podía oír las órdenes de mando de un comandante prusiano, interrumpidas por una voz inglesa, que gritaba con mucha pasión. No estaba seguro de si esos gritos estaban dirigidos al enemigo o al escuadrón inglés que disparaba, y miró para averiguarlo.

Al escuadrón inglés. Había ocurrido algo que los había desmoralizado. Una pesada bala había caído a escasos metros de donde estaban, se había hundido en la tierra y el suelo temblaba debido al impacto. Su lugarteniente les gritaba, intentaba que se recuperaran... Grey se limpió la cara con la manga y se volvió para mirar hacia atrás en dirección al río. La mujer que estaba junto al puente destrozado se había ido.

De repente, oyó una sorprendida exclamación detrás de él y se volvió hacia el lugarteniente que estaba gritando hacía sólo un momento.

Una bala de cañón llegó rodando por el suelo como una piedra, después de cruzar un puente, chocó contra una roca medio enterrada, saltó hacia arriba y se estrelló contra la cabeza del lugarteniente, arrancándosela.

La sangre brotó del cuerpo del soldado, que seguía de pie, y los chorros se elevaron varios centímetros, como si se tratara de una fuente. La sangre salpicó la cara y el pecho de Grey, cegándolo. A pesar de caer sobre su ropa húmeda, percibió lo caliente que estaba. Jadeó y se pasó la manga por los ojos para limpiárselos, justo a tiempo de ver cómo caía el cuerpo del lugarteniente, que quedó tendido con los brazos abiertos a ambos lados. La espada que sostenía resbaló de su mano y cayó sobre la hierba.

Grey la cogió por impulso y la blandió en dirección al escuadrón, que se había empezado a alejar del cañón. El bombardero era el que estaba más cerca. Grey lo golpeó en la cabeza con la espada plana y consiguió que se tambaleara hacia el cañón. El asustado soldado se agarró a él mientras lo miraba como si acabara de ver a Satanás saliendo del infierno. No dejaba de observarlo con los ojos desmesuradamente abiertos en medio de un rostro cubierto de hollín.

—¡Recógela! —rugió Grey, golpeando con la espada la baqueta que yacía en el suelo—. ¡Hazlo, maldita sea! ¡Vosotros, volved a vuestros puestos! ¡Volved, he dicho!

Uno de los cargadores que había intentado pasar corriendo por su lado se detuvo y se quedó quieto; movía los ojos presa del pánico, buscando la forma de escapar.

Grey lo cogió por el hombro, le dio media vuelta y le asestó un rodillazo en las nalgas mientras le gritaba. Tenía sangre en la boca. Se atragantó y escupió; salpicó con ella al cargador, que estaba trajinando con poco entusiasmo con una montaña de cartuchos que había debajo de una lona. Otro de los soldados ya se había escapado. Grey podía ver el abrigo azul del hombre mientras corría.

Por instinto, se dirigió en aquella dirección pero entonces se dio cuenta de que no podía perseguir al desertor y se volvió a dirigir furioso al resto del escuadrón.

—¡Carguen! —gritó, y le hizo un gesto al bombardero para que reemplazara al hombre que se había ido.

Los soldados volvieron al trabajo en seguida, mientras miraban el rostro bañado en sangre de Grey. El bombardero era patoso, pero tenía buena voluntad. Grey les gritaba mientras maniobraban, una vez, otra vez, obligándolos, guiándolos, y entonces se dio cuenta de que volvían a recuperar su acostumbrado ritmo de trabajo y ganaban velocidad. Poco a poco, empezaron a perder el miedo y se concentraron en sacarle el máximo partido a aquella arma.

Grey se sentía la garganta en carne viva. El viento se llevaba la mitad de sus palabras y lo que quedaba apenas era inteligible. Pero veía que el

escuadrón respondía al acicate de su voz y siguió gritando.

Los cañones disparaban cerca de donde estaban, pero Grey era incapaz de asegurar si se trataba de fuego amigo o enemigo; las nubes de humo flotaban sobre ellos y lo oscurecían todo.

Volvió a tener fría la ropa húmeda y había empezado a llover de nuevo. Había cogido una mecha y se la había atado al cinturón. Se sentía los dedos agarrotados y torpes y le costaba mucho prender la mecha, pero se obligó a conservar el ritmo mientras gritaba órdenes. Esponja. Cebiar. Cargar el cartucho de pólvora. Escobillón. Colocar la estopa. Escobillón. Comprobar el cebado. Fuego.

—¡Retírense!

Luego, la pequeña y siseante llama que brillaba al final de la mecha se acercaba al oído del cañón con decisión y elegancia.

Entonces, el aire quedó un momento suspendido y se oyó el estruendo del cañón. El disparo lo dejó sordo; sabía que seguía gritando, porque le dolía la garganta. Cogió un poco de guata del suelo y se lo metió en las orejas. No ayudó mucho.

De repente, se levantó viento. Cortaba el humo y se le metía en la boca eliminando el sabor de la sangre con una frescura que le aliviaba el dolor que sentía en el pecho. ¿La pólvora estaba tapada? Sí, sí, el chico de la pólvora seguía en su puesto; un niño chamuscado, con mucho miedo y los ojos muy abiertos, pero que sujetaba la lona con fuerza para que el viento no destapara los barriles.

—¡Esponja! —gritó, y oyó las palabras amortiguadas en su cerebro, como si procedieran de algún lugar muy lejano—. ¡Carguen!

Se dio unos segundos para observar antes de impartir las órdenes para el siguiente disparo. Hasta ese instante, había estado actuando sin pensar. Se obligó a no parpadear cuando el cañón saltó con tanta fuerza que dio la sensación de estar vivo. Tampoco se inmutó cuando se produjo el consiguiente estallido, que cada uno de los soldados sentía como si se produjera en su propia carne.

La bala salió disparada e impactó a unos doce metros de la artillería francesa. El viento se llevó el humo por un momento y Grey pudo ver los

uniformes rojos y el humo negro que salía de los cañones franceses. Entonces empezó a hacer cálculos teniendo en cuenta el viento y comenzó a gritar órdenes para que ajustaran el muñón, bajaran la boca del cañón... ¿un grado?, ¿dos?

Vio la mezcla de blanco, verde y azul: la infantería que aguardaba tras los cañones franceses.

¿Se atrevía a intentar esa interesante maniobra que consistía en lanzar una bala de cañón deliberadamente baja con el propósito de que ésta rebotara de forma inesperada? Tras el cañón, había una bulliciosa masa de uniformes franceses y austríacos; perfecto. En otras circunstancias, pensaría que el suelo estaba demasiado blando a causa de la humedad, pero acababa de ver cómo el enemigo empleaba la misma táctica con éxito. Apretó los dientes, pero no pudo evitar mirar al lugarteniente caído. Entonces se dio cuenta de que el cuerpo estaba tendido a los pies de uno de los montículos de piedras del vía crucis: el IX.

—¡Cinco! —gritó, mirando con un solo ojo la línea francesa en movimiento—. ¡Y un grado al oeste!

Uno de los artilleros metió el escobillón en el cañón y el chico de la pólvora introdujo el letal polvo negro en el alma de esa pieza de artillería. Entretanto, los cargadores ajustaron la inclinación de la boca lo justo para...

—¡Carguen!

La lluvia iba y venía a rachas. Había parado un momento y Grey se volvió a limpiar la cara con la manga, sintiendo cómo algún líquido, agua, sudor, sangre, goteaba en el interior de su casaca, deslizándose por su pecho.

—¡Fuego!

Por Dios que funcionó. Oyó la ovación de su escuadrón cuando vieron que la bala asesina saltaba por el campo y tiraba a los soldados franceses como bolos a medida que avanzaba.

—¡Otra vez, otra vez! —gritó, golpeándose el pantalón con el puño. Uno de los artilleros introdujo la esponja en el cañón sin esperar la orden y los cargadores ya estaban metiendo la siguiente carga.

—¡Al suelo! —gritó, y se tiró a tierra junto con el resto del escuadrón, cuando el disparo que recibieron a modo de respuesta se estrellaba a sólo dos

metros de su posición.

Se volvieron a levantar gritando como demonios. Los integrantes del escuadrón francés estaban saltando como pulgas, celebrando su disparo. Grey se vio obligado a gritar y golpear a un hombre en la espalda con la espada plana para que su escuadrón recuperara el sentido.

—¡Girad! ¡Vamos a pasarles por encima! ¡Rápido, maldita sea!

De repente, los soldados se dieron cuenta de la precaria situación en que se encontraban y maniobraron a toda prisa para girar el cañón y apuntar directamente al de los franceses. Éstos dejaron de vitorear de golpe y empezaron a cargar su arma a toda prisa.

Ellos tenían más alcance, los iban a vencer. Grey cogió la inútil pistola que llevaba en el cinturón y cargó contra la posición francesa gritando como un loco, al tiempo que blandía la espada en una mano y la pistola en la otra. El suelo parecía moverse bajo sus pies, un borrón de hierba y barro.

Los cañones ingleses y los franceses estaban separados por unos doscientos metros. Grey se hallaba lo suficientemente cerca como para ver las bocas abiertas de los enemigos. Entonces, el oficial de éstos se dio cuenta de lo que se disponía a hacer y buscó su propia pistola con desesperación.

Grey se dio media vuelta y corrió como una liebre hacia su propio escuadrón, zigzagueando entre los arbustos y buscando refugio entre las ráfagas de humo negro. Era incapaz de saber si el oficial francés le estaba disparando o no, porque no dejaba de oír estallidos que procedían de todas partes, con el sonido de balas mezclado con el de las cornetas. «Maldita caballería —pensó—. Siempre están por medio.»

—¡Al suelo! —Oyó un débil grito y se lanzó sobre la hierba empapada. Hizo el camino que le quedaba hasta su escuadrón en cuclillas. Llegó hasta ellos jadeando y sin aliento, y sus hombres lo recibieron entre vítores y alabanzas.

—Una vez más —jadeó—. ¡Disparad de nuevo!

Los soldados ya estaban en ello. Grey buscó la mecha, pero le temblaban tanto las manos que no conseguía controlarla. El chico de la pólvora cogió la punta encendida y la metió en el agujero, cortando con un cuchillo el trozo que sobraba; pero lo hizo con tanta prisa que la punta rozó la piel de Grey,

aunque éste no sintió nada.

—¡Retírense! —jadeó, y acercó la llama al oído del cañón.

El tiempo se detuvo un breve instante, y luego el mundo desapareció tras una ráfaga de fuego y oscuridad.

Se despertó con una sensación de ahogo e inspiró con fuerza, luego se quedó inmóvil, sorprendido al sentir un dolor tan intenso que incluso llegó a verlo, como si fuera una entidad física independiente de él. Era una cosa roja, salpicada de negro, que palpitaba y se retorció como un molinillo. Era muy agudo. Notaba cómo trabajaban sus pulmones, pero no conseguía llenarlos. Si hubiera tenido aire habría gritado. El extremo punzante de aquella cosa giratoria le rebanaba la piel como si fuera mantequilla. Grey tenía la sensación de que le cortaba el pecho y lo aplastaba contra el suelo.

—¡Comandante! ¡Comandante!

Alguien lo tocó y él estiró una mano, ciego, pidiendo ayuda. Dios, ayuda, no podía respirar...

Algo más pequeño que el dolor lo empujó, con fuerza y de repente estaba de lado, encorvado, tosiendo. Se estremecía a causa de la agonía que le producía cada acceso de tos, pero tenía que toser, no podía parar. Las afiladas garras del aire se le clavaban en el pecho; parecía como si estuviera respirando una nube de alfileres. Por fin salió a una cegadora sábana de luz blanca, dolor cálido y humo negro.

—¡Comandante!

—¡Oh, mierda, mierda, mierda! —dijo alguien cerca de él.

Grey estaba absolutamente de acuerdo, pero no podía decirlo. Seguía tosiendo, aunque ya no tanto. La saliva le caía de la boca y dibujaba surcos sobre el hollín que le cubría la piel. Cada vez que respiraba, emitía un débil quejido.

Entonces notó unas manos sobre él, ruidos sordos y tirones. Estaban tirando de su casaca y de sus piernas. Hizo un frenético sonido para protestar y oyó cómo le crujían los huesos. ¡Dios, podía oírlos crujir! A continuación

vio una ráfaga verde, marrón, azul y roja, y se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos.

Parpadeó y se le llenaron de lágrimas. Vio las negras puntas de sus empapadas pestañas y una fría piedra gris junto a su cara.

«Jesús cae por tercera vez —pensó—. Pobre bastardo.»

Alguien gritaba sobre su cabeza. Lo que oía no tenía sentido. Los cañones disparaban en algún lugar. Cerca, pues podía sentir cómo temblaba el suelo, cómo se le paraba el corazón con cada estruendo y deseó que se le parara de una vez por todas de tanto como le dolía cuando le volvía a latir.

—¡Jesús! ¡Mira cuánta sangre! ¡No lo conseguirá!

—Su brazo. Deja que le vende el brazo.

—¡No tiene sentido, se lo han destrozado!

—No es cierto. Le he visto mover los dedos. ¡Apártate, apártate, maldita sea!

Las voces parecieron desaparecer tras una niebla de ruido, tras algo que corría, como una cascada que rugiese en sus oídos. Seguía oyendo el estruendo de las armas, pero ese ruido también se había casi desvanecido y parecía proceder de una distancia que lo mantenía a salvo. El dolor se había encerrado en sí mismo y había anidado en su pecho; donde brillaba como un trozo de metal recién salido de la forja: fundido y pesado.

Esperaba que su corazón no estuviera muy cerca de aquel dolor. También podía ver ese órgano, una forma palpitante roja y oscura, casi negra en comparación con el brillante carmesí del dolor.

Ahora estaban diciendo algo sobre el arma. ¿Se estaban peleando por el arma? No conseguía comprender las palabras. Todas ellas pasaban de largo, formaban parte de aquella cascada que rugía con fuerza en sus oídos. Agua... agua caliente. Estaba mojándolo, tenía la ropa empapada, podía sentir las cosquillas que le hacía el agua en el cuello, en las costillas y la sensación de la tela húmeda sobre el vientre.

—Oh, Jesús —dijo una voz encima de él con desesperación—. Cuánta sangre.

Estaba en una habitación llena de luz, en alguna parte. Herido. Estaba

herido. Se agarró los testículos por instinto. Su tranquilizadora presencia compensaba de algún modo el desgarrador dolor que le atravesaba el cuerpo; seguía jadeando.

Algo se movió en la luz y una persona se inclinó sobre él.

—¡Milord! —La voz de Tom Byrd resonó con fuerza en sus oídos. Su tono se debatía entre el miedo y la esperanza—. ¡Rápido, rápido! Llamen al conde, ¡está despierto!

—¿Conde? —repitió Grey—. ¿Qué... Hal?

—Su hermano, sí. Vendrá ahora mismo, milord, no se preocupe. ¿Quiere un poco de agua, milord?

No había nada que deseara más que poder beber un poco de agua. Entonces oyó cómo alguien ponía en duda la conveniencia de que bebiera, pero su querido Tom rugió como un tejón y se deshizo de quienquiera que fuera.

La cerámica tocó sus labios y Grey bebió. Se atragantó un poco.

—Despacio, milord —dijo el chico apartando la taza mientras le ponía una mano por detrás de la cabeza para sujetarlo—. Beba despacio. Eso es, ahora. Hágalo lamiendo como un perro, sólo un poco cada vez.

Grey lamió. Estaba ansioso por beber más. Necesitaba que el agua regara los secos tejidos de su boca y su garganta. Se notaba un corte en el labio y en el agua un ligero sabor a sangre. Durante un breve momento, no existió para él nada más que su completa felicidad al poder beber por fin un poco de agua. Sin embargo, la taza se alejó y Tom volvió a dejarle la cabeza sobre la almohada con delicadeza. Él se quedó mirando el techo. Jadeaba lentamente.

Al pensar en el agua, había olvidado el dolor que sentía en el brazo y en el pecho, pero ahora se daba cuenta de que no podía respirar hondo. El lado izquierdo de su cuerpo parecía estar revestido de algo sólido y de repente recordó haber oído que alguien decía que le habían destrozado el brazo.

Se sacudió e intentó levantar la cabeza para mirar. Luego alargó el brazo derecho para tocarse el cuerpo.

—¡Oh, Jesús! —Vio bailar unas lucecitas de colores delante de sus ojos y empezó a tener sudores fríos, pero gracias a Dios su brazo izquierdo seguía allí. Aún lo tenía pegado al cuerpo, aunque era evidente que no en muy buena



forma. Intentó mover los dedos y se dio cuenta un poco tarde de que había sido un error.

—¡No se mueva, milord! —Tom parecía alarmado—. No debe moverse. ¡El doctor dice que si se mueve podría morir!

Él no lo dudaba. El dolor había vuelto y se había aposentado en su pecho, dejándolo sin aliento e intentando pararle el corazón.

Se quedó muy quieto. Cerró los ojos y apretó los dientes mientras intentaba respirar poco a poco. Podía oler cerdos; estaban muy cerca. Debían de estar en alguna granja de la zona.

—Tom, ¿qué ha pasado?

—Dicen que el arma explotó, milord. Pero hemos ganado la batalla —añadió, aunque a Grey eso no le importaba mucho en aquel momento—. El señor Brett casi se ahoga en el canal, pero el señor Tarleton consiguió sacarlo.

Ahora había más personas en la habitación, pero no sabía cuántas. Voces. Murmuraban. Tom estaba susurrándole cosas al oído con la intención de que no pudiera oír lo que decían. Levantó la mano derecha, pero la dejó caer; estaba demasiado cansado para hacer callar al chico. Además, pensó que en realidad no quería oír lo que decían.

Las voces se callaron y sus propietarios se marcharon. Tom se quedó en silencio, pero permaneció junto a él para limpiarle el sudor de la frente y del cuello y dejar que mojara los labios en el agua de la taza.

Grey podía sentir cómo le subía la fiebre. Era una sensación sigilosa, algo apenas destacable en comparación con el dolor, pero él era muy consciente de ello. Sintió que debía luchar, que tenía que concentrarse para hacerla desaparecer, pero estaba demasiado cansado como para hacer algo más aparte de respirar. Sólo era capaz de hacer inspiraciones cortas y superficiales.

Tal vez se quedara dormido o quizá fuera una breve ensoñación. De repente, supo que las voces habían vuelto y que Hal estaba con ellos.

—¿Estás bien, John? —La mano de su hermano le cogió el brazo derecho, que era el que tenía sano, y se lo estrechó.

—No.

Apretó con un poco más de fuerza.

—¿Lo ve, milord? —Otra voz se abrió camino desde el otro lado.

Grey abrió un ojo lo suficiente como para ver a una seria figura de cara muy larga y boca severa, que hizo una mueca de desagrado al ver el estado de Grey. El nombre se dibujó en su mente de golpe, como si hubiera aparecido una etiqueta en la cara del hombre. Longstreet. Señor Longstreet, cirujano del ejército.

—Mierda —exclamó, y cerró los ojos.

Hal le volvió a estrechar el brazo. Era evidente que pensaba que su exclamación se debía al dolor.

Otra de las voces resonó a los pies de la cama, ésta hablaba en alemán. Perteneecía a un tipo corpulento, con un uniforme verde, que señalaba a Grey con decisión.

—... Tal como ya le he dicho, tenemos que amputar.

Él estaba lo suficientemente lúcido como para comprender el comentario y movió el brazo sano en un débil intento por defenderse.

—... Prefiero morir. —Aquella voz entrecortada y ronca no parecía la suya, y por un momento se preguntó quién lo habría dicho. Sin embargo, Hal lo miró con el cejo fruncido y alejó su atención del médico durante un momento.

Se notaba la boca seca y se esforzó por fabricar la saliva necesaria para poder hablar. Se convulsionó ligeramente a causa del esfuerzo y se enderezó en la cama, sintiendo cómo le ardía todo el lado izquierdo del cuerpo.

—No les dejes —le rogó a su hermano. Luego volvió a caer en la oscuridad, mientras oía gritos de alarma.

La siguiente vez que se despertó estaba atado a una cama. Hizo una rápida comprobación para asegurarse de que su brazo izquierdo seguía presente. Se lo habían inmovilizado y vendado y le dolía mucho, muchísimo más que la primera vez que se había despertado, pero no tenía ninguna intención de quejarse.

Estaba ligeramente sorprendido de oír que los cirujanos seguían discutiendo, aunque esta vez en alemán. Uno de ellos le decía a Hal que era inútil, porque era evidente que él, Grey supuso que se refería a él, iba a morir. Otro de ellos, Grey supuso que se trataba de Longstreet, a pesar de que

también hablaba en alemán, insistía en que Hal debía dejar que los cirujanos hicieran su trabajo.

—No me pienso marchar —dijo su hermano cerca de él—. Y no se está muriendo. ¿Te estás muriendo? —preguntó, al ver que Grey estaba despierto.

—No. —Alguna alma cándida le había vuelto a humedecer los labios. La palabra no fue más que un susurro, pero resultó audible.

—Bien. Pues no te mueras —le advirtió Hal. Luego levantó la cabeza—. Byrd, ve a hacer guardia en la puerta. Nadie puede entrar aquí hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

—¡Sí, milord! —La mano que había sobre el hombro de Grey desapareció y oyó los pasos de Tom Byrd apresurándose, luego oyó abrirse una puerta y luego cerrarse.

De repente, Grey pensó con absoluta tranquilidad y completa claridad, que sería extremadamente conveniente para mucha gente, menos para él, claro, que muriera como resultado de sus heridas.

¿Percy? No sentía más que un tenue dolor al pensar en él, pero retuvo aquella extraña lucidez. Sobre todo para pensar en Percy. Custis estaba muerto. Si él también muriera, ya no quedaría nadie que pudiera testificar ante el consejo de guerra y los cargos que se le imputaban jamás saldrían adelante sin un testigo.

¿Soltarían a Percy si se diera esa circunstancia? Era probable. Tendría que olvidarse de su carrera militar, claro. Pero el ejército preferiría olvidarse de él con discreción que tener que pasar por la propaganda y el escándalo de un juicio por sodomía.

—¿Crees que fue culpa mía, como dijo él? —le preguntó a su padre, que estaba de pie junto a la cama, mirándolo.

—No lo creo. —Su padre se pasó el dedo índice por debajo de la nariz, como hacía siempre que pensaba—. Tú no lo obligaste a hacerlo.

—Pero ¿crees que tenía razón? ¿Qué sólo lo hizo porque yo no le podía dar lo que él necesitaba?

El duque frunció el cejo desconcertado.

—No, no estoy de acuerdo —contestó, negando con la cabeza con desaprobación—. Eso no es lógico. Cada hombre elige su propio camino.

Nadie más es responsable de sus actos.

—¿Qué no es lógico?

Grey parpadeó y vio que Hal lo estaba mirando con el cejo fruncido.

—¿Qué no es lógico? —repitió su hermano.

Grey intentó contestar, pero el esfuerzo que tenía que hacer para hablar era tan grande que se limitó a cerrar los ojos.

—Bueno —Hal continuó hablando—, tienes fragmentos de metal en el pecho. Te los van a quitar. —Vaciló y luego le estrechó los dedos—. Lo siento, Johnny —dijo en voz baja—. No me atrevo a dejarles que te den opio. Te va a doler mucho.

—¿Crees que el dolor es una novedad para mí?

El esfuerzo que tuvo que hacer para decir eso hizo que le empezara a dar vueltas la cabeza y le provocó un irresistible deseo de toser, pero consiguió iluminar un poco el semblante de su hermano, así que valió la pena.

—Buen chico —susurró Hal y le apretó un poco más la mano. Luego se la soltó y rebuscó algo en su bolsillo.

Cuando Grey consiguió enfocar bien, vio que se trataba de un trozo de cuero que parecía mordisqueado por las ratas.

—Era de papá —explicó su hermano, metiéndoselo con suavidad entre los dientes—. Lo encontré entre sus cosas viejas. Hasta tiene marcas de dientes —añadió, haciendo un intento muy poco convincente por sonreír—. Aunque no sé muy bien a quién pertenecían.

Grey mordió el cuero con cautela, sintiéndose agradecido de tenerlo entre los dientes para así no tener que hacer el esfuerzo de responder. Tenía un sabor extrañamente agradable y, de repente, se acordó de *Gustav* el Dachshund, al que recordó masticando muy contento su pequeño trozo de carne.

Sin embargo, eso le trajo otras cosas a la memoria: la última vez que había visto a Von Namtzen y el amargo olor de los crisantemos, el olor más amargo aún del sudor de Percy y aquel cubo de excrementos. Apartó la cabeza con violencia, lejos de todo. Y entonces vio una presencia sobre él y se estremeció al notar que le retiraban la sábana.

Un sonido metálico lo distrajo. Volvió la cabeza y vio que Hal

comprobaba el estado de la pistola que acababa de cargar. Su hermano se sentó en un taburete, dejó la pistola sobre su rodilla y le dedicó a Longstreet una fría mirada de aburrimento.

—Cuando quiera —indicó.

Grey notaba el frío en el pecho y oyó el ruido del metal y el profundo e impaciente suspiro del cirujano. Hal le apretó la mano con más fuerza.

—Aguanta, Johnny —dijo su hermano con decisión—. No te soltaré.

# **PARTE V**

**Redivivo**

## 30. Un especialista en asuntos del corazón

A primeros de septiembre, volvió a Inglaterra, a Argus House. Cuando estuvo lo suficientemente bien como para abandonar el hospital de Crefels, lo enviaron al pabellón de caza de Von Namtzen, donde pasó los dos siguientes meses recuperándose lentamente, gracias a los atentos cuidados de Stephn, Tom Byrd y *Gustav* el Dachshund, que entraba en su habitación todas las noches, gimoteaba hasta que lo subía a la cama, y luego se tumbaba cómoda y pesadamente sobre sus pies, por si acaso su alma decidía irse por la noche.

Poco después de su vuelta a Inglaterra, Harry Quarry fue a visitarlo y lo entretuvo con una relajada retahíla de cordialidades y habladurías sobre el regimiento, que sólo requerían alguna sonrisa ocasional o que asintiera a modo de respuesta.

—Estás cansado —dijo Quarry de repente—. Me iré y te dejaré descansar.

Grey hubiera protestado con cortesía, pero la verdad era que estaba a punto de derrumbarse; le dolían muchísimo el pecho y el brazo. Empezó a levantarse para acompañar a su amigo hasta la puerta, pero Harry le hizo una señal para que volviera a sentarse. Luego se paró un momento en la puerta con el sombrero en la mano.

—¿Te ha dicho Melton algo desde que has vuelto?

—No. ¿Por qué? —A Grey le dolía horriblemente el brazo. Casi no podía esperar a que Harry se fuera para pedirle a Tom que volviera a ponerle el cabestrillo.

—Pensé que tal vez te lo habría dicho, pero supongo que no habré querido interferir en tu recuperación.

—¿Decirme qué? —De repente, el dolor que sentía en el brazo parecía

menos importante.

—Dos cosas. Arthur Longstreet ha vuelto a Inglaterra. Es un cirujano del ejército, ¿lo conoces?

—Sí —contestó Grey, e involuntariamente se llevó la mano al pecho, cuyo lado izquierdo estaba cubierto por algunas cicatrices. Tom, al verlo, le había dicho que parecía que hubiera estado en una pelea de sables—. ¿Te explicó el motivo por el que Longstreet está aquí?

¿Por qué Hal no le habría contado nada de eso?

—Está de baja —respondió Quarry en seguida—. Le dispararon en los pulmones en Zorndorf. Según me han dicho, fue grave.

—Vaya. Cuánto lo siento —dijo de forma mecánica, pero se relajó un poco.

En ese caso, Longstreet no suponía ninguna amenaza, si es que lo había sido en algún momento. Le hubiera gustado ir a hablar con él, pero no cabía duda de que Hal había asumido que no se trataba de un asunto urgente y quería esperar a regresar de la campaña.

—Has dicho que había dos cosas. —Se recuperó de repente—. ¿Cuál era la segunda?

Harry le dedicó una mirada de profunda compasión, aunque su voz sonó áspera al responder.

—Han trasladado a Wainwright a Inglaterra. Aún no hay fecha para el consejo de guerra, pero pronto la habrá. Probablemente se celebre a principios de octubre. He pensado que debías saberlo —añadió con más suavidad.

La habitación estaba caliente, pero a él se le puso la piel de gallina.

—Gracias —dijo—. ¿Sabes dónde está ahora?

Harry se encogió de hombros.

—En un pequeño calabozo de un pueblo de Devonshire —contestó—. Pero lo más probable es que lo trasladen a Newgate para el juicio.

Grey quería preguntar por el nombre del pueblo de Devonshire, pero no lo hizo. Era mejor que no lo supiera.

Se esforzó por levantarse para poder despedir a Harry de pie.

—Yo... gracias, Harry.



Su amigo hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa y, haciendo una floritura, se puso el sombrero y se marchó.

—¿Está usted bien, milord? —Tom, que no se había alejado más de dos metros de él desde que salió de Crefeld, entró con el cabestrillo para su brazo. Observó a Grey con expresión preocupada—. El coronel Quarry lo ha agotado. Está usted pálido.

—No me extraña —replicó él con sequedad—. Hace tres semanas que no salgo. Vamos —dijo, atacado por una repentina temeridad—, me voy a dar un paseo. Ponme eso y tráeme la capa, por favor, Tom.

El chico abrió la boca para protestar, pero cuando vio la expresión de la cara de su señor, se calló y suspiró.

—Muy bien, milord —dijo resignado.

—¡Y no me sigas!

—No, claro que no, milord —convino Tom, sujetándole el cabestrillo con un poco más de fuerza de la necesaria—. Me limitaré a esperar a que le traiga el trapero cuando lo recoja de la calle, ¿le parece bien?

Eso hizo sonreír a Grey.

—Volveré a casa por mi propio pie, Tom. Lo prometo.

—¡Tonterías! —exclamó el chico.

—¿Has dicho «tonterías»? —preguntó él, incrédulo.

—Claro que no, señor. —Colocó el cabestrillo sobre los hombros de Grey—. Disfrute del paseo, milord —le deseó con educación. Luego salió de la habitación a toda prisa.

El ímpetu de aquella conversación le bastó a Grey para llegar hasta la entrada de Hyde Park, donde se apoyó en una verja y esperó hasta que consiguió recuperar el aliento. Las heridas que tenía en el pecho se le habían curado bastante bien, pero cuando hacía cualquier esfuerzo, tenía la sensación de que sus pulmones seguían llenos de aquellos trocitos de metal y temía que se le inundaran de sangre en cualquier momento.

A primeros de octubre. Quedaba sólo un mes, tal vez menos. Había estado tan preocupado por su propia supervivencia, que durante un tiempo no había pensado en nada más. Y Minnie, Olivia y Tom se habían tomado muchas molestias para asegurarse de que no se preocupaba por nada en

absoluto. Si Hal había mencionado a Percy en alguna de sus cartas, estaba seguro de que Minnie habría evitado comentárselo a él.

Suspiró despacio, e inspiró con fuerza escuchando si se producía algún sonido en el interior de su pecho, pero no oyó nada. Muy bien. Se enderezó y se apartó de la verja en la que estaba apoyado. El brazo le palpitaba a pesar del cabestrillo, pero ignoró el dolor. No tenía ni idea de lo que le esperaba en octubre, pero lo que sí sabía era que, tal como le había prometido a Tom, regresaría a casa por su propio pie. Empezó a rodear el parque muy lentamente; la imagen de Percy pesaba en su corazón como un par de grilletes de hierro.

El bautizo de Cromwell Percival John Malcolm Stubbs se celebró una semana después, a sólo tres metros del lugar donde nació. Olivia, haciendo gala de una gran obstinación, que algunos llamaban perversidad, y que tanto caracterizaba a la familia, insistió en ponerle ese nombre al niño, y como su marido no estaba allí para impedirlo, así se hizo.

—¿A ti te importa? —le había preguntado a Grey—. No lo haré si te importa. Estoy segura de que Melton no lo aprobaría, pero no está aquí para prohibírmelo.

—¿Me lo estás preguntando a mí como cabeza de familia de facto? —preguntó sonriendo un poco a pesar de las circunstancias.

Su prima lo había asaltado en el jardín, donde Tom lo obligaba a sentarse cada tarde diciéndole que a los sirvientes les preocupaba saber que estaba acostado en la cama, mirando el techo.

—Claro que no —había contestado Olivia—. Te lo pregunto porque... Bueno, porque sí —concluyó.

Probablemente, tendría que haber intentado quitarle la idea de la cabeza. Era un bautizo privado, al que sólo asistiría la familia y algunos amigos íntimos, pero la gente hablaría. Lucinda, lady Joffrey, era la madrina del niño. Sir Richard se puso un poco tenso al oír el nombre del niño en boca del vicario y miró a Grey fijamente.

Sin embargo, él estaba por encima de las miradas, y también por encima de los comentarios. Se sentía envuelto en una protectora manta de suave niebla gris que amortiguaba cualquier golpe y lo hacía sentirse invisible.

De vez en cuando, algo inesperado traspasaba aquella niebla, tan afilado y dañino como los trocitos de metralla que se le clavaron en el pecho y que seguían buscando su camino, uno a uno, hacia la superficie. La semana anterior, había sido la visita de Harry y su noticia. Aquel día era la luz.

Pocos momentos antes, el día estaba nublado, pero en aquel instante el sol brillaba con fuerza y un rayo de luz de colores procedente de una de las vidrieras caía sobre la pila bautismal fragmentándose en suaves tiras de color rojo, azul y verde.

El espacio que tenía a su lado no era más que un espacio vacío con baldosas, pero a Grey lo asaltó la repentina sensación de que era un abismo.

Apartó la vista, se le aceleró el corazón y le empezaron a sudar las palmas de las manos. Entonces se dio cuenta de que Olivia le estaba mirando con cara de preocupación. Y le hizo un gesto con la cabeza, se obligó a sonreír y su prima se relajó un poco y volvió a centrar su atención en el niño que Lucinda tenía entre los brazos.

Grey dijo las palabras de sus votos como padrino de bautizo de forma automática, sin siquiera pensarlas. El eco procedente de los tubos del órgano y de las espadas al chocar, hizo temblar el aire a su alrededor y de repente el sudor empezó a resbalarle por la espalda.

Lucinda le quitó al niño el gorrito de encaje para que le echaran el agua bendita, y la cabeza de Cromwell Percival John Malcolm Stubbs asomó por entre su traje de bautizo, tan redonda como un melón. Grey reprimió una inapropiada risa y, al mismo tiempo, sintió el punzante dolor que le provocó la certeza de saber que no podía volverse para mirar a Percy y ver la misma risa en sus ojos.

Ni siquiera era el nombre correcto. Pensó en decírselo a Olivia, pero no lo hizo. Tal vez no fuera el único secreto que Percy guardaba, pero sí era el único que le podría guardar Grey.

La fecha para el consejo de guerra ya se había fijado: el 13 de octubre a las once de la mañana. Si ahorcaban a Percy gracias al testimonio de Grey,

¿debería insistir en que lo hicieran como Perseverance?

Lucinda le dio una patada en el tobillo y Grey se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando.

—Diga «yo creo» —dijo ella entre dientes.

—Yo creo —repitió obediente.

—Yo te bautizo, Cromwell Percival John Malcolm, en nombre del Padre...

Le alcanzaron algunas gotas de agua, tan distantes como la lluvia.

«Debería haberle dicho que el nombre correcto era Perseverance —pensó, sintiendo un repentino pánico. ¿Qué ocurrirá si este niño es lo único que quede de él en este mundo?»

Pero ya era demasiado tarde. Cerró los ojos y sintió cómo la suave niebla le volvía a rodear una vez más, y su tono gris se teñía de la luz de los santos y los mártires.

—No tiene buen aspecto, John. —Lucinda Joffrey lo rodeó y lo observó preocupada por encima de su abanico.

—Me sorprende, señora —respondió con educación—. Me he asegurado de parecer la viva imagen de la salud.

Ella no respondió a esa débil réplica. Se limitó a cerrar bruscamente el abanico y golpearle con él en el pecho. Grey se sobresaltó como si le hubiera clavado un imperdible.

—Pues no. —Lo volvió a golpear con el abanico al decir cada palabra y Grey reculó para alejarse de ella. Sin embargo, el convite del bautizo se celebraba en el jardín de Argus House y el pequeño estanque de peces que había a su espalda le impidió la huida.

—Mírele, Horry —ordenó—. ¿Qué aspecto tiene?

—Parece la duquesa de Kendal —contestó Horace Walpole de inmediato—. Cuando la vi por última vez, dos días antes de su lamentable muerte.

—Muchas gracias, señor Walpole —respondió Grey, fulminándolo con la mirada.

—Aunque su señoría tiene mucho mejor gusto que lady Kendal. —Walpole le devolvió la mirada con desdén—. Sin embargo, yo no elegiría ese

color para el rostro; no combina con el color de la camisa. No tiene usted exactamente el mismo color que uno de mis queridos —hizo un gesto con la cabeza en dirección a un decantador de jerez en el que había traído algunos peces naranja de su casa de Strawberry Hill para regalárselos a Minnie—, pero el tono se acerca bastante.

—Debería usted dejar que lo viera un médico, John —opinó Lucinda bajando el abanico y permitiéndole ver sus preciosos ojos llenos de preocupación por su estado de salud.

—No necesito ningún médico.

—Yo conozco uno muy bueno —dijo Walpole como si se hubiera inspirado de repente—. Un especialista en problemas de pecho. Estaría encantado de poder presentárselo.

—¡Es usted muy amable, Horry! Estoy segura de que cualquier profesional que pueda usted recomendar será una maravilla. —Lucinda abrió su abanico en señal de agradecimiento.

Grey, que no estaba tan mal como para no darse cuenta de la enorme conspiración y de lo mal que la habían representado, puso los ojos en blanco.

—Dígame su nombre —pidió con aparente resignación—. Le escribiré para que me dé una cita.

—Oh, no hay necesidad —repuso Walpole con alegría—. El doctor Humperdinck me expresó un gran interés por conocerle. Mañana le mandaré mi carruaje a las tres de la tarde.

—Y yo —intervino Lucinda rápidamente, mientras lo miraba fijamente— estaré allí para asegurarme de que colabora.

—Como no me ahogue en el estanque, no veo ninguna escapatoria —replicó Grey suspirando—. Muy bien.

Al escuchar su capitulación, Lucinda se quedó estupefacta y luego pareció alarmada. En realidad, Grey no tenía fuerzas para resistirse; y lo cierto es que se dio cuenta de que tampoco le importaba. ¿Qué más le daba?

—Señor Walpole —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa—, me parece que mi sobrino Henry está a punto de beberse sus peces.

Gracias al alboroto que se ocasionó para rescatar a los peces e instalarlos

en su nuevo hogar, Grey consiguió hacer una discreta retirada y fue a sentarse a la biblioteca.

Estaba allí, con una obra de Molière sobre las rodillas cuando una sombra cayó sobre él. Levantó la cabeza y vio de nuevo al honorable Horace Walpole. Éste era un hombre delgado, con una apariencia demasiado frágil como para imponer a nadie. Estaba de pie junto al sillón de Grey.

—Es terrible —se lamentó Walpole muy despacio, sin pizca de afectación esta vez.

—Sí.

—He hablado con mi hermano. —Grey supuso que se debía de tratar del conde de Orford. Walpole era el hijo menor del difunto primer ministro y tenía tres hermanos, pero sólo el mayor tenía alguna influencia; aunque mucha menos de la que tenía su padre.

—No puede ayudar antes del juicio, pero... si... —Walpole vaciló brevemente y resultó evidente que había tomado una segunda decisión para sustituir ese «si» por un «cuando»—. Su... —Otra larga pausa.

—Mi hermanastro —añadió Grey en voz baja.

—Si es condenado, el conde hará todo lo posible para conseguir clemencia. Y tengo otros amigos en el tribunal. Aunque no soy un hombre que pueda ejercer mucha influencia, haré todo lo que pueda. Por lo menos, sí puedo prometerle eso.

Walpole no era un hombre atractivo. Tenía la barbilla hundida y una frente alta y plana, pero poseía unos inteligentes ojos oscuros que solían brillar con interés o travesura. Ahora, en ellos se veía mucha amabilidad.

Grey se había quedado sin palabras. Walpole se estaba arriesgando mucho al relacionarse, aunque fuera indirectamente, con todo aquel asunto. Era un hombre que vivía tranquilo; sus asuntos nunca eran de dominio público y no lo serían jamás. Era un gesto extraordinario por su parte que estuviera dispuesto a sacrificar su discreción para involucrarse en lo que se convertiría en un caso que estaría en boca de todo el mundo. Y Grey no era un amigo personal suyo, aunque el padre de Walpole sí que lo había sido del duque.

Dudaba mucho que el hombre supiera o sospechara nada sobre su

naturaleza, por no hablar de la relación que mantenía con Percy. Pero aunque lo supiera, jamás hablaría del tema, igual que Grey tampoco mencionaría nunca a Tomas Gray, el poeta que había sido amante de Walpole durante muchos años.

Levantó la mano y estrechó la de él durante un instante, en señal de agradecimiento. Walpole sonrió; fue una repentina y encantadora sonrisa.

—Vaya a ver a Humperdinck —dijo—. Le hará bien. Estoy seguro.

Grey pensó que el nombre de Humperdinck le resultaba familiar, pero al principio no fue capaz de hacer las asociaciones pertinentes. Por eso se sorprendió tanto cuando se encontró cara a cara con el caballero que había visto por última vez postrado en un sofá de White's, medio congelado y con la peluca mal puesta, mientras sufría las consecuencias de alguna clase de ataque.

Ahora, el doctor Humperdinck tenía la piel sonrosada y gozaba de un aspecto muy saludable. Sólo se adivinaban en él algunas secuelas: una ligera afectación en el habla, un párpado caído y que arrastraba el pie izquierdo, por lo que se veía obligado a andar con bastón. Dejó éste a un lado y se sentó en un sofá de su consulta, al tiempo que animaba a Grey a hacer lo mismo.

—Lord John Grey —dijo observando a su paciente con sus amables y nítidos ojos azules—. Ya nos conocemos, ¿verdad? Pero no soy capaz de recordar las circunstancias. Espero que disculpe mi falta de modales. Sufrí un accidente el invierno pasado, una especie de apoplejía, y desde entonces me temo que mi memoria ya no es lo que era.

—Yo sí recuerdo la ocasión —señaló Grey sonriendo—. La primera vez que lo vi, estaba usted en la acera, delante de la puerta de White's.

El médico parpadeó sorprendido.

—¿Ah, sí? ¿Estaba usted presente?

—Sí, mi hermano y yo.

El hombre le cogió la mano y se la estrechó.

—¡Mi querido señor! Estoy tan contento de volver a verle... No sólo

debido al placer natural de esta visita, ¡sino porque sí le recuerdo! Pensaba que había olvidado todo lo ocurrido la noche del accidente, pero ¡he aquí un fragmento! ¡Válgame Dios! ¡Me ha dado usted la esperanza de que tal vez pueda volver a recordar otras cosas!

—Estoy seguro de que lo hará —aseveró Grey sonriendo. La alegría que mostró el médico al recordar alivió la melancolía de Grey por un momento. Aunque no pudo evitar pensar que a él no le importaría poder olvidarse de ciertas cosas.

»¿Recuerda usted adónde se dirigía aquella noche? —le preguntó con curiosidad, mientras se quitaba el abrigo y se desabrochaba la camisa, tal como le había pedido el hombre. Humperdinck negó con la cabeza mientras rebuscaba en su bolsillo.

—No, aún no... —Se enderezó, con un pequeño y afilado instrumento en la mano y una mirada de sorpresa en el rostro—. White's —susurró como para sí mismo. Entonces le empezaron a brillar los ojos y volvió a observar a Grey con renovada excitación—. ¡White's! —gritó, volviendo a coger la mano de Grey olvidando que sostenía aquel punzante instrumento.

—¡Ay!

—Oh, le ruego que me disculpe, señor. ¿Le he cortado? No, no, está bien, sólo es un pinchazo, se lo arreglaré con un vendaje.

»Me habían dicho que me encontraron en la puerta de White's Chocolate House, pero al oírle a usted pronunciar el nombre de ese lugar... ¡White's! —volvió a exclamar con regocijo—. ¡Me dirigía a White's!

—Pero... —Grey se detuvo justo a tiempo cuando iba a apuntar que el médico no era miembro del club. Si lo hubiera sido, Holmes, el administrador, lo habría reconocido en seguida—. ¿Había quedado usted allí con alguien? —le preguntó, en lugar de explicarle sus razonamientos.

El doctor Humperdinck frunció los labios mientras se concentraba con todas sus fuerzas, pero abandonó al cabo de un rato por resultarle una tarea demasiado pesada.

—No —respondió con pesar, mientras cogía una venda limpia de su cajón—. Supongo que sería así, pero no lo recuerdo. Sin embargo, si ése fuera el caso, supongo que el caballero con quien había quedado me



reconocería, ¿no? Bueno, será mejor que me olvide del tema; tal vez vaya recuperando algunos recuerdos poco a poco. A fin de cuentas, la paciencia es una gran virtud —concluyó con aire filosófico.

Media hora después, había acabado de examinar a Grey. Lo había hecho mediante las más cordiales y atentas preguntas. Luego volvió al principio.

—Paciencia, lord John —le recomendó—. En la mayoría de los casos, la paciencia es la mejor medicina. Yo la recomiendo mucho, aunque resulta muy curioso darse cuenta de la poca gente que es capaz de tomarse esa medicina tan particular. —Se rió con alegría—. Todo el mundo cree que la curación tiene que proceder de una cuchilla o un frasco, y a veces es así y otras veces no. Pero yo estoy convencido de que, la mayor parte de las veces, el cuerpo se cura a sí mismo. Y la mente —añadió con aire pensativo, mientras lo miraba de reojo.

Esa mirada hizo que Grey se preguntara con incomodidad qué parte de su mente habría conseguido percibir el médico durante su conversación.

—Entonces, ¿no cree que los fragmentos que han quedado atrapados en el pecho sean peligrosos? —le preguntó mientras se abrochaba la camisa.

Humperdinck hizo una mueca a modo de evasiva profesional.

—Uno nunca puede asegurar esas cosas, lord John, pero yo creo que no. Espero que no. Creo que el dolor ocasional que siente sólo se debe a una irritación nerviosa bastante inofensiva. Los dolores deberían desaparecer con el tiempo.

—Con el tiempo —murmuró Grey para sí mismo mientras volvía a Argus House. Eso estaba bastante bien por lo que a su cuerpo concernía. Se encontraba mucho mejor ahora que el médico le había asegurado que probablemente no se iba a morir. Ya no sentía dolor, ni en el brazo ni en el pecho. En cuanto a su mente... ahí el tiempo pasaba demasiado despacio.

## 31. Nota bene

Grey tenía mucho mejor ánimo después de visitar a Humperdinck, pero seguía sin tener nada que hacer. Al no estar lo bastante recuperado como para volver a sus obligaciones, y sin ninguna actividad útil en la que ocupar el tiempo, se sentía disperso. Salía de casa con intención de ir al Beefsteak y acababa paseando alrededor de Hyde Park; otras veces, se encontraba de repente metido entre los gritos de los fruteros de Covent Garden. Se sentaba a leer y volvía en sí mismo una hora después, para darse cuenta de que el fuego había quedado reducido a brasas y que el libro que tenía sobre las rodillas seguía abierto por la primera página.

No era melancolía. Seguía viendo ese abismo, pero siempre conseguía apartar la vista y darle la espalda a ese precipicio. Era algo diferente; una sensación de parálisis, como si estuviera esperando algo sin lo que no podía continuar viviendo. Y, sin embargo, no tenía ni idea de lo que podría ser ese algo, y tampoco de dónde encontrarlo.

Su correspondencia diaria era escasa. Los amigos que le habían expresado su compasión y le habían hecho llegar invitaciones en cuanto regresó a casa se cansaron de sus continuas negativas. Y a pesar de que algunas almas obstinadas seguían visitándolo o escribiéndole, Lucinda Joffrey, por ejemplo, la mayoría de ellos lo dejaban en paz.

Ése era el motivo de que estuviera mirando con tanta curiosidad la carta que el mayordomo le había dejado junto al plato. Gracias a Dios no llevaba ningún sello oficial ni tenía aspecto de tener nada que ver con el regimiento. Grey pensó que si le hubiera dado esa sensación se habría sentido tentado de tirarla al fuego. Cada día esperaba recibir noticias sobre el consejo de guerra de Percy, o sobre su muerte, y temía mucho leer sobre cualquiera de las dos

cosas.

*He recordado, empezaba la carta.*

Grey se sentó lentamente, con ella en la mano.

*Mi querido lord John:*

*He recordado. No todo, claro. Sigue habiendo considerables lagunas en mis recuerdos. Pero esta mañana he recordado de repente el nombre del hombre con el que había quedado en White's. Era Arthur Longstreet, y estoy completamente seguro de que se debía a una consulta médica.*

*No obstante, mi mente sigue estando en blanco respecto al asunto sobre el que quería consultarme, y también respecto a su profesión y su dirección.*

*Creo que nunca le he visto, ya que no tengo ninguna cara que pueda asociar al nombre y por lo tanto supongo que me convocaría mediante una carta. Y, sin embargo, no consigo encontrarla entre mi correspondencia.*

*¿Por casualidad conoce usted al señor Longstreet? Si es así, le estaría muy agradecido si pudiera enviarme su dirección para que pueda escribirle y explicarle lo que sucedió aquel día. He pensado mucho antes de pedirle esto, pero como tengo la sensación de que se trata de un asunto médico, no quiero hacer averiguaciones en White's que puedan comprometer la intimidad del señor Longstreet. Por supuesto, si usted no conoce a este caballero, me verá obligado a hacerlo, pero he preferido empezar preguntándole a usted.*

*Reciba mis más cordiales saludos.*

*A su servicio,*

*Henryk Van Humperdinck*

Grey seguía sentado bajo el haya roja cuando uno de los sirvientes apareció con el servicio de té en una bandeja.

—¿Milord? La señora Stubbs dice que querrá usted tomar algo. —Grey estaba preocupado, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de la firme imposición que se ocultaba tras aquella afirmación.

—¿Eso dice? —preguntó con sequedad. Cogió la taza y olió con cautela. Manzanilla. Hizo una mueca y vertió el contenido sobre las plantas que crecían en el arriate.

»Dale las gracias a mi prima por su amabilidad, Joe. —Se levantó, cogió uno de los pastelitos; cuando descubrió que estaba cubierto de frambuesas, lo volvió a dejar en su sitio. Las frambuesas le daban alergia. En su lugar, cogió un poco de pan con mantequilla.

»Y luego pide que me traigan el carruaje, por favor. Tengo que hacer una visita.

La casa de Longstreet era muy modesta. Los hombres ricos no se convertían en cirujanos del ejército y Grey pensó que, a pesar de que el primo de Longstreet era perfectamente capaz de hacer apuestas de veinte mil libras, la parte de la familia del médico debía de ser mucho menos pudiente.

Nunca había oído hablar sobre el estado civil del doctor Longstreet y no sabía si estaba casado o no. Una sirvienta de mediana edad lo recibió con cara de sorpresa y se fue en busca del facultativo. Dejó a Grey esperando en una pequeña y pulcra salita, cuyas paredes, estanterías y cajones contenían los recuerdos de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en el extranjero: un juego de jarras de cerveza alemanas; un trío de cajas de rapé esmaltadas, procedentes de Francia; una serie de navajas con incrustaciones de marquetería; cuatro grotescas máscaras estridentemente decoradas con pintura y pelo de caballo, cuyo origen fue incapaz de distinguir... Era evidente que a Long street le gustaban los conjuntos.

Esperaba que eso fuera indicativo de que el médico era un hombre al que le gustaba completar las cosas.

El sonido de unos pasos vacilantes y un resuello anunció la llegada del propietario de todos aquellos recuerdos. Grey se dio cuenta en seguida de que Longstreet había menguado físicamente, pero seguía siendo el mismo. Siempre había sido delgado, pero ahora estaba casi demacrado; se le veían perfectamente los huesos de la cara y de las muñecas, y su piel había adquirido un extraño tono gris que parecía casi azul bajo la lluviosa luz que entraba por la ventana. Se apoyaba con pesadez en un bastón y su ama de llaves lo observaba con una tensión que sugería que podía caerse en cualquier

momento. Sin embargo, a pesar de que la expresión del rostro de la mujer dejaba entrever que le hubiera gustado ayudarlo, no hizo ademán de hacerlo.

Grey se percató de inmediato de que los ojos del médico no habían cambiado nada: eran muy claros, y en ellos se advertía cierto enfado y cierta diversión. No parecía sorprendido de que él estuviera allí.

—¿Cómo está usted, lord John? —preguntó.

—Bien, gracias. —Inclinó la cabeza—. Y es a usted a quien se lo tengo que agradecer —añadió con educación—. Tengo entendido que es el gran responsable de mi supervivencia.

«Tanto si así lo deseaba como si no», pensó.

Longstreet asintió y se acomodó en un sillón desde las profundidades del cual observó a Grey con aire sarcástico.

—Usted tuvo más suerte que yo. —Se tocó el pecho brevemente—. Una bala me atravesó los dos pulmones.

—Lamento oír eso —respondió él con sinceridad.

Longstreet hizo un gesto en dirección al otro sillón, Grey tiró del mismo hacia adelante y se sentó.

—¿Le ha pedido opinión profesional a Humperdinck sobre su estado? —preguntó. Aquélla era la mejor introducción del mundo.

Longstreet arqueó una de sus grises cejas.

—¿Humperdinck? ¿Yo? ¿Por qué?

—Porque es un experto en enfermedades del pecho, ¿no?

Y el médico se lo quedó mirando un momento y luego empezó a resollar de un modo alarmante.

—¿Es eso lo que le han dicho? —consiguió decir al fin. Entonces Grey se dio cuenta de que se estaba riendo—. ¿Quién le dijo que fuera a verle?

—Sí —repuso Grey enfadándose un poco—. ¿Es que acaso no lo es?

Longstreet sufrió un pequeño ataque de tos y se llevó un pañuelo a la boca, mientras negaba con la cabeza.

—No —resolló por fin. Luego inspiró con fuerza antes de continuar—. Es un especialista en enfermedades mentales, en particular las que están relacionadas con la melancolía. —Lo observó muy divertido—. ¿Le sirvió de ayuda?

—Por extraño que parezca, sí. —Consiguió evitar que las emociones se proyectaran en su voz y reprimió el arranque de furia que sentía contra Lucinda Joffrey—. Él me dijo que viniera a verle a usted.

—¿Ah, sí? —Sus penetrantes ojos grises adoptaron un aire receloso—. ¿Por qué? No me conoce.

—¿No? —A Grey le pareció más diplomático no hablarle de la falta de memoria del doctor Humperdinck; por lo menos, de momento—. Entonces, ¿por qué lo citó usted en White's la noche que lo conocí?

Su mente había sufrido un pequeño revés al conocer la especialidad de Humperdinck, pero ya volvía a funcionar con normalidad. En realidad, parecía haber recuperado de repente su lucidez después de lo que parecían meses de ausencia de la misma, y el poderoso alivio que sentía al darse cuenta de que podía volver a pensar de un modo lógico fue como encontrar un poco de agua en el desierto.

Longstreet se había vuelto a llevar el pañuelo a la boca y estaba tosiendo, pero para Grey fue evidente que aquello no era más que una táctica para ganar tiempo y poder pensar; y no estaba dispuesto a darle esa ventaja.

—Estoy seguro de que no pretendía pedirle consejo médico para usted —dijo Grey—. Así que era para otra persona. Un hombre que no quería o no podía acudir a Humperdinck por su cuenta. —Observó cuidadosamente el rostro del médico, pero no vio en él cautela ni satisfacción al oír la palabra «hombre». Bien, entonces no se trataba una mujer. Había pensado que tal vez se tratara de su esposa o su amante y, en tal caso, no sería de su incumbencia.

Longstreet se había quitado el pañuelo de la cara y estaba observando a Grey con los ojos entrecerrados. Era evidente que se estaba preguntando cuánto le habría contado el doctor Humperdinck.

—Los pacientes de un médico tienen derecho a la confidencialidad —expuso muy lentamente—. Estoy seguro de que el doctor Humperdinck no le revelaría...

—El doctor Humperdinck sigue sufriendo los efectos de algunas de las secuelas de la apoplejía que sufrió aquella noche —explicó Grey rápidamente—. Ha recuperado muchos de sus recuerdos, pero aún no es el mismo de antes.

Sonrió débilmente, esperando dar la impresión de que el juicio y el sentido de la ética profesional de Humperdinck se habían visto afectados. No le gustaba tener que poner en entredicho la reputación del hombre, incluso aunque sólo fuera de forma implícita, pero la razón era una dama despiadada y le decía que allí había algo más.

Longstreet frunció los labios y arrugó la frente pensativo, sin embargo ya no estaba observando a Grey. Miraba algo que se ocultaba dentro de su cabeza y además parecía estar cuestionándose. Con aire ausente alargó el brazo hasta la mesa donde reposaba una vieja pipa de espuma de mar.

—Lo peor de todo es que ya no puedo fumar —comentó, mientras deslizaba un dedo con delicadeza por la cazoleta de la pipa, que estaba elegantemente esculpida con el cuerpo de una sirena. Sus descarados pechos brillaban de tanto ser acariciados durante años—. La pipa va muy bien para pensar.

—Tendré que probarlo algún día —dijo Grey con sequedad—. La persona para la que deseaba los consejos del doctor Humperdinck...

—Está muerta.

Las palabras cayeron como una hacha y cortaron en seco la conversación. Ninguno de los dos habló durante casi un minuto. Grey oyó el débil paso del tiempo en su reloj, pero no tenía ningún problema en esperar.

Sintió que se le escapaba algo, pero no tenía ni idea de qué podía ser. Longstreet tenía los ojos clavados en su pipa y apretaba los labios con fuerza. Grey se dio cuenta de que estaba intentando decidirse, y si él hablaba demasiado pronto, o tomaba la opción incorrecta, podría provocar que se echara atrás. Esperó pues. El sonido de los resuellos de Longstreet apenas eran audibles por encima del crepitar del fuego.

—Mi primo —confesó el doctor por fin. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. George. —Dijo el nombre con cierto afecto y remordimiento.

—Mis más sinceras condolencias —dijo Grey en voz baja—. No sabía que lord Creemore hubiera muerto.

—La semana pasada. —Longstreet se apoyó la pipa en la rodilla—. Le Roi est mort; vive le Roi.

—¿Disculpe?

El hombre sonrió con ironía.

—Yo soy el heredero de mi primo. Por lo tanto, ahora yo soy lord Cremore. ¿Qué, qué...? —Se aclaró la garganta y tosió con fuerza. Luego negó con la cabeza—. ¿Qué cree usted que es más importante, lord John? —preguntó con mayor claridad—. ¿La vida de un hombre o el honor de su nombre una vez está muerto?

Grey reflexionó sobre aquello. La pregunta lo cogió desprevenido, pero Longstreet la había formulado con seriedad.

—Yo diría —respondió por fin— que depende del hombre. Y alguien cuya vida carece de honor no tiene ningún derecho a reclamarlo una vez muerto.

—Ah, pero yo no me refiero al honor del hombre necesariamente. He dicho «el honor de su nombre». Supongo que eso tiene más sentido para usted.

—Se refiere al honor de su familia. —Sí, con aquello había dado en el clavo. Que por otra parte era la intención. Sin embargo, consiguió controlarse—. Supongo que sí. Pero el honor no es sólo lo que el mundo percibe como tal, señor... sino lo que en realidad es. Y le repito que un hombre no puede separarse de su honor.

—Sí —contestó Longstreet pensativo—. Supongo que eso es cierto. —«Y sin embargo...», decía su rostro de una forma mucho más evidente que sus palabras. En su interior se adivinaba alguna contradicción y Grey pensó que tal vez él supiera de qué se trataba.

—Pero no debemos olvidar —dijo— que usted es médico. Tal vez desde su punto de vista el mayor bien sea preservar la vida sin tener en cuenta otras consideraciones, ¿no?

Longstreet —Grey aún no podía pensar en él como en lord Creemore — lo miró con sorpresa, pero él fue incapaz de saber si era porque había acertado o porque había fallado por completo.

La aparición del ama de llaves con el té les dio a ambos un momento para recuperarse. La pequeña casa estaba húmeda y flotaba un cierto frescor en el aire a pesar del fuego que ardía en la chimenea. A Grey le dolía el brazo justo en el punto por donde se lo había roto y agradeció mucho el tacto de la cálida



porcelana fina y el olor del buen té de Asam. Además de la relajación física que proporcionaba la infusión, los pequeños rituales que lo rodeaban relajaron un poco el ambiente entre los dos.

—Entonces, ¿usted era el médico de su primo? —preguntó Grey con la misma despreocupación con que le habría pedido que le acercara el azúcar.

Longstreet había recuperado la compostura y el calor del té había brindado una débil calidez a sus demacradas mejillas. Asintió.

—Sí. Y no murió de sífilis ni de ninguna otra desgraciada enfermedad, no vaya usted a pensar que eso tiene algo que ver con mi pregunta original.

La demencia y la locura eran tan desgraciadas, o más, que una enfermedad venérea, pero Grey decidió no mencionarlo. Un gran número de los médicos que él conocía no tenían muchos sentimientos y Longstreet era, o había sido, cirujano del ejército, lo que probablemente endurecía el modo en que aquel hombre percibía la realidad incluso de las más desagradables enfermedades físicas.

—¿De qué murió? —inquirió sin rodeos.

—Hidropesía —respondió Longstreet sin vacilar.

Grey no sabía si eso era verdad o una respuesta que tenía preparada de antemano, pero pensó que era verdad.

—Murió sin hijos, si es usted su heredero —observó—. ¿Tiene mucha más familia aparte de usted?

Longstreet negó con la cabeza, con los ojos velados por el vapor que procedía de la taza.

—Ya sólo quedo yo —contestó tranquilamente—. El título morirá conmigo.

Grey no se molestó en decirle que aún se podía casar y tener hijos. Él no era médico, pero había estado en presencia de la muerte muchas veces. Y haber estado tan cerca de ella últimamente tal vez lo había hecho más sensible a su presencia. No se le pasaba por alto el sonido que producían los dañados pulmones de Longstreet ni el tono azul que le teñía los labios.

—Entonces —prosiguió lentamente—, ¿es el honor de su familia lo que le preocupa...?

Los labios del médico se contrajeron esbozando una irónica expresión

que no era exactamente una sonrisa.

—¿Cree que si el nombre desaparece no hay ninguna necesidad de conservar su honor?

—¿Lo conservaría usted sacrificando el suyo propio? —lo preguntó de un modo completamente espontáneo, sorprendiéndose tanto a sí mismo como a Longstreet.

Éste abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Entonces, cogió su taza de té y bebió de prisa, como si se quisiera tragar las palabras que trepaban por su garganta. Cuando dejó la taza sobre la mesa, le temblaban las manos. Grey oyó el suave repicar de la porcelana sobre el platillo.

—No —respondió con voz ronca, y se interrumpió para aclararse la garganta—. No —repitió con más firmeza—. No, no lo haría. No puedo comprender qué sería lo que empujaría a Humperdinck a decírselo, ni cuánto le dijo... —Lo miró, pero él, prudente, guardó silencio.

Lo más probable era que Humperdinck no supiera nada porque no había tenido la oportunidad de hablar con él antes de sufrir la apoplejía. Pero había algo que saber. Longstreet podría haberle comentado algo a Humperdinck cuando lo citó. Era mucho mejor que pensara que Grey sabía lo que había que saber.

—Mi primo era jacobita —explicó de repente.

Grey sólo arqueó una ceja, pero su corazón empezó a latir con más fuerza.

—Mucha gente lo era, y lo son. A menos que se refiera...

—Ya sabe usted a lo que me refiero. —El resuello seguía presente en la voz del médico, pero su voz era más intensa y su mirada muy penetrante. Por fin se había decidido.

En esencia, la historia era bastante parecida a la que se explicó cuando murió el duque de Pardloe. Salvo, claro está, por el detalle de que esta vez el noble que conformaba la pieza angular de la conspiración inglesa para asesinar al rey no era el duque, sino el conde de Cremore.

—¿Y cuándo se enteró de todo eso?

—En su momento. —Longstreet bajó la mirada, con los dedos inmóviles sobre la cola de la sirena—. Me invitaron a unirme a ellos, pero yo decliné la

oferta.

—Un acto poco seguro —observó Grey con escepticismo—. Tanto para ellos como para usted.

—Tan sólo lo sabía mi primo. Fue él quien me invitó e intentó convencerme de las razones de su causa. Él realmente creía que —hablaba con suavidad, mientras seguía mirando hacia abajo como si estuviera hablando con la pequeña sirena— Jacobo Estuardo era el legítimo rey.

—Entonces, sus motivos eran bastante desinteresados, ¿no?

Longstreet levantó la mirada al oír eso y él pudo ver la ferocidad que brillaba en sus ojos.

—¿Lo son los de algún hombre?

Grey se encogió de hombros dándole la razón. El cirujano, a su vez, le concedió su parte de acierto.

—Fueran cuales fuesen los motivos de George, los de sus colegas conspiradores eran un poco confusos. Yo no los conocía a todos. Mi primo no pensaba decirme sus nombres hasta que me convirtiera en uno de ellos. Lo cual era bastante razonable. —Hizo una pausa para toser un poco.

—No los conocía a todos pero ¿conocía a alguno?

Longstreet asintió lentamente mientras carraspeaba.

—El marqués de Banbury. Católico; toda su familia era ferozmente católica. Cuando el padre de usted, el duque de Pardloe, murió, el marqués se fue a Francia. Falleció allí hace algunos años. Otro hombre... nunca supe cómo se llamaba; George siempre lo llamaba A.

A Grey se le encogió el corazón y se preguntó si esa A se referiría a Arbuthnot.

—¿Usted sabía todo esto y no dijo nada?

Longstreet se reclinó un poco en su sillón observando a Grey y al cabo de un momento negó con la cabeza.

—Antes le he preguntado qué valoraba usted más, si la vida o el honor. Yo me hice esa misma pregunta. Y por aquel entonces... elegí la vida de mi primo por encima de mi honor. El padre de usted ya estaba muerto; yo no podía cambiar eso. Ya sé que debería haber denunciado a Creemore. Pero no tenía el valor para hacerlo.

—A fin de cuentas —repuso Grey, apretando con fuerza los brazos del sillón para no golpear a Longstreet—, ¿qué daño podía hacer dejar que el honor de mi padre fuera destruido y que su familia viviera pensando que se había suicidado?

No se molestó en eliminar los sentimientos que le teñían la voz y el otro hombre retrocedió un poco y apartó la vista.

—Elegí la vida de mi primo —dijo de nuevo, en voz tan baja que las palabras apenas fueron audibles. Luego levantó la cabeza y volvió a clavar los ojos en Grey—. ¿A qué se refiere con eso de dejar que la familia viviera pensando que se había suicidado? ¿Acaso no lo hizo? —Por primera vez, una nota de incertidumbre tiñó la voz del médico.

—No, no lo hizo, maldita sea —respondió Grey—. Fue asesinado. Y estoy intentando averiguar quién lo hizo.

Longstreet frunció el cejo concentrado y lo miró fijamente a los ojos, como si estuviera haciendo alguna clase de diagnóstico. Parpadeó una o dos veces, luego se levantó de golpe y, sin decir una sola palabra, salió de la sala apoyándose en su bastón.

Grey se quedó allí sentado, desconcertado y sin saber qué hacer. Pero no parecía que el hombre se hubiera sentido indispuesto de repente, ni que estuviera particularmente ofendido. Esperó paseando lentamente por la estancia, mientras examinaba la colección de curiosidades allí expuesta..

Poco después, volvió a oír el ruido del bastón del médico y se volvió desde la repisa de la chimenea para ver cómo Longstreet volvía a entrar en la habitación con un cuaderno entre las manos que le resultaba familiar. Estaba encuadernado con una piel muy rugosa y las tapas se veían más oscuras y brillantes en algunos puntos.

Se lo ofreció a Grey respirando con dificultad, y él se lo quitó de entre las manos; parecía que se le fuese a salir el corazón por la boca.

—He pensado... que tal vez quisiera esto. —Longstreet hizo un gesto con la cabeza señalando el cuaderno.

—Yo... sí. —Grey lo miró, aunque a duras penas consiguió apartar los ojos del diario—. ¿De dónde lo ha sacado?

Longstreet se había sentado, su rostro tenía un ligero tono azulado, y

respiraba con tanta dificultad que apenas consiguió hacer un gesto para demostrar su impotencia.

Grey se levantó y rebuscó en los bolsillos de su abrigo hasta que encontró su petaca. Luego vertió una sustancial cantidad de brandy en el resto del té de su anfitrión. Le acercó la taza a los estrechos y azules labios, recordando cómo él había hecho algo similar con el inconsciente Humperdinck aquella noche de nieve en el club White's.

Pasó un poco de tiempo hasta que Longstreet fue capaz de responder, pero al final lo consiguió:

—Estaba entre las cosas de mi primo. Yo me lo llevé cuando él murió.

—Pero ¿sabía usted que lo tenía?

Alguien había dejado una página de aquel diario en el despacho de Hal antes de que lord Creemore muriera, pero por lo que le había contado el médico, parecía muy improbable que un hombre tullido, enfermo de gota e hidrópico hubiera entrado sin que nadie lo viera en las oficinas del regimiento. Mientras que Long street, gracias a su uniforme, habría pasado inadvertido.

Éste asintió.

—Él me lo enseñó. Cuando lo presioné. Así es como supe dónde encontrarlo.

—¿Lo ha leído? —La áspera piel de las cubiertas parecía arder bajo los dedos de Grey y el impulso de abrir el cuaderno y ver la letra de su padre le resultaba casi irresistible.

La respiración del doctor estaba empezando a normalizarse.

—Lo he leído.

—¿Escribió mi padre algo sobre una conspiración jacobita?

Longstreet asintió mientras bebía otro sorbo de su taza.

—Sí. Sabía un poco, sospechaba mucho más, pero fue lo suficientemente discreto como para referirse a los implicados en código. A mi primo lo llamaba Banquo. —Esbozó una media sonrisa—. Había otros tres hombres a los que llamaba Macbeth, fleance y Siward. Creo que Siward era un hombre llamado Arbuthnot, Victor Arbuthnot. Los demás no sé quiénes son.

Grey sintió cómo le palpitaban las yemas de los dedos en contacto con el

diario.

—He dicho que me vi obligado a elegir entre la verdad y la vida de mi primo, y elegí a George, para bien o para mal. Sin embargo, esa elección no me absuelve de responsabilidad en el asunto. No me interesa la política; para mí, un charlatán en el trono es tan bueno como cualquier otro, y quizá el Papa se entrometa, pero también lo hace Federico de Prusia. —Su mano se cerró con aire protector sobre la pequeña sirena y miró a Grey suavizando el tono de voz—. Pero sí que me sentí responsable de prevenir que ocurrieran más desgracias si podía. Si alguno de esos hombres hubiera pensado que su madre sabía lo mismo que su padre, la podrían haber matado fácilmente para no arriesgarse a que pudieran desenmascararlos.

Su madre debía de haber temido justo eso, además de tener la absoluta certeza de que Hal se haría cargo personalmente del asunto si descubría la verdad. Por eso tomó tantas precauciones como pudo: disfrazó la muerte de su marido de suicidio, envió a su hijo pequeño a Aberdeen, para que estuviera a salvo, y abandonó el país. Luego permaneció en silencio los siguientes diecisiete años, observando.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Longstreet con curiosidad—. ¿Sabe quién mató a su padre?

—No, ella no sabe nada. De haberlo hecho, lo habría matado, se lo aseguro —contestó Grey.

El médico pareció sorprenderse al oír eso.

—Dicen que las mujeres son extremadamente vengativas... —comentó.

—Si cree que se quedaría callada, señor, no sabe usted nada de las mujeres en general o de mi madre en particular. Pero como en realidad no sabía quién había sido el asesino, decidí guardar silencio. Pero ése es el motivo de... —Cuando lo asaltó la revelación, las palabras surgieron en su garganta—. ¿Ése es el motivo por el que hizo usted llegar una página de esto —levantó el diario— a mi hermano y otra a mi madre? ¿Debido a su inminente boda con el general Stanley?

Longstreet negó con la cabeza mientras su aliento sonaba como el viento en los sauces del río.

—No. Lo hice porque mi primo se estaba muriendo. Yo sabía que estaba

a punto de fallecer. Ya casi estaba fuera del alcance de la ley o del hombre. Los otros... si ellos...

Grey estaba perdiendo la paciencia.

—¿Y por qué hizo usted que me atacaran los hermanos O'Higgins?

El hombre frunció el cejo.

—¿Quiénes son?

—Dos soldados que intentaron atacarme en Hyde Park.

De repente, pensó que Longstreet sabría el nombre del protector de Percy, el señor A. La tentación de preguntarle era enorme, pero si lo sabía, la tentación de ir en busca de aquel hombre sería aún mayor. Y entonces, ¿qué?

Longstreet se esforzaba por respirar mientras Grey peleaba con sus instintos primarios.

—Eso... yo jamás quise que nadie le hiciera daño.

—No fue así —admitió Grey con sequedad—. No en esa ocasión. Pero luego me atacaron en un callejón, en Seven Dials. ¿También fue usted el responsable?

Longstreet asintió y se presionó el pecho con la mano.

—Fue un aviso. Ellos... las dos veces. Se suponía que sólo debían golpearle y dejarle inconsciente para meterle una tercera página del diario en el bolsillo. No esperaba que usted se defendería.

—Lo siento mucho. —Grey se frotó el brazo izquierdo. Se había dejado el cabestrillo y le estaba empezando a doler—. ¿Qué diablos pretendía usted con toda esa payasada?

Longstreet se recostó en el respaldo del sillón y suspiró con fuerza.

—Justicia —contestó con suavidad—. Era una forma de limpiar mi conciencia. Como ya le he dicho, elegí a mi primo. Pero ya hace algunos meses que tuve claro que se estaba muriendo. Y cuando dejó de estar dentro del alcance de la ley... ya podía decir la verdad. Pero no me atrevía a hacerlo abiertamente; en aquel entonces no. —En sus labios se dibujó una leve sonrisa—. Entonces aún tenía algo que perder.

Leyó el diario con mucho cuidado y eligió tres páginas. En todas ellas se mencionaba a Victor Arbuthnot.

—Eso era lo único que tenían en común las tres páginas.

Si dejaba una en el despacho de Melton dispararía las alarmas; mandar otra página a la condesa las haría sonar más fuerte; meter una tercera en el bolsillo de Grey después de atacarlo físicamente aseguraría que estudiaran las páginas con atención. Cuando compararan el contenido de las mismas, el nombre de Arbuthnot destacaría y los hermanos Grey seguro que irían tras él. Después, tal vez Arbuthnot acabara por admitir la verdad. Y si no lo hacía... Longstreet seguiría teniendo la posibilidad de revelarla de algún otro modo.

—Lo cierto es que funcionó —admitió Grey, a pesar de que su desagrado por la estrategia no había disminuido ni un ápice—. Pero Arbuthnot tampoco sabía que mi padre había sido asesinado.

«¿Qué es más importante? —le había preguntado Longstreet—. La vida de un hombre o el honor de su nombre una vez muerto?»

«Ambas cosas», pensó Grey.

Longstreet había elegido, él no tenía elección.

—¿Quién diablos mató a mi padre? —preguntó, frustrado.

El otro hombre cerró los ojos.

—No lo sé. —A medida que iba hablando, el cansancio del cirujano iba en aumento. Necesitaba hacer pausas para respirar más a menudo, tosía cada vez más, emitía ásperos sonidos que consiguieron que a Grey acabara doliéndole también el pecho por simpatía. Sin fuerzas, posó una mano sobre el diario.

—Usted sabe... lo que yo sé.

Grey se incorporó un momento e intentó que la presión de las preguntas que ardían en su cerebro no hicieran que éste explotase. Pero Longstreet no tenía las respuestas a muchas de ellas y lo que sí sabía, el nombre del señor A, era justamente lo único que Grey no se atrevía a preguntar.

Se levantó cogiendo el diario y le vino a la cabeza una pregunta que tal vez el hombre sí fuera capaz de contestar:

—Mi hermano retó a Nathaniel Twelvetrees a un duelo —dijo de repente—. ¿Sabe usted por qué?

Longstreet abrió los ojos y levantó la cabeza, ligeramente sorprendido.

—¿Usted no? Ya veo que no. Supongo que Melton nunca le habló del asunto. Twelvetrees sedujo a su mujer.



Grey sintió como si lo hubieran golpeado violentamente en el pecho.

—Su mujer.

Con una mezcla de horror y alivio, se dio cuenta de que Longstreet no se refería a Minnie, sino a Esmé, la primera esposa de su hermano, una mujer francesa muy guapa. Falleció al dar a luz y el niño también murió. Grey se preguntó con consternación si éste sería hijo de Hal. Se acordó del desgarrador dolor que sintió su hermano cuando ella murió, pero en aquel momento no entendió la mitad de los sentimientos que embargaban a Hal. Al pensar en aquello le ardió el corazón.

—Gracias —susurró, a falta de algo mejor que poder decirle a Longstreet. Luego se volvió para irse. Y entonces se le ocurrió una última cosa—. Una última pregunta —dijo, volviéndose con curiosidad—. ¿Me hubiera matado usted? ¿Si mi hermano no hubiera estado allí cuando usted me sacó la metralla del pecho?

Longstreet echó la cabeza hacia atrás y lo observó cuidadosamente. En sus ojos brillaba una irónica inteligencia. Negó lentamente con la cabeza.

—Si nos hubiéramos encontrado en un callejón oscuro, tal vez. Si nos hubiéramos batido en duelo, seguro. —Hizo una pausa para respirar—. Pero usted vino a mí en calidad de paciente. —Tosió una vez más y se golpeó el pecho—. No hay que hacer daño —resolló, y cerró los ojos.

El ama de llaves, que se había quedado en silencio entre las sombras del vestíbulo, entró sin mirar a Grey. Se acercó a Longstreet, se arrodilló junto a él y le apartó el pelo de la cara con ternura. El hombre no abrió los ojos, pero levantó una mano lentamente y la posó sobre la de ella.

Grey había dejado que el carruaje se fuera, porque no sabía cuánto tiempo pasaría con el médico. Le hubiera resultado muy sencillo encontrar transporte, pero decidió caminar sin saber muy bien qué camino tomar.

Su mente era una mezcla de revelaciones, conmoción, conjeturas... y frustración. Por debajo de todo aquello, había un sustrato de dolor, por su padre, por su madre, por Hal. Su propio dolor parecía carecer de importancia y, sin embargo, estaba potenciado por todo lo que sabía sobre el pasado de su familia.

La opresión que sentía en el pecho le provocaba un intenso dolor al

respirar, pero no le preocupaban los restos de metralla; sólo se detenía de vez en cuando, en los momentos en que se quedaba sin aliento y no podía seguir. Al final, llegó a la orilla del Támesis, donde encontró un bote puesto del revés y se sentó en él. Llevaba el diario bajo el abrigo y observaba pasar la corriente de agua marrón frente a sus pies, para lamer la orilla. Dejó de pensar, exhausto, y su mente se fue vaciando poco a poco.

Caían algunas gotas, pero para cuando empezó a ponerse el sol, las nubes que flotaban sobre su cabeza comenzaron a encogerse y se desvanecieron.

«Una conclusión no es otra cosa que el punto en que uno se cansa de pensar.» Se rindió, y cuando se levantó, se dio cuenta de que la conclusión se había formado en su mente, casi como una perla se forma en el interior de una ostra.

Había sido el confesor de Longstreet. Había llegado el momento de que él encontrara el suyo.

## 32. La senda del honor

—**Hice** lo que usted me indicó, lord John —dijo Dunsany en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírlo a pesar de que estaban solos en la biblioteca.

—Lo que yo... ¡oh! —Grey tardó un poco en recordar que le había pedido que permitiera que James Fraser escribiera cartas—. Se lo agradezco, señor. ¿Sabe usted si el experimento ha dado algún resultado?

Dunsany asintió con su estrecha frente fruncida por la preocupación.

—En realidad, sí que mandó varias cartas. Diez en total, creo. Tal como usted especificó, no abrí ninguna de ellas. —Su expresión dejaba entrever que creía que era un grave error—. Pero tomé nota de todas las direcciones a las que las envié. Tres a un lugar de las Highlands, a una tal señora Murray, dos a Roma, y el resto a Francia. Tengo una lista de los nombres... —Fue a abrir uno de los cajones de su escritorio, pero Grey lo detuvo con un gesto.

—Se lo agradezco mucho, señor. Tal vez más tarde. ¿Recibió alguna respuesta a dichas cartas?

—Sí, varias. —Dunsany parecía expectante, pero Grey se limitó a asentir sin preguntarle por los detalles.

La cuestión sobre los jacobitas ocultos, que tan vital le había parecido en el pasado, ahora estaba eclipsada. ¿Qué era lo que le había dicho su madre? «Deja que el pasado entierre a sus muertos.» Grey supuso que tendría que hacerlo; el presente era lo único con lo que contaba.

Siguió conversando con Dunsany, manifestó su interés por los asuntos de Helwater y luego escuchó los chismorreos del lady Dunsany e Isobel, pero en realidad no prestaba verdadera atención a nada de lo que estaba oyendo. Se dio cuenta de que la relación entre lord y lady Dunsany parecía haber

mejorado. Se sentaron juntos a la hora del té y se rozaron las manos un par de veces mientras comían pan con mantequilla.

—¿Cómo está su nieto? —preguntó Grey cuando oyó llantos en el piso de arriba.

—Oh, maravillosamente bien —contestó lord Dunsany, radiante.

—Le están saliendo los dientes al pobrecillo —explicó su mujer, aunque no parecía muy preocupada por el dolor de su nieto—. Es un consuelo para todos nosotros.

—¡Ya tiene seis dientes, lord John! —exclamó Isobel con el tono de voz de alguien que está ofreciendo una información de vital importancia.

—¿Tantos? —dijo educadamente—. Estoy anonadado.

Pensó que la comida no acabaría nunca, pero por suerte lo hizo y por fin pudo escapar a su habitación. Sin embargo, no se quedó allí, sino que se dirigió rápidamente a la escalera de atrás y salió en dirección al establo.

Uno de los mozos estaba trabajando en las cuadras, pero Grey consiguió que se marchara haciéndole un breve gesto. No le importaba que la gente pensara que su deseo de hablar con Jamie Fraser en privado fuera un tanto peculiar, y los demás mozos ya estaban acostumbrados a ello de todos modos.

Fraser estaba llenando los comederos de heno y apenas se molestó en mirar a Grey cuando entró en el establo.

—Acabaré en seguida —señaló—. Supongo que quiere que le cuente lo de las cartas.

—No —repuso Grey—. No es eso. Bueno, ahora no.

Fraser lo miró sorprendido, pero cuando él le hizo un gesto para que continuara, se encogió de hombros y volvió a centrarse en su tarea. Cuando todos los comederos estuvieron llenos, volvió a donde estaba Grey.

—¿Habría usted conmigo de hombre a hombre? —le preguntó éste sin preámbulos.

Fraser parecía sorprendido, pero lo pensó un momento y luego asintió.

—Sí —dijo con recelo, y Grey pensó que debía de creer que había ido a hablarle de Geneva.

—Se trata de algo relacionado con mis asuntos —le explicó él—. No con

los suyos.

—¿Ah, sí? —Fraser seguía manteniendo una actitud cautelosa, pero el recelo que brillaba en sus ojos disminuyó—. ¿Qué asuntos son éstos, señor? ¿Y por qué quiere usted hablar conmigo?

—¿Por qué usted? —Grey suspiró, se sentó en un taburete y le hizo un gesto para que hiciera lo mismo—. Porque, señor Fraser, es usted un hombre honesto y confío en que me dará su más sincera opinión. Y porque, maldita sea, es la única persona de este mundo a quien puedo hablarle con franqueza.

El otro volvió a mirarlo con recelo, pero se sentó, apoyó la horca que estaba utilizando en la pared, y se limitó a decir:

—Entonces hable.

Grey había ensayado las palabras cien veces durante su viaje desde Londres, para intentar explicar la historia con la mayor brevedad posible. No había necesidad de dar detalles y no le dio ninguno.

—Y ése es mi dilema —concluyó—. Yo soy el único testigo. Sin mi testimonio, no lo declararán culpable, no lo condenarán. Si miento ante el consejo de guerra, será el fin de mi honor. Si no lo hago, será el fin de su vida o de su libertad.

Hablar con tanta franqueza le producía un gran alivio, y Grey recordó, con una punzada de nostalgia, que había sentido lo mismo cuando le había contado a Percy la historia de la muerte de su padre. Hablar de aquella forma era mucho mejor que pasarse horas pensando. Al exponer ante Fraser las piezas de todo aquel rompecabezas había conseguido ver con mayor claridad el camino que debía tomar.

Él lo había escuchado con atención durante todo su relato, con el cejo ligeramente fruncido. Ahora miraba al suelo y seguía frunciendo el cejo.

—Ese hombre es su hermano, su familia —dijo al final—. Pero familia por ley, no por sangre. ¿Tiene usted algún sentimiento por él que vaya más allá de las obligaciones de la familia? ¿Bondad? ¿Amor? —No puso ningún énfasis en esa última palabra.

Grey pensó que Fraser se refería al amor que existía entre miembros de una misma familia.

Se levantó de su asiento y empezó a andar intranquilo arriba y abajo.

—No hay amor —respondió finalmente—. Y tampoco bondad. —Era cierto que albergaba un poco de ambos sentimientos, pero al final ninguno de ellos lo obligaría lo suficiente.

—Entonces, ¿se trata de honor? —preguntó Fraser muy despacio. Se levantó también y su silueta se proyectó contra la luz del farol.

—Sí —respondió Grey—. Pero ¿cuál es la senda del honor en esta situación?

El otro se encogió ligeramente de hombros y él vio el reflejo de su pelo rojo bajo un rayo de luz que se coló por una grieta de la madera que había sobre sus cabezas.

—Mi manera de entender el honor puede no ser la misma que la suya, comandante —dijo—. Para mí, para nosotros, el honor es nuestra familia. Yo no podría ver cómo condenaban a uno de mis parientes, sin importar el delito que hubiera cometido. Sin embargo —añadió, arqueando una ceja—, un delito tan infame no debe quedar sin castigo. Pero esa respuesta deben darla los superiores de ese hombre, su propia familia, no un jurado.

Grey se quedó de piedra y todas las piezas del rompecabezas se le volvieron a desordenar.

—Ya entiendo —convino lentamente, y era cierto. Grey comprendía lo que significaba la palabra «honor» para Fraser. A fin de cuentas, era un concepto muy simple, y el alivio que sentía por haber tomado una decisión aplastó la conciencia de las dificultades que aún debería afrontar.

»Es honor, pero no el honor de mi reputación. Del fin de ella —añadió lentamente después de darse cuenta—. Es porque no puedo, honorablemente, ver cómo lo cuelgan por un delito cuya culpa comparto y de cuyas consecuencias he escapado sólo por azar.

Fraser se puso un poco tenso.

—Un delito cuya culpa comparte. —Su voz era cautelosa y la comprensión, y el desagrado, evidentes en sus palabras. Se calló. Estaba claro que no deseaba decir más, pero no fue capaz de dejar el asunto—. Ese hombre. No es sólo su hermanastro, sino su... —Intentó encontrar la palabra—. ¿Su catamita?

—Era mi amante, sí. —Esas palabras deberían haber estado teñidas de

amargura, pero no fue así. Tristeza, sí, pero básicamente reflejaban alivio ante la admisión.

Sin embargo, Fraser hizo un pequeño sonido de desprecio y Grey se enfadó con él sin importarle que pudiera ser una imprudencia.

—¿No cree que dos hombres se puedan amar?

—No —contestó el escocés con rotundidad—. No lo creo. —Apretó los labios un instante y luego añadió, como si la sinceridad lo obligara—: Por lo menos, no de ese modo. El amor entre hermanos, entre familia, eso sí, claro. O entre soldados. Ya hemos hablado de eso.

—¿Esparta? Sí. —Grey sonrió con humor. Habían representado la batalla de las Termópilas una noche en sus dependencias de la prisión de Ardsmuir, utilizando saleros, dados y botones sobre un mapa dibujado con carbón encima de su escritorio. Había sido una de sus noches de amistad.

—El amor de Leónidas por sus hombres, el que se tenían entre sí como guerreros. Sí, eso es muy real. Pero eso de, de... utilizar a un hombre de esa forma... —Hizo una mueca de asco.

—Eso cree, ¿verdad? —A Grey le hervía la sangre y sentía un gran calor en el pecho—. Seguro que habrá leído usted a Platón. Y como hombre culto que es, seguro que habrá oído hablar del Batallón Sagrado de Tebas. ¿Es así?

El rostro de Fraser se puso tenso y, a pesar de la tenue luz que iluminaba el establo, Grey vio cómo también se ponía rojo.

—Así es —respondió con sequedad.

—Amantes —prosiguió Grey, dándose cuenta de repente de que estaba muy enfadado—. Todos soldados. Todos amantes. Cada hombre y su amante. ¿Quién abandonaría a su amado o le fallaría cuando llegara el peligro? —Le devolvió la mirada—. ¿Qué tiene que decir a eso, señor Fraser?

Los ojos del escocés se habían oscurecido.

—Lo que diría —respondió, cuidando las palabras como si fueran monedas— que sólo aquellos hombres que carecen de la habilidad necesaria para poseer a una mujer, o los cobardes que les tienen miedo, deben recurrir a tales débiles indecencias para aliviar su lujuria. Y oírle a usted hablar de honor al mismo tiempo... Ya que lo pregunta, le diré que me revuelve el estómago. ¿Y qué es lo que su señoría tiene que decir a eso?

—Le digo que yo no hablo de las indecencias de la lujuria. Y si desea usted hablar de esas cosas, permítame decirle que he visto indecencias mucho peores contra mujeres por parte de los hombres y usted también. Los dos hemos luchado en un ejército. Yo le hablo de amor. ¿Y qué es para usted el amor, entonces, ya que cree que es un sentimiento reservado sólo para hombres que se sienten atraídos por mujeres?

Las mejillas de Fraser se cubrieron de parches sonrosados.

—Yo he amado a mi mujer más allá de las fronteras de la vida y creo que ese amor es un regalo de Dios. ¿Me está usted diciendo que los sentimientos de un pervertido que no sabe manejar a una mujer y acosa a chicos indefensos es amor?

—¿Me está usted acusando de acosar a chicos indefensos? —Grey cerró el puño alrededor de la empuñadura de su daga—. ¡Sepa usted, señor, que si estuviera armado respondería por haber afirmado tal cosa, aquí y ahora!

Fraser inspiró con fuerza por la nariz y pareció hincharse al hacerlo.

—¿Qué quiere, aprovecharse de mí? —preguntó con desdén—. Armado o no, jamás podría someterme.

—¿Cree que no podría? Déjeme decirle... —Se detuvo mientras se esforzaba por controlar la furia que le tenía estrangulada la voz hasta tal punto que sólo se oía un susurro—. Déjeme decirle, que si lo llevara a mi cama, podría hacerlo gritar. Y por Dios que lo haría.

Más tarde, intentaría recordar lo que había sucedido después de aquello. ¿Se había movido y sus reflejos y el entrenamiento se habían abierto paso entre la rabia que lo cegaba? ¿O se había movido Fraser y algún rastro de razón había alterado su puntería en el mismo segundo en que lanzó el puño hacia adelante?

Por más que se concentrara, era incapaz de encontrar una respuesta. No recordaba nada salvo la conmoción que le provocó el impacto del puño de Fraser contra las maderas de las cuadras a dos centímetros de su cabeza, y el sollozo de su aliento, que sintió caliente en la cara. Había notado una presencia, un cuerpo cerca del suyo, y la impresión de una irresistible condena.

Entonces salió del establo. Respiraba tan fuerte que parecía que se



estuviera ahogando y se tambaleaba bajo la luz del sol poniente. No tenía equilibrio ni orientación; se tambaleó y utilizó una mano para cogerse a algo y evitar caer al suelo.

Se le empezó a aclarar la vista, le lloraban los ojos, pero no podía ver ni el establo, ni la carreta a cuya rueda se agarró, ni la casa y los prados que se extendían más allá. Lo único que veía era el rostro de Fraser cuando él dijo aquello... ¿Qué demonios lo había tentado para que pensara eso, para que dijera esas palabras? «Podría hacerlo gritar.»

Oh, Dios, oh, Dios. Alguien lo tenía que haber incitado.

Una sensación se abrió paso en su interior; le pareció que se le reventaban los vasos sanguíneos del vientre. Una calidez líquida y terrible le recorrió el cuerpo en cuestión de segundos y se hinchó dentro de él sin que pudiera hacer nada por controlarla. Podía vomitar o...

Jadeando, se desabrochó los pantalones y con una o dos desesperadas sacudidas lo expulsó todo. Remordimiento y anhelo, rabia y lujuria —y otras cosas a las que no pondría nombre ni bajo tortura—, todos esos sentimientos lo recorrieron, se deslizaron por su entrepierna, tras erupcionar en sus entrañas, vaciándolo como una bota de vino pinchada.

Se quedó sin fuerzas. Cayó sobre las rodillas y se quedó allí balanceándose, con los ojos cerrados. Experimentaba una sensación de alivio absoluto.

Pocos minutos más tarde, o tal vez algunas horas, fue consciente de la presencia del sol, una imagen borrosa de un color rojo muy oscuro que flotaba en la oscuridad frente a sus párpados cerrados. Poco después, se dio cuenta de que estaba de rodillas sobre un sucio charco con la frente apoyada en la rueda de una carreta, con los pantalones desabrochados y el miembro colgando flácido entre sus manos.

—Oh, Dios —exclamó suavemente para sí mismo.

La puerta que daba al establo seguía entrecerrada tras él, pero no procedía ningún sonido de la oscuridad que reinaba en su interior.

Habría partido en seguida de no ser por las exigencias de la cortesía. Se sentó a disfrutar de una última cena con los Dunsany. Se limitó a dar respuestas automáticas a su conversación, sin escuchar una sola palabra, y luego subió a decirle a Tom que hiciera el equipaje.

Éste ya había empezado a hacerlo, pues, como siempre, estaba delicadamente atento al estado de ánimo de su señor. El chico levantó la vista desde su silla y en su cara se adivinaba una alarma tan intensa que consiguió penetrar la capa de letargo que envolvía a Grey después de lo que le había ocurrido aquella tarde.

—¿Qué ocurre, Tom?

—Hum, nada, milord. Es que he pensado que tal vez era él otra vez.

—¿Él?

—Ese enorme escocés, el mozo al que llaman Alex. Acaba de estar aquí.

—Tom tragó saliva y reprimió con virilidad los vestigios de lo que sin duda había supuesto para él una considerable sorpresa.

—¿Cómo? ¿Aquí?

Los mozos no podían entrar en la casa a menos que así lo requiriera lady Dunsany, para responder de algún grave problema de mala conducta. Y menos aún Fraser. Los sirvientes le tenían pánico, y le habían dado órdenes de no poner jamás los pies en ninguna otra parte de la casa que no fuera la cocina, donde comía.

—Sí, milord. Hace sólo unos minutos. Ni siquiera he oído el ruido de la puerta al abrirse. Cuando he levantado la vista de mi trabajo, lo he visto ahí de pie. ¡Me ha dado un susto de muerte!

—Ya me lo imagino. ¿Y qué diablos quería? —Lo único que podía suponer era que Fraser hubiera decidido matarlo después de todo y hubiese acudido a su habitación con ese propósito en mente. No estaba seguro de que le importara mucho.

Según Tom, el escocés no había hablado. Se limitó a aparecer de la nada, pasó a su lado como un fantasma, dejó un trozo de papel sobre el escritorio y volvió a salir tan silencioso como había entrado.

—Justo ahí, milord. —El chico hizo un gesto con la cabeza, señalando el escritorio, y tragó saliva de nuevo—. No he querido tocarlo.

En efecto, había un papel arrugado sobre la mesa, un trozo cuadrado arrancado de una hoja más grande. Grey lo cogió con cautela, como si pudiera explotar.

Era un trozo de papel mugriento y translúcido debido a las manchas de aceite que tenía. Oía muy mal; era evidente que se había usado para envolver pescado. Grey se preguntó qué habría utilizado Fraser para escribir y pasó un pulgar sobre las letras. La escritura negra se deshizo en seguida y se le pegó a la piel. Ceniza, mezclada con agua.

La nota no estaba firmada y era muy escueta.

*Creo que lo que su señoría busca no es más que un ganso salvaje.*

—¡Pues gracias por su opinión, señor Fraser! —murmuró. Luego arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo—. ¿Puedes tenerlo todo preparado para que nos vayamos por la mañana, Tom?

—¡Oh, puedo estar preparado en un cuarto de hora, milord! —le aseguró el chico con fervor y Grey sonrió sin ganas.

—Creo que con que estés listo por la mañana bastará.

Se quedó despierto toda la noche, observando cómo la temprana luna del otoño trepaba por encima de los establos, grande y dorada, haciéndose cada vez más pequeña y más pálida a medida que se elevaba en dirección a las estrellas, cruzaba la casa y desaparecía por fin de la vista.

Había conseguido su respuesta, o por lo menos una de ellas. Percy no iba a morir ni a vivir lo que le quedara de vida entre rejas si Grey podía evitarlo. Eso estaba decidido. También había decidido que no mentiría ante un consejo de guerra. No era que no pensara hacerlo, sino que no podía hacerlo. Por lo tanto, debía encontrar otra manera de solucionarlo.

Aún no tenía muy claro cómo, pero dadas las circunstancias, la visita que le había hecho al capitán Bates en Newgate no dejaba de acudir una y otra vez a su mente; y gracias a ese recuerdo, empezó a vislumbrar una posible

solución. Que la idea fuera casi una locura no lo preocupaba particularmente; tenía muchas cosas en que pensar como para preocuparse de su estado mental.

Sin embargo, mientras meditaba en los detalles de su plan de emergencia había otro asunto que debía solucionar.

Su primer impulso al ver la nota de Fraser había sido pensar que se trataba de una burla y un rechazo. Y teniendo en cuenta lo que había sucedido, estaba dispuesto a aceptarlo.

Pero era incapaz de borrar aquella desastrosa conversación de su memoria. No cuando en ella se hallaba la respuesta al dilema que tenía con Percy. Pero cada vez que volvía a él algún recuerdo de eso, llegaba junto con la cara de Jamie Fraser. Con la ira y la desnuda verdad de aquel último momento.

La nota no era una burla. Fraser era perfectamente capaz de burlarse de él —en realidad era algo que hacía a menudo—, pero la burla no podría disfrazar lo que había visto en su rostro. Ninguno de ellos lo había deseado, pero no podían negar la realidad de lo que había ocurrido entre los dos.

Grey deseó con todas sus fuerzas que se evitaran mutuamente por completo y dejaran que el recuerdo de lo que se había dicho en el establo se desvaneciera. De esa forma, la próxima vez que él regresara a Helwater podrían volver a hablar civilizadamente. Ambos seguirían sabiendo lo que ocurrió, pero ninguno de ellos mencionaría aquellos momentos de absoluta sinceridad. Grey entendía perfectamente que el escocés eligiera dejarle una nota en vez de hablar cara a cara; él tampoco podría haberlo hecho, no tan pronto.

Le había dicho a Fraser que valoraba su opinión porque era un hombre honesto, y era verdad. No conocía a nadie tan honesto, a veces brutalmente honesto. Lo que lo llevaba a la inevitable conclusión de que le había dado lo que Grey le estaba pidiendo. Pero no sabía qué diablos significaba.

No podía volver a Helwater. Por mucho que pensara que resultaría muy productivo, no tenía tiempo. Pero sabía de otra persona que conocía bien a Jamie Fraser. Así que ese jueves se fue a cenar a Boodle's, porque sabía que Harry Quarry estaría allí.

—He encontrado un anillo, Harry —dijo sin más preámbulos, mientras se sentaba junto a él en la sala de fumadores, donde su amigo disfrutaba de un enorme puro—. Y es exactamente igual que el tuyo.

—¿Cómo éste? —Quarry se miró la mano. Sólo llevaba su sello con el emblema masónico.

—Sí, ése —admitió Grey—. He encontrado uno igual. Te quería preguntar si por casualidad sabes de quién es.

Quarry frunció el cejo. Luego su rostro se relajó.

—Debe de ser de Symington —contestó adoptando el aire de un mago que se saca una ristra de pañuelos de la manga—. Dijo que había perdido el suyo. Pero ¡eso fue hace meses! ¿Me estás diciendo que lo has tenido durante todo este tiempo?

—Supongo que sí —respondió él a modo de disculpa—. Lo encontré en mi bolsillo un día. Supongo que debí cogerlo por accidente.

Se metió la mano en el bolsillo, se inclinó hacia adelante y vació el contenido sobre la pequeña mesa que descansaba entre los sillones.

—Eres una auténtica urraca, Grey —dijo Quarry, rebuscando cuidadosamente entre la basura—. Me pregunto por qué no construyes nidos. Pero no, es Melton quien lo hace. ¿Qué es esto, por el amor de Dios, un punzón?

—Un trozo. Me parece que se le ha caído esto, señor Stevens. —Grey le dio el pequeño trozo de metal al camarero, que lo aceptó con aspecto de alguien a quien le dan un extraño y precioso objeto.

—¿Qué es esto? —Harry cogió un trozo de papel arrugado y frunció la nariz mientras lo observaba—. Huele un poco mal.

—Oh, eso...

—«Creo que lo que su señoría busca no es más que un ganso salvaje» —leyó Quarry. Hizo una pausa y luego miró a Grey—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio James Fraser, antiguo jacobita. —Algo en el rostro de Quarry hizo que él se inclinara hacia adelante—. ¿Te dice algo esa frase, Harry?

El otro resopló un poco mientras miraba a su alrededor para asegurarse de

que nadie los escuchaba. Al ver su gesto, el señor Stevens, el camarero, se retiró con mucho tacto y los dejó solos.

—Fraser —dijo Quarry por fin—. Ese James Fraser. Vaya, vaya. —Él había sido responsable de la cárcel de Ardsmuir antes que Grey y conocía muy bien a Jamie Fraser. Lo conocía lo suficientemente bien como para tenerlo encadenado. Alisó el papel mientras pensaba.

»Supongo que tú eras demasiado joven —dijo finalmente—, y que éste no era un término que se oyese mucho durante el Levantamiento del cuarenta y cinco. Pero existía, sigue existiendo, supongo, cierto apoyo hacia los Estuardo en Irlanda. Los jóvenes nobles irlandeses que apoyaban al Viejo Pretendiente se hacían llamar «los gansos salvajes». —Levantó la vista y lo miró con aire inquisitivo—. ¿Por casualidad estás buscando a algún jacobita irlandés, Grey?

Éste parpadeó. Aquello lo había cogido desprevenido.

—Si tengo que serte sincero, Harry, no tengo la menor idea —contestó—. Tal vez sí.

Cogió el anillo de Symington de entre la basura y se lo dio a Quarry.

—¿Te encargarás de que Symington lo recupere cuando vuelva?

—Claro —dijo Quarry frunciendo el cejo—. Pero ¿por qué no se lo das tú mismo?

—No tengo muy claro dónde estaré para ese entonces, Harry. Tal vez en Irlanda, cazando un ganso salvaje. —Se volvió a meter el resto de sus desechos en el bolsillo y sonrió a su amigo—. Gracias, Harry. Disfruta de tu puro.

## 33. Despedida

El distrito que había junto a St. Giles era conocido como T e Rookery, y era por un buen motivo. Los grajos no eran ni la mitad de sucios o ruidosos que los irlandeses pobres que habitaban en Londres. En aquellos estrechos callejones, sólo se oían maldiciones, gritos y las campanadas de las iglesias; por eso, Tom Byrd montaba con una mano en las riendas y otra en la pistola que llevaba en el cinturón.

Cuando el caballo se detuvo en la calle Banbridge, Grey se inclinó hacia adelante con un chelín en la mano. El brillo del metal atrajo como si fuera un imán a un mugriento niño que holgazaneaba en un portal.

—¿Su señoría? —El chico era incapaz de decidir dónde mirar, si a la moneda, a Grey o al contenido de la carreta.

—Rafe y Mick O’Higgins —dijo él—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlos?

—Todo el mundo lo sabe.

—Bien. Tengo algo que les pertenece, ¿puedes llevarme hasta ellos?

La mano del chico se abalanzó sobre la moneda, pero ya había decidido dónde mirar; sus ojos estaban embelesados por el contenido de la carreta.

—Sí, su señoría. Yo diría que ahora estarán en el velatorio de Kitty O’Donnell. Cerca de la calle O’Grady. Pero no llegarán por aquí —añadió, apartando un momento la vista de la carreta—. Tendrán que dar la vuelta y seguir por Filley Lane, es más rápido.

—¿Nos llevarías?

Grey ya tenía otra moneda preparada, pero antes de que se la pudiera ofrecer, el chico ya se había sentado a su lado. Tenía el cuello completamente girado hacia atrás y no dejaba de observar el autómata.

Se había parado justo antes de entrar en St. Giles para retirar la discreta

lona que había ocultado el objeto mientras recorrían las calles de Londres. También le había quitado el armario en el que estaba metido y la brillante figura quedaba completamente expuesta a los ojos de todo el mundo. Parecía un emperador sentado en la parte posterior de la carreta. Los brazos se le movían con rigidez y el tronco rotaba cada vez que su mecanismo giraba en su interior.

Tom Byrd, que era quien llevaba las riendas, miró fijamente al guía que Grey había elegido y murmuró algo entre dientes. Luego se volvió de nuevo hacia el caballo y guió la carreta con cuidado por aquellas mugrientas calles. Grey y el niño se veían obligados a bajar muy a menudo para apartar algún objeto de la calle, un barril roto, una montaña de coles podridas, una vez, incluso un cerdo muerto. Por suerte, no estaban muy lejos de su destino y en media hora llegaron allí.

—¿Es aquí? —Grey miró el edificio con desconfianza, porque tenía todo el aspecto de estar a punto de derrumbarse. A juzgar por el lamentable estado de la estructura, parecía un lugar donde no entraría nadie que se preocupara por su integridad física. Algunas caras tiznadas de hollín asomaban por el callejón, los holgazanes que vagaban por la calle levantaban la cabeza con despreocupación, con las manos en los bolsillos, y la entrada sin puerta bostezaba, negra y sin luz; parecía el mismísimo portal del infierno.

Alguien que estaba en el interior de la casa tocaba, con ayuda de una pequeña flauta, una lúgubre canción.

Grey abrió la boca con intención de decirle al chico que entrara e hiciera salir a los hermanos O'Higgins, pero entonces, el sonido de una puerta que se abría en el interior del edificio, y un repentino hedor que inundó la entrada les provocó arcadas.

—¡Maldita sea! —exclamó Tom Byrd, sacándose un pañuelo de la manga y llevandoselo a la nariz—. ¿Qué es eso?

—Algo muerto —dijo Grey intentando no respirar—. O alguien. Y, además, lleva muerto bastante tiempo.

—Es Kitty O'Donnell —explicó su guía—. Ya les he dicho que era un velatorio, ¿no?

—Así es —contestó Grey y rebuscó en su bolsillo, mientras respiraba



lentamente por la boca—. Supongo que la costumbre es contribuir con algo para el refrigerio de los asistentes.

Para su sorpresa, el chico vaciló.

—Bueno, sí, señor, claro. Sólo que... verá, es que se trata de la vieja Ma O'Donnell.

—¿La mujer muerta?

—No, su madre.

El chico le explicó que, en realidad, sí era costumbre ofrecer por lo menos ginebra a las plañideras que acudían a velar el muerto y que, por supuesto, también se aceptaba de buen grado que los asistentes dieran algunas monedas para el entierro. Pero Kitty O'Donnell había sido una mujer muy popular y al velatorio habían acudido muchas personas que pasaron un rato estupendo cantando y explicando historias. Al final, se acabaron bebiendo toda la ginebra y pidieron más. Lo que ocurrió fue que cuando acabó el velatorio, se habían gastado todo el dinero que habían recaudado y no quedó ni un penique para el entierro.

—Así que Ma O'Donnell lo hizo otra vez —dijo el chico, encogiéndose de hombros.

—¿Hacer qué? ¿Organizar otro velatorio?

—Sí, señor. La gente quería mucho a Kitty y muchos no habían llegado a tiempo de acudir la primera vez, así que... —Miró a regañadientes hacia el portal. Alguien había cerrado la puerta de dentro y el olor había disminuido, pero se seguía percibiendo incluso entre los variopintos olores de T e Rookery.

—Entonces ¿cuánto tiempo lleva ahí el cadáver? —preguntó Tom por detrás de su pañuelo.

—Casi dos semanas —contestó el chico—. La vieja ya ha recibido seis aportaciones más y lleva despierta toda la noche, completamente borracha. La familia que vive abajo está muy enfadada. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las ausentes ventanas del edificio—. Pero cuando intentaron quejarse, las plañideras se pusieron como fieras. Así que Rose Behan, que es la mujer que vive en el piso de abajo con sus seis hijos, acudió a Rafe y Mick para pedirles que se ocuparan del asunto. De modo que creo que tal vez

deberíamos esperar.

—Claro —murmuró Grey—. ¿Cuánto rato...?

La puerta interior se volvió a abrir con violencia, pudo oírse el portazo, y la miasma espesó, un hedor tan denso que casi se podía ver. Se oyó un ruido sordo y entonces un pesado cuerpo cayó escaleras abajo; el silbido de la flauta cesó inmediatamente. Luego se oyeron gritos y algunas pisadas y, pocos momentos después, un hombre mayor, muy borracho, salió del edificio de espaldas, tambaleándose y murmurando.

Llevaba agarrada de los tobillos a una gorda y desaliñada mujer y la arrastraba muy lentamente por encima del umbral de la puerta. La mujer, o bien estaba muerta o completamente inconsciente a causa de la bebida, pero por lo que veía Grey no había ninguna diferencia. El hombre siguió arrastrándola por la calle, mientras la cabeza de ella iba golpeándose con los adoquines, su pelo gris se salió de la cofia que llevaba, y su raída falda se le subió hasta quedar atascada alrededor de la cintura. Lo que quedó expuesto a la vista fue tan impactante que Grey apartó en seguida la mirada, más por respeto a su propia modestia que a la de la mujer.

Aquella pequeña procesión era seguida de cerca por los hermanos O'Higgins, que asomaron la cabeza por la puerta, frunciendo el cejo.

—Muy bien, Paulie, ahora llévate a la vieja a tu casa con tu mujer y ocúpate de que no vuelva a salir hasta que la pobre Kitty esté bien enterrada, ¿de acuerdo?

El hombre asintió con la cabeza sin demasiada convicción, mientras murmuraba para sí con su desdentada boca, pero continuó con su laboriosa procesión, avanzando por la calle, mientras el gran trasero de su compañera iba arrastrando capas de hojas secas, excrementos de perro y cenizas.

—¿No debería ayudarle alguien? —preguntó Grey al ver aquello—. Parece bastante pesada.

—Ah, no, gracias, señor —respondió O'Higgins, que advirtió su presencia en aquel momento—. No es pesada; es su hermana. —Sus ojos se deslizaron por encima de la carreta y su contenido con estudiada despreocupación.

—¿Y qué trae a su señoría a la calle O'Grady?

Grey tosió y se apartó el pañuelo de la boca.

—Tengo una proposición que hacerle, señor O'Higgins, que podría ser de nuestro mutuo beneficio. ¿Hay algún lugar un poco menos lúgubre donde podamos hablar?

Grey dejó a Tom sentado en la carreta, con la pistola montada, y siguió a los hermanos O'Higgins hasta un bar, donde su presencia en seguida les abrió un espacio al fondo. Eso llamó la atención de Grey; era evidente que no se había equivocado al valorar la influencia que ambos hombres tenían en St. Giles.

Seguía sin poder distinguirlos con seguridad, pero suponía que no importaba. Rafe era el mayor; supuso que el que más hablaba debía de ser él. Sin embargo, los dos lo escuchaban con mucha atención y sólo ponían pequeñas objeciones a su propuesta.

—¿Jack flynn se despide? —dijo riendo el hermano que a Grey le parecía que era Rafe—. Vaya, pues será un gran evento. Según los rumores, le ha dejado lo recaudado a su gente y les ha dado órdenes de que se lo gasten todo en bebida.

—Entonces habrá mucha gente, ¿no cree?

Jack flynn era un bandolero famoso al que iban a colgar en Tyburn al cabo de dos días. Como la mayoría de los ladrones populares, se esperaba que tuviera una gran despedida en Newgate, con docenas, tal vez cientos, de amigos y admiradores, que acudirían a la cárcel para darle una buena despedida y acompañarlo a lo grande hasta su ejecución.

—Oh, seguro que sí —Mick, si es que era Mick, afirmó asintiendo—. Habrá una gran multitud. flynn tiene muchos admiradores.

—Excelente. ¿Y no tendrán ustedes problemas para llevar al autómeta con el propósito de entretener a los asistentes? Tal vez sería mejor que alguien los ayudase a cargar con él. Quizá algún borracho.

Los cuatro ojos irlandeses que tenía delante brillaron ante la idea. Un autómeta que dice la buenaventura sería la mejor y más provechosa atracción, en particular, en la despedida de un bandolero.

—Será muy fácil, señor —le aseguraron los dos al unísono.

El velatorio de Kitty O'Donnell le había sugerido a Grey una pequeña

variación a su plan original. Primero, había pensado utilizar el armario del autómatas, sacarle el mecanismo y dejarlo en la cárcel. Pero si podía disponer de un cuerpo...

—Tendrá que ser fresco, pulcro y de una apariencia similar —explicó Grey con cierto recelo—. Pero no quiero que maten ustedes a nadie —añadió a toda prisa.

—Eso no supone ningún problema, su señoría —le aseguró uno de los hermanos—. Unas palabras al oído del cura y en seguida tendremos lo que necesitamos. El padre Jim conoce a todos los cadáveres que hay en Te Rookery. Y eso no significa que no tengamos respeto por el muerto —añadió piadosamente—. Se le hará un entierro decente, ¿verdad?

—El mejor funeral que el dinero pueda pagar —le aseguró Grey.

Sería un funeral anglicano, pero suponía que no pasaría nada. Sería un tanto extraño para un prisionero al que habían encontrado muerto en Newgate, pero Grey pensó que ni los oficiales de la prisión ni los militares tendrían ganas de hacer preguntas. Los primeros no querrían admitir que habían perdido un recluso, y los otros estarían demasiado contentos de haberse deshecho de un gran problema justo antes del juicio y del inevitable escándalo.

Los hermanos O'Higgins intercambiaron miradas y se encogieron de hombros. Parecían muy satisfechos. Sin embargo, Rafe hizo una última advertencia:

—Supongo que su señoría ya sabe que si encuentran a un prisionero que se ha fugado de la cárcel, lo colgarán sin importar lo que haya hecho la primera vez, ¿verdad?

—Sí, señor O'Higgins. Y también a las personas que lo hayan ayudado a escapar. A todos los que hayan conspirado.

Era muy probable que los guardias se dieran cuenta del engaño, pero si tenían que elegir entre montar un alboroto, debido al cual su falta de atención resultaría muy evidente, y limitarse a registrar a Percival Wainwright como otro preso más que había muerto de tifus... Hal no era hombre de apuestas, pero Grey sí y había pasado mucho tiempo pensando en todos los detalles.

El irlandés sonrió con su boca desdentada.

—Oh, bueno, señor. No ocurrirá nada. ¿Vendrá su señoría a ver la diversión?

—Yo...

Grey no supo qué decir. No había pensado en esa posibilidad. Podría hacerlo. Sin afeitarse, vestido con sucios harapos, y en medio de un montón de ruidosos irlandeses, podría entrar en la cárcel sin que nadie se diera cuenta. Podría ser uno de los hombres que llevaran el cuerpo a la celda de Percy y ver cómo éste se cambiaba de ropa con el cadáver. Uno de los que rodearan con los brazos su cálido cuerpo con vida y lo metieran en el ataúd en el que, disfrazado de difunto pariente de los hermanos O'Higgins, sería trasladado hasta Irlanda, a casa de Susannah Tomlinson, mientras el otro cuerpo anónimo se enterraba a toda prisa.

Por un instante, el deseo de volver a ver a Percy una vez más y de poder tocarlo lo recorrió como una llamarada líquida. Pero suspiró y dejó que el fuego se apagara.

—Es mejor que no —dijo con sincero pesar y le dio al hombre un pequeño monedero repleto de monedas—. Buen viaje, señor O'Higgins.

## 34. La duquesa de Pardloe

**Después** del privado, pero lujoso, funeral por Percival Wainwright, Grey se encontró de nuevo sin nada que hacer. Aún no estaba recuperado del todo para volver a sus obligaciones, pero demasiado sano como para quedarse en la cama; así que volvía a sentirse deprimido e inquieto, incapaz de centrarse en nada. Su familia, que se mostraba comprensiva y aliviada, lo dejaban tranquilo.

La mañana del 13 de octubre, se encontraba en el jardín trasero de la casa de su hermano, tirando trocitos de pan al estanque lleno de peces, con aire taciturno e intentando sentirse agradecido por no estar ante un consejo de guerra, cuando se dio cuenta de que Tom Byrd estaba detrás de él y de que ya llevaba allí algún tiempo.

—¿Qué? —preguntó. Su bajo estado de ánimo lo hizo sonar descortés.

—Son unos irlandeses, milord —dijo el chico. Su tono de voz dejaba muy claro que ni él ni los sirvientes de la casa aprobaban aquella visita.

—¿Qué irlandeses?

—Chatarreros, señor. Pero no dejan de insistir en que usted los conoce.

La entonación de esa afirmación sugería que era muy improbable que eso fuera verdad.

—Oh, sí, su señoría nos conoce muy bien.

Tom se volvió al oír eso y se ofendió al descubrir a dos harapientas y desaliñadas figuras que sonreían detrás de él.

—Chatarreros, ¿eh? —Uno de ellos le dio un codazo a Tom Byrd cuando pasó por su lado—. ¿Y quién ha muerto y te ha nombrado Papa, chico?

—El señor O'Higgins y el señor O'Higgins. —Grey se dio cuenta de que en su rostro se dibujaba una insólita sonrisa, a pesar de su sorpresa. Jamás

pensó que volvería a verlos.

—Los mismos, su señoría. —Uno de ellos, ¿Rafe?, hizo una respetuosa reverencia—. Le pedimos que nos disculpe, señor, por las molestias. Teníamos algunos asuntos familiares que solucionar. Estoy seguro de que su señoría sabe a qué me refiero.

Él se dio cuenta de que Mick, si es que era Mick, llevaba un brazo vendado. El vendaje era reciente, pero estaba manchado de sangre.

—¿Un accidente? —preguntó.

Los hermanos O'Higgins intercambiaron una mirada.

—Me mordió un perro —contestó Mick con poca convicción, mientras se metía la mano herida en el bolsillo—. Pero lo peor ya ha pasado, su señoría. Venimos a presentarnos ante usted, ¿sabe?

Grey supuso que eso significaba que, como la situación en Irlanda estaba en aquel momento demasiado candente para acogerlos, se proponían refugiarse en el ejército. Otra vez.

—¿Ah, sí? —preguntó secamente.

—Sí, señor. Tal como nos pidió, le hicimos llegar su mensaje a aquella dama y ella nos dio una carta para entregarle a usted cuando volviéramos. — Rebuscó en su abrigo con la mano buena, pero no consiguió encontrar lo que estaba buscando—. ¿La tienes tú, Rafe?

—Claro que no, patoso. La tienes tú.

—No, yo no la tengo. Estoy seguro de que te la quedaste tú.

—¡Maldito mentiroso! ¡Eso no es verdad!

Grey puso los ojos en blanco y le hizo una señal a Tom, que se metió la mano en el bolsillo y, con una sufrida expresión, sacó un puñado de monedas.

Cuando, de forma milagrosa, descubrieron el paradero de la carta, los hermanos O'Higgins aceptaron una generosa recompensa a cambio de sus servicios y Grey dejó que se retiraran para presentarse ante el capitán Wilmot en los barracones. Estaba convencido de que éste sentiría una gran alegría al verlos.

Le dijo a Tom que fuera a asegurarse de que habían abandonado realmente la casa sin llevarse ningún objeto de plata ni nada de valor. Cuando por fin estuvo solo, miró la carta.

Estaba dirigida al comandante John Grey. La letra le era absolutamente desconocida y en el sobre no figuraba nada más. No pudo evitar que el corazón le empezara a latir más de prisa, pero habría sido incapaz de jurar sobre la Biblia si lo que le provocaba ese estado de ánimo era el miedo o la esperanza.

Deslizó un dedo por debajo de la solapa y se dio cuenta de que la habían sellado, pero que el sello ya no estaba, en su lugar sólo quedaba una pequeña mancha de cera. Evidentemente, sabía que si presionaba a los hermanos O'Higgins, éstos le asegurarían que les habían entregado la carta de ese modo.

Constaba de varias hojas. En la primera página se podía leer:

*Si está usted leyendo esto, comandante, quiere decir que ha cumplido con las dos peticiones que le hice y le doy las gracias. Sin embargo, creo que merece usted algo más, y aquí lo tiene. Cuándo y cómo haga uso de esta información es cosa suya, a mí ya no me importa.*

*A su servicio,*

*Michael Bates, capitán de la Guardia Montada*

El primer sentimiento que tuvo fue alivio, aunque mezclado con decepción. No obstante, predominaba el alivio y siguió leyendo rápidamente con curiosidad.

Pasó entonces a la siguiente página. El nombre de Bernard Adams destacaba en ella y Grey se hundió lentamente en su sillón mientras leía.

*Realizo esta declaración como hombre condenado, plenamente consciente de que pronto moriré y, por lo tanto, juro por Dios que estoy diciendo la verdad.*

*Conocí al señor Adams en una fiesta que se celebraba en casa de lord Joffrey el 8 de abril del año pasado. El señor y la señora T también se encontraban allí, y la señora T pasó algún tiempo hablando a solas conmigo. Cuando se retiró un momento, el señor Adams se acercó a mí y, sin más preámbulos, me comentó que la señora T era una mujer muy guapa, pero que*



*sin duda también debía de ser cara. Me dijo que si estaba interesado en ganar un poco de dinero, debía ir a visitarlo a su casa el martes siguiente.*

*Me picó la curiosidad y así lo hice. Me llevó a su biblioteca y me sorprendió mostrándome un buen número de notas firmadas de mi puño y letra en las que prometía pagar varias deudas de juego, algunas de ellas muy cuantiosas. También me enseñó cierta correspondencia dirigida a mí por la señora T, de una naturaleza que dejaba muy clara la relación que había entre nosotros. Eso nos hubiera arruinado a ambos de haberse hecho público.*

*Al darme cuenta de que el señor Adams me había puesto en una situación delicada, le pregunté en qué podía serle de utilidad.*

Entonces, la nota detallaba cómo el capitán Bates se había involucrado en un plan para el robo y posterior transferencia de ciertos documentos. La nota también mencionaba los nombres de Ffoulkes, Otway y Jeffords. Bates creía que había más gente implicada, pero no sabía sus nombres. Creía que Ffoulkes había aceptado unirse a la conspiración a cambio de dinero. Otway y Jeffords lo habían hecho por miedo a ser desenmascarados.

Así pues, Bates había robado varios documentos de distintas oficinas de Whitehall. Era un hombre muy conocido allí y su presencia pasó inadvertida. Le entregó los documentos a Adams quien, según Bates suponía, también estaba reuniendo información procedente de los demás involucrados.

El ataque que sufrió Adams fue una farsa. El plan consistía en que Bates se reuniera con él en privado, en el río, cerca de Lambeth, donde Adams le daría un pequeño cofre con todos los documentos. Un barco estaría esperando. Bates fingiría pelear con él y lo heriría superficialmente para darle credibilidad y luego se iría al extranjero en el barco que le llevaría a Francia, donde le podría entregar esos documentos al hermano de Ffoulkes. El cofre no sólo contendría los documentos oficiales, sino también las pruebas de las deudas de juego de Bates, las cartas de la señora Tomlinson y una buena suma de dinero. Una vez en Francia, tras destruir lo anterior y mandar a alguien a buscar a la señora Tomlinson, podría vivir en paz.

*Adams me dijo que Otway y Jeffords entrarían a robar en su casa con la intención de encontrar el cofre y luego se esfumarían, pero que él conservaría los documentos hasta que me los entregaran a mí. Luego, Otway me contó que Adams tenía unos hombres escondidos en su casa que se abalanzaron sobre ellos en cuanto entraron. Entretanto, prosiguió con nuestro encuentro, donde también había hombres esperando, contratados por él.*

*Éstos aparecieron en cuanto herí superficialmente al señor Adams, arañándole un poco el brazo con un cuchillo, tal como habíamos acordado. Entonces me cogieron.*

*No sé qué ocurrió con aquellos documentos. Adams llevaba un pequeño cofre, pero durante el forcejeo alguien le dio un golpe, se abrió al caer al suelo y resultó estar vacío. Ya sabe lo que ocurrió después.*

La declaración concluía de forma abrupta.

La carta estaba firmada por el capitán Michael Bates y su firma confirmada por el alcaide de Newgate y por un tal Ezekial Poundstone, verdugo; una última muestra del sarcástico sentido del humor de Bates.

Grey dobló las hojas con cuidado. Era una declaración breve y clara, pero contenía los detalles suficientes, nombres, fechas, lugares... y la naturaleza de algunos de los documentos que Bates había robado en nombre de Adams.

Se quedó un rato mirando el estanque sin ser muy consciente de que lo estaba haciendo.

Era evidente que Adams quería que culparan del robo a Bates, Otway y Jeffords. Pero no podía esperar lo que ocurrió en realidad: que el robo sería acallado y los conspiradores condenados por vicios antinaturales en lugar de por robo y traición.

¿Cuál había sido la implicación de Ffoulkes en todo aquello? Se suponía que se habría encargado de negociar con Francia, utilizando a los parientes de su mujer como intermediario con los espías del rey Luis. Pero ¿cuándo se había suicidado Ffoulkes? Parecía que hiciera ya mucho tiempo y Grey no se atrevía a confiar demasiado en su memoria. Sin embargo, sí recordaba algo. Entró en la casa, se dirigió a la biblioteca y rebuscó en un cajón donde

acostumbraba a dejar algunos papeles. Por fin sacó una sucia y desgastada hoja de periódico que seguía desprendiendo olor a café.

Desdobló a toda prisa la declaración de Bates para comprobar una fecha. No, Ffoulkes se había suicidado algunos días antes del arresto del capitán Bates, Otway y Jeffords.

El robo se habría descubierto muy pronto; Adams no podía retrasar la ejecución de aquella parte del plan especialmente diseñada sin quedar exento de culpa. Pero ¿qué ocurría con la otra parte? ¿Qué ocurría con la entrega del material robado a Francia? Si Ffoulkes moría, ese camino quedaría cerrado.

Volvió a doblar la carta y se la metió en el bolsillo. Todas esas preguntas podían esperar. Lo importante era que ahora tenía una herramienta que podría utilizar para abrir a Bernard Adams como si fuera un barril de arenques salados. Luego pensó que alguna autoridad tendría que ver aquella carta, pero aún no era el momento.

—¡Nordman! —gritó, dirigiéndose al vestíbulo—. Llama al cochero, por favor. Voy a salir.

La casa de Bernard Adams no era grande, pero sí elegante; una joya de Inigo Jones erigida en medio de su propio bosque privado. Grey no era un hombre dado a admirar el paisaje, pero no pudo evitar fijarse en un pequeño edificio de piedra que estaba un poco alejado de la casa, cuyos ornamentos sin duda remitían a una capilla católica. Sin embargo, Adams no era católico, si lo fuera, no podría haber disfrutado de la posición que tenía en el gobierno.

Por lo menos, no era abiertamente católico.

—Un jacobita irlandés —murmuró Grey para sí mismo, horrorizado—. Jesús.

Posiciones en el gobierno. El camino hacia el poder de Adams empezó cuando lo nombraron secretario de Robert Walpole y Grey vio, tan claramente como si la escena estuviera ocurriendo ante sus ojos, la imagen del alto y enfermo primer ministro apoyándose con fuerza en su secretario, su secretario irlandés, mientras recorría el camino que lo llevaba a su casa para

ofrecer sus condolencias a la viuda del fallecido duque de Pardloe.

Apretó los dientes con tanta fuerza que le rechinaron, subió los escalones y llamó a la puerta.

—¿Milord? —El mayordomo era irlandés. Era increíble lo mucho que se podía deducir de una sola palabra.

—Llame a su señor. Deseo hablar con él.

—Lo siento, milord. El señor ha salido.

Grey cogió al hombre por un hombro y lo empujó hacia adentro al tiempo que entraba en la casa.

—¡Milord!

—¿Dónde está?

El mayordomo miró a su alrededor en busca de ayuda; parecía estar a punto de gritar para que alguien lo ayudase.

—Dígame dónde está. Si no lo hace, me verá obligado a buscarlo por toda la casa. —Grey había cogido su espada y apoyó una mano en la empuñadura.

El hombre jadeó.

—Ha ido a ver a la duquesa de Pardloe.

—¿Qué?

Grey sacudió la cabeza. Estaba convencido de que tenía alucinaciones auditivas, pero el mayordomo lo repitió, ganando confianza cuando se dio cuenta de que Grey no parecía tener intención de atacarlo.

—La duquesa de Pardloe, milord. Ella le ha mandado una nota esta mañana. Yo estaba aquí cuando el señor la ha abierto y lo he visto por casualidad.

Grey asintió, sin apenas fuerzas para controlarse.

—¿Ha podido ver también por casualidad dónde se va a celebrar esa reunión? ¿Y cuándo?

—En Edgeware Road, en un lugar llamado Morning Glory, a las cuatro en punto —contestó el mayordomo.

Sin decir una sola palabra, Grey soltó la espada y se fue. Se sentía mareado y apenas era capaz de mantener el equilibrio; parecía que alguien le hubiera quitado el suelo bajo los pies.

No podía ser, pero era imposible que no lo fuera. Sólo su madre utilizaría

ese título. Y usarlo para citar a Adams era un desafío directo. Tenía que ser ella. Pero ¿cómo había vuelto a Londres y qué diablos estaba haciendo?

Atenazado por el miedo, corrió por el camino hasta la calle, donde había dejado esperando su carruaje. Morning Glory. Conocía bien el sitio, era una pequeña y elegante casa propiedad de la familia Walpole. ¿Qué...?

—¡A Edgeware Road! —le gritó al cochero mientras se metía dentro—. ¡Y de prisa!

Morning Glory parecía vacía. Los postigos estaban cerrados, la fuente que había en el jardín, seca; éste se veía sin barrer, con el césped lleno de hojas secas. Parecía que la familia que vivía allí se hubiera ido al campo después de haber cubierto los muebles con sábanas y de despedir al servicio.

Tampoco había ningún signo de que por allí hubiera algún carruaje, algún caballo o alguna persona. Grey se bajó del coche con cuidado y se quedó un momento escuchando. El lugar estaba en absoluto silencio, salvo por el graznido de los cuervos posados en los árboles del jardín.

Cogió el pomo de la puerta y lo hizo girar. Muy lentamente soltó el aire que había estado conteniendo, abrió la puerta y entró con cautela.

En seguida se dio cuenta de que los muebles sí estaban cubiertos por sábanas. Se detuvo y escuchó. Ninguna voz. Ni un sonido, salvo el de su propia respiración. Grey conocía aquella casa, había estado allí alguna vez en algún recital de música: la esposa del actual conde de Orford cantaba, o creía que sabía cantar.

Las puertas que daban al vestíbulo estaban abiertas; todas salvo una. Grey pensó que aquella puerta debía de llevar a la biblioteca. Posó una mano en la empuñadura de su espada, pero decidió no desenvainarla. Adams era un hombre pequeño y tenía veinte años más que Grey; no le haría falta.

Sujetó el pomo de la puerta. Era de porcelana fina pintado con rosas. Cuando el frío material entró en contacto con su piel, un doloroso recuerdo lo recorrió de pies a cabeza, pero no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Abrió la puerta con suavidad y se encontró frente al cañón de una pistola que

lo apuntaba directamente.

Saltó hacia un lado y cogió una silla, que estuvo a punto de lanzar contra la persona que sujetaba la pistola.

—¡Jesús! —exclamó.

Se quedó inmóvil un momento y luego, temblando de pies a cabeza, soltó la silla y se dejó caer sobre ella.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó su madre, al tiempo que bajaba la pistola.

—Yo podría preguntarte lo mismo. —El corazón le latía con fuerza y le provocaba pequeñas punzadas de dolor que viajaban hasta su brazo izquierdo. Estaba empapado en sudor frío.

—Se trata de un asunto privado —dijo la mujer con ferocidad—. ¿Te importaría irte de una maldita vez?

Grey no prestó atención al vulgar lenguaje que estaba empleando su madre, cosa muy poco habitual en ella.

—No me pienso ir. ¿Qué pretendías? ¿Dispararle al señor Adams en cuanto apareciera? ¿Eso está cargado?

—Pues claro que está cargada —respondió exasperada—. Y si hubiera pretendido dispararle en cuanto lo viera, ya te habría matado. ¡¿Quieres irte?!

—No —respondió escueto. Luego se levantó y alargó el brazo para coger la pistola—. Dame eso.

Su madre dio dos pasos atrás con la pistola entre las manos, que no sólo estaba cargada, sino lista para disparar. La apretó protectoramente contra su pecho.

—John, quiero que te vayas —le indicó, con la mayor tranquilidad de que fue capaz. Sin embargo, él veía lo rápido que le latía el pulso en la pequeña depresión de su garganta y se dio cuenta del ligero temblor de sus manos—. Debes irte y debes irte ahora. Te lo explicaré todo, lo juro. Pero ahora no.

—No va a venir.

Grey lo tenía muy claro. Ya eran casi las cuatro y media, había oído las campanas justo antes de llegar. Si Adams tuviera intención de acudir, ya estaría allí. El hecho de que no lo estuviera...

Su madre se lo quedó mirando fijamente, sin comprender.

—Adams —dijo él—. ¿Fue Bernard Adams quien mató a papá?

La condesa se puso muy pálida de repente. Se sentó en un sofá y cerró los ojos; parecía que no tuviera fuerzas para mantenerlos abiertos.

—¿Qué has hecho, John? —susurró—. ¿Qué es lo que sabes?

Él se acercó, se sentó a su lado y le quitó la pistola de la mano, que se le había quedado lacia sobre la falda.

—Sé que papá fue asesinado —confesó con suavidad—. Lo sé desde la mañana en que lo encontraste. Yo estaba allí. Estaba escondido en el invernadero.

Su madre abrió unos ojos como platos, sorprendida. Los tenía tan azules como Grey. Él apoyó la mano sobre la suya y se la estrechó con dulzura.

—¿Cuánto hace que has vuelto? —le preguntó—. ¿Lo sabe sir George?

Ella negó con la cabeza.

—Volví hace tres días. Le dije que quería venir a Londres para asistir a la boda de una amiga. Él volverá dentro de un mes. No me puso ninguna objeción.

—Seguro que sí pondrá alguna objeción si vuelve y resulta que tú has muerto o te han arrestado. —Suspiró y se dio cuenta de que había empezado a relajarse—. Nos lo tendrías que haber dicho —añadió—. A Hal y a mí.

—No. —Ella negó con la cabeza, cerrando otra vez los ojos—. ¡No! Él no habría olvidado el asunto. Ya sabes cómo es Hal.

—Claro que lo sé —convino Grey sonriendo a su pesar—. Es exactamente igual que tú, madre. Y que yo.

Temblando, ella agachó la cabeza y ocultó la cara entre las manos. La recorrió un constante y ligero temblor, como el cambio de textura de la arena bajo los pies cuando baja la marea, terra firma deshaciéndose bajo sus plantas.

—Ya perdí un marido —dijo suavemente, con la mirada baja—. No quiero perder también a mis hijos. —Levantó la cabeza y le echó una rápida y desesperada mirada—. ¿Crees que no sé cómo son los hombres? ¿O que no sé cómo sois tú y tu hermano? ¿O cómo es el general?

—¿Qué quieres decir?

Ella hizo un pequeño sonido que tanto podía ser una risa como un

sollozo.

—¿Me estás diciendo que te tendría que haber contado esto, a ti o a cualquiera de vosotros, y no esperar que salierais corriendo en busca del asesino sin importar las consecuencias?

—Claro que no. —La miró confuso—. ¿Y qué más podíamos hacer?

Su madre se pasó una temblorosa mano por la cara y se volvió hacia la pared, de la que colgaba un espejo decorativo.

—¿Sería mejor si hubiera tenido hijas? —le preguntó al espejo con aparente seriedad—. No —se contestó a sí misma—. Se habrían casado con hombres y estaría exactamente igual.

Cerró los ojos un momento. Era evidente que estaba intentando recuperar la compostura. Luego los abrió y se volvió hacia Grey, mucho más serena.

—Si hubiera sabido de quién se trataba —prosiguió con firmeza—, se lo hubiera dicho a Hal. O por lo menos —corrigió—, se lo habría dicho una vez hubiera decidido cómo arreglar el asunto. Pero no lo sabía. Y no quería que él, o más adelante tú, os pusierais en peligro sin tener una idea clara de cuál era el peligro al que os enfrentabais o lo extendido que podía estar. No, no, no pensaba dejar que ocurriera tal cosa.

—Tal vez tengas razón —admitió Grey con recelo.

Ella resopló con suavidad.

—Pero lo has averiguado.

Él se dio cuenta, asombrado, de que su madre jamás había llegado a aceptar la muerte del duque y que había estado esperando, observando con paciencia, todo aquel tiempo, hasta que llegara la oportunidad de descubrir y destruir al hombre que lo mató.

—¿Cómo diste con el nombre del señor Adams? —le preguntó Grey.

—Chantajeé al señor Gilbert Rigby.

Grey sintió que se quedaba boquiabierto y cerró la boca a toda prisa.

—¿Qué? ¿Cómo?

Una discreta sonrisa se dibujó en los labios de la condesa.

—Al capitán Rigby, aunque supongo que ahora debo llamarlo doctor Rigby, le gusta jugar. Siempre fue muy jugador y yo lo observé de cerca. Supe que había perdido la mayor parte de la fortuna de su familia cuando el



año pasado tuvo que dejar la casa de campo que le había legado su padre. Luego empezó a utilizar algunos de los fondos donados para el hospital Fundling. Así que le pedí a Harry Quarry que investigara un poco con mucha discreción y que comprara sus deudas. —Alargó el brazo hasta un maletín de piel que reposaba sobre la mesa que había junto al sofá y lo abrió para mostrarle un fajo de documentos—. Luego se lo expliqué a él y le dije que lo delataría si no me decía quién había matado a Gerard.

¿Qué era lo que él le había dicho al doctor Longstreet? «Si mi madre hubiera sabido quién mató a mi padre, lo habría matado, se lo aseguro.»

Grey se sintió sorprendido, pero no del todo.

—Y lo hizo.

—Creo que para él fue un gran alivio —señaló bastante sorprendida—. Gilbert no es un mal hombre, ya sabes; sólo es débil. Por aquel entonces era incapaz de decir la verdad, lo habría perdido todo. Estaba sinceramente horrorizado por lo que había ocurrido. Me dijo que no estaba seguro de que Bernard Adams hubiera matado a Gerry y que se las había arreglado para mantener su conciencia tranquila durante todo este tiempo, repitiéndose una y otra vez que Gerry debía de haberse suicidado. Pero cuando tuvo que enfrentarse a la verdad, y con todo esto —echó una sarcástica mirada en dirección al maletín—, lo admitió. A fin de cuentas, sigue teniendo algo que perder.

—¿Y tú no? —preguntó Grey, preocupado ante la idea de que ella hubiera decidido enfrentarse a Adams personalmente.

Su madre lo miró arqueando una ceja.

—Tengo mucho que perder —contestó sin levantar la voz—. Pero a mí también me gusta jugar. Y tengo mucha paciencia.

Grey cogió la pistola y la descargó.

—¿Has pensado en la posibilidad de que pudieran arrestarte? —inquirió él—. Incluso aunque pudieras demostrar que Adams mató a papá —y la confesión de Gilbert Rigby no serviría como prueba—, lo más probable sería que te ahorcaran por asesinato. ¿Y qué pensaría sir George de eso?

Ella pareció sorprendida.

—¿Qué? Pero ¿quién crees que soy?

—No creo que quieras que conteste a eso, madre. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no pretendía matarlo —repuso indignada—. ¿De qué me serviría eso? Es cierto que la venganza podría producirme cierto placer, pero ¿para qué iba a querer yo su miserable vida? —añadió con amargura—. No, yo pretendía hacerle confesar el crimen. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa, y Grey vio que además del maletín de piel con las deudas de Rigby, su madre también había llevado un escritorio portátil—. Luego pensaba dejarlo marchar. Podía abandonar el país si quería, porque ya se habría delatado y habría perdido todo lo que le importaba. Y yo podría devolverle el honor a Gerry.

Le tembló la voz al pronunciar el nombre de su marido muerto y Grey sintió el impulso de llevarse la mano de su madre a los labios.

—Yo me encargaré de que así sea —susurró—. Te lo juro.

A ella le habían empezado a caer algunas lágrimas por las mejillas, pero inspiró con fuerza y se esforzó por mantener la compostura.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Adams?

—Supongo que intentará huir. —Le contó lo que le había dicho el mayordomo de Adams—. Que no haya acudido a la cita es probable que indique que sabe que tienes pruebas. Y también hay esto... —Grey rebuscó en su bolsillo y sacó el habitual montón de porquerías que siempre llevaba consigo, entre las cuales estaba la declaración del capitán Bates.

Ella la leyó en silencio, luego volvió a la primera página y la leyó de nuevo.

—Entonces, se ha ido —dedujo su madre con rotundidad, apoyándose los papeles en las rodillas—. Ha cogido el dinero y se ha ido a Francia. Lo he asustado y se ha ido.

—Aún no ha abandonado el país —puntualizó Grey intentando animarla—. Y está claro que, aunque lo consiga, ya ha perdido su estatus y su reputación. Y eso que dices que no querías su vida...

—Y no la quiero —insistió ella con los dientes apretados—. Pero esto —golpeó los papeles con el dorso de la mano y los tiró al suelo—, esto no me sirve de nada. A mí no me importa que el mundo sepa que Bernard Adams es un criminal y un traidor, yo quiero que todos sepan que fue quien asesinó a

mi marido. ¡Quiero recuperar el honor de tu padre!

Grey se agachó para recoger los papeles del suelo y cuando se levantó se los metió en el bolsillo.

—Muy bien —dijo, inspirando con fuerza—. Yo lo encontraré.

Vaciló un momento mientras miraba a su madre. Estaba sentada muy derecha, tan recta como el cañón de un mosquete; pero parecía muy pequeña y, de repente, su cara reflejaba la edad que tenía.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Grey sin estar muy seguro de cuál era ahora la casa de su madre. Habían cerrado la mansión de la calle Jermyn. ¿Debería llevarla a casa de Minnie? Se le encogió el corazón al pensar en el alboroto que provocaría.

—No —respondió ella, que evidentemente había pensado lo mismo—. Tengo un carruaje. Iré a casa del general. Vete.

—Sí. —Pero Grey no se fue; no en seguida. Pensamientos, miedos, suposiciones, planes medio forjados entraban y salían de su mente—. Si necesitaras ayuda... Si yo no estuviera cerca...

—Iría a ver a Harry Quarry —dijo su madre con firmeza—. Vete, John.

—Sí, sí. —De repente, lo asaltó una duda—. ¿Lo sabe Quarry? ¿Todo?

—Claro que no. Habría ido corriendo a decírselo a Hal.

—Entonces, ¿cómo pudiste convencerlo para...? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al maletín de piel. Para su sorpresa, su madre sonrió.

—Más chantaje —admitió—. Harry escribe versos eróticos. En realidad, son muy elegantes. Le dije que si no hacía lo que yo le pedía, se lo diría a todo el regimiento. Fue bastante fácil —añadió con cierto grado de complacencia—. Es posible tratar a los hombres. Sólo hay que saber cómo hacerlo.

Grey se quedó tan atónito al descubrir que Harry Quarry era el famoso semigenio que no se dio cuenta del lugar al que se estaba dirigiendo. Como consecuencia, había caminado ya medio kilómetro antes de recordar que había dejado un carruaje esperándolo en una calle cerca de Morning Glory.

Volvió sobre sus pasos a toda prisa, intentando pensar por dónde empezar a buscar a Bernard Adams.

Pensó que era muy probable que su madre tuviera razón: Adams se iría a Francia. Sin embargo, aunque eso fuera cierto, ¿se embarcaría en el puerto más cercano? Si ése fuera el caso, Grey tenía muchas probabilidades de atraparlo. No le quedaba mucho más de una hora, tal vez dos. Pero ¿qué ocurriría si el hombre decidía hacer algunos kilómetros para coger el barco en algún puerto que estuviera un poco más lejos, para confundirlo?

Aunque no tenía muy claro que Adams esperara que lo persiguieran. Probablemente, actuaba bajo la suposición de que la duquesa tenía pruebas de sus actos, pero pensaría que ella necesitaría un día o dos para conseguir que dichas pruebas —en caso de existir— llegaran a oídos de cualquiera que pudiera hacer algo al respecto.

Pero si no esperaba que lo persiguiera nadie, ¿por qué había abandonado su casa con tanta prisa, sin molestarse en empaquetar sus pertenencias? Eso parecía indicar una huida precipitada...

Perdido en sus reflexiones y corriendo, presa de su ansiedad, Grey confundió la calle en la que había dejado el carruaje, se dijo que el conductor se habría cansado de esperar y se habría marchado, se dio cuenta de su error y retrocedió. Cuando encontró el coche, tenía la camisa sudada, le palpitaba el brazo y le había empezado a arder el pecho. Cogió la manija de la puerta, la abrió y se metió dentro. Entonces se quedó de piedra al ver que ya había alguien sentado en su interior.

—Esperamos que su señoría se encuentre bien —dijo con educación uno de los hermanos O'Higgins—. Ha tardado usted muchísimo, y disculpe que se lo diga.

Grey se sentó y se limpió el sudor de la cara con la manga.

—¿Qué está haciendo usted aquí?

—Le estoy esperando. —El irlandés asomó la cabeza por la ventanilla y se dirigió al conductor—. ¡Chico! ¡Llévanos a donde te he dicho, rápido!

—¿Y dónde es eso? —Grey estaba recuperando el aliento y su juicio. Miró a O'Higgins con recelo.

—A las oficinas del regimiento —respondió el irlandés—. Allí es donde

estará.

—Donde estará ¿quién?

O'Higgins puso los ojos en blanco.

—Bernard Adams. Qué excusa tan pobre para un irlandés... —añadió, santiguándose.

Grey se recostó en el asiento, mientras comenzaba a entenderlo todo.

—Leyó usted la carta de Bates.

—Bueno, sí —reconoció O'Higgins sin ninguna vergüenza—. Resultó bastante sorprendente.

—No tan sorprendente como usted cree —dijo él con sequedad, ahora que ya empezaba a recuperarse—. ¿Por qué cree que Adams está en las oficinas del regimiento? Y por cierto, ¿por qué está usted aquí?

—Bueno, me ocupé de seguir a su señoría cuando se marchó de la casa de Adams —respondió el irlandés con despreocupación—. Mi hermano siguió al señor Adams cuando se marchó, justo antes que usted. No se preocupe, milord, aunque se haya ido para cuando nosotros lleguemos, Rafe se pegará a él como una sanguijuela.

—Pero ¿por qué...?

—Pues por dinero, claro —contestó Mick como si fuera evidente—. Escondió el dinero en el armario del autómata. Y ha ido al despacho de su hermano a recuperarlo. Lo que él no sabe es que ya no está allí. —Se rió divertido—. Pensamos que lo mínimo que podíamos hacer para demostrarle a su señoría nuestra gratitud era llevarlo hasta usted.

Grey se lo quedó mirando fijamente, sin apenas notar el traqueteo del carruaje sobre los adoquines de las calles.

—Lo encontraron. El dinero. —Entonces se le ocurrió algo—. ¿Había algo más? ¿Documentos?

—Oh, sí, había algunos papeles mohosos escondidos debajo del mecanismo. Los quemamos —contestó O'Higgins con total tranquilidad—. En cuanto a lo de haber encontrado dinero, eso no puedo asegurárselo, señor. Pero sí que le diré que, después de haberlo pensado mucho, Rafe y yo hemos decidido que en realidad el ejército no es el camino que más nos gusta. Nos marcharemos a Irlanda cuando hayamos acabado con este asunto.

El carruaje dobló otra esquina y se detuvo. Los caballos relincharon en la esquina de la plaza Cavendish. Ya era muy tarde; lo más probable era que las oficinas del regimiento estuvieran desiertas. Grey se dio cuenta en seguida de que eso era precisamente lo que deseaba Adams.

Grey le pagó al conductor y se volvió en dirección al edificio, justo a tiempo de ver una encorvada figura que salía de entre las sombras y se acercaba a él.

—¿Está dentro? —preguntó Mick.

Rafe asintió:

—Acaba de entrar. No hace ni cinco minutos. —Observó a Grey y luego miró la fachada del edificio.

»Supongo que no es necesario llamar a los guardias —dijo—. ¿Quiere su señoría encargarse de este asunto de hombre a hombre? Mick y yo nos ocuparemos de que no salga. —Se apoyó en el quicio de la puerta y posó la mano sobre su garrote. Parecía de todo menos un soldado, pero tenía una actitud absolutamente competente.

—Yo... sí —contestó Grey—. Gracias.

La puerta estaba abierta. Entró y se detuvo para escuchar. Un hilo de sudor se deslizó por su espalda y el vacío murmuraba en sus oídos.

Todas las puertas del pasillo estaban cerradas. El despacho de Hal estaba en el piso de arriba. Grey siguió su impulso y desenvainó la espada. El susurro del metal contra la funda resonó en el frío entorno.

No se esforzó por silenciar sus pasos. No importaba que Adams lo oyera acercarse.

El pasillo del piso superior también estaba vacío y la única luz que había procedía de la ventana del fondo. Sin embargo, vio que del lado derecho salía una luz. La puerta de Hal estaba abierta.

Mientras recorría el pasillo, Grey se preguntó cómo se debería sentir. Llevaba tiempo experimentando muchas cosas. En aquel momento, no sentía nada, sólo la necesidad de continuar.

Adams lo había oído. Estaba junto al escritorio, con el semblante desencajado. Se relajó al ver que se trataba de Grey y posó una mano en el escritorio para sujetarse.

—Oh, lord John —dijo—, es usted. Sólo estaba buscando...

—Ya sé lo que estaba usted buscando —lo interrumpió él—. No importa. La mirada del hombre se volvió recelosa en seguida.

—Creo que se equivoca conmigo, señor —empezó a decir, pero Grey levantó la punta de su estoque y se la presionó contra el pecho.

—No, no me he equivocado. —Su propia voz le resultaba extraña, distante y relajada—. Usted mató a mi padre, y lo sé.

Adams abrió los ojos como platos, pero en ellos se reflejaba pánico en lugar de sorpresa.

—¿Qué? Pero, pero ¡eso es absurdo! —Retrocedió apresuradamente golpeando la espada con la mano—. ¡Debo protestar, señor! ¿Quién le ha dicho semejante mentira?

—Mi madre —contestó Grey.

Adams continuó palideciendo, consiguió apartar la espada y huyó. Grey, al que el movimiento le cogió desprevenido, corrió tras él. Al salir al pasillo, lo vio huir a toda velocidad. Al final del pasillo se adivinaba la borrosa figura de Rafe O'Higgins con el garrote en la mano.

Grey le siguió a toda prisa y Adams se dio la vuelta para agarrar el pomo de la puerta que tenía más cerca. Cerrada. A medida que él se le acercaba, Adams se ponía más tenso, y se apoyó sobre la puerta con las manos sobre la madera.

—No puede matarme —imploró con voz aterrorizada—. No estoy armado.

—Tampoco lo estaba la cucaracha que aplasté en mis aposentos la pasada noche.

El hombre se quedó allí un instante, pero cuando Grey estuvo lo suficientemente cerca perdió los nervios y le esquivó. Luego pasó junto a él y corrió para salvar la vida.

Adams no tenía adónde ir. Lo único que se extendía ante él era el pasillo, un largo y oscuro túnel iluminado sólo por el lluvioso crepúsculo que se colaba por la alta ventana que había al fondo. Iba golpeando las puertas cerradas a medida que iba pasando por delante y gritaba pidiendo ayuda, pero nadie contestó; todas las puertas estaban cerradas. Parecía una auténtica

pesadilla y Grey se preguntó por un momento si era él quien estaba teniendo aquel terrible sueño o era Adams.

Él no tenía fuerzas para correr, pero tampoco tenía ninguna necesidad. Cada vez que le latía el corazón, le dolía el pecho y podía oír cada bocanada de aire que tomaba. Anduvo lentamente por el pasillo poniendo un pie delante del otro. La empuñadura de la espada amenazaba con escurrírsele por entre sus manos. Se dio cuenta de que iba de lado a lado y que rozaba la pared con los hombros de vez en cuando.

La puerta que había justo delante de la oficina del Hal se abrió y asomó una curiosa cabeza. El señor Beasley, el secretario de Hal. Adams lo vio y se abalanzó sobre él.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! ¡Está loco, me quiere matar!

El señor Beasley se puso bien las gafas, echó una ojeada a Grey, que se tambaleaba por el pasillo con la espada en las manos y se volvió a meter en el despacho de Hal como un topo que corre a su madriguera. Cerró con fuerza, pero no consiguió echar el cerrojo antes de que Adams lanzara todo su peso contra ella.

Los dos hombres cayeron dentro del despacho con los brazos y las piernas entrelazados. Grey se apresuró todo lo que pudo y llegó justo a tiempo de ver cómo el señor Beasley corría hacia el escritorio obstaculizado por Adams, que estaba cogido a su pierna. El anciano secretario, que había perdido las gafas y la peluca, cogió un abrecartas del montón de cosas que había sobre la mesa y, con una expresión de profunda indignación, se lo clavó a Adams en la mano.

Éste aulló, dolorido, y soltó al secretario. Luego cayó al suelo y se hizo un ovillo, como si fuera un erizo. El señor Beasley, cuyos ojos brillaban con el fuego de la batalla, cogió el tercer volumen de la *Historie de la Dernière Guerre de Bohème* con ambas manos y lo dejó caer sobre la cabeza de Adams con fuerza.

Grey se agarró al marco de la puerta. La sensación de estar en medio de una pesadilla de la que no podía escapar era cada vez mayor.

—Déjemelo a mí, señor Beasley —dijo con suavidad, al ver que el anciano jadeaba en busca de una nueva arma.



El señor Beasley parpadeó y lo observó con los ojos entrecerrados, pero luego asintió y, sin decir una palabra, se alejó del escritorio, se volvió a meter en su madriguera de secretario y cerró la puerta.

—¡Levántese! —le ordenó Grey a Adams, que estaba intentando esconderse bajo el escritorio—. ¡He dicho que se levante! O le juro que clavaré esto en su cobarde trasero. —Pinchó a Adams por detrás con la punta del estoque a modo de ilustración, haciendo que el ministro gritara asustado y se golpeará la cabeza con la madera de la mesa.

Salió de debajo del escritorio gimoteando y se levantó ante un autoritario de Grey.

—No. —Tragó saliva con fuerza y se limpió la boca con la mano—. Se lo ruego, señor. No me quite la vida. Sería una gran equivocación, se lo aseguro.

—Yo no quiero su maldita vida. Lo que quiero es recuperar el buen nombre de mi padre.

Adams tenía la cara cubierta de sudor y la peluca mal puesta. Se le veían algunos pelos grises asomar por debajo.

—¿Y cómo se propone conseguir tal cosa? —preguntó envalentonado, cuando se dio cuenta de que Grey no parecía que fuese a matarlo.

John se le acercó muy de prisa, le agarró el pañuelo que llevaba al cuello y se lo retorció. Adams se puso completamente rojo y empezó a arañarlo y golpearlo. Una de las patadas le dio en la espinilla, causándole bastante dolor, pero Grey no se inmutó. Sin embargo, el pañuelo se rompió antes de que al hombre se le salieran los ojos de las órbitas y el ministro cayó de rodillas, agarrándose el cuello con ambas manos.

Grey tiró la espada y desenvainó su daga. Hincó una sola rodilla en el suelo para quedar cara a cara con Adams y, cogiéndolo por el hombro, le apoyó la punta del cuchillo justo por debajo del ojo. No pensaba molestarlo en amenazarlo: empujó con suavidad y le clavó la punta del cuchillo en el globo ocular, luego la hizo girar.

Entonces soltó el cuchillo. La daga hizo un sonido sordo al caer sobre el suelo y oyó el grito de Adams como un sonido distante y amortiguado, como si estuviera debajo del agua. Todo parecía flotar a su alrededor y cerró los ojos; se estaba mareando.

Tuvo que esforzarse para levantarse. Se sentía como si llevara doscientas bolsas de arena colgadas de la espalda. Pero lo consiguió. Se quedó de pie, balanceándose, sintiendo cómo se alternaban las ondas de frío y calor para recorrer su cuerpo. Le ardían los músculos del pecho y su brazo izquierdo no era más que un peso muerto a su lado.

Adams se había hecho un ovillo y se tapaba el ojo con las dos manos. Sus quejidos y alaridos estaban irritando mucho a Grey. Sobre los montones de papeles que había esparcidos por el escritorio de Hal, se veían algunas gotas de sangre.

—¡Mi ojo! ¡Mi ojo! ¡Me ha dejado ciego!

—Aún le queda uno sano con el que poder escribir su confesión —dijo él. Estaba muy cansado. Pero recurrió a los últimos vestigios de fuerza que le quedaban, levantó la voz y gritó—: ¡Señor Beasley! ¡Le necesito!

## 35. Yo renuncio

**Reginald** Holmes, administrador del White's Chocolate House, estaba dedicando una apacible tarde a repasar las cuentas de los miembros de su club en su despacho. Acababa de hacer sonar la campana para que el camarero le sirviera otro whisky que le facilitara la tarea, cuando oyó un increíble escándalo procedente del piso de abajo: gritos, vítores y ruido de muebles en movimiento. Holmes dejó de escribir.

—¿Qué diablos está pasando, por el amor de Dios? —preguntó enfadado, mientras intentaba limpiar el charquito de tinta que había tirado sobre el papel, justo cuando uno de los camareros apareció en la puerta—. ¿Es qué esos hombres nunca duermen? Tráeme un trapo, ¿quieres Bob?

—Sí, señor. —El camarero hizo una respetuosa inclinación—. Acaba de llegar el duque de Pardloe, señor. Viene con su hermano. El duque desea que dé usted fe de una nueva apuesta en el libro.

—¿El duque de...? —Holmes se levantó, olvidándose de la mancha de tinta que tenía en la manga—. ¿Y quiere hacer una apuesta?

—Sí, señor. Su señoría está muy borracho, señor —añadió el camarero con delicadeza—. Y viene acompañado de un buen número de amigos en un estado similar.

—Sí, ya lo oigo.

Holmes se quedó quieto un momento y reflexionó. Procedentes del piso de abajo, le llegaban estrofas inconexas de la canción Porque es un chico excelente. Cogió su libro de contabilidad y su pluma y buscó la página en la que ponía conde de Melton. Trazó una pulcra línea sobre el nombre y lo sustituyó por el de duque de Pardloe y, haciendo una floritura, insertó un nuevo apartado que rezaba «objetos rotos».

Abajo seguían entonando la canción, cada vez más acompasados.

*Porque es un chico excelente,  
Porque es un chico excelente,  
Porque es un chico excelenteeeeee,  
¡Y siempre lo será!*

—Traiga el mejor whisky que tengamos —le dijo el señor Holmes al camarero mientras escribía—. Lo pondré en la cuenta de su excelencia.

Al día siguiente, a Grey le dolía terriblemente la cabeza y tenía unas profundas ojeras negras. Sin embargo, se vistió de un modo impecable y se puso su traje de seda azul a rayas para ocupar el lugar que le correspondía en la iglesia de St. James y recibir varias capas de satén y encaje blanco dentro de las que le aseguraron que estaba su ahijada, lady Dorothea Jacqueline Benedicta Grey. Minnie había pensado llamar a su hija Prudencia o Castidad, pero Grey había conseguido disuadirla, diciéndole que le parecía muy injusto cargar a una niña con tan pesada presunción de virtud.

El general, que acababa de regresar de las Indias occidentales, y lady Stanley también estaban allí, juntos. Ella tenía la mano apoyada en el brazo de su marido en un gesto de precioso afecto marital. Grey le sonrió a su madre y ella le devolvió la sonrisa. Luego dio un paso hacia adelante, alarmado porque la niña se retorció y a él se le resbaló momentáneamente.

Benedicta salvó a su nieta de la destrucción y le devolvió a la niña después de ponerle un poco mejor el traje de bautizo y mirar a Grey con ciertas reservas.

Minnie, que estaba al otro lado de la pila bautismal, lo miró con severidad, pero estaba demasiado ocupada conteniendo a sus otros tres hijos, que a pesar de estar guardando un silencio más que decente, se retorcían como gusanos vestidos de satén. Hal, que estaba junto a ella, parecía haberse quedado dormido de pie.

El señor Gainsborough, el pintor que habían elegido para que dejara constancia del evento, se deslizaba entre las sombras haciéndole señas a su ayudante y observando la escena con los ojos entrecerrados. Consiguió captar la atención de Grey y le hizo un gesto para que levantara la barbilla y mirara hacia la luz.

Él tosió con educación y, en lugar de hacerle caso al artista, se volvió en dirección al cura, que le estaba hablando.

—¿Renuncia usted al diablo y a todas sus obras, la vana pompa y gloria del mundo, con todos los deseos codiciosos del mismo, y los deseos carnales, para que no los siga ni sea guiado por ellos?

—Sí, renuncio a todos. —La hermana de Minnie, la madrina de la niña, estaba junto a él y murmuraba las palabras al mismo tiempo.

—¿Cree usted en Dios, el Padre Omnipotente, Hacedor del cielo y de la tierra? ¿Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María, sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado, murió y fue sepultado, que resucitó al tercer día, ascendió al cielo y está sentado a la derecha de Dios el Padre Omnipotente, y desde allí vendrá otra vez...

Grey agachó la cabeza para mirar el dormido rostro de la inocente niña que tenía entre los brazos y juró. No sabía si debía creer. Pero lo intentaría por ella.

Después del bautizo, en sus respectivos carruajes, la familia se dirigió a la mansión Grey, a orillas de Hyde Park. Los árboles estaban en su gloria otoñal, las hojas secas temblaban bajo el viento, y fragmentos de rojo, dorado y marrón descendían de las copas mientras avanzaban.

Minnie y su hermana subieron al piso de arriba para llevar al bebé a su habitación, pero los niños querían comer y, desprendiéndose de sus pomposas chaquetas de satén y de los pañuelos que llevaban anudados al cuello, asediaron a su padre para que les diera comida.

—¡Quiero galletas de almendras, papá!

—¡No, pastel de manzana y pasas!

—¡Tarta de melaza, tarta de melaza! —gritó Henry, provocando una ovación general.

—Sí, sí, sí, sí —dijo Hal, intentando en vano sofocar aquel desorden. Se llevó una mano a la cabeza, en la que seguía sintiendo los excesos de la noche anterior—. Venid, estoy seguro de que la cocinera os dará algo.

Consiguió que sus tropas pasaran delante de él, pero entonces se detuvo y se volvió para mirar a Grey mientras apoyaba la mano en la puerta que daba acceso al pasillo de la cocina.

—¿Nos haría usted el honor de compartir un plato de tarta de melaza con nosotros para desayunar, milord? —preguntó cortésmente.

—De todo corazón —dijo John sonriendo exageradamente—, su excelencia.

Le dio el abrigo al mayordomo e hizo ademán de seguirlos, pero se detuvo al ver su nombre. El correo de la mañana ya había llegado y lo habían dejado en la bandeja de plata que había junto a la puerta. Encima del montón de cartas, destacaba una dirigida a lord John Grey. Frunció el cejo y la cogió. ¿Quién le mandaría una carta allí?

Rompió el sello y desplegó dos hojas. La primera era un dibujo: un bosquejo del foro romano. Reconocía muy bien la vista desde la colina Capitolina. El mensaje escrito en la segunda hoja era breve; la letra era clara y redonda.

*Las gaviotas del Tíber chillan toda la noche, y chillan tu nombre.*

*—¡Ave! —chillan.*

*—Ave.*

Por supuesto, no estaba firmada.

—Ave —dijo Grey en voz baja—, atque vale, frater meus. —Saludo... y despedida. Acercó la esquina de la nota a la llama de la vela y la sostuvo allí hasta que se quemó los dedos. Luego dejó el último trozo sobre la bandeja, donde ardió y quedó reducida a cenizas. El dibujo se lo guardó... como recuerdo.

**FIN**

# Notas de la Autora

## **Porqueriza**

Cuando lord John supone que el cuerpo de Geneva no descansará en «una porqueriza o en algún sombrío cobertizo», no está sugiriendo que su familia pueda haberla dejado en una pocilga. En realidad se está refiriendo a un almacén que se utilizaba para guardar la turba seca.

## **Homofobia**

Estoy en deuda tanto con Norton Rictor (autor de *Mother Clap's Molly-House*) como con Byrne Fone (autor de *Homophobia: A History*) por la información sobre la percepción y el trato a los homosexuales a mediados del siglo XVIII. Las referencias que aparecen en este libro sobre la persecución social y legal de los sodomitas están extraídas de *Homophobia*, y son citas reales aparecidas en periódicos y otras publicaciones de la época.

## **Horace Walpole**

Fue uno de los escritores de cartas más conocidos de principios y mediados del siglo XVIII, y su correspondencia resulta tan útil para un investigador de ese período como lo son los diarios de Samuel Pepys para un especialista de la época anterior. Fue el cuarto hijo del formidable Robert Walpole, primer conde de Orford, quien de alguna manera «inventó» el oficio de primer ministro, aunque se negó a hacer uso de ese título. Horace no se dedicó a la política, pero tuvo muchos conocimientos, que expresaba con ingenio y perspicacia, sobre los procesos sociales, militares y políticos de su entorno.



Prejuicio. Hablando de fobias... Algunas actitudes históricas de los ingleses hacia los irlandeses, escoceses, etcétera, se han plasmado tal como eran (interpretadas por el tamiz de algunos artículos de ese período), y no como la moderna corrección política preferiría. Por ejemplo, las alusiones a las reuniones de irlandeses comparándolos con pulgas y otras ignominiosas observaciones, están extraídas de fuentes de primera mano del período, tal como se cita en *London Life in the Eighteenth Century* de M. Dorothy George, y en *Dr. Johnson's London* de Liza Picard).

### **Nota sobre «Scots, Scotch y Scottish»**

Según tengo entendido, y a juzgar por el material publicado durante ese período, hasta 1950 todos los habitantes de las islas Británicas (incluyendo a los escoceses), utilizaban el término «Scotch» para referirse a los habitantes de Escocia (y también al whisky). En aquel momento, el SNP (Partido Nacionalista Escocés) tomó cartas en el asunto.

Estoy segura de que habréis advertido que una de las primeras medidas que toma un grupo de acción política que representa a una minoría es volver a especificar el nombre de dicho grupo con el fin de conseguir cierta independencia; así, el término «negroes» se convirtió en «black» o «African American», los «Indians» pasaron a llamarse «Native Americans», etcétera. De igual modo, los escoceses, quienes hasta entonces eran conocidos como «Scotch», se empezaron a autodenominar «Scots». (Para ser justos, cabe mencionar que «Scots» ya llevaba siglos utilizándose como término para referirse a los habitantes de Escocia; sin embargo, los voraces «Scotch», «Scotchman», etcétera, también estaban aceptados y eran muy utilizados. Después de la aparición del SNP, este término empezó a verse como una palabra profundamente ofensiva.)

Para confundirlo todo un poco más, «Scots» es también el término utilizado —tanto históricamente como en la actualidad— por los hablantes del dialecto escocés, o de la lengua escocesa, según se mire. Para salir de dudas le pedí a una amiga, una conocida lingüista y decana de la Facultad de Letras de una importante universidad, que me explicara la postura que los círculos lingüísticos tenían al respecto: ¿es un dialecto del inglés o una

lengua distinta? Ella, que es inglesa, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos escuchaba (estábamos en una fiesta rodeadas de antiguos alumnos adinerados, aunque ninguno de ellos era escocés ni lingüista), bajó la voz y dijo:

«Bueno, si eres escocés entonces es evidente que es una lengua distinta. Y si no lo eres, entonces está clarísimo que no lo es.»

En cualquier caso, «Scotch» y sus derivados «Scotchman» y «Scotchwoman» eran términos que utilizaba todo el mundo, incluyendo los escoceses (tengo un libro de chistes populares de sir Harry Lauder —un famoso cómico escocés de las décadas de los cuarenta y los cincuenta—, que utilizaba la palabra «Scotch» para referirse a personas de cualquier país), hasta mediados del siglo XX. Aún se pueden ver esas referencias en novelas publicadas tiempo después, pero a partir de 1970, «Scot», «Scots» y «Scottish» se convirtieron en los términos de rigor, y el uso de «Scotch» se empezó a limitar para referirse al whisky y a la cinta adhesiva transparente. Sin embargo, durante el siglo XVIII el término «Scotchman» seguía siendo muy habitual.

### **La guerra de los Siete Años**

Antes de escribir este libro tomé la decisión de no proporcionar detalladas explicaciones, mapas y afines, acerca de los detalles políticos, militares y geográficos de la guerra de los Siete Años. A pesar de que fue un complejo y fascinante conflicto bélico —en muchos sentidos fue la primera «guerra mundial», ya que sus batallas se libraron en varios continentes e involucró virtualmente a todos los países de Europa y a su colonias—, éste no es un libro sobre la guerra de los Siete Años, sino sobre un soldado.

Lord John Grey, mayor del ejército de su majestad, es un soldado profesional. Él no se cuestiona si una causa en particular merece que arriesgue su vida, él pelea porque es su deber y su vocación. Por lo tanto, en lugar de hablar sobre complejas operaciones militares y hacer breves referencias a importantes batallas, me he centrado en los detalles de la vida diaria de un oficial inglés y he evitado centrarme en los asuntos bélicos importantes.

Los aficionados a los conflictos bélicos, y entre ellos los que estén especialmente interesados en la guerra de los Siete Años, tienen a su alcance muchísimo material (demasiado para que yo pueda ofrecer un resumen aquí). Sin embargo, para aquellos que quieran disfrutar de una perspectiva general sobre el tema, permitidme que os recomiende *The Seven Year's War* de Daniel Marston (Osprey Publishing Ltd., Londres, 2001).

### **Regimientos británicos**

En cuanto a la forma en que se nombraba a los regimientos británicos — que en general era un sistema secuencial de numeración—, me vi obligada a apropiarme del número de un regimiento ya existente que concordaba aproximadamente con la época exacta del regimiento ficticio del duque de Pardloe. El regimiento 46 de infantería real era el del duque de Cornwall, también conocido como «Infantería ligera de Cornwall» o «Los Plumas Rojas».

### **Notas sobre los uniformes**

Durante la guerra de los Siete Años hubo una gran variedad de uniformes debido a las múltiples entidades políticas que participaron en el conflicto. Por ejemplo, a pesar de que hoy en día la mayoría de la gente conoce a los soldados británicos como los «casacas rojas», y por lo tanto asumen que sus uniformes deben ser rojos, en realidad no era así. Durante ese período los soldados de la artillería real inglesa vestían uniformes azules mientras que, y aumentando así la confusión, los franceses vestían de azul.

# Contenido extra

Carta de Diana Gabaldon a los lectores de la serie «Lord John» y, en especial, a los del libro Lord John y el prisionero escocés, de próxima publicación en Esencia.

## **Queridos lectores:**

Estoy encantada de saber que Esencia está publicando la serie «Lord John», especialmente Lord John y el prisionero escocés. Esta novela no es sólo una más sobre lord John, sino que es un híbrido, esto es: una importante conexión entre «Forastera», la serie principal —los libros «grandes»—, y las otras novelas sobre dicho personaje, que son más cortas. Y aunque la serie tiene a lord John como personaje principal, también cuenta la vida de Jamie y los hechos que ocurrieron mientras Claire estuvo en el futuro.

Lord John y el prisionero escocés está centrado tanto en Jamie como en lord John, y la historia transcurre durante el período de tiempo que Jamie pasó como prisionero de guerra en Helwater:

«Lord John Grey observó el paquete atado con un cordel que tenía sobre las rodillas como si fuera una bomba. En realidad, si hubiera estado lleno de pólvora negra y equipado con una mecha no habría sido ni la mitad de explosivo.»

La herencia de un amigo muerto provocará que lord John y su hermano Hal se embarquen en la persecución de un oficial corrupto del ejército, e investiguen una trama política salpicada por un asesinato. Pero esta situación empieza a ser verdaderamente peligrosa cuando las pistas los llevan hasta Irlanda, siguiendo un desconcertante mensaje que alguien ha dejado escrito

en gaélico, (dialecto de la lengua céltica que se habla en ciertas comarcas de Irlanda y Escocia).

La tranquila existencia de Jamie Fraser, un jacobita escocés cautivo como prisionero de guerra en el Distrito de los Lagos, empieza entonces a desmoronarse. Primero, debido a la frecuencia con que su esposa muerta aparece en sus sueños, y luego a causa de la constante presencia de un hijo pequeño al que no puede reclamar. Aunque lo más inquietante para Jamie es la imprevista reaparición en su vida de lord John Grey, que vuelve con una citación que lo alejará, una vez más, de todo cuanto ama.

Para proteger sus secretos, Jamie se ve obligado a ayudar a los hermanos Grey. Pero ellos también tienen los suyos... secretos que pueden privarlo de su vida y de su libertad.

¡Espero que disfrutéis de la historia!

Con cariñosos recuerdos para mis lectores españoles,

*Diana*

# Notas

<sup>1</sup> «Hun» es el término peyorativo con el que se referían a algunos protestantes.